

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y de las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, fundada el 1º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año VI - 1863

Traducción de Gustavo N. Martínez



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2024 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-48481-6-1

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1863)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Revista espírita 1863 : periódico de estudios psicológicos / Allan
Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Confederación Espiritista Argentina, 2024.
634 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-48481-6-1

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.902

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 1

Enero de 1863

Estudio sobre los posesos de Morzine

Las causas de la obsesión y los medios de combatirla

(Segundo artículo.)

En nuestro artículo precedente¹ expusimos de qué manera se ejerce la acción de los Espíritus sobre el hombre; acción que, por decirlo de algún modo, es material. Su causa se encuentra por completo en el *periespíritu*, que no solo es el principio de todos los fenómenos espíritas propiamente dichos, sino también de una infinidad de efectos morales, fisiológicos y patológicos, que no se comprendían antes de que ese agente se conociera, y cuyo descubrimiento, si podemos expresarlo de este modo, abrirá nuevos horizontes a la ciencia, cuando esta tenga a bien reconocer la existencia del mundo invisible.

El periespíritu, como hemos visto, desempeña un rol importante en todos los fenómenos de la vida. Es la fuente de

1. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1862. (N. de Allan Kardec.)

una multitud de enfermedades cuya causa el escalpelo busca en vano en la alteración de los órganos, y contra las cuales la terapéutica es impotente. Mediante la expansión del periespíritu se explican también las reacciones de un individuo respecto de otro, las atracciones y las repulsiones instintivas, la acción magnética, etc. En el Espíritu libre, es decir, desencarnado, el periespíritu reemplaza al cuerpo material; es el agente sensitivo, el órgano con cuya ayuda el Espíritu actúa. Mediante la naturaleza fluídica y expansiva del periespíritu, el Espíritu alcanza al individuo sobre el cual desea actuar, lo rodea, lo envuelve, lo penetra y lo magnetiza. Dado que el hombre vive en medio del mundo invisible, se encuentra incesantemente sometido a esas influencias, como a las de la atmósfera que respira, y esa influencia se manifiesta con efectos morales y fisiológicos que no comprende, y que por lo general atribuye a causas del todo contrarias. Esa influencia difiere naturalmente de acuerdo con las cualidades buenas o malas del Espíritu, conforme lo hemos explicado en nuestro artículo precedente. Si el Espíritu es bueno y amoroso, la influencia, o si se prefiere, la impresión, será agradable, saludable: como las tiernas caricias de una madre que toma al hijo en sus brazos. Si el Espíritu es malo y pernicioso, la impresión será dura, penosa, ansiosa, y a veces maligna: no abraza, sino que oprime. Nosotros vivimos en ese océano fluídico, incesantemente expuestos a corrientes contrarias, que atraemos y repelemos, o a las que nos entregamos conforme a nuestras cualidades personales, pero en medio de las cuales el hombre conserva siempre su libre albedrío, atributo esencial de su naturaleza, en virtud del cual siempre puede elegir su camino.

Como vemos, esto es del todo independiente de la facultad mediúmnica tal como se la concibe vulgarmente. Dado

que la acción del mundo invisible integra el orden de las cosas naturales, se ejerce sobre el hombre prescindiendo de todo conocimiento espírita. Estamos sometidos a esa acción, como lo estamos a la influencia de la electricidad atmosférica, sepamos o no física; o como nos enfermamos, sepamos o no medicina. Ahora bien, así como la física nos enseña la causa de determinados fenómenos, y la medicina la causa de ciertas enfermedades, el estudio de la ciencia espírita nos enseña la causa de los fenómenos que se deben a las influencias ocultas del mundo invisible, y nos explica lo que, sin eso, nos parece inexplicable. La mediumnidad es el medio directo de observación. El médium –permítasenos esta comparación– es el instrumento de laboratorio mediante el cual la acción del mundo invisible se manifiesta de una manera patente. Además, por la facilidad que nos ofrece para repetir las experiencias, nos permite estudiar el modo y los variados matices de esa acción. De ese estudio y de esas observaciones nació la ciencia espírita.

Todo individuo que siente de algún modo la influencia de los Espíritus es, por eso mismo, médium, y en ese sentido se puede decir que todos somos médiums. No obstante, solo con la mediumnidad efectiva, consciente y facultativa, se llegó a constatar la existencia del mundo invisible, y con la diversidad de las manifestaciones obtenidas o provocadas se logró esclarecer la cualidad de los seres que lo componen, así como el rol que desempeñan en la naturaleza. El médium ha hecho por el mundo invisible lo que el microscopio por el mundo de los infinitamente pequeños.

Se trata, pues, de una nueva fuerza, un nuevo poder, una nueva ley –en una palabra– que se nos ha revelado. Es realmente inconcebible que la incredulidad rechace hasta la idea misma de esa ley por el hecho de que supone la existencia en

nosotros de un alma, un principio inteligente que sobrevive al cuerpo. Si se tratara del descubrimiento de una sustancia material y sin inteligencia, la aceptarían sin dificultad. Pero una acción inteligente independiente del hombre constituye, para ellos, una superstición. Si, a partir de la observación de los hechos que se producen a través de la mediumnidad, nos remontamos a los hechos generales, por la similitud de los efectos se puede concluir la similitud de las causas. Ahora bien, al constatar la analogía de los fenómenos de Morzine con los que la mediumnidad nos presenta a diario, la participación de Espíritus malignos nos parece evidente en esa circunstancia, y no lo será menos para quienes hayan meditado acerca de los numerosos casos aislados referidos en la *Revista Espírita*. La única diferencia radica en el carácter epidémico de la afección; pero la historia refiere más de un hecho semejante, entre los cuales figuran los de las religiosas de Loudun, los convulsionarios de Saint-Médard, los camisardos de las Cevenas, y los posesos de los tiempos de Cristo. Estos últimos, sobre todo, presentan una notable analogía con los de Morzine. Asimismo, vale destacar que en todas partes donde esos fenómenos se produjeron, la idea de que se debían a los Espíritus fue dominante y como intuitiva en quienes se vieron afectados por ellos.

Si se tiene a bien considerar nuestro primer artículo, así como la teoría de la obsesión contenida en *El libro de los médiums*, y los hechos relatados en esta *Revista*, se verá que la acción que los Espíritus malos ejercen sobre los individuos de quienes se apoderan, presenta matices cuya intensidad y duración varían extremadamente conforme al grado de malignidad y de perversidad del Espíritu, y también conforme al estado moral de la persona que le facilita el acceso en mayor

o menor medida. Esa acción a menudo es temporaria y accidental, más maliciosa y desagradable que peligrosa, como en el hecho que hemos relatado en el artículo precedente. El hecho que sigue pertenece a esa categoría.

El señor Indermühle, de Berna, miembro de la Sociedad Espírita de París, nos contó que, en su propiedad de Zimmerwald, el arrendatario, un hombre con una fuerza hercúlea, cierta noche se sintió presa de un individuo que lo golpeaba vigorosamente. Se podría decir que se trató de una pesadilla; pero no lo era, porque aquel hombre estaba tan bien despierto que se levantó y comenzó a luchar durante algún tiempo contra quien lo atacaba. Cuando logró liberarse, tomó el sable que se hallaba colgado junto a la cama, y comenzó a dar sablazos en medio de la oscuridad, sin alcanzar a nadie. Luego encendió la vela y buscó por todas partes, pero no encontró nada. La puerta estaba bien cerrada. Tan pronto como volvió a la cama, el jardinero, que dormía en el cuarto de al lado, comenzó a luchar y pedir auxilio, gritando que alguien lo estrangulaba. El arrendatario corrió hacia el cuarto del vecino, pero una vez allí no encontró a nadie más. Un sirviente que dormía en el mismo edificio había escuchado todo ese alboroto. Al día siguiente, asustados, los tres hombres contaron al señor Indermühle lo que había ocurrido. Este, luego de informarse acerca de todos los detalles y asegurarse de que ningún extraño se había introducido en los cuartos, concluyó que un Espíritu malo les había hecho una broma de mal gusto, puesto que, desde hacía algún tiempo, en su propia casa se producían manifestaciones físicas inequívocas y de variada naturaleza. Tranquilizó a los hombres y les pidió que, en caso de que ocurriera algo semejante, lo observaran con detenimiento. Como el señor Indermühle es médium, al igual

que su mujer, evocó al Espíritu perturbador, que confesó el hecho y se disculpó diciendo: “Quería hablaros, porque soy desdichado y necesito vuestras plegarias; hace mucho tiempo que hago todo lo posible para atraer vuestra atención: llamé a vuestra puerta; incluso os tiré de las orejas (el señor Indermühle recordó el hecho); pero ninguno hizo nada. Entonces, pensé que, al montar la escena de la otra noche, se os ocurriría llamarme, y lo habéis hecho, de modo que estoy contento. Pero os aseguro que no tuve ninguna mala intención. Prometedme que me llamaréis cada tanto y que oraréis por mí”. El señor Indermühle lo reprendió, retomó la conversación con una lección de moral —que el Espíritu escuchó complacido—, oró por él, pidió a su gente que hiciera otro tanto, cosa que hicieron, pues eran personas piadosas, y desde entonces todo quedó en orden.

Lamentablemente, no todos los Espíritus tienen tan buena disposición. Este no era malo, pero hay algunos cuya acción es tenaz, permanente, e incluso puede generar consecuencias perjudiciales para la salud del individuo, y también para sus facultades intelectuales, en caso de que el Espíritu logre subyugar a su víctima al extremo de neutralizar su libre albedrío y obligarla a decir y hacer cosas extravagantes. Tal es el caso de la locura obsesiva, muy diferente en sus causas, aunque no en sus efectos, respecto de la locura patológica.

En nuestro viaje hemos visto al joven obseso al que nos referimos en un artículo de la *Revista* de enero de 1861, titulado *El Espíritu golpeador de Aube*, y hemos recibido de la boca de su padre, así como de otros testigos oculares, la confirmación de todos los hechos. Ese joven tiene en la actualidad dieciséis años. Es saludable, fuerte, bien conformado, aunque se queja de dolor de estómago y de debilidad en los miembros, lo cual

—según dice— le impide trabajar. Al verlo, se podría creer fácilmente que su principal dolencia es la pereza, lo cual no afecta en nada la realidad de los fenómenos que se produjeron hace cinco años, y que en muchos aspectos recuerdan los de Bergzabern (véase la *Revista* de mayo, junio y julio de 1858). No ocurre lo mismo con su salud moral. De niño, era muy inteligente, y en la escuela aprendía con facilidad, pero desde entonces sus facultades se debilitaron sensiblemente. Es importante agregar que tanto él como sus padres conocieron el espiritismo hace poco tiempo, de oídas y muy superficialmente, pues nunca leyeron nada. Antes de eso, nunca habían escuchado referencias sobre el tema. Por lo tanto, no se podría atribuir a ese conocimiento la causa excitadora de lo ocurrido. En la actualidad, los fenómenos materiales casi no se producen, o al menos son muy raros, pero el estado moral es el mismo, lo cual resulta tanto más lamentable para los padres, que solo viven de su trabajo. Nos consta la influencia que la plegaria ejerce en tales casos, pero como de parte del joven no se puede esperar nada al respecto, haría falta la participación de los padres. Ellos están convencidos de que su hijo es víctima de una influencia maligna oculta, pero su creencia no va mucho más allá de eso, y su fe religiosa es de las más débiles. Le dijimos al padre que debía orar, pero orar seriamente y con fervor, a lo que respondió: “Eso ya me lo han dicho. Oré algunas veces, pero sin resultado. Si yo supiera que esto se acaba orando una sola vez durante veinticuatro horas, lo haría ahora mismo”. Con esto nos basta para ver con qué tipo de apoyo se puede contar en estas circunstancias por parte de quienes son los más interesados.

Veamos la contraparte de este hecho, y una prueba de la eficacia de la plegaria cuando esta se realiza con el corazón y no con los labios:

Una joven, contrariada en sus inclinaciones, se había unido a un hombre con el cual no simpatizaba. Ese disgusto le causó una perturbación en sus facultades mentales. Dominada por una idea fija, perdió la razón, de modo que fue necesario encerrarla. Esta dama nunca había oído hablar del espiritismo, pero si se hubiera ocupado del tema, no habría faltado quien dijera que los Espíritus la habían vuelto loca. Así pues, el mal provenía de una causa moral, accidental y por completo personal, y en tal caso se comprende que los remedios comunes no ayudaran para nada. Como no había ninguna obsesión aparente, también se podía dudar de la eficacia de la plegaria.

Un miembro de la Sociedad Espírita de París, amigo de la familia, consideró que al respecto debía interrogar a un Espíritu superior, que respondió: “La idea fija de esa dama, por su propia causa, atrae alrededor suyo una multitud de Espíritus malos, que la envuelven con sus fluidos, estimulan sus ideas e impiden que las influencias benéficas lleguen a ella. Los Espíritus de esa naturaleza abundan siempre en los medios semejantes a aquel en el que ella se encuentra, y a menudo son un obstáculo para la cura de las enfermedades. No obstante, vosotros podéis curarla, pero para eso se requiere una fuerza moral capaz de vencer la resistencia, y esa fuerza no le es dada a uno solo. Que cinco o seis espíritas sinceros se reúnan todos los días, durante algunos instantes, y rueguen con fervor a Dios y a los Espíritus buenos para que la asistan. Que vuestra ardiente plegaria sea al mismo tiempo una magnetización mental. Para eso, no hace falta que estéis junto a ella, al contrario. Con el pensamiento, podéis dirigir hacia ella una corriente fluídica saludable, cuya fuerza dependerá de vuestra intención, y aumentará con la cantidad. De ese modo, po-

dréis neutralizar los fluidos perjudiciales que la rodean. Haced eso; tened fe y confianza en Dios, y esperad”.

Seis personas se dedicaron a esa obra de caridad, y no faltaron ni un solo día, durante un mes, a la misión que habían aceptado. Al cabo de algunos días, la enferma se había calmado sensiblemente; quince días después, la mejoría era manifiesta, y ahora regresó a su hogar en estado perfectamente normal, sin saber aún, al igual que su marido, la razón de su cura.

El modo de acción se encuentra claramente indicado aquí, y respecto de la explicación brindada por el Espíritu, no podríamos agregar nada que fuera más preciso. El efecto de la plegaria, pues, no solo consiste en solicitar ayuda exterior para el paciente, sino también en ejercer una acción magnética. ¡Qué no haría el magnetismo con el apoyo de la plegaria! Lamentablemente, algunos magnetizadores, al igual que muchos médicos, prescinden demasiado del elemento espiritual; solo ven la acción mecánica, de modo que se privan de un poderoso auxiliar. Confiamos en que los auténticos espíritas vean en este hecho una prueba más del bien que pueden hacer en circunstancias semejantes.

Aquí surge naturalmente una pregunta muy importante: *el ejercicio de la mediumnidad, ¿puede provocar trastornos en la salud y en las facultades mentales?*

Vale señalar que esta pregunta, así formulada, es la que presenta la mayoría de los antagonistas del espiritismo; o mejor dicho, en vez de una pregunta, formulan el principio como un axioma, al afirmar que la mediumnidad conduce a la locura. Nosotros nos referimos a la locura real, y no a esa otra, más burlesca que sería, con la que gratifican a los adeptos. Aceptaríamos dicha pregunta de parte de quienes creen en la existencia de los Espíritus y en la acción que estos pue-

den ejercer, porque para ellos se trata de algo real. En cambio, para los que no creen en eso, la pregunta es un sinsentido, pues, si no hay nada, esa nada no puede producir algo. Dado que esta tesis no es sostenible, los antagonistas se atrincheran en los peligros de la sobreexcitación cerebral que, según ellos, puede ser provocada por la sola creencia en los Espíritus. No retomaremos este punto, que ya hemos tratado, pero les preguntaremos si han hecho el recuento de los cerebros trastornados por el miedo al diablo y a las aterradoras imágenes de las torturas del Infierno y de las condenas eternas, y si acaso es más insano creer que, en vez del demonio, junto a ellos hay Espíritus buenos y amorosos: sus padres, sus amigos y su ángel de la guarda.

Aquella pregunta, formulada de la siguiente manera, es más racional y seria, toda vez que se admite la existencia y la acción de los Espíritus: *El ejercicio de la mediumnidad, ¿puede provocar en un individuo la invasión de Espíritus malos, así como las consecuencias de dicha invasión?*

Nunca hemos disimulado los escollos que se presentan en la mediumnidad, y por eso multiplicamos las instrucciones al respecto en *El libro de los médiums*, así como nunca dejamos de recomendar su estudio previo, antes de entregarse a la práctica. De tal modo, desde la publicación de ese libro, la cantidad de obsesos ha disminuido sensible y notoriamente, porque brinda una experiencia que los novatos suelen adquirir tan solo a expensas de ellos mismos. En efecto, reiteramos que, sin experiencia, la mediumnidad tiene inconvenientes, el menor de los cuales sería el hecho de ser engañado por Espíritus mistificadores y frívolos. Dedicarse al espiritismo experimental, sin estudio, equivale a realizar manipulaciones químicas sin saber química.

Los ejemplos tan numerosos de personas obsesas y subyugadas de la manera más desagradable, sin que nunca escucharan hablar de espiritismo, demuestran sobradamente que el ejercicio de la mediumnidad no cuenta con el privilegio de atraer a los Espíritus malos; más aún, la experiencia demuestra que dicho ejercicio es un medio de alejarlos, pues permite que se los reconozca. Con todo, como esos Espíritus suelen andar alrededor nuestro, puede ocurrir que, si encuentran la oportunidad de manifestarse, la aprovechen, en caso de que descubran en el médium una predisposición física o moral que los torne accesibles a su influencia. Ahora bien, esa predisposición depende del individuo y de causas personales anteriores, y no es generada por la mediumnidad. Podemos afirmar que el ejercicio de esta facultad es una oportunidad y no una causa. No obstante, si bien algunos individuos se encuentran en esa situación, conocemos otros que ofrecen a los Espíritus malos una resistencia insuperable, de modo que estos no se dirigen a ellos. Nos referimos a los Espíritus realmente malos y malévolos, los únicos en verdad peligrosos, y no a los Espíritus frívolos y burlones, que se inmiscuyen en todas partes.

La presunción de considerarse invulnerable ante los Espíritus malos ha sido castigada de manera cruel más de una vez, porque el orgullo nunca los desafía impunemente. El orgullo es la puerta que les permite acceder con mayor facilidad, porque nadie ofrece menos resistencia que el orgulloso cuando se lo agarra por el lado débil. Por lo tanto, antes de dirigirse a los Espíritus, conviene acorazarse contra el alcance de los malos, como si se avanzara en un terreno donde se teme la mordedura de serpientes. Eso se logra, en primer lugar, mediante el estudio previo que señala el camino y las precauciones a tomar,

y luego mediante la plegaria. No obstante, hace falta que el hombre se compenetre realmente de que lo *único* que puede preservarlo se encuentra en sí mismo, en su propia fuerza, y *nunca* en las cosas exteriores, y que no existen talismanes, ni amuletos, ni palabras sacramentales, ni fórmulas sagradas o profanas, que puedan tener la menor eficacia si él mismo no posee las cualidades necesarias. Por consiguiente, debe esforzarse para adquirir esas cualidades.

Si los hombres estuvieran bien compenetrados del objetivo esencial y serio del espiritismo, si se prepararan siempre para el ejercicio de la mediumnidad a través de un llamado ferviente a su ángel de la guarda y a sus Espíritus protectores, si se estudiaran a sí mismos y se esforzaran en purificarse de sus imperfecciones, los casos de obsesión mediúmnica serían aún más raros. Lamentablemente, muchos consideran tan solo el hecho de las manifestaciones. No contentos con las pruebas morales que sobreabundan alrededor suyo, pretenden a toda costa la satisfacción de comunicarse ellos mismos con los Espíritus, forzando el desarrollo de una facultad que a menudo no existe en ellos, y movidos frecuentemente por la curiosidad más que por el deseo sincero de ser mejores. De ahí resulta que, en vez de envolverse en una atmósfera fluídica saludable, de cubrirse con las alas protectoras de sus ángeles de la guarda, y de hacer el intento de domar sus debilidades morales, abren la puerta de par en par a los Espíritus obsesores, que tal vez los habrían atormentado de otra manera y en otro momento, pero que aprovechan la oportunidad que se les ofrece. ¿Qué diremos entonces de los que convierten las manifestaciones en un juego, y solo ven en ellas un motivo de distracción o de curiosidad, o que solo buscan en ellas los medios de satisfacer su ambición, su codicia o sus intereses

materiales? En tal sentido, diremos que el ejercicio de la mediumidad puede provocar la invasión de los Espíritus malos. En efecto, resulta peligroso jugar con esas cosas. ¡Cuántas personas leen *El libro de los médiums* únicamente para saber cómo manejarse en ese punto, porque la receta o el procedimiento es lo que más les interesa! En cuanto al aspecto moral de la cuestión, consideran que es accesorio. Así pues, no deben imputarle al espiritismo lo que es fruto de su imprudencia.

Volvamos a los posesos de Morzine. Lo que un Espíritu puede hacer sobre un individuo, varios Espíritus pueden hacerlo sobre varios individuos simultáneamente, y dar a la obsesión un carácter de epidemia. Una nube de Espíritus malos puede invadir una localidad y manifestarse en ella de diversas maneras. Una epidemia de ese tipo afectaba Judea en tiempos de Cristo, y, en nuestra opinión, una epidemia semejante es la que padece Morzine.

Esto es lo que intentaremos determinar en nuestro próximo artículo, en el que destacaremos los caracteres esencialmente obsesivos de dicha afección. Analizaremos las memorias de los médicos que la estudiaron, entre ellas, la del doctor Constant, así como los medios curativos empleados tanto por la medicina como a través de los exorcismos.

Los sirvientes

*Historia de un criado*²

El hecho relatado en el número precedente, con el título *El tugurio y el salón* (diciembre de 1862, pág. 377), nos recuerda otro que de algún modo es de carácter personal. En un viaje que realizamos hace dos años, tuvimos oportunidad de observar, en una familia de elevada posición, a un joven criado cuyo aspecto inteligente y refinado nos sorprendió por su distinción. Nada en sus modales sugería inferioridad. En su dedicación al servicio de sus amos, nada había de esa obsecuencia servil propia de las personas de tal condición. Volvimos a visitar a esa familia al año siguiente, y como no vimos al joven, preguntamos si lo habían despedido. “No —fue la respuesta—, se marchó para pasar algunos días en su tierra, y allí murió. Lo lamentamos mucho, porque era una excelente persona y sus sentimientos estaban *realmente por encima de su posición*. Mantenía un estrecho vínculo con nosotros, y nos dio pruebas de gran afecto y devoción.”

Posteriormente, se nos ocurrió la idea de evocar al joven, y esto es lo que nos dijo:

“En mi penúltima encarnación, yo era, como se dice en la Tierra, de una muy buena familia, pero que había quedado en la ruina a causa de la prodigalidad de mi padre. Me quedé huérfano y sin recursos cuando todavía era muy joven. El señor de G... se convirtió en mi benefactor. Me crió como a un hijo y me brindó una excelente educación, que despertó mi vanidad. En mi última existencia me propuse expiar mi or-

2. Véase esta historia en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo VIII. (N. del T.)

gullo, por lo que nací en una condición servil, y de ese modo encontré la ocasión de probar mi dedicación a mi benefactor. Incluso le salvé la vida, sin que él jamás lo dudara. Esa fue, al mismo tiempo, una prueba que supe aprovechar, pues tuve la firmeza necesaria para no permitir que me corrompiera el contacto con un medio en el que por lo general proliferan los vicios. Pese a los malos ejemplos, permanecí honrado, por lo que doy gracias a Dios, pues fui recompensado con la felicidad de que hoy gozo”.

P. ¿En qué circunstancias habéis salvado la vida del señor G...?

R. Durante un paseo a caballo, en el que sólo yo lo escoltaba, observé que un enorme árbol se derribaba a su lado, sin que él lo notase. Le avisé con un grito de terror, y él retrocedió bruscamente, en el preciso momento en que el árbol caía a sus pies. De no haber sido por mi intervención, lo hubiese aplastado.

Nota. El señor G... a quien relatamos la anécdota, la recordó perfectamente.

P. ¿Por qué moristeis tan joven?

R. Dios consideró que mi prueba había terminado.

P. ¿Cómo pudisteis aprovechar esa prueba, si no conservabais el recuerdo de vuestra existencia precedente ni de la causa que le dio motivo?

R. Pese a mi humilde condición, me quedaba un resto de orgullo, al que tuve la dicha de dominar. Eso hizo que la prueba fuese muy provechosa, pues de lo contrario habría tenido que repetirla. En sus momentos de libertad, mi Espíritu recordaba, y al despertar sentía un deseo intuitivo de resistir a mis inclinaciones, pues sabía que eran malas. Al luchar así, tuve más

mérito que si hubiera recordado nítidamente mi pasado. La reminiscencia de mi antigua posición habría exaltado mi orgullo y me habría perturbado, mientras que de ese modo apenas debí combatir los impulsos nacidos de mi nueva posición.

P. Habéis recibido una educación brillante. ¿Para qué os sirvió en la última existencia, puesto que no recordabais los conocimientos adquiridos?

R. Esos conocimientos habrían sido inútiles, y hasta un absurdo en mi nueva situación. Quedaron latentes, y hoy los he recuperado. No obstante, no me han sido del todo inútiles, pues han contribuido al desarrollo de mi inteligencia. Instintivamente tenía predilección por las cosas elevadas, y eso mismo me infundía repulsión a los ejemplos bajos y groseros que tenía ante mi vista. De no haber sido por esa educación, no habría sido más que un simple criado.

P. Los ejemplos de los empleados domésticos que se afician a sus patrones hasta la abnegación, ¿tienen su causa en vínculos anteriores?

R. No lo dudéis. Eso es, al menos, lo más común. Hay ocasiones en que estos servidores son miembros de la misma familia, o, como en mi caso, seres agradecidos que pagan una deuda de reconocimiento, y cuya dedicación colabora a su propio progreso. No os imagináis los efectos que las simpatías y las antipatías de esas relaciones anteriores producen en el mundo. No, la muerte no interrumpe esas relaciones, que a menudo se perpetúan de un siglo para otro.

P. ¿Por qué razón esos ejemplos de fidelidad de los servidores son tan raros en la actualidad?

R. Es preciso atribuir esa circunstancia al espíritu egoísta y orgulloso de vuestro siglo, que la incredulidad y las ideas ma-

terialistas desarrollaron. La verdadera fe es eclipsada por la codicia y la ambición de utilidades, y con ella se va la devoción. Puesto que el espiritismo orienta nuevamente a los hombres hacia la noción de la verdad, contribuirá a que renazcan las virtudes despreciadas.

Nota. Nada mejor que este ejemplo puede hacer que se resalte el beneficio del olvido de las existencias anteriores. Si el Sr. G... hubiera recordado quién había sido su joven criado, seguramente se hubiese sentido muy mortificado y no lo habría conservado en aquella condición, con lo que habría obstruido una prueba que resultó provechosa para ambos.

Boïeldieu en la milésima representación de *La dama blanca*

Las siguientes estrofas, del señor Méry, fueron recitadas en la milésima representación de *La dama blanca*, en el teatro de la Opéra-Comique, el 16 de diciembre de 1862:

¡A Boïeldieu!

¡Gloria a la obra en la que todo canta la melodía!
Obra de Boïeldieu, mil veces aplaudida.
Y como en el pasado, tan joven en el presente,
en una sala llena, París de nuevo ve
a la dama castellana, la dama de Avenel,
después de treinta y seis años, centenaria diez veces.

Scribe ha dado lo mejor que el poeta
puede inventar y que la lira interpreta.
Y el maestro inspirado prodiga, con ardor,
el encanto que las palabras no logran describir:
el énfasis que hace llorar, y el que hace sonreír,
la alegría del espíritu, el éxtasis del amor.

Todos esos acordes cuya gracia suprema
brilla en la voz, la orquesta y el poema,
el arte sabio con su noche no los ha cubierto;
porque Boïeldieu, y ahí radica su más bella victoria,
vuelve al público artista y le habla con gloria
esa lengua del corazón que abarca el universo.

¡Y con inmensa dicha el gran maestro varía
los acordes inspirados por la musa querida!
De su laúd soberano un río de oro ha de surgir.
¡Cuántos rayos proceden de la bruma escocesa!
¡Con esta obra, sobre todo, la música francesa
nada tiene que temer a los Alpes o al Rhin!

Nos cabe, pues, festejar esta noble milésima,
que parece elevar la obra a su más alta cima;
Y después... ¿de la muerte los secretos conocemos...?
¿Quién sabe? Tal vez aquí, en esta bóveda flote,
una sombra que feliz nos escucha esta noche:
¡otro auditorio, más allá, que nosotros no vemos!

Los espíritas han reparado en esta última estrofa, que no
podría responder mejor su pensamiento, ni expresar mejor la
presencia entre nosotros de los Espíritus de quienes han aban-

donado sus despojos mortales. Para los materialistas, se trata de un simple juego de imaginación del poeta; porque, según ellos, del hombre de genio cuya memoria se celebra no ha quedado nada, y las palabras que se le dirigen se pierden en el vacío sin encontrar respuesta. Los recuerdos y los pesares que dejó son nulos para él; más aún, su vasta inteligencia es de por sí un mero acaso de la naturaleza y de su organización. En tal caso, ¿cuál sería su mérito? Haber compuesto sus obras maestras no habría tenido más valor que los órganos de Barbaria que las ejecutan. ¿Acaso esta idea no contiene algo glacial, e incluso profundamente inmoral? ¿Acaso no es lamentable ver hombres de talento y de ciencia que las preconizan en sus escritos, y que desde lo alto de sus cátedras las enseñan a la juventud en las escuelas, intentando demostrar que solo nos espera la nada y que, por consiguiente, el que pudo o supo eludir la justicia humana no tiene nada de qué lamentarse? Nunca insistiremos demasiado en que esta idea es eminentemente subversiva del orden social, y en que tarde o temprano los pueblos sufren las terribles consecuencias de su predominio, por el desenfreno de las pasiones. Porque equivaldría a decirles: “Podéis hacer impunemente todo lo que queráis, pero siempre que seáis los más fuertes”. Con todo, debemos convenir, para alabanza de la humanidad, en que esta idea despierta un sentimiento de repulsión en las masas. Nos preguntamos cuál habría sido el efecto que el poeta hubiera producido si, en vez de esa imagen tan auténtica, sorprendente y consoladora, de la presencia del Espíritu de Boïeldieu en medio de ese numeroso auditorio feliz por el elogio de su obra, hubiera dicho: “Del hombre que recordamos solo queda lo que fue depositado en su tumba, y que se destruye a diario. Algunos años más, y ni siquiera sus cenizas quedarán. En cambio, su ser pensante ya no existe; ha

vuelto a la nada de la que había salido. Ya no puede vernos, como tampoco nos escucha. Y vos, su hijo aquí presente, y que veneráis su memoria, sabed que vuestros lamentos ya no lo conmueven. Es en vano que lo llaméis con vuestras ardientes plegarias: él no puede venir, porque ya no existe. La lápida se ha cerrado sobre él para siempre. Es en vano que esperéis verlo de nuevo al dejar la Tierra, porque vos también volveréis a la nada. Es en vano que le pidáis apoyo y consejos: os ha dejado solo, muy solo. ¿Acaso creéis que él continúa a vuestro lado, ocupándose de vos? ¿Creéis que está aquí, con nosotros? Ilusión de una mente débil. ¡Decís que sois médium, y creéis que él puede manifestarse! Superstición renovada de la Edad Media; efecto de vuestra imaginación, que se refleja en vuestros escritos”.

Nos preguntamos qué habría dicho el auditorio ante semejante panorama. Con todo, ese es el ideal de la incredulidad.

Al escuchar esos versos, no cabe duda de que algunos de los asistentes habrán exclamado: “¡Hermosa idea! Tiene sentido”. Y otros, la mayoría, habrán afirmado: “¡Tierna y consoladora idea, que alivia el corazón!” No obstante, también habrán agregado: “Si el alma de Boïeldieu está aquí presente, ¿cómo es? ¿Qué forma tiene? ¿Es una llama, una chispa, un vapor, un soplo? ¿De qué manera ve y escucha?” Precisamente esta incertidumbre, acerca del estado del alma, hace que surja la duda. Ahora bien, el espiritismo disipa esa incertidumbre al afirmar: “Boïeldieu, al morir, solo abandonó su pesada y densa envoltura; pero su alma ha conservado la envoltura fluídica indestructible. A partir de ese momento, libre del obstáculo que lo retenía, puede elevarse y recorrer el espacio. Él está aquí, con su forma humana pero más aérea, y si el velo que cubre nuestra visión pudiera correrse, veríamos a Boïeldieu ir y venir,

o cernirse sobre el auditorio, junto con miles de Espíritus de cuerpos etéreos, que acudieron para sumarse a su triunfo”.

Ahora bien, si el Espíritu de Boïeldieu está presente, es porque le interesa lo que allí ocurre, y porque asocia su pensamiento al de los asistentes. En tal caso, ¿por qué no daría a conocer su propio pensamiento, ya que tiene el poder de hacerlo? El espiritismo constata y explica dicho poder. La envoltura fluídica del Espíritu de Boïeldieu, por más invisible y etérea que sea, no deja de ser una especie de materia. En vida, esa envoltura le servía de intermediario entre su alma y su cuerpo. A través de ella, el alma transmitía su voluntad, a la que el cuerpo obedecía; y también a través de ella, el alma recibía las sensaciones que el cuerpo experimentaba. Esa envoltura es, en una palabra, el lazo que une el Espíritu con la materia propiamente dicha. Ahora, dado que el Espíritu de Boïeldieu se ha liberado de su envoltura corporal, puede asociarse por simpatía con un Espíritu encarnado y, de algún modo, pedirle prestado momentáneamente su cuerpo para expresar su pensamiento a través de la palabra o la escritura; dicho de otro modo, a través de la mediumnidad, es decir, con un intermediario.

Así, de la supervivencia del alma a la idea de que esta puede hallarse junto a nosotros, no hay más que un paso. De esta idea a la posibilidad de que se comunique, la distancia no es grande. Todo radica en comprender de qué modo se opera el fenómeno. Así pues, vemos que la doctrina espírita, al afirmar como una verdad las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, no postula algo tan excéntrico como algunos suponen; y su demostración respecto de la solidaridad que existe entre esos dos mundo constituye una puerta que abre los horizontes del porvenir.

Una vez leídas las estrofas del señor Méry en la Sociedad Espírita de París, durante la sesión del 19 de diciembre de 1862, la señora Costel obtuvo la siguiente comunicación, del Espíritu de Boïeldieu:

“Me alegra poder manifestar mi reconocimiento a quienes, en oportunidad de celebrar al viejo músico, no se olvidaron del hombre. Un poeta –los poetas son divinos– sintió el soplo de mi alma, que continúa llena de armonía. La música resonaba en sus versos luminosos de inspiración, pero en los cuales vibraba también una nota conmovida, que hacía cernirse sobre los vivos la sombra dichosa de aquel al que festejaban.

”En efecto, yo asistí a esa fiesta conmemorativa de mi talento humano, y por encima de los instrumentos escuchaba una voz, más melodiosa que la melodía terrenal, que le cantaba a la muerte despojada de su antiguo terror, ya no como una sombría divinidad del Erebo, sino como la brillante estrella de la esperanza y de la resurrección.

”Esa voz también cantaba la unión de los Espíritus con sus hermanos encarnados. ¡Dulce misterio! ¡Fecundo vínculo que completa al hombre y le acerca las almas que en vano él le reclama al silencio de la tumba!

”El poeta, precursor de los tiempos, recibe la bendición de Dios. Alondra de la mañana, él celebra la aurora de las ideas mucho antes de que aparezcan en el horizonte. No obstante, la revelación sagrada se esparce sobre todos como una bendición; y todos, como el poeta amado, sentís junto a vosotros la presencia de aquellos a quienes vuestro recuerdo evoca”.

BOÏELDIEU

Carta sobre el espiritismo

Extraída de *Le Renard*, semanario de Burdeos,
del 1.º de noviembre de 1862.

Al señor Redactor en jefe de Le Renard

Señor Redactor:

Si el tema que abordo aquí no os resulta demasiado trillado ni excesivamente considerado, os ruego que incluyáis esta carta en el próximo número de vuestro estimado periódico:

“Algunas palabras acerca del espiritismo. Se trata de una cuestión tan controvertida, y que en la actualidad mantiene ocupadas a tantas mentes, que todo lo que un hombre leal y seriamente convencido pueda escribir al respecto no debería resultarle infructuoso ni ridículo a nadie.

”No pretendo imponer mis convicciones: no tengo la edad, la experiencia ni la inteligencia necesarias para ser un Méntor. Apenas quisiera dirigirme a todos los que, aunque solo conozcan esta teoría de nombre, estén dispuestos a considerar el espiritismo a través de burlas o de un desdén sistemático, y decirles que hagan como yo: en primer lugar, procurad instruiros, y luego tendréis derecho a ser desdeñosos o burlones.

”Hace un mes, señor Redactor, yo apenas tenía una vaga idea acerca del espiritismo; tan solo sabía que ese descubrimiento o esa utopía, para la cual se había inventado una palabra nueva, se apoyaba en hechos (verdaderos o falsos) tan sobrenaturales que eran rechazados de antemano por los hombres que no creen en nada de lo que los asombra, que nunca acompañan un progreso salvo que sea a remolque de todo su siglo, y que, como nuevos santo Tomás, solo se persuaden cuando han tocado. Confieso que, como ellos, yo estaba dis-

puesto a reírme de esa teoría y de sus adeptos; pero antes de hacerlo quise saber de qué me reiría, de modo que me hice presente en una sociedad de espíritas, en casa del señor E. B. Dicho sea de paso, el señor B., que me pareció una mente recta, seria y esclarecida, se halla repleto de una convicción suficientemente firme para borrarle la sonrisa de los labios a cualquier bromista de mal gusto; porque, digan lo que digan, una convicción sólida se impone siempre.

”Al finalizar la primera sesión, ya no me reía, aunque todavía dudaba, y lo que más sentía era un enorme deseo de instruirme, una impaciencia febril para observar nuevas demostraciones.

”Eso es lo que hice ayer, señor Redactor, y ahora ya no dudo. Sin referirme a algunas comunicaciones personales acerca de asuntos ignorados tanto por el médium como por los miembros de esa Sociedad, he visto hechos que, en mi opinión, son irrefutables.

”Comprenderéis los motivos por los cuales aquí no haré ninguna reflexión sobre el nivel de instrucción o de inteligencia del médium, pero declaro que es imposible, para cualquiera que no sea un Bossuet o un Pascal, responder de inmediato, de una manera tan clara como sea posible, con una rapidez mecánica —por decirlo de algún modo—, y en un estilo conciso, elegante y correcto, varias páginas con asuntos tales como este: ‘De qué modo se puede conciliar el libre albedrío con la presciencia divina’; es decir, acerca de los más arduos problemas de la metafísica.

”Eso es lo que he visto, señor Redactor, y muchas otras cosas que no agregaré en esta carta, ya demasiado extensa. Os reitero que escribo esto para inspirar en algunos de vuestros

lectores, si es posible, el deseo de instruirse. Más adelante, tal vez, se convengan como yo”.

TIBULLE LANG

Exalumno de la Escuela politécnica.

Algunas palabras acerca del espiritismo

(Extraído de *L'Écho de Sétif*, Argelia,
del 09 de noviembre de 1862.)

Desde hace ya algún tiempo, el mundo se agita, se estremece y busca; el alma del mundo sufre y tiene inmensas necesidades.

Admitamos que el espiritismo no exista, que todo lo que se haya dicho acerca de él sea resultado del error, de la alucinación de algunas mentes enfermas. Con todo, ¿no significa nada ver seis millones de personas afectadas por la misma enfermedad en siete u ocho años?

Por mi parte, veo muchas cosas en el espiritismo: veo el presentimiento de grandes acontecimientos, porque en todos los tiempos, en vísperas de épocas notables, el mundo siempre ha estado inquieto, turbulento incluso, sin darse cuenta de su malestar. En la actualidad, lo cierto es que, después de haber atravesado una época de materialismo, el mundo siente la necesidad de una creencia espiritual razonada; desea creer con conocimiento de causa, si puedo expresarme de ese modo. Estas son las causas de su enfermedad, si admitimos que está enfermo.

Resulta temerario decir que en el fondo de ese movimiento no hay nada.

Un escritor, al que no tengo el honor de conocer, acaba de publicar un profundo artículo en *L'Écho de Sétif*, del 18 de septiembre último. Él mismo confiesa que no conoce el espiritismo. Se pregunta si es posible, si puede existir, y sus investigaciones lo llevan a la conclusión de que el espiritismo no es posible.

Sea como fuere, en la actualidad los espíritas tienen derecho a regocijarse, pues hay hombres de élite dispuestos a dedicar una parte de sus estudios a la búsqueda de lo que algunos consideran una verdad y otros un error.

Por lo que a mí respecta, puedo dar fe de un hecho: he visto cosas en las que no se puede creer sin haberlas visto.

Hay una parte muy ilustrada de la sociedad que no niega concretamente el hecho, pero afirma que las comunicaciones que se obtienen proceden directamente del Infierno. Eso es lo que yo no puedo admitir en presencia de comunicaciones como esta: “Creed en Dios, creador y organizador de las esferas; amad a Dios, creador y protector de las almas... *Firmado: GALILEO*”.

No es posible que el diablo haya hablado alguna vez de esta manera, pues en tal caso los hombres le habrían creado una reputación inmerecida. Y si es cierto que le ha faltado el respeto a Dios, confesemos que aquí le echó agua al vino.

Yo también he sido incrédulo, y no podía convencerme de que Dios permitiera que nuestro propio Espíritu se comunicara, sin que lo supiéramos, con el Espíritu de una persona viva. No obstante, tuve que rendirme ante la evidencia. Yo

pensé, y un durmiente³ me respondió con claridad, categóricamente. Ningún sonido, ningún estremecimiento se produjo en mi cerebro. De tal modo, el Espíritu del durmiente se correspondió con el mío sin que yo lo supiera. ¡Doy fe de eso!

Antes de ese descubrimiento, yo pensaba que Dios había interpuesto una barrera infranqueable entre el mundo material y el mundo espiritual. Me equivoqué; eso es todo. Y parece que, cuanto más incrédulo yo era, más quería Dios desengañarme, pues ante mis ojos puso hechos extraordinarios y patentes.

Quise escribir yo mismo, para que un tercero no me engañara, pero mi mano nunca hizo el menor movimiento. Puse la pluma en la mano de un niño de catorce años, y él se durmió sin que yo lo deseara. Al ver eso, me retiré a mi jardín, con la convicción de que esa supuesta verdad era solo un sueño; pero al volver a mi casa noté que el niño había escrito. Me aproximé para leer, y para mi gran sorpresa vi que el niño había respondido mis pensamientos. A pesar de ese hecho, seguí protestando y quise confundir al durmiente, de modo que hice mentalmente una pregunta sobre historia antigua. Sin dudarle, el durmiente la respondió categóricamente.

Detengámonos aquí, y presentemos en pocas palabras algunas observaciones.

Si suponemos que no intervinieron Espíritus de otro mundo, el hecho es que el Espíritu del durmiente y el mío se hallaban en perfecta correspondencia. Por lo tanto, este es un hecho que, en mi opinión, merece ser estudiado. Sin embargo, hay hombres tan sabios que no tienen que estudiar nada más, y prefieren decirme que soy un loco.

3. Un sonámbulo. (N. del T.)

De acuerdo, supongamos que soy un loco, pero más adelante veremos quién o quiénes se equivocan.

Si yo hubiera articulado una sola palabra, si hubiera hecho el menor gesto, no me habría rendido. Pero no me moví, no hablé. ¡Qué digo! ¡Ni siquiera respiré!

Pues bien, ¿habrá algún sabio que pueda conversar conmigo sin decir una sola palabra o sin escribirme? ¿Habrá alguno que pueda traducir mi pensamiento sin conocerme, sin haberme visto? Y lo que es más fuerte aún, ¿habrá alguno al que yo no pueda engañar, incluso hablándole, y eso sin que lo sospeche? Esto no podía hacerse con el médium en cuestión. Lo intenté varias veces, pero no lo logré.

Si me lo permitís, a continuación, os presentaré algunas de las comunicaciones que obtuve.

C***.

Respuesta a una pregunta sobre el espiritismo desde el punto de vista religioso

La siguiente pregunta nos fue remitida por una persona de Burdeos, a quien no tenemos el honor de conocer, pero consideramos que debíamos responderle a través de la *Revista*, para instrucción de todos:

“He leído en una de vuestras obras: ‘El espiritismo no se dirige a los que tienen alguna clase de fe religiosa, con el objetivo de apartarlos de ella, y con la cual su razón y su concien-

cia se satisfacen, sino a la numerosa categoría de los inseguros y los incrédulos, etc.⁴

”¿Y por qué no? ¿Acaso el espiritismo, que es la verdad, no debería dirigirse a todo el mundo, a todos los que están equivocados? Ahora bien, los que creen en alguna religión: protestante, judía, católica o cualquier otra, ¿no están equivocados? No cabe duda de que lo están, porque las diversas religiones que se profesan actualmente presentan, como verdades incontestables, cosas que son completamente falsas y en las que nos obligan a creer, o al menos cosas que proceden de fuentes verdaderas, pero que son totalmente malinterpretadas. Si está demostrado que las penas son tan solo temporales —y Dios sabe si es un error leve confundir lo temporal con lo eterno—, que el fuego del Infierno es una ficción, y que, en vez de una creación en seis días, se trata de millones de siglos, etc.; si todo eso está demostrado —digo—, a partir del principio según el cual la verdad es *una*, entonces las creencias a que ha dado lugar esa interpretación tan falsa de dichos dogmas no son ni más ni menos que falsas, pues una cosa es o no es; no hay término medio.

”¿Por qué, pues, el espiritismo no habría de dirigirse también a los que creen en tonterías, para disuadirlos de ellas, tanto como a los que no creen en nada o que dudan? Etc.”

Aprovechamos la oportunidad de esta carta, de la que hemos extraído los pasajes anteriores, para recordar una vez más el objetivo esencial del espiritismo, acerca del cual el autor de tal misiva no parece hallarse del todo instruido.

4. Véase *El espiritismo en su más simple expresión*; Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

Por las pruebas patentes que ofrece respecto de la existencia del alma y de la vida futura —bases de todas las religiones—, el espiritismo es la negación del materialismo. Por lo tanto, se dirige a los que niegan o dudan. Es evidente que las personas que no creen en Dios ni en su alma, no son católicas, ni judías, ni protestantes, sea cual fuere la religión en que hayan nacido, pues ni siquiera serían mahometanas o budistas. Ahora bien, a través de la evidencia de los hechos, el espiritismo induce a esas personas a creer en la vida futura con todas sus consecuencias morales. A continuación, son libres de adoptar el culto que mejor convenga a su razón o a su conciencia. Pero ahí se detiene el papel del espiritismo: logra que esas personas recorran las tres cuartas partes del camino; logra que den el paso más difícil, el que consiste en salir de la incredulidad. Los cultos deben hacer el resto.

Con todo, el autor de la carta podrá preguntarnos: “¿Y si ningún culto me conviene?” Pues bien, en tal caso, permaneced como estáis. El espiritismo no puede hacer nada al respecto; no se encarga de que abracéis un culto a la fuerza, ni de discutir por vos el valor intrínseco de los dogmas de cada uno: eso lo deja librado a vuestra conciencia. Si lo que el espiritismo ofrece no os basta, buscad, entre todas las filosofías que existen, una doctrina que satisfaga mejor vuestras aspiraciones.

Los incrédulos y los que dudan integran una categoría inmensamente numerosa, y cuando el espiritismo afirma que no se dirige a los que tienen alguna clase de fe y se sienten satisfechos con ella, entiende que no se impone a nadie y no violenta ninguna conciencia. Al dirigirse a los incrédulos, logra convencerlos con los medios que le son propios, con los argumentos mediante los cuales tiene acceso a la razón de esos

incrédulos, ya que los otros han sido impotentes. En una palabra, el espiritismo tiene su método, con el que obtiene muy buenos resultados todos los días; pero no tiene una doctrina secreta; no dice a algunos: abrid los oídos, y a otros: cerradlos. Les habla a todos por medio de sus escritos, y cada uno es libre de adoptar o de rechazar su manera de ver las cosas. De tal modo, logra que los incrédulos lleguen a ser creyentes fervorosos; eso es todo lo que pretende. Así pues, a cualquiera que diga: “Tengo mi fe y no quiero cambiarla; creo en la eternidad absoluta de las penas, en las llamas del Infierno y en los demonios; incluso sigo creyendo que el Sol gira alrededor de la Tierra, porque la Biblia lo dice, y creo que ese es el precio de mi salvación”, el espiritismo le responde: “Conservad vuestras creencias, ya que os resultan convenientes; nadie pretende imponeros otras; no me dirijo a vos, ya que no me necesitáis”. En esto, el espiritismo es fiel a su principio de respeto a la libertad de conciencia. Si algunos consideran que están equivocados, son libres de mirar la luz, que brilla para todos. Los que consideran que tienen razón, son libres de cerrar los ojos.

Una vez más, el espiritismo tiene un objetivo, del cual no quiere ni debe apartarse; conoce el camino que debe conducirlo a él, y lo seguirá sin dejarse desviar por las sugerencias de los impacientes: cada cosa llega en tiempo, y cuando se pretende ir demasiado rápido a menudo se retrocede en vez de avanzar.

Dos palabras más para el autor de la carta. Consideramos que aplicó de manera incorrecta el principio según el cual la verdad es *una*, al concluir que, por el hecho de que algunos dogmas –como el de las penas futuras y el de la creación– hayan recibido una interpretación errónea, todo debe ser falso en la religión. ¿Acaso no vemos a diario que hasta las ciencias

positivas reconocen algunos errores de detalle, sin que por eso la ciencia sea radicalmente falsa? ¿Acaso la Iglesia no se ajustó a la ciencia respecto de algunas creencias que antaño consideraba artículos de fe? ¿No reconoce actualmente la ley del movimiento de la Tierra y la de los períodos geológicos de la creación, a las que había condenado como herejías? En cuanto a las llamas del Infierno, la alta teología está de acuerdo en reconocer que se trata de una imagen, y que debemos entenderla como un fuego moral y no un fuego material. Respecto de varios otros puntos, las doctrinas también son menos absolutas que antes; de lo cual podemos concluir que un día, cuando ceda a la evidencia de los hechos y de las pruebas materiales, la alta teología comprenderá la necesidad de una interpretación —en armonía con las leyes de la naturaleza— de algunos puntos aún controvertidos; porque ninguna creencia podría, de manera válida o racional, prevalecer contra esas leyes. Dios no puede contradecirse estableciendo dogmas contrarios a sus leyes eternas e inmutables, y el hombre no puede aspirar a colocarse por encima de Dios decretando la nulidad de esas leyes. Ahora bien, la Iglesia, que ha comprendido esta verdad para algunas cosas, la comprenderá también para las otras, especialmente en lo que concierne al espiritismo, cuyos principios están fundados en las leyes de la naturaleza, todavía mal comprendidas, pero que comprendemos cada día mejor.

Por consiguiente, no debemos apresurarnos a rechazar la totalidad por el hecho de que algunas de sus partes sean oscuras o defectuosas, y en tal sentido consideramos útil recordar la fábula de *La mona, el mono y la nuez*.

Identidad de un Espíritu encarnado

Nuestro colega, el señor Delanne, en oportunidad de uno de sus viajes, nos transmitió el siguiente relato acerca de la evocación que hizo al Espíritu de su esposa, viva, y que permanecía en París:

(...) El 11 de diciembre último, estando yo en Lille, evoqué al Espíritu de mi esposa, a las once y media de la noche. Entonces, ella me dijo que una de sus parientas, por casualidad, se había quedado a dormir en casa. Este hecho me dejó en duda, pues no lo creí posible, hasta que dos días después recibí una carta de ella en la que confirmaba la verdad de lo ocurrido. Os envío nuestra conversación, que si bien no contiene nada especial, ofrece una prueba evidente de identidad.

1. *Pregunta.* ¿Estás ahí, querida amiga? - *Respuesta.* Sí, mi gordo. (Esta es su expresión favorita.)

2. *P.* ¿Puedes ver los objetos que hay alrededor mío? - *R.* Los veo muy bien. Estoy feliz de estar contigo. ¡Espero que estés bien abrigado! (Eran las once y media; yo acababa de llegar de Arras; no había fuego en la habitación; estaba envuelto en mi abrigo de viaje y ni siquiera me había quitado la bufanda.)

3. *P.* ¿Estás contenta de haber venido sin tu cuerpo? - *R.* Sí, amigo mío; te lo agradezco. Tengo mi cuerpo fluídico, mi periespíritu.

4. *P.* ¿Eres tú quien me hace escribir? ¿Dónde te encuentras? - *R.* Junto a ti; por cierto, a tu mano aún le cuesta moverse.

5. *P.* ¿Estás dormida? - *R.* No, todavía no muy bien.

6. *P.* ¿Tu cuerpo te retiene? - *R.* Sí, siento que me retiene. Mi cuerpo está un poco enfermo, pero mi Espíritu no sufre.

7. *P.* ¿Tuviste durante el día la intuición de que te evocaría esta noche? - *R.* No, y sin embargo no puedo definir algo que me decía que te vería. (En este momento tuve un ataque de tos.) Sigues tosiendo, amigo; cuídate un poco.

8. *P.* ¿Puedes ver mi periespíritu? - *R.* No, sólo puedo distinguir tu cuerpo material.

9. *P.* ¿Te sientes más libre y mejor que con tu cuerpo? - *R.* Sí, porque ya no sufro. (En una carta posterior supe que, efectivamente, había estado indispuesta.)

10. *P.* ¿Ves Espíritus alrededor mío? - *R.* No; pero me gustaría verlos.

11. *P.* ¿Tienes miedo de estar sola en casa? - *R.* *Adela está conmigo.* (Esta persona, parienta nuestra, nunca duerme en casa; la vemos muy pocas veces.)

12. *P.* ¿A qué se debe que Adela esté contigo? ¿Está durmiendo en casa? - *R.* Sí, por casualidad.

13. *P.* ¿Eres realmente tú, mi querida esposa, quien me habla? - *R.* Sí, amigo; soy yo.

14. *P.* ¿Puedes ver claramente aquí? - *R.* Sí, todo irradia mejor que tu débil luz. (Yo solo tenía una vela en una habitación grande).

15. *P.* ¿Te comunicas conmigo por intuición o mecánicamente? - *R.* Intervengo más particularmente en tu cerebro, que es adecuado para recibir con más facilidad, pero a pesar de eso dirijo tu mano al mismo tiempo.

16. *P.* ¿Cómo puedes ver que mi cerebro es apto para recibir las comunicaciones Espíritas? - *R.* Es por el desarrollo que tus órganos han adquirido recientemente, lo que prueba que hizo falta... (En este momento dan las doce y el Espíritu se detiene.)

17. *P.* ¿Escuchas las campanadas del reloj? - *R.* Sí, pero me impresiona ese sonido inusual; es como la música celestial que escuché en el sueño que te he contado. (En efecto, poco antes de mi partida, ella había tenido un sueño delicioso en el que escuchaba una armonía extraordinaria. En este momento, ciertamente yo no pensaba en dicho sueño, que había olvidado por completo, de modo que no podía ser el reflejo de mi pensamiento. Como nadie más lo sabía, y yo estaba solo, vi en esa revelación espontánea una nueva prueba de la identidad del Espíritu de mi esposa. El Espíritu completa espontáneamente la frase que había iniciado más arriba.)

...mucha fuerza en tan poco tiempo.

18. *P.* ¿Quieres que invoque a mi ángel de la guarda para comprobar tu identidad? ¿Te molestaría? - *R.* Puedes hacerlo.

19. *P.* (A mi ángel de la guarda.) ¿Es realmente el Espíritu de mi esposa el que acaba de hablarme? - *R.* Es tu esposa la que te habla y se alegra de verte.

20. *P.* (A mi esposa.) ¿Has visto a mi ángel de la guarda? - *R.* Sí, resplandecía. No hizo más que aparecer y desaparecer.

21. *P.* ¿Te vio? - *R.* Sí, me miró con ojos de clemencia celestial; y yo, confundida, me prosterné. Adiós, mi gordo, me siento obligada a dejarte.

Observación. Si este control se hubiera limitado a la respuesta del ángel de la guarda, habría sido del todo insuficiente, pues también habría hecho falta controlar la identidad del ángel de la guarda, cuyo nombre un Espíritu engañoso habría podido usurpar perfectamente. No hay nada en esa simple afirmación que revele su calidad. En tal caso, siempre es preferible que lo revise un médium extraño, que no se encuentre bajo la misma influencia. Invocar uno mismo a un Espíritu,

para controlar a otro, no siempre ofrece una garantía suficiente, sobre todo si se pide permiso a aquel de quien se sospecha. En la circunstancia de que se trata, encontramos una garantía en la descripción que el Espíritu hace del ángel de la guarda, pues un Espíritu engañoso no habría podido asumir ese aspecto celestial; se reconoce, además, en todas sus respuestas, un carácter de autenticidad que el engaño no puede simular.

(Sesión de la noche siguiente.)

22. *P.* ¿Estás ahí? - *R.* Sí; te diré lo que te preocupa: es Adela. Pues bien; sí, te juro que ella realmente durmió en casa.

23. *P.* ¿Tu cuerpo está mejor? - *R.* Sí; no fue nada.

24. *P.* ¿Ves algún Espíritu junto a ti hoy? - *R.* No veo nada todavía, pero presiento a alguien, porque me preocupa mucho estar sola.

25. *P.* Reza, mi buena amiga, y quizá te sientas mejor. - *R.* Sí, eso haré. Di conmigo: “Dios mío, grande y justo, te rogamos que nos bendigas y nos absuelvas de nuestras iniquidades; perdona a tus hijos, que te aman; dignate inspirarlos con tus virtudes, y concédeles la gracia insigne de que un día se los cuente entre tus elegidos. Que el dolor terrenal no les parezca nada comparado con la felicidad que reservas para los que te aman sinceramente. Absuélvenos, Señor, y extiende tus beneficios con la divina intercesión de la pura y angélica santa María, madre de los pecadores y la misericordia encarnada”.

Observación. Esta plegaria improvisada por el Espíritu es de una sencillez conmovedora. El señor Delanne solo conocía el hecho concerniente a *Adela* por lo que le había informado el Espíritu de su esposa. Ese hecho le generó dudas, de modo

que le escribió para consultarle al respecto, tras lo cual recibió la siguiente respuesta:

“(...) Adela vino a verme anoche, por casualidad; le rogué que se quedara, no por miedo, pues el miedo me da risa, sino para que me hiciera compañía. En efecto, se quedó a dormir en casa. Estuve un tanto inquieta las últimas dos noches; sentía una especie de malestar del que no era plenamente consciente, como si una fuerza invencible me obligara a dormir; me sentía como aniquilada; ¡pero estoy tan feliz de haber ido hacia ti! (...)”

La barbarie en la civilización

Horrible suplicio de un joven negro

Una carta de Nueva York, fechada el 5 de noviembre, dirigida a la *Gazette des Tribunaux*, contiene los siguientes detalles acerca de una horrible tragedia que tuvo lugar en Dalton, condado de Caroline (Maryland):

“Un joven negro fue arrestado recientemente, acusado de atentado contra el pudor sobre la persona de una niña blanca. Graves sospechas pesaban sobre él. La niña que fue objeto de esa violencia criminal declaraba reconocerlo perfectamente. El acusado había sido encerrado en la prisión de Dalton. Apenas había estado allí algunas horas, cuando una gran multitud, lanzando gritos de ira y venganza, exigió que se le entregara al infortunado negro.

”Los representantes del orden y de la autoridad, al ver que les resultaría imposible defender a su prisionero a viva fuerza

contra esa multitud irritada, en vano intentaron calmarla con los discursos más apremiantes. Los silbidos acallaron sus palabras a favor de la ley y la justicia ordinaria.

”El pueblo, cuyo número seguía en aumento, comenzó a tirar piedras contra la prisión. Se dispararon algunos tiros de revólver contra los agentes de la autoridad, pero ninguna bala los alcanzó. Al comprender que la resistencia era imposible de su parte, abrieron las puertas de la prisión. La multitud, después de lanzar un inmenso hurra en señal de satisfacción, se precipitó con furia. Tomaron al prisionero y lo arrastraron, en medio de los gritos de ira de los asistentes y las súplicas de la víctima, hasta la plaza principal del pueblo.

”De inmediato se nombra un jurado. Después de haber examinado por mero formalismo los hechos del proceso, el jurado declara culpable al acusado y lo condena a la horca sin demora. De inmediato sujetan una cuerda a un árbol y, hecho esto, se procede a la ejecución. El negro, mientras su cuerpo se debatía en las convulsiones de la agonía, era objeto de los insultos y la violencia de los espectadores. Le dispararon varios tiros de pistola, que contribuyeron a aumentar las torturas de su muerte.

”La multitud, ebria de ira y venganza, no esperó a que el cuerpo estuviera completamente inmóvil para desatarlo de la cuerda. Pasearon su innoble trofeo por las calles de Dalton. Hombres y mujeres, hasta los niños aplaudieron los ultrajes prodigados al cadáver del joven negro.

”Pero ahí no acabaría la furia de la multitud. Tras recorrer el pueblo de Dalton en todas direcciones, se detuvieron frente a una iglesia de negros. Allí se levantó una gran hoguera, y después de haber cortado y mutilado el cadáver, la multitud

arrojó, en medio de las más ruidosas demostraciones de júbilo, los miembros y los pedazos de carne a las llamas”.

Este relato dio lugar a la siguiente pregunta, formulada en la Sociedad Espírita de París, el 28 de noviembre de 1862:

“Es comprensible que entre los pueblos civilizados se encuentren ejemplos de ferocidad aislados e individuales. El espiritismo los explica señalando que provienen de Espíritus inferiores, de algún modo extraviados en una sociedad más avanzada. No obstante, en tales casos, esos individuos han revelado la bajeza de sus instintos a lo largo de toda su vida. Lo que resulta más difícil de comprender, es el hecho de que una población entera, que ha dado muestras de la superioridad de su inteligencia, e incluso, en otras circunstancias, de sentimientos de humanidad, y que profesa una religión de mansedumbre y de paz, pueda ser presa de tal vértigo sanguinario y se regodee con una furia salvaje en las torturas de una víctima. Hay en esto un problema moral, acerca del cual rogaremos a los Espíritus que tengan la bondad de brindarnos una instrucción”.

(Sociedad Espírita de París, 28 de noviembre de 1862.

Médium: señor A. de B...)

La sangre derramada en los países que hasta el día de hoy son célebres por sus tendencias al progreso humano, constituye una lluvia de maldición, y la ira del Dios justo no tardará en descargarse sobre la morada en la que con tanta frecuencia ocurren abominaciones semejantes a esa cuya lectura acabáis de escuchar. En vano intentan disimular ante sí mismos las consecuencias que esas abominaciones provocan forzosamente; en vano pretenden atenuar el alcance del crimen. Si bien

ese crimen es horrible de por sí, no lo es menos por la intención que lo llevó a cometerse con tan horrible sofisticación, con tan bestial ensañamiento. ¡El interés! ¡El interés humano! Los goces sensuales, las satisfacciones del orgullo y de la vanidad, han sido el móvil en este caso, una vez más y como en el resto de las ocasiones, y esas mismas causas darán lugar a efectos similares, causas que a su vez tendrán como efecto la cólera celestial que amenaza a tantas iniquidades. ¿Acaso creéis que el único progreso real es el de la industria, el de los recursos y las artes que tienden a amortiguar los rigores de la vida material, pero que incrementan los goces con que pretendéis saciaros? No; ese no es el único progreso necesario para la elevación de los Espíritus, que son humanos tan solo por algún tiempo, y que solo deben dar a las cosas humanas el interés secundario que merecen. El perfeccionamiento del corazón, de las luces de la conciencia; la difusión del sentimiento de solidaridad universal de los seres, del de la fraternidad entre los humanos, son las únicas marcas auténticas que distinguen a un pueblo en la marcha del progreso general. Solo por estos caracteres se reconoce a una nación como la más avanzada. En cambio, las que aún alimentan en su seno sentimientos de orgullo exclusivo, y solo consideran esa porción de la humanidad como una raza servil hecha para obedecer y sufrir, esas naciones experimentarán, no os quepa duda, la insignificancia de sus pretensiones y el peso de la venganza del Cielo.

Tu padre, V. de B.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La proximidad del invierno

(Sociedad Espírita de París, 27 de diciembre de 1862.

Médium: señor Leymarie.)

Mis queridos amigos, cuando el frío llega, y el hogar de esa gente buena y valiente carece de todo, ¿por qué yo, vuestro antiguo condiscípulo, no habría de acudir para recordaros nuestra consigna: la palabra *caridad*? Dad, dad todo lo que vuestro corazón pueda ofrecer, en palabras, en consolaciones, en cuidados bondadosos. El amor de Dios está en vosotros, espíritas fervientes, cuando sabéis cumplir el mandato que Él os ha delegado.

En las horas libres, cuando el trabajo os brinde una pausa, buscad al que sufre moral o corporalmente. Al primero, dadle esa fuerza que consuela al espíritu y lo fortalece; al otro, dadle el sustento que acalla los temores de la madre cuyos brazos están desocupados, tanto como el llanto del niño que pide pan.

Han llegado las heladas, y una brisa fría levanta el polvo. Pronto caerá la nieve. Es hora de que salgáis y busquéis. Cuántos pobres avergonzados se ocultan y gimen en secreto, sobre todo el pobre de luto, que está lleno de añoranza y no sacia las primeras necesidades. Para con él, amigos míos, obrad sabiamente. Que vuestra mano alivie y cure, pero que también la voz del corazón presente con delicadeza el óbolo que podría herir penosamente el amor propio del hombre bien educado. Os reitero que es necesario dar, pero haciéndolo bien. Dios, el dispensador de todo, oculta sus tesoros, sus espigas, sus flores y sus frutos; sin embargo, sus dones, que secreta y laboriosamente han germinado en la savia del tronco y del vástago,

llegan a nosotros sin que sintamos la mano que los ha dispensado. Haced como Dios, imitadlo, y seréis bendecidos.

¡Oh! ¡Qué bueno y hermoso es ser útil y caritativo, saber levantarse y al mismo tiempo levantar a los demás, olvidar las pequeñas necesidades egoístas de la vida para practicar el atributo más noble de la humanidad, el que nos convierte en verdaderos hijos del Creador!

¡Y cuánta enseñanza para los vuestros! Vuestros hijos os imitan; vuestro ejemplo da frutos, porque toda rama bien injertada es abundancia. El futuro espiritual de la familia siempre depende de la forma que deis a todas vuestras acciones.

Os aseguro –y no me cansaré de repetirlo– que, toda vez que dais y consoláis, ganáis espiritualmente; porque Dios os dará y os consolará en su reino que no es de este mundo. En la Tierra, la familia que honra y bendice a su líder inteligente, en esa parcela de realeza que Dios le ha dejado, constituye un alivio de todos los dolores que acompañan la vida.

Adiós, amigos míos, sed todo amor, todo caridad.

SANSON

* * *

La ley del progreso

(Lyón, 17 de septiembre de 1862.

Médium: señor Émile V...)

Nota. - Esta comunicación se obtuvo durante la sesión general presidida por el señor Allan Kardec.

A lo que parece, si consideramos a la humanidad en su estado primitivo y en su estado actual, es decir, cuando su aparición inicial en la Tierra marcaba su punto de partida, y ahora que ha recorrido una parte del camino que conduce a la perfección; a lo que parece —digo—, todo bien, todo progreso, toda filosofía, en fin, sólo puede nacer de lo que le es contrario.

En efecto, cualquier formación es producto de una reacción, así como cualquier efecto es engendrado por una causa. Todos los fenómenos morales, todas las formaciones inteligentes, se deben a una perturbación momentánea de la propia inteligencia. Solamente que, en la inteligencia, debemos considerar dos principios: uno inmutable, esencialmente bueno, eterno como todo lo que es infinito; el otro temporal, momentáneo, y que solo constituye el agente empleado para producir la reacción de la que surge cada vez la progresión de los hombres.

El progreso abarca el universo durante la eternidad, y nunca se halla más extendido que cuando se concentra en algún punto. No podéis considerar de un vistazo la inmensidad que vive y que, por consiguiente, progresa. No obstante, mirad alrededor vuestro: ¿qué veis ahí?

En algunas épocas, se puede decir: en momentos previstos, señalados, surge un hombre que abre un nuevo camino, que escarpa las áridas rocas con las que siempre está sembrado el mundo conocido de la inteligencia. Ese hombre suele ser el postrero entre los humildes, entre los pequeños, y sin embargo penetra en las altas esferas de lo desconocido. Se arma de valor, porque lo necesita para luchar cuerpo a cuerpo contra los prejuicios, contra las costumbres heredadas; lo necesita para superar los obstáculos que la mala fe siembra bajo sus

pasos, pues mientras quedan prejuicios que derribar, también quedan abusos e interesados en los abusos; lo necesita porque debe luchar al mismo tiempo contra las necesidades materiales de su personalidad; y su victoria, en este caso, es la mejor prueba de su misión y su predestinación.

Llegado a este punto, en el que la luz escapa con bastante fuerza del círculo cuyo centro constituye, todas las miradas están puestas en él. Él asimila todo el principio inteligente y bueno; reforma, regenera el principio contrario, a pesar de los prejuicios, de la mala fe, de las necesidades, y logra su objetivo: que la humanidad se eleve un grado; que conozca lo que no conocía.

Este hecho ya se ha repetido muchas veces, y se repetirá muchas más antes de que la Tierra haya alcanzado el grado de perfección que conviene a su naturaleza. No obstante, tantas veces como sea necesario, Dios proveerá la semilla y el labrador. Ese labrador es cada hombre en particular, como cada uno de los genios que lo ilustran con una ciencia a menudo sobrehumana. En todo momento han existido esos focos de luz, esos puntos de confluencia, y el deber de todos es acercarse, ayudar y proteger a los apóstoles de la verdad. Esto es lo que viene a decir el espiritismo una vez más.

Apresuraos, pues, vosotros, los que sois hermanos en la caridad; apresuraos, y la felicidad prometida a la perfección se os concederá mucho antes.

ESPÍRITU PROTECTOR

BIBLIOGRAFÍA

La pluralidad de mundos habitados

Estudio en el que se exponen las condiciones de habitabilidad de las tierras celestes, discutidas desde el punto de vista de la astronomía y la fisiología;
por CAMILLE FLAMMARION,
calculador del Observatorio Imperial de París,
miembro de la Agencia de Longitudes, etc.⁵

Aunque esta obra no trate acerca del espiritismo, su tema es uno de los que forman parte de nuestras observaciones y de los principios de la doctrina, de modo que nuestros lectores nos agradecerán por habérsela recomendado, ya que estamos persuadidos del gran interés que pondrán en esta lectura doblemente atractiva: por la forma y por el contenido. En ella descubrirán que la ciencia ha confirmado una de las principales revelaciones de los Espíritus. El señor Flammarion es miembro de la Sociedad Espírita de París, y su nombre figura como médium en las notables disertaciones firmadas por Galileo, disertaciones que publicamos en septiembre pasado con el título *Estudios de uranografía*. Por este doble motivo, nos complace otorgarle una mención especial, que sin duda será ratificada.

El autor se ocupó de reunir los elementos destinados a sostener la opinión de la pluralidad de mundos habitados, a la vez que combate la opinión contraria, y, después de haberlo leído, uno se pregunta cómo es posible dudar de esta cuestión. Aña-

5. Opúsculo grande in-8. Precio: 2 francos; por correo: 2 fr. 10; en Bachelier, impresor-librero del Observatorio, 55, quai des Grands-Augustins. (N. de Allan Kardec.)

damos que las consideraciones del nivel científico más elevado no excluyen la gracia ni la poesía del estilo. Podemos evaluar esto a través del siguiente pasaje, en que el autor se refiere a la intuición que la mayoría de los hombres, al contemplar la bóveda celeste, tiene respecto de la habitabilidad de los mundos:

“(...) Pero la admiración que suscita en nosotros la escena más conmovedora del espectáculo de la naturaleza, pronto se transforma en un sentimiento de indescriptible tristeza, porque somos ajenos a esos mundos en los que reina una soledad aparente, y que no pueden generar la impresión inmediata con que la vida nos conecta a la Tierra. Sentimos en nosotros la necesidad de poblar esos globos aparentemente olvidados por la vida, y en esas playas eternamente desiertas y silenciosas buscamos miradas que respondan a las nuestras, como un audaz navegante que explora durante largo tiempo los desiertos del océano, en busca de la tierra que se le reveló en sueños, penetrando con su vista de águila las más vastas distancias, para cruzar audazmente los límites del mundo conocido, hasta perderse en las vastas llanuras donde el Nuevo Mundo se asentaba durante períodos seculares. Su sueño se hizo realidad. Que el nuestro se libere del misterio que aún lo envuelve, y que en el navío del pensamiento ascendamos a los cielos para buscar en ellos otras tierras.”

La obra se divide en tres partes; en la primero, titulada *Estudio histórico*, el autor pasa revista a la innumerable serie de científicos y filósofos, antiguos y modernos, religiosos o profanos, que han profesado la doctrina de la pluralidad de mundos, desde Orfeo hasta Herschel y el erudito Laplace.

“La mayor parte de las sectas griegas –dice– la enseñaban, ya sea abiertamente a todos sus discípulos sin distinción, o en secreto a los iniciados en la filosofía. Si los poemas atribuidos

a Orfeo son suyos, podemos contarlo como el primero que enseñó la pluralidad de mundos. Esa pluralidad está implícitamente contenida en los versos órficos, en los que se dice que cada estrella es un mundo, y en particular en estas palabras conservadas por Proclo: ‘Dios construye una tierra inmensa que los inmortales llaman Selene, y que los hombres llaman Luna, en la que se levanta un gran número de viviendas, montañas y ciudades’.”

“El primero entre los griegos que llevó el nombre de filósofo, Pitágoras, enseñaba en público la inmovilidad de la Tierra y el movimiento de los astros alrededor suyo, como centro único de la creación, mientras declaraba a los adeptos avanzados de su doctrina su creencia en el movimiento de la Tierra como planeta y en la pluralidad de mundos. Más tarde, Demócrito, Heráclito y Metrodoro de Quíos, los más ilustres de sus discípulos, propagaron desde la cátedra la opinión de su maestro, que se convirtió en la de todos los pitagóricos y la mayoría de los filósofos griegos. Filolao, Nicetas y Heráclides, fueron los más ardientes defensores de esta creencia; este último llegó incluso a afirmar que cada estrella es un mundo que tiene, como el nuestro, una tierra, una atmósfera y una inmensa extensión de materia etérea.”

Más adelante, agrega:

“La acción benéfica del Sol —dice Laplace— hace que broten los animales y las plantas que cubren la Tierra, y la analogía nos induce a creer que produce efectos similares en los demás planetas; porque no es natural pensar que la materia cuya fecundidad vemos desarrollarse de tantas maneras, sea estéril en un planeta tan grande como Júpiter, que, como el globo terrestre, tiene sus días, sus noches y sus años, y en el cual las observaciones indican cambios que suponen fuerzas

muy activas... El hombre, hecho para la temperatura de la que goza en la Tierra, no podría, según todas las apariencias, vivir en los demás planetas. Pero ¿acaso no debería haber una infinidad de organizaciones relativas a las distintas temperaturas de los globos y de los universos? Si la única diferencia de los elementos y los climas genera tantas variedades en las producciones terrestres, ¡cuánto más deben diferir las de los planetas y los satélites!”

La segunda parte está dedicada al *estudio astronómico* de la constitución de los diversos globos celestes, según los datos más positivos de la ciencia, de lo cual resulta que la Tierra no se encuentra, ni por su posición, ni por su volumen, ni por los elementos que la componen, en una situación excepcional que le valga el privilegio de estar habitada con exclusión de tantos otros mundos más favorecidos en varios aspectos. La primera parte es de la erudición, la segunda es de la ciencia.

La tercera parte trata la cuestión desde el punto de vista *fisiológico*. Dado que las observaciones astronómicas revelan el movimiento de las estaciones, las fluctuaciones de la atmósfera y la variabilidad de la temperatura en la mayoría de los mundos que componen nuestro vórtice solar, de ahí resulta que la Tierra se encuentra en una de las condiciones menos ventajosas, y que es un mundo cuyos habitantes deben experimentar las peores vicisitudes, y donde la vida debe ser una de las más dolorosas. Por eso, el autor concluye que no es racional admitir que Dios haya reservado, para la habitación del hombre, uno de los mundos menos favorecidos, mientras que los mejor dotados estarían condenados a no albergar ningún ser vivo. Todo esto se apoya, no en una idea sistemática, sino en datos positivos que son aportados por todas las ciencias:

astronomía, física, química, meteorología, geología, zoología, fisiología, mecánica, etc.

“No obstante —añade—, de todos los planetas, el más favorecido en todos los aspectos es el magnífico Júpiter, cuyas estaciones, apenas diferenciadas, tienen incluso la ventaja de durar doce veces más que las nuestras. Ese gigante planetario parece flotar en los cielos como un desafío a los débiles habitantes de la Tierra, y les permite entrever las pomposas escenas de una larga y grata existencia.

”Nosotros, que estamos presos a la bola terrestre con cadenas que no podemos romper, vemos que nuestros días se apagan sucesivamente con el tiempo rápido que los consume, con los caprichosos períodos que los dividen, con esas estaciones dispares cuyo antagonismo se perpetúa en la continua desigualdad del día y de la noche, y en la inconstancia de la temperatura.”

Después de trazar un elocuente panorama de las luchas que el hombre debe sostener contra la naturaleza para asegurar su subsistencia, de las revoluciones geológicas que trastornan la superficie del globo y amenazan con aniquilarla, agrega: “Luego de tales consideraciones, ¿podemos afirmar todavía que este globo sea, incluso para el hombre, el mejor de los mundos posibles, y que muchos otros cuerpos celestes no puedan ser infinitamente superiores a él y reunir, mejor que él, las condiciones favorables para el desarrollo y una larga duración de la existencia humana?”

A continuación, mientras conduce al lector a través de los mundos en lo infinito del espacio, el autor nos muestra un espectáculo de tal inmensidad, que no puede dejar de parecerse ridículo e indigno del poder de Dios la suposición de que, entre tantos miles de millones, nuestro pequeño globo,

desconocido incluso para gran parte de nuestro sistema planetario, sea la única tierra habitada, y nos identificamos con el pensamiento del autor cuando dice, para finalizar:

“¡Ah! Si nuestra vista fuera bastante aguda para descubrir, ahí donde solo distinguimos puntos brillantes contra el fondo negro del cielo, los soles resplandecientes que gravitan en la amplitud, y los mundos habitados que los siguen en su curso; si se nos permitiera abarcar con una mirada general esas miríadas de sistemas solidarios, y si, avanzando con la velocidad de la luz, atravesáramos durante siglos y más siglos la cantidad ilimitada de soles y de esferas, sin encontrar jamás el término de esa inmensidad prodigiosa en la que Dios hizo germinar los mundos y los seres; si en tal caso volviéramos la mirada hacia atrás, pero ya sin saber en qué punto del infinito encontrar ese grano de polvo que llamamos Tierra, nos detendríamos fascinados y confundidos ante semejante espectáculo, y unidas nuestras voces al concierto de la naturaleza universal, exclamaríamos desde el fondo de nuestra alma: ¡Dios poderoso! ¡Qué necios fuimos al creer que no había nada más allá de la Tierra, y que sólo nuestra pobre morada tenía el privilegio de reflejar tu grandeza y tu poder!”

Por nuestra parte, finalizamos con una observación: al registrar la suma de ideas contenida en esta pequeña obra, nos sorprende que un joven, a cuya edad otros todavía ocupan los bancos de la escuela, haya tenido tiempo de adquirir tales ideas, y más aún de profundizar en ellas. Para nosotros, esto constituye la prueba evidente de que su Espíritu no está en sus inicios, o bien de que, sin que él lo sepa, fue asistido por otro Espíritu.

Suscripción a favor de los obreros de Ruan

Se encuentra abierta una suscripción en la oficina de la *Revista Espírita*, en el 59 de la calle y pasaje Sainte-Anne, a favor de los obreros de Ruan, ante cuyos padecimientos nadie podría mantenerse indiferente. Varios grupos y sociedades espíritas ya nos han enviado el producto de sus cotizaciones. A los interesados en colaborar, los invitamos a que se apresuren, ¡pues ha llegado el invierno! Publicaremos la lista. (Véase más arriba, en la página 26, la comunicación del señor Sanson.)

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 2

Febrero de 1863

Estudio sobre los posesos de Morzine

Las causas de la obsesión y los medios de combatirla

(Tercer artículo.)⁶

El estudio de los fenómenos de Morzine no presentará, por decirlo de algún modo, ninguna dificultad cuando hayamos comprendido los hechos particulares que hemos citado, así como las consideraciones que un estudio atento permitió deducir de ellos. Nos bastará con relatarlos para que cada uno encuentre por sí mismo su aplicación por analogía. Los dos hechos siguientes nos ayudarán también a orientar al lector. El primero nos fue transmitido por el señor doctor Chaigneau, miembro honorario de la Sociedad de París, y presidente de la Sociedad Espírita de Saint-Jean d'Angély.

“Una familia se dedicaba a realizar evocaciones con un ardor desenfrenado, impulsada por un Espíritu muy peligro-

6. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1862 y enero de 1863. (N. de Allan Kardec.)

so, según se nos informó. Se trataba de uno de sus familiares, fallecido al cabo de una vida poco decente, y tras varios años de alienación mental. Con un nombre ficticio, mediante demostraciones mecánicas sorprendentes, a partir de bellas promesas y de consejos cuya moralidad era irreprochable, pasó a fascinar de tal modo a esas personas demasiado crédulas, que las sometía a sus exigencias y las obligaba a realizar los actos más excéntricos. Ante la imposibilidad de satisfacer todos los deseos del Espíritu, la familia nos pidió consejo, pero nos costó mucho disuadir a sus miembros y demostrarles que trataban con un Espíritu de la peor especie. No obstante, pudimos hacerlo, de modo que logramos que se abstuvieran de evocarlo, al menos durante algún tiempo. A partir de ese momento, la obsesión tomó otro carácter: el Espíritu se apoderó completamente del hijo más pequeño, de catorce años, al que redujo a un estado de catalepsia. De tal modo, a través de la boca del niño, seguía conversando, daba órdenes y profería amenazas. Por nuestra parte, les aconsejamos el más absoluto mutismo, que fue rigurosamente observado. Los padres comenzaron a orar y a pedir que alguno de nosotros acudiera para asistirlos. Una vez allí, el recogimiento y la fuerza de voluntad siempre permitieron tomar el control en pocos minutos.

”En la actualidad, el fenómeno casi no se produce. Confiamos en que el orden sucederá al desorden en esa casa. Lejos de disgustarse con el espiritismo, la familia cree más que nunca, pero también más seriamente, porque ahora comprende el objetivo y las consecuencias morales de esa doctrina. Todos sus miembros comprenden que han recibido una lección; algunos de ellos, un castigo, tal vez merecido.”

Este ejemplo demuestra una vez más el inconveniente de dedicarse a las evocaciones sin conocimiento de causa y sin

un objetivo serio. Gracias a que esas personas accedieron a escuchar los consejos de la experiencia, pudieron librarse de un enemigo temible.

De esto resulta otra enseñanza no menos importante. Conforme a la opinión de las personas ajenas a la ciencia espírita, ese jovencito estaría loco, de modo que no habrían dejado de aplicarle un tratamiento adecuado, que tal vez hubiera desarrollado en él una locura real. En cambio, con los cuidados de un *médico espírita*, el mal fue atacado en su verdadera causa y no tuvo consecuencias.

No ocurrió lo mismo en el siguiente caso. Un señor al que conocemos, y que vive en una ciudad de provincia bastante refractaria a las ideas espíritas, sufrió de repente una especie de delirio que lo indujo a decir cosas absurdas. Como se dedicaba al espiritismo, hablaba naturalmente acerca de los Espíritus. Quienes formaban parte de su entorno, alarmados y sin ahondar en el asunto, se apresuraron a llamar a unos médicos que, para gran satisfacción de los enemigos del espiritismo, declararon que este señor padecía locura, y ya se hablaba de internarlo en un manicomio. Por nuestra parte, lo que supimos respecto de las circunstancias de ese acontecimiento, demuestra que dicho señor había sufrido el dominio de una subyugación súbita momentánea, favorecida tal vez por alguna disposición física. Esa es la idea que él mismo tuvo, de modo que nos escribió al respecto, y nosotros le respondimos en el mismo sentido. Por desgracia, nuestra carta no le llegó a tiempo, y solo pudo leerla demasiado tarde. “Lamento mucho –nos dijo después– no haber recibido vuestra consoladora carta en ese momento, pues me habría hecho un inmenso bien, al confirmar mi idea de que yo era juguete de una obsesión, con lo cual me habría tranquilizado. Alrededor mío

repetían con tanta frecuencia que yo estaba loco, que acabé por creerlo; y esa idea me torturaba a tal punto que, de haber continuado, no sé qué habría ocurrido.” Un Espíritu, consultado al respecto, respondió: “Ese señor no está loco; no obstante, por el modo como lo tratan, podría llegar a estarlo. Más aún, podrían matarlo. El remedio para su mal se encuentra en el propio espiritismo, al que toman en sentido equivocado”.
Pregunta: ¿Podríamos actuar sobre él desde aquí? *Respuesta:* Sí, por supuesto. Podéis hacerle bien, pero vuestra acción se ve paralizada por la mala voluntad de quienes lo rodean.

En todas las épocas se presentaron casos análogos, y a más de una persona la encerraron sin que estuviera loca en absoluto.

Tan solo un observador experimentado en estos temas puede evaluar esos casos y, como actualmente hay muchos médicos espíritas, es útil recurrir a ellos en tales circunstancias. Algún día la obsesión llegará a ser incluida entre las causas patológicas, como lo es actualmente la acción de los animálculos microscópicos cuya existencia no se sospechaba antes de que se inventara el microscopio. Entonces, se reconocerá que no es posible curarla con duchas ni con sangrías. La medicina que solo admite y busca las causas puramente materiales, es tan inadecuada, para comprender y tratar esa clase de afecciones, como un ciego para distinguir los colores.

El segundo caso nos lo ha referido uno de nuestros corresponsales de Boulogne-sur-Mer.

“La mujer de un marino de esta ciudad, de cuarenta y cinco años, sufre desde hace quince años el dominio de una lamentable subyugación. Casi todas las noches, sin exceptuar las que transcurrieron durante el embarazo, se despierta alrededor de la medianoche, y de inmediato es presa de temblores

en los miembros, como si estos fueran agitados por una pila galvánica. Dice que su estómago se comprime y se quema como si tuviera un aro de hierro candente; su cerebro queda en un estado de exaltación furiosa. Ella siente que la tiran de la cama. Entonces, vestida a medias, a veces es impulsada a salir de la casa y correr por el campo; camina sin rumbo durante dos o tres horas, y solo cuando logra detenerse puede reconocer el lugar donde se encuentra. No puede orar a Dios, y cada vez que se pone de rodillas para hacerlo, sus ideas se perturban con cosas extrañas y a veces incluso sucias. Aunque lo desea intensamente y se esfuerza, no puede entrar en ninguna iglesia, pues cuando llega a la puerta siente una especie de barrera que se lo impide. Cuatro hombres intentaron hacer que entrara en la iglesia de los Redentoristas, pero no pudieron, mientras ella gritaba que la estaban matando y que le oprimían el pecho.

”Para liberarse de esa terrible situación, la pobre mujer intentó quitarse la vida varias veces, aunque sin éxito. Tomó café en el que había disuelto fósforo, y también ingirió lejía, sin sufrir el menor daño. Se arrojó dos veces al agua, pero flotó hasta que la rescataron. Fuera de los momentos de crisis a los que me he referido, conserva el juicio, e incluso en esos momentos tiene absoluta conciencia de lo que hace, así como de la fuerza exterior que actúa sobre ella. Sus vecinos dicen que es víctima de un maleficio o hechizo”.

La subyugación no podría ser mejor caracterizado que en estos fenómenos, pues no cabe duda de que son obra de un Espíritu de la peor especie. Algunos afirmarían que el espiritismo atrajo dicho Espíritu hacia la mujer, o que perturbó su cerebro. No obstante, hace quince años no se hablaba de espiritismo y, por otra parte, esta mujer no está loca ni padece una ilusión.

La medicina ordinaria solo verá en estos síntomas una de esas afecciones a las que se denomina *neurosis*, y cuya causa todavía le resulta un misterio. Esta afección es real; sin embargo, dado que todo efecto tiene una causa, ¿cuál es su causa primera? Ahí está el problema, que el espiritismo puede resolver al demostrar la existencia del periespíritu como un nuevo agente, y de la acción del mundo invisible sobre el mundo visible. Por nuestra parte, no generalizamos, y reconocemos que en algunos casos la causa puede ser puramente material, pero hay otros en los que la intervención de una inteligencia oculta es evidente, dado que al combatir esa inteligencia se erradica el mal, mientras que, si apenas se ataca la presunta causa material, no se logra nada.

En los Espíritus perversos hay un rasgo característico: su aversión a todo lo que se vincule con la religión. La mayoría de los médiums, no obsesos, que recibieron comunicaciones de Espíritus malos, muchas veces han visto que estos blasfemaban contra las cosas más sagradas, se reían de las plegarias o las rechazaban, e incluso se irritaban cuando se les hablaba de Dios. En el médium subyugado, el Espíritu, dado que, por decirlo de algún modo, toma prestado el cuerpo de un tercero para obrar, ya no expresa sus pensamientos a través de la escritura, sino con los gestos y las palabras que provoca en el médium. Ahora bien, como ningún fenómeno espírita puede producirse sin una aptitud mediúmnica, podemos decir que la mujer a la que nos referimos es un médium espontáneo, inconsciente e involuntario. La imposibilidad en que ella se encuentra de orar y entrar en la iglesia se debe a la repulsión del Espíritu que la domina, pues este sabe que la plegaria es un recurso para que suelte su presa. En vez de una persona en ese estado, suponed que en una misma localidad hubiera diez,

veinte, treinta o más, y tendríais una reproducción de lo que ocurrió en Morzine.

Algunas personas nos preguntarán: “¿No es esa una prueba evidente de que se trata de demonios?” Llamadlos *demonios*, si eso os agrada, pues dicho nombre no los calumniaría. Sin embargo, ¿acaso no veis a diario hombres que son de lo peor y que con toda razón se podrían llamar demonios encarnados? ¿No los hay que blasfeman y reniegan de Dios, y que parecen hacer el mal con placer? ¿No los hay que se alegran ante los padecimientos de sus semejantes? Entonces, ¿por qué pretenderíais que, una vez en el mundo de los Espíritus, esos hombres se transformaran súbitamente? Aquellos a los que vosotros llamáis demonios, nosotros los llamamos Espíritus malos, y os concedemos toda la perversidad que os plazca para atribuírsela. Con todo, la diferencia radica en que, según vosotros, los demonios son ángeles caídos, es decir, seres perfectos que se volvieron malos, e inclinados para siempre al mal y al sufrimiento. Para nosotros, en cambio, son seres que pertenecen a la humanidad primitiva, una especie de salvajes aún atrasados, pero a quienes no se les niega el porvenir, y que mejoran a medida que el sentido moral se desarrolla en ellos, en el transcurso de sus existencias sucesivas, lo cual nos parece más conforme a la ley del progreso y a la justicia de Dios. Además, tenemos a favor la experiencia, que demuestra la posibilidad de conducir al arrepentimiento y mejorar a los Espíritus del nivel más bajo, incluso a los que se ubica en la categoría de los demonios.

Veamos una etapa especial de esos Espíritus, cuyo estudio es muy importante para el tema que nos ocupa.

Sabemos que los Espíritus inferiores se encuentran aún bajo la influencia de la materia, y que entre ellos abundan los

vicios y las pasiones de la humanidad; pasiones que ellos llevan consigo después de la muerte y que conservan al reencarnar, en caso de que no se hayan enmendado, lo cual produce los hombres perversos. La experiencia demuestra que hay Espíritus sensuales en diversos grados, obscenos, lascivos, que se complacen en los lugares innobles, y que excitan a los hombres y los inducen al desenfreno en orgías con cuya visión se deleitan. Preguntaremos, ¿a qué categoría de Espíritus habrían pertenecido después de su muerte seres tales como Tiberio, Nerón, Claudio, Mesalina, Calígula, Heliogábalo, etc.? ¿Qué clase de obsesión habrían causado? Para explicar esas obsesiones, ¿será necesario recurrir a seres especiales, que Dios habría creado expresamente para arrastrar al hombre hacia el mal? Algunas clases de obsesión no dejan ninguna duda respecto de la calidad de los Espíritus que las producen. Las obsesiones de esa clase son las que dieron lugar a la fábula de los íncubos y los súcubos, en la que san Agustín creía firmemente. Podríamos citar más de un ejemplo reciente en apoyo de esta aserción. Cuando estudiamos las diversas impresiones corporales y los manoseos sensibles que a veces producen ciertos Espíritus; cuando conocemos los gustos y las tendencias de algunos de ellos; y si, por otro lado, examinamos el carácter de ciertos fenómenos histéricos, nos preguntaremos si acaso esos Espíritus no desempeñarán un papel en esta afección, al igual que lo hacen en la locura obsesiva. La hemos visto más de una vez acompañada de los síntomas menos equívocos de la subyugación.

Ahora veamos lo que ocurrió en Morzine. En primer lugar, digamos algunas palabras acerca del lugar, lo cual no carece de importancia. Morzine es una comuna de El Chablais, en la Alta Saboya, situada a ocho leguas de Thonon, en el extremo del valle del Dranse, en los confines del Valais, en

Suiza, de la que apenas la separa una montaña. Su población, de unas dos mil quinientas almas, abarca, además del poblado principal, varios caseríos diseminados en las alturas circunvecinas. Se encuentra rodeada y dominada en todas partes por montañas muy elevadas que dependen de la cadena de los Alpes, pero en su mayoría boscosas y cultivadas hasta una altura considerable. Además, en ninguna parte se ven nieves o hielos perpetuos y, según nos han dicho, la nieve sería incluso menos persistente que en Jura.

El señor doctor Constant, que en 1861 fue enviado por el gobierno francés para que estudiara la enfermedad, se quedó en Morzine seis meses, y pintó acerca del lugar y de sus habitantes un panorama poco halagüeño. Con la idea de que el mal era un efecto puramente físico, solo buscó causas físicas. Esa preocupación lo llevó incluso a concentrarse en lo que podía corroborar su opinión, y es probable que esa idea haya hecho que considerara los hombres y los acontecimientos desde un punto de vista desfavorable. Según él, la enfermedad es una afección nerviosa cuya fuente principal se encuentra en la constitución de los habitantes del lugar, debilitada por la insalubridad de las viviendas, la insuficiencia y la mala calidad de la alimentación, y cuya causa inmediata radica en el estado histérico de la mayoría de los enfermos de sexo femenino. Sin impugnar la existencia de esa afección, vale señalar que, si bien el mal afectó en gran medida a las mujeres, hubo hombres que también lo padecieron, al igual que mujeres de edad avanzada. De tal modo, no se podría considerar la histeria como causa exclusiva; y, por otra parte, ¿cuál es la causa de la histeria?

La visita que hicimos a Morzine fue breve, pero debemos decir que nuestras observaciones y la información que obtu-

vimos a través de personas notables, de un médico del lugar y de las autoridades locales, difieren en cierta medida de las del señor Constant. El poblado principal se encuentra mayormente bien edificado. Los caseríos circunvecinos, si bien no son palacetes, no tienen el aspecto miserable que se observa en muchas campiñas de Francia, como en Bretaña, por ejemplo, donde los campesinos viven en verdaderas chozas. La población no nos pareció deteriorada ni raquítica, ni mucho menos con bocio, como afirma el señor Constant. Apenas vimos algunas personas con un bocio rudimentario, y solo una con la enfermedad pronunciada, como ocurre con todas las mujeres de Maurienne. Los idiotas y los cretinos son raros, pese a lo que afirma también el señor Constant, mientras que, en la otra ladera de la montaña, en el Valais, son en exceso numerosos. En cuanto a la alimentación, la región produce más de lo que sus habitantes consumen; si bien no en todas partes hay abundancia, tampoco hay miseria propiamente dicha, ni mucho menos esa horrible miseria que se ve en otras partes, en las que los campesinos se encuentran infinitamente más desnutridos. Un hecho característico es que no vimos un solo mendigo que nos tendiera la mano para pedirnos limosna. La región dispone incluso de importantes recursos en sus bosques y sus canteras, pero que se mantienen improductivos debido a la imposibilidad de transportarlos. La dificultad en las comunicaciones es el flagelo de la región, pues de lo contrario sería una de las más ricas. Esta dificultad se puede evaluar por el hecho de que el correo de Thonon termina dos leguas antes de esa ciudad, y a partir de ahí el camino se convierte en un sendero que alternativamente sube empinado entre los bosques y desciende hasta el borde de la Drance, un torrente furioso con grandes cascadas, que corre a través de unas enor-

mes masas rocosas de granito, precipitadas a su lecho desde lo alto de las montañas, al fondo de una estrecha garganta. A lo largo de varias leguas, es la imagen misma del caos. A continuación, el valle adopta un aspecto risueño hasta Morzine, donde termina. No obstante, la imposibilidad de llegar fácilmente aleja a los viajeros de esa comarca, que es apenas visitada por los cazadores suficientemente robustos para escalar las rocas. Tras la anexión, los caminos fueron mejorados, pero antes solo eran practicables a caballo. Se dice que el gobierno estudia prolongar el camino, desde Thonon hasta Morzine, bordeando el río. Es un trabajo difícil, pero que transformará la región, pues permitirá la exportación de sus productos.

Tal es el aspecto general de la comarca, que por otra parte no presenta ninguna causa de insalubridad. Aunque se reconociera que el poblado principal de Morzine, situado al fondo del valle y al borde del río, fuera húmedo, cosa que no hemos notado, habría que considerar que la mayoría de los enfermos se encuentra en los caseríos circunvecinos, situados en las alturas y, por consiguiente, en lugares aireados y muy salubres.

Si la enfermedad se debiera, como pretende el señor Constant, a causas locales, a la constitución de los habitantes, a sus hábitos y su género de vida, esas causas permanentes deberían producir efectos permanentes, y el mal sería endémico, como las fiebres intermitentes de Camarga y de las marismas Pontinas. Si el cretinismo y el bocio son endémicos en el valle del Ródano, y no en el del Drance, con el que limita, eso se debe a que en uno hay una causa local permanente que no existe en el otro.

Si lo que se denomina *la posesión de Morzine* es apenas temporaria, se debe a una causa accidental. El señor Constant afirma que sus observaciones no le revelaron *ninguna causa*

sobrenatural; pero él, que solo cree en causas materiales, ¿será apto para evaluar efectos que resultan de la acción de un poder extramaterial? ¿Habría estudiado los efectos de ese poder? ¿Sabrá en qué consisten, y mediante cuáles síntomas se los puede reconocer? No; de modo que se los figura muy diferentes de lo que son, pues sin duda supone que consisten en milagros y en apariciones fantásticas. El señor Constant ha observado esos síntomas, los describió en su memoria, pero como no admite una causa oculta, buscó la causa en otra parte, en el mundo material, donde no la encontró. Los enfermos decían que eran atormentados por seres invisibles, pero como el señor Constant no vio duendes ni gnomos, concluyó que los enfermos estaban locos, y lo que confirmó su idea fue el hecho de que esos enfermos a veces decían cosas notoriamente absurdas, incluso para el más firme creyente en los Espíritus; pero, para él, todo debía ser absurdo. No obstante, como médico, debería saber que, incluso en medio de las divagaciones de la locura, a veces se encuentran revelaciones de la verdad. “Esos desdichados —dice él—, y los habitantes en general, se hallan imbuidos de ideas supersticiosas.” Pero ¿qué tiene eso de asombroso, en una población rural, ignorante y aislada en medio de las montañas? ¿Qué podría haber sido más natural que el hecho de que esa gente, aterrada por esos fenómenos extraños, los exagerara? Y dado que en los relatos se confundían hechos con apreciaciones ridículas, el señor Constant, desde su punto de vista, llegó a la conclusión de que todo era ridículo, sin considerar que, para toda persona que no admite la acción del mundo invisible, los efectos de esa acción quedan relegados a las creencias supersticiosas. A favor de esta última tesis, insiste mucho en un hecho, referido en los periódicos de entonces, y basado sin duda en el relato de alguna imaginación asusta-

diza, exaltada o enferma, y según el cual algunos enfermos se subían con la agilidad de los gatos a unos árboles de *cuarenta metros* de altura, caminaban sobre las ramas sin doblarlas, hasta llegar a la copa flexible con los pies en el aire y descender cabeza abajo sin hacerse daño alguno. El señor Constant se exploya largamente para probar la imposibilidad de tal hecho, así como para demostrar que, según la dirección del rayo visual de los testigos, el árbol señalado no podía ser percibido desde las casas donde estos se encontraban. Tanto esfuerzo fue en vano, pues en esa región nos dijeron que el hecho no era cierto y que apenas se vinculaba con un muchacho que, en efecto, se había subido a un árbol de tamaño normal, pero sin hacer ningún juego de equilibrista.

El señor Constant describe del siguiente modo el historial y los efectos de la enfermedad.

*(Continúa en el próximo número.)*⁷

Sermones contra el espiritismo

Una carta de Lyon, fechada el 7 de diciembre de 1862, contiene los siguientes párrafos, que un testigo nos ha confirmado verbalmente:

“Tuvimos aquí al obispo de Texas, en América, que predicó el pasado martes 2 de diciembre, a las ocho de la noche, en la iglesia de Saint-Nizier, ante un auditorio de casi dos mil personas, entre las que había una gran cantidad de espíritas. ¡Ah!

7. Véase el número de abril (N. del T.)

Ese obispo no parece estar bien informado respecto de nuestra doctrina, conforme se puede apreciar en esta breve reseña:

” ‘Los espíritas no admiten el Infierno ni las plegarias en las iglesias; se encierran en sus cuartos, y allí oran, ¿sabe Dios qué clase de oraciones...! Sólo existen dos categorías de Espíritus: los perfectos y los ladrones; los asesinos y los canallas... Yo vengo de América, donde comenzaron estas infamias. ¡Pues bien! Os puedo asegurar que durante dos años nadie en absoluto se ha ocupado de esto en ese país. Me han dicho que aquí, en esta ciudad de Lyon, tan famosa por su piedad, había muchos espíritas. Eso no puede ser; no lo creo. Estoy seguro, queridos hermanos y queridas hermanas, que entre vosotros no hay ni un solo médium, ni una sola médium, porque notad que los espíritas no admiten el matrimonio ni el bautismo, y todos los espíritas están separados de sus mujeres, etc., etc.’.

”Estas pocas frases pueden daros una idea del resto. ¿Qué habría dicho el orador si hubiera sabido que casi la cuarta parte de sus oyentes eran espíritas? En cuanto a su elocuencia, solo puedo decir una cosa: por momentos se asemejaba a un frenesí. Parecía perder el hilo de sus pensamientos y no sabía lo que quería decir. Si yo no temiera valerme de un término irreverente, diría que andaba a tientas. Creo realmente que algunos Espíritus lo impulsaban a decir todas esas tonterías, y os puedo asegurar que lo hacía de tal manera que habríamos podido dudar de que nos encontráramos en un lugar santo. Todo el mundo se reía. Algunos de sus partidarios salieron primero para evaluar el efecto que había producido el sermón, pero no deben de haber quedado muy satisfechos, porque, una vez afuera, todos se burlaron y dijeron lo que pensaban. Incluso varios de los amigos del obispo deploraron los despistes a que se entregó, y comprendieron que su objetivo no se

había logrado en absoluto. De hecho, no habría podido hacer nada mejor a fin de reclutar adeptos para el espiritismo, y eso fue lo que ocurrió de inmediato. Una señora, que se encontraba junto a una muy buena espírita a la que conozco, le dijo: ‘Pero ¿qué son ese espiritismo y esos médiums de los que tanto se habla, y contra los cuales estos señores están tan furiosos?’ Tras explicarle el asunto, ella dijo: ‘¡Oh! Cuando llegue a casa voy a conseguir los libros y haré el intento de escribir’.

”Os puedo asegurar que, si los espíritas son tan numerosos en Lyon, eso se debe a sermones como este. Recordaréis que hace tres años, cuando aquí no había más que unos pocos cientos de espíritas, os escribí luego de una furibunda predicación contra la doctrina, pero que produjo un excelente efecto. Os decía: ‘Algunos sermones más como este, y en un año se decuplicará la cantidad de adeptos’ ¡Así es! Hoy se ha centuplicado, gracias también a los innobles y mendaces ataques de algunos órganos de prensa. Todo el mundo, hasta el simple obrero, que bajo su tosca ropa tiene más sentido común de lo que creéis, considera que no se ataca con tanta furia una cosa que no vale la pena. Por eso, hemos querido ver por nosotros mismos, y cuando reconocimos la falsedad de ciertas aseveraciones, que denotaban ignorancia o malicia, la crítica perdió credibilidad, y en vez de alejar del espiritismo, le consiguió adeptos. Lo mismo esperamos que ocurra con el sermón del obispo de Texas, cuya mayor torpeza fue decir que ‘todos los espíritas están separados de sus esposas’, ya que tenemos aquí, ante nuestros ojos, numerosos ejemplos de hogares que antes estaban divididos, y a los que el espiritismo les ha devuelto la unión y la concordia. Todos consideran, naturalmente, que, dado que los adversarios del espiritismo le atribuyen a este enseñanzas y resultados cuya falsedad es demostrada por los

hechos y por la lectura de libros que dicen todo lo contrario, nada prueba la verdad de las otras críticas. Creo que, si los espíritas lioneses no hubieran temido faltarle el respeto al monseñor de Texas, le habrían enviado una carta de agradecimiento. Pero el espiritismo nos hace caritativos, incluso para con nuestros enemigos”.

Otra carta, de un testigo, contiene los siguientes párrafos:

“El orador de Saint-Nizier partió del hecho de que el espiritismo había tenido su apogeo en Estados Unidos, y que ya no se hablaba de eso desde hacía dos años. Así pues —según él—, se trataba de una cuestión de moda. Esos fenómenos eran inconsistentes y no valía la pena estudiarlos. Él mismo había intentado ver, pero no había visto nada. Con todo, señaló que la nueva doctrina era perjudicial para los lazos familiares, la propiedad y la constitución de la sociedad, de modo que la denunció ante las autoridades competentes.

”Los adversarios esperaban un efecto más sobrecogedor, y no una simple negación formulada de una manera bastante ridícula, pues no ignoran lo que ocurre en la ciudad, la marcha del progreso y la naturaleza de las manifestaciones. De tal modo, el asunto volvió a surgir, el domingo 14, en Saint-Jean, y esta vez se lo trató un poco mejor.

”El orador de Saint-Nizier había negado los fenómenos; el de Saint-Jean los reconoció, los afirmó, diciendo: ‘Se escuchan golpes en las paredes, voces misteriosas en el aire. Realmente se mantiene contacto con los Espíritus, pero ¿cuáles Espíritus? No pueden ser buenos, porque los buenos son dóciles y sumisos a las órdenes de Dios, que ha prohibido la evocación de Espíritus. Por lo tanto, los que vienen solo pueden ser malos’.

”Había unas tres mil personas en Saint-Jean; entre ellas, al menos trescientas querrán conocer los fenómenos.

”Lo que sin duda contribuirá a que las personas honestas o inteligentes que componían la audiencia reflexionen, son las singulares afirmaciones del orador —digo *singulares* por cortesía—. ‘El espiritismo —dijo— viene a *destruir la familia, a envilecer a la mujer, a predicar el suicidio, el adulterio y el aborto, a preconizar el comunismo y a disolver la sociedad*’. Luego, invitó a los parroquianos que casualmente tuvieran libros espíritas, a que se los entregaran a estos señores, quienes los quemarían, como hizo san Pablo con las obras heréticas en Éfeso.

”No sé si estos señores encontrarán muchas personas suficientemente celosas para que corran a desvalijar, dinero en mano, nuestras librerías. Algunos espíritas estaban furiosos, pero la mayoría se regocijaba, porque comprendieron que ese era un gran día.

”De tal modo, desde lo alto del segundo púlpito de Francia, se acaba de proclamar que los fenómenos espíritas son verdaderos. Toda la cuestión se reduce, pues, a saber si se trata de Espíritus buenos o malos, y si Dios solo permite que vengan los malos.”

El orador de Saint-Jean afirma que los Espíritus solo pueden ser malos. Aquí hay otro que modifica un poco la solución. Nos escriben desde Angulema, para informarnos que el pasado jueves 5 de diciembre un predicador se expresaba del siguiente modo en su sermón: “*Todos* sabíamos que se podía evocar a los Espíritus, y eso desde hacía mucho tiempo; pero *solo* la Iglesia debe hacerlo; a otros hombres no se les permite hacer el intento de comunicarse con ellos por medios físicos; para mí, eso es una herejía”. El efecto que esto produjo fue todo lo contrario de lo que se esperaba.

Así pues, es evidente que los Espíritus buenos y los malos pueden comunicarse, porque si solo los malos tuvieran ese poder, no es probable que la Iglesia se reservara el privilegio de llamarlos.

Dudamos de que dos sermones, predicados en Burdeos el pasado octubre, hayan servido mejor a la causa de nuestros antagonistas. Transcribiremos el análisis que hizo de ellos uno de los asistentes. Los espíritas podrán ver si, debajo de ese disfraz, reconocen su doctrina, y si los argumentos que se le oponen son capaces de socavar su fe. En cuanto a nosotros, reiteramos lo que ya dijimos en otra parte: mientras no ataquen al espiritismo con mejores armas, este no tendrá nada que temer.

“Siempre lamentaré –dice el narrador– no haber escuchado el primero de estos sermones, que tuvo lugar en la capilla de Margaux el 15 de octubre último, si mi información es correcta. Según lo que me refirieron testigos dignos de fe, la tesis desarrollada fue esta:

” ‘Los Espíritus pueden comunicarse con los hombres. Los buenos se comunican en la Iglesia solamente. Todos los que se manifiestan fuera de la Iglesia son malos, porque fuera de la Iglesia no hay salvación. - Los médiums son unos desgraciados que han hecho un pacto con el diablo y obtienen a cambio, al precio de sus almas, que le han vendido, manifestaciones de toda clase, aunque sean extraordinarias, por no decir milagrosas’. Paso por alto otras citas aún más extrañas, dado que no las he escuchado personalmente y temo que se las haya exagerado.

”El domingo siguiente, 19 de octubre, tuve el placer de asistir al segundo sermón. Pregunté por el nombre del predicador; me dijeron que era el padre Lapeyre, de la Compañía de Jesús.

”El padre Lapeyre presentó una crítica a *El libro de los Espíritus* y, por cierto, hizo falta una enorme dosis de buena voluntad para reconocer esta admirable obra entre las teorías carentes de sentido común que el predicador afirmaba haber encontrado en ella. Me limitaré a señalaros los puntos que más me impactaron, y prefiero omitir algunas verdades antes que atribuir a nuestro adversario algo que no dijo o que yo entendí mal.

”Según el padre Lapeyre, ‘*El libro de los Espíritus* predica el comunismo, el uso compartido de los bienes, el divorcio, la igualdad entre todos los hombres y, sobre todo, entre el hombre y la mujer; predica la igualdad entre el hombre y su Dios, porque el hombre, impulsado por ese orgullo que perdió a los ángeles, aspira nada menos que a ser como Jesucristo; ese libro arrastra a los hombres hacia el *materialismo* y los placeres sensuales, porque la obra de perfeccionamiento puede realizarse sin la ayuda de Dios, a pesar de Él, como efecto de esta fuerza que quiere que todo se perfeccione gradualmente; ese libro promueve la metempsicosis: esa locura de los Antiguos, etc.’.

”Luego de considerar la rapidez con que se propagan las ideas nuevas, observa con horror cuán hábil y astuto es el diablo que las ha dictado, y de qué manera supo plasmarlas con arte, para lograr que vibren con fuerza en los corazones pervertidos de los niños de este siglo de incredulidad y herejía. ‘Este siglo –exclama– ama tanto la libertad! ¡Y se le ofrece el libre examen, el libre albedrío, la libertad de conciencia! ¡Este siglo ama tanto la igualdad! ¡Y se le muestra al hombre a la altura de Dios! ¡Ama tanto la luz! ¡Y de un plumazo se corre el velo que cubría los sagrados misterios!’

”A continuación, abordó la cuestión de las penas eternas, y respecto de ese tema presentó, estremeciéndose de emoción,

magníficos movimientos de oratoria: ‘¿Podéis creerlo, mis muy queridos hermanos? ¿Podéis creer hasta dónde ha llegado el descaro de esos nuevos filósofos, que pretenden demoler la santa religión de Cristo bajo el peso de los sofismas? ¡Ah! ¡Desgraciados! ¡Dicen que el Infierno no existe! ¡Dicen que no existe el Purgatorio! ¡Para ellos, no más *relaciones benditas que unen a los vivos con las almas de aquellos a los que han perdido!* ¡No más Santo Sacrificio de la Misa! ¿Por qué habrían de celebrarlo? ¿Acaso esas almas no se purificarán por sí mismas, sin ningún esfuerzo, mediante la eficacia de esa fuerza irresistible que las atrae sin cesar hacia la perfección?

” ‘¿Sabéis cuáles son las autoridades que vienen a proclamar esas doctrinas impías, marcadas en la frente con la señal indeleble del Infierno que quisieran aniquilar? ¡Ah! ¡Hermanos míos! ¡Son las columnas más sólidas de la Iglesia: san Pablo, san Agustín, san Luis, san Vicente de Paúl, Bossuet, Fenelón, Lamennais, y todos esos hombres de élite, hombres santos que durante su vida lucharon para establecer las verdades inquebrantables sobre las cuales la Iglesia apoyó sus cimientos, y que ahora vienen a declarar que sus Espíritus, desprendidos de la materia y más clarividentes, se dieron cuenta de que sus opiniones eran erróneas, y que son todo lo contrario de aquello en lo que hay que creer!’

”El predicador se ocupa luego de la pregunta que el autor de la *Carta de un católico* le dirige a un Espíritu para saber si es hereje por practicar el espiritismo, y añade:

” ‘Aquí está la respuesta, hermanos míos. Es curiosa, y más curioso aún –ya que nos muestra de la manera más evidente que el diablo, a pesar de sus trucos y su habilidad, siempre deja entrever sus intenciones– es el nombre del Espíritu que dio tal respuesta; os lo diré enseguida’.

”Sigue la cita de la respuesta, que termina así: ‘¿Estás de acuerdo con la Iglesia en todas las verdades que te consolidan en el bien, que incrementan en tu alma el amor de Dios y la devoción a tus hermanos? Sí. ¡Pues bien! eres católico’. Luego agrega: ‘Firmado... ¡Zenón...! ¡Zenón! Un filósofo griego, un pagano, un idólatra que, desde lo más profundo del Infierno donde arde desde hace veinte siglos, viene a decirnos que se puede ser católico y no creer en ese Infierno que lo tortura, y que aguarda a todos aquellos que, como él, no hayan muerto humildes y sumisos en el seno de la santa Iglesia... ¡Insensatos y ciegos! ¡Con toda vuestra filosofía, no veis que esta prueba, esta única prueba de que la doctrina que proclamáis emana del demonio, es mil veces suficiente!’.

”Luego de extensos desarrollos acerca de este tema, así como del privilegio exclusivo que la Iglesia tiene de expulsar a los demonios, añade:

” ‘¡Pobres insensatos, que os divertís hablando con los Espíritus y que pretendéis ejercer alguna influencia sobre ellos! ¡No teméis que, como aquel de quien habla san Lucas, esos Espíritus golpeadores y ruidosos –y está bien llamarlos así, mis queridos hermanos– también os pregunten: *Y vosotros, ¿quiénes sois? ¿Quiénes sois vosotros para venir a perturbarnos? ¿Os consideraréis impunes para someternos a vuestros caprichos sacrílegos?* ¿Acaso suponéis que, al tomar las sillas y las mesas que hacéis girar, ellos no se apoderan de vosotros, como se apoderaron de los hijos de Esceva, y no os maltratan a tal punto que os obligan a huir desnudos y heridos, y reconociendo, aunque demasiado tarde, toda la abominación que hay en jugar de ese modo con los muertos?

” ‘Ante estos hechos tan evidentes y que hablan tan alto, ¿qué nos queda por hacer? ¿Qué podemos a decir? ¡Ah! ¡Muy

queridos hermanos! ¡Tened cuidado de no contagiaros! ¡Rechazad con espanto todos los intentos que los malvados no dejarán de hacer para arrastraros con ellos al abismo! No obstante, por desgracia, ya es demasiado tarde para hacer estas recomendaciones. La enfermedad ha progresado rápidamente. Estos libros *infames*, dictados por el príncipe de las tinieblas para atraer hacia su reino a una multitud de pobres ignorantes, se han difundido tanto que, como antaño en Éfeso, si calculáramos el precio de los que circulan en Burdeos, estoy seguro de que excedería la enorme suma de cincuenta mil denarios de plata (170 000 francos de nuestra moneda; recordemos una cita hecha en otra parte de su sermón). Y no me extrañaría que, entre los numerosos fieles que me escuchan, no hubiera algunos que ya han dejado llevar por su lectura. A estos, solo podemos decirles esto: ¡Rápido! Acercaos al tribunal de la penitencia ¡Rápido! Venid a abrir vuestros corazones a vuestros guías espirituales. Llenos de ternura y bondad, y siguiendo en todo el ejemplo magnánimo de san Pablo, nos apresuraremos a daros la absolución. No obstante, como él, solo lo haremos con la condición expresa de que nos entregéis esos libros de magia que no han logrado perderos. Y con esos libros, queridos hermanos, ¿qué haremos? En efecto, ¿qué haremos con ellos? Como san Pablo, haremos un gran montón en la plaza pública, y, también como él, nosotros mismos los prenderemos fuego’.”

Por nuestra parte, solo haremos una breve observación respecto de este sermón, y es que el autor se equivocó de fecha, y que tal vez, como un nuevo Epiménides, estuvo dormido desde el siglo XIV. Otro hecho a destacar allí es la comprobación del rápido desarrollo del espiritismo. Los adversarios de otra escuela también comprueban esto con desesperación, tan

grande es su amor por la razón humana. Leemos en el *Moniteur de la Moselle*, del 7 de noviembre de 1862: “El espiritismo avanza peligrosamente. Invade las clases altas, medias y bajas. *Magistrados, médicos, personas serias* también poseen ese defecto”. Vemos que esta afirmación se repite en la mayoría de las críticas actuales. Ocurre que, ante un hecho tan patente, fue necesario viajar desde los confines de Texas para presentarse ante un auditorio en el que había más de mil espíritas, pero que desde hacía dos años ya no se ocupaban de eso. Entonces, si el espiritismo está muerto y sepultado, ¿a qué se debe tanta ira? El padre Lapeyre al menos no se hace ilusiones; su propio espanto exagera la magnitud de ese supuesto mal, ya que estima en una cifra fabulosa el valor de los libros espíritas difundidos tan solo en Burdeos. Sea como fuere, se le reconoce un inmenso poder a la idea. Ante esas afirmaciones, nadie nos tachará de exagerados cuando mencionemos el rápido progreso de la doctrina espírita. Algunos atribuyen ese progreso al poder del diablo, que lucha con ventaja contra Dios; y otros, a un acceso de locura que invade todas las clases de la sociedad, a tal punto que el círculo de las personas sensatas se restringe día a día, hasta que pronto solo quede lugar para unas pocas. Ambas partes deploran ese estado de cosas, cada una desde su punto de vista, y se preguntan: “¿Hacia dónde vamos? ¿Dios mío!” Tienen derecho a lamentarse. No por eso deja de ser evidente que el espiritismo traspasa todas las barreras que se le oponen. Por lo tanto, si es una locura, pronto solo habrá locos en la Tierra: ya conocemos el proverbio. Si es obra del diablo, pronto no habrá más que condenados; y si los que hablan en nombre de Dios no pueden detenerlo, eso se debe a que el diablo es más fuerte que Dios. Los espíritas, en cambio, son más respetuosos para con la Divinidad, pues no admiten que

exista un ser que pueda luchar contra ella de igual a igual, y mucho menos vencerla. De lo contrario, los roles se habrían invertido, y el diablo sería el verdadero amo del universo. Los espíritas dicen que, puesto que Dios es absolutamente soberano, en el mundo no ocurre nada sin su permiso. Por lo tanto, si el espiritismo se difunde con la rapidez del relámpago, a pesar de todo lo que se hace para detenerlo, es preciso reconocer que se trata de un efecto de la voluntad de Dios. Ahora bien, dado que Dios es soberanamente justo y bueno, no es posible que quiera la perdición de sus criaturas, ni que estas sean tentadas, con la certeza —en virtud de su presciencia— de que sucumbirán, para luego precipitarlas a los tormentos eternos. En la actualidad, el dilema está planteado, y se lo somete a la conciencia de todos; el futuro se encargará de la conclusión.

Hemos copiado estas citas para señalar la clase de argumentos a que se reducen los adversarios del espiritismo para atacarlo. En efecto, es necesario carecer de buenas razones para que se recurra a una calumnia como la que representa predicar la desunión de las familias, el adulterio, el aborto, el comunismo, el derrocamiento del orden social. ¿Acaso necesitamos refutar tales afirmaciones? No, porque basta con remitirse al estudio de la doctrina espírita, a la lectura de lo que esta enseña, y eso es lo que se hace en todas partes. ¿Quién podrá creer que predicamos el comunismo, después de las instrucciones que brindamos sobre ese tema en el discurso transcrito *in extenso* en el relato del viaje que realizamos en 1862? ¿Quién podrá ver una incitación a la anarquía en las siguientes palabras, que se encuentran en ese mismo opúsculo, página 58: “Cualquiera que sea la circunstancia, los espíritas deben ser los primeros en dar el ejemplo de sumisión a las leyes, en caso de que eso se les solicite”?

Presentar tales acusaciones en un país lejano, donde el espiritismo fuera desconocido, donde no hubiera ningún medio de control, podría generar algún efecto; pero afirmarlas desde lo alto del púlpito, en medio de una población espírita que las desmiente sin cesar con sus enseñanzas y su ejemplo, es una torpeza, y no podemos dejar de decir que hay que ser víctima de un vértigo singular para engañarse hasta ese punto, aparte de que no se comprende que hablar en esos términos implica servir a la causa del espiritismo.

No obstante, sería un error suponer que esa sea la opinión de todos los miembros del clero. Hay muchos, por el contrario, que no la comparten, y conocemos a varios que deploran tales desvíos, más perjudiciales para la religión que para la doctrina espírita. Se trata, pues, de opiniones individuales que no pueden convertirse en leyes; y lo que demuestra que se trata de apreciaciones personales es la contradicción que existe entre ellas. Así, mientras uno declara que todos los Espíritus que se manifiestan son necesariamente malos, puesto que al comunicarse desobedecen a Dios, otro reconoce que los hay buenos y malos, pero que solo los buenos van a la iglesia, en tanto que los malos van al vulgo. Uno acusa al espiritismo de envilecer a la mujer, otro le imputa elevarla al nivel de los derechos del hombre; uno afirma que “arrastra a los hombres hacia el materialismo y los placeres sensuales”, en tanto que otro, el señor cura Marouzeau, reconoce que destruye el materialismo.

El señor abad Marouzeau, en su opúsculo, se expresa así: “Verdaderamente, si escucháramos a los partidarios de las comunicaciones de ultratumba, sería una arbitrariedad por parte del clero combatir el espiritismo *a pesar de todo*. Entonces, ¿por qué deberíamos suponer en los sacerdotes tan poca inteligencia y tan poco buen sentido, una estúpida terquedad?

¿Por qué deberíamos suponer que la Iglesia, que en todos los tiempos ha dado tantas muestras de prudencia, sabiduría y elevada inteligencia para discernir lo verdadero de lo falso, en la actualidad sería incapaz de comprender el interés de sus hijos? ¿Por qué habríamos de condenarla sin escucharla? Si la Iglesia se niega a reconocer vuestro estandarte, es porque su divisa no se corresponde con la de ella: tiene colores que le resultan esencialmente hostiles. Ocurre que, *junto al bien que estáis haciendo al luchar contra el horrendo materialismo*, la Iglesia ve un peligro real para las almas y la sociedad”. Y en otro lugar, agrega: “Concluamos de todo esto que el espiritismo debe limitarse a combatir el materialismo, a brindarle al hombre pruebas tangibles de su inmortalidad por medio de manifestaciones de ultratumba bien comprobadas”.

De aquí surge un hecho fundamental, y es que todos estos señores están de acuerdo acerca de *la realidad de las manifestaciones*, salvo que cada uno las aprecia a su manera. Negarlas, de hecho, equivaldría a negar la verdad de las Escrituras y hasta los propios hechos en que se apoya la mayoría de los dogmas. En cuanto a la manera de considerar la cuestión, desde ahora podemos ver en qué sentido se conforma la unidad y se pronuncia la opinión pública, que también ejerce su *veto*. También surge de aquí el hecho de que la doctrina espírita inquieta profundamente a las masas; mientras unos ven en ella un fantasma aterrador, otros ven el ángel del consuelo y la liberación, así como una nueva era de progreso moral para la humanidad.

Dado que citamos el opúsculo del señor abad Marouzeau, tal vez se nos pregunte por qué no le hemos respondido aún,

ya que en él se dirige a nosotros personalmente⁸. La razón de esto se encuentra en el relato de nuestro viaje⁹, a propósito de las refutaciones. Cuando tratamos una cuestión, lo hacemos desde un punto de vista general, sin considerar a las personas, que para nosotros no son sino individualidades que se desvanecen ante las cuestiones de principio. Nos referiremos al señor Marouzeau y a algunos otros en su momento, cuando examinemos el conjunto de las objeciones. Para eso era útil esperar a que todos dieran su opinión, importante o no —aquí hemos visto algunas bastante importantes—, para apreciar la fuerza de la oposición. Las respuestas específicas e individuales serían prematuras, de modo que habría que reiterarlas una y otra vez. El opúsculo del señor Marouzeau fue un disparo, y le pedimos perdón por ubicarlo en la categoría de los simples tiradores de infantería, pero su modestia cristiana no se ofenderá por eso. Prevenidos acerca de una reacción defensiva, nos pareció oportuno dejar que descargaran todas sus armas —incluso la artillería pesada, como acabamos de ver—, a fin de que pudiéramos evaluar su alcance. Con todo, hasta ahora no hemos tenido que lamentar bajas en nuestras filas, dado que, por el contrario, los disparos rebotaron contra ella. Por otra parte, no fue menos útil dejar que la situación tomara forma, y se convendrá en que, desde hace dos años, lejos de empeorar para nosotros, a diario tal situación nos brinda nuevas fuerzas. Por lo tanto, responderemos cuando nos parezca oportuno. Hasta ahora, no hubo tiempo perdido, porque incesantemente hemos ganado terreno sin responder, y nuestros propios

8. Véase la respuesta más adelante, en las cartas publicadas en los números de julio y septiembre (N. del T.)

9. Véase la obra *Viaje espírita en 1862*, Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

adversarios se han encargado de facilitarnos la tarea. De tal modo, solo debemos dejar que actúen.

Acerca de la locura espírita

Respuesta al señor Burlet, de Lyon.

El folletín de *La Presse*, del 8 de enero de 1863, contiene el siguiente artículo, extraído del *Salut public* de Lyon, que *La Gironde* de Burdeos se apresuró a reproducir, creyendo que en él encontraría una buena oportunidad para atacar al espiritismo:

CIENCIAS

“El señor Philibert Burlet, interno de los hospitales de Lyon, leyó recientemente un interesante trabajo ante la Sociedad de Ciencias Médicas de esta ciudad, en el que considera al espiritismo una causa de alienación mental. En vista de la epidemia que en este momento afecta a la sociedad francesa, no cabe duda de que será útil señalar los hechos contenidos en la memoria del señor Burlet.

”El autor ha descrito cuidadosamente seis casos de la denominada locura aguda, observados por él mismo en el hospital de l’Antiquaille, y de los que se sigue sin ninguna dificultad la relación directa que existe entre la alienación mental y las prácticas espíritas. Señala que el señor doctor Carrier tuvo hace poco la oportunidad de tratar y curar, en su servicio, a tres mujeres a las que el espiritismo había vuelto locas. Por otra parte,

no hay un solo médico, entre los que se ocupan especialmente de la alienación mental, que no haya observado una mayor o menor cantidad de casos análogos, sin mencionar, por supuesto, *los trastornos intelectuales o afectivos que, sin llegar al punto que se convino en denominar locura, no dejan de alterar la razón y tornar desagradable y extraño el trato de quienes los presentan.* Esta influencia de la *supuesta* doctrina espírita se encuentra actualmente bien demostrada por la ciencia. Las observaciones que lo establecen se contarían por miles. ‘Si en el resto de Francia —dice el señor Burlet— los casos de locura provocados por la doctrina de los médiums fueran tan frecuentes como en el departamento en el que vivimos, y no hay razón para que sea de otro modo, nos parece fuera de duda que el espiritismo puede ocupar un lugar en la categoría de las causas más fecundas de alienación mental’. Para concluir, el autor exhorta a los padres y a las madres de familia, jefes de taller, etc., a ocuparse de que sus hijos o sus empleados nunca frecuenten ‘esas reuniones espíritas denominadas grupos, y en las cuales —añade— el peligro para la razón no es por cierto lo único que hay que temer’.

”Por lo tanto, resulta de incuestionable utilidad publicitar hechos de este tipo reunidos concienzudamente, como los del interno de los hospitales de Lyon. De todos modos, no existe la menor posibilidad de actuar sobre los individuos que ya se encuentran afectados por la epidemia, pues el carácter de su locura consiste precisamente en la fuerte convicción de que solo ellos están en posesión de la verdad. En su humildad, suponen que tienen el don de comunicarse con los Espíritus, y acusan de orgullosa a la ciencia que se atreve a dudar de su poder. Víctimas de la alucinación que los posee, una vez que admitieron su premisa, razonan con una *lógica irreprochable*, que no hace más que reforzar su aberración. No obstante,

podemos conservar la esperanza de actuar sobre las inteligencias que todavía están sanas —pero que se verían tentadas a exponerse a las seducciones del espiritismo—, señalándoles el peligro, a fin de protegerlas de ese peligro. Es bueno saber que las prácticas espíritas y la frecuentación de médiums —que son verdaderamente alucinados— es algo necesariamente malsano para la razón. Tan solo los caracteres fuertemente templados pueden resistirlo. Los demás siempre dejan ahí una parte, pequeña o grande, de su sentido común.”

A. SANSON

Este artículo puede ser el complemento de los sermones referidos en el artículo precedente. Si bien no tienen un origen común, en ambos se puede notar al menos una idéntica intención: alentar a la opinión pública en contra del espiritismo por medios que denotan la misma buena fe o la misma ignorancia respecto del asunto. Obsérvese la gradación que han seguido los ataques a partir del famoso y torpe artículo de la *Gazette de Lyon* (véase la *Revista espírita* del mes de octubre de 1860, página 254). En ese momento, no era más que una burla trivial, para agraviar y ridiculizar a los obreros de esa ciudad, y comparar sus telares con horcas. ¿No era en verdad una torpeza insigne despreciar a los trabajadores y a las máquinas que generan la prosperidad de una ciudad como Lyon? Desde entonces, la agresión ha tomado otro carácter: al ver la impotencia del ridículo, y como no logra impedir que las ideas espíritas ganen terreno día a día, adopta un tono más lamentable, pues en nombre de la humanidad, *en vista de la epidemia que en este momento afecta a la sociedad francesa*, viene a señalar los peligros de esta *supuesta* doctrina que torna

desagradable y extraño el trato de quienes la profesan. Se trata de un cumplido poco halagador para las damas de todas las clases –incluso las princesas– que creen en los Espíritus. Sin embargo, consideramos que las personas violentas e irascibles que se han vuelto mansas y buenas gracias al espiritismo, no hacen muestra de muy mal carácter y son menos desagradables que antes, y que entre los no espíritas no se encuentran tan solo personas amables y bondadosas. A pesar de que vemos numerosas familias a las que el espiritismo les ha devuelto la paz y la unión, resulta que en nombre de sus intereses se exhorta a los obreros a no frecuentar “esas reuniones denominadas grupos, donde pueden perder la razón y muchas otras cosas”, en el supuesto de que sin duda la conservarían mucho mejor acudiendo al cabaré que quedándose en sus casas.

Ante el fracaso del escarnio, los adversarios apelan a la ciencia para que acuda en su ayuda. Ya no es la ciencia burlesca, representada por el músculo crujiente del señor Jobert (de Lamballe) (véase la *Revista espírita* de junio de 1859, página 141), sino la ciencia seria, esa que condena al espiritismo tan gravemente como en el pasado condenó la aplicación del vapor a la marina, al igual que tantas otras utopías que más tarde tuvimos la debilidad de tomar por verdades. ¿Y cuál es su representante en esta grave cuestión? ¿Es el Instituto de Francia? No, es el señor Philibert Bulet, interno de los hospitales de Lyon, es decir, un estudiante de medicina. Él es quien dio sus primeros pasos con la presentación de una memoria contra el espiritismo. Se manifestó, y a través de él y del señor Sanson (de *La Presse*), la ciencia ha emitido su sentencia, una sentencia que probablemente resulte tan poco firme como la de los doctores que condenaron la teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre, y que arrojaron contra su autor “li-

belos y diatribas más o menos virulentos y groseros” (véase el *Dictionnaire des origines*). Dicho sea entre paréntesis, un curioso trabajo a realizar sería una monografía sobre los errores que cometen los científicos.

El señor Burlet dice que observó seis casos de locura aguda causada por el espiritismo; pero como esa cantidad es poca para una población de trescientas mil almas, de las cuales al menos una décima parte es espírita, tiene cuidado de añadir “que se los contaría por miles si, en el resto de Francia, los casos de locura provocados por la doctrina de los médiums fueran tan frecuentes como en el departamento donde vivimos, y no hay razón para que no sea así”.

Como vemos, con el sistema de las suposiciones se va muy lejos. ¡Pues bien! Nosotros vamos más lejos que él, y señalamos —no como una hipótesis, sino como una afirmación— que en un tiempo determinado solo contaremos locos entre los espíritas. En efecto, la locura es una de las enfermedades de la especie humana; mil causas accidentales pueden provocarla, y la prueba de eso radica en que hubo locos antes de que se hablara de espiritismo, y en que no todos los locos son espíritas. El señor Burlet convendrá con nosotros en este punto. Siempre ha habido locos, y siempre los habrá. Por lo tanto, si todos los habitantes de Lyon fueran espíritas, solo habría locos entre los espíritas, así como en una región por completo católica, solo hay locos entre los católicos. Al observar el curso de la doctrina en los últimos años, se podría prever, hasta cierto punto, el tiempo que hace falta para eso. Pero hablemos solo del presente.

Los locos hablan de aquello que los preocupa. Es muy cierto que una persona que nunca haya escuchado referencias al espiritismo, no lo mencionará; mientras que, en el caso

contrario, hablará de él tanto como lo haría respecto de la religión, del amor, etc. Así pues, sea cual fuere la causa de la locura, la cantidad de locos que se refieran a los Espíritus aumentará naturalmente con el número de adeptos. La cuestión radica en saber si el espiritismo es una causa eficiente de locura. El señor Burlet afirma esto desde lo alto de su autoridad como interno, cuando señala que: “Esta influencia se encuentra actualmente bien demostrada por la ciencia”. A partir de ahí, enardecido, apela a los rigores de la autoridad, como si cualquier autoridad pudiera impedir el curso de una idea, y sin considerar que las ideas nunca se propagan tanto como cuando se hallan bajo el imperio de la persecución. ¿Acaso el señor Burlet toma su opinión, y la de algunos hombres que piensan como él, como sentencias de la ciencia? Parece ignorar que el espiritismo cuenta entre en sus filas con una gran cantidad de médicos distinguidos, y que muchos grupos y sociedades están presididos por médicos que también son hombres de ciencia y que llegan a conclusiones absolutamente contrarias a las de él. Así pues, ¿quién tiene razón, él o los demás? En este conflicto entre la afirmación y la negación, ¿quiénes se pronunciarán en última instancia? Lo harán el tiempo, la opinión, la conciencia de la mayoría, y hasta la propia ciencia, que se rendirá ante la evidencia, como lo ha hecho en otras circunstancias.

Diremos al señor Burlet que deducir una consecuencia general a partir de unos pocos hechos aislados, y que otros hechos pueden desmentir, resulta contrario a los más simples preceptos de la lógica. Para sustentar vuestra tesis haría falta un trabajo diferente del que habéis hecho. Decís que habéis observado seis casos, y creo en vuestra palabra. Pero ¿eso qué demuestra? Si hubierais observado el doble o el triple, eso

tampoco probaría nada, en caso de que el total de locos no superara el promedio. Supongamos un promedio de mil, para tomar un número redondo. Dado que las causas habituales de la locura son siempre las mismas, si el espiritismo pudiera provocarla sería una causa más añadida a las otras, lo cual debería aumentar el número del promedio. Si desde la introducción de las ideas espíritas ese promedio se hubiera elevado de 1000 a 1200, por ejemplo, y si esa diferencia fuera precisamente la de los casos de locura espírita, entonces la cuestión se podría considerar. Con todo, mientras no se pruebe que el promedio de alienados aumentó debido a la influencia del espiritismo, la exposición de algunos casos aislados no demostrará nada, salvo la intención de desacreditar las ideas espíritas y asustar a la opinión pública.

En la situación actual, resta incluso conocer el valor de los casos aislados que se presentan, al igual que saber si cualquier alienado que se refiere a los Espíritus debe su locura al espiritismo, y para eso haría falta un juez imparcial y desinteresado. Supongamos que el señor Burlet se vuelva loco, lo cual puede ocurrirle tanto como a cualquier otra persona, o tal vez —¿por qué no?— más que a cualquier otra. ¿Acaso sería sorprendente que, preocupado por la idea que combate, se refiriera a ella en su demencia? ¿Deberíamos concluir de ahí que lo volvió loco la creencia en los Espíritus? Podríamos citar varios casos, muy resonantes, en los que se ha demostrado que los individuos se habían ocupado poco o nada del espiritismo, o que habían sufrido ataques de locura característica mucho antes de hacerlo. A esto hay que añadir los casos de obsesión y de subyugación que se confunden con la locura, y que se tratan como tal con un gran perjuicio para la salud de las personas afectadas, conforme lo hemos explicado en nuestros artículos

sobre Morzine. Estos casos son los únicos que a primera vista se podrían atribuir al espiritismo, aunque se ha demostrado que se encuentran en gran cantidad entre los individuos más ajenos a él, y que, por ignorancia de la causa, se los trata en sentido contrario.

Es realmente curioso ver que algunos adversarios, que no creen en los Espíritus ni en sus manifestaciones, afirman que el espiritismo es una causa de locura. Si los Espíritus no existen, o si no pueden comunicarse con los hombres, todas esas creencias son quimeras que no tienen nada de real. En tal caso, les preguntamos cómo es posible que la nada pueda producir algo. “Es la idea —responden—. Esa idea es falsa. Ahora bien, todo hombre que profesa una idea falsa se vuelve loco.” Pero ¿cuál es esa idea tan funesta para la razón? Es la siguiente: *Tenemos un alma que vive después de la muerte del cuerpo; dicha alma conserva los afectos de la vida terrenal, y puede comunicarse con los vivos.* Según ellos, es más sano creer en la nada después de la muerte; o bien —lo que viene a ser lo mismo— en que el alma pierde su individualidad y se funde en el todo universal como las gotas de agua en el océano. Es un hecho que con esta última idea ya no hay necesidad de preocuparse por la suerte de los seres queridos, y que solo hay que pensar en uno mismo, en beber y comer bien en esta vida, lo cual es todo ganancia para el egoísmo. Si la creencia contraria es una causa de locura, ¿por qué hay tantos locos entre las personas que no creen en nada? “Lo que ocurre —diréis— es que esa causa no es la única.” De acuerdo; pero en tal caso, ¿por qué suponéis que las otras causas no pueden afectar a un espírita tanto como a cualquier otra persona? ¿Por qué pretendéis que el espiritismo sea responsable de una fiebre o una quemadura de sol? Instáis a la autoridad a que tome medidas contra las ideas

espíritas porque –según vosotros– dañan el cerebro. Pero ¿por qué no le pedís que vigile también las otras causas? En vuestra solicitud por la razón humana, de la que os convertís en modelo, ¿habéis registrado los innumerables casos de locura producidos por la desesperación del amor? ¿Por qué no instáis a la autoridad a que prohíba el sentimiento amoroso? Se ha comprobado que todas las revoluciones se caracterizan por un notable recrudecimiento de las afecciones mentales. Esta es, por lo tanto, una causa eficiente manifiesta, ya que aumenta el número del promedio. ¿Por qué no aconsejáis a los gobiernos que prohíban las revoluciones por tratarse de algo malsano? Dado que el señor Burlet ha elaborado el *enorme* registro de seis casos de la denominada locura espírita, sobre una población de trescientas mil almas, nosotros instamos a los médicos espíritas a que elaboren el registro de todos los casos de locura, epilepsia y otras afecciones, causadas por el miedo al diablo, por el cuadro aterrador de los tormentos eternos del Infierno, y por el ascetismo de los encierros claustrales.

Lejos de admitir que el espiritismo sea una de las causas del incremento de la locura, nosotros decimos que constituye una causa atenuante, que debe disminuir la cantidad de casos provocados por las causas ordinarias. En efecto, entre estas causas hace falta incluir en primer lugar las penas de todo tipo, las decepciones, los afectos contrariados, los reveses de fortuna, las ambiciones frustradas. El efecto de estas causas depende de la impresionabilidad del individuo. Si existiera un recurso para atenuar esa impresionabilidad, no cabe duda de que sería el mejor preventivo. ¡Pues bien! Ese recurso se encuentra en el espiritismo, que amortigua el contragolpe moral y hace que aceptemos con resignación las vicisitudes de la vida. Alguien que sea capaz de suicidarse por una desgracia, podrá extraer de

la creencia espírita una fuerza moral que le permita sobrellevar el dolor con paciencia; de modo que no solo no se suicidará, sino que ante la peor adversidad conservará la fría razón, pues tendrá una fe inalterable en el porvenir. ¿Acaso vosotros le brindaríais esa calma con la perspectiva de la nada? No, porque no vería en ella ninguna compensación, y si no tuviera nada para comer, podría comeros a vosotros. El hambre es un terrible consejero para aquel que cree que todo acaba con la vida. ¡Pues bien! El espiritismo logra que hasta el hambre se soporte, porque permite que veamos, comprendamos y aguardemos la vida que sigue a la muerte del cuerpo. Ahí radica su locura.

La manera en que el verdadero espírita ve las cosas de este mundo y las del otro, lo lleva a domar en él las pasiones más violentas, incluso la ira y la venganza. Después del artículo insultante de la *Gazette de Lyon* —que hemos recordado más arriba—, un grupo de una docena de obreros nos dijo: “Si no fuéramos espíritas, iríamos a darle una paliza al autor, para enseñarle a vivir; y si estuviéramos en una revolución, prenderíamos fuego la sede de su periódico. Pero somos espíritas, de modo que nos compadecemos de él y le rogamos a Dios que lo perdone”. ¿Qué opináis acerca de esta locura, señor Burlet? En un caso semejante, ¿qué hubierais preferido, tratar con locos de esta especie, o con hombres que no le temen a nada? Considerad que actualmente hay más de veinte mil en Lyon. ¡Pretendéis servir a los intereses de la humanidad, pero no entiendes a los vuestros! Rogad a Dios para que un día no tengáis que lamentaros de que todos los hombres no sean espíritas. Para esto vos y los vuestros trabajáis con todas vuestras fuerzas. Al sembrar la incredulidad, socaváis los fundamentos del orden social; incitáis a la anarquía, a las reacciones sangrientas. Por nuestra parte, trabajamos para que las personas

que no creen en nada tengan fe; para difundir una creencia que logra que los hombres sean mejores unos para con otros; que les enseña a perdonar a sus enemigos, a considerarse hermanos sin distinción de raza, casta, secta, color, opinión política o religiosa; una creencia que, en una palabra, despierta el verdadero sentimiento de la caridad, la fraternidad y los deberes sociales. Preguntad, a los jefes militares que cuentan con espíritas entre sus subordinados, ¿cuáles son los que se dejan conducir con mayor facilidad, y quiénes observan mejor la disciplina sin el uso del rigor? Preguntad a los magistrados, a los agentes de la autoridad, que cuentan con espíritas entre los administrados de las clases inferiores de la sociedad, ¿cuáles son los más ordenados y tranquilos? ¿En cuáles se aplica menos el rigor de la ley? ¿Dónde hay que apaciguar menos tumultos y reprimir menos desórdenes?

En un pueblo del Mediodía, un comisario de policía nos dijo: “Desde que el espiritismo se ha difundido en mi circunscripción, tengo diez veces menos problemas que antes. Por último, preguntad a los médicos espíritas ¿cuáles son los enfermos en los que encuentran menos afecciones causadas por los excesos de todo tipo? Considero que esta es una estadística un poco más concluyente que vuestros seis casos de alienación mental. Si todos aquellos resultados constituyen una locura, me complazco en propagarla. ¿Dónde se obtienen tales resultados? En los libros que algunos quisieran arrojar a las llamas; en los grupos de los que vos recomendáis a los obreros que huyan. ¿Qué hay en esos grupos, que vos describís como la tumba de la razón? Hay hombres, mujeres y niños, que escuchan con recogimiento una moral afable y consoladora, en vez de ir al cabaré a perder el dinero y la salud, o causar dis-

turbios en la plaza pública, y que salen de ellos con el amor a sus semejantes en el corazón, en lugar del odio y la venganza.

Veamos una singular confesión del autor del citado artículo: *Víctimas de la alucinación que los posee, una vez que admitieron su premisa, razonan con una lógica irreprochable, que no hace más que reforzar su aberración.* ¡Singular locura, en verdad, la que razona con una lógica irreprochable! Ahora bien, ¿cuál es esa premisa? Lo dijimos hace un momento: *El alma que sobrevive al cuerpo, conserva su individualidad y sus afectos, y puede comunicarse con los vivos.* ¿Qué otra cosa puede demostrar la verdad de una premisa, sino la lógica *irreprochable* de las deducciones? Quien dice *irreprochable*, dice inatacable, irrefutable. Por lo tanto, si las deducciones de una premisa son inatacables, entonces lo satisfacen todo; nada se les puede oponer. Y si esas deducciones son verdaderas, entonces la premisa es verdadera, porque el principio de una verdad no puede ser un error. A partir de un principio falso, no cabe duda de que se pueden deducir consecuencias aparentemente lógicas, pero esa es tan solo una lógica aparente, es decir, sofismas, y no una lógica irreprochable, porque siempre dejará una puerta abierta a la refutación. La verdadera lógica es aquella que satisface plenamente a la razón: no puede ser cuestionada. La falsa lógica no es más que un falso razonamiento, siempre cuestionable. Lo que caracteriza a las deducciones de nuestra premisa es, ante todo, que se basan en la observación de hechos; en segundo lugar, que explican de una manera racional lo que de otro modo sería inexplicable. Sustituíd nuestra premisa por la negación, y a cada paso os enfrentaréis con dificultades insolubles. La teoría espírita —afirmamos— se basa en hechos, pero en miles de hechos, que se reproducen a diario, y que son observados por millones de

personas. Vuestra teoría, en cambio, se basa en media docena de hechos observados por vos. Esta es una premisa de la que todos pueden inferir la conclusión.

Círculo espírita de Tours

*Discurso pronunciado por el presidente
en la sesión de apertura*

Martes, 12 de noviembre de 1862.

“Señores:

”En primer lugar, debo agradecer a los Espíritus protectores de nuestra pequeña sociedad naciente, porque han tenido a bien designarme ante vosotros para la presidencia. Trataré de justificar esta elección, que me honra, procurando escrupulosamente que los trabajos de nuestras reuniones tengan siempre un carácter serio y moral: objetivo que nunca deberemos perder de vista, so pena de exponernos a muchas decepciones.

”¿Qué venimos a buscar aquí, señores, lejos del ruido de los asuntos mundanos? La ciencia de nuestros destinos. Así es, cada uno de nosotros, mientras nos encontramos en este modesto recinto, que crecerá y se elevará —conforme espero— por el tamaño y la altura del objetivo que perseguimos, cedemos al deseo muy natural de rasgar el grueso velo que oculta a los pobres humanos el temible misterio de la muerte, así como de saber si es verdad, conforme lo enseña una falsa ciencia —y según lo creen, lamentablemente, tantos desdichados Espíritus

descarriados—, que la tumba cierra el libro de los destinos del hombre.

”Sé muy bien que Dios ha puesto, en el corazón de cada uno, una antorcha destinada a iluminar sus pasos por los ásperos senderos de la vida: *la razón*; y una balanza apta para pesar todas las cosas según su valor exacto: *la justicia*. Pero cuando la viva y pura luz de esa antorcha directora, cada vez más debilitada por el aliento impuro de las pasiones pervertidas, está a punto de extinguirse; cuando esa balanza de la justicia han sido falseada por el error y la mentira; cuando el chancro del materialismo, después de invadirlo todo, incluso las religiones, amenaza con devorarlo todo, el Juez supremo debe finalmente venir, mediante prodigios de su omnipotencia, a través de manifestaciones insólitas y capaces de llamar violentamente la atención, para enderezar los caminos de la humanidad y sacarla del abismo.

”Hasta el punto de degradación moral en el que han caído las sociedades modernas, bajo la influencia de falsas y perniciosas doctrinas, toleradas —si no fomentadas— por los mismos que tienen la especial misión de reprimirlas; en medio de este indiferentismo general por todo lo que no es materia; de este sensualismo exagerado y exclusivo; de esta furia —desconocida hasta nosotros— de enriquecimiento a toda costa; en medio de este culto desenfrenado al becerro de oro; de esta desordenada pasión por el lucro, que engendra el egoísmo, hiela los corazones, falsea las inteligencias, y tiende a la disolución de los lazos sociales; en medio de todo esto, las comunicaciones de ultratumba pueden considerarse una *revelación divina*, que se tornó *necesaria* para el llamamiento al orden por parte de la Providencia, que no puede permitir que su criatura favorita perezca sin ayuda. Y, con la rapidez con que las enseñanzas de la doctrina

espírita se difunden por todos los puntos del globo, es fácil prever que se acerca la hora en que la humanidad, después de una pausa, iniciará una nueva etapa, alcanzará una nueva fase de desarrollo en su progresión intermitente a través de los siglos.

”En cuanto a nosotros, señores, agradezcamos a la Providencia por haberse dignado elegirnos para esparcir y hacer que fructifique en este pequeño rincón de la Tierra la semilla espírita, y así cooperar, en la medida de nuestras fuerzas, en la gran obra de la regeneración moral que se prepara.

”En este momento me ocupo, a propósito de una cuestión médica —algunos de vosotros lo saben—, de un importante trabajo filosófico en el que intento explicar racionalmente los fenómenos fisiológicos del espiritismo, y relacionarlos con la filosofía general. Antes de publicar ese trabajo, esencialmente antimaterialista, que por otra parte todavía no es más que un borrador, me propongo comunicároslo para conocer vuestra opinión sobre la conveniencia de someter, a la aprobación de los Espíritus elevados que tengan a bien asistirnos, los principales puntos de doctrina que contiene. Ahí podríamos encontrar, además, preparadas y metódicamente dispuestas con anticipación, la mayor parte de las cuestiones que deben ser objeto de nuestras conversaciones espíritas.

”Nunca debemos perder de vista, señores, el objetivo esencial del espiritismo, que es la destrucción del materialismo a través de la prueba experimental de la supervivencia del alma humana. Si los muertos responden a nuestro llamado, si vienen a ponerse en comunicación con nosotros, es evidente que no están del todo muertos, y que el último estertor de la agonía no ha señalado para ellos el término definitivo de su existencia. En tal sentido, no existe en el mundo un sermón que sea un argumento tan valioso como ese.

”Por eso es nuestro deber, para nosotros los creyentes, difundir la luz alrededor nuestro y no mantenerla encerrada bajo el celemín, es decir, en este estrecho recinto que debe, por el contrario, convertirse con nuestro esmero en un hogar radiante. ¿Significa esto que debemos invitar a todos a nuestras reuniones, y aceptar al primero que manifieste la curiosidad de presenciar nuestra labor, como si se tratara de ver los trucos de un prestidigitador? Sería una torpeza exponer a la posibilidad del ridículo el asunto más serio del mundo, y a la vez comprometernos nosotros mismos. No obstante, toda vez que una persona de cuya buena fe no tengamos motivos para sospechar, y que haya obtenido nociones sobre el espiritismo a partir de la lectura de las obras específicas, quiera atestiguar los hechos, deberemos acceder a su solicitud; aunque será bueno reglamentar esa clase de admisiones, sin admitir en nuestras sesiones a ninguna persona extraña antes de que la sociedad, una vez consultada, haya expresado previamente su opinión al respecto.

”Señores, cuando hace apenas dos años constatamos, con uno de nuestros asociados y en casa de un amigo común, los más asombrosos fenómenos espíritas del orden mecánico y del orden intelectual, a pesar de la evidencia de los hechos de que fuimos testigos, a pesar de nuestra profunda convicción respecto de que estas manifestaciones extraordinarias ocurrían fuera de las leyes naturales conocidas, apenas nos atrevimos a compartirlas tímidamente con nuestros allegados, pues temíamos que se pusiera en duda la integridad de nuestra razón. *El libro de los Espíritus*, en esa época casi desconocido en Tours, se encontraba todavía en su primera edición, o a lo sumo en la segunda; en una palabra, apenas había traspasado los límites de la capital. ¡Así es, mirad cuán inmenso ha sido el progreso en el espacio de tres años! En la actualidad, el espi-

ritismo ha penetrado en todas partes, tiene adeptos en todos los estamentos de la sociedad; reuniones, grupos más o menos numerosos, se organizan en todas las ciudades, grandes o pequeñas, a la espera de que llegue el turno de las aldeas. En la actualidad, las obras espíritas se exhiben en todas las librerías, que tienen dificultades para satisfacer la demanda de su clientela, ávida de iniciarse en los grandes misterios de las evocaciones. En la actualidad, por último, el espiritismo asequible al vulgo, conocido por todos de alguna manera, ya no es un espantapájaros, una señal de reprobación o de desdén, y podemos confesar valerosamente el objetivo de nuestras reuniones, sin temor a pasar por locos; podemos desafiar el escarnio y el sarcasmo, y decir a los burlones: ‘Antes de ridiculizarnos, al menos tened a bien contarnos y pensarnos’.

”En cuanto al anatema de un partido, consideramos que su alcance es demasiado limitado para inquietarnos por eso. Dicen que hemos hecho un pacto con el *diablo*, pero en tal caso debemos convenir en que los demonios no son todos tan malos. Nuestro verdadero crimen –según ellos– es nuestra pretensión, sin duda muy legítima, de comunicarnos con Dios y sus santos sin su mediación obligatoria. Demostremosles que, gracias a las enseñanzas de aquellos a los que ellos denominan *demonios*, comprendemos la moral sublime del Evangelio, que se resume en el amor a Dios y a los semejantes, en la caridad universal. Abracemos a la humanidad entera, sin distinción de culto, raza, origen y, más aún, de familia, fortuna y condición social. Que sepan que nuestro Dios, para nosotros los espíritas, no es un tirano cruel y vengativo que castiga un momento de extravío con tormentos eternos, sino un padre bueno y misericordioso que vela con incesante solicitud por sus hijos perdidos, e intenta acercarlos a Él mediante una serie de pruebas

destinadas a lavar todas sus manchas. ¿Acaso no está escrito que *Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión?*

”Además, nos reservamos expresamente, aquí como en todas partes, los derechos imprescriptibles de la razón que debe dominarlo todo, juzgarlo todo en última instancia. No decimos a los recalcitrantes, mientras los llevamos al pie de la hoguera: *Creed o morid, sino creed, si vuestra razón lo desea.*

”Una palabra más para terminar, señores, porque no quisiera abusar de vuestra atención. Dado que la institución de nuestra sociedad no tiene ni puede tener otro fin que nuestra instrucción y nuestra mejora moral, debemos apartar con el mayor cuidado de nuestras sesiones cualquier cuestión que se vincule directa o indirectamente, tanto con las personas como con la política o con los intereses materiales. *El estudio del hombre en relación con sus destinos futuros*, tal es nuestro programa, y nunca deberemos apartarnos de él.”

CHAUVET, doctor médico.

A este discurso le sigue la siguiente comunicación, obtenida espontáneamente por uno de los médiums de la sociedad:

“Amigos míos, el objetivo de vuestra sociedad es instruiros y atraer hacia la luz al hombre perdido, oscurecido durante tanto tiempo por las tinieblas que reinan en este siglo. No debéis considerar que esta institución viene a instruiros en cuestiones de derecho o de ciencia; simplemente viene a disponer para entrar en el nuevo camino de la regeneración, que debéis recorrer sin temor, con vuestra confianza puesta en las instrucciones que recibiréis. No debéis temerle a nada, porque Dios vela por el hombre que hace el bien, y no lo abandona.

”Os escuché cuando discutíais a propósito de un artículo del reglamento sobre la admisión de personas ajenas a vuestra sociedad. Escuchad un poco los consejos de un amigo, o más bien de un hermano que os habla, no con la boca sino con el corazón, no materialmente sino espiritualmente. Porque, creedme, cuando yo atravieso todos los grados de los Espíritus impuros para visitaros, ese espacio a recorrer no me parece doloroso si veo vuestro corazón animado de los sentimientos de bien.

”Cuando una persona ajena solicite asistir a vuestras sesiones, antes de admitirla invitadla en privado a vuestro gabinete, y en la conversación sondead sus sentimientos y fijaos si está instruida en la nueva doctrina. Si descubris en ella el deseo del bien y no una simple curiosidad; si se encuentra animada de intenciones serias, entonces podéis admitirla sin temor; pero rechazad a cualquiera que acuda tan solo con la idea de perturbar vuestras sesiones y despreciar vuestras enseñanzas. Pensad también que los espías se infiltran en todas partes: Jesús también los tuvo.

”Si alguien se presenta como espírita o médium, no lo recibáis sin saber con quién tratáis. No ignoráis que hay médiums llenos de frivolidad y orgullo, y que por eso mismo solo atraen Espíritus frívolos. A menudo se ha dicho: ‘Dios los cría y ellos se juntan’. Un verdadero espírita no debe tener otro sentimiento que el del bien y la caridad, sin el cual no puede ser asistido por los Espíritus sabios.

”No cabe duda de que la pérdida de un médium puede dejar un vacío entre vosotros, pero no por eso debéis pensar que ya no recibiréis nuestras instrucciones, porque siempre estaremos dispuestos a asistirlos en vuestros trabajos, tanto como Dios lo permita. Si se os retira un buen médium, sin

duda es porque Dios lo destina para otra misión, que cree más útil. ¿Quién sabe lo que le espera? Hay cosas que el hombre no puede comprender, y que sin embargo debe aceptar.

”En el camino que vais a recorrer, amigos míos, es difícil ascender, pero con la ayuda de vuestros hermanos, que están por encima de vosotros, lo lograréis.

”Espero que en otro momento podamos instruiros sobre asuntos más importantes.”

Firmado: FÉNELON

VARIEDADES

Curación a través de un Espíritu

Hemos recibido varias cartas que confirman la exitosa aplicación del remedio indicado en la *Revista espírita* de noviembre de 1862, página 335 (véase también la errata del mes de diciembre), y cuya receta fue dictada por un Espíritu. Un oficial de caballería nos dijo que el farmacéutico de su regimiento se ocupó de prepararlo para los casos muy frecuentes de accidentes causados por las coces de los caballos. Sabemos que otros farmacéuticos han hecho lo mismo en algunas ciudades.

Respecto al origen de este remedio, uno de nuestros suscriptores de Eure-et-Loir nos comunica el siguiente hecho, que es de su conocimiento personal:

“Autheusel, 6 de noviembre de 1862.

”Un obrero, cuyo nombre es Paquine, que vive en un municipio de los alrededores, vino a verme hace un mes. Andaba

con muletas. Sorprendido de verlo así, le pregunté acerca del accidente que había sufrido. Me respondió que desde hacía algún tiempo sus piernas estaban prodigiosamente hinchadas y cubiertas de úlceras, y que *ningún remedio le había hecho efecto*. Este hombre es espírita y tiene algo de mediumnidad. Le dije que tenía que dirigirse a los Espíritus buenos, y hacerlo con fervor. El día de Todos los Santos lo encontré en misa, esta vez con un simple bastón. Al día siguiente vino a verme y me contó lo siguiente:

” ‘—Señor —me dijo—, desde que me recomendasteis que me valiera de los Espíritus buenos para obtener mi curación, no he dejado de invocarlos todas las noches y a menudo durante el día, para mostrarles cuánto me ha perjudicado esta enfermedad para ganarme la vida. Apenas habían pasado cinco o seis días de oración, cuando una noche, adormilado, vi que un hombre vestido totalmente de blanco se aparecía en medio de la habitación. Se acercó a la cómoda, tomó el pote de unguento que yo usaba para calmar el dolor en mis piernas, y me lo mostró. Luego tomó el tabaco que yo guardaba en un papel, y me lo mostró también. A continuación, buscó un frasquito de extracto de Saturno, y luego un frasco de esencia de trementina. Me mostró todo eso y me hizo gestos para yo hiciera una mezcla. Me indicó las dosis derramándolas frente a mí en el pote. Después, tras un saludo amistoso, desapareció. Al día siguiente, hice lo que el Espíritu me había prescrito, y desde ese momento mis piernas comenzaron un excelente proceso de curación. Hoy solo me queda una hinchazón en el pie, que desaparece poco a poco gracias a la eficacia de este remedio, y pronto espero sanar por completo’.

”Este, señores, es un hecho que prácticamente podría ser clasificado entre las curaciones milagrosas, y pienso que haría

falta llevar demasiado lejos el partidismo para considerar que solo se trata de un hecho demoníaco.

”Al examinar la vulgaridad y, casi siempre, la sencillez de los remedios indicados por los Espíritus en general, me he preguntado si no se podría concluir de ahí que el remedio en sí mismo no es más que una simple fórmula, y que la influencia fluídica del Espíritu es la que opera la curación. Considero que esta cuestión podría ser estudiada”.

L. DE TARRAGON

Esta última cuestión no nos parece objetable, toda vez que conocemos sobre todo las propiedades que la acción magnética puede otorgar a las sustancias más benignas, como el agua, por ejemplo. Ahora bien, como los Espíritus también magnetizan, no cabe duda de que ellos pueden otorgar a ciertas sustancias propiedades curativas según las circunstancias. Si bien el espiritismo nos revela todo un mundo de seres pensantes y actuantes, también nos revela fuerzas materiales desconocidas, y que la ciencia aprovechará en el futuro.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Paz a los hombres de buena voluntad

(Poitiers. Reunión preparatoria
de obreros espíritas. Médium: Sr. X...)

Mis queridos amigos, la vida es corta. Grande es lo que la precede; grande es lo que la sucede. Nada es sino por la

voluntad de Dios; nada es, por consiguiente, sino lo legítimo y de alta justicia. Vuestra miseria, cuando os oprime, es un mal merecido, un castigo –no os quepa duda– por vuestras faltas anteriores. Enfrentadla con bravura, y elevad la mirada hacia lo alto con resignación: descenderán la bendición y el alivio. Vuestros pesares, a veces, son la prueba que vuestro propio Espíritu solicitó, vuestro Espíritu deseoso de alcanzar rápidamente la meta final, siempre vislumbrada en el estado no encarnado.

En el momento en que el mundo se agita y sufre; en que las sociedades, en busca de la verdad, se retuercen en laboriosos partos, Dios permite que el espiritismo, es decir, un rayo de eterna verdad, descienda desde las altas regiones y os ilumine. Nuestro objetivo es mostraros el camino, pero dejaros vuestra libertad, es decir, el mérito y el demérito de vuestras acciones. Escuchadnos, pues, y tened la certeza de que vuestra felicidad es para nosotros una viva preocupación. ¡Si supierais cuánto nos afligen vuestras malas acciones! ¡Cuánto nos llenan de alegría vuestros esfuerzos hacia la ley de Dios! El Señor nos dijo: “Servidores de mi imperio, devotos apóstoles de mi ley, llevad a todos mi palabra; explicad a todos que la vida eterna será para los que practiquen el Evangelio; haced que todos los hombres comprendan que el bien, lo bello, lo grande, escalones de mi eternidad, se hallan contenidos en esta palabra: *Amor*”. El Señor nos ha dicho: “Espíritus veloces, corred hacia todos: hacia los más desdichados y hacia los más felices; desde el rey hasta el artesano; desde el fariseo hasta el que experimenta la ardiente fe”. Y nosotros vamos a todas partes, y exclamamos al desdichado: “¡Resignación!”. Al dichoso. “¡Caridad, humildad!”. A los reyes: “¡Amor a los pueblos!”. Al artesano: “¡Respeto a la ley!”.

Amigos míos, el día en que hagáis algo más que escucharnos, es decir, el día en que practiquéis nuestros preceptos, no habrá más egoísmo ni celos. A partir de entonces, no habrá más miserias, como tampoco ese lujo que es la carcoma que corroe las sociedades y las socava. Ya no existirán esos errores morales que perturban las conciencias. ¡No más revoluciones, no más sangre! Adiós a ese triste prejuicio que durante mucho tiempo hizo creer a las familias principescas que los pueblos les pertenecían y que su sangre era distinta. ¡Tan solo habrá felicidad! Vuestros gobiernos serán buenos, porque el gobernante y el gobernado habrán sacado provecho del espiritismo. Las ciencias y las artes, llevadas en alas de la divina caridad, se elevarán hasta una altura que no os imagináis. Vuestro ambiente quedará saneado por los trabajos agrícolas; vuestras cosechas serán más abundantes. Estas profundas palabras de igualdad y fraternidad, finalmente interpretadas *sin que nadie piense en despojar al que posee*, realizarán —os lo aseguro— las promesas de vuestro Dios.

“¡Paz —ha dicho su Cristo— a los hombres de buena voluntad!” No habéis tenido paz, porque no habéis tenido buena voluntad. La buena voluntad, tanto para con los pobres como para con los ricos, se llamará *caridad*. Hay caridad moral, como hay caridad material, pero vosotros no la habéis tenido; ¡y el pobre ha sido tan culpable como el rico!

Escuchadme bien: ¡Creed y amad! Amad, pues mucho se le perdonará al que mucho haya amado. Creed, pues la fe mueve montañas. Prudencia y mansedumbre en el nuevo apostolado, pues vuestra mejor prédica será el buen ejemplo. Compadeceos de los ciegos, de los que no quieren ver la luz. ¡Compadeceos; no los culpéis! Orad, amigos míos, y la bendición de Dios recaerá sobre vuestras almas. Brilla la antorcha

de la vida; en cada rincón del horizonte se encienden los faros; ¡la tempestad sacudirá las barcas, y tal vez las rompa! Pero el piloto que sobre la ola furiosa mire siempre hacia el faro, se acercará a la orilla, y el Señor le dirá: “Paz a los hombres de buena voluntad; bendito seas, tú que has amado; sé dichoso, porque has trabajado para la dicha de los demás. ¡Hijo mío, a cada uno según sus obras!”

F. D., *exmagistrado*.

POESÍA ESPÍRITA

El enfermo y su médico

(Cuento dedicado al señor redactor de *Le Renard*, de Burdeos, por el Espíritu golpeador de Carcassone.)

“—¡Es demasiado fuerte! ¡No aguanto más, doctor!
—se quejaba el otro día un señor de Rochefort—
Tómeme el pulso, doctor, estoy enfermo;
un capricho se apodera del mundo entero.
Parece que Dios ya no conoce su oficio;
Él decae... y a todo el mundo yo desprecio.
Y comienzo por el vapor... ¿Así se camina?
¿Qué pasó con la época de mi bella berlina?
Esa época en que, sin riesgo de matarnos,
de París a Sceaux en cabriolé viajábamos.
¡Doctor, qué ridículo! ¡Hablan de progreso...!
Lanzado a toda velocidad, el planeta en retroceso.

¡Qué horrible caos...! Un cable, un alambre de hierro,
de Calais a Pekín parlorea bajo el océano.
Un sastre se atreve a coser sin aguja;
hacen pólvora con algodón, y fuego con agua.
Con un aparato como pincel, un pésimo pintor,
¡os venderá retratos que ha fabricado al sol!
¡Gloria, gloria al pasado! En este siglo banal
ruge la igualdad; ¡el pueblo tiene la palabra!
¡De escribir en pleno Burdeos, a Sabò se le advirtió!
Ya lo veis, doctor, todo se trastocó.
De los malabaristas, los trucos descubriré;
Y al jefe del *L'Étincelle* ¡maldición! le avisaré.
Allí, sable en mano, un cráneo nos defiende.
Eso no es todo, doctor, ¡oh escándalo! pues pretenden
que, del buen La Fontaine tomando la fórmula,
un muerto real, un *Espíritu*, nos dé la férula.”
Aquí, de Rochefort escupió, y luego continuó:
“—Doctor, decidme de buena fe, ¿creéis en el Espíritu?
—¡Bah! —dijo el doctor, haciéndose el bueno—
¿En el Espíritu...? No, amigo mío... ni siquiera en el vuestro creo.”

Nota. Este cuento, cuyo mérito dejamos a juicio de nuestros lectores, se obtuvo espontáneamente por *tiptología*—como tantos otros encantadores poemas del mismo médium— a propósito de un ingenioso artículo del señor *Aug. Bez*, publicado en *Le Renard*, que tiene a bien ofrecer sus columnas a los adeptos del espiritismo. *L'Étincelle* [*La Chispa*] es otro periódico de Burdeos, cuyo redactor es el señor de Rattier, que arroja fuertes llamaradas contra el espiritismo, con el fin de incendiarlo, pero que hasta ahora no ha logrado producir

más que una iluminación semejante a la de esas *chispas* de los fuegos artificiales, que se apagan antes de haber tocado el suelo. En cuanto al señor de Rochefort, sin duda le parecerá que esta poesía es *malsana*.

Suscripción ruanesa

Depósitos hechos en la oficina de la *Revista espírita*, el 27 de enero de 1863:

Sociedad Espírita de París: 423 fr. - El príncipe de Georgia: 20 fr.; Srs. Aumont, librereros: 5 fr.; Courtois: 2 fr.; Dolé, dibujante-litógrafo, 5fr.; Roger: 20 fr.; Yvose: 10 fr.; Sra. Hilaire: 20 fr. (505,00 francos.)

Sociedades y grupos espíritas: de Sens: 60 fr. 05 c.; de Orléans: 40 fr.; de Marennes: 34,50 fr.; de Saint-Malo: 15fr. - Sres. Bodin (de Cognac): 20 fr.; Borreau (de Niort): 3 fr.; Bitaubé (de Blaye): 5 fr.; Bourgès, teniente (de Provins): 10 fr.; Blin, capitán (de Marsella): 20 fr.; Lausat (de Condom): 5 fr.; Viseur (de Orthez): 10 fr.; Saint Martin, arcabucero (de Maubourguet): 5 fr.; Petitjean, sastre, y su operario (de Joinville H. M.): 7 fr.; Auzanneau (de Neuvic): 10 fr.; Lafage (de Tarbes): 5 fr.; Jouffroy (de Gaillon): 6 fr.; Noël (de Bone): 10 fr.; D... (Guelma): 2,50 fr.; N... (Isla de Ré): 9 fr. - De Poitiers: Sr. Barbault de la Motte, exmagistrado: 100 fr.; Madame Barbault de la Motte: 100 fr.; Sr. Frothier, escultor: 20 fr.; Sr. Bonvalet, obrero: 10 fr. - Sociedad Espírita de Montreuil-sur-Mer: 74 fr. (497,05 francos.)

Espíritas y colonia francesa de Barcelona (España): Srs. Henri de Vincio, François Nerici, Ernest Lalaux, Ed. Hardy, Désiré Maigrin, Maurice Lachâtre, señorita Marie Garette: 100 fr. - Sres. Achon, Ziegler, Ed. Bettiz, G. Sins, J.-C. Carpentier, Holder, Muller, J. Arto, Devenel: 80 fr.; señorita Nérici: 5 fr.; Sres. Rovira, padre e hijo: 2 fr. 60 c.; Louis Borel, sombrerero: 5 fr.; Simonnet, batidor de oro: 10 fr.; señorita Caroline Vignes: 10 fr.; señora Guizy: 20 fr.; Sres. Guizy: 30 fr.; E. B.: 5 fr.; Emprin, comisionado: 10 fr.; Marius Brunos, zapatero: 5 fr.; Leconte, hermanos: 25 fr.; Hardy, padre: 5 fr.; Flocon, viajante de comercio: 5 fr.; Bonsignori, joyero: 1 fr.; Louis Pintrau, fundidor: 1 fr.; Canals y Cia, negociantes: 15 fr.; Cousseau y Cia., tapiceros: 10 fr.; Tasimez Bion: 1 fr.; Subernie: 1 fr.; Dupont: 2 fr.; Paul, hermanos, fabricantes: 50 fr.; Garcerie, novedades: 10 fr.; Sras. Curel, modas: 10 fr.; Antoinette Fournols, costurera: 10 fr.; Sres. Emile Cousoles, fabricante de vendajes: 5 fr.; J. Hugon, 10 fr.; Louis Verdereau, novedades: 20 fr.; Torri, sombrerero: 5 fr.; Joseph Faur: 1 fr.; A. C., 5 fr.; Gustave Fouquel: 1 fr. ; Lavallée: 5 fr.; Fournier: 3 fr. 75 c.; J. J. Maumus: 3 fr.; Thiébault: 2 fr. (489,35 francos.)

Total: 1491,40 francos.

La suscripción se mantiene abierta.

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 3

Marzo de 1863

La lucha entre el pasado y el futuro

Tal como se nos había anunciado, en este momento se presenta una verdadera cruzada en contra del espiritismo. Desde diversos lugares nos muestran escritos, discursos e incluso actos de violencia y de intolerancia. Todos los espíritas deben alegrarse por eso, pues constituye la prueba evidente de que el espiritismo no es una quimera. ¿Acaso harían tanto alboroto por el vuelo de una mosca?

Lo que incita sobremanera esa gran cólera es la prodigiosa rapidez con que la idea nueva se propaga, a pesar de todo lo que se ha hecho para detenerla. Por eso, nuestros adversarios, forzados por la evidencia a reconocer que ese progreso invade las clases más ilustradas de la sociedad, incluida la de los hombres de ciencia, se han limitado a deplorar esa corriente fatal que conduce a la sociedad entera a los establecimientos para dementes¹⁰. La burla agotó su arsenal de insultos y sarcasmos, pero esa arma —que según dicen es tan terrible— no

10. En el original: *Petites-Maisons*. (N. del T.)

ha logrado el apoyo de los bromistas, lo cual demuestra que no hay motivo para reírse. No es menos evidente que la burla no alejó siquiera a uno solo de los partidarios de la doctrina espírita, sino que, lejos de eso, estos han aumentado a vista de ojos. La razón es muy simple: rápidamente se reconoció el contenido profundamente religioso de esa doctrina, que toca las fibras más sensibles del corazón, que eleva el alma hacia lo infinito, y que logra que Dios sea reconocido por quienes lo habían ignorado. Esa doctrina salvó a tantos hombres de la desesperación, alivió tantos dolores, cicatrizó tantas heridas morales, que las ridículas y mediocres bromas descargadas sobre ella han inspirado más rechazo que simpatía. En vano, los burlones se han esforzado en hacer reír a expensas del espiritismo, pues hay cosas respecto de las cuales uno siente instintivamente que no es posible divertirse sin cometer una profanación.

No obstante, si bien algunas personas, que solo conocieron la doctrina espírita por los chistes de mal gusto, han llegado a creer que se trataba apenas de un sueño sin sentido, de la elucubración de un cerebro deteriorado, lo que ocurre ahora es muy oportuno para desengañarlas. Al oír tantas declamaciones furibundas, esas personas deben pensar que se trata de algo más serio de lo que suponían.

La población puede dividirse en tres clases: los creyentes, los incrédulos y los indiferentes. Si la cantidad de creyentes se ha centuplicado desde hace algunos años, eso no pudo suceder sino a expensas de las otras dos categorías. Pero a los Espíritus que dirigen el movimiento les pareció que las cosas todavía no iban suficientemente rápido. Consideraron que aún hay muchas personas que no han oído hablar del espiritismo, sobre todo en las zonas rurales, y que ya es tiempo de

que la doctrina llegue al campo. Además, es necesario despertar a los indiferentes entorpecidos. La burla ha realizado su involuntario trabajo de propaganda, pero usó todas las flechas de su aljaba, y las saetas que todavía lanza están desafiladas; ahora su fuego es demasiado débil. Hace falta algo más vigoroso, que haga más ruido que la palabrería de los folletines, y que resuene hasta en la soledad. Hace falta que incluso en la última aldea se oiga hablar del espiritismo. Cuando la artillería retumbe, todos se preguntarán qué ocurre, y querrán ver.

Cuando escribimos el opúsculo *El espiritismo en su más simple expresión*, preguntamos a nuestros guías espirituales cuál sería su efecto. Nos respondieron: “Producirá un efecto que no esperas, es decir, tus adversarios estarán furiosos de ver una publicación destinada, por su bajísimo costo, a ser difundida masivamente y a penetrar en todas partes. Te hemos anunciado un gran despliegue de hostilidades, y tu publicación será la señal. No te preocupes, pues conoces la meta. Se enfadan debido a la dificultad de refutar tus argumentos”. “En tal caso –les dijimos– esa publicación, que debería venderse a veinticinco centavos, costará quince.” Lo sucedido justificó dichas previsiones, y nos complacemos por eso.¹¹

Por otra parte, todo lo que ocurre ha sido previsto, y así debía ser por el bien de la causa. Cuando veáis alguna gran manifestación hostil, lejos de asustaros, alegraos, pues se ha dicho que “el rugido del rayo será la señal del advenimiento de los tiempos predichos”. Orad, entonces, hermanos míos; orad sobre todo por vuestros enemigos, pues sentirán un verdadero vértigo...

11. *El espiritismo en su más simple expresión* vio la luz el 15 de enero de 1862, y en menos de un mes se vendieron cerca de diez mil ejemplares. Véase la *Revista espírita*, enero y febrero de 1862. (N. del T.)

Pero no todo se ha cumplido aún; las llamas de la hoguera de Barcelona no se han elevado bastante alto. Si se mueven hacia otra parte, guardaos de extinguirlas, pues cuanto más se eleven, más se verán desde lejos, a semejanza de un faro, y permanecerán en el recuerdo de las generaciones. Así pues, dejadlos que hagan, y en ningún lugar opongáis la violencia a la violencia; recordad que el Cristo dijo a Pedro que envainara su espada. No imitéis a las sectas que se han destrozado mutuamente en nombre de un Dios de paz, al que cada una llamaba en auxilio de sus furores. La verdad no se demuestra con persecuciones, sino mediante el razonamiento. En todos los tiempos, las persecuciones han sido el arma de las malas causas y de aquellos que prefieren el triunfo de la fuerza bruta al de la razón. La persecución es un pésimo medio de persuasión; puede abatir momentáneamente al más débil; pero convencerlo, jamás. Porque incluso desde la angustia en que se lo haya sumergido, exclamará, como Galileo en la prisión: *E pur si muove*. Quien recurre a la persecución demuestra que no cuenta demasiado con el poder de la lógica. Así pues, nunca os sirváis de represalias: a la violencia oponedle la dulzura y una inalterable tranquilidad; devolved a vuestros enemigos el bien por el mal. De tal modo, daréis un desmentido a sus calumnias, y los forzaréis a reconocer que vuestras creencias son mejores de lo que ellos dicen.

“¡La calumnia! —diréis—. ¿Acaso podemos ver con sangre fría que nuestra doctrina sea falseada indignamente con mentiras? ¿Podemos tolerar que se la acuse de decir algo que nunca dijo, de enseñar lo contrario de lo que enseña, de producir el mal toda vez que solo produce el bien? La propia autoridad de quienes emplean un lenguaje semejante, ¿no puede desvirtuar la opinión pública y retardar el progreso del espiritismo?”

No cabe duda de que ese es el objetivo que se proponen. ¿Lo alcanzarán? Esa es otra cuestión, y no vacilamos en decir que están llegando a un resultado absolutamente contrario: desacreditarse a sí mismos y a su causa. Por cierto, la calumnia es un arma peligrosa y páfida, pero tiene doble filo y siempre hiere al que se vale de ella. Recurrir a la mentira para defenderse es la prueba más contundente de que no se dispone de buenas razones para ofrecer, pues de lo contrario se las haría valer. Afirmad que una cosa es mala, si esa es vuestra opinión; gritadlo a los cuatro vientos, si os parece bien. El público será quien juzgue si estáis en lo cierto o si os equivocáis. Pero tergiversar algo para apoyar vuestro sentimiento, desnaturalizarlo, es indigno de todo hombre que se respete. En las crónicas de las obras dramáticas y literarias, a menudo se ven apreciaciones muy opuestas: un crítico elogia a ultranza lo que otro ridiculiza, y están en su derecho. No obstante, ¿qué pensaríamos de alguien que, para sostener su reprobación, hiciera decir al autor lo que este nunca dijo, y le atribuyera malos versos para demostrar que su poesía es detestable?

Así proceden los detractores del espiritismo; con sus calumnias, exponen la debilidad de su propia causa, a la vez que la desacreditan mostrando a qué lamentables extremos se ven obligados a recurrir para sostenerla. ¿Qué peso puede tener una opinión fundada en errores manifiestos? Una de dos: esos errores son voluntarios, en cuyo caso se nota la mala fe; o son involuntarios y el autor prueba su inconsecuencia al hablar de lo que no sabe. En ambos casos, pierde todo el derecho a la confianza.

El espiritismo no es una doctrina que anda en la oscuridad. Es conocido, sus principios son formulados de una manera clara, precisa y sin ambigüedad. Por lo tanto, la calumnia

no podría alcanzarlo. Para demostrar la impostura, basta con decir: “Leed y observad”. No cabe duda de que es útil desmascararla, pero hay que hacerlo con calma, sin acrimonia ni recriminación, limitándose a poner —sin discursos superfluos— lo que es contra lo que no es. Dejad a vuestros adversarios la cólera y las injurias, y guardad para vosotros el papel de la fuerza verdadera: el de la dignidad y la moderación.

Por lo demás, no hay que exagerar las consecuencias de esas calumnias, que llevan consigo el antídoto de su veneno, y que en definitiva son más ventajosas que perjudiciales. Provocan forzosamente el examen de los hombres serios, que desean juzgar las cosas por sí mismos, y que son incitados a hacerlo debido a la importancia que a esas cosas se atribuye. Ahora bien, lejos de temer el examen, el espiritismo lo provoca, y solo se queja de una cosa: que tantas personas hablen de él como si fueran ciegos que hablan de colores. No obstante, gracias a que nuestros adversarios se ocupan de darlo a conocer, ese inconveniente pronto ya no existirá, y eso es todo lo que pedimos. La calumnia que se desprende de ese examen engrandece al espiritismo en lugar de rebajarlo.

Espíritas, no os lamentéis de esas tergiversaciones, pues no le quitarán al espiritismo ninguna de sus cualidades. Al contrario, las harán resaltar con más brillo por el contraste, y confundirán a los calumniadores. Es cierto que el efecto inmediato de esas mentiras puede ser engañar a algunas personas, e incluso alejarlas; pero ¿qué importa eso? ¿Qué son algunos individuos al lado de las masas? Vosotros mismos sabéis cuán poco considerable es el número de esos individuos. ¿Qué influencia puede ejercer eso sobre el futuro? Ese futuro os está garantizado: los hechos consumados os responden, y a diario os ofrecen la prueba de la inutilidad de los ataques

de nuestros adversarios. ¿Acaso la doctrina del Cristo no fue calumniada, calificada de subversiva e impía? ¿Acaso él mismo no fue tratado como bribón e impostor? ¿Se inquietó por eso? No, porque sabía que sus enemigos pasarían y que su doctrina permanecería. Lo mismo ocurrirá con el espiritismo. ¡Singular coincidencia! ¡El espiritismo no es otra cosa sino el llamamiento a la pura ley del Cristo, y se lo ataca con las mismas armas! No obstante, sus detractores pasarán; es una necesidad de la que nadie puede sustraerse. La generación actual se extingue todos los días, y con ella se retiran los hombres llenos de los prejuicios de otro tiempo. La generación que surge se nutre con las ideas nuevas, y además vosotros sabéis que la componen Espíritus más adelantados, que finalmente harán que la ley de Dios reine en la Tierra. Así pues, observad las cosas desde lo alto; no os detengáis en el estrecho punto de vista del presente, sino extended vuestras miradas hacia el futuro y decíos: “El futuro es nuestro. ¡Qué nos importa el presente! ¡Qué importan las cuestiones personales! Las personas pasan, las instituciones quedan”. Considerad que estamos en un momento de transición; que asistimos a la lucha entre el pasado que se debate y tira hacia atrás, y el futuro que nace y empuja hacia adelante. ¿Cuál prevalecerá? El pasado es viejo y obsoleto —hablamos de las ideas—, mientras que el futuro es joven y avanza a la conquista del progreso, que forma parte de las leyes de Dios. Los hombres del pasado se retiran; los del futuro llegan. Sepamos, pues, esperar con confianza, y alegrémonos de ser los pioneros encargados de roturar el terreno. Si tenemos el trabajo, tendremos el salario. Trabajemos, pues, no mediante una propaganda furibunda e irreflexiva, sino con la paciencia y la perseverancia del labrador que sabe cuánto tiempo le queda para la siega. Sembremos

la idea, pero no comprometamos la cosecha con una siembra intempestiva y nuestra impaciencia, por anticiparnos a la estación propia para cada cosa. Cultivemos, sobre todo, las plantas fértiles, que sólo piden producir, y que son bastante numerosas para ocupar todo nuestro tiempo sin que agotemos nuestras fuerzas contra las rocas inamovibles, que Dios se encargará de socavar o de arrancar cuando llegue el momento; porque si Él tiene el poder de elevar las montañas, también puede abatirlas. Hablemos sin tapujos y digamos claramente que hay resistencias ante las que resultaría superfluo el intento de vencerlas, pues se obstinan más por amor propio o por interés que por convicción. Pretender acercarlas a nosotros sería perder el tiempo. Cederán tan solo ante la fuerza de la opinión pública. Reclutemos a los adeptos entre las personas de buena voluntad, que no faltan. Aumentemos la falange de aquellos que, cansados de la duda y asustados ante la nada materialista, solo piden creer, y pronto su número será tal que los demás acabarán por rendirse a la evidencia. Ese resultado ya se manifiesta, y confiad en que dentro de poco veréis en vuestras filas a los que solo esperabais entre los últimos.

Los traidores y los amigos torpes

Conforme lo hemos demostrado en el artículo anterior, nada podría imponerse contra el destino providencial del espiritismo. Así como nadie puede impedir la caída de lo que en los decretos divinos –hombres, pueblos o cosas– debe caer, nadie puede detener la marcha de lo que debe avanzar. Esta verdad, con relación al espiritismo, resulta de hechos consu-

mados y, mucho más aún, de otro punto fundamental. Si el espiritismo fuera una simple teoría, un sistema, podría ser combatido por otro sistema, pero se basa en una ley de la naturaleza, tanto como el movimiento de la Tierra. La existencia de los Espíritus es inherente a la especie humana, de modo que no se puede hacer que ellos no existan, como tampoco se les puede prohibir que se manifiesten, al igual que no se puede impedir que el hombre camine. Para eso, los Espíritus no necesitan ningún permiso, y se ríen de todas las prohibiciones, pues no debemos perder de vista que, además de las manifestaciones mediúmnicas propiamente dichas, existen las manifestaciones naturales y espontáneas, que se han producido en todos los tiempos y que se producen a diario entre una infinidad de personas que nunca han oído hablar de los Espíritus. ¿Quién podría, pues, oponerse al desarrollo de una ley de la naturaleza? Dado que esa ley es obra de Dios, sublevarse contra ella implica rebelarse contra Dios. Estas consideraciones explican la inutilidad de los ataques dirigidos contra el espiritismo. Lo que los espíritas tienen que hacer en presencia de tales agresiones es continuar apaciblemente sus trabajos, sin fanfarronadas, con la calma y la confianza que da la seguridad de llegar al objetivo.

No obstante, si bien nada puede detener la marcha general, hay circunstancias que pueden generar obstáculos parciales, tal como una pequeña represa puede lentificar el curso de un río, aunque sin impedir que fluya. Entre esas circunstancias figuran las actitudes irreflexivas de algunos adeptos, más fervorosos que prudentes, que no calculan suficientemente el alcance de sus actos o de sus palabras. De ese modo, producen en las personas que todavía no se han iniciado en la doctrina una impresión desfavorable, lo cual es mucho más adecuado

para alejarlas que las propias diatribas de los adversarios. No cabe duda de que el espiritismo se encuentra muy difundido, pero lo estaría más aún si todos los adeptos siempre hubieran escuchado los consejos de la prudencia y sabido mantener una sabia reserva. Es cierto que debemos tomar en cuenta su intención, pero también lo es que más de uno ha justificado el proverbio según el cual *más vale un enemigo declarado que un amigo torpe*. Lo peor de esto es que se provee de armas a los adversarios, que saben explotar hábilmente una torpeza. Por lo tanto, nunca dejaremos de recomendar a los espíritas que reflexionen detenidamente antes de actuar; en tal caso, la prudencia manda que no confiemos en nuestra opinión personal. En la actualidad, cuando en todas partes se forman grupos o sociedades, nada es más simple que ponerse de acuerdo antes de actuar. El verdadero espírita, dado que solo toma en cuenta el bien, sabe renunciar al amor propio. Creer en su propia infalibilidad, no aceptar el criterio de la mayoría y persistir en un camino que se demuestra malo y comprometedor, no es la característica de un verdadero espírita. Si no se tratara de una obsesión, sería una prueba de orgullo.

Entre las torpezas, debemos incluir en primer lugar las publicaciones intempestivas o excéntricas, porque esos son los hechos que tienen más repercusión. Ningún espírita ignora que los Espíritus están lejos de poseer la soberana ciencia; muchos entre ellos saben menos que algunos hombres y, también como algunos hombres, no dejan de contar con la pretensión de saberlo todo. Tienen, sobre todas las cosas, su opinión personal, que puede ser correcta o falsa. Ahora bien, de nuevo como los hombres, los Espíritus que tienen las ideas más falsas suelen ser los más tercos. Esos pseudocientíficos hablan de todo, construyen sistemas, crean utopías o dictan

las cosas más excéntricas, y se alegran al encontrar intérpretes complacientes y crédulos que aceptan sus elucubraciones a ojos cerrados. Ese tipo de publicaciones tiene gravísimos inconvenientes, pues el médium, engañado a su vez, seducido muy frecuentemente con un nombre apócrifo, presenta esas publicaciones como cosas serias —de las cuales la crítica se apodera rápidamente para denigrar al espiritismo—, mientras que, con menos presunción, le habría bastado con aceptar el consejo de sus colegas para esclarecerse. Es bastante raro que, en ese caso, el médium no ceda a la exhortación de un Espíritu que pretende, desgraciadamente, de nuevo como algunos hombres, contar con su obra impresa a toda costa. Con más experiencia, sabría que los Espíritus verdaderamente superiores aconsejan, pero nunca se imponen ni adulan, y que toda prescripción imperiosa es una señal de sospecha.

Cuando el espiritismo se haya establecido completamente y todos lo conozcan, las publicaciones de esa naturaleza no tendrán más inconvenientes que los que actualmente poseen los malos tratados de ciencia; pero al principio —lo repetimos— esas publicaciones tienen un lado muy contraproducente. Por lo tanto, en lo que concierne a la publicidad, es necesario que seamos muy circunspectos, y calcular con mucho cuidado el efecto que puede producir en los lectores. En resumen, es un grave error considerarse obligado a publicar todo lo que dictan los Espíritus, dado que, si bien algunos son buenos y esclarecidos, otros son malos e ignorantes. Es importante realizar una selección muy rigurosa de sus comunicaciones, y eliminar todo lo que sea inútil, insignificante, falso o capaz de producir una mala impresión. Debemos sembrar, sin duda, pero sembrar la buena semilla y en el tiempo oportuno.

Pasemos a un tema más grave aún: los *traidores*. Como sabemos, los adversarios del espiritismo —por lo menos algunos, porque otros pueden serlo de buena fe— no son escrupulosos en cuanto a la elección de los medios. Para ellos, todo es legítimo, de modo que, cuando no se puede tomar una ciudadela por asalto, se la mina por abajo. A falta de buenas razones, que son las armas leales, a diario se los ve descargar sobre el espiritismo la mentira y la calumnia. La calumnia es odiosa —ellos lo saben bien—, y la mentira puede ser desmentida, por eso buscan hechos para justificarse. Pero ¿cómo encuentran hechos comprometedores entre personas serias, si no es produciéndolos ellos mismos o por medio de cómplices? El peligro no radica en los ataques manifiestos, ni en las persecuciones o incluso en la calumnia, como lo hemos visto, sino en las intrigas ocultas empleadas para que el espiritismo se desacredite y se arruine a sí mismo. ¿Tendrán éxito? Es lo que examinaremos a continuación.

Ya hemos advertido acerca de esa maniobra en el relato del viaje que realizamos en 1862 (página 45)¹², porque en el camino recibimos tres besos de Judas, que no lograron engañarnos, aun cuando no hemos manifestado nada al respecto. Por lo demás, habíamos sido prevenidos de eso antes de nuestra partida, así como de las trampas que nos tenderían. Con todo, nos mantuvimos atentos, seguros de que algún día mostrarían la hilacha, porque a un falso espírita le resulta tan difícil imitar permanentemente al verdadero espírita, como a un Espíritu malo simular que es un Espíritu superior; ni uno ni otro pueden sostener su papel por mucho tiempo.

12. Véase *Viaje espírita en 1862*; Buenos Aires: CEA, 2022. (N. del T.)

Desde diversas localidades nos señalan la presencia de individuos, hombres o mujeres, con antecedentes y vinculaciones sospechosas, cuyo fervor aparente por el espiritismo solo inspira una confianza muy mediocre, de modo que no nos sorprendió encontrar a los tres Judas a los que nos referimos: los hay en lo bajo y en lo alto de la escala. A menudo manifiestan más que fervor: se trata de un entusiasmo, de una admiración fanática. Según ellos, su devoción llega hasta el sacrificio de sus propios intereses. Con todo, a pesar de eso, no atraen ninguna simpatía: un fluido malsano parece rodearlos; su presencia en las reuniones tiende sobre ellas un manto de hielo. Añadamos que los hay cuyos medios de subsistencia *se convierten* en un problema, sobre todo en las provincias, donde todo el mundo se conoce.

Lo que caracteriza principalmente a esos supuestos adeptos es su tendencia a hacer que el espiritismo se aleje del camino de la prudencia y de la moderación a través de un ardiente deseo de que triunfe la verdad; a incitar la publicación de obras excéntricas; a extasiarse de admiración ante las comunicaciones apócrifas más ridículas, y que ellos mismos se ocupan de difundir; a provocar, en las reuniones, el tratamiento de asuntos comprometedores sobre política y religión, siempre para que triunfe la verdad, que no se debe mantener debajo del celemín. Sus elogios a los hombres y a las cosas son más bien adulaciones agresivas: se trata de los Fierabrás, los fanfarrones del espiritismo. Otros son más empalagosos y zalameros; con una mirada de soslayo y palabras melosas, insuflan la discordia predicando la unión; ponen hábilmente sobre el tapete cuestiones irritantes o hirientes, temas capaces de provocar disidencias; incitan celos de preponderancia entre los diferentes grupos, y les encantaría ver que se arrojaran pie-

dras unos a otros y levantan bandera contra bandera a partir de algunas divergencias de opinión sobre ciertas cuestiones de forma o de fondo, muy a menudo provocadas.

Según ellos mismos refieren, algunos adquieren una tremenda cantidad de libros espíritas —de lo cual los libreros casi no se dan cuenta— y realizan una propaganda a ultranza. No obstante, por efecto de la casualidad, la selección de sus adeptos es desafortunada: una fatalidad los induce a dirigirse de preferencia a personas exaltadas, de ideas obtusas, o que ya dieron muestras de aberración. Entonces, cuando se produce un escándalo, que deploran quejándose en todas partes, se constata que esas personas se ocupaban del espiritismo, del cual la mayor parte del tiempo no habían comprendido siquiera el abecé. Junto con los libros espíritas que esos apóstoles abnegados distribuyen generosamente, a menudo se encuentran, no críticas —lo cual sería una torpeza—, sino libros de *magia* y de *brujería*, o escritos políticos poco ortodoxos, o diatribas innobles contra la religión, de modo que, cuando se produce algún escándalo, fortuito o no, en una verificación la doctrina queda confundida en el todo.

Como es más cómodo tener las cosas a mano, para disponer de cómplices dóciles —que no se encuentran en todas partes—, algunos organizan o mandan organizar reuniones en las que prefieren tratar asuntos que el espiritismo recomienda precisamente que no se traten, y en las que se ocupan de atraer extraños que no siempre son amigos. En tales reuniones, lo sagrado y lo profano son indignamente confundidos; los nombres más venerados se mezclan con las prácticas más ridículas de la magia negra, con el acompañamiento de señales y palabras cabalísticas, talismanes, trípodes sibilinos y otros accesorios. Algunos añaden, como complemento, y a

veces como un producto lucrativo, la cartomancia, la quiromancia, la lectura de la borra del café, el sonambulismo pagado, etc. Espíritus complacientes, que encuentran intérpretes no menos complacientes, predicen el futuro, dicen la buena-ventura, descubren tesoros escondidos y tíos en América, y en caso de necesidad prevén los movimientos bursátiles y los números que saldrán en la lotería. Entonces, llega el día en que interviene la justicia, o se lee en un periódico la crónica de una sesión de espiritismo a la que el autor asistió, de modo que puede contar lo que vio con sus propios ojos.

¿Quisierais hacer el intento de que todas esas personas adopten ideas más sanas? Sería un esfuerzo perdido, y se comprende el porqué: la razón y el lado serio de la doctrina no son de su interés; eso es lo que más les molesta. Decirles que perjudican a la causa, que dan armas a sus enemigos, es un alago para ellas, puesto que su objetivo radica en desacreditar la doctrina, aunque aparenten defenderla. Son instrumentos, y no temen empujar a otros para que se comprometan con la ley, ni comprometerse ellas mismas, porque en eso saben encontrar una compensación.

El papel de esas personas no siempre es idéntico; varía según su posición social, sus aptitudes, la naturaleza de sus relaciones y el elemento que las lleva a actuar; pero el objetivo es siempre el mismo. No todas emplean medios tan groseros, pero no dejan de ser pérfidos. Leed ciertas publicaciones que dicen simpatizar con la idea, e incluso que aparentan defenderla; analizad sus conceptos, y fijaos si algunas veces, junto con una aprobación introducida a modo de portada y de etiqueta, no descubris, tirados como por casualidad, un pensamiento insidioso, una insinuación con doble sentido, un hecho referido de una manera ambigua y que se puede

interpretar en un sentido desfavorable. Entre esas publicaciones, algunas son menos disimuladas y, con la máscara del espiritismo, resulta evidente que su objetivo radica en suscitar divisiones entre los adeptos.

Se nos preguntará, sin duda, si todas las infamias que acabamos de mencionar son invariablemente maniobras ocultas o una comedia representada con un objetivo interesado, o si no podrían ser también el producto de un movimiento espontáneo; en una palabra, si los espíritas en su totalidad son hombres de buen sentido e incapaces de equivocarse.

Tener la pretensión de que todos los espíritas sean infalibles sería tan absurdo como pretender que nuestros adversarios sean los únicos que cuenten con el privilegio de la razón. No obstante, si algunos se equivocan, entonces es porque interpretan mal el sentido y el objetivo de la doctrina. En tal caso, su opinión no puede convertirse en ley, y es ilógico o desleal —según la intención— que se tome la idea individual por la idea general, y que se explote una excepción. Lo mismo ocurriría si se tomaran las aberraciones de algunos científicos por reglas de la ciencia. A aquellos les diremos: “Si queréis saber de qué lado está la presunción de verdad, estudiad los principios admitidos por la inmensa mayoría, en caso de que todavía no lo hayan hecho por unanimidad absoluta los espíritas del mundo entero”.

Así pues, los creyentes de buena fe pueden equivocarse, y no consideramos un crimen el hecho de que no piensen como nosotros. Si, entre las infamias referidas anteriormente, algunas fueran el resultado de una opinión personal, solo podríamos ver en ellas desviaciones aisladas, lamentables, cuya responsabilidad sería injusto hacer que recaiga sobre la doctrina, que las repudia abiertamente. Pero si decimos que esas

infamias pueden ser el resultado de maniobras interesadas, es porque pintamos nuestro cuadro a partir de modelos reales. Ahora bien, como esto es lo único que el espiritismo debe temer verdaderamente por el momento, invitamos a los adeptos sinceros a que se pongan en guardia para evitar las trampas que se les podría tender. Con esa finalidad, deberían ser muy circunspectos en relación con los elementos que introducen en sus reuniones, así como rechazar con sumo cuidado todas las sugerencias que tiendan a desvirtuar su carácter esencialmente moral. Al mantener en esas reuniones el orden, la dignidad y la gravedad que convienen a hombres serios, que se ocupan de algo serio, cerrarán el acceso a los malintencionados, que se retirarán cuando reconozcan que ahí no tienen nada que hacer. Por los mismos motivos, deben declinar toda solidaridad con las reuniones formadas fuera de las condiciones prescritas por la sana razón y los verdaderos principios de la doctrina, en caso de que no puedan conducirlas por el camino del bien.

Como se ve, no cabe duda de que hay una gran diferencia entre los traidores y los amigos torpes. No obstante, sin proponérselo, el resultado puede ser el mismo: desacreditar a la doctrina. El matiz que a menudo los separa radica tan solo en la intención, de modo que algunas veces se los puede confundir y, al ver que sirven a los intereses del partido contrario, suponer que este los ha conquistado. Por lo tanto, la circunspección es, sobre todo en este momento, más necesaria que nunca, pues no debemos olvidar que palabras, acciones o escritos imprudentes son explotados, y que a los adversarios les encanta decir que todo eso procede de los espíritas.

En esta situación, se comprende cuáles son las armas que la especulación, debido a los abusos a que puede dar lugar, ofrece a los detractores para que fundamenten su acusación

de malabarismo. En algunos casos, puede ser una trampa de la que se debe desconfiar. Ahora bien, como el malabarismo filantrópico no existe, con la abnegación y el desinterés absolutos de los médiums se logra que los detractores pierdan uno de sus más poderosos medios de denigración, pues queda eliminada toda discusión al respecto.

Es cierto que llevar la desconfianza al extremo sería un error grave, pero en una época de lucha, y cuando se conoce la táctica del enemigo, la prudencia se vuelve una necesidad, que por lo demás no excluye la moderación ni la observación de los convencionalismos, a los que nunca se debe renunciar. Además, no podríamos confundirnos respecto del carácter del verdadero espírita, pues en su actitud hay una franqueza que desafía toda suspicacia, sobre todo cuando esa franqueza se encuentra corroborada por la práctica de los principios de la doctrina. Que se levante bandera contra bandera, como pretenden nuestros antagonistas, pues el futuro de cada una está subordinado a la suma de consuelo y de satisfacción moral que proporcione. Un sistema solo puede prevalecer sobre otro con la condición de que sea más lógico, y respecto de eso la opinión pública es el juez soberano. En todos los casos, la violencia, las injurias y la acritud son malos antecedentes y una carta de recomendación aún peor.

Resta examinar las consecuencias de esta situación. Es indiscutible que esas operaciones pueden generar momentáneamente algunas perturbaciones parciales, y por eso hay que desbaratarlas en la medida de lo posible. Con todo, no podrían perjudicar el futuro; en primer lugar, porque durarán poco tiempo, pues son una maniobra de la oposición que caerá inevitablemente. En segundo lugar, porque, más allá de lo que se diga o se haga, nunca se le quitará a la doctrina su

carácter distintivo, su filosofía racional, ni su moral consoladora. Por más que la torturen y la distorsionen, por más que hagan decir a los Espíritus lo que se les ocurra, o que recojan comunicaciones apócrifas para interferir con contradicciones, no lograrán que una enseñanza aislada –incluso si fuera verdadera y no hipotética– prevalezca sobre la que se recibe en todas las partes. El espiritismo se distingue del resto de las filosofías por el hecho de que no es el producto de la concepción de un solo hombre, sino de una enseñanza que todos los hombres pueden recibir en todos los puntos del globo, y tal es la consagración que ha recibido *El libro de los Espíritus*. Ese libro, escrito sin ambigüedad posible y al alcance de todas las inteligencias, será siempre la expresión clara y exacta de la doctrina, y la transmitirá intacta a los que vendrán después de nosotros. La cólera que ese libro despierta es un indicio del papel que está llamado a desempeñar, así como de la dificultad de oponerle algo más serio. Lo que ha provocado el rápido éxito de la doctrina espírita es el consuelo y la esperanza que infunde; cualquier sistema que, mediante la negación de los principios fundamentales, tendiera a destruir la fuente misma de ese consuelo, no podría ser acogido con mayor simpatía.

No se debe perder de vista que nos encontramos –como hemos dicho– en el momento de la transición, y que ninguna transición se produce sin conflicto. Que nadie se sorprenda, pues, al ver que se agitan las pasiones en juego, las ambiciones en peligro, las pretensiones frustradas, y que cada uno intenta aferrarse al pasado para retener lo que ve que se le escapa. No obstante, poco a poco, todo eso se extingue, la fiebre se calma, los hombres pasan, y las ideas nuevas quedan. Espíritas, elevaos con el pensamiento, fijad vuestras miradas veinte años en el futuro, y el presente no os inquietará.

Muerte del Sr. Guillaume Renaud, de Lyon

El domingo 1.º de febrero tuvo lugar en Lyon el funeral del señor Guillaume Renaud, ex oficial, medallista de Santa Elena, uno de los más antiguos y fervientes espíritas de esa ciudad, muy conocido entre sus hermanos en creencia. Si bien profesaba, respecto de algunas cuestiones de forma que nosotros hemos combatido –pero que no son muy importantes y que no afectan la esencia de la doctrina–, ideas particulares que no eran compartidas por todos, no por eso era menos amado y estimado en general, tanto por la bondad de su carácter como por sus eminentes cualidades morales. Si hubiéramos estado en Lyon en ese momento, nos habría complacido depositar algunas flores en su tumba. Que él reciba aquí, al igual que su familia y sus amigos personales, este testimonio de nuestro afectuoso recuerdo.

El señor Renaud, hombre sencillo y modesto, apenas era conocido fuera de Lyon, y sin embargo su muerte repercutió incluso en un pueblo de la Haute-Saône, donde se lo mencionó desde el púlpito, el domingo 8 de febrero, de la siguiente manera:

El vicario de la parroquia, hablando a sus feligreses respecto de los *horrores* del espiritismo, añadió que “el jefe de los espíritas de Lyon había muerto hacía tres o cuatro días; que había rechazado los sacramentos; que a su entierro habían concurrido apenas dos o tres espíritas, sin parientes ni sacerdotes; que si el jefe de los espíritas (en alusión al señor Allan Kardec) llegara a morir, se compadecería de él tanto como se compadecía del de Lyon. Luego concluyó diciendo

que no negaba nada de esa doctrina, y que tampoco afirmaba nada, salvo que se trataba del demonio, que actúa contra la voluntad de Dios”.

Si quisiéramos señalar todas las falsedades que se le atribuyen al espiritismo con el intento de alterar su finalidad y su carácter, llenaríamos con ellas nuestra *Revista*. Pero como eso no nos preocupa demasiado, dejamos que hablen. Nos limitamos a recoger las notas que nos envían, para utilizarlas más adelante —si es oportuno— en la historia del espiritismo. En las circunstancias que acabamos de referir, se trata de un hecho material, acerca del cual no cabe duda de que el señor vicario estaba mal informado, porque no queremos suponer que haya pretendido engañar a sabiendas. Por cierto, habría sido mejor que se mostrara menos entusiasta y aguardara informaciones más precisas.

Añadiremos que, en aquella comuna, hace poco tiempo, a propósito de la muerte de uno de sus habitantes, se hizo correr el rumor —sin duda una broma de mal gusto— de que la sociedad de los *Hermanos golpeadores*, compuesta por siete u ocho individuos de la comuna, quería resucitar a los muertos poniéndoles en la frente unos emplastos elaborados por la Sociedad espírita de París; y que esa sociedad de los Hermanos golpeadores visitaba el cementerio todas las noches para resucitar a los muertos. Las mujeres y los niños del barrio estaban atemorizados a tal punto que no se atrevían a salir de sus casas por miedo a encontrarse con el difunto.

No hacía falta mucho para impresionar de manera perjudicial algún cerebro débil o enfermizo; y si hubiera ocurrido un accidente, se habrían apresurado a culpar al espiritismo.

Volvamos al señor Renaud. Durante su enfermedad, se esforzaron inútilmente para que realizara una auténtica ab-

juración de sus creencias espíritas. Sin embargo, un venerable sacerdote lo confesó y le dio la absolución. Es cierto que después quisieron retirar el certificado de confesión y que el clero de Saint-Jean declaró la nulidad de la absolución porque había sido otorgada *inconsideradamente*. Se trata de una cuestión de conciencia que no nos encargaremos de resolver. De ahí resulta la muy justa reflexión, hecha por el público, de que quienes reciben la absolución antes de morir no pueden saber si es válida o no, pues con las mejores intenciones un sacerdote puede otorgarla de manera inconsiderada. Por lo tanto, el clero se negó obstinadamente a recibir el cuerpo en la iglesia, ya que el señor Renaud no había querido retractarse de ninguna de las convicciones que tanto lo habían consolado y que le permitieron soportar con resignación las pruebas de la vida.

Por un sentimiento de decoro, que se apreciará, y debido a las personas que nos veríamos obligados a mencionar, guardaremos silencio respecto de las lamentables maniobras que se intentaron, de las mentiras que se dijeron para provocar el desorden en esa circunstancia. Nos limitaremos a señalar que fueron completamente frustradas por el buen sentido y la prudencia de los espíritas, que en tal sentido recibieron demostraciones de benevolencia por parte de la autoridad. Todos los jefes de los grupos habían recomendado que no se respondiera a ninguna provocación.

Ante la negativa del clero para que se le concedieran las plegarias de la Iglesia, el cuerpo fue trasladado directamente de la casa al cementerio, seguido por casi mil personas, entre las cuales se encontraban unas cincuenta mujeres y niñas, lo cual no es habitual en Lyon. Sobre la tumba, uno de los asistentes leyó una plegaria de circunstancias, y todos la escucharon con la cabeza descubierta y un recogimiento religioso.

Luego, la multitud silenciosa se retiró y todo concluyó, como había comenzado, en el más absoluto orden.

Como contraste, diremos que nuestro excolega, el señor Sanson, recibió todos los sacramentos antes de morir. Llevaron el cuerpo a la iglesia, y un sacerdote lo acompañó al cementerio, aun cuando previamente el señor Sanson había declarado de manera formal que era espírita y que no renegaría de ninguna de sus convicciones. “—Sin embargo —le dijo el sacerdote—, si yo introdujera esta condición en mi absolución, ¿qué haríais?” “—Lo lamentaría —respondió el señor Sanson—, pero persistiría, porque vuestra absolución no valdría nada.” “—¿Qué queréis decir? ¿Entonces no creéis en la eficacia de la absolución?” “—Sí, pero no creo en la virtud de una absolución recibida por hipocresía. Escuchadme: el espiritismo no solo es para mí una creencia, un artículo de fe, sino un hecho tan evidente como la vida. ¿Cómo pretendéis que niegue un hecho que me ha sido demostrado como el día que nos ilumina, y al que debo la curación milagrosa de mi pierna? Si lo hiciera, sería con los labios y no de corazón; sería un juramento en falso, de modo que daríais la absolución a un perjurio. Digo que esa absolución no valdría nada, porque la daríais para cumplir con la forma y no por el fondo. Por eso preferiría prescindir de ella.” “—Hijo mío —respondió el sacerdote—, eres más cristiano que muchos de los que dicen serlo.”

Estas palabras las recibimos del propio señor Sanson.

Dado que circunstancias similares a las del señor Renaud pueden surgir en distintos lugares, esperamos que todos los espíritas sigan el ejemplo de los de Lyon, y que en ningún caso se aparten de la moderación que es una de las consecuencias de los principios de la doctrina, así como la mejor respuesta

a sus detractores, que solo buscan pretextos para motivar sus ataques.

El señor Renaud, evocado en el grupo central de Lyon, treinta y seis horas después de su muerte, dio la siguiente comunicación:

“Todavía me cuesta un poco comunicarme y, si bien aquí veo rostros amigos y corazones afectuosos, me siento casi avergonzado; o mejor dicho, mi pensamiento se encuentra un poco inmaduro. ¡Oh! Señora B..., ¡qué diferencia y cuántos cambios en mi situación! Muchas gracias por vuestro cariño constante. Gracias, señora V..., por vuestras agradables visitas, por vuestra acogida.

”Me preguntáis y queréis saber qué me ocurrió a partir de ayer. Comencé a desprenderme del cuerpo hacia la mañana; parecía que me evaporaba; sentía que la sangre se coagulaba en mis venas, y pensé que me iba a desmayar. Perdí poco a poco la percepción de las ideas, y me quedé dormido con cierto dolor compresivo. Después, me desperté, y entonces vi alrededor mío Espíritus que me acompañaban, que me celebraban. Ahí estaba un poco confuso: no podía distinguir bien entre los muertos y los vivos; lágrimas y alegrías turbaron un poco mi mente, y de todas partes oía que me llamaban, como todavía me llaman en este momento. Así es, agradezco a los verdaderos amigos que me han protegido, que me evocaron y me animaron en este duro pasaje, porque en el desprendimiento se sufre, y no sin un dolor bastante intenso el Espíritu deja el cuerpo. Gracias a ellos comprendo el grito de la llegada, y me explico el suspiro de la partida. Ya me han evocado varias veces, y luego quedo cansado como alguien que pasó la noche viajando.

”Antes de irme, ¿me permitiríais volver y estrechar la mano de todos vosotros?”

G. RENAUD

El señor Renaud fue evocado en la Sociedad de París; la falta de espacio nos obliga a posponer la publicación de su mensaje.

Respuesta de la Sociedad espírita de París acerca de las cuestiones religiosas

(Resumen del acta de la sesión del 13 de febrero de 1863.)

Se da a conocer una carta remitida al señor Allan Kardec, desde Tonnay-Charente (Charente-Inférieure), en la que constan las respuestas dictadas a un médium de esa ciudad acerca de las más delicadas preguntas sobre los dogmas de la Iglesia. Esas preguntas, dirigidas al Espíritu de *Jesús, hijo de Dios*, quien fuera evocado a tal efecto, son las siguientes:

- 1.º El infierno, ¿es eterno?
- 2.º ¿Tendríais a bien poner al alcance de mi inteligencia la explicación que os solicité sobre la *Cena* que precedió a vuestra Pasión?
- 3.º ¿Por qué se cumplió vuestra Pasión?
- 4.º ¿Qué debo pensar acerca de la comunión? ¿Estáis presente en la hostia, Jesús mío?
- 5.º El poder temporal, ¿qué tiene en común con el poder espiritual, para que no pueda ser separado de él?

6.º ¿Qué tiene de tan valioso el amor, para que se encuentre en el corazón de todos los hombres?

7.º ¿Qué es la historia sagrada, y quién la hizo?

8.º ¿Qué se quiere decir con estas palabras: historia sagrada?

El autor de la carta solicita que la Sociedad se pronuncie, en una sesión solemne, acerca del valor de las respuestas que obtuvo, así como de la autenticidad del nombre del Espíritu que las brindó.

El comité, después de examinar la cuestión, propone la siguiente resolución, que es leída a la Sociedad, la cual la aprueba calurosamente por unanimidad, y solicita que se la publique en la *Revista espírita*, para la instrucción de todo el mundo y para que se comprenda la inutilidad de formular preguntas acerca de esos temas en el futuro.

Si el autor se hubiera limitado a la primera pregunta, nos habría bastado con remitirlo a *El libro de los Espíritus*, donde se trata la cuestión. Por otra parte, la pregunta está mal formulada, pues no sabemos si se refiere a la eternidad de un lugar de expiación, o a la de las penas infligidas a cada individuo.

**Decisión tomada por la Sociedad espírita de París
acerca de las preguntas formuladas por el señor ...,
de Tonnay-Charente,
en la sesión del 13 de febrero de 1863.**

La Sociedad espírita de París, después de haber tomado conocimiento de la carta del señor ..., y de las preguntas acerca de las cuales él desea que esta Sociedad se pronuncie en una sesión solemne, se considera en la obligación de recordar al autor de esa carta que el objetivo esencial del espiritismo radica en la destrucción de las ideas materialistas y en el adelanto

moral del hombre; que el espiritismo no se ocupa en absoluto de discutir los dogmas particulares de cada culto, pues somete la valoración de estos a la conciencia de cada uno; que ese objetivo se ignoraría en caso de que se convirtiera al espiritismo en el instrumento de una controversia religiosa, cuyo efecto sería perpetuar un antagonismo al que esa doctrina tiende a eliminar, pues invita a todos los hombres a levantar la bandera de la caridad y a considerar a sus pares tan solo como hermanos, sean cuales fueren sus creencias. Si en algunas religiones existen dogmas controvertibles, debemos dejar que el tiempo y el progreso de las luces se ocupen de su purificación; el peligro de los errores que esos dogmas puedan contener, desaparecerá a medida que los hombres hagan del principio de la caridad la base de su conducta. Por consiguiente, el deber de los verdaderos espíritas, de los que comprenden el objetivo providencial de la doctrina, es, ante todo, dedicarse a combatir la incredulidad y el egoísmo, que son las verdaderas llagas de la humanidad, y a que prevalezca, tanto con el ejemplo como con la teoría, el sentimiento de la caridad, que debe ser la base de toda religión racional, así como servir de guía en las reformas sociales. Las cuestiones de fondo deben prevalecer ante las cuestiones de forma; ahora bien, el objetivo de las cuestiones de fondo radica en mejorar a los hombres, dado que cualquier progreso social o de otro tipo solo puede ser la consecuencia del mejoramiento de las masas. A eso tiende el espiritismo, y con eso prepara el camino para todos los géneros de progreso moral. Pretender actuar de otra manera, implica comenzar un edificio por el techo antes de poner sus cimientos; implica sembrar la tierra antes de haberla roturado.

En aplicación de los principios expuestos, la Sociedad espírita de París ha prohibido en su reglamento toda cuestión

de controversias religiosas, de política y de economía social, y no cederá a ninguna incitación que tienda a desviarla de esa línea de conducta.

Por estos motivos, esta Sociedad no puede expresar, ni oficial ni oficiosamente, opiniones sobre el valor de las respuestas dictadas al médium del señor ..., dado que esas respuestas son esencialmente dogmáticas, e incluso políticas, y menos aún convertirlas en objeto de una discusión solemne, conforme lo solicita el autor de la carta.

En cuanto al libro que habrá de tratar acerca de esas cuestiones, y cuya publicación es prescripta por el Espíritu que lo dictó, esta Sociedad no duda en declarar que consideraría esa publicación inoportuna y peligrosa, pues no haría más que proporcionar armas a los enemigos del espiritismo. Por consiguiente, creería que es su deber desaprobalo, como desaprobaba cualquier publicación que permita falsear la opinión acerca del objetivo y las tendencias de la doctrina.

En lo referido a la naturaleza del Espíritu que ha dictado esas comunicaciones, esta Sociedad considera necesario recordar que el nombre adoptado por un Espíritu nunca es una garantía de su identidad; que no corresponde ver una prueba de su superioridad en algunas ideas correctas que podría llegar a emitir, toda vez que junto con esas ideas hubiera otras falsas. Los Espíritus verdaderamente superiores son lógicos y consecuentes en todo lo que dicen; ahora bien, este no es el caso del Espíritu que nos ocupa; su pretensión de creer que la consecuencia de ese libro será comprometer al gobierno para que modifique algunos aspectos de su política, bastaría para poner en duda su elevación y, más aún, el nombre que adopta, porque eso no es racional. Su insuficiencia se nota también en otros dos hechos no menos característicos.

El primero consiste en que es completamente falso que el señor Allan Kardec haya recibido la misión –como pretende ese Espíritu– de examinar y publicar el libro en cuestión. Si tiene la misión de examinarlo, solo puede ser para que señale sus inconvenientes y combata su publicación.

El segundo hecho radica en la forma en que el Espíritu exalta la misión del médium, cosa que los Espíritus buenos nunca hacen, y que, por el contrario, sí hacen los que pretenden imponerse captando la confianza por medio de algunas palabras hermosas, con cuyo auxilio esperan hacer que se acepte el resto.

En resumen, es evidente para esta Sociedad que el nombre con que se adorna el Espíritu, que dice ser el Cristo, es apócrifo. Asimismo, esta Sociedad considera que debe instar al autor de la carta, así como a su médium, a que no se hagan ilusiones respecto de esas comunicaciones, y a que se limiten al objetivo esencial del espiritismo.

François-Simon Louvet, de El Havre¹³

La siguiente comunicación fue transmitida espontáneamente en una reunión espírita de El Havre, el 12 de febrero de 1863:

¡Tened piedad de un pobre miserable que hace mucho tiempo sufre crueles torturas! ¡Oh!, el vacío... el espacio... caigo, caigo... ¡Socorro...! ¡Dios mío, tuve una vida tan mi-

13. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Capítulo V. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

serable...! Era un pobre diablo. ¡Cuánto hambre sufrí en mi vejez! Por eso me habitué a beber, y todo me daba asco y vergüenza... Quise morir y me arrojé... ¡Oh, mi Dios! ¡Qué momento...! ¿Para qué semejante deseo, cuando el término de la vida estaba tan cerca? Orad para que yo no vea sin cesar un vacío debajo de mí... ¡Voy a despedazarme contra esas piedras...! Os lo suplico, a vosotros que conocéis las miserias de los que ya no pertenecen a ese mundo. No me conocéis, pero sufro tanto... ¿Por qué más pruebas? ¡Sufro! ¿Eso no es suficiente? Si tuviese hambre —en lugar de este sufrimiento más terrible, aunque invisible para vosotros—, no vacilaríais en aliviarme con un pedazo de pan. Así pues, os ruego que oréis por mí... No puedo permanecer más tiempo en este estado... Preguntad a cualquiera de esos dichosos que están aquí, y sabréis quién fui yo. Orad por mí.

FRANÇOIS-SIMON LOUVET

Inmediatamente después de esta comunicación, el Espíritu protector de la médium dijo: “Ese que acaba de dirigirse a vos, hijo mío, es un pobre desdichado que sufrió en la Tierra la prueba de la miseria, pero fue superado por el hastío. Le faltó coraje, y en vez de mirar hacia el Cielo, como debía haber hecho, el infeliz se entregó a la embriaguez. Descendió hasta los últimos límites de la desesperación, y puso término a su penosa prueba arrojándose de la torre Francisco I, el 22 de julio de 1857. Tened piedad de su pobre alma, que no es adelantada, pero que tiene conocimiento suficiente de la vida futura para sufrir y desear una nueva prueba. Rogad a Dios que le conceda esa gracia, y con eso habréis hecho una obra meritoria. Me alegro de veros reunidos, mis queridos hijos; estoy con voso-

tros cuando os reunís de este modo. Siempre estoy dispuesto a impartiros mis enseñanzas; si un Espíritu bueno no pudiera comunicarse con vosotros por falta de vínculos físicos, yo sería su intermediario; pero estáis rodeados de Espíritus buenos, y yo permito que os instruyan. Continuad en el camino del Señor y seréis bendecidos. Tened paciencia en las pruebas, no dejéis que la ingratitud de los hombres os impida hacer el bien. Pronto los hombres serán mejores y los tiempos están cerca. Adiós, amados míos, os sigo en vuestras penas tanto como en vuestras alegrías. La paz sea con vosotros”.

Tu Espíritu protector.

Cuando se buscaban informaciones al respecto, se halló en el *Journal du Havre*, del 23 de julio de 1857, la siguiente noticia:

“Ayer, a las cuatro de la tarde, quienes transitaban por los muelles recibieron una dolorosa impresión, causada por un horrible accidente: un hombre se arrojó desde la torre, y fue a despedazarse sobre las piedras. Era un viejo que se encargaba de remolcar embarcaciones, cuya inclinación a la embriaguez lo arrastró al suicidio. Se llamaba François-Victor-Simon Louvet. El cuerpo fue trasladado a la casa de una de sus hijas, en la calle de la Corderie. Tenía sesenta y siete años.”

Observación: Un incrédulo, a quien se le presentó este hecho mediúmnico como prueba de la realidad de las comunicaciones de ultratumba, respondió: “Pero quién sabe si la médium no conocía el *Journal du Havre*, y si no construyó su novela sobre esa anécdota”. El engaño —como vemos— es siempre el último refugio de los negadores cuando no pueden comprender un hecho cuya evidencia material no puede

ponerse en duda. Con ellos, ni siquiera basta con mostrarles que no tenemos nada en las manos, nada en los bolsillos, porque –según dicen– los prestidigitadores hacen lo mismo y, sin embargo, desafían la perspicacia del observador.

Ante esto, por nuestra parte, preguntaremos ¿qué interés podía tener la médium en representar una farsa? Ni siquiera podemos suponer aquí un interés de amor propio por algo que ocurre en la intimidad de la familia, toda vez que solo se engañaría a sí misma y a los suyos. Además, cuando alguien quiere divertirse, no aborda temas de esta naturaleza, que son muy poco recreativos, y no es admisible que una joven piadosa mezcle el nombre de Dios con una broma grosera. El desinterés absoluto y la honorabilidad de la persona son las mejores garantías de sinceridad, así como la respuesta más perentoria que se puede dar en tal caso.

Por otra parte, destacaremos el castigo infligido a este suicida. Si bien ese hombre murió hace seis años, aún ve y siente que se cae de la torre y se despedaza sobre las piedras. Lo aterra el vacío que tiene delante... ¡Y eso desde hace seis años! ¿Cuánto tiempo durará ese estado? Él lo ignora, y esa incertidumbre acrecienta su angustia. ¿No es eso equivalente al Infierno con sus llamas? ¿Quién nos reveló esos castigos? ¿Los inventamos nosotros? No; son las propias víctimas las que vienen a describirlos, así como otros se acercan para hablar de sus goces.

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

Clara Rivier¹⁴

(Sociedad espírita de París, 23 de enero de 1863.

Médium: señor Leymarie.)

El Sr. J... médico en... (Gard), nos transmite el siguiente hecho:

“Una familia de labradores, vecinos de mi campo, tenía una niña de diez años, llamada Clara, que hacía cuatro años estaba gravemente enferma. Durante toda su vida nunca pronunció un solo lamento, ni demostró la más leve señal de impaciencia. Aunque carecía de instrucción, brindaba consuelo a su afligida familia conversando con ellos acerca de la vida futura y la dicha que allí habría de encontrar. Murió en septiembre de 1862, después de cuatro días de tormentos y convulsiones, durante los cuales no cesó de orar a Dios. “No temo a la muerte –decía ella–, porque después me está reservada una vida de felicidad.” A su padre, que lloraba, le decía: “Consuélate, pues vendré a visitarte. Mi hora se aproxima, lo presiento; pero cuando llegue, lo sabré y te avisaré con anticipación”. En efecto, cuando estaba cercano el momento fatal, llamó a los suyos y les dijo: “No me quedan más que cinco minutos de vida, dadme vuestras manos”. Y expiró, tal como lo había anunciado.

”A partir de entonces, un Espíritu golpeador se instaló de visita en la casa de la familia Rivier: rompía objetos y golpeaba la mesa como si tuviera una maza; agitaba las sábanas y las cortinas, desordenaba la vajilla y jugaba a la petanca en la bu-

14. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Segunda parte, Capítulo VIII. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

hardilla. Este Espíritu se presentaba con la forma de Clara ante su pequeña hermana, que tenía apenas cinco años. Según esta niña, su hermana le había hablado en varias oportunidades, y lo que excluye cualquier sentimiento de incertidumbre al respecto es que esas apariciones la llevaban a dar gritos de alegría, o a lamentarse en caso de que el Espíritu no hiciera de inmediato lo que ella quería, es decir, que apagara el fuego y todas las luces de la habitación donde ocurría la visión, mientras la niña no dejaba de exclamar: “¡Vean qué bonita está Clara!”

”El señor Rivier quiso saber lo que Clara deseaba, de modo que ella le pidió que le devolvieran el cabello que le habían cortado, según la costumbre del lugar. No obstante, aunque los padres la complacieron llevando su cabello a la tumba, el Espíritu continuó con sus visitas y su alboroto, del que yo mismo fui testigo, al tal punto que los vecinos y los amigos quedaron asombrados ante el fenómeno. Entonces, reprendí a los padres, preguntándoles si no tenían nada que reprocharse respecto de nadie, o si no había cometido alguna acción desleal, pues era probable que el Espíritu los atormentara mientras no hubieran reparado sus faltas, y les aconsejé que consideraran esto seriamente.

”Durante diez días, en los que me vi obligado ausentarme, la obsesión adquirió un carácter más violento, a tal punto que Rivier tuvo que soportar luchas cuerpo a cuerpo y fue derribado. El miedo se apoderó de estos infortunados, de modo que acudieron a consultar a un médium, que les aconsejó dar una limosna general a todos los pobres de la región, limosna que duró dos días. Os haré saber el resultado; entretanto, me agradecería recibir vuestros consejos sobre este tema”.

1. Evocación de Clara Rivier.

R. Estoy junto a vosotros, dispuesta a responder.

2. Antes de vuestra muerte, ¿de dónde os venían, dado que erais tan joven y sin instrucción, las ideas elevadas que expresabais sobre la vida futura?

R. Del escaso tiempo que debía pasar en vuestro globo, así como de mi encarnación precedente. Cuando dejé la Tierra era médium, y soy médium al volver entre vosotros. Era una predestinación; sentía y veía lo que manifestaba.

3. ¿Cómo se explica que una niña de vuestra edad no haya dado un solo gemido durante esos cuatro años de sufrimiento?

R. Porque el sufrimiento físico era dominado por una fuerza mayor, la de mi ángel de la guarda, a quien veía continuamente cerca de mí. Él sabía aliviar todos mis dolores; hacía que mi voluntad fuese más fuerte que el dolor.

4. ¿Cómo se os previno acerca del instante de vuestra muerte?

R. Mi ángel de la guarda me lo avisaba. Nunca me ha engañado.

5. Habéis manifestado a vuestro padre: “Consuélate, vendré a visitarte”. ¿Cómo es posible que, animada por tan buenos sentimientos hacia vuestros padres, vinierais a atormentarlos después de vuestra muerte, haciendo alboroto en su casa?

R. Sin duda he tenido una prueba, o mejor dicho, una misión que cumplir. Si vuelvo para ver a mis padres, ¿suponéis que eso no tiene un sentido? Los ruidos, la perturbación, los inconvenientes causados por mi presencia son un llamado de atención. Para eso recibo el auxilio de otros Espíritus cuya turbulencia tiene una finalidad, como yo tengo la mía para dejarme ver por mi hermana. Gracias a nosotros van a surgir muchas convicciones. Mis padres debían sufrir una prueba,

que pronto concluirá, pero sólo después de haber transmitido la convicción a una cantidad de personas.

6. Entonces, ¿no sois vos en persona quien causa esas perturbaciones?

R. Me ayudan otros Espíritus, que colaboran en la prueba reservada a mis queridos padres.

7. ¿Cómo se explica que vuestra hermana os haya reconocido si no sois vos quien produce las manifestaciones?

R. Mi hermana solamente me ha visto a mí. Ella ahora dispone de doble vista, y no será la última vez que habré de hacerme presente para consolarla e infundirle valor.

8. La limosna general que recomendasteis a vuestros padres, causará el efecto de poner fin a esta obsesión?

R. La obsesión terminará cuando llegue el momento adecuado para eso. No obstante, creedme que la plegaria y la fe aportan una gran fuerza para dominar la obsesión. La limosna es de por sí una plegaria; sirve para consolar, y de ese modo nos ayuda a llevar la convicción a muchos corazones. Mediante la fe, debemos levantar y salvar a una población entera. ¡Qué importa si los enemigos del espiritismo gritan que se trata del demonio! Ese grito siempre impulsó a que se lo conociera, y por cada uno que cede, hay cien a quienes la curiosidad impulsa a estudiarlo. La obsesión y la subyugación son, por cierto, pruebas para quien las sufre, pero al mismo tiempo son un camino abierto a las nuevas convicciones. Estos hechos obligan a que se hable de los Espíritus, cuya existencia no se puede negar al ver lo que ellos hacen.

Observación. Parece evidente que, en estas circunstancias, la limosna recomendada al matrimonio Rivier era una prueba para ellos, más o menos provechosa según la forma en que la

realizaran, a la vez que un medio para llamar la atención de una mayor cantidad de personas sobre estos fenómenos. Es una manera de demostrar que el espiritismo no es obra del demonio, ya que aconseja el bien y la caridad para combatir precisamente a aquellos a los que se denomina demonios. ¿Qué pueden los adversarios del espiritismo contra manifestaciones de ese tipo? Pueden prohibir que se llame a los Espíritus, pero no pueden impedir que los Espíritus vengan, y la prueba de esto radica en que esas manifestaciones se producen en las mismas casas donde por cierto nadie intenta provocarlas, y que, por su reputación de santidad, al parecer deberían desafiarlas, en caso de que se tratara del diablo. Contra los hechos no hay oposición ni negación que prevalezca, de lo cual debemos concluir que el espiritismo debe seguir su curso.

9. ¿Por qué desde tan pequeña habéis sido afligida por tantas enfermedades?

R. Tenía faltas anteriores que expiar. Había abusado de la salud y de la brillante posición de que gozaba en mi encarnación precedente. Entonces Dios me dijo: “Has gozado intensamente: sufrirás del mismo modo. Fuiste orgullosa: serás humilde. Estabas envanecida de tu belleza: serás reducida a la nada. En vez de la vanidad, te esforzarás por cultivar la caridad y el amor”. He cumplido según la voluntad de Dios, con la ayuda de mi ángel de la guarda.

10. ¿Quisierais manifestar algo a vuestros padres?

R. A pedido de un médium, mis padres han hecho mucha caridad. Estaban decididos a no orar sólo con los labios, pues es necesario hacerlo con la mano y con el corazón. Dar a los que sufren es orar, es ser espírita.

Dios ha dado el libre albedrío a todas las almas, es decir, les ha dado la facultad de progresar. A todos les ha transmitido la misma aspiración, y a eso se debe que los harapos estén más cerca de los trajes bordados con oro de lo que generalmente se supone. Por consiguiente, acortad las distancias con la caridad; introducid al pobre en vuestra casa; infundidle ánimo, elevadlo sin causarle humillación. Si en todas partes se supiera practicar esa ley fundamental de la conciencia no habría, en determinadas épocas, esas terribles miserias que constituyen la deshonra de los pueblos civilizados, a las que Dios envía para castigarlos y abrirles los ojos.

Queridos padres, orad a Dios; amaos; practicad la ley de Cristo. No hagáis a los otros lo que no quisierais que se os hiciera. Implorad a Dios que os ponga a prueba, para demostraros que su voluntad es sublime y poderosa como Él. Preparaos para el porvenir, armados de valor y perseverancia, porque todavía seréis convocados a sufrir. Es necesario hacerse merecedor de una buena posición en un mundo mejor, donde la comprensión de la justicia divina se transforma en castigo para los Espíritus malvados.

Siempre estaré a vuestro lado, queridos padres. Adiós, o mejor dicho, hasta pronto. Sed resignados, practicad la caridad y el amor a los semejantes, y llegará el día en que seréis dichosos.

CLARA

Observación. He aquí un hermoso pensamiento: “Los harapos están más cerca de los trajes bordados con oro de lo que se supone”. Es una alusión a los Espíritus que, de una existencia a otra, pasan de una posición brillante a otra humilde o

miserable, pues muchas veces expían en un medio muy bajo el abuso de los dones que Dios les había concedido. Se trata de una justicia que todos comprenden.

Otro pensamiento no menos profundo es el que atribuye las calamidades de los pueblos a la infracción de la ley de Dios, puesto que Dios castiga a los pueblos del mismo modo que a los individuos. Es verdad que si practicasen la ley de caridad no habría guerras ni grandes penurias. El espiritismo conduce a la práctica de esa ley. ¿Será por eso que encuentra enemigos tan obstinados? ¿Acaso las palabras de esa jovencita a sus padres son las de un demonio?

Fotografía de los Espíritus

El *Courrier du Bas-Rhin*, del sábado 3 de enero de 1863 (parte alemana), contiene el siguiente artículo, con el título *Fotografía espectral*:

“Los americanos, que nos sacan ventaja en muchos aspectos, sin duda nos superan en el arte de la fotografía y en la evocación de los Espíritus. En Boston, actualmente, los médiums no solo llaman a los difuntos, sino que estos también son fotografiados. Este maravilloso descubrimiento se lo debemos a un tal señor William Mumler, de Boston.

” ‘Hace un tiempo —cuenta él mismo—, experimentaba en mi laboratorio con un nuevo aparato fotográfico, tomando una fotografía de mí mismo. De repente, sentí cierta presión en mi brazo derecho, y un cansancio generalizado en todo el cuerpo. Pero ¿quién podría describir mi asombro cuando vi

mi retrato reproducido y, a la derecha de mi imagen, encontré la imagen de una segunda persona, que no era otra sino mi prima difunta? El parecido del retrato, según quienes conocieron a esta dama, no deja nada que desear.’

”El resultado es que el Sr. Mumler, desde entonces, no solo ofrece a sus clientes sesiones espiritualistas, sino también fotografías de difuntos evocados. Por lo general, los retratos son un poco borrosos y oscuros, y resulta bastante difícil reconocer los rasgos, lo cual no impide que los ilustrados habitantes de Boston los declaren verdaderos, auténticos. ¡Quién miraría tan de cerca imágenes espectrales!”

Un descubrimiento como ese, si fuera real, sin duda tendría consecuencias inmensas, y sería uno de los hechos de manifestaciones más notables. No obstante, recomendamos que se lo acepte con una prudente reserva. Los americanos, que —según el autor— nos sacan ventaja en tantas cosas, nos han enseñado que también se nos adelantaron mucho en la invención de patrañas.

Para quien conoce las propiedades del periespíritu, ese hecho, a primera vista, no parece materialmente imposible. Dado que surgen tantas cosas extraordinarias, no deberíamos sorprendernos de nada. Los Espíritus nos anunciaron manifestaciones de un nuevo orden, aún más sorprendentes que las que hemos visto, y no cabe duda de que esta formaría parte de ellas. Sin embargo, reiteramos que, mientras no se obtenga una comprobación más auténtica que el relato de un periódico, es prudente mantener la duda. Si el hecho es auténtico, se tornará común. Mientras tanto, hay que abstenerse de dar crédito a esos relatos maravillosos, que hasta los enemigos del espiritismo se complacen en difundir para ridiculizarlo, como hacen también quienes los aceptan con demasiada facilidad. Es necesario, además,

observar más de dos veces antes de atribuir a los Espíritus todos los fenómenos insólitos que no podemos explicar. Un examen atento revela, la mayoría de las veces, una causa absolutamente material que no habíamos notado. Esta es una recomendación expresa que hacemos en *El libro de los médiums*.

En apoyo de lo que acabamos de decir, y a propósito de la fotografía espírita, citaremos el siguiente artículo, extraído de *La Patrie* del 23 de febrero de 1863. Nos advierte respecto de los juicios apresurados.

“Un joven lord, que lleva uno de los nombres más antiguos e ilustres de la cámara alta, y cuyo apasionado gusto por la fotografía provee de importantes y afortunados logros a este arte, que tal vez sea una ciencia más que un arte; un joven lord —digo—, acababa de perder a su hermana, a la que amaba con inmensa ternura. Con el corazón herido, e inmerso en el profundo desánimo que con demasiada frecuencia produce el dolor, dejó allí sus aparatos fotográficos, abandonó Inglaterra, para realizar un largo viaje por el continente, y solo regresó a su residencia, casi real, de Lancashire, tras una ausencia de casi cuatro años.

”Su desesperación, como ocurre habitualmente, había pasado del estado agudo al estado crónico, es decir, que, sin que hubiera perdido su intensidad, había perdido su violencia, y poco a poco se transformó en una sombría resignación.

”Cuando los que sufren buscan consuelo, primero recurren a Dios, y luego al trabajo. Por lo tanto, el joven lord retomó poco a poco el camino a su laboratorio, y volvió a sus aparatos de fotografía.

”En una especie de transacción con su dolor, la primera imagen que pensó en obtener fue el interior de la capilla

donde reposaban los restos mortales de su hermana. Una vez obtenido el negativo, regresó al laboratorio, sometió la placa de vidrio a los preparativos habituales, y expuso el cliché a la luz para obtener una prueba.

”Al observar esa prueba, casi se desmaya. El interior de la capilla había *surgido* diseñado con gran nitidez, pero la cabeza de la joven difunta aparecía vagamente en la parte menos iluminada de la fotografía. Se distinguían perfectamente sus rasgos suaves y encantadores, e incluso los largos drapados de su vestido. No obstante, a través de esos drapados se revelaban nítidamente hasta los más mínimos detalles de la capilla.

”El primer impulso del lord fue creer en una aparición, pero enseguida sonrió con tristeza y meneó la cabeza. En efecto, recordaba que unos años antes, sobre esa misma placa de vidrio, había hecho un retrato fotográfico de su hermana. Como había salido mal, lo había borrado, pero no del todo sin duda, ya que sus vagos contornos se confundían ahora con la nueva imagen impresa en la placa.

”En Inglaterra, algunos artistas explotan esta singular aplicación de la fotografía; fabrican y venden imágenes dobles cuyos extraños acoplamientos producen efectos raros o agradables. Nos han mostrado, entre otras cosas, un castillo en ruinas, cuya imagen transparentaba el parque, la fachada y las torres de ese mismo castillo, pero tal como debían de haber sido antes de su destrucción.

”También hacen retratos de ancianos, a través de los cuales se ven sus rostros tal como eran en los más bellos tiempos de su juventud.”

VARIEDADES

El periódico *Akhbar*, de Argel, del 10 de febrero de 1863, contiene el siguiente artículo:

“El señor obispo de Argel acaba de publicar, con motivo de la Cuaresma de 1863, una instrucción pastoral que se refiere al *espiritismo*, ese importante asunto de actualidad, acerca del cual el clero de África había guardado silencio hasta ahora. Aquí están los pasajes relacionados con eso:

“ ‘El demonio es quien dicta a filósofos renombrados esas doctrinas malsanas de dos principios iguales, el bien y el mal, que gobiernan con la misma autoridad, pero en sentido opuesto: el espíritu y materia; del materialismo, que relaciona todo con el cuerpo y no reconoce nada más después de la tumba; del escepticismo, que duda de todo; del fatalismo, que todo lo excusa al negar la libertad y la responsabilidad humanas; de la metempsicosis, la magia y la *evocación de los Espíritus*, tristes y vergonzosos sistemas que algunas inteligencias descarriadas pretenden resucitar en nuestros días...’ (Página 21.)

” ‘¡Qué historia lamentable no se escribiría sobre las empresas diabólicas, que datan del cenáculo, a partir de la sinagoga y los malabarismos de Simón el mago, para llegar, a través de las persecuciones, los cismas, las herejías y las incredulidades de todo tipo, al *espiritismo* actual, tan neciamente copiado de un paganismo anterior a Moisés y por él correctamente reprobado como abominación ante Dios!’ (Página 24.)

”Quienes gustan de escuchar a ambas partes, respecto de cualquier cuestión en litigio, en este caso pueden hacerlo con toda facilidad, porque el *espiritismo* teórico y práctico se encuentra ampliamente explicado en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, dos obras que se consiguen en to-

das las librerías en Argel. Incluso, si queréis ampliar vuestros estudios, podéis agregar a esa pequeña biblioteca la *Revista espírita*, de Allan Kardec. Consideramos que esta es la mejor manera de comprobar si el espiritismo es, en efecto, una obra del demonio; o si, por el contrario, se trata de una revelación con una nueva forma, como afirman sus adeptos”.

ARIEL

* * *

El señor Home visitó París, donde permaneció solo unos días. Desde diversos lugares nos piden información acerca de los extraordinarios fenómenos que habría producido ante augustos personajes, y que algunos periódicos refirieron vagamente. Dado que esos hechos transcurrieron en la intimidad, no nos corresponde revelar lo que no tiene carácter oficial, y menos aún involucrar determinados nombres. Apenas diremos que los detractores han aprovechado esta circunstancia, como tantas otras, para intentar ridiculizar al espiritismo con historias absurdas, sin respeto hacia las personas ni las cosas. Añadiremos que la estadía del señor Home en París, así como la calidad de las casas donde fue recibido, constituyen un desmentido formal de las infames calumnias según las cuales habría sido expulsado de París, al igual que hace un tiempo —en el que se mantuvo ausente— hicieron correr el rumor de que, por graves motivos, se hallaba preso en Mazas, toda vez que por razones de salud se encontraba tranquilamente en Nápoles. ¡Calumnias! ¡Siempre calumnias! Ya es hora de que los Espíritus acudan a la Tierra para depurarla.

Remitimos a nuestros lectores a los artículos detallados que hemos publicado, acerca del señor Home y sus manifestaciones, en los números de febrero, marzo y abril de 1858 de la *Revista espírita*.

* * *

Un artículo publicado en *Le Monde Illustré* sobre los denominados médiums americanos, el señor y la señora Girroodd, también generó varios pedidos de información. No tenemos nada que añadir a lo que hemos dicho sobre ese tema en el número de febrero de la *Revista espírita* de 1862, página 52, excepto que nosotros mismos hemos visto, así como se ven en Robert Houdin, fenómenos no menos inexplicables en caso de que no se conozca el truco. Ningún espírita o magnetizador, que conozca las condiciones normales en que ocurren los fenómenos, puede tomar en serio estas cosas, ni perder el tiempo en discutir las seriamente.

Algunos adversarios torpes quisieron aprovechar estos malabarismos contra los fenómenos espíritas, al afirmar que, si esos fenómenos pueden ser imitados, eso se debe a que no existen, y que todos los médiums —comenzando por el señor Home— son hábiles prestidigitadores. No se dan cuenta de que proveen de arman a la incredulidad, para que los ataque a ellos mismos, pues ese mismo argumento también podría utilizarse en contra de la mayoría de los milagros. Sin señalar lo ilógico de aquella conclusión, y sin volver a discutir esos fenómenos, diremos simplemente que entre los prestidigitadores y los médiums existe la misma diferencia que hay entre el lucro y el desinterés, entre la imitación y la realidad, entre las flores artificiales y las flores naturales. No podemos impedir que un

escamoteador se presente como médium, como tampoco que se presente como físico. No nos corresponde asumir la defensa de ninguna explotación de esa clase, y la dejamos librada a la crítica.

POESÍAS ESPÍRITAS

¿Por qué te quejas?

(Grupo espírita de Pau. Médium: señor T...)

Activo, inteligente y libre, al hombre Dios creó
convertido de su propio destino en arquitecto.
Para que pueda elegir, ante él dos senderos abrió:
uno va hacia el mal, y el otro es camino recto.
El primero de los dos es ameno en apariencia;
para seguirlo, ningún esfuerzo penoso hace falta:
sin estudio ni cuidados, vive en la indolencia,
y a sus brutales instintos da rienda suelta.
Eso es todo lo que necesita. – En cambio, el segundo
requiere constantes esfuerzos, un trabajo sostenido,
una búsqueda austera, un cuidado profundo
la razón iluminada y el instinto contenido.
El hombre, libre en su elección, puede tomar el primero:
pudrirse en la ignorancia y la inmoralidad;
no preferir el deber, sino la pasión, el vicio grosero,
no la razón, sino el instinto y a la brutalidad.
O puede, toda vez que preste un oído dócil
a la voz que le dice: “Para crecer fuiste hecho,

para progresar y no para quedarte inmóvil”,
y entrar en el segundo lleno de un noble deseo.
Entonces ve su destino, según lo que decide:
sombrió desplegado ante su loca visión,
o bien sonriente como la novia que sonrío
al hombre feliz al que entregó su corazón.
Si haces el mal, podrás en este mundo,
la riqueza adquirir, los títulos, los honores;
pero la tranquilidad del alma y ese gozo profundo,
que nace de santos deseos y alegría corazones,
huirá para siempre; y del remordimiento pungente
la voz te perseguirá en medio de los festines,
mezclando para arruinar con su nota hiriente
tus cantos de triunfo, tus estribillos afines.
Entonces, cuando llegue para ti la hora fatal,
cuando el Espíritu, libre del cuerpo que lo encerraba
ingrese nuevamente en la esfera moral.
donde la verdad brilla y el error se acaba,
donde el sofisma impuro y la cobarde hipocresía
no tienen acceso; donde todo es brillante,
el fantasma acusador de tu culpable vida
aparecerá frente a ti para seguirte en cualquier parte.
Tus crímenes se convertirán en tus verdugos; y tú,
poderoso,
te sentirás desnudo; rico, te verás miserable;
huirás atemorizado, como un ciervo tembloroso
que huye del cazador hacia su final implacable.
Quizás entonces, ebrio de orgullo e indolencia,
hacia Dios un grito blasfemo lanzarás,
culpándolo de tus males; pero tu conciencia
poderosa este otro vengador grito elevará:

“Ya no blasfemes, hombre, en tu demencia.
Cuando Dios te creó libre, activo, inteligente,
sólo para ti limitó en el mundo su potencia,
y te volvió artífice de tu propia suerte.
Tu voluntad basta para transformar en alegría
el dolor que sientes. Contempla, radiante,
al que del deber siguió la santa vía,
y para conquistar los Cielos siguió adelante.
Por el mismo esfuerzo, la misma recompensa
te espera. – Recapacita, pues. ¿Por qué te quejas?
De este Dios justo y bueno implora asistencia;
y el Cielo será tuyo, si oras, luchas y te esfuerzas”.

UN ESPÍRITU PROTECTOR

Observación. Pasamos por alto algunas irregularidades en la versificación, a favor de las ideas.

* * *

Madre e hijo

(Sociedad espírita de Burdeos, 6 de julio de 1862.
Médium: señor Ricard.)

En su cuna dormía un bello ángel,
todo rosa y blanco, al que entre canciones arrullaba
su joven madre, con dulce mirada de arcángel.
¡Ebria de amor, a ese niño velaba...!

¡Oh! ¡Qué hermoso es este hijo de mi ternura...!
Duerme, niño querido, tu madre está junto a ti...

¡Cuando despiertes, tus primeras dulzuras
y tus besos, amor, serán para mí...!

¡Oh! ¡Qué hermoso es...! Toma mi vida, Señor,
si quitarme a este niño tienes planeado...
¡Te lo ruego...! ¡Guárdamelo, Señor...!
“¡Mamá!”: ya su boca ha susurrado...

Esa dulce palabra... esa palabra que admiramos,
como en primavera un rayo de sol...
Esa palabra cuya grata armonía escuchamos
¡y a soñar con el Cielo nos lleva su amor...!

¡Oh! de sus brazos cuando estoy rodeada;
cuando en mi pecho siento del corazón los latidos,
soy dichosa, y mi alma embriagada
comparte la felicidad de los elegidos...

Es todo para mí... ¡Este niño es mi sueño!
Vivir para él... solo para él, es mi suerte.
La savia vigorizante de mi empeño
¡de esa cuna debe alejar la muerte...!

Pronto, Dios mío, por su madre amparado,
¡sus primeros pasos lo veré dar...!
¡Oh! dichoso día... día tan esperado...
¡Aún tengo miedo de no verte llegar!

E incluso otra vez, en mi dulce esperanza,
lo veo grande, honrado, virtuoso,

habiendo guardado de su tímida infancia
la pureza que lo tornará dichoso.

¡Oh! ¡Qué hermoso es...! Toma mi vida, Señor,
si quitarme a este niño tienes planeado...
¡Te lo ruego...! ¡Guárdamelo, Señor...!
“¡Mamá!”: ya su boca ha susurrado...

Pero tiene frío... ¡y su rostro empalideció!
¡Despierta, de mi corazón hijo amado!
Ven al pecho que la vida te dio...
¡Me estremezco y tengo miedo! ¡Está helado...!

¡Ah! ¡Está hecho! ¡Ya dejó de vivir!
¡Pobre de mí! ¡He perdido a mi hijo precioso!
Dios sin piedad... de rabia he de morir...
¡No eres un Dios justo y poderoso!

¿Qué te ha hecho este ángel de inocencia
para que le arrebatas mi amor...?
Abjuro aquí de toda santa creencia...
¡Y ante tus ojos moriré...! ¡Señor...!

.....

¡Madre...! ¡Soy yo...! Es mi alma robada
que el Eterno te envía de vuelta otra vez.
Renuncia, madre mía, a esa ira cegada;
Vuelve a Dios... ¡Te he traído la Fe...!

Inclínate ante el juicio que el Señor ha dictado.
Madre culpable, en un pasado lejano...

mataste al niño que a luz habías dado:
¡Dios te castiga...! ¡Humíllate bajo su mano!

Toma, toma este libro; aliviará tu pesar.
Los Espíritus han dictado este libro sagrado...
Si lo lees... ¡oh! madre, te puedo asegurar
¡que un día verás en el Cielo a tu hijo amado!

TU ÁNGEL DE LA GUARDA

Suscripción ruanesa

Monto de las suscripciones abonadas en la oficina de la *Revista espírita*, y publicadas en el número de febrero: (1491,40 francos.)

NUEVOS PAGOS HASTA EL 28 DE FEBRERO:

Sociedad espírita de París: fue incluida en la lista de febrero con 423 fr., y en esta con 317 fr. En total: 740 fr. (317,00 francos.)

Sociedades y grupos espíritas diversos.- Montreuil-sur-Mer: 74 fr. (incluido en la lista de febrero, pero no incluido en la adición, por error); Mescher-sur-Girond: 32,50 fr.; Carmaux (Tarn): 20 fr.; Monerat y Saint-Gemme (Tarn): 40 fr.; Chauny (Aisne): 40 fr.; Metz: 50 fr.; Burdeos (sociedad y grupos Roux y Petit): 70 fr.; Albi (Tarn): 20 fr.; Tours: 103,30 fr.; Angulema: 18 fr. (467,80 francos.)

Varios suscriptores (París): Sra. L...: 5 fr.; Hobach: 40 fr.; Nant y Breul (Passy): 100 fr.; Doit, 1 fr.; Aumont, librero (segundo pago): 5 fr.; Dufaux: 5 fr.; Mazaroz, 20 fr.; Queyras:

3fr.; X...: 25 fr.; doctor Houat: 20 fr.; Dufilleul, oficiales coraceros: 10 fr.; X... (Saint-Junien): 1 fr.; L. D...: 2 fr.; X...: 5 fr.; Moreau, farmacéutico (Niort): 10 fr.; Blin, capitán (Marsella): 10 fr. (figura en la lista de febrero por 20 fr. en vez de 10 fr., que son los únicos que se cuentan en la suma); J. L... (Digne): 3 fr.; doctor Reignier (Thionville): 7,50 fr.; Sra. Wilson Klein (Gran Ducado de Baden): 20 fr.; B... (Saint-Jean d'Angely): 2 fr.; A... (Versalles): 1 fr.; V... (Versalles): 2 fr.; S... (Dôle): 2 fr.; Martner, oficial de Estado Mayor (Orléans): 10 fr.; Gevers (Amberes): 10 fr.; C. Babin (de Champblanc, por Cognac): 40 fr. (369,50 francos.)

Espíritas y franceses en Barcelona (España): Sra. Jaime Ricart e hijos: 52,50 fr.; Micolier: 5 fr.; Luis Nuty: 5 fr.; Jean Regembat: 5 fr.; Alex. Wigle, fotógrafo: 5 fr.; Ch. Soujol: 2,60 fr.; X...: 1,25 fr. (76,35 francos.)

(Con la suma de 489,35 fr. que figura en la lista de febrero, se obtiene, para Barcelona, un total de 565,70 fr.)

Total: 2722,05 francos.

Errata. En la lista de febrero, en lugar de Lausat (de Condom), *léase* Loubat. En lugar de Frothier (de Poitiers), *léase* Frottier. En lugar de Bodin (de Cognac), *léase* Babin.

La suscripción se mantiene abierta.

De esta suma, la *Revista espírita* depositó, el 6 de febrero, en la suscripción abierta por la *L'Opinion nationale*, 2216,40 fr., según nota incluida en el decimocuarto listado publicado por este periódico, el 15 de febrero.

Señalaremos que la mayoría de los grupos y sociedades han contribuido a la suscripción abierta en su localidad. Entre otras cosas, nos enviaron desde Lyon, la siguiente lista de suscripciones recogidas en diferentes reuniones espíritas.

Grupo Desprêlé, avenida Carlomagno: 57,95 fr.; idem de los Trabajadores: 93,30 fr.; idem Viret: 26 fr.; idem de la Croix-Rousse: 31,10 fr.; idem Rousset: 48,30 fr.; idem Central: 123 fr.; reunión privada: 15,25 fr.; otra idem: 32,50 fr.; otra idem: (Édoux): 22 fr.; suscripciones aisladas: 316,50 fr. Total: 765,90 francos.

La Sociedad de Saint-Jean d'Angely depositó 100 fr. en la suscripción abierta en la subprefectura.

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 4

Abril de 1863

Estudio sobre los posesos de Morzine

Las causas de la obsesión y los medios de combatirla

(Cuarto artículo.)¹⁵

En una segunda edición de su opúsculo sobre la epidemia de Morzine¹⁶, el señor doctor Constant responde al señor de Mirville –quien le había criticado su escepticismo respecto de los demonios– y le reprocha no haber estado en el lugar de los hechos. “Mirville se detuvo –dice él– en Thonon, ciertamente no por miedo a los diablos, sino al camino, y no por eso se considera el hombre menos informado. También me reprocha, al igual que a otro médico, haber salido de París con una opinión formada. Tengo derecho –si él me lo permite– a devolverle ese reproche, de tal modo que en ese punto quedamos *ex aequo*.”

15. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, enero y febrero de 1863. (N. de Allan Kardec.)

16. Opúsculo in 8º, librería de Adrien Delahaye, place de l'École-de-Médecin. Precio: 2 francos. (N. de Allan Kardec.)

No sabemos si el señor de Mirville viajó con la decisión irrevocable de no ver ninguna afección física en los enfermos de Morzine, pero es muy evidente que el señor Constant lo hizo con la de no ver ninguna causa oculta. El prejuicio, en todo sentido, es la peor condición para un observador, porque en tal caso este ve y refiere los hechos desde su punto de vista, descuidando lo que pueda contrariarlo. No cabe duda de que ese no es el modo de llegar a la verdad. La firme opinión del señor Constant, en cuanto a su negación de las causas ocultas, resulta de que rechaza *a priori*, como erróneas, todas las observaciones y conclusiones —que se apartan de su manera de ver— registradas en los informes previos al suyo. De tal modo, mientras que el señor Constant insiste con fuerza en la constitución débil, linfática y raquítica de los habitantes, así como en la insalubridad de la región, y en la mala calidad y la insuficiencia de la alimentación, el señor Arthaud, médico jefe del hospital de alienados de Lyon, quien fuera enviado a Morzine, afirma en su reporte “que la constitución de los habitantes es buena, que las escrófulas son raras; y que a pesar de *todas las investigaciones*, no fue posible descubrir un solo caso de epilepsia y de imbecilidad”. No obstante, el señor Constant replica que “el señor Arthaud pasó muy pocos días en esa comarca, de modo que solo vio una parte muy reducida de la población, y es muy difícil obtener información sobre las familias”.

Otro reporte se expresa del siguiente modo acerca del mismo asunto:

“Los que suscriben..., declaramos que, habiendo escuchado hablar de hechos extraordinarios, ocurridos en Morzine, los cuales fueron presentados como posesión de demonios, nos hemos trasladado a esa parroquia, a la que llegamos el 30 de septiembre último (1857), para presenciar los hechos y exami-

narlos con madurez y prudencia, esclareciéndonos por todos los medios que proporciona la presencia en el lugar, a los efectos de formar un juicio razonable acerca de esa materia.

”1.º Hemos visto ocho niñas que se habían curado, y cinco que se encontraban en estado de crisis. La más joven de ellas tiene diez años; y la mayor, veintidós.

”2.º En función de todo lo que se nos informó, más lo que nosotros pudimos observar, esas niñas se encuentran en perfecto estado de salud. Llevan a cabo todas las actividades propias de su situación, de modo que no se observa, respecto de otros hábitos y ocupaciones, ninguna diferencia entre ellas y el resto de las niñas de la montaña.

”3.º En cuanto a las niñas que no se habían curado, las vimos cuando se hallaban en estado de lucidez. Ahora bien, podemos asegurar que no observamos en ellas nada que delatara idiotismo o predisposiciones a las crisis actuales, por defectos de carácter o por ánimo exaltado. Aplicamos la misma observación a las que se habían curado. Todas las personas a las que consultamos acerca de los antecedentes y los primeros años de esas niñas, nos aseguraron que estas se hallaban en perfecto estado en cuanto a su inteligencia.

”4.º La mayoría de esas niñas pertenece a familias honestas y sin dificultades económicas.

”5.º Aseguramos que pertenecen a familias que gozan de una buena reputación, y en algunas de ellas la virtud y la piedad son ejemplares”.

En breve presentaremos, respecto de algunos hechos, la continuación de este reporte. Apenas quisimos constatar que nadie vio el panorama tan oscuro como lo hizo el señor Constant, quien se representa a los habitantes viviendo

en la extrema miseria, aparte de muy obstinados, peleadores y mentirosos, aunque en el fondo buenos y sobre todo piadosos o, más bien, devotos. Ahora bien, ¿solamente el señor Constant tiene razón, o varios otros no menos honorables, que certificaron haber observado correctamente? Por nuestra parte, de acuerdo con lo que vimos y con lo que nos dijeron varias autoridades médicas y administrativas de la región, no dudamos en coincidir con estos últimos y en mantener la opinión que emitimos en los artículos precedentes.

Para nosotros, pues, la causa primera de la enfermedad no radica en la constitución ni en el régimen higiénico de los habitantes, porque —conforme lo hemos señalado— hay varias regiones, comenzando por el Valais limítrofe, cuyas condiciones de todo tipo, morales y otras, son infinitamente más desfavorables, pero que no sufrieron esa afección. Pronto veremos que esta quedará reducida, no a los límites del valle, sino tan solo a los de la comuna de Morzine. Si, como afirma el señor Constant, la causa es inherente a la localidad, al modo de vida y a la inferioridad moral de sus habitantes, entonces nos preguntamos ¿por qué el efecto es epidémico en vez de endémico, como lo son el bocio y el cretinismo en el Valais? ¿Por qué las epidemias del mismo género, que la historia refiere, se produjeron en hogares religiosos donde no faltaba nada, y que se encontraban en las mejores condiciones de salubridad?

Por otra parte, veamos el panorama que el señor Constant pinta acerca del carácter de los habitantes de Morzine.

“Una estadía prolongada, visitas sucesivas y diarias prácticamente a cada hogar, me han permitido llegar a otras constataciones.

”Los habitantes de Morzine son amables, honestos y muy piadosos. Tal vez sería correcto decir que son muy devotos.

”Son obstinados y difícilmente renuncian a una idea que hayan adoptado, lo cual, aparte de otros inconvenientes, los torna peleadores: otra fuente de malestar y miseria, porque las conciliaciones son raras. Con todo, rara vez la justicia criminal encuentra culpables entre ellos.

”Tienen un aspecto grave y serio, que parece un reflejo de la áspera naturaleza que los rodea, y que les imprime una especie de sello particular que permitiría confundirlos con los miembros de una vasta comunidad religiosa. En efecto, su existencia difiere poco de la de un convento.

”Serían inteligentes, si su juicio no se hallara oscurecido por una infinidad de creencias absurdas o exageradas, así como por una invencible tendencia a lo maravilloso, que les fueran legadas por los siglos transcurridos, y que el siglo actual no ha podido curar.

”Adoran los cuentos, las historias imposibles; y a pesar de que son esencialmente honestos, los hay que mienten con un aplomo imperturbable para sostener sus afirmaciones al respecto. Con todo, estoy persuadido de que mienten de buena fe, porque creen en sus propias mentiras y en las de los otros. Para ser justo, debo decir que la gran mayoría no miente, sino que cuenta incorrectamente lo que ha visto.”

En nuestra opinión, la causa de esta enfermedad es independiente de las condiciones físicas de los hombres y de los hechos. No formulamos esta opinión debido al prejuicio de ver en todas partes la acción de los Espíritus, porque nadie admite la intervención de estos con más circunspección que nosotros, sino debido a la analogía que notamos entre algunos efectos y otros que se nos presentan como resultado evidente de una causa oculta. No obstante, reiteramos, ¿cómo es posible admitir esa causa toda vez que no se cree en la existencia

de los Espíritus? ¿Cómo es posible admitir, con Raspail, las afecciones ocasionadas por los animálculos microscópicos, si se niega la existencia de esos animales por el solo hecho de que no se los haya visto? Antes de que se inventara el microscopio, Raspail habría sido acusado de loco por ver animales en todas partes. En la actualidad, si bien estamos más esclarecidos, no se ve a los Espíritus. Con todo, para eso, a muchos no les haría falta más que ponerse los lentes.

No negamos el hecho de que haya efectos patológicos en la afección de que se trata, porque a menudo la experiencia nos ha mostrado eso en casos semejantes, pero decimos que tales efectos son consecutivos y no causativos. Si un médico espírita hubiera sido enviado a Morzine, habría visto lo que otros no vieron, sin descuidar por eso los hechos fisiológicos.

El señor Constant, luego de referirse al señor de Mirville —que según aquel se detuvo en el camino—, agrega:

“El señor Allan Kardec ha hecho el viaje completo. En los números de diciembre de 1862 y enero de 1863 de su *Revista Espírita*, ya publicó dos artículos, pero que no son sino preliminares. El examen de los hechos vendrá con el número de febrero. Mientras tanto, nos advierte que la epidemia de Morzine es semejante a la que afectaba Judea en tiempos de Cristo. Es posible.

”Con el riesgo de ganarme la reprimenda de algunos lectores que probablemente considerarán que yo habría hecho mejor si no me hubiera referido a los espíritas, invito vivamente, a quienes tuvieron a bien leer este opúsculo, a que lean acerca del mismo tema en los autores que acabo de citar.

”Con todo, no deberían equivocarse respecto del objetivo de mi invitación. En la medida en que haya cada vez más

lectores serios de las obras sobre espiritismo, más pronto se le hará justicia completa a esa creencia, esa *ciencia* —según dicen—, acerca de la cual tal vez yo podría arriesgar una opinión, luego de haber constatado tantas veces uno de sus resultados: el contingente bastante notable con el que cada año ella contribuye a la población de nuestros asilos de alienados”.

Con esto basta para conocer las ideas con las que el señor Constant viajó a Morzine. No pretendemos, por cierto, que adhiera a nuestra opinión, y apenas le diremos que la experiencia ha demostrado que el resultado de la lectura de las obras espíritas es muy distinto del que él espera, porque esa lectura, en vez de hacer justicia inmediata a esa supuesta ciencia, multiplica sus adeptos por miles cada año. En la actualidad, hay cinco o seis millones en todo el mundo, de los cuales aproximadamente la décima parte se encuentra tan solo en Francia. Si el señor Constant objetara que todos esos adeptos son tontos e ignorantes, le preguntaríamos por qué la doctrina espírita incluye entre sus más fervientes partidarios una cantidad tan importante de médicos de todos los países, según lo certifica nuestra correspondencia, tanto de médicos abonados a la *Revista Espírita*, como de médicos que presiden y forman parte de grupos y sociedades espíritas, sin incluir la cantidad no menos importante de adeptos que ocupan posiciones sociales a las que solo se llega con inteligencia e instrucción. Este es un hecho material que nadie puede negar. Ahora bien, como todo efecto tiene una causa, la causa de ese efecto radica en que no a todo el mundo el espiritismo le parece tan absurdo como algunos se complacen en afirmar. “—Esto es lamentablemente cierto —exclaman los adversarios de la doctrina—, de modo que ya solo nos resta bajar la cabeza ante una humanidad que avanza hacia su decadencia.”

Resta la cuestión de la locura, que actualmente es el hombre lobo con cuya ayuda pretenden asustar a las poblaciones, que casi no se inquietan siquiera. Cuando se les agote ese recurso, sin duda imaginarán otro. Mientras tanto, nos remitimos al artículo publicado en el número de febrero de 1863, página 51, con el título *La locura espírita*.

Los primeros síntomas de la epidemia de Morzine se declararon en el mes de marzo de 1857, en dos niñas de unos diez años. En el mes de noviembre siguiente, la cantidad de enfermos era de veintisiete, y en 1861 alcanzó la cifra máxima de ciento veinte.

Si explicáramos los hechos tan solo según lo que vimos, algunos podrían decir que solo vimos lo que quisimos ver. Por otra parte, llegamos a Morzine cuando la enfermedad menguaba, y no permanecemos allí el tiempo suficiente para observarlo todo. De tal modo, al citar las observaciones de los otros, no se nos acusará de haber visto solo con nuestros ojos.

Del reporte que citamos más arriba, hemos tomado las siguientes observaciones:

“Durante las crisis, esas niñas hablan la lengua francesa con una facilidad asombrosa, inclusive las que, fuera de ese estado, apenas conocen algunas palabras.

”Una vez en crisis, esas niñas pierden completamente toda reserva acerca de lo que fuere; también pierden completamente el afecto familiar.

”La respuesta es siempre tan rápida y simple, que se diría previa a la interrogación; esa respuesta es siempre *ad rem*, excepto cuando el hablante responde con tonterías, insultos o una denegación afectada.

”Durante la crisis, el pulso se mantiene calmo; en el momento de mayor furor, el personaje parece dominarse, como alguien que tiene la cólera bajo control, sin asemejarse a esas personas exaltadas o presas de un acceso de fiebre.

”Hemos notado durante las crisis una insolencia increíble, que supera todo lo esperable de unas niñas que, fuera de ese estado, son afables y tímidas.

”Durante la crisis, en todas esas niñas se registra un carácter de impiedad permanente, que supera todos los límites, dirigido a todo lo que se relacione con Dios, los misterios de la religión, María, los santos, los sacramentos, la plegaria, etc. El carácter dominante de esos momentos terribles es el odio a Dios y a todo lo referido a Él.

”Hemos constatado que esas niñas revelan *cosas que llegan de lejos, así como hechos pasados que ellas nunca conocieron. También han revelado a muchas personas lo que estas pensaban.*

”*A veces anuncian el comienzo, la duración y el final de las crisis,* lo que harán más tarde y lo que no harán.

”Sabemos que han dado respuestas exactas a preguntas formuladas en lenguas que ellas desconocen, como el alemán, el latín, etc.

”Esas niñas tienen en estado de crisis una fuerza que no es proporcional a su edad, pues hacen falta tres o cuatro hombres para sujetar, durante el exorcismo, a unas niñas de diez años.

”Vale señalar que, durante la crisis, las niñas no se hacen daño alguno, ni con sus contorsiones —que dan la impresión de dislocar sus miembros—, ni con sus caídas, como tampoco con los golpes que se propinan a sí mismas con violencia.

”Invariablemente, en sus respuestas siempre se distinguen varios personajes: *la hija y él, el demonio y el condenado.*

”Fuera de la crisis, esas niñas no conservan recuerdo alguno de lo que han dicho y hecho, tanto si la crisis llegó a durar un día entero, como si ellas realizaron tareas prolongadas o encargos en estado de crisis. (...)

”Para concluir, diremos que nuestra impresión es que todo esto es sobrenatural, en la causa y en los efectos. Según las reglas de la sana lógica, y de acuerdo con todo lo que la teología, la historia eclesiástica y el Evangelio nos enseñan y nos cuentan, declaramos que, para nosotros, existe una verdadera posesión del demonio.

”En fe de lo cual...

*Firmado: ***.*

Morzine, 5 de octubre de 1857.

Ahora veamos de qué modo el señor Constant describe el estado de crisis de las enfermas, según sus propias observaciones:

“En medio de la más completa calma, raramente de noche, de repente sobrevienen bostezos, desperezamientos, algunos temblores, pequeños movimientos bruscos y de aspecto colérico en los brazos. Poco a poco, y en un breve espacio de tiempo, como por efecto de sucesivas descargas, esos movimientos se tornan más rápidos, luego más amplios, y de inmediato no parecen otra cosa más que una exageración de los movimientos fisiológicos. La pupila se dilata y se contrae alternativamente, y los ojos participan de los movimientos generales.

”En ese momento, las enfermas, cuyo aspecto al principio parecía expresar temor, quedan en un estado de furor que va en aumento, como si la idea que las domina produjera dos

efectos casi simultáneos: depresión y excitación inmediatamente después.

”Golpean los muebles con fuerza y vivacidad, y se ponen a hablar o, mejor dicho, a vociferar. Lo que casi todas ellas dicen, cuando no se las sobreexcita con preguntas, se reduce a estas palabras, que repiten indefinidamente: ‘¡S... nom! ¡S... ch... gne!¹⁷ ¡S... rojo!’ (llaman *rojos* a aquellos en cuya piedad ellas no creen). Algunas incluyen reniegos.

”Si cerca de ellas no se encuentra ningún espectador extraño, ni les hacen preguntas, repiten lo mismo sin cesar, y sin agregar nada más. En caso contrario, responden a lo dicho por el espectador, e incluso a los pensamientos que le atribuyen, a las objeciones que prevén, pero sin apartarse de su idea dominante, con la que relacionan todo lo que dicen. Por ejemplo, a menudo: ‘¡Ah! ¡Tú crees, b... incrédulo, que estamos locas, que apenas sufrimos de la imaginación! ¡Somos condenadas, s... n... de D...! ¡Somos diablos del Infierno!’

”Y como siempre es un diablo el que habla por su boca, el supuesto diablo a veces cuenta *lo que hacía en la Tierra, y lo que hizo después en el Infierno, etc.*

”Ante mí, invariablemente agregaban: ‘¡Tus s... medicinas no nos curarán! ¡Nosotros nos f... de tus medicinas! ¡Puedes hacer que la niña las tome, pero la atormentarán y la harán sufrir! ¡A nosotros, en cambio, no nos harán nada, porque somos diablos! Lo que necesitamos son santos sacerdotes, obispos, etc.’

”Esto no les impide insultar a los sacerdotes cuando estos se hallan presentes, con el pretexto de que *no son suficiente-*

17. Hemos transcritto estas expresiones conforme figuran en el original. Probablemente se trate de insultos. (N. del T.)

mente santos para ejercer su acción sobre los demonios. Esta misma idea expresan ante el alcalde y los magistrados, pero con otras palabras.

”A medida que las niñas hablan, siempre con la misma vehemencia, su fisonomía no adopta otro aspecto sino el del furor. A veces se les hincha el cuello, y el rostros queda enrojecido. Otras, empalidecen, como les ocurre a las personas normales que, según su constitución, se encienden o empalidecen durante un acceso violento de cólera; los labios a menudo se llenan de saliva, por lo cual se ha dicho que las enfermas espumaban.

”Los movimientos corporales, que al principio se limitan a las partes superiores, ganan sucesivamente el tronco y los miembros inferiores; la respiración se torna jadeante; las enfermas redoblan su furor, se ponen agresivas, empujan los muebles y arrojan sillas, taburetes y cuanto se encuentre al alcance de sus manos contra los asistentes; se precipitan sobre ellos para golpearlos, tanto a sus padres como a los extraños; se tiran al piso, siempre dando los mismos gritos; se revuelcan, golpean las manos contra el suelo, se golpean a sí mismas en el pecho, en el vientre, en la parte anterior del cuello, e intentan arrancarse algo que parece oprimirlas en ese punto. Caen y se levantan de un salto; he visto a dos que, al levantarse como impulsadas por un resorte, se torcían hacia atrás de tal modo que su cabeza y sus pies quedaban apoyados en el suelo al mismo tiempo.

”Esta crisis dura alrededor de diez, veinte minutos, una media hora, según la causa que la provocó. Si ocurre en presencia de un extraño —de un sacerdote, sobre todo—, es muy raro que finalice antes de que la persona se haya retirado. En tal caso, los movimientos convulsivos no son continuos; tras

la muy violenta acción inicial, se debilitan y se detienen, para volver a empezar de inmediato, como si la fuerza nerviosa agotada se tomara un momento de descanso para recuperarse.

”Durante la crisis, el pulso, los latidos del corazón, no se aceleran para nada; por lo general ocurre lo contrario: el pulso se concentra, se torna débil, lento, y las extremidades se enfrían; a pesar de la violencia de la agitación, y de los golpes furiosos contra cualquier cosa, las manos se mantienen heladas.

”Contrariamente a lo que se ha visto con frecuencia en casos análogos, ninguna idea erótica se mezcla o parece añadirse a la idea demoníaca. Yo mismo me sorprendí ante esa particularidad, que es común a todas estas enfermas: ninguna dice la menor palabra ni hace el menor gesto obsceno. Ni siquiera en sus movimientos más desordenados se desnudan, y si sus faldas se levantan un poco cuando ruedan por el piso, es muy raro que no las acomoden casi de inmediato.

”Aquí no parece haber ninguna lesión de la sensibilidad genital; de modo que nunca se alude a íncubos, súcubos o escenas de aquelarre. Todas las enfermas pertenecen, como demonómanas, al segundo de los cuatro grupos indicados por el señor Macario. Algunas *escuchan* la voz de los diablos, pero mucho más generalmente *son estos los que hablan por la boca de ellas*.

”Tras un gran desorden, los movimientos poco a poco se vuelven menos rápidos; algunos gases se escapan por la boca, y la crisis finaliza. La enferma mira alrededor suyo un tanto sorprendida, se arregla el cabello, recoge su gorro y se lo coloca, bebe algunos tragos de agua, y vuelve a sus tareas, en caso de que estuviera realizando alguna cuando comenzó la crisis. Casi todas afirman no haber experimentado lasitud alguna, ni recuerdan lo que dijeron o hicieron.

”Esta última aseveración no siempre es sincera. Me sorprendió que algunas lo recordaran muy bien, y apenas agregaban: *Sé que él (el diablo) dijo o hizo tal cosa, pero no fui yo; si mi boca habló, y si mis manos golpearon, es porque EL hizo que mi boca hablara y mis manos golpearan; yo hubiera querido estar tranquila, pero EL es más fuerte que yo.*

”Esta es la descripción del estado más frecuente; pero entre los extremos hay varios grados, desde la enferma que solo tiene crisis de dolores gastrálgicos, hasta la que llega al paroxismo del furor. Hecha esta salvedad, de todas las enfermas que visité, solo en algunas de ellas encontré diferencias dignas de señalar.

”Una de ellas, de nombre Juana Br..., de cuarenta y ocho años, soltera, histérica desde hace mucho tiempo, siente bichos que no son sino *diablos* que recorren su cuerpo y lo pinchan.

”La mujer de Nicolas B..., de treinta y ocho años, enferma desde hace tres años, *ladra* durante sus crisis. Ella atribuye su enfermedad a una copa de vino que bebió en compañía de uno de esos que hacen el mal.

”Juana G..., de treinta y siete años, soltera, es la mujer cuyas crisis resultan más diferentes. Ella no sufre esos movimientos clónicos generales que se ven en las otras, y casi nunca habla. Cuando nota que sobrevendrá una crisis, se sienta y comienza a balancear la cabeza de atrás hacia adelante; los movimientos, al principio lentos y poco pronunciados, comienzan a acelerarse hasta que la cabeza, con una increíble rapidez, llega a trazar un círculo cada vez más amplio, golpeando de manera alternativa y regular la espalda y el pecho. Con intervalos, el movimiento se detiene un instante, y los músculos contraídos mantienen la cabeza fija en la posición

en que se encontraba al momento de detenerse, sin que resulte posible, ni siquiera con esfuerzo, enderezarla o inclinarla.

”Victoria V..., de veinte años, fue una de las primeras en enfermarse, a los dieciséis años. Su padre relata de este modo lo que ella sufrió: ‘Nunca había sentido nada, hasta que el mal la tomó un día en la misa. Durante los dos o tres primeros días, apenas saltaba un poco. Un día me trajo el almuerzo a la parroquia donde yo trabajaba, justo en el momento en que sonaba el Ángelus. De inmediato, comenzó a saltar y se arrojó al suelo entre gritos y gesticulaciones, blasfemando junto al campanero. El cura de Montriond se hallaba presente por causalidad, y ella lo insultó, llamándolo s... ch... de Montriond. El señor cura de Morzine llegó cuando la crisis finalizaba, pero entonces ella volvió a comenzar de inmediato, porque él le había hecho la señal de la cruz en la frente. La exorcizaron varias veces, pero al ver que nada la curaba, y mucho menos los exorcismos, la llevé a Ginebra, para que la viera el señor Lafontaine (el magnetizador). Allí se quedó un mes, y volvió curada: ha estado tranquila unos tres años. Hace seis semanas sufrió una recaída, pero ya sin crisis. No quería ver a nadie y se quedaba encerrada en la casa. Solo comía cuando yo tenía algo bueno para darle, pues de lo contrario no podía tragar. Tampoco podía mantener las piernas firmes, y apenas movía los brazos. Varias veces intenté que se pusiera de pie, pero ella no se *sentía*, y se caía si yo dejaba de sujetarla. Entonces decidí llevarla de nuevo a lo del señor Lafontaine. No sabía cómo trasladarla; ella me dijo: *Cuando estemos en la comuna de Montriond, caminaré bien*. Con la ayuda de uno de mis vecinos, la llevamos hasta Montriond; pero tan pronto como cruzamos el puente, comenzó a caminar sola, y solo se quejaba de un gusto horrible en la boca. Tras dos sesiones con

el señor Lafontaine, ya estaba mejor, y ahora está empleada como doméstica'.

"Por lo general se ha observado —dice el señor Constant— que *a partir de que las enfermas están fuera de la comuna*, las crisis ocurren muy raramente.

"Cierta día, el alcalde, que me acompañaba, fue sorprendido por una enferma, quien le arrojó violentamente una piedra a la cara. Casi al mismo tiempo, otra enferma se abalanzó sobre él, para pegarle con un grueso palo de madera. Al verla venir, el alcalde le mostró el puntiagudo extremo metálico de su bastón, amenazándola con clavárselo si avanzaba. Ella se detuvo, dejó caer el palo de madera y se conformó con insultarlo.

"A pesar de las corridas, los saltos, los movimientos violentos y desordenados de las enfermas; a pesar de los golpes que se infligen a sí mismas, sus terrores y divagaciones, no se registran tentativas de suicidio ni accidentes graves ocurridos a ninguna de ellas. Así pues, no pierden totalmente la conciencia, y al menos subsiste en ellas el instinto de conservación.

"Si, al comienzo de una crisis, una mujer tiene en brazos a su hijo, a menudo ocurre que un *diablo* menos malvado que el que va a *trabajarla* le dice: '*Suelta a ese niño, él (el otro diablo) le haría daño*'. Lo mismo ocurre a veces cuando ellas tienen un cuchillo u otro instrumento capaz de provocar una herida.

"Al igual que las mujeres, los hombres sufrieron la influencia de la creencia que deprime a todos en distintos grados, pero en ellos los efectos han sido menores y diferentes. En efecto, algunos sienten absolutamente los mismos dolores que las mujeres; como ellas, se sofocan, experimentan una sensación de estrangulamiento, y acusan la sensación del globo histérico, si bien ninguno llegó a padecer convulsiones. A pesar de

que hubo algunos raros ejemplos de accidentes convulsivos, casi siempre se los pudo atribuir a un estado mórbido anterior y diferente. El único representante del sexo masculino, que realmente parece haber sufrido crisis del mismo tipo que el de las mujeres, es el joven T... Por lo general, las afectadas son las jóvenes de quince a veinticinco años. En el otro sexo, por el contrario, con excepción de este joven T..., los afectados, en la medida que acabo de mencionar, suelen ser hombres de edad madura, en quienes las vicisitudes de la vida han podido sumarse a otras preocupaciones preexistentes, o a las causadas por la dolencia”.

Después de haber examinado la mayoría de los hechos extraordinarios relatados acerca de los enfermos de Morzine, e intentado demostrar el estado de degeneración física y moral de los habitantes como consecuencia de afecciones hereditarias, el señor Constant agrega:

“Por lo tanto, es necesario dar por seguro que todo lo que se ha dicho en Morzine, una vez recobrada la verdad, se encuentra considerablemente reducido. Cada uno armó su historia y quiso superar a los otros narradores. Esas exageraciones se observan en todas las relaciones de las epidemias de este tipo. Aun cuando algunos hechos fueran reales desde todo punto de vista y se escaparan a cualquier interpretación, ¿sería ese un motivo para buscarles una explicación más allá de las leyes naturales? Sería como decir que todos los agentes cuyo modo de acción aún no se ha descubierto, así como todo lo que escapa a nuestro análisis, fuera necesariamente sobrenatural.

”Todo lo que se ha visto en Morzine, y especialmente todo lo que se ha relatado, para algunas personas podrá conservarse como el indicio manifiesto de una posesión, pero también

es muy cierto el indicio de esta enfermedad compleja que ha recibido el nombre de histerodemonomanía.

”En resumen, acabamos de ver una región de clima riguroso y temperatura muy variable, en la que la histeria se considera endémica desde hace mucho tiempo; una población cuya alimentación es siempre la misma para todos, más pobres o menos pobres, siempre mala, y con alimentos que suelen estar descompuestos y pueden provocar y provocan molestias en las funciones de los órganos de la nutrición y, a través de estos, neurosis particulares; una población de constitución poco robusta y especial, y que suele adolecer de predisposiciones hereditarias; ignorante y con una vida de aislamiento casi completo; muy piadosa, pero con una piedad cuya base es el *temor más que la esperanza*; muy supersticiosa, pero cuya superstición, esa plaga que santo Tomás llamaba *un vicio opuesto a la religión por exceso*, fue más acariciada que combatida; acunada por cuentos de brujería que son, además de las ceremonias de la Iglesia, la única distracción que una severidad religiosa exagerada no pudo impedir; de una imaginación viva, muy impresionable, que tendría necesidad de algún alimento, pero que no tiene otro aparte de esas mismas ceremonias”.

Nos resta examinar las relaciones que existen entre los fenómenos descritos más arriba y los que se producen en los casos de obsesión y de subyugación debidamente comprobados —relaciones que sin duda todos ya habrán notado—, así como el efecto de los medios curativos empleados, las causas de la ineficacia de los exorcismos, y las condiciones en las que estos pueden llegar a ser útiles. Esto es lo que haremos en un próximo y último artículo.

Mientras tanto, diremos —con el señor Constant— que no hay ninguna necesidad de buscar en lo sobrenatural la expli-

cación de efectos desconocidos. Estamos completamente de acuerdo con él en este punto. Para nosotros, los fenómenos espíritas no tienen nada de sobrenatural; nos revelan una de las leyes, una de las fuerzas de la naturaleza que no se conocía y que produce efectos hasta ahora inexplicables. Esta ley, que surge de los hechos y de la observación, ¿será más irracional por el hecho de que sus promotores sean seres inteligentes en vez de algún animal o de la materia bruta? ¿Acaso es tan insensato creer en inteligencias activas más allá de la tumba, cuando sobre todo esas inteligencias se manifiestan de una manera ostensible? El conocimiento de esa ley, que conduce ciertos efectos a su verdadera causa, simple y natural, es el mejor antídoto contra las ideas supersticiosas.

Resultado de la lectura de las obras espíritas

Cartas de los señores Michel (de Lyon) y D... (de Albi)

Como respuesta a la opinión del señor doctor Constant acerca del efecto que debería producir la lectura de las obras espíritas, publicamos a continuación dos cartas seleccionadas entre miles que hemos recibido y que son del mismo tenor. Su opinión, como hemos podido ver en el artículo precedente, es que dicho efecto debe consistir, inevitablemente, en condenar cuanto antes a la supuesta ciencia espírita, y con ese fin recomienda su lectura. Ahora bien, hace más de seis años que se leen esas obras y, lamentablemente para su perspicacia, ¡aún no se ha hecho justicia!

Albi, 6 de marzo de 1863.

Señor Allan Kardec:

(...) Sé que no debo abusar de vuestro valioso tiempo, de modo que me privaré de la dicha de conversar largamente con vos. Os diré que lamento con amargura no haber conocido antes vuestra admirable doctrina, porque siento que en tal caso habría sido un hombre completamente distinto. Con todo, no soy médium ni pretendo serlo, pues graves dificultades me obsesionan sin cesar. Tengo un deplorable pasado de indiferencia. Llegué a los cuarenta y seis años sin saber una sola plegaria, pero a partir de que os he leído, oro todas las noches, y a veces a la mañana, y sobre todo por mis enemigos. Vuestra doctrina me ha salvado de muchos males, y me hace soportar los reveses con resignación.

¡Cuánto os agradecería, estimado señor, si tuvierais a bien orar algunas veces por mí!

Recibid, etc.

D...

Lyón, 9 de marzo de 1863.

Mi querido maestro:

Debo comenzar pidiéndoos doblemente perdón; en primer lugar, por haber diferido tanto tiempo el cumplimiento de un deber de esta naturaleza. Y luego, por tomarme la libertad, sin tener el honor de que me conozcáis, de comunicaros hechos que de algún modo son por completo personales.

Esta consideración me obliga a ser lo más breve posible, para no abusar de vuestra bondad ni haceros perder tan solo

conmigo un tiempo que podríais emplear con mayor utilidad para el bien general.

Hace seis meses tuve la dicha de iniciarme en la doctrina espírita, y sentí que nacía en mí un vivo sentimiento de gratitud. Ese sentimiento, por otra parte, no es sino una consecuencia muy natural de la creencia en el espiritismo. Y dado que tiene una razón de ser, también debe manifestarse. Según mi opinión, debe dividirse en tres partes, la primera de las cuales se dirige a Dios, al que cada día todo verdadero espírita debe agradecer por esta nueva demostración de su misericordia infinita. La segunda, pertenece por derecho propio al espiritismo, es decir, a los Espíritus buenos y a sus sublimes enseñanzas. La tercera, por último, es para aquel que nos guía en el nuevo camino, y a quien nos complace reconocer como nuestro venerado maestro.

El agradecimiento espírita así comprendido, impone tres deberes distintos: para con Dios, para con los Espíritus buenos, y para con el propagador de sus enseñanzas. Espero cumplir con Dios pidiéndole perdón por mis errores pasados, al igual que con mis oraciones diarias. Intentaré pagar lo que adeudo al espiritismo esparciendo alrededor mío, tanto como lo permitan mis pocas fuerzas, los beneficios de la instrucción espírita. Y el objetivo de esta carta es testimoniaros, señor, el vivo deseo que experimento de cumplir con vos, cosa que me apena por el hecho de hacerlo tan tardíamente. Así pues, apelo a vuestra caridad, y os ruego que aceptéis este sincero homenaje de un reconocimiento sin límites.

Me asocio de corazón a los que me precedieron, y os digo: gracias por habernos librado del error, al hacer que sobre nosotros irradie la antorcha de la verdad; gracias por dejarnos conocer los medios de alcanzar la dicha verdadera a través de

la práctica del bien; gracia porque no tuvisteis miedo de ser el primero en dar batalla.

El advenimiento del espiritismo en el siglo XIX, en una época en la que el egoísmo y el materialismo parecen repartirse el dominio del mundo, es un hecho demasiado importante y extraordinario para que no cause la admiración o el asombro de las personas serias y de las mentes observadoras. Ese hecho se mantiene por completo inexplicable para los que se niegan a reconocer la intervención divina en la marcha de los grandes acontecimientos que ocurren entre nosotros y, muchas veces, a pesar de nosotros.

Con todo, un hecho no menos sorprendente consiste en que se haya encontrado, en esta misma época de incredulidad, un hombre bastante creyente y audaz para separarse de la multitud, para abandonar la corriente y anunciar una doctrina que debía discordar con la mayoría, dado que su objetivo es combatir y derribar los prejuicios, los abusos y los errores de la multitud, y predicar la fe a los materialistas, la caridad a los egoístas, la moderación a los fanáticos, la verdad a todos.

En la actualidad, ese hecho se ha cumplido, de modo que no era imposible. Sin embargo, para eso hacía falta un coraje que solo la fe puede otorgar. Esto es lo que causa nuestra admiración.

Una devoción semejante, querido maestro, no podía resultar infructuosa. Por eso, ya desde ahora podéis comenzar a recibir la recompensa por vuestra labor, contemplando el triunfo de la doctrina que habéis enseñado.

Sin que os preocupara la cantidad ni la fuerza de vuestros adversarios, habéis descendido solo a la arena, y a las burlas injuriosas no habéis opuesto otra cosa más que una inalterable

serenidad; a los ataques y a las calumnias, la moderación. De tal modo, en poco tiempo, el espiritismo se propagó en todas partes del mundo; sus adeptos se cuentan actualmente por millones, y lo que resulta aún más satisfactorio es el hecho de que se los recluta en todos los niveles de la escala social. Ricos y pobres, ignorantes y sabios, librepensadores y puritanos: todos respondieron al llamado del espiritismo, y cada clase se apresuró a presentar su contingente en esta gran cruzada de la inteligencia... ¡Lucha sublime! Lucha en la que el vencido está orgulloso de proclamar su derrota, y aún más orgulloso de poder combatir bajo la bandera de los vencedores.

Esta victoria no solo honra a quien la obtiene, pues también demuestra la justeza de la causa, es decir, la superioridad de la doctrina espírita respecto de todas las que la precedieron y, por consiguiente, su origen divino. Para el adepto ferviente, ese hecho es indudable, y el espiritismo no puede ser la obra de algunos cerebros demenciales; debe ser y es, en efecto, una revelación divina. De lo contrario, ya habría sucumbido, impotente ante la indiferencia y el materialismo.

Toda ciencia humana es sistemática en su esencia y, por eso mismo, propensa al error. Por tal motivo, solo puede ser admitida por una pequeña cantidad de individuos que, por ignorancia o por cálculo, propagan esas creencias erróneas que caen por sí mismas después de algún tiempo de prueba. El tiempo y la razón siempre condenaron las doctrinas abusivas y carentes de fundamento. Ninguna ciencia, ninguna doctrina puede pretender estabilidad si no posee, tanto en el conjunto como en los menores detalles, esa emanación pura y divina que hemos denominado la verdad; porque solo la verdad es inmutable como el Creador, que es su fuente.

Al respecto, encontramos un muy consolador ejemplo en las divinas palabras del Cristo, que el santo Evangelio, a pesar de su extensa y aventurera peregrinación, nos ha transmitido con la misma suavidad y pureza con que salieron de la boca del divino Renovador.

Tras dieciocho siglos de existencia, la doctrina del Cristo nos parece tan luminosa como en la época de su nacimiento. A pesar de las falsas interpretaciones de algunos, de las persecuciones de otros, y de lo poco que se la practica en la actualidad, no ha dejado de mantenerse fuertemente arraigada en el recuerdo de los hombres. La doctrina del Cristo es, por consiguiente, una base inquebrantable contra la que las pasiones humanas se estrellan sin cesar. Como la ola impotente que se rompe contra la roca, las tempestades del error se agotan en vanos esfuerzos contra ese faro de la verdad. Dado que el espiritismo es la confirmación, el complemento de esa doctrina, es justo decir que se convertirá en un monumento indestructible, pues tiene a Dios por principio y a la verdad por base.

Así como nos regocija predecir su enorme destino, nos alegra entrever el momento en que se convertirá en la creencia universal. Ese momento no podría estar lejos, porque los hombres no tardarán en comprender que sin la fraternidad no hay dicha posible en la Tierra. También comprenderán que la palabra virtud no solo debe recorrer su labios, sino grabarse profundamente en sus corazones. Comprenderán, por último, que quien asume la tarea de predicar la moral debe, ante todo y sobre todo, hacerlo con el ejemplo.

Me detengo, querido maestro, porque la grandeza del tema me transporta a unas alturas donde me resulta imposible mantenerme. Manos más hábiles que las mías ya han pintado

con vivos colores ese cuadro conmovedor, que mi pluma ignorante en vano intenta esbozar. Os ruego que me perdonéis por haberos entretenido tanto tiempo con mis sentimientos, pero experimentaba un invencible deseo de desahogarme en el seno mismo de aquel que llevó tranquilidad a mi alma, pues reemplazó la duda —que la había torturado durante quince años— por una consoladora certeza.

He sido sucesivamente católico fervoroso, fatalista, materialista, filósofo resignado; pero agradezco a Dios porque nunca fui ateo. Vociferaba contra la Providencia, aunque sin negar a Dios. Las llamas del Infierno se habían extinguido hacía mucho tiempo para mí, pero mi Espíritu no se sentía tranquilo respecto de su porvenir. Los goces celestiales preconizados por la Iglesia no eran bastante atractivos para exhortarme a la virtud, pero muy raramente mi conciencia aprobaba mi conducta. Me hallaba en una duda continua. Como me apropiaba de este pensamiento de un gran filósofo: “La conciencia le fue dada al hombre para vejarlo”, había llegado a la conclusión de que el hombre debe evitar con todo cuidado aquello que pueda enemistarlo con su conciencia. De ese modo, había evitado cometer cualquier falta grande, porque mi conciencia se oponía a ello. Había realizado algunas obras de bien, para experimentar la sensación que ellas generan; pero no vislumbraba nada más allá. ¡La naturaleza me había extraído de la nada, y la muerte debía devolverme a la nada! Esta idea me sumergía con frecuencia en una profunda tristeza, pero por más que consultara, por más que buscara, nada me permitía descifrar el enigma. Las desigualdades sociales me resultaban chocantes, y a menudo me preguntaba por qué yo había nacido en la clase más baja, en la que me encontraba tan mal. Sin lograr una respuesta, pensaba: “Es el azar”.

Una consideración de otro tipo me hacía sentir horror a la nada. ¿Para qué instruirme? ¿Para brillar en un salón...? Se requiere fortuna. ¿Para ser un gran poeta, un gran escritor...? Se requiere un talento natural. Pero en mi caso, un simple artesano, destinado tal vez a morir sobre la mesa de trabajo a la que me había atado por la necesidad de ganarme el pan de cada día... ¿Para qué instruirme? No sabía casi nada, y eso ya era demasiado, porque mi saber no me servía para nada durante la vida, y habría de extinguirse con mi muerte. Esta idea se presentaba en mi mente con mucha frecuencia. Incluso había llegado a maldecir esa instrucción que se imparte gratis a los hijos de los obreros. Aunque muy exigua e incompleta, esa instrucción me parecía superflua y no solo perjudicial para la dicha del pobre, sino incompatible con las exigencias de su condición. Yo pensaba que era una calamidad más para el pobre, porque le permitía comprender la importancia del mal, sin indicarle el remedio. Es fácil explicarse los padecimientos morales de un hombre que, sintiendo que en su pecho late un corazón noble, es obligado a doblegar su inteligencia ante la voluntad de un individuo al que un puñado de monedas, a menudo mal habidas, constituye a veces todo su mérito y todo su saber.

Entonces, es necesario recurrir a la filosofía; y al mirar hacia lo alto de la escala, pensamos: "El dinero no hace la felicidad". Luego, al mirar hacia abajo, vemos personas en una posición inferior a la nuestra, y agregamos: "Tengamos paciencia, pues hay otros que están peor que nosotros". No obstante, si bien esa filosofía a veces brinda resignación, nunca produce la felicidad.

En esa situación me encontraba cuando el espiritismo llegó para sacarme de la ciénaga de pruebas e incertidumbres en

la que me internaba cada vez más, a pesar de los esfuerzos que hacía para salir de ahí.

Durante dos años escuché hablar del espiritismo sin prestarle la debida atención. Consideraba, de acuerdo con sus adversarios, que un nuevo malabarismo se había deslizado entre los otros. No obstante, cansado de escuchar acerca de algo respecto de lo cual realmente yo solo conocía el nombre, decidí instruirme. Adquirí *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*. Leí, o más bien devoré, esas dos obras con una avidez y una satisfacción que me resulta imposible definir. ¡Cuál no fue mi sorpresa, tras detener la vista sobre las primeras páginas, al ver que se trataba de una filosofía moral y religiosa, toda vez que esperaba leer un tratado de magia lleno de relatos maravillosos! De inmediato, la sorpresa dio lugar a la convicción y al reconocimiento. Cuando finalicé la lectura, me di cuenta felizmente de que había sido espírita desde hacía mucho tiempo. Agradecí a Dios por haberme concedido ese insigne favor. A partir de entonces, podría orar sin temor de que mis plegarias se perdieran en el espacio, y soportaría con gozo las tribulaciones de esta corta existencia, sabiendo que mi miseria actual no es más que una justa consecuencia de un pasado culpable, o un periodo de prueba para alcanzar un provenir mejor. ¡Basta de duda! La justicia y la lógica nos revelan la verdad, y nosotros aclamamos dichosos a esa benefactora de la humanidad.

Es casi inútil decirlo, querido maestro, cuán inmenso es mi deseo de llegar a ser médium; para eso estudié con gran perseverancia. Tras algunos días de observación, reconocí que era médium intuitivo; pero mi deseo solo se había cumplido a medias, porque yo quería intensamente tornarme médium mecánico.

La mediumnidad intuitiva deja durante mucho tiempo la duda en la mente de quien la posee. Para disipar mis escrúpulos al respecto, tuve que asistir a algunas sesiones de espiritismo, a fin de establecer una comparación entre mi mediumnidad y la de otros médiums. Entonces comprendí la justeza de vuestra recomendación, que prescribe *leer antes de ver*, si uno desea convencerse. Porque os puedo decir francamente que no vi nada convincente para un incrédulo. Yo habría dado mucho para ser admitido entre aquellos a quienes la Providencia colocó bajo la dirección inmediata de nuestro amado jefe, porque pensaba que las pruebas debían ser más patentes, más frecuentes, en la sociedad que presidís. De todos modos, no me detuve ahí: invité a varios médiums escribientes, videntes y dibujantes, a que se reunieran conmigo para trabajar en común. Entonces tuve la dicha de ser testigo de los hechos más sorprendentes, así como de obtener las pruebas más evidentes de la bondad y la verdad del espiritismo. En la segunda oportunidad, ¡ya estaba convencido!

Adjunto a esta carta, ya muy extensa, algunas de mis comunicaciones. Sería feliz, querido maestro, si os fuera posible darles una mirada y considerar su valor. Desde el punto de vista moral, me parecen irreprochables; pero desde el punto de vista literario... dado que no soy apto para evaluarlas, me abstengo de cualquier apreciación. Si acaso, contra mis expectativas, os pareciera que algunos fragmentos son bastante pasables para que se los dé a publicidad, os ruego que dispongáis de ellos según vuestra conveniencia. Para mí sería una gran dicha haber aportado mi grano de arena para la construcción del gran edificio.

Yo valoraría muchísimo una respuesta de vuestro puño y letra, querido maestro, pero no me atrevo a solicitarla, sabien-

do de vuestra imposibilidad material para responder todas las cartas que os remiten. Finalizo rogándoos que me perdonéis esta libertad extrema, a la espera de que tengáis a bien creer en la sinceridad de quien tiene el honor de considerarse uno de vuestros mas fervientes admiradores y vuestro muy humilde servidor.

MICHEL
Rue Bouteille, 25, en Lyon.

**Los sermones continúan,
pero no se asemejan**

Nos escriben desde Chauny, el 7 de marzo de 1863:

“Señor:

”Acudo a vos para presentaros un análisis del sermón que el día de ayer nos dirigió el señor abad X..., ajeno a nuestra parroquia. Ese sacerdote, que por otra parte es un muy buen predicador, nos explicó, en la medida de sus posibilidades, qué es Dios y qué son los Espíritus. Sin duda no ignoraba que había una gran cantidad de espíritas en el auditorio, de modo que experimentamos una muy grata satisfacción al escuchar que hablaba de los Espíritus y de sus relaciones con los vivos.

” ‘No me explico –afirmó– todos esos hechos milagrosos, esas visiones y esos presentimientos, si no es mediante el contacto de aquellos que amamos y que nos han precedido en la tumba. Y si yo no temiera levantar un velo tan misterioso, o

hablaros de cosas que no todos comprenderían, me extendería más ampliamente sobre el tema. Me siento inspirado y, obedeciendo la voz de mi conciencia, nunca dejaría de aconsejaros que guardéis un buen recuerdo de mis palabras: creer en ese Dios del que todos los Espíritus emanan, y en el que todos nosotros habremos de reunirnos un día’.

”Ese sermón, señor, pronunciado con un tono de dulzura, de benevolencia y convicción, llegaba a los corazones mucho más que los discursos furiosos en los que en vano se busca la caridad que Cristo predicó. Se hallaba al alcance de todas las inteligencias, de modo que todos lo comprendieron y salieron reconfortados, en vez de quedarse desanimados y entristecidos con esas escenas del Infierno y de las penas eternas, y tantos otros temas que contradicen la sana razón.

”Recibid, etc.”

V...

Este sermón, gracias a Dios, no es el único de esas características. Nos han referido varios otros en el mismo sentido, más o menos acentuados, que fueron predicados en París y en los departamentos. Y lo extraño es que otros sermones, en un sentido diametralmente opuesto, fueron predicados el mismo día, en la misma ciudad, y casi a la misma hora. Esto no resulta para nada sorprendente, porque hay muchos eclesiásticos esclarecidos que comprenden que la religión no puede perder su autoridad oponiéndose a la irresistible marcha de los acontecimientos, y que, como todas las instituciones, debe acompañar el progreso de las ideas, so pena de recibir más tarde el desmentido de los hechos concretos. Ahora bien, en cuanto al espiritismo, es imposible que muchos de esos señores no

se hayan convencido por sí mismos de la realidad de tales hechos. Por nuestra parte, conocemos personalmente más de uno en esa situación. Uno de ellos nos dijo un día: “Pueden prohibirme que hable a favor del espiritismo, pero obligarme a que hable en contra de mi convicción y diga que todo eso es obra del demonio, toda vez que tengo la prueba material de lo contrario, eso no lo haré jamás”.

De esta divergencia de opiniones resulta un hecho fundamental: la doctrina exclusiva del diablo es una opinión individual que necesariamente deberá ceder ante la experiencia y la opinión general. El hecho de que algunos persistan en su idea hasta *in extremis*, es posible, pero pasarán; y con ellos, sus palabras.

Suicidio falsamente atribuido al espiritismo

El ardor con que los adversarios recogen y sobre todo tergiversan los hechos con los que suponen que podrán comprometer al espiritismo, es realmente increíble, a tal punto que muy pronto ya no ocurrirá ningún accidente cuya responsabilidad no se le atribuya a esa doctrina.

Un hecho lamentable tuvo lugar recientemente en Tours, y no podía dejar de ser explotado por la crítica: el suicidio de dos individuos, que muchos se esforzaron en atribuir al espiritismo.

El periódico *Le Monde* (ex *Univers religieux*), y después de este varios periódicos más, publicaron al respecto un artículo del que extrajimos los siguientes pasajes:

“Un matrimonio de edad muy avanzada, el señor y la señora ***, todavía saludables y con una renta que les permitía vivir con holgura, hacía dos años que se dedicaban a las operaciones del espiritismo. Casi todas las noches se reunían en su casa una cantidad de obreros, hombres y mujeres, junto con jóvenes de ambos sexos, ante los cuales nuestros dos espíritas realizaban sus evocaciones, *o al menos pretendían hacerlas*.

”No nos referiremos a las preguntas *de todo tipo* cuya respuesta se pedía a los Espíritus en esa casa. Quienes conocen de larga data a esas dos personas y sus sentimientos respecto de la religión, nunca se sorprendieron ante las escenas que ocurrían allí. *Ajenos a toda idea cristiana, se habían entregado a la magia, presentándose como hábiles y consumados maestros*.

”(...) Ambos estaban convencidos, desde hacía un tiempo, de que los Espíritus los impulsaban a dejar la Tierra, a fin de que en otro mundo, en el mundo supraterebral, gozaran de una mayor suma de felicidad. Como, en efecto, no dudaban de que así sería, consumaron con la mayor sangre fría un doble suicidio, que actualmente es causa de un gran escándalo en la ciudad de Tours.

”(...) Así es hoy el suicidio que tenemos para constatar como resultado del espiritismo y de *su doctrina*. Ayer eran casos de locura, sin hablar de los desórdenes domésticos y de *otros desórdenes* a los que el espiritismo ha dado lugar *con tanta frecuencia*. ¿Acaso esto no basta para que los hombres que no quieren escuchar la voz de la religión comprendan a qué peligros se exponen al entregarse a esas tenebrosas y estúpidas prácticas?”

En primer lugar, señalemos que si esos dos individuos *pretendían hacer evocaciones*, es porque no las hacían realmente, y que engañaban a los demás o se engañaban a sí mismos. Por

lo tanto, si no hacían evocaciones reales, se trataba de una quimera, y entonces no fueron los Espíritus quienes les dieron malos consejos.

Dicho matrimonio, ¿era espírita, es decir, espírita de corazón, y no solo de nombre? El artículo menciona que *eran ajenos a toda idea cristiana* y que, además, se presentaban como *hábil y consumados maestros de magia*. Ahora bien, es evidente que el espiritismo es inseparable de las ideas religiosas y, sobre todo, de las cristianas; que la negación de estas ideas implica la negación del espiritismo; que el espiritismo condena las prácticas de la magia, con las cuales no tiene nada en común; que denuncia como supersticiosa la creencia en la virtud de los talismanes, las fórmulas, los signos cabalísticos y las palabras sacramentales. Por consiguiente, esas personas no eran espíritas, pues se oponían a los principios del espiritismo. En honor a la verdad, diremos que de las informaciones obtenidas resulta que esas personas no se dedicaban a la magia, y que sin duda se quiso aprovechar la circunstancia para asociar esa palabra con el espiritismo.

El artículo dice además que, en esa casa, se formulaba a los Espíritus *preguntas de todo tipo*. El espiritismo afirma expresamente que no se debe dirigir a los Espíritus cualquier clase de preguntas; que ellos acuden para instruirnos y tornarnos mejores, y no para ocuparse de nuestros intereses materiales; que no se debe confundir el objetivo de las manifestaciones con un medio de conocer el futuro, descubrir tesoros o herencias, obtener inventos o descubrimientos científicos para ilustrarse o enriquecerse sin esfuerzo; en una palabra, que los Espíritus no acuden para decir la buenaventura. Por lo tanto, al formular a los Espíritus *preguntas de todo tipo*, lo cual es

muy real, esos individuos demostraban su ignorancia respecto del objetivo del espiritismo.

El artículo no dice que el matrimonio lucraba con esa actividad, y en efecto no lo hacía, pues de lo contrario nos remitiríamos a lo que hemos dicho cien veces acerca de esa explotación y sus consecuencias, cuya responsabilidad *legal* o de otro tipo el espiritismo serio no puede asumir, como tampoco asume la de las excentricidades de quienes no lo comprenden. No actúa en defensa de ninguno de los abusos que en su nombre podrían cometer quienes adoptaran su forma o su *máscara*, sin asimilar sus principios.

Otra prueba de que esos individuos ignoraban uno de los puntos fundamentales de la doctrina espírita radica en que el espiritismo demuestra, no mediante una simple teoría moral, sino con ejemplos numerosos y terribles, que el suicidio es severamente castigado; que quien supone que se escapa de las miserias de la vida a través de una muerte voluntaria anticipada respecto de los designios de Dios, cae en un estado mucho más infeliz. El espírita sabe, sin la menor duda, que mediante el suicidio se pasa de un estado malo pasajero, a uno peor y que puede durar mucho tiempo. Esto es lo que esos individuos habrían sabido si hubieran conocido el espiritismo. El autor del artículo, pues, al afirmar que esta doctrina conduce al suicidio, habló de algo que él mismo no conocía.

No nos sorprende en absoluto el resultado del alboroto que produjeron con este acontecimiento. Al presentarlo como una consecuencia de la doctrina espírita, despertaron la curiosidad, y cada uno quiso conocer por sí mismo esta doctrina, con la reserva de rechazarla en caso de que fuera tal como se la habían pintado. Ahora bien, reconocieron que afirmaba todo lo contrario de lo que le hacían decir. Por consiguien-

te, el espiritismo no tiene más que ganar si se lo conoce, y nuestros adversarios parecen encargarse de eso con un ardor que no podemos sino agradecerles, excepto por su intención. Si con sus diatribas causan una pequeña perturbación *local y momentánea*, de ahí no tarda en resultar un incremento de la cantidad de adeptos, pues eso es lo que vemos en todas partes.

“Así pues —nos escriben desde Tours—, si bien esos individuos creyeron que debían involucrar a los Espíritus en su fatal decisión y en sus bien conocidas excentricidades, es evidente que no comprometieron en nada al espiritismo, y que de lo ocurrido no se puede extraer ninguna conclusión contraria a la doctrina. De otro modo, habría que responsabilizar a las doctrinas más serias y sagradas de los abusos e incluso los crímenes cometidos en su nombre por unos pobres insensatos o fanáticos. La señora F... pretendía ser médium, pero todos los que la escucharon nunca pudieron tomarla en serio. Las ideas muy conocidas, la exageración y las excentricidades de ambos esposos, y sobre todo de la mujer, les cerraron implacablemente las puertas del círculo espírita de Tours, donde *no fueron admitidos ni en una sola sesión.*”

El referido periódico no se informó bien acerca de las verdaderas causas de ese suicidio. Nosotros las obtuvimos a partir de elementos auténticos depositados en una escribanía de Tours, así como de una carta que el señor X..., procurador judicial, nos escribió al respecto.

Los esposos F..., entrados en años —la mujer con sesenta y dos, y el marido con ochenta—, lejos de vivir con holgura, se vieron impulsados al suicidio *tan solo por la perspectiva de la miseria*. Habían amasado una pequeña fortuna en un comercio de telas en Nueva Orleans; arruinados por la quiebra, se trasladaron a Nantes, y luego a Tours, con los pocos restos de

su naufragio. Producto de una nueva quiebra, en 1856 perdieron una renta vitalicia de 480 francos, que era su principal fuente de recursos. Ya en tres oportunidades habían intentado suicidarse, y mucho antes de que se hablara del espiritismo. Últimamente, perseguidos por antiguos acreedores, un juicio desfavorable acabó por arruinarlos y hacerles perder el valor y la razón.

La siguiente carta, escrita por la señora F... antes de morir, y que se encuentra entre los elementos antes mencionados, con la firma del presidente del tribunal, *ne varietur*, permite conocer el verdadero motivo del suicidio. La transcribimos textualmente con la ortografía original:

“Señor y señora B..., antes de irme al cielo, quiero entenderme con vosotros una última vez, tened a bien aceptar mi último adiós, aunque espero que volvamos a vernos, como me voy antes que vosotros, voy a guardaros el lugar paracuando llegue el momento, quiero haceros parte de nuestro proyecto, desde nuestras adversidades hemos alimentado en nuestro corazón, un dolor que no pudo borrarse, es más que un malestar, todo me resulta una carga, tengo constantemente el corazón lleno de amargura, tengo que deciros que desde hace seis años que el caso de nuestro negocio no termina todavía, tal vez haya que pagar todavía dos mil francos como vemos que no podremos salir sino con grandes privaciones que siempre hay que volver a empezar sin ver el final, hay que terminarlo, ahora somos viejos las fuerzas comienzan a abandonarnos, el valor falta, la partida ya no es igual, hay que terminarlo y nosotros llegamos a la determinación. Os ruego que aceptéis mi votos muy sinceros. Señora F...”

Actualmente, en Tours saben a qué atenerse respecto de las verdaderas causas de ese acontecimiento, y el alboroto que

han provocado termina por beneficiar al espiritismo, porque –según dice nuestro corresponsal– se habla de esa doctrina en todas partes, quieren saber con exactitud qué es, y desde entonces las librerías de la ciudad han vendido más libros espíritas que nunca.

Es realmente curioso ver el tono lamentable de algunos, la cólera furibunda de otros, y en medio de todo eso al espiritismo, que prosigue su marcha ascendente como un soldado que acomete sin miedo a la metralla. Los adversarios, al notar que la burla resulta impotente, después de haber dicho que se trataba de un fuego fatuo, ahora dicen que es un perro rabioso.

VARIEDADES

Leemos en *Le Siècle* [*El Siglo*] del 23 de marzo de 1862:

“Los esposos C..., residentes en la rue Notre-Dame de Nazareth, tenían dos hijos: un niño de quince meses y una niña de cinco años, a la que nunca había visto nadie, porque nadie ingresaba en la casa. Solo una vez la vieron, amarrada por las axilas y colgada de una puerta, y a menudo se escuchaba su llanto saliendo de la vivienda. Corrió el rumor de que era objeto de malos tratos. El comisario de policía debió usar la fuerza para ingresar en el domicilio.

”Las personas que lo acompañaron fueron testigos de un espectáculo horroroso. La pobre niña estaba sin camisa y sin medias, cubierta apenas con un vestidito indiano de una mugre repulsiva. La carne de sus pies había llegado a adherirse al cuero de los zapatos. Estaba sentada en una pequeña escupi-

dera, atada a un baúl con cuerdas que pasaban por las manijas de dicho mueble. De la investigación resultó que había estado en esa posición durante varios meses, lo cual le produjo una hernia de recto. Los padres se levantaban durante la noche para atormentar a la víctima: la despertaban a los golpes, la mujer con tenazas y el mango de un plumero, y el marido con una cuerda. Indagado por el comisario, el marido respondió: ‘Señor, *yo soy muy religioso*; mi hija hacía mal sus plegarias, y por eso debía corregirla.’”

¿Qué diría el autor del artículo citado más arriba a propósito de los suicidas de Tours, si se imputara a la religión esta barbarie cometida por personas que se dicen muy religiosas? ¿O a propósito de esa madre que mató a sus cinco hijos para enviarlos más rápido al Cielo? ¿O de esa joven sirvienta que tomó al pie de la letra la máxima de Cristo: “Si vuestra mano derecha os escandaliza, cortadla”, y se arrancó la mano de un hachazo?¹⁸ Respondería que no basta con decirse religioso, sino que es necesario serlo en el buen sentido, y que no hay que extraer una consecuencia general a partir de un hecho aislado. Por nuestra parte, esa es también nuestra opinión, de modo que le enviamos esta respuesta con motivo de sus imputaciones contra el espiritismo, a propósito de las personas que solo lo adoptan de nombre.

18. Véanse estos mismos ejemplos en el capítulo XI de la “Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas”, Buenos Aires: CEA, 2024. (N. del T.)

“Los Espíritus y el espiritismo”

por el señor Flammarion

(Extraído de *La Revue Française*.)

Con este título, el señor Flammarion, autor del opúsculo *La pluralidad de mundos habitados*, cuya reseña efectuamos en el número de enero último, acaba de publicar en *La Revue Française*, del mes de febrero de 1863¹⁹, el primero de tres interesantes artículos cuyo inicio presentamos aquí. Este trabajo, que le fuera solicitado por la dirección de dicha publicación —revista literaria importante y muy difundida—, es una exposición de la historia y los principios del espiritismo. Su extensión le asigna casi la importancia de una obra especial, pues su primer artículo cuenta con veintitrés páginas (grande in-8º). El autor consideró que debía, hasta cierto punto, omitir su opinión acerca del tema, y mantenerse en un terreno de algún modo neutral, limitándose a la exposición imparcial de los hechos, a fin de que el lector conserve plena libertad de apreciación. Comienza así:

“En un siglo en el que la metafísica se cayó de su elevado pedestal, en el que la idea religiosa pretendió librarse de todo dogma y de cualquier culto especial, en el que la propia filosofía cambió su manera de razonar para vincularse al positivismo de la ciencia experimental, una doctrina espiritualista llegó para ofrecerse a los hombres, y estos la recibieron. Esa doctrina les propuso un símbolo de creencia, y ellos lo adoptaron; les mostró un camino nuevo que conduce a regiones inexploradas, y ellos lo recorrieron. Así es como esta doctrina,

19. *La Revue Française*, rue d'Amsterdam, 35. Precio: 20 francos por año. Cada entrega mensual de 120 páginas: 2 francos.

basada en las manifestaciones de seres invisibles, se ha elevado –apenas salida de la cuna– más allá de las afecciones ordinarias de la vida, y se propagó universalmente entre los pueblos del viejo y del nuevo mundo. ¿En qué consiste, pues, ese soplo poderoso bajo cuyo impulso tantas cabezas pensantes han dirigido la mirada hacia el mismo punto del cielo?

”Vana utopía o ciencia real, señuelo fantástico o verdad profunda, el acontecimiento está ahí, ante nuestros ojos, y nos muestra el estandarte del espiritismo, que actualmente reúne alrededor suyo una gran cantidad de paladines, millones de defensores. Y esa cantidad prodigiosa se ha acumulado en el espacio estrecho de diez años.

”Presenciamos, pues, un acontecimiento nuevo; se trata de un hecho indiscutible. Ahora bien, sea cual fuere en principio la frivolidad o la importancia de ese acontecimiento, no será inútil estudiarlo en sí mismo, a fin de que sepamos si tiene derecho a nacer entre los hijos del progreso, si su camino es paralelo al movimiento de las ideas progresivas, o si no tenderá –como algunos afirman– a hacernos retroceder hacia creencias anticuadas y poco dignas de consideración.

”Y como para razonar acerca de cualquier tema es importante que ante todo se lo conozca bien, para no exponerse a apreciaciones erróneas, nos ocuparemos de examinar sucesivamente los *hechos* en los que el espiritismo se apoya, la base en la que construye la teoría de su enseñanza, y en qué consiste sumariamente esta ciencia. Observemos que aquí se trata de *hechos*, y no de sistemas especulativos u opiniones arriesgadas. Porque, por más maravillosa que sea la cuestión que nos ocupa, el espiritismo no deja de apoyarse pura y simplemente en la observación de los hechos. Si fuera de otro modo, si solo se tratara de una nueva secta religiosa, de una nueva escuela filosófica, tendrí-

mos por cierto que ese acontecimiento perdería gran parte de su importancia, y que los hombres serios de la época actual, en su mayoría discípulos del método baconiano, no habrían perdido su tiempo en el examen de una cuestión puramente teórica. Ya se han registrado bastantes utopías en el libro de la debilidad humana, para que se abandone el intento de recoger los delirios que cerebros exaltados conciben y proclaman a diario.

”Ahora abordaremos, francamente y sin segundas intenciones, esta ciencia doctrinaria acerca de la cual se ha hablado muy bien y muy mal, tal vez porque no se la estudió lo suficiente. En esta exposición comenzaremos por el origen de su historia moderna –porque el espiritismo tiene su historia antigua–, y daremos a conocer los fenómenos sucesivos que lo han establecido definitivamente. Siguiendo el orden natural de los hechos, examinaremos el efecto antes de remontarnos a la causa”.

A continuación, el autor presenta la historia de las primeras manifestaciones en América, su introducción en Europa, y su conversión en doctrina filosófica.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Tarjeta de visita del señor Jobard

(Sociedad espírita de París, 9 de enero de 1863.

Médium: señor d’Ambel.)

En el día de hoy, vengo a haceros mi visita de confraternidad, a la vez que presentaros a un viejo camarada de colegio, con el que acaban de enriquecerse nuestras legiones etéreas.

Acogedlo, pues, como a un nuevo fervoroso partidario de la verdad nueva. Si bien en vida no fue un espírita auténtico, puedo afirmar que nunca se pronunció abiertamente en contra de nuestras creencias. Incluso diría que, en el fondo de su conciencia, veía en ellas, para el futuro, la salvaguarda de todas las religiones. Más de una vez en su vida, tuvo la insigne ventura de sentir la iluminación interior que le mostraba el camino de la verdad cuando la incertidumbre se encontraba a punto de invadir su alma. De tal modo, cuando hace apenas algunas horas nos encontramos para darnos un fraternal apretón de manos, él me dijo con su tierna sonrisa: “¡Amigo, teníais razón!”

Si no se prestó al desarrollo de nuestras ideas, fue porque la intuición mediúmnic que actuaba en él le dio a entender que no habían llegado la hora ni el momento, y que habría corrido peligro al hacerlo en medio de las graves complicaciones de su ministerio y entre un rebaño tan difícil de conducir como el suyo.

Ahora, que se ha liberado de las preocupaciones de la vida terrestre, no puede sentirse más dichoso de asistir a una de vuestras sesiones; porque hacía mucho que tenía esa ambición de venir a sentarse entre vosotros. Muy a menudo tuvo el deseo de visitar a nuestro querido presidente, por el cual cultivaba una estima muy particular, además de valorarlo por la cantidad de almas que sus libros y sus enseñanzas reconducen, si no al seno de la Iglesia, al menos a la creencia y al respeto a Dios, así como a la certeza de la inmortalidad. Con todo, debo decir que, cuando fui a visitarlo, aparte de recibirme con la efusión de un antiguo discípulo, a mi fervor por convertirlo –tal vez exagerado– opuso la famosa razón de Estado,

ante la cual debí inclinarme. No obstante, al despedirme, me dijo estas simpáticas palabras: *Se non è vero, è ben trovato*.

Ahora, que ha llegado para unirse a nuestras falanges, y que ya no lo retienen los mismos escrúpulos, hace votos por el éxito de nuestra obra, y mira con regocijo el porvenir que esa obra promete a la humanidad. Contempla con una alegría inefable la tierra prometida a las nuevas generaciones, o mejor dicho, a las viejas generaciones que ya han luchado tanto, y prevé la hora bendita en que sus sucesores enarbolarán resolutos esa nueva bandera de la fe galicana: ¡el espiritismo!

Comoquiera que sea, mi querido presidente y mis amados colegas, he tenido el honor de recibir en las puertas de la vida a este venerable amigo, y estoy orgulloso de presentarlo ante vosotros. Él me solicita que os asegure toda su simpatía y os diga que seguirá con mucho interés vuestros trabajos y vuestros estudios. A la dicha de ser su intérprete aquí, agrego la de presentaros las felicitaciones de una legión de grandes Espíritus que siguen asiduamente vuestras sesiones. Así pues, os traigo, en mi nombre y en el de ellos, el tributo de nuestra estima y los votos que hacemos por el éxito de la gran causa.

¡Adelante! Dentro de poco la Tierra no contará entre sus habitantes más que con algunos raros humaniales. Estrecho la mano de Allan Kardec en nombre de todos vuestros amigos de ultratumba, entre los cuales os ruego que me consideréis uno de los más dedicados.

JOBARD

* * *

Sed severos para con vosotros mismos e indulgentes para con vuestros hermanos

(1.^a *Homilía.*)

(Sociedad espírita de París, 9 de enero de 1863.

Médium: señor d'Ambel.)

Es la primera vez que me presento aquí para conversar con vosotros, mis queridos hijos. Me hubiera gustado elegir un médium más afín a los sentimientos que han sido el motor de toda mi vida terrestre, así como más apto para prestarme una colaboración religiosa. No obstante, dado que san Agustín ha reservado para sí durante tanto tiempo al médium cuyos materiales cerebrales me hubieran resultado más útiles, y hacia el cual me sentía inclinado, me dirijo a vosotros a través de aquel de quien se valió mi excelente discípulo Jobard, a fin de presentarme ante vuestra filosófica sociedad.

Así pues, me costará mucho expresar hoy lo que pretendo deciros. En primer lugar, en razón de la dificultad que experimento para manipular la materia mediadora, dado que todavía no cuento con el hábito de esa propiedad de mi ser desencarnado; y luego, porque me resulta difícil lograr que mis ideas fluyan de un cerebro que no las admite en su totalidad. Dicho esto, abordaré mi tema.

Un ingenioso jorobado de la antigüedad decía que los hombres de su tiempo llevaban una alforja doble: el bolsillo de atrás contenía sus defectos e imperfecciones, mientras que el de adelante recibía los defectos ajenos. Esto es lo que más tarde el Evangelio referiría mediante la alegoría de la paja y la viga en el ojo. ¡Dios mío! Hijos míos, ya sería hora de que las bolsas de la alforja cambiaran de lugar. Los espíritas sinceros son quienes

deben operar esa transformación, llevando del lado de adelante la bolsa que contiene sus propias imperfecciones, a fin de que las vean constantemente y de ese modo puedan llegar a corregirse; mientras dejan del otro lado la que contiene los defectos ajenos, a fin de que ya no los ate a ella una voluntad celosa y burlona. ¡Ah! ¡Cuán digno de la doctrina que profesáis, y que debe regenerar a la humanidad, será ver que sus adeptos sinceros y convencidos obran con esa caridad que proclaman y que les manda dejar de mirar la paja que entorpece la vista de su hermano y, por el contrario, ocuparse con ardor de librarse de la viga que a ellos mismos enceguece. Lamentablemente, mis queridos hijos, esa viga se ha formado con el conjunto de vuestras tendencias egoístas, de vuestras malas inclinaciones y de las faltas que acumulasteis, hacia las cuales hasta ahora —como todos los hombres— habéis profesado una tolerancia paternal demasiado grande, mientras que la mayoría del tiempo no tuvisteis más que intolerancia y severidad para con las debilidades de vuestro prójimo. Quisiera veros a tal punto liberados de esa enfermedad moral, respecto de los demás hombres, ¡oh! mis queridos espíritas, que os invito con todas mis fuerzas a que sigáis el camino que os indico. Sé bien que muchas de vuestras faltas veniales ya se han modificado en el sentido de la verdad, pero todavía veo en vosotros tanta desidia y tanta indecisión ante el bien absoluto, que la distancia que os separa del rebaño de los pecadores endurecidos y de los materialistas no es tan grande como para que el torrente no pueda arrastraros aún. ¡Ah! Os queda una ruda etapa por recorrer hasta que alcancéis las alturas de la sagrada y consoladora doctrina que mis hermanos los Espíritus os revelan desde hace ya varios años.

En la vida militante de la que acabo de salir —gracias sean dadas a Dios—, he visto tantas mentiras que se afirmaban como

verdades, tantos vicios que se mostraban como virtudes, que me alegro de haber dejado un medio en el que casi siempre la hipocresía cubría con su manto las angustias y las miserias morales que me rodeaban. Y no puedo más que felicitaros al ver que vuestras filas no se abren fácilmente ante los secuaces de esa hipocresía mentirosa.

Amigos míos, nunca os dejéis dominar por las palabras doradas. Observad y sondead los actos antes de abrir vuestras filas a los que solicitan ese honor, porque muchos falsos hermanos intentarán confundirse entre vosotros a fin de perturbaros y sembrar sordamente la división. Mi conciencia me ordena que os esclarezca, y lo hago con toda la sinceridad de mi corazón, sin cuidarme de nadie. Estáis advertidos: obrad en consecuencia a partir de ahora. Con todo, para finalizar como he comenzado, os ruego la gracia, mis muy queridos hijos, de que os ocupéis seriamente de vosotros mismos, de que expulséis de vuestro corazón los gérmenes impuros que todavía permanecen en él, de que os reforméis poco a poco, pero sin pausa, conforme a la sagrada moral espírita y, por último, de que seáis tan severos para con vosotros mismos como indulgentes debéis ser para con las debilidades de vuestros hermanos.

Si esta primera homilía deja alguna duda en cuanto a su forma, atribuidla tan solo a mi inexperiencia respecto de la mediumnidad. Lo haré mejor la próxima vez que se me permita comunicarme en vuestro medio, donde agradezco a mi amigo Jobard por haberme patrocinado. Adiós, hijos míos, os bendigo.

FRANÇOIS-NICOLAS MADELEINE

* * *

Fiesta navideña

(Sociedad espírita de Tours, 24 de diciembre de 1862.
Médium: señor N...)

Esta es la noche en que el mundo cristiano festeja la Natividad del Niño Jesús; pero vosotros, hermanos míos, también debéis regocijaros y festejar el nacimiento de la nueva doctrina espírita. La veréis crecer como a ese Niño. Llegará, como ese Niño, para esclarecer a los hombres y mostrarles el camino que deben recorrer. Pronto veréis a los reyes, quienes –al igual que los Magos– también pedirán a esa doctrina el auxilio que ya no encuentran en las ideas antiguas. Esos reyes no os traerán el incienso y la mirra, sino que se prosternarán de corazón ante las ideas nuevas del Espiritismo. ¿Acaso no veis que ya brilla la estrella que debe guiarlos? ¡Valor, pues, hermanos míos! Valor, y pronto celebraréis con el mundo entero la gran fiesta de la regeneración de la humanidad.

Hermanos míos, durante mucho tiempo habéis guardado en vuestro corazón el germen de esta doctrina. No obstante, ahora ese germen surge a la luz del día con el apoyo de un tutor sólidamente implantado, que no dejará que sus débiles ramas se quiebren. Con ese sostén providencial, crecerá día a día y se convertirá en el árbol de la creación divina. De ese árbol recogeréis frutos que no conservaréis para vosotros solos, sino también para vuestros hermanos que tengan hambre y sed de la fe sagrada. ¡Oh! Entonces, presentadles ese fruto, y decidles desde el fondo de vuestro corazón: “Venid, venid a compartir con nosotros lo que nutre a nuestro espíritu y alivia nuestros dolores físicos y morales”.

Con todo, no olvidéis, hermanos míos, que Dios ha hecho que llevéis dentro el primer germen; que ese germen creció,

y que ya se ha convertido en un árbol capaz de dar fruto. Os quedará algo para utilizar: los retoños que podréis trasplantar; pero ved antes si el terreno al que confiaréis ese germen no cubre bajo su manto algún gusano que pueda devorar lo que el Señor os ha confiado.

Firmado: SAN LUIS

Cierre de la suscripción ruanesa

Monto de la lista publicada en el número de marzo: 2 722,05 francos.

Señor V. Fourrier (Versalles): 10 fr.; señor Lux (Dôle): 2,50 fr.; señora D... (París): 5 fr.; señor C. L. (París): 30 fr.; señor Blin, cap. (Marsella): 15 fr.; señor Derivis, por el segundo grupo espírita de Albi: 16 fr.; señor Berger (Cahors): 2 fr.; señor Cuvier (Ambroise): 14 fr.; señor V... (Bayonne): 10 fr.; señor L. D... (Versalles): 2 fr.; señora Borreau (Niort): 2 fr.; señor D... (París): 3 fr.: 111,50 francos.

Total: 2 833,55 francos.

A los lectores de la *Revista*

Las circunstancias nos han forzado, desde hace algún tiempo, a dar un mayor desarrollo a los artículos de fondo y restringir las comunicaciones espíritas, debido a la necesidad

de refutar algunas cuestiones de actualidad. Pronto lograremos restablecer el equilibrio.

No cabe duda de que en nuestro periódico tratamos de incluir tanta variedad como sea posible, para satisfacer todos los gustos y un poco todas las pretensiones, pero hay cosas que tienen prioridad. Nos complace ver que por lo general se nos comprende, y que se toman en cuenta las complicaciones que surgen en nuestro trabajo, como resultado de la lucha que debemos sostener y de la incesante expansión de la doctrina, dado que nos encontramos en el centro donde confluyen todas las ramificaciones y la infinidad de hilos de esa red que actualmente abraza al mundo entero. Gracias a Dios, nuestros esfuerzos se ven coronados de éxito, y, en compensación por nuestro cansancio, las satisfacciones morales no nos faltan.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 5

Mayo de 1863

Estudio sobre los posesos de Morzine

Las causas de la obsesión y los medios de combatirla

(Quinto y último artículo.)²⁰

Conforme hemos señalado, el señor Constant llegó a Morzine con la idea de que la causa de la dolencia era puramente física. Podía tener razón, porque sería absurdo suponer *a priori* una influencia oculta para cualquier efecto cuya causa no se conoce. Según él, esa causa radica por completo en las condiciones higiénicas, climatéricas y fisiológicas de los habitantes. Por nuestra parte, estamos lejos de pretender que él volviera con una opinión contraria bien definida, porque eso no habría sido más lógico. Simplemente decimos que, con su idea preconcebida, solo vio lo que podía relacionarse con esa idea; mientras que, si entre sus opiniones se hubiera incluido

20. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, enero, febrero y abril de 1863. Véase también sobre el mismo tema el número de abril de 1862. (N. de Allan Kardec.)

la de admitir al menos la posibilidad de otra causa, habría visto otra cosa.

Toda vez que una causa es real, debe poder explicar la totalidad de los efectos que produce. Si algunos efectos la contradicen, eso se debe a que es falsa o no es la única, y en tales casos hay que buscar otra. No cabe duda de que ese es el camino más lógico. La justicia, en sus investigaciones para descubrir la criminalidad, no procede de otro modo. Si se trata de constatar un crimen, ¿llega la justicia con la idea de que ese crimen debió haberse cometido de tal o cual manera, por tal medio o tal persona? No; primero observa hasta las menores circunstancias y, remontándose desde los efectos hasta las causas, descarta las que son inconciliables con los efectos observados; así, de deducción en deducción, es raro que no llegue a la constatación de la verdad. Lo mismo ocurre con las ciencias; cuando una dificultad no tiene solución, lo más prudente es suspender el juicio. En tal caso, cualquier hipótesis es válida para intentar resolverla. Pero si esa hipótesis no resuelve la dificultad en todos los casos, es falsa: solo tendrá el carácter de una verdad absoluta si lo explica todo. De tal modo, en el espiritismo, por ejemplo, más allá de cualquier constatación material, al remontarnos desde los efectos hasta las causas, llegamos al principio de la pluralidad de las existencias como consecuencia inevitable, porque solo ese principio explica claramente lo que ningún otro ha podido explicar.

Si aplicamos esta metodología a los hechos de Morzine, es fácil ver que la causa única admitida por el señor Constant está lejos de explicarlo todo. Él constata, por ejemplo, que las crisis finalizan por lo general a partir de que los enfermos se encuentran fuera del territorio de la comuna. Por lo tanto, si la enfermedad se debe a la constitución linfática y a la mala

alimentación de los habitantes, ¿a qué se debe que esta causa deje de actuar cuando ellos cruzan el puente que los separa de la comuna vecina? Si las crisis nerviosas no estuvieran acompañadas por algún otro síntoma, no cabe duda de que, según parece, se las podría atribuir a un estado constitucional, pero hay fenómenos que ese estado no podría explicar de por sí.

El espiritismo nos ofrece aquí una comparación sorprendente. Al comienzo de las manifestaciones, cuando se observó que las mesas giraban, daban golpes, se levantaban, se elevaban en el espacio sin un punto de apoyo, la primera idea consistió en que eso podía ocurrir debido a la acción de la electricidad, del magnetismo, o de otro fluido desconocido. En esa suposición no había nada irracional, por el contrario: era muy probable. No obstante, cuando se observó que esos mismos movimientos daban señales inteligentes, manifestaban una voluntad propia, espontánea e independiente, la primera hipótesis ya no podía resolver esa etapa del fenómeno, de modo que fue necesario abandonarla y reconocer en un efecto inteligente una causa inteligente. ¿Cuál era esa inteligencia? Se llegó a ella también por el camino de la experimentación, y no a través de un sistema preconcebido.

Citemos otro ejemplo. Cuando Newton, al observar la caída de los cuerpos, notó que estos lo hacían en la misma dirección, buscó la causa y elaboró una hipótesis. Esa hipótesis resolvía todos los casos del mismo género, de modo que se convirtió en la ley de gravitación universal, ley puramente mecánica, porque todos los efectos eran mecánicos. No obstante, supongamos que, al observar la caída de una manzana, esta hubiera obedecido a su voluntad; que, bajo sus órdenes, en vez de caer, se hubiera elevado, para luego dirigirse a la derecha o a la izquierda, detenerse o ponerse en movimiento;

que, mediante alguna señal, hubiera dado alguna respuesta a su pensamiento. En tal caso, Newton se habría visto forzado a reconocer algo más que una ley mecánica, es decir que, si bien la manzana no era inteligente de por sí, debía obedecer a una inteligencia. Eso es lo que ocurrió con las mesas giratorias, y lo mismo ocurre con los enfermos de Morzine.

Para limitarnos tan solo a los hechos observados por el propio señor Constant, preguntaremos: ¿de qué modo una mala alimentación y un temperamento linfático pueden producir antipatía religiosa en personas naturalmente religiosas e incluso devotas? Si fuera un hecho aislado, podría tratarse de una excepción, pero se reconoce que es general y que constituye uno de los caracteres de la enfermedad, allí y en otras partes. Este es un efecto; buscad la causa. ¿No la conocéis? En tal caso, reconocedlo; pero no digáis que se debe a que los habitantes comen papas y pan negro, ni a su ignorancia y su mente estrecha, porque se os opondrá el mismo efecto en personas que viven en la abundancia y han recibido instrucción. Si bastara con el confort para curar la impiedad, nos asombraría encontrar tantos impíos y blasfemos entre las personas que no se privan de nada.

¿Acaso el régimen higiénico explicará mejor este otro hecho, no menos característico y general, del sentimiento de dualidad que se traduce de una manera inequívoca en el lenguaje de los enfermos? Por cierto que no. Siempre es un tercero el que habla; siempre hay una distinción entre ese tercero y la joven enferma, lo cual es un hecho constante en los individuos que se encuentran en la misma situación, sin importar la clase social a la que pertenezcan. Los remedios son ineficaces por una buena razón: ocurre que son buenos —como dice ese tercero— para la joven, es decir, para el ser corporal, pero no

para el otro ser, para ese que no se ve y que podría inducirla a obrar, forzarla, subyugarla, vencerla, y valerse de sus miembros para golpear y de su boca para hablar. El señor Constant dice que no observó nada que justifique la idea de una posesión, pero los hechos estaban ante sus ojos, y él mismo los refiere. ¿Acaso esos hechos pueden explicarse mediante la causa que él les atribuye? No; por lo tanto, esa causa no es verdadera. El señor Constant observó efectos morales, de modo que debía buscar una causa moral.

Otro médico, el doctor *Chiara*, que también visitó Morzine, ha publicado su parecer²¹ tras constatar personalmente los mismos fenómenos y síntomas que el señor Constant. Para él, como para este último, los Espíritus malignos están en la imaginación de los enfermos. En su relación, hemos encontrado el hecho siguiente, a propósito de una enferma:

“El acceso comienza con hipo y movimientos de deglución, más la inclinación y el enderezamiento alternativos de la cabeza hacia el tronco. Luego, tras varias contorsiones, que otorgan a su rostro tan dulce una expresión espantosa, ella exclama: ‘—¡S... médico, soy el diablo..., tú quieres que yo salga de esta niña, pero no te temo..., hace cuatro años que la poseo: ella es mía y me quedará dentro de ella!’. Le pregunto: ‘—¿Qué haces en esta niña?’. Me respondió: ‘—La atormentó’. ‘—¿Y por qué, desgraciado, atormentas a una persona que no te ha hecho ningún daño?’ ‘—Porque me pusieron aquí para atormentarla.’ ‘—¡Eres un canalla! —le dije—. Aquí me detengo, aturdido por una avalancha de insultos e imprecaciones”.

21. Véase *Los diablos de Morzine*, editorial Megret, quai de l’Hôpital, 51, en Lyon. (N. de Allan Kardec.)

Respecto de otra enferma, el doctor dice:

“Tras algunos instantes de una escena muda, de una pantomima más o menos expresiva, nuestra posesa comienza a decir horribles palabrotas. Lívida de rabia, nos insulta con una furia sin igual. Sin embargo —digámoslo de inmediato—, no es la niña quien se expresa de ese modo, sino el diablo que la posee y que, mediante los órganos vocales de ella, habla en nombre propio. Respecto de nuestra energúmena, ella no es más que un instrumento pasivo en el que la noción del *yo* queda anulada por completo. Cuando se la interroga directamente, se queda muda: solo Belcebú responderá.

”Por último, unos tres minutos después, ese drama espantoso concluye de repente como por encanto. La niña B... recupera su aire tranquilo, del modo más natural del mundo, como si no hubiera pasado nada. Antes tejía, y ahora retoma el tejido, como si nunca hubiera interrumpido esa tarea. La interrogo, y me responde que no siente ningún cansancio y que no recuerda nada. Le menciono los insultos que nos dirigió: ella los ignora; pero se muestra contrariada por eso y nos pide disculpas.

”En todos esos enfermos, la sensibilidad general queda completamente anulada. Se los puede pellizcar, pinchar, quemar, pero no sienten nada. A una de ellas le formé un pliegue en la piel y lo atravesé de un lado a otro con una aguja común: la sangre fluyó, pero ella no sintió nada.

”En Morzine también observé varios de esos enfermos fuera del estado de crisis. Se trata de jovencitas corpulentas y saludables, en la plenitud de sus facultades físicas y morales. Al verlas, era imposible suponer que en ellas existiera la menor afección”.

Esto contrasta con el estado raquítrico, enclenque y enfermizo que el señor Constant creyó notar. En cuanto al fenómeno de la insensibilidad durante las crisis, y como se ha podido observar, no es la única conexión que esos hechos presentan respecto del estado cataléptico, el sonambulismo y la doble vista.

A partir de todas sus observaciones, el doctor Chiara concluye con esta definición de la dolencia:

“Se trata de un conjunto mórbido, formado de diferentes síntomas, compatibles en parte con el cuadro patológico de las enfermedades nerviosas y mentales. En una palabra, es una afección *sui generis*, para la cual conservaré –sin conceder demasiada importancia a las denominaciones– el nombre de *histerodemonía*, que ya se le ha dado”.

Es el momento de decir: “El que tenga oídos que oiga”. Afirmar que se trata de un mal particular, formado de diferentes partes, y cuya fuente está un poco por doquier, equivale a decir: “Es un mal que no comprendo”. Estamos de acuerdo en que se trata de una dolencia *sui generis*, pero ¿cuál es ese género de dolencia respecto del que ni siquiera sabéis qué nombre darle?

Podríamos demostrar, mediante otras conexiones, la insuficiencia de una causa puramente material para explicar la dolencia de Morzine, pero nuestros lectores lo harán por sí mismos. Los remitimos a nuestros artículos precedentes acerca de este tema, a lo que decimos sobre cómo se opera la acción de los Espíritus obsesores, sobre los fenómenos que resultan de esa acción, y entonces la analogía resaltará con toda evidencia. Si los habitantes de Morzine creen que el tercero que interviene es el diablo, eso se debe a que les han dicho que es el diablo, y a que solo conocen eso. Además, sabemos

que algunos Espíritus de bajo nivel se divierten adoptando nombres infernales para asustar. En vez de esos nombres, poned en su boca la palabra *Espíritu* o, mejor dicho, *Espíritus malos*, y veréis la reproducción idéntica de todas las escenas de obsesión y de subyugación que hemos referido. No cabe duda de que, en una región en la que prevaleciera la idea del espiritismo, si hubiera surgido una epidemia semejante, los enfermos habrían creído que eran afectados por Espíritus malos, en cuyo caso algunas personas los habrían tomado por locos. Pero lo que se dice es que se trata del diablo, o que es una afección nerviosa. Veamos lo que habría ocurrido en Morzine si el conocimiento del espiritismo hubiera precedido la invasión de esos Espíritus: los adversarios de esta doctrina se habrían indignado y la habrían hecho responsable de la dolencia. Sin embargo, la Providencia no ha querido darles esa satisfacción pasajera, sino que, por el contrario, ha querido demostrar que esos adversarios son impotentes para combatir la dolencia con los medios ordinarios.

A fin de cuentas, recurrieron al alejamiento de los enfermos, que fueron internados en los hospitales de Thonon, Chambéry, Lyon, Mâcon, etc. Era un buen recurso, porque, cuando se los trasladó a todos, pudieron presumir de que ya no había enfermos en la región. Esa medida habría podido fundarse en un hecho observado: el cese de las crisis fuera de la comuna; pero en realidad se basaba en otra consideración: el aislamiento de los enfermos. Por otra parte, la opinión del señor Constant es categórica, cuando dice: “Debería haber una especie de lazareto en el que sea posible ocultar, tan pronto como aparezcan, los desórdenes morales y nerviosos cuya propiedad contagiosa quede establecida, conforme señala mi viejo amigo el doctor Bouchut. A la espera de algo mejor, ese

lazareto es el asilo de alienados. Ese es el único lugar realmente adecuado para el tratamiento racional y completo de los enfermos de que me ocupo, tanto si se admite que su dolencia es una forma, una variedad de alienación, como si se pretende que no son algún tipo de alienados. Es necesario provocar en ellos cierto grado de intimidación, ocupar su mente de tal modo que tengan el menor tiempo posible para sus preocupaciones; sustraerlos por completo de cualquier influencia religiosa irreflexiva y desmesurada, de conversaciones, consejos u observaciones susceptibles de preservar su error, que, por el contrario, debe ser combatido a diario; suministrarles un régimen de alimentación adecuado; y por último, para obligarlos a someterse a dichas prescripciones, podrá ser útil asociar a estas un tratamiento puramente moral, y contar con los medios de ejecución. ¿Podremos encontrar reunidas esas condiciones necesarias, esenciales, en otra parte que no sea un asilo? Algunos temieron que esos enfermos entraran en contacto con los verdaderos alienados; ese contacto habría sido menos adverso de lo que se supone, y habría resultado fácil, al fin y al cabo, destinar provisoriamente un pabellón para los enfermos de Morzine. Si la aglomeración de estos hubiera tenido algunos inconvenientes, se habría podido encontrar compensaciones en la propia reunión, y estoy convencido de que tan solo el nombre de asilo, de casa de locos, habría generado más de una curación, y de que habrían sido pocos los diablos que no se hubieran escapado ante la amenaza de una ducha”.

Por nuestra parte, estamos lejos de compartir el optimismo del señor Constant respecto de la inocuidad del contacto con los alienados, así como de la eficacia de las duchas en tales casos. Estamos persuadidos, por el contrario, de que semejante régimen puede llegar a producir una auténtica locura allí

donde solo hay una locura aparente. Ahora bien, notad que fuera de las crisis, los enfermos conservan el buen sentido y están sanos de cuerpo y mente. Por lo tanto, en ellos hay tan solo una perturbación pasajera, que no tiene ninguno de los caracteres de la locura propiamente dicha. El cerebro de estos enfermos, necesariamente debilitado por los ataques frecuentes que experimenta, sería aún más fácilmente impresionado por la visión de los locos y por la sola idea de estar entre locos. El señor Constant atribuye el desarrollo y la preservación de la enfermedad a la imitación, a la influencia de las conversaciones que los enfermos mantienen entre sí, ¡pero aconseja relacionarlos con locos o aislarlos en un pabellón de hospital! ¿Acaso no estamos ante una contradicción evidente? ¿Será esto lo que él considera un tratamiento moral?

Para nosotros, la dolencia se debe a una causa por completo diferente, y requiere otros medios curativos. Su origen se encuentra en la reacción incesante que existe entre el mundo visible y el mundo invisible que nos rodea y en medio del cual vivimos, es decir, entre los hombres y los Espíritus, que no son otra cosa sino las almas de los que han vivido, y entre los cuales los hay buenos y malos. Esta reacción es una de las fuerzas, una de las leyes de la naturaleza, y produce una infinidad de fenómenos psicológicos, fisiológicos y morales, que no han sido debidamente comprendidos porque la causa era desconocida. El espiritismo nos da a conocer esa ley, y a partir de que un efecto queda sometido a una ley de la naturaleza, no tiene nada de sobrenatural. Dado que vivimos en medio de ese mundo, que no es tan inmaterial como se supone —ya que esos seres, aunque invisibles, tienen cuerpos fluídicos semejantes a los nuestros—, sentimos su influencia. La de los Espíritus buenos es saludable y benéfica, en tanto que la de

los Espíritus malos es perniciosa, como el contacto de las personas perversas en la sociedad.

Por consiguiente, afirmamos que, en Morzine, una nube de esos seres invisibles malvados se abatió momentáneamente sobre dicha *localidad*, como ocurrió en muchas otras, y que no se los expulsará con duchas ni con una alimentación succulenta. Algunos los denominan *diablos* o *demonios*; nosotros los denominamos simplemente *Espíritus malos* o *Espíritus inferiores*, lo cual no implica que su calidad sea mejor, pero que es muy diferente respecto de las consecuencias, atento a que la idea relacionada con los demonios es la de que son seres aparte, fuera de la humanidad, y perpetuamente dedicados al mal, en tanto que los Espíritus malos no son sino las almas de los hombres que han sido malos en la Tierra, pero que un día llegarán a mejorar. Al presentarse en esa localidad, ellos hacen, como Espíritus, lo mismo que hubieran hecho en vida, es decir, el mal propio de una banda de malhechores. Por lo tanto, hay que expulsarlos como se lo haría con un grupo de enemigos.

En la naturaleza de esos Espíritus está su antipatía hacia la religión, porque temen el poder de esta —como los criminales sienten aversión hacia la ley y los jueces que los condenan—, y experimentan esos sentimientos a través de sus víctimas: verdaderos médiums inconscientes que dicen estrictamente la verdad cuando afirman que apenas son el eco de esos Espíritus. El paciente queda reducido a un estado pasivo; se encuentra en la situación de un hombre dominado por un enemigo más fuerte, que lo obliga a hacer su voluntad. El *yo* del Espíritu extraño neutraliza momentáneamente el *yo* personal; se trata de una subyugación obsesiva, y no de una posesión.

“¡Qué absurdo!”, dirán algunos doctores. Podrá ser tan absurdo como queráis, pero actualmente existe una gran can-

tidad de médicos que lo considera una verdad. Llegará un tiempo, menos distante de lo que se supone, en que la acción del mundo invisible será reconocida de manera general, de modo que la influencia de los Espíritus malos será incluida entre las causas patológicas. Se tomará en cuenta el importante papel que desempeña el periespíritu en la fisiología, y un nuevo camino hacia la cura se abrirá para una infinidad de enfermedades consideradas incurables.

“De ser así –nos preguntarán–, ¿a qué se debe la inutilidad de los exorcismos?” Esa inutilidad demuestra una cosa: que los exorcismos tal como se los practica no valen más que las medicinas, dado que su eficacia no radica en el acto exterior, en la virtud de las palabras y de los signos, sino en el ascendiente moral que se ejerce sobre los Espíritus malos. ¿Acaso los enfermos no decían que no necesitaban remedios, sino santos sacerdotes? ¿Acaso no los insultaban diciendo *que no eran suficientemente santos para ejercer su acción sobre los demonios*? ¿Sería la alimentación a base de papas lo que les hacía hablar de ese modo? No, sino la intuición de la verdad. La ineficacia del exorcismo en tales casos ha sido constatada por la experiencia. ¿A qué se debe esa ineficacia? A que el exorcismo consiste en ceremonias y fórmulas de las que los Espíritus malos se ríen, mientras que ceden al ascendiente moral que se les impone. Ven que se los quiere dominar con medios impotentes, de modo que tratan de mostrarse más fuertes. Son como el caballo asustadizo que arroja de la montura al jinete inexperto, mientras que se somete cuando encuentra a su amo.

“En una de esas ceremonias –dice el doctor Chiara–, que tuvo lugar en la iglesia donde se había reunido a todos los enfermos, se produjo un horrible tumulto. Todas esas mujeres entraron en crisis simultáneamente, y comenzaron a derribar

y romper los bancos de la iglesia, a revolcarse por el suelo, en medio de los niños y los hombres, que en vano se esforzaban por contenerlas. Proferían reniegos espantosos, increíbles. Interpelaban al sacerdote en los más injuriosos términos.”

Las ceremonias públicas de exorcismo dejaron de realizarse a partir de ese momento, pero fueron a exorcizar a domicilio, a cualquier hora del día o de la noche, lo cual no dio mejores resultados, de modo que renunciaron definitivamente a tal práctica.

Hemos citado varios ejemplos de la eficacia del poder moral en esos casos, y si no contáramos con numerosas pruebas a la vista, bastaría con recordar el que ejercía Cristo, quien para expulsar a los demonios no tenía más que ordenarles que se retiraran. Comparad en el Evangelio a los posesos de esa época con los de la actualidad, y veréis una similitud sorprendente. Vosotros diréis que “Jesús los curaba con milagros”. De acuerdo, pero el que sigue es un hecho que no podréis considerar milagroso, y menos aún porque ocurrió entre los cismáticos.

El señor A..., de Moscú, que no leyó nuestro relato, nos contó hace pocos días que, en sus propiedades, los habitantes de una aldea habían sufrido una dolencia por completo semejante a la de Morzine. Las mismas crisis, convulsiones y blasfemias, los mismos insultos contra los sacerdotes, los mismos efectos del exorcismo, la misma impotencia de la ciencia médica. Uno de sus tíos de Moscú, el señor R..., poderoso magnetizador y hombre de bien por excelencia, de corazón muy piadoso, viajó para ver a esos desdichados, y pudo detener las más violentas convulsiones tan solo con la imposición de las manos, a la que siempre sumaba una ferviente plegaria. Mediante la reiteración de dicho acto, logró curar a casi todos de forma drástica.

Este no es el único ejemplo. ¿De qué modo se pueden explicar dichas curas, si no es mediante la influencia magnética con el apoyo de la plegaria: un remedio que los materialistas usan poco, porque no lo encuentran en la farmacopea ni en las droguerías? Un remedio que, no obstante, es poderoso cuando parte del corazón y no de los labios, sobre la base de una fe viva y un ardiente deseo de hacer el bien. Al describir la obsesión en nuestros primeros artículos, explicamos la acción fluídica que se ejerce en esa circunstancia, y de ahí concluimos, por analogía, que habría sido un poderoso auxiliar en Morzine.

Sea como fuere, la dolencia parece haber llegado a su fin, a pesar de que las condiciones de la región siguen siendo las mismas. ¿Por qué razón? Esto es lo que no se nos permite decir aún. No obstante, como se reconocerá más adelante, habrá servido para la causa del espiritismo más de lo que se supone, aunque más no sea para demostrar, mediante un gran ejemplo, que quienes no lo conocen no están a salvo de la acción de los Espíritus malos, y que los medios ordinarios empleados para expulsarlos son impotentes.

Por último, deseamos llevar tranquilidad a algunos habitantes de la región respecto de la supuesta influencia que algunos de ellos habrían podido ejercer como *causantes del mal*, según ellos dicen. La creencia en los hechiceros debe ser relegada a las creencias supersticiosas. Que sean de corazón piadoso, y que las personas encargadas de conducirlos se esfuercen en elevarlos moralmente, son el medio más seguro de neutralizar la influencia de los Espíritus malos, así como de impedir que se repita lo que ocurrió. Los Espíritus malos se dirigen tan solo a aquellos respecto de los cuales saben que pueden dominarlos, y no a aquellos cuya superioridad moral—no decimos intelectual— los protege contra sus ataques.

Aquí se presenta una objeción muy natural que es útil prevenir. Tal vez se nos pregunte por qué no todos los que hacen el mal son víctimas de una posesión. Responderemos que las personas que hacen el mal sufren de otra manera la influencia perniciosa de los Espíritus malos, cuyos consejos escuchan, y serán castigadas con tanta mayor severidad cuanto mayor conocimiento de causa hayan tenido respecto de su proceder. Para alejar a los Espíritus malos no creáis en la virtud de ningún talismán, de ningún amuleto o signo, así como de ninguna palabra. La pureza de corazón y de intención, el amor a Dios y al prójimo, son el mejor talismán, porque impiden que esos Espíritus dominen nuestras almas.

Veamos la comunicación que ha transmitido sobre este tema el Espíritu de san Luis, guía espiritual de la Sociedad de París:

“Los posesos de Morzine se encuentran realmente bajo la influencia de Espíritus malos que fueron atraídos hacia esa región por causas que vosotros conoceréis un día, o, mejor dicho, que vosotros mismos reconoceréis. El conocimiento del espiritismo hará que allí predomine la influencia buena sobre la mala. Es decir que los Espíritus sanadores y consoladores, atraídos por fluidos simpáticos, reemplazarán la maligna y cruel influencia que asola esa población. El espiritismo está llamado a prestar grandes servicios. Será el sanador de esos males cuya causa no se conocía con anterioridad, y ante la cual la ciencia se mantiene impotente. Sondeará las plagas morales y les prodigará un bálsamo reparador. Al lograr que los hombres lleguen a ser mejores, apartará de ellos a los Espíritus malos que son atraídos por los vicios de la humanidad. Si todos los hombres fueran buenos, los Espíritus malos se alejarían de ellos, porque sabrían que sería imposible inducir-

los al mal. La presencia de los hombres de bien los ahuyenta, en tanto que los hombres viciosos los atraen. En el caso de los Espíritus buenos, ocurre a la inversa. Por consiguiente, sed buenos si pretendéis que os acompañen los Espíritus buenos”. (Médium: señora Costel.)

Algunas refutaciones

Desde varios lugares nos comunican nuevas prédicas en contra del espiritismo, todas ellas con el mismo espíritu de las que ya hemos referido, y como siempre constituyen la variante de un mismo pensamiento, en términos más o menos escogidos, nos parece superfluo analizarlas. Nos limitaremos a destacar algunos párrafos, seguidos de nuestras reflexiones.

“Hermanos míos, soy un cristiano que le habla a cristianos, y como tales tenemos derecho a asombrarnos de ver que el espiritismo crece entre nosotros. ¿Qué es el espiritismo —os pregunto—, sino un conjunto de *horrores* que solo la locura puede justificar?”

No tenemos nada que responder a esto, salvo que ninguna de las prédicas formuladas en esta ciudad ha podido detener el crecimiento del espiritismo, tal como lo afirma el orador. Así pues, los argumentos que le oponen a la doctrina resultan menos poderosos que los de esta. Y si las prédicas vienen de Dios, y el espiritismo viene del diablo, de ahí resulta que el diablo es más poderoso que Dios. No existe nada más brutal que un hecho; ahora bien, el hecho de la propagación del espiritismo como consecuencia misma de esas prédicas es notorio, de

modo que los argumentos de este resultan más convincentes que los de sus adversarios. Supongamos que el espiritismo sea una trama de horrores; no obstante, convengamos en que, si esos mismos Espíritus acudieran para abundar en vuestras ideas, en vez de considerarlos demonios los convertiríais en santos y, lejos de condenar las evocaciones, las alentaríais.

“Nuestro siglo ya no respeta nada. Ni siquiera se salvan las cenizas de las tumbas, porque los insensatos se atreven a llamar a los muertos para conversar con ellos. Pero así es. Este supuesto siglo de las luces ha llegado al colmo de hablar con los espectros.”

Hablar con los muertos no es el acontecimiento de este siglo, porque la historia de todos los pueblos demuestra que eso ha ocurrido siempre, con la diferencia de que ahora tiene lugar en todas partes y sin los accesorios supersticiosos con que antaño se rodeaba a las evocaciones, y con un sentimiento más religioso y respetuoso. Una de dos: el hecho es posible o no lo es. Si no lo es, se trata de una creencia ilusoria, como la de creer en la fatalidad del martes trece, o en la influencia de la sal derramada. Por lo tanto, no consideramos que en ese hecho haya tantos horrores, y que se falte el respeto al hablar con personas que ya no están aquí. Si los muertos vienen a conversar con nosotros, eso no puede ocurrir sin el permiso de Dios, a menos que se pretenda que lo hacen sin su permiso o contra su voluntad, lo cual implicaría que Dios no se ocupa de eso o que los evocadores son más poderosos que Dios. Con todo, notad las contradicciones: por un lado decís que *solo* el diablo se comunica; y por otro, que al llamar a los muertos se perturban sus cenizas. Ahora bien, si es el diablo, entonces no son los muertos, de modo que a estos no se los perturba

ni se les falta el respeto. Si son los muertos, entonces no es el diablo. Al menos deberíais poneros de acuerdo en este punto fundamental. Como nosotros afirmamos que se trata de los muertos, reconocemos que existiría una profanación si se los llamara con ligereza, por causas fútiles, y sobre todo como una actividad lucrativa, todo lo cual condenamos, sin asumir la responsabilidad de los que se apartan de los principios del espiritismo serio, así como vosotros no asumís la de los falsos devotos que de la religión solo tienen la máscara, que predicán lo que no practican, o que especulan con las cosas sagradas. Es cierto que las falsas evocaciones realizadas en condiciones burlescas por un elocuente orador que citamos más adelante serían un sacrilegio, pero gracias a Dios no tenemos nada que ver con eso, y no creemos que la del señor Viennois, también referida más adelante, sea de ese tipo.

“Yo mismo he sido testigo de esos hechos, y es verdad que los escuché predicar la moral y la caridad. No obstante, ¿en qué apoyan esa moral y esa caridad? Lamentablemente, en nada, porque, ¿acaso se puede llamar moral a una doctrina que niega las penas eternas?”

Si esa moral conduce a que se haga el bien sin necesidad de temerle a las penas eternas, es aún más meritoria. Antaño se creía que era imposible disciplinar a los escolares sin el miedo a la férula. ¿Acaso se los tornó mejores? No. En la actualidad, ya no se emplea ese recurso, y ellos no se han vuelto peores, sino todo lo contrario. Por lo tanto, es preferible el régimen actual. La bondad de un recurso se evalúa por sus efectos. Además, ¿a quiénes se dirige esa moral? Precisamente a los que no creen en las penas eternas, y que aceptan el freno que nosotros les ofrecemos, mientras que vosotros no les

ofrecéis nada, porque no aceptan el vuestro. ¿Acaso nosotros les impedimos que crean en la condenación absoluta a los que piensan que eso les conviene? No, de ningún modo. Reitero que no nos dirigimos a aquellos que tienen fe y cuya fe les basta, sino a quienes no la tienen o que dudan. ¿Acaso preferirías que estos se mantuvieran en la incredulidad absoluta? Eso sería poco caritativo. ¿Acaso tenéis miedo de perder a vuestras ovejas? Ocurre que no confiáis demasiado en el poder de vuestros medios para retenerlas. Tenéis miedo de que sean atraídas por la hierba tierna del perdón y de la misericordia divina. ¿Creéis, pues, que las que vacilan en la incertidumbre preferirán las brasas del Infierno? Por otra parte, ¿quiénes deben estar más convencidos de las penas eternas, sino los que se nutren en el seno de la Iglesia? Ahora bien, decid por qué esta perspectiva no ha evitado los escándalos, las atrocidades, los delitos cometidos contra las leyes divinas y humanas, los cuales abundan en la historia y se reproducen incesantemente en nuestros días? ¿Son crímenes, sí o no? Por lo tanto, si los que profesan esa creencia no se frenan, ¿cómo pretendéis que lo hagan quienes no creen en ella? No, al hombre esclarecido de nuestro día le hace falta otro freno: el que su razón admite. Ahora bien, la creencia en las penas eternas, que tal vez fue útil en otra época, pasó de moda. Se extingue a diario y, por más que os esforcéis, no le devolveréis la vida a ese cadáver, como no tampoco haréis que revivan los usos, las costumbres y las ideas de la Edad Media. Si la Iglesia católica considera que su seguridad se ve comprometida por la desaparición de esa creencia, debemos lamentarnos de que se apoye en una base tan frágil, porque, si existe una carcoma que la corroe, ese es el dogma de las penas eternas.

“También, apelo a la moralidad de todas las almas honestas. Apelo a los magistrados, porque ellos son responsables de todo el mal que una herejía como esa atrae sobre nuestras cabezas.”

No sabíamos que en Francia los magistrados se encargaran de perseguir las herejías, porque entre ellos, si bien hay católicos, también los hay protestantes y judíos, es decir, herejes que estarían encargados de perseguirse y condenarse a sí mismos. Y también los hay entre los funcionarios del más alto rango.

“En efecto, los espíritas —y no temo decirlo aquí abiertamente— no solo pueden ser sancionados por la policía correccional, por la Corte imperial, sino también —escuchadme bien— por el tribunal penal, porque son falsarios. Firman comunicaciones con el nombre de personas honorables, que sin duda no las habrían firmado en vida, y a las que hacen hablar tanto en la actualidad.”

Los espíritas están realmente muy felices de que Confucio, Sócrates, Platón, san Agustín, san Vicente de Paúl, Fénelon, etc., no puedan presentarse para hacer el intento de procesarlos por el delito de falsificación de documentos privados. Con todo, pienso que dispondrían de una tabla de salvación precisamente en los tribunales penales donde son justiciables, pues ahí los jurados se pronuncian según su conciencia. Ahora bien, entre estos también hay protestantes y judíos; e incluso —¡qué cosa abominable!— hay filósofos, incrédulos, horribles librepensadores, los cuales, a juzgar por nuestras detestables leyes modernas, se encuentran en todas partes. Por consiguiente, si nos acusan de hacer que san Agustín diga algo heterodoxo, siempre encontraremos jurados que nos absuelvan. ¡Oh! ¡Perversidad del siglo! ¡Pensar que en nuestros días Voltaire, Dide-

rot, Lutero, Calvino, Juan Huss, Arrio, habrían sido jurados por derecho de nacimiento, y que habrían podido ser jueces, gobernadores, ministros de la justicia e incluso de los cultos! ¡Ved a esos condenados del infierno, pronunciándose acerca de una cuestión de herejía! Porque, para condenar la firma de Fénelon colocada debajo de una comunicación supuestamente herética, es necesario juzgar la cuestión de la ortodoxia, y para eso ¿quién será competente en ese jurado?

“Con todo, ¿sería tan fácil prohibir semejantes *fechorías*! ¿Qué habría que hacer? Casi nada. E incluso, sin hacerles el honor de la banda del comisario, podéis poner un agente de policía en la entrada de cada grupo para que diga: “¡No entréis!”. Os describo el mal y el remedio, ni más ni menos, porque a ellos los dispense de la Inquisición.”

Muchas gracias, pero no hay gran mérito en ofrecer lo que no se tiene. Lamentablemente para vos, no tenéis la Inquisición, pues de lo contrario resultaría dudoso que nos dispensarais de ella. ¿Por qué, pues, no pedís a los magistrados que prohíban la entrada a los templos judíos y protestantes, donde se predicán públicamente dogmas que no son los vuestros? En cuanto a los espíritas, ellos no tienen templos, ni sacerdotes, pero tienen grupos –lo cual para vosotros es lo mismo–, en cuya entrada basta con poner un agente de policía para que todo quede dicho. En efecto, es muy simple. Pero os olvidáis de que los Espíritus quebrantan las consignas e ingresan en todas partes sin pedir permiso, incluso en vuestras casas, porque junto a vosotros hay Espíritus que os escuchan, sin que lo sospechéis, y, más aún, que os hablan al oído. Buscad entre vuestros recuerdos y veréis que tuvisteis más de una manifestación sin haberla buscado.

Parecéis ignorar algo que sería bueno que supierais. Los grupos espíritas no son necesarios en absoluto. Se trata de simples reuniones en las que personas que piensan igual tienen la dicha de encontrarse. La prueba de esto radica en que actualmente, en Francia, hay más de seiscientos mil espíritas, de los cuales el noventa y nueve por ciento no forman parte de ningún grupo, ni jamás han puesto un pie en alguno de ellos; que ni los grupos ni las sociedades espíritas abren su puertas al público para predicar sus doctrinas a los transeúntes; que el espiritismo se predica por sí mismo y por la fuerza de las circunstancias, porque responde a una necesidad de la época; que esas ideas están en el aire y se absorben por todos los poros de la inteligencia; que el *contagio* radica en el ejemplo de los que son dichosos con esas creencias, y que a estos se los encuentra en todas partes, en el mundo, sin ir a buscarlos a los grupos. De tal modo, la propaganda no la hacen los grupos, porque estos no invitan a cualquier persona. La propaganda se hace poco a poco, de un individuo a otro. Por lo tanto, en caso de que se prohibieran todas las reuniones, los espíritas tendrían la libertad de reunirse en sus propias casas, en familia, como ocurre en miles de lugares, sin que el espiritismo se viera afectado por eso, sino todo lo contrario, porque nosotros siempre hemos reprobado las grandes reuniones, a las que consideramos más perjudiciales que útiles, puesto que la intimidad se reconoce como la condición más favorable para las manifestaciones. ¿Acaso prohibiréis las reuniones familiares? ¿Apostareis un agente de policía en la puerta de un salón para vigilar lo que ocurre junto al hogar? En España no lo hacen; tampoco en Roma, donde hay más espíritas y médiums de lo que suponéis. Solo faltaría eso para hacer que la importancia del espiritismo crezca más aún.

Admitamos ahora que los grupos quedaran prohibidos legalmente. ¿Sabéis qué harían los espíritas a los que acusáis de sembrar el desorden? Ellos dirían: “Respetemos la ley. *Dura lex, sed lex*. Demos el ejemplo, y demostremos que, si predicamos la unión, la paz y la concordia, no lo hacemos para transformarnos en promotores de disturbios. Las sociedades espíritas organizadas no son una condición necesaria para la existencia del espiritismo. Entre ellas no existe ninguna solidaridad material que pueda romperse mediante su supresión. Lo que los Espíritus enseñan en ellas, lo enseñarán también a cada persona en particular; porque el espiritismo tiene el increíble privilegio de contar en todas partes con una fuente de enseñanza; su distintivo es el amor a Dios y al prójimo, y para llevarlo a la práctica no hacen falta reuniones oficiales, pues se extiende tanto sobre sus amigos como sobre sus enemigos”. ¿Acaso todo el mundo puede decir lo mismo? ¿Acaso la autoridad no ha encontrado resistencia más de una vez allí donde debería haber encontrado mayor sumisión? Si los espíritas fueran personas tan turbulentas y pervertidas como suponéis, ¿por qué los funcionarios encargados de mantener el orden tienen menos trabajo en los centros donde los espíritas son más numerosos? Esto motivó a uno de esos funcionarios a decir que, si todos sus administrados fueran espíritas, él podría cerrar su oficina. ¿A qué se debe que entre los militares espíritas se apliquen menos sanciones disciplinarias?

Además, no consideráis que actualmente hay espíritas en todas partes, desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala social; que hay reuniones y médiums incluso en la casa de aquellos a los que suplicáis apoyo en contra de nosotros. Así pues, ya veis que vuestro método es insuficiente, y que necesitáis buscar otro. Nos sometéis a la ira del púlpito; de acuer-

do, y lo hacéis profusamente, pero ¿no veis que allí donde se fulmina a los espíritas, su cantidad aumenta? Nos sometéis a la censura de la Iglesia y a la excomunión; de acuerdo, pero seguís dando golpes al aire. Reiteramos que el espiritismo no se dirige a vosotros ni a los que están con vosotros; no los busca para decirles: “Dejad vuestra religión y seguidme, porque seréis condenados si no lo hacéis”. No, el espiritismo es más tolerante que eso, y deja que cada uno conserve la libertad de conciencia. Como hemos dicho, se dirige a la masa incontable de los incrédulos, de los que dudan y de los indiferentes. Estos no están con vosotros, y vuestras censuras no pueden alcanzarlos. Ellos acudieron a vosotros, pero los rechazasteis. Fue simplemente una torpeza de vuestra parte. Si algunos de los vuestros los han seguido, fue porque vuestros argumentos no son bastante fuertes para retenerlos, y no será con el rigor que lo lograréis. El espiritismo agrada porque no se impone y es aceptado por la voluntad y el libre examen. En este punto, es de nuestra época. Agrada por la dulzura, por el consuelo que otorga ante las adversidades, por la fe inquebrantable que brinda respecto del porvenir, así como de la bondad y la misericordia de Dios. Agrada, además, porque se apoya en hechos patentes, materiales, irrefutables, que desafían cualquier negación. Este es el secreto de su rápida propagación. Y vosotros, ¿qué le oponéis? Siempre la condena eterna: un método equivocado para los tiempos que corren; luego, la tergiversación de sus doctrinas: lo acusáis de predicar el aborto, el adulterio y todos los crímenes. ¿A quiénes pretendéis imponer esto? Por cierto no será a los espíritas. ¿Será tal vez a quienes no lo conocen? Con todo, entre estos hay muchos que quieren saber de qué se trata esa abominable doctrina; leen, y al descubrir que

ella dice todo lo contrario de lo que vosotros le hacéis decir, os dejan para seguirla, sin necesidad de que vaya a buscarlos.

Sé que vuestra posición es embarazosa, porque decís: “Si hablamos en contra del espiritismo, le reclutamos partidarios; si nos callamos, avanza solo. Entonces, ¿qué debemos hacer?” Antaño se decía: “Dejad que pase la justicia del rey”. Ahora se dice: “Dejemos que pase la justicia de Dios”.

(Continuará en el próximo número.)

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

Señor Philibert Viennois

(Sociedad Espírita de París, 20 de marzo de 1863.

Médium: señor Leymarie.)

1. Evocación.

Respuesta. Estoy junto a vos.

2. Con la señora V..., os habéis comprometido a que, ante la partida de uno de los dos, el que sobreviviera se dirigiría a mí para que evocara al que había partido. La señora V... me comunicó ese deseo y para mí ha sido un placer acceder a él. Sé que fuisteis un espírita ferviente y, además, de buen corazón, de modo que esas circunstancias no hicieron más que despertar nuestro anhelo de conversar con vos.

R. Entonces puedo escribirte y acercarme a ti para expresarte toda la benevolencia que mi Espíritu siente para contigo. Gracias por haberme hecho tan feliz, esposa querida. Tú me has hecho amar la creencia, sagrada regla de mis últimos días

junto a ti. Me hace feliz cosechar ahora los bienes que nos había prometido la fe venerada que nos afirma otra vida que no es la de la Tierra. Estoy en posesión de un poder desconocido para los hombres; la inmensidad nos pertenece. Puedo comprender mejor, amarte mejor. Mis sensaciones ya no son oscuras, y lo divino que hay en nosotros es de una simplicidad extrema, porque todo lo grande es simple; la grandeza es el verdadero elemento del Espíritu.

Siempre estoy contigo. A partir de ahora serás dichosa, porque yo te envolveré con mi fluido que te fortalecerá, si fuera necesario. Quiero que siempre seas valiente, buena y, sobre todo, espírita. Con esos tres elementos, bendecirás a Dios por haberme llamado hacia Él, pues yo te espero, persuadido de que, gracias al espiritismo, Dios te reserva un buen lugar junto a mí.

3. Os ruego que tengáis la bondad de describirnos vuestro pasaje hacia el mundo de los Espíritus, vuestras impresiones y la influencia que vuestros conocimientos espíritas ejercieron en vuestra elevación.

R. La muerte, a la que yo esperaba, no era una pena para mí, sino más bien un desprendimiento completo de la materia. Lo que yo veía era una nueva vida. El porvenir divino, esa hora deseada, llegó con calma. Es cierto que lamentaba la presencia de mi compañera, a la que no podía dejar sin dolor: es el último eslabón de la cadena que une el Espíritu a la materia; una vez roto, sufrí poco el pasaje de la vida a la muerte. Mi Espíritu llevó consigo las plegarias de mi bienamada. Todas las impresiones se extinguieron para despertarme en nuestro dominio, espíritas. El viaje es un sueño para el justo; la ruptura es natural; pero ¡cuánta sorpresa al despertar! ¡Todo es nuevo, espléndido, maravilloso! Aquellos a los que amaba, y

otros Espíritus, amigos de mis encarnaciones precedentes, me recibieron y me abrieron las puertas de la existencia verdadera, en ese parque sin límites denominado Cielo. No podríais comprender mis impresiones, y yo no podría expresarlas. Trataré de hacerlo en otra oportunidad.

4. Tras recibir la carta de la señora V..., le remití una plegaria de circunstancias. ¿Quisierais decirme lo que pensáis al respecto?

R. Gracias por vuestra benevolencia, señor Kardec; no habríais podido obrar mejor. Los que lloran a los ausentes necesitan del espíritu de Dios, pero también del apoyo de otros Espíritus bondadosos, y los Espíritus deben serlo. Vuestra plegaria ha conmovido a muchos Espíritus frívolos e *incrédulos*, que son testigos invisibles de vuestras sesiones (esa plegaria se había leído en la Sociedad a continuación de la evocación). Vuestras buenas palabras servirán para su adelanto. Muchas veces devolvéis a nuestro mundo el bien que de él recibís. No despreciar el consejo de alguien que es más pequeño que uno, significa reconocer ese vínculo íntimo creado por Dios entre todas las criaturas.

5. Quería pedirlos que me transmitierais una comunicación para la señora V..., pero veo que os habéis anticipado a mi intención.

R. Ante vuestra primera pregunta, le respondí a mi esposa, toda vez que debí haber respondido a la Sociedad espírita. Tened a bien perdonarme, porque de ese modo cumplía una promesa. Sé que mediante la persuasión atraéis a los que ruegan ser consolados. Conversar con los ausentes de otro mundo será la inmensa dicha de los que no sacrifican todo en aras del oro y el placer. Os ruego que digáis a mi esposa que mi presencia nunca le faltará. Trabajaremos juntos para su adelanto espí-

rita. Enviadle mi comunicación; quisiera decirle tantas palabras buenas que las expresiones me faltan. Que siempre ame a nuestra familia, para que mediante su ejemplo pueda tornarse espírita y creer en la vida eterna, que es la vida de Dios.

VIENNOIS

Consideramos oportuno publicar la oración referida anteriormente, y que nos fuera transmitida por los Espíritus para circunstancias análogas.

Oración para las personas que amamos²²

Prefacio. ¡Qué espantosa es la idea de la nada! ¡Qué dignos de compasión son los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío, sin encontrar un eco que le responda! Nunca han conocido afectos puros y santos los que piensan que todo muere con el cuerpo; los que piensan que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es una combinación de materia que, como un soplo, se extingue para siempre; los que piensan que del ser más querido, de un padre, de una madre o de un hijo adorados, sólo queda un poco de polvo que el tiempo dispersa definitivamente.

¿Cómo es posible que un hombre de buen corazón pueda quedarse tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo es posible que la idea de un aniquilamiento absoluto no lo hiele de espanto y no le haga desear, al menos, que no sea así? Si hasta el presente su razón no ha bastado para apartar sus dudas, ahí está el espiritismo, que viene a disipar la incertidumbre con

22. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XXVIII, §§ 62 y 63. (N. del T.)

relación al porvenir, por medio de las pruebas materiales que aporta acerca de la supervivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Por eso, en todas partes esas pruebas son acogidas con alegría. Renace la confianza, pues el hombre sabe que de aquí en adelante la vida terrenal sólo es un breve pasaje que conduce a una vida mejor; sabe que sus trabajos en este mundo no se han perdido para él, y que sus más sagrados afectos no se destruyen para siempre.

Oración. Dios todopoderoso, dignate acoger favorablemente la oración que te dirijo para el Espíritu de N... Hazle entrever tus divinas claridades, y facilítale el camino de la dicha eterna. Permite que los Espíritus buenos le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Y tú, N..., a quien he querido en este mundo, escucha mi voz, que te llama para ofrecerte una nueva prueba de mi afecto. Dios ha querido que te liberases antes que yo, y de eso no podría quejarme sin egoísmo, porque sería desear que continuaras sometido a las penas y los padecimientos de esta vida. Aguardo, pues, con resignación, el momento en que nos reuniremos nuevamente en ese mundo más venturoso en el cual me has precedido.

Sé que nuestra separación es sólo momentánea y que, por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna dicha que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer algo que pueda retardar ese instante deseado, y que me ahorre de ese modo el dolor de no volver a encontrarte cuando salga de mi cautiverio terrenal.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta a mi mirada! Que puedes estar aquí, a mi lado; que puedes verme y oírme como muchas veces lo hiciste, y aún mejor que antes; que no

me olvidas como yo tampoco te olvido; que nuestros pensamientos no cesan de confundirse, y que el tuyo me sigue y me sostiene siempre.

Un argumento terrible en contra del espiritismo

Historia de un asno

En un sermón predicado recientemente en contra del espiritismo —porque la consigna es perseguirlo en toda la línea—, el orador, con la intención de darle un mazazo, contó la siguiente anécdota:

“Hace tres semanas, una señora perdió a su marido. Un médium se presentó para proponerle una conversación con el difunto y, tal vez, la posibilidad de verlo. La visión no tuvo lugar, pero el difunto explicó a su esposa, a través de la mano del médium, que no se lo había juzgado digno de entrar en la morada de los bienaventurados, de modo que se vio obligado a reencarnar *inmediatamente* para expiar graves pecados. ¿Adivinad dónde reencarnó? A un kilómetro de allí, en la casa de un molinero, en la persona de un asno maltratado. Imaginaos el dolor de la pobre señora, a tal punto que corrió a la casa del molinero, *abrazó al pobre animal* y ofreció comprarlo. El molinero fue duro en la transacción, hasta que por fin aceptó a cambio de una fuerte suma. Desde hace quince días, el señor Aliboron ocupa un lugar especial en la casa de esta señora, rodeado de los cuidados que ninguno de sus semejantes experimentó *desde que a Dios le agradó crear esta raza estimable*”.

Por nuestra parte, dudamos de que el auditorio se haya dejado convencer por esta historia. No obstante, lo que supimos a través de testigos oculares es que la mayoría de los presentes consideró que habría quedado mejor en un folletín chistoso que en el púlpito, tanto por el contenido como por la elección de las expresiones. No cabe duda de que el orador ignoraba que el espiritismo enseña, sin equívocos, que el alma o Espíritu no puede animar el cuerpo de un animal. (*Véase El libro de los Espíritus*, §§ 118, 612 y 613.)

Lo que nos asombra más aún, es que se ponga en ridículo al dolor en general, con el auxilio de un cuento hecho a medida y en términos que no brillan por su dignidad. Aparte de ver que un sacerdote trata con tanta impertinencia la obra de Dios, mediante estas palabras poco reverentes: “desde que a Dios le agradó crear esta raza estimable”. El tema fue tan mal elegido para causar gracia, que se le podría objetar el hecho de que todo en la obra de Dios es respetable, y que Jesús no se consideró deshonrado por entrar en Jerusalén montado en un individuo de esa raza.

Trazad un paralelo entre, por un lado, la burlesca escena de dolor de esta supuesta viuda y, por otro, la de la viuda verdadera cuyo relato presentamos más arriba, y decid cuál de las dos es más edificante, cuál está más impregnada de un auténtico sentimiento religioso y de respeto a la Divinidad; cuál, por último, tendría un lugar en el púlpito de la verdad.

Admitamos el hecho que relatáis, señor predicador, es decir, no la encarnación en un asno, sino la credulidad de la viuda en esa encarnación, como castigo. En lugar de eso, ¿qué le habríais ofrecido vos? Las llamas eternas del Infierno: una perspectiva aún menos consoladora, porque no cabe duda de que esa señora viuda os habría respondido: “Prefiero saber

que mi marido está en el cuerpo de un asno, antes que ardiendo en la eternidad”. Suponed ahora que ella hubiera tenido que elegir entre vuestro panorama de torturas interminables, por un lado, y el que nos presenta más arriba el Espíritu del señor Viennois. ¿Acaso creéis que habría dudado? Concienzadamente, no lo creéis, porque si os pusierais en el lugar de ella, tampoco vacilaríais.

Algunas palabras serias a propósito de garrotazos

Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde una ciudad del Mediodía:

“Hoy os presento una nueva prueba de que la cruzada acerca de la cual os hablé se traduce de mil formas. Ayer asistí a una reunión en la que se discutía acaloradamente a favor y en contra del espiritismo. Uno de los asistentes expuso lo que sigue: ‘Las experiencias del señor Allan Kardec no son mejores que las que acabamos de mencionar. El señor Kardec se guarda muy bien de contar en su *Revista* todas las mistificaciones y las tribulaciones que padece. Sabed, por ejemplo, que el año pasado, en el mes de septiembre, durante una reunión de unas treinta personas que tuvo lugar en la casa del propio señor Kardec, la totalidad de los asistentes fue atacada a garrotazos por los Espíritus. Yo estaba en París en esa época, y obtuve los pormenores de una persona que acababa de asistir a dicha reunión, y que me mostró en su espalda la marca del violento golpe que había recibido. *No vi el palo* –me dijo–, *pero sentí el golpe*’.

”No necesito deciros que deseo ser esclarecido acerca de este punto, y que os agradeceré mucho las explicaciones que tengáis a bien brindarme, etc.”.

Por nuestra parte, no habríamos ocupado a nuestros lectores con un hecho tan insignificante, si no fuera porque nos ofrece un tema de instrucción que puede ser útil en este momento, ya que no terminaríamos nunca si tuviéramos que refutar todos los cuentos absurdos que se nos atribuyen.

Respuesta. Estimado señor, el hecho que mencionáis es posible, y existe más de un ejemplo al respecto. Afirmar que ocurrió en mi casa, pues, implica reconocer explícitamente la manifestación de los Espíritus. De todos modos, la forma del relato denota una intención que me impide concordar con el autor. Tal vez él sea un *creyente*, pero sin duda no es benévolo, y olvida la base de la moral espírita: la caridad. Si el hecho referido hubiera tenido lugar, conforme lo señala esa otra persona tan bien informada, yo no habría guardado silencio, porque se trataría de un hecho fundamental que no se podría poner en duda, puesto que —como se indica— habría treinta testigos cargando en sus espaldas la prueba de la existencia de los Espíritus. Para infortunio de vuestro narrador, en esa crónica no hay una sola palabra que sea verdadera. Así pues, la desmiento formalmente, tanto como al que afirma haber asistido a esa sesión, a la vez que desafío a ambos a que vengan a sostener su aserto ante la Sociedad de París, conforme lo han hecho a doscientas leguas de aquí.

Los inventores de cuentos no piensan en todo y caen en sus propias trampas. Eso es lo que ocurre en esta circunstancia, porque existe, respecto del hecho tan positivamente afirmado por un testigo supuestamente ocular, una imposibilidad material: la Sociedad suspende sus reuniones entre el

15 de agosto y el 1.º de octubre; yo me ausenté de París desde fines de agosto hasta el 20 de octubre; por consiguiente, en el mes de septiembre me encontraba en pleno viaje. Se trata, como podéis ver, de una coartada de las más auténticas.

Por lo tanto, si la persona en cuestión cargaba en sus espaldas la marca de los garrotazos, dado que no existió una reunión en mi casa, debió recibirlos *en otra parte*, y puesto que no quiso decir *dónde ni cuándo*, le pareció divertido acusar de eso a los Espíritus, lo cual era menos comprometedor y evitaba cualquier otra explicación.

En verdad, estimado señor, enaltecéis demasiado ese cuentito ridículo al incluirlo entre los actos que conforman la cruzada contra el espiritismo; hay tantos de ese tipo que sería necesario no hacer otra cosa más que tomarse la molestia de refutarlos. La hostilidad se manifiesta en actos más serios, aunque tampoco son inquietantes. Os tomáis demasiado a pecho las diatribas de nuestros adversarios. Considerad, pues, que cuanto más se esfuerzan para combatir al espiritismo, tanto mayor es la importancia que le atribuyen. Si tan solo se tratara de un mito o un delirio, no se preocuparían tanto. Se ponen furiosos y se encarnizan tanto en contra de él porque ven que avanza contra viento y marea, y porque sienten que el círculo en que se movilizan se reduce cada vez más.

Así pues, dejad que los bromistas de mal gusto inventen cuentos chinos, y que otros destilen veneno y calumnias, porque tales recursos constituyen la prueba de que son impotentes para atacar con buenas razones. El espiritismo no tiene motivo alguno para temerles, sino todo lo contrario, pues gracias a las sombras se destaca la luz. Los mentirosos pierden el tiempo con sus inventos; y los calumniadores pagan con la vergüenza que recae sobre ellos. El espiritismo corre con la suerte de todas

las verdades nuevas, que despiertan las pasiones de aquellas personas que ven en esas verdades un peligro para sus ideas o intereses. Ahora bien, ved si las grandes verdades que fueron combatidas encarnizadamente no han superado todos los obstáculos que les opusieron; ved si una sola de ellas ha sucumbido a los ataques de sus enemigos. Las ideas nuevas que tan solo brillaron con un resplandor pasajero han caído por sí mismas, y porque no contaban con la vitalidad que solo la verdad provee. Esas ideas han sido las menos atacadas, mientras que la mayor violencia recayó sobre las que prevalecieron.

No penséis que la guerra declarada contra el espiritismo haya llegado a su apogeo; no, pues todavía hace falta que algunas cosas se cumplan para abrir los ojos de los más ciegos. No puedo ni debo referirme a eso por el momento, pues no debo obstaculizar la marcha necesaria de los acontecimientos. Entretanto, os digo: cuando escuchéis declaraciones furibundas, cuando veáis actos de hostilidad materiales, sea cual fuere su origen, lejos de inquietaros, aplaudidlos, tanto más cuanto mayor repercusión generen, pues esa es una de las señales que anuncian la proximidad del triunfo. En cuanto a los verdaderos espíritas, deben distinguirse por la moderación, y dejar a sus antagonistas el triste privilegio de las injurias y de las personalidades que no demuestran nada, salvo, en primer lugar, carencia de mundología, y luego, penuria de buenas razones.

Os ruego que aceptéis algunas palabras más, para aprovechar la ocasión, acerca de la conducta a seguir respecto de los adversarios. Así como todo buen espírita debe esclarecer a quienes se lo solicitan de buena fe, también debe saber que le resultará inútil discutir con antagonistas de mala fe o con ideas preconcebidas, que incluso suelen estar más convencidos de lo que parece, pero no quieren confesarlo. Con estos, cualquier polémica

será inútil, porque no tendrá sentido ni se logrará que cambien de opinión. Muchas personas de buena voluntad nos reclaman, de modo que no perdamos el tiempo con los otras.

Tal es la línea de conducta que siempre he aconsejado, y la que yo mismo he seguido invariablemente, absteniéndome de ceder a las provocaciones que buscan hacerme descender a la arena de la controversia. Si a veces contesto algunos ataques y algunas aserciones erróneas, lo hago para mostrar que no me faltan oportunidades para responder, y también lo hago para brindar a los espíritas medios de refutación, en caso de que sea necesario. Además, me guardo algunas respuestas para más adelante; como no soy impaciente, observo todo con calma y sangre fría; aguardo con confianza el momento oportuno, porque sé que llegará, mientras dejo que los adversarios se introduzcan en un camino sin salida para ellos. La medida de sus agresiones no se ha colmado, y es necesario que se colme; el presente prepara el futuro. Hasta ahora no existe ninguna objeción seria que no se encuentre refutada en mis escritos, de modo que me remito a ellos para no tener que repetir lo mismo, sin cesar, a todos los que se complacen en hablar de algo respecto de lo cual no conocen siquiera el abecé. Cualquier discusión resulta superflua con personas que no han leído o que, si lo hicieron, defienden con premeditación lo contrario de lo que está escrito.

Las cuestiones personales se diluyen ante la grandeza del objetivo y ante el conjunto del movimiento irresistible que se opera en las ideas. Así pues, poco importa quién se posicione en contra del espiritismo, pues sabemos que nadie puede impedir que los hechos se cumplan. Esto es lo que la experiencia confirma a diario.

Por lo tanto, digo a todos los espíritas: continuad sembrando la idea; divulgadla mediante la dulzura y la persuasión, y dejad a nuestros antagonistas el monopolio de la violencia y de la acrimonia, al cual solo recurren quienes no se sienten bastante fuertes mediante el razonamiento.

Vuestro afectísimo y seguro servidor,

ALLAN KARDEC

Examen de las comunicaciones mediúmnicas que nos remiten

Hemos recibido muchas comunicaciones procedentes de distintos grupos, ya sea para solicitar nuestra opinión y que podamos evaluar sus tendencias, o bien con la esperanza – de parte de algunos– de verlas publicadas en la *Revista*. Nos han sido remitidas con la facultad de disponer de ellas como mejor nos parezca para beneficio de la causa. Las hemos examinado y clasificado, y nadie podrá sorprenderse de que nos resulte imposible divulgarlas en su totalidad, cuando sepa que, además de las que ya hemos publicado, hay más de tres mil seiscientas que por sí solas habrían ocupado cinco años *completos* de la *Revista*, sin contar una cantidad de manuscritos más o menos voluminosos a los que nos referiremos más adelante. Un resumen de este examen nos proporcionará el motivo de algunas reflexiones, de las que cada lector podrá sacar provecho.

Entre esas comunicaciones hemos encontrado algunas notoriamente malas, tanto por el contenido como por la forma.

Son el producto evidente de Espíritus ignorantes, obsesores o mistificadores, y contrastan con los nombres más o menos pomposos tras los cuales estos se ocultan. Publicarlas habría significado dar armas fundadas a la crítica. Una circunstancia digna de señalar es que casi todas las comunicaciones de esa categoría emanan de individuos aislados, y no de grupos. Solo la fascinación pudo hacer que las tomaran en serio y no vieran su lado ridículo. Como sabemos, el aislamiento favorece la fascinación, mientras que las reuniones encuentran un control en la pluralidad de opiniones.

No obstante, reconocemos con satisfacción que las comunicaciones de esta naturaleza son una minoría en el conjunto. Las otras contienen en su mayoría buenas ideas y excelentes consejos, pero de ahí no se sigue que todas sean buenas para publicarlas, y esto por los motivos que vamos a exponer.

Los Espíritus buenos enseñan aproximadamente lo mismo en todas partes, porque en todas partes existen los mismos vicios para corregir y las mismas virtudes para predicar. En eso radica uno de los caracteres distintivos del espiritismo. A menudo la diferencia se encuentra tan solo en la mayor o menor corrección y elegancia del estilo. Para apreciar las comunicaciones con miras a su publicación, no hay que verlas desde el punto de vista del que las recibe, sino del público. Comprendemos la satisfacción que se experimenta al obtener algo bueno, sobre todo al comienzo, pero, aparte de que algunas personas puedan ilusionarse con el mérito intrínseco de un mensaje, no se toma en cuenta que en otros cien lugares se obtienen cosas semejantes, y que algo que conlleva un poderoso interés individual, puede resultar banal para el conjunto.

Por otra parte, es necesario considerar que desde hace algún tiempo las comunicaciones han adquirido, en todos los

aspectos, proporciones y calidades que dejan muy atrás a las que se obtenían hace algunos años. Lo que entonces se admiraba, parece pálido y mezquino al lado de lo que se obtiene actualmente. En la mayoría de los centros realmente serios, la enseñanza de los Espíritus ha crecido con la comprensión del espiritismo. Dado que en todas partes se reciben instrucciones casi idénticas, su publicación solo puede interesar con la condición de que presente cualidades sobresalientes por su estilo o por su alcance instructivo, de modo que sería ilusorio suponer que cualquier mensaje deba contar con lectores numerosos y entusiastas. Antaño, hasta la más simple conversación espírita era una novedad que llamaba la atención; pero ahora que los espíritas y los médiums son innumerables, lo que era una rareza se ha convertido en un hecho casi común y habitual, y ha sido relegado por la amplitud y el alcance de las comunicaciones actuales, tal como los deberes del escolar lo son por el trabajo del adulto.

Tenemos a la vista la colección de un periódico publicado a comienzo de las manifestaciones, con el título *La mesa parlante*: un título característico de la época. Se dice que ese periódico tuvo entre mil quinientos y mil ochocientos abonados: una cifra enorme para ese momento. Contenía una infinidad de breves conversaciones familiares y de hechos mediúmnicos que entonces despertaban poderosamente la curiosidad. Por nuestra parte, inútilmente buscamos en él algo que pudiera reproducirse en la *Revista*, pues todo lo que hubiéramos seleccionado habría sido pueril y no tendría ningún interés actualmente. Si ese periódico no hubiera dejado de aparecer —por circunstancias ajenas al tema—, solo habría podido sobrevivir con la condición de que se pusiera a la altura del progreso de la ciencia espírita. Si se volviera a publicar ahora en las mismas condiciones, no

llegaría a los cincuenta abonados. Los espíritas son inmensamente más numerosos que entonces, es cierto; pero están más esclarecidos y desean una enseñanza más sustancial.

Si las comunicaciones emanaran apenas de un solo centro, no cabe duda de que los lectores se multiplicarían conforme a la cantidad de adeptos; pero no debemos perder de vista que los hogares en los que se producen se cuentan por millares, y que en todas partes donde se obtienen cosas superiores, nadie puede interesarse por lo que es deficiente o mediocre.

No decimos esto para desalentar las publicaciones —¡lejos de eso!—, sino para mostrar la necesidad de una elección rigurosa, condición *sine qua non* para el éxito. Al elevar su enseñanza, los Espíritus nos han tornado perspicaces e incluso exigentes. Las publicaciones locales pueden resultar de inmensa utilidad en dos sentidos: difundir en las masas la enseñanza impartida en la intimidad, y luego mostrar la concordancia que existe en esa enseñanza respecto de diversos puntos. Siempre aplaudiremos esas publicaciones, y las alentaremos toda vez que se lleven a cabo en buenas condiciones.

En primer lugar, conviene apartar de ellas toda comunicación que, por ser de interés privado, le importe tan solo a la persona a la que se refiere; luego, todas las que resulten vulgares en cuanto al estilo y las ideas, o cuyo tema sea pueril. Algunas pueden ser excelentes de por sí, muy buenas como instrucción personal, pero lo que debe ser entregado al público exige condiciones especiales. Lamentablemente, el hombre tiende a pensar que todo lo que le agrada a él debe agradecerle a los demás. Hasta el más hábil puede equivocarse, de modo que la cuestión es equivocarse lo menos posible. Hay Espíritus que se complacen en preservar esa ilusión en algunos médiums, razón por la cual no nos cansaremos de recomendar a estos últimos que no se

remitan a su propio juicio. Los grupos son útiles en este sentido, por la multiplicidad de opiniones que se pueden recoger en ellos. En tal caso, el médium que rechazara la opinión de la mayoría, por considerarse con más luces que el resto, demostraría sobremanera la influencia perjudicial que lo domina.

Al aplicar estos principios eclécticos a las comunicaciones que nos han remitido hasta el momento, diremos que, entre las tres mil seiscientas, hay más de tres mil que contienen una moralidad irreprochable y excelente, pero de las que solo trescientas se pueden publicar, y apenas cien poseen un mérito fuera de serie. Dado que esas comunicaciones proceden de una gran cantidad de puntos diferentes, inferimos de ahí que esa proporción debe ser más o menos general. Esto nos permite concluir que no debemos publicar sin consideración todo lo que provenga de los Espíritus, siempre que queramos alcanzar el objetivo que nos proponemos, tanto desde el punto de vista material como respecto del efecto moral y de la opinión que los indiferentes puedan formarse acerca del espiritismo.

Nos resta decir algunas palabras acerca de los manuscritos o trabajos extensos que nos han remitido, entre los cuales, sobre un total de treinta, hemos encontrado apenas cinco o seis que tienen un valor real. En el mundo invisible, tanto como en la Tierra, no faltan los escritores; pero los buenos escritores son raros. Un Espíritu puede ser apto para dictar una buena comunicación aislada, o para dar un excelente consejo privado, a la vez que ser incapaz de producir un trabajo de conjunto completo que pueda resistir un examen, sean cuales fueren sus pretensiones. Además, el nombre con que le agrade presentarse no es una garantía; cuanto más elevado es ese nombre, más obliga. Ahora bien, es más fácil adoptar un nombre que justificarlo. Por eso, junto con algunos buenos

conceptos, a menudo se encuentran las ideas más excéntricas y las huellas inequívocas de la más profunda ignorancia. En esa clase de trabajos mediúmnicos es donde hemos notado más señales de obsesión, entre las cuales una de las más frecuentes consiste en que el Espíritu ordene que se los imprima, y más de uno piensa erróneamente que esa recomendación basta para buscar un editor solícito que se ocupe de hacerlo.

En esos casos, sobre todo, resulta necesario un examen escrupuloso, para no exponerse a aprender penosamente y dar un mal ejemplo. Además, es la mejor manera de alejar a los Espíritus presuntuosos y pseudosabios, que se retiran forzosamente cuando no encuentran instrumentos dóciles a los que puedan inducir a que acepten sus palabras como artículos de fe. La intromisión de esos Espíritus en las comunicaciones es, además de un hecho conocido, el mayor escollo del espiritismo. Por consiguiente, nunca serán demasiados los recaudos que se tomen para evitar esas publicaciones lamentables. En esos casos es preferible pecar por exceso de prudencia, para beneficio de la causa.

En resumen, al publicar comunicaciones dignas de interés se hace algo útil; al publicar las que son deficientes, insignificantes o malas, se hace más mal que bien. Una consideración no menos importante es la de la oportunidad, pues hay algunas comunicaciones cuya publicación sería intempestiva y, por eso mismo, perjudicial: cada cosa debe llegar en el momento oportuno. Varias de las que nos remiten son de esa clase y, aunque resulten muy buenas, deben ser aplazadas. En cuanto al resto, dispondrán de un espacio conforme a las circunstancias y al asunto de que traten.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Los Espíritus incrédulos y materialistas

(Sociedad Espírita de París, 27 de marzo de 1863.)

Pregunta. En la evocación del señor Viennois —que tuvo lugar en la última sesión—, se encuentra esta frase: “Vuestra plegaria ha conmovido a muchos Espíritus frívolos e *incrédulos*”. ¿Cómo es posible que haya Espíritus incrédulos? ¿Acaso el medio en que se encuentran no constituye para ellos la negación de la incredulidad?

Rogamos a los Espíritus que tendrán a bien comunicarse que traten acerca de esta cuestión, si lo consideran oportuno.

Respuesta (médium: señor d’Ambel). ¿Acaso la explicación que me solicitáis no está escrita a lo largo de vuestras obras? ¿Me preguntáis por qué los *Espíritus incrédulos* han sido conmovidos? ¿No habéis dicho vos mismo que los Espíritus que se encontraban en la erraticidad habían ingresado en ella con las aptitudes, los conocimientos y la manera de ver que tuvieron durante la encarnación? ¡Dios mío! Todavía soy muy novato para brindaros una solución que os satisfaga respecto de las cuestiones espinosas de la doctrina. Con todo, por la experiencia recién adquirida, por decirlo de algún modo, puedo responder preguntas acerca de hechos. Por lo general se cree, en el mundo en el que habitáis, que la muerte modifica de inmediato las opiniones de los que parten, y que la venda de la incredulidad se les arranca violentamente a los que negaron a Dios en la Tierra: ahí está el error, porque el castigo comienza justamente, para ellos, en mantener la misma incertidumbre respecto del Señor de todas las cosas, y en conservar la duda que traían de la Tierra. No, creedme, la vista oscurecida de la

inteligencia humana no percibe instantáneamente la luz. En la erraticidad se procede al menos con la misma prudencia que en la Tierra, y no se proyectan los rayos de la luz eléctrica sobre los ojos de los que están enfermos de la vista a fin de sanarlos.

El pasaje de la vida terrestre a la vida espiritual presenta —esto es seguro— un período de confusión y de turbación en la mayoría de los que desencarnan. Pero hay algunos, ya en vida desprendidos de los bienes de la Tierra, que realizan esa transición tan fácilmente como una paloma que se eleva en el aire. Es fácil para vosotros comprender esta diferencia al examinar las costumbres de los viajeros que se embarcan para cruzar los océanos. Para algunos, el viaje es un recreo; para la mayoría, es un sufrimiento vulgar, pero abrumador, que durará hasta el momento del desembarque. ¡Pues bien! Lo mismo ocurre, por decirlo de algún modo, para viajar de la Tierra al mundo de los Espíritus. Algunos se desprenden rápidamente, sin sufrimiento ni turbación, mientras que otros son sometidos al mal de la travesía etérea. Pero ocurre esto: así como los viajeros que tocan tierra recobran el aplomo y la salud al bajar del navío, también el Espíritu que ha superado todos los obstáculos de la muerte acaba por encontrarse, como en el punto de partida, con la conciencia nítida y clara de su individualidad.

Es cierto, pues, mi estimado señor Kardec, que los incrédulos y los materialistas absolutos conservan su opinión más allá de la tumba, hasta el momento en que la razón o la gracia despierte en su corazón el pensamiento correcto que en él se encuentra escondido. De ahí resulta esa dispersión de ideas en las manifestaciones, y esa divergencia en las comunicaciones de los Espíritus de ultratumba. De ahí resultan algunos dictados empañados aún con *ateísmo* o con *panteísmo*.

Permitidme, para finalizar, que me ocupe de cuestiones que son un tanto personales. Os agradezco por haberme evocado, pues eso me ayudó a reconocerme. Os agradezco también el consuelo que habéis brindado a mi esposa, y os ruego que continuéis exhortándola para que se sostenga en las pruebas que le aguardan. En cuanto a mí, siempre estaré junto a ella y la inspiraré.

VIENNOIS

Pregunta. Se comprende la incredulidad en algunos Espíritus, pero no el materialismo, porque el estado en que ellos se encuentran constituye una protesta contra el reino absoluto de la materia y de la nada después de la muerte.

Respuesta (médium: señor d'Ambel). Una palabra solamente: todos los cuerpos sólidos o fluídicos pertenecen a la sustancia material, lo cual está bien demostrado. Ahora, los que en vida admitían un único principio en la naturaleza —la materia—, a menudo solo perciben después de la muerte ese principio único y absoluto. Si reflexionáis acerca de las ideas que los dominaron durante toda su vida, sin duda los encontraréis, aún hoy, completamente subyugados por esas mismas ideas. En el pasado, se consideraban a sí mismos como cuerpos sólidos; en el presente, se ven como cuerpos fluídicos; eso es todo. Os ruego que observéis que ellos se perciben a sí mismos con una forma netamente circunscripta, por muy vaporosa que sea, e idéntica a la que en la Tierra tuvieron en estado sólido o humano. De tal modo, en su nuevo estado no ven otra cosa más que una transformación de su ser, en la que no habían pensado. Sin embargo, siguen convencidos de que se trata de una transición hacia el fin que los espera, cuando

se encuentren suficientemente desprendidos para fundirse en el gran todo universal. No hay nada más obstinado que un científico, de modo que ellos persisten en considerar que ese fin, aunque se haya demorado, no deja de ser inevitable.

Una de las condiciones de su ceguera moral radica en que permanecen más violentamente atados a la materialidad y, por consiguiente, se ven impedidos de alejarse de las regiones terrestres u otras similares a la Tierra. Y así como la inmensa mayoría de los encarnados aprisionados en la carne no pueden percibir las formas vaporosas de los Espíritus que los rodean, la opacidad de la envoltura de los materialistas impide que estos contemplen a las entidades espirituales que se desplazan tan bellas y resplandecientes en las elevadas esferas del empíreo celestial.

ERASTO

Otra (médium: señor A. Didier). La duda es la causa de las penas y, muy a menudo, de las faltas en la Tierra. El conocimiento del espiritualismo, por el contrario, causa las penas y las faltas de los Espíritus.

¿Dónde estaría el castigo si los Espíritus no conocieran sus errores mediante la consecuencia que es la realidad penitenciaria de la otra vida? ¿Dónde estaría el castigo si sus corazones y sus almas no sintieran todo el error del escepticismo terrestre y la nada de la materia? El Espíritu ve al Espíritu como la carne ve a la carne. El error del Espíritu no es el error de la carne, y el hombre materialista que ha dudado en la Tierra ya no duda en el otro mundo.

El suplicio de los materialistas consiste en lamentar la pérdida de las alegrías y las satisfacciones terrenales, pues todavía

no pueden comprender ni sentir los goces y las perfecciones del alma. Y notad el abatimiento moral de esos Espíritus que viven completamente en la esterilidad moral y física, y que extrañan esos bienes que han sido momentáneamente su alegría y que ahora constituyen su suplicio.

En la actualidad, es cierto que, sin ser materialista en el sentido de la satisfacción de las pasiones terrenales, es posible serlo en el ámbito de las ideas y del espíritu más que en los actos de la vida. Estos son los denominados librepensadores, los que no se atreven a profundizar en las causas de su existencia. Estos también son castigados en el otro mundo. Nadan en la verdad, pero la verdad no los penetra. Su orgullo abatido los hace sufrir, y extrañan esos días terrenales en los que, por lo menos, tenían la libertad de dudar.

LAMENNAIS

Observación. Esta apreciación parece a primera vista contradecir la de Erasto. Él admite que algunos Espíritus pueden conservar las ideas materialistas, mientras que Lamennais piensa que esas ideas son apenas el recuerdo penoso de los goces materiales, pero que esos Espíritus se encuentran plenamente esclarecidos respecto de su estado espiritual. Los hechos parecen acudir en apoyo de la opinión de Erasto. Dado que vemos Espíritus que, incluso mucho tiempo después de la muerte, *creen que siguen vivos, y se dedican o creen que se dedican a sus ocupaciones terrenales*, de ahí resulta que estos se engañan completamente respecto de su situación y no se dan cuenta en absoluto de su estado espiritual. Toda vez que no se consideran muertos, no sería de extrañar que conservaran la idea de la nada después de la muerte, que para ellos todavía

no llegó. No cabe duda de que Erasto quiso expresarse en este sentido.

Respuesta. Es evidente que tienen la idea de la nada, pero no es más que una cuestión de tiempo, pues llega el momento en que el velo se descorre y las ideas materialistas resultan inaceptables. La respuesta de Erasto se refiere a hechos particulares y momentáneos. Yo solo me refería a hechos generales y definitivos.

LAMENNAIS

Observación. La divergencia no era más que aparente y procedía tan solo del punto de vista a partir del cual cada uno consideraba la cuestión. Es evidente que un Espíritu no puede mantenerse perpetuamente materialista. Apenas preguntábamos si esa idea era destruida necesariamente y de inmediato después de la muerte. Ahora bien, los dos Espíritus están de acuerdo en ese punto, y se pronuncian por la negativa. Añadamos que la persistencia de la duda respecto del porvenir es un castigo para el Espíritu incrédulo; para él constituye una tortura que es mucho más pungente porque no cuenta con las preocupaciones terrenales para distraerse con ellas.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Las publicaciones espíritas se multiplican y, como hemos dicho, alentamos a todas las que puedan resultar de utilidad para la causa que defendemos. Son otras tantas voces que se

elevan y propagan la idea con formas diferentes. Si no hemos dado nuestra opinión respecto de algunas obras más o menos importantes que tratan acerca de temas semejantes, ha sido porque, temerosos de que se viera en ella un sentimiento de parcialidad, preferimos dejar que la opinión se formara por sí sola. Ahora bien, notamos que la opinión de la mayoría ha confirmado la nuestra. Debido a nuestra posición, debemos ser sobrios en las apreciaciones de ese género, sobre todo cuando la aprobación no puede ser absoluta. Al permanecer neutrales, no se nos acusará de haber ejercido una presión desfavorable, y si el éxito no se corresponde con lo esperado, no será por nuestra culpa.

Entre las publicaciones recientes que nos complace recomendar sin restricciones, destacamos los dos opúsculos anunciados en nuestro último número con los títulos de *El espiritismo sin los Espíritus* [*Le Spiritisme sans les Esprits*] y *La verdad acerca del espiritismo experimental en los grupos* [*La vérité sur le Spiritisme expérimental dans les groupes*], escritos por un espírita teórico, y acerca de los cuales mantenemos la opinión que hemos emitido al sostener que, en un espacio muy limitado, el autor había sabido resumir los verdaderos principios del espiritismo con notable precisión y en un estilo atractivo. En la publicación que se refiere a los grupos, los curiosos y los incrédulos encontrarán una excelente lección sobre la manera adecuada de observar lo que ocurre en los grupos serios. - Precio: 50 centavos cada uno; 60 centavos por correo. Librería Dentu, en el Palais-Royal.

Tampoco podemos omitir el periódico *La Vérité*, publicado en Lyon bajo la dirección del señor Edoux, y que también hemos anunciado. La falta de espacio nos obliga a limitarnos a decir que se trata de un nuevo paladín, que parece ser visto

con recelo desde el campo adverso. Se dio a conocer con varios artículos de gran alcance, firmados por PHILOLÉTHÈS, entre los cuales se destacan los que tienen como título: *El fundamento del espiritismo* [*Le fondement du Spiritisme*]; *El periespíritu ante las tradiciones* [*Le périsprit devant les traditions*]; *El periespíritu ante la filosofía y la historia* [*Le périsprit devant la philosophie et l'histoire*], etc. Denotan una pluma ejercitada, sobre la base de una lógica rigurosa y que, en caso de perseverar en ese camino, puede dar trabajo a nuestros adversarios, siempre con la línea de moderación que parece ser la divisa de ese periódico, al igual que la del nuestro. Debemos combatir con la lógica, y no con las personalidades, la injuria y las represalias.

ALLAN KARDEC

Burdeos pronto tendrá también su *Revista* específica, a la que nos complacerá ayudar con nuestros consejos, pues han tenido a bien solicitárnoslo. No nos cabe duda de que avanzará por el camino de la sabiduría y la prudencia, de modo que no le faltará el apoyo de los verdaderos espíritas, de los que ven el interés de la causa antes que las cuestiones personales, de interés o amor propio. Ellos saben que cuentan con nuestra simpatía. La abnegación de la personalidad, el desinterés moral y material, la práctica de la ley de amor y de caridad, serán siempre las marcas distintivas de aquellos para quienes el espiritismo no constituye una simple creencia estéril en esta vida y en la otra, sino una fe fecunda.

El *Courrier de la Moselle*, periódico de Metz, del 11 de abril de 1863, contiene un excelente y notable artículo, firmado por *Un espírita de Metz*, en el que se refutan los casos de locura atribuidos al espiritismo. Nos encanta ver a los espíritas que entran en liza para oponer la fría y severa lógica de los hechos a las diatribas de sus adversarios. Citaremos algunos fragmentos, que la falta de espacio nos obliga a posponer para el próximo número.



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 6

Junio de 1863

Acerca del principio de no retroceso de los Espíritus

En reiteradas oportunidades hemos recibido preguntas acerca del principio de no retroceso de los Espíritus, principio diversamente interpretado, de modo que haremos el intento de responderlas. El espiritismo pretende ser claro para todo el mundo, a fin de que sus futuros adeptos no tengan motivo alguno para discutir acerca de palabras. Por eso, todos los puntos susceptibles de interpretación serán sucesivamente dilucidados.

Los Espíritus no retroceden²³, en el sentido de que no pierden nada del progreso cumplido. Pueden permanecer momentáneamente estacionarios, pero si son buenos no pueden volverse malos, ni ignorantes si son sabios. Ese es el principio general, que solo se aplica al estado moral, y no a la situación

23. Véase *El libro de los Espíritus*, §§ 118 y 194a, entre otros. Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

material, que puede pasar de buena a mala si el Espíritu la ha merecido.

Hagamos una comparación. Supongamos un hombre de mundo, instruido, pero culpable de un delito que lo condujo a la cárcel. Es cierto que sufrió una importante degradación respecto de su posición social y su bienestar material. A la estima y la consideración le siguieron el desprecio y la abyección. Sin embargo, no perdió nada en cuanto al desarrollo de su inteligencia; retuvo en el presidio sus facultades, sus talentos, sus conocimientos. Se trata de un hombre caído, y con este sentido debemos entender a los Espíritus caídos. Por lo tanto, al cabo de algún tiempo de prueba, Dios puede retirar, de un mundo en el que no progresaron moralmente, a los Espíritus que lo *desconocieron*, que fueron rebeldes a sus leyes, para enviarlos a expiar sus errores y su obstinación en un mundo inferior, entre seres aún menos avanzados. Ahí serán lo que eran antes, moral e intelectualmente, pero en una condición infinitamente más penosa, debido a la propia naturaleza de ese mundo y, sobre todo, al medio en el que se encontrarán. En una palabra, ocuparán la posición de un hombre civilizado que es forzado a vivir entre salvajes, o de un hombre con buena educación condenado a una sociedad de reclusos. Perdieron su posición, sus ventajas, pero no retrocedieron hasta su estado primitivo. Hombres adultos, no volvieron a ser niños. Esto es lo que se debe entender por no retroceso. Dado que no aprovecharon el tiempo, se trata de un trabajo que deben recomenzar. Dios, en su bondad, no quiere dejarlos más tiempo entre los buenos, cuya paz perturban. Por eso, los envía junto a otros hombres, y les asigna la misión de hacer que estos avancen, comunicándoles lo que saben. Mediante ese trabajo, ellos también podrán avanzar y redimirse, expiando sus faltas pasadas, como

el esclavo que ahorra poco a poco a fin de comprar un día su libertad. No obstante, como el esclavo, hay muchos que solo ahorran dinero, en vez de virtudes, que son las únicas con las que podrán pagar su rescate.

Tal ha sido hasta ahora la situación de nuestra Tierra, un mundo de expiación y de prueba en el que la raza adámica, una raza inteligente, fue exiliada entre razas primitivas inferiores, que habitaban aquí antes que ella. Esa es la razón por la cual hay tantas amarguras en este mundo, amarguras que los pueblos salvajes están lejos de sentir con la misma intensidad. No cabe duda de que hay un retroceso del Espíritu en el sentido de que retrasa su adelanto, pero no desde el punto de vista de sus adquisiciones y del desarrollo de su inteligencia, debido a lo cual su degradación social es más penosa. Por eso, en un medio abyecto, el hombre de mundo sufre más que el que siempre vivió en el fango.

Según un sistema que a simple vista resulta un tanto engañoso, los Espíritus no habrían sido creados para encarnar, sino que la encarnación sería tan solo el resultado de sus faltas. Ese sistema cae por la simple consideración de que, si ningún Espíritu hubiera errado, no habría hombres en la Tierra ni en otros mundos. Ahora bien, como la presencia del hombre es necesaria para el mejoramiento material de los mundos, y dado que este contribuye a la obra general con su inteligencia y su actividad, de ahí resulta que el hombre es uno de los engranajes esenciales de la creación. Dios no podía subordinar el cumplimiento de esa parte de su obra a la caída eventual de sus criaturas, a menos que para eso contara siempre con una cantidad suficiente de culpables, a fin de alimentar con obreros los mundos creados y por crear. El sentido común rechaza semejante idea.

La encarnación es, por lo tanto, una necesidad para el Espíritu, que en cumplimiento de su misión providencial trabaja, con miras a su propio adelanto, mediante la actividad y la inteligencia que debe desplegar para proveer a su vida y su bienestar. No obstante, la encarnación se convierte en un castigo cuando el Espíritu, por no haber hecho lo que debía, es obligado a recomenzar su tarea y multiplica sus existencias corporales penosas por su propia culpa. Un estudiante solo obtiene su diploma después de que ha cursado todas las asignaturas. ¿Acaso esas asignaturas son un castigo? No; son una necesidad, una condición indispensable para su adelanto. No obstante, si debido a su pereza se ve obligado a volver a cursarlas, en eso radica el castigo; mientras que aprobar algunas es un mérito. Lo cierto, pues, es que la encarnación en la Tierra constituye un castigo para muchos de los que habitan en ella, porque habrían podido evitarla, mientras que tal vez la han duplicado, triplicado o centuplicado por su culpa, retrasando de tal modo su ingreso en los mundos mejores. Lo falso es admitir como principio que la encarnación es un castigo.

Otra pregunta que a menudo se plantea es esta: “Dado que el Espíritu es creado simple e ignorante, con libertad para hacer el bien o el mal, ¿no se produce una degradación moral en aquel que toma el camino del mal, en vista de que llega a hacer el mal que antes no hacía?”

Esta proposición no es más sustentable que la precedente. Solo hay degradación en el pasaje de un estado relativamente bueno a un estado peor. Ahora bien, el Espíritu creado simple e ignorante se encuentra, en su origen, en un estado de nulidad moral e intelectual como el de un niño que acaba de nacer. Así como no ha hecho el mal, tampoco hizo el bien. No es feliz ni desdichado. Obra sin conciencia y sin responsabili-

dad. Como no tiene nada, no puede perder nada, y tampoco puede retroceder. Su responsabilidad solo comienza a partir del momento en que el libre albedrío se desarrolla en él. Su estado primitivo no es, pues, un estado de inocencia inteligente y razonado. Por consiguiente, el mal que hace más tarde al infringir las leyes de Dios y abusar de las facultades que se le han otorgado, no es un pasaje del bien al mal, sino la consecuencia del mal camino que ha tomado.

Esto nos conduce a otra pregunta. Nerón, por ejemplo, mientras fue Nerón, ¿pudo haber hecho más mal que en su precedente encarnación? Respondemos que sí, lo cual no implica que, en la existencia en la que pudo haber hecho menos mal, haya sido mejor. En primer lugar, el mal puede cambiar de forma, sin llegar a ser peor o menor. La posición de Nerón, como emperador, lo puso en evidencia, y por eso lo que hizo se notó más. En una existencia oscura, pudo haber cometido actos igualmente reprobables, aunque en menor escala, y que pasaron desapercibidos. Como soberano, mandó a incendiar una ciudad; como simple particular, pudo haber quemado una casa y provocado la muerte de una familia. De igual modo, un vulgar asesino que mata algunos viajeros para robarles, si estuviera en un trono, sería un tirano sanguinario, y haría en gran escala lo que su posición actual solo le permite hacer en menor grado.

Si consideramos el asunto desde otro punto de vista, diremos que un hombre puede hacer mayor suma de mal en una existencia que en la precedente, mostrar vicios que no tenía, sin que eso implique una degradación moral. En tal caso, ocurre a menudo que para hacer el mal le faltan ocasiones, toda vez que el principio existe en estado latente. En cambio, cuando una ocasión se presenta, los malos instintos se

muestran al desnudo. La vida común nos presenta numerosos ejemplos al respecto: un hombre al que se consideraba bueno, de repente despliega vicios insospechados, y quedamos sorprendidos. Ocurre simplemente que supo disimularlos o que una causa provocó el desarrollo de un germen malo. Es cierto que el hombre en quien los buenos sentimientos se hallan fuertemente arraigados, ni siquiera tiene la idea del mal; y cuando esa idea existe, se debe a que existe el germen, de modo que a menudo solo resta ejecutarlo.

Entonces, como hemos dicho, aunque se presente con diferentes formas, el mal no deja de ser el mal. El mismo principio vicioso puede ser la fuente de una infinidad de actos diversos que provienen de una misma causa. El orgullo, por ejemplo, puede inducir a que se cometa una gran cantidad de faltas, a las que se está expuesto mientras el principio radical no sea extirpado. Así pues, un hombre puede, en una existencia, tener defectos que no manifestó en otra, y que solo son consecuencias distintas de un mismo principio vicioso. Para nosotros, Nerón es un monstruo, porque cometió atrocidades; pero ¿acaso suponéis que esos hombres pérfidos, hipócritas, verdaderas víboras que siembran el veneno de la calumnia, que despojan a las familias mediante la astucia y el abuso de confianza, que ocultan su vileza con la máscara de la virtud para lograr sus fines con mayor seguridad y recibir elogios, toda vez que merecen la execración, acaso suponéis—preguntamos—que son mejores que Nerón? Por cierto que no. Reencarnar en un Nerón no sería para ellos una degradación, sino una oportunidad para mostrarse con un nuevo rostro, en cuyo caso exhibirán los vicios que disimulaban, y se atreverán a realizar por la fuerza lo que hacían mediante el engaño: en esto radica toda la diferencia. No obstante, esa nueva prueba hará que su

castigo sea más terrible, en caso de que, en vez de aprovechar los medios que se les ofrecen para reparar, los utilicen para el mal. Con todo, cada existencia, por muy mala que sea, constituye una oportunidad de progreso para el Espíritu, pues este desarrolla su inteligencia, adquiere experiencia y conocimientos que, más tarde, lo ayudarán a progresar moralmente.

Algunas refutaciones

(Segundo artículo.- Véase el número de mayo.)

Toda idea nueva pone necesariamente en su contra a todos aquellos cuyas opiniones e intereses contraría. Algunos creen que la Iglesia se ve perjudicada —nosotros pensamos que no, pero nuestra opinión no es ley—, y por eso nos atacan en nombre de ella con una furia a la que solo le faltan las grandes ejecuciones de la Edad Media. Los sermones y las instrucciones pastorales lanzan sus rayos ampliamente. Los opúsculos y los artículos de los periódicos arrojan piedras, la mayoría de ellos con expresiones cínicas y muy poco evangélicas, y varios con una rabia que toca el frenesí. ¿A qué se debe, pues, ese despliegue de fuerzas y tanta cólera? Se debe a que nosotros decimos que Dios perdona al que se arrepiente, y que las penas serán eternas tan solo para los que nunca se arrepientan. Y porque proclamamos la clemencia y la bondad de Dios, somos herejes destinados a la execración, y la sociedad está perdida. Nos acusan de perturbadores, invitan a la autoridad a que nos persiga en nombre de la moral y el orden público, y le reclaman que no cumple con su deber porque nos deja tranquilos.

Aquí se presenta un problema interesante. ¿A qué se debe ese ensañamiento en contra del espiritismo, un ensañamiento mayor que el destinado a tantas otras teorías filosóficas o religiosas mucho menos ortodoxas? ¿Acaso la Iglesia ha fulminado al materialismo, que lo niega todo, del mismo modo que lo hace contra el espiritismo, que apenas se limita a la interpretación de algunos dogmas? Esos dogmas, y muchos otros, ¿no fueron negados, discutidos, cuestionados en una infinidad de escritos, que para la Iglesia pasan desapercibidos? Los principios fundamentales de la fe: Dios, el alma y la inmortalidad, ¿no fueron atacados públicamente sin que la Iglesia se indignara por eso? Ni siquiera el sansimonismo, el furierismo, o la propia Iglesia del abad Chatel, levantaron tanta cólera, sin mencionar otras sectas menos conocidas, tales como la de los *fusionistas*, cuyo jefe acaba de morir, y que tienen un culto, su periódico, y no admiten la divinidad de Cristo; o como la de los *católicos apostólicos*, que no reconocen al papa y tienen sus propios sacerdotes y obispos casados, sus iglesias en París y en las provincias, donde realizan bautismos, matrimonios y entierros. Entonces, ¿a qué se debe que el espiritismo, que no tiene ni culto ni iglesia, y cuyos sacerdotes están solamente en la imaginación, levante tanta animosidad? ¡Qué extraño! El partido religioso y el partido materialista, que son la negación el uno del otro, se dan la mano para *pulverizarnos* –tal es la palabra que utilizan–. El espíritu humano presenta realmente singulares rarezas cuando lo ciega la pasión, y la historia del espiritismo tendrá cosas graciosas para registrar.

La respuesta se encuentra por completo en esta conclusión del opúsculo del reverendo padre Nampon²⁴: “En general, no

24. Discurso predicado en la iglesia primacial de San Juan Bautista, en presencia de su eminencia el cardenal arzobispo de Lyon, los días 14 y 21 de

hay nada que sea más *abyecto, degradante, vacío de contenido y falto de atractivo en la forma, que esas publicaciones cuyo fabuloso éxito es uno de los síntomas más alarmantes de nuestra época*. Destruídlas, pues no perderéis nada. Con el dinero despilfarrado en Lyon para esas necedades, fácilmente habríamos podido agregar algunas camas más en los hospicios de alienados, que están saturados desde la invasión del espiritismo. ¿Qué haremos con esos panfletos abominables? Haremos lo mismo que hizo *con ellos* el gran apóstol en Éfeso, y así conservaremos entre nosotros el imperio de la razón y de la fe, y a las víctimas de esas lamentables ilusiones las preservaremos de una infinidad de decepciones en la vida presente, así como de las llamas de la desdichada eternidad”.

Ese *fabuloso éxito* es lo que confunde a nuestros adversarios. No comprenden que es inútil todo lo que hacen para detener esa idea que se desliza entre sus trampas, se mantiene firme ante sus golpes, y continúa su camino ascendente sin preocuparse por las piedras que le arrojan. Este es un hecho indudable y constatado una y otra vez por los adversarios de una y otra categoría, tanto en sus prédicas como en sus publicaciones. Todos ellos deploran *el progreso inaudito de esa epidemia que ataca incluso a los hombres de ciencia, a los médicos y a los magistrados*. En verdad, hace falta que alguien venga de Texas para decir que el espiritismo ha muerto y que ya no se habla más de él (véase la *Revista* de febrero de 1863, página 41).

Por nuestra parte, ¿qué hacemos para tener éxito? ¿Acaso predicamos el espiritismo en las plazas? ¿Convocamos al público a nuestras reuniones? ¿Tenemos nuestros misioneros

diciembre de 1862, por el reverendo padre Nampon, de la Compañía de Jesús, predicador del Adviento. (N. de Allan Kardec.)

de propaganda? ¿Contamos con el apoyo de la prensa? Por último, ¿recurrimos a los medios de acción ostensibles y *secretos* que vosotros poseéis y que usáis tan ampliamente? No; para reclutar partidarios nos preocupamos mil veces menos de lo que vosotros os preocupáis para distraerlos. Nos basta con decir: “Leed, y si os conviene, venid a nosotros”. Hacemos más, pues decimos: “Leed el pro y el contra, y comparad”. Respondemos a vuestros ataques sin hiel, sin animosidad ni acritud, porque no sentimos cólera y, lejos de quejarnos de la vuestra, la aplaudimos, porque sirve a nuestra causa. Veamos a continuación una prueba entre miles de la fuerza persuasiva de los argumentos de nuestros adversarios. Un señor que acaba de escribir a la Sociedad de París para solicitarnos formar parte de ella, comienza su carta de este modo: “La lectura de *La cuestión de lo sobrenatural, los muertos y los vivos*, del padre Matignon, de *La cuestión de los Espíritus*, del señor de Mirville, de *El Espíritu golpeador*, del doctor Bronson y, por último, de diferentes artículos en contra del espiritismo, me han sumado aún más completamente a la doctrina de *El libro de los Espíritus*, y me han infundido el más intenso deseo de formar parte de la Sociedad Espírita de París, a fin de que pueda continuar el estudio del espiritismo de una manera más constante y fructífera”.

Algunas veces, la pasión enceguece al extremo de inducir a que se cometan extrañas incoherencias. En el pasaje citado más arriba, el padre Nampon afirma que *no hay nada más falto de atractivo que esas publicaciones cuyo fabuloso éxito*, etc. No comprende que esas dos proposiciones se destruyen una a otra: algo sin atractivo no puede tener ningún éxito, pues solo puede tener éxito con la condición de que sea atractivo, y con mayor razón si ese éxito es fabuloso.

Agrega que, *con el dinero despilfarrado en Lyon para esas necedades, fácilmente se habrían agregado algunas camas más en los hospicios de alienados de esa ciudad, saturados desde la invasión del espiritismo*. Es cierto, tan solo en Lyon, habría sido necesario agregar treinta o cuarenta mil camas más, dado que todos los espíritas están locos... Por otra parte, como se trata de *necedades*, eso no tiene ningún valor. ¿A qué se debe, pues, que las honren con tantos sermones, pastorales y opúsculos? Respecto al empleo del dinero, sabemos que, en Lyon, muchas personas –malpensadas, sin duda– consideraron que, con los dos millones que esa ciudad depositó en las arcas de san Pedro, se habría podido alimentar a muchos obreros desgraciados durante el invierno, mientras que la lectura de los libros espíritas les infundió valor y resignación para soportar su miseria sin rebelarse.

El padre Nampon no es fiel en las siguientes citas. En un pasaje de *El libro de los Espíritus*, nos hace decir: “Hay tanta distancia entre el alma del animal y el alma del hombre, *como entre el alma del hombre y el alma de Dios* (§ 597). Lo correcto es: *entre el alma del hombre y Dios*, lo cual es muy diferente. El *alma de Dios* implica una especie de asimilación entre Dios y las criaturas corporales. Es comprensible que alguna palabra se omita por descuido o por un error tipográfico, pero no que se agregue una sin que haya alguna intención. ¿Cuál es la intención de ese agregado que desvirtúa el sentido de la idea, si no es para que aparezcamos con un tinte materialistas ante los que se conforman con leer la cita sin verificarla en el original? Un libro que apareció poco antes de *El libro de los Espíritus*, y que contiene un teoría teogónica y cosmogónica, convierte a Dios en un ser absolutamente material, pues se trata de un compuesto de todos los globos del universo: moléculas del

Ser universal que tiene un estómago, come y digiere, y de cuya digestión los hombres son el producto malvado. A pesar de esto, no se dijo una sola palabra para combatirlo. Toda la cólera se concentró en *El libro de los Espíritus*. ¿Será porque en el transcurso de seis años este libro llegó a su décima edición, y porque se ha difundido en todos los países del mundo?

No les basta con criticar, pues truncan y desvirtúan las máximas para contribuir *al horror que debe inspirar esa abominable doctrina*, y para que resultemos contradictorios respecto de nosotros mismos. De tal modo, el padre Nampon, al citar una frase de la “Introducción” de *El libro de los Espíritus*, página XXXIII, dice: “*Algunas personas –vos mismo lo decís–, al dedicarse a estos estudios, han perdido la razón*”. Con esta frase pareciera que reconocemos el hecho de que el espiritismo conduce a la locura, mientras que, al leer todo el parágrafo XV, la acusación recae precisamente sobre quienes la arrojan. De tal modo, si tomáramos fragmentos de frases de un autor, podríamos “hacer que lo apresen”. Ni siquiera los autores más sagrados escaparían de esa disección. Con este sistema, algunos críticos pretenden modificar las tendencias del espiritismo, para dar a entender que promueve el *aborto*, el *adulterio*, el *suicidio*, toda vez que demuestra de manera concluyente la criminalidad de esas acciones y sus funestas consecuencia para el porvenir.

El padre Nampon llega incluso a adueñarse de citas con el fin de refutar algunas ideas: “Algunas veces –dice– el autor define a Jesucristo como Hombre-Dios; pero en otra parte (*El libro de los médiums*, página 368), en un diálogo con un *médium* que tomó el nombre de Jesús y que le dijo: “No soy Dios, pero soy su hijo”, le responde de inmediato: “Entonces, ¿eres Jesús?”. Y el padre Nampon agrega: “Si bien Jesús es de-

nominado Hijo de Dios, lo es en un sentido arriano, sin que haya consustancialidad con el Padre”.

En primer lugar, no se trataba de un *médium* que decía ser Jesús, sino de un Espíritu, lo cual es muy diferente, y la cita se hizo precisamente para mostrar el engaño de algunos Espíritus y advertir a los médiums respecto de estos subterfugios. Vosotros afirmáis que el espiritismo niega la divinidad de Cristo. ¿Dónde visteis esa proposición formulada como un principio? Decís que es consecuencia de toda la doctrina. ¡Ah! Si entramos en el terreno de las interpretaciones, nosotros podemos ir más allá de lo que pretendéis. Si dijéramos, por ejemplo, que Cristo no había llegado a la perfección, y que necesitó las pruebas de la vida corporal para progresar, así como su pasión para elevarse en gloria, entonces tendríamos razón, porque habríamos hecho de él, ya no un *Espíritu puro*, enviado a la Tierra con una misión divina, sino un simple mortal, que necesitaba del sufrimiento para progresar. ¿Dónde visteis que hayamos dicho eso? Pues bien, lo que nosotros nunca dijimos, ni diremos jamás, es lo que decís vosotros.

Recientemente hemos visto, en el locutorio de una casa religiosa de París, la siguiente inscripción, impresa con grandes caracteres y expuesta para instrucción de todos: *Hizo falta que el Cristo sufriera para entrar en su gloria, y solo después de que bebiera grandes tragos en el torrente de la tribulación y del sufrimiento, pudo elevarse a lo más alto de los Cielos* (Salmo 109, versículo 8). Tal es el comentario del siguiente verso: *Beberá en el camino el agua del torrente, por lo cual levantará su cabeza* (*De torrente in via bibet: propterea exultabit caput*). Por lo tanto, si HIZO FALTA que el Cristo sufriera para entrar en su gloria; y si NO PUDO elevarse a lo más alto de los Cielos más que mediante tribulaciones y sufrimiento, eso implica que antes no

estaba en su gloria ni en lo más alto de los Cielos, razón por la cual no era Dios; además, sus sufrimientos no redundaban solamente en beneficio de la humanidad, pues eran necesarios para su propio adelanto. Afirmar que el Cristo necesitaba sufrir para elevarse, significa que antes de su advenimiento no era perfecto. No conocemos una protesta más enérgica que vaya en contra de su divinidad. Si tal es el sentido de ese verso del salmo que se canta en vísperas, entonces todos los domingos se canta la no divinidad del Cristo.

Decimos que con el sistema de las interpretaciones se va muy lejos. Si nos propusiéramos citar las de algunos concilios respecto de este otro versículo: *El Señor está a vuestra derecha, y él destruirá a los reyes el día de su cólera*, sería fácil demostrar que se ha tomado de ahí la justificación del regicidio.

El padre Nampon señala también que: “La vida futura cambia por completo de aspecto (con el espiritismo). La inmortalidad del alma se reduce a una permanencia material, sin identidad moral, sin conciencia del pasado”. Esto es un error. El espiritismo nunca dijo que el alma no tuviera conciencia del pasado. El alma pierde momentáneamente el recuerdo del pasado durante la vida corporal, pero “cuando el Espíritu retorna a su vida primitiva (la vida espírita), toda su vida pasada se despliega ante él. Ve las faltas que ha cometido y que son la causa de su sufrimiento. También ve lo que habría podido impedir que las cometiera. Comprende que la situación en que se encuentra es justa, y busca entonces una existencia con la cual reparar la que acaba de transcurrir” (*El libro de los Espíritus*, § 393). Si hay recuerdo del pasado y conciencia del yo, entonces hay identidad moral. Dado que la *vida espiritual* es la vida normal del Espíritu, y que las existencias corporales apenas son puntos en la vida espírita, de ahí se

sigue que la inmortalidad no se reduce a una *permanencia material*. Como vemos, el espiritismo afirma todo lo contrario de lo que supone el padre Nampon, quien, al desvirtuarlo, no puede excusarse en la ignorancia, pues sus citas demuestran que ha leído, pero comete el error de presentar citas truncadas y de hacerle decir al espiritismo todo lo contrario de lo que este afirma.

Algunos acusan al espiritismo de basarse en el más grosero materialismo, por el hecho de que admite la existencia del periespíritu, que tiene propiedades materiales. Esta es también una consecuencia falsa extraída de un principio referido de manera incompleta. El espiritismo nunca confundió el *alma* con el *periespíritu*, que es tan solo una envoltura, como el cuerpo, que es otra. Si el alma tuviera diez envolturas, eso no afectaría en absoluto su esencia inmaterial. No ocurre lo mismo en el caso de la doctrina adoptada por el concilio de Viena del Delfinado [Vienne en Dauphiné], en su segunda sesión, del 3 de abril de 1312. Según esa doctrina, “la autoridad de la Iglesia ordena creer que el alma es la forma sustancial del cuerpo; que no existen las ideas innatas; y declara herejes a los que nieguen la materialidad del alma”. Raoul Fornier, profesor de Derecho, enseña positivamente lo mismo en sus discursos académicos acerca del origen del alma, impresos en París, en 1619, con la aprobación y los elogios de varios doctores en Teología.

Es probable que ese concilio, al basarse en los numerosos hechos de manifestaciones espíritas visibles y tangibles referidos en las Escrituras –manifestaciones que no pueden ser sino materiales, dado que afectan a los sentidos–, haya confundido el alma con su envoltura fluídica o periespíritu, cuya diferencia el espiritismo nos demuestra. Su doctrina, por lo tanto, es menos materialista que la de ese concilio.

“Pero abordemos –dice el padre Nampon– al hombre de Francia que sin duda es el más adelantado en estos estudios. *Para verificar la identidad del Espíritu que habla* –dice el señor Allan Kardec–, *es necesario estudiar su lenguaje*. ¡De acuerdo! Nosotros conocemos, a través de sus escritos auténticos, el pensamiento cierto y, por consiguiente, el *lenguaje* de san Juan, de san Pablo, de san Agustín, de Fenelón, etc. Entonces, ¿cómo os atrevéis, en vuestros libros, a atribuir a esos grandes genios pensamientos y sentimientos absolutamente contrarios a los que han quedado registrados para siempre en sus obras?”

De este modo, admitís que esas personalidades no pudieron haberse equivocado en nada; que todo lo que escribieron es la expresión de la verdad; que si hoy volvieran a vivir corporalmente, deberían enseñar lo mismo que enseñaron antaño; que si vuelven en Espíritu, no deben renegar de ninguna de sus palabras. Sin embargo, san Agustín consideraba herética la creencia en la redondez de la Tierra y en las antípodas; afirmaba la existencia de los incubos y los súcubos, y creía en la procreación mediante el comercio de los hombres con los Espíritus. ¿Acaso suponéis que, al respecto y como Espíritu, no puede pensar de otro modo que como pensaba cuando estaba encarnado, y que en la actualidad profesaría esas mismas doctrinas? Si sus ideas debieron modificarse en algunos puntos, también pudieron hacerlo en otros. Si san Agustín se equivocó, pese a que se trata de un genio indudablemente superior, ¿por qué no habríais de equivocaros vosotros también? ¿Será que, por respeto a la ortodoxia, habría que negarle el derecho o, mejor dicho, el mérito de retractarse de sus errores?

“Vosotros atribuíis a san Luis –dice el padre Nampon– esta sentencia ridícula, y más aún viniendo de él, en contra de la eternidad de las penas: *Suponer que haya Espíritus incurables*

sería negar la ley del progreso (El libro de los Espíritus, § 1007)”. Esa cita no está bien formulada. Ante la pregunta: “¿Hay Espíritus que nunca se arrepienten?”, san Luis respondió: “Los hay cuyo arrepentimiento es muy tardío. No obstante, pretender que nunca mejoren sería negar la ley del progreso y decir que el niño no puede llegar a ser adulto”. En efecto, la primera cita podría resultar ridícula; ¿por qué, pues, siempre truncáis y desvirtuáis las frases? ¿A quién pensáis engañar? ¿A los que solo leerán esos comentarios inexactos? No obstante, esas personas son muy pocas comparadas con las que desean conocer las cosas a fondo y cuya atención vosotros mismos llamáis. Ahora bien, la comparación solo puede resultar favorable para el espiritismo.

NOTA. Para que todos se instruyan, recomendamos la lectura del opúsculo titulado: *Acerca del espiritismo [Du Spiritisme]*, por el reverendo padre Nampon, de la Compañía de Jesús, edición Girard et Josserand, Lyon, place Bellecour, n.º 30; París, rue Cassette n.º 5. Además, rogamos que se lean, en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, los textos completos, citados de manera abreviada o adulterada en el referido opúsculo.

Presupuesto del espiritismo o explotación de la credulidad humana

Con este título, un oficial retirado, representante del pueblo en la Asamblea Constituyente de 1848, publicó en Argel

un panfleto en el cual, con el intento de probar que el objetivo del espiritismo es una gigantesca especulación, realiza cálculos de los que resultan a favor mío fabulosas ganancias, que superan en mucho los millones con que tan generosamente me ha gratificado cierto abad de Lyon (véase la *Revista* de junio de 1862, página 179)²⁵. A fin de que nuestros lectores puedan apreciar ese interesante inventario, lo citaremos textualmente, junto con las conclusiones del autor. Este fragmento dará una idea de lo que es el resto del panfleto desde el punto de vista de la valoración del espiritismo:

“Sin detenernos a analizar todos los artículos que aparentemente se refieren a las pruebas para los neófitos y a la disciplina de la Sociedad, llamaremos la atención del lector sobre los artículos 15° y 16°.²⁶ En ellos está todo.

”Ahí el lector verá que, con el *pretexto* de cubrir los gastos de la Sociedad, cada miembro titular paga: 1.º) una entrada de 10 francos; 2.º) una cuota anual de 24 francos, y que cada asociado libre paga una cuota de 20 francos por año.

”Las cuotas se pagan por todo el año, es decir, por adelantado: el Sr. Allan Kardec toma sus recaudos contra las deserciones.

”Ahora bien, a juzgar por el *entusiasmo* que se observa en todas partes respecto del espiritismo, me considero moderado al contar en París no más de 3000 asociados, tanto titulares

25. Allan Kardec remite al artículo “¡Así se escribe la historia! Los millones del Sr. Allan Kardec”. (N. del T.)

26. Véase el “Reglamento de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas”, en *El libro de los médiums*, Cap. XXX. (N. del T.)

como libres. Así pues, las cuotas producen 63.000 francos por año, sin contar los ingresos utilizados para montar el negocio.

“Apenas consideraré, a título informativo, las ganancias obtenidas con la venta de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los médiums*. No obstante, esas ganancias deben ser considerables, pues casi no conozco otras obras que hayan estado *tan de moda*, moda fundada en el insaciable deseo que conduce al hombre a penetrar el misterio de la vida futura.

”Pese a lo que ya mencioné, aún no he mostrado la fuente más importante de recursos. Existe una revista mensual espírita, publicada por el Sr. Allan Kardec, colección indigesta que supera con creces las leyendas maravillosas de la Antigüedad y de la Edad Media, y cuyo abono es de 10 francos anuales para París, y de 12 y 14 francos para las provincias y el exterior.

”Ahora bien, ¿cuál de los numerosos adeptos del espiritismo, por no pagar 10 francos al año (unos 90 centavos por mes), se privaría de su parte de apariciones, evocaciones, manifestaciones de Espíritus y leyendas? Así pues, en Francia y en el exterior, no se puede contar menos de 30.000 abonados a la *Revista*, que producen un total anual de

..... 300.000 francos.

”Los cuales, con los 63.000 francos de las cuotas

	63.000
--	--------

dan un total de..... 363.000 francos.

”Los gastos a deducir son:

”1.º) El alquiler de la sala de sesiones de la Sociedad, los sueldos de los secretarios, del tesorero, de los auxiliares y de

una buena cantidad de médiums. Considero que supero la realidad si llevo esos gastos a 40.000 francos.

”2.º) El precio de costo de la *Revista*:
 un número de 32 páginas no cuesta menos de 20 centavos; los 12 números del año costarán 2 francos con 40 centavos, que multiplicados por 30.000 darán una cifra de 72.000

”Total de los gastos 112.000 francos.

”Restando esos gastos a los 360.000 francos, queda para el Sr. Allan Kardec una ganancia anual de 250.000 francos, sin contar el de la venta de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los médiums*.

“A la velocidad con que avanza la epidemia, la mitad de Francia pronto será espírita, *si ya no lo es*, y como no se puede ser buen espírita si al menos no se está asociado y abonado a la *Revista*, existe la probabilidad de que, entre los veinte millones de habitantes que conforman esa mitad, haya cinco millones de asociados y otros tantos abonados a la *Revista*. Por consiguiente, la renta de los presidentes y vicepresidentes de las sociedades espíritas debe ser de cien millones por año, en tanto que la de Allan Kardec, propietario de la *Revista* y soberano pontífice, de treinta y ocho millones.

”Si el espiritismo conquista la otra mitad de Francia, esa renta se duplicará, y si Europa se deja infestar, ya no será por millones como habrá que contarla, sino por miles de millones.

”Así pues, ¡cándidos espíritas! ¿Qué pensáis de esta especulación basada en vuestra ingenuidad? ¿Hubierais creído jamás que del juego de las mesas giratorias pudieran salir semejantes

tesoros? ¿Conocéis ahora los motivos del ardor que ponen en fundar sociedades los propagadores de esa doctrina?

”¿Acaso no se tiene razón cuando se dice que la tontería humana es una mina inagotable?

”Examinemos ahora los medios que el Sr. Allan Kardec pone en práctica, y su habilidad como especulador será lo único que no podrá ser puesto en duda.

”Él comprende que, con la moda universal de las mesas giratorias, y sin gastar un centavo, lo más difícil de obtener se encuentra hecho: *la publicidad*.

”Ahora bien, en esas circunstancias, hacer la promesa de develar, por medio de las mesas giratorias, los misterios del porvenir y de la vida futura, implicaba dirigirse a una inmensa clientela, ávida de esos misterios y, por lo tanto, absolutamente dispuesta a escuchar sus revelaciones. A continuación, pensando que los cultos existentes podrían arrebatarse una buena cantidad de adeptos, proclama la decadencia de esos cultos. Leo en su panfleto *El espiritismo en su más simple expresión* (pág. 15): ‘Desde el punto de vista religioso, el espiritismo se basa en las verdades fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma, la inmortalidad, las penas y las recompensas futuras; *pero es independiente de todo culto particular*’.

”Esa doctrina, elaborada para seducir a una cantidad siempre creciente de hombres que ya no quieren soportar ninguna jerarquía social, no podía dejar de hacer efecto.

(*Observación de AK*: ¡Hay muchos, pues, conforme a vuestra opinión, para quienes el yugo de la religión es insoportable!)

”Lo que me sorprende extrañamente es que, al autorizar la predicación del espiritismo, el gobierno no haya visto que esa audaz tentativa contiene en germen la posible abolición

de su propia autoridad; porque, al final, cuando la epidemia se haya extendido, ¿no es posible que, a requerimiento de los Espíritus, se decreta la abolición de una autoridad que puede amenazar la existencia del espiritismo?

”No había peligro en permitir el funcionamiento de las sociedades espíritas; pero ¿no era prudente prohibir las publicaciones?

”La secta habría quedado encerrada en el recinto de las salas de sesiones, y es probable que nunca hubiera superado el ámbito de las representaciones de *Conus* o de Robert Houdin.

”Pero la ley es atea, ha dicho la filosofía moderna, y en virtud de esa paradoja un hombre ha podido proclamar la decadencia de la autoridad de la Iglesia.

”Este ejemplo, sea dicho de paso, demostraría ante los ojos menos clarividentes la sabiduría de los legisladores de la antigüedad, quienes no creían que el orden material pudiera coexistir con el desorden moral, y que en sus códigos habían unido tan estrechamente las leyes civiles y las leyes religiosas.

”Si la humanidad tuviera el poder de destruir las creaciones espirituales de Dios, el primer efecto del espiritismo sería arrancar la *Esperanza* del corazón del hombre.

”¿Qué podría esperar el hombre, en la Tierra, si adquiriera la convicción (no digo la prueba) de que después de la muerte tendrá a su disposición e indefinidamente muchas existencias corporales?

”Ese dogma, que no es otra cosa más que la metempsicosis de Pitágoras renovada, ¿no es capaz de debilitar en él el sentimiento del deber, y de hacerle decir aquí: *Los negocios serios quedan para más tarde?* La Caridad, tan firmemente recomendada por el Cristo y por la Iglesia, y a la que el propio espiri-

tismo aparenta constituir en piedra angular de su edificio, ¿no recibe un golpe mortal?

”Otro efecto del espiritismo consiste en transformar la Fe, que es un acto de libre albedrío y de voluntad, en una credulidad ciega.

”Así, para hacer que triunfe la especulación del espiritismo o de las mesas giratorias, el señor Allan Kardec predica una doctrina cuya tendencia es *la destrucción de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad*.

”Sin embargo, el mundo cristiano debe estar tranquilo, porque el espiritismo no prevalecerá sobre la Iglesia. ‘Se reconocerá el valor de un principio religioso (como dice el obispo de Argel, en su carta del 13 de febrero de 1863, a los curas de su diócesis), porque tal principio basta de por sí para vencer todas las vacilaciones, oposiciones y resistencias’.

”Con todo, ¿existen los verdaderos espíritas? Lo negaremos en tanto un solo hombre sienta que la Esperanza no se ha extinguido en su corazón.

”¿Qué hay, pues, en el espiritismo? Nada más que un especulador y sus víctimas. El día que la autoridad temporal comprenda su solidaridad para con la autoridad moral, y se ocupe tan solo de prohibir las publicaciones espíritas, esa inmoral especulación caerá para ya no levantarse.”

El periódico de Argel, *Akhabar*, del 28 de marzo de 1863, en un artículo tan condescendiente como el panfleto que acabo de mencionar, reproduce una parte de esos argumentos y concluye que está correcta y debidamente probado, mediante cálculos auténticos, que el espiritismo me deja actualmente una renta positiva de 250.000 francos por año. El autor del

panfleto ve la cuestión aún más ampliamente, dado que sus previsiones lo llevan de aquí a pocos años a 38 millones de francos, es decir, a una cifra superior a la de la lista civil de los soberanos más ricos de Europa. Por cierto, no nos tomaremos el trabajo de combatir esos cálculos, que se refutan con su propia exageración, pero que prueban una cosa: el pavor que la rápida propagación del espiritismo causa en sus adversarios, a tal punto que les hace decir las más grandes incoherencias.

En efecto, admitamos por un momento que las cifras mencionadas por ese autor sean reales, ¿acaso eso no constituiría la más enérgica protesta contra las ideas actuales, que se desplomaría en el mundo entero ante la idea emitida por un solo hombre, desconocido hace apenas seis años? ¿Acaso eso no implica reconocer la potencia irresistible de dicha idea? Ella tiende—decís vosotros— a suplantar la religión, y para probarlo la presentáis siendo adoptada en breve por veinte millones de habitantes, y luego por cuarenta millones, sólo en Francia. A continuación, exclamáis: “¡No, la religión no puede perecer!”. Sin embargo, si vuestras previsiones se realizan, ¿qué quedará para la religión? Elaboremos también una pequeña estadística con las cifras del autor. En Francia: 36 millones de habitantes; espíritas: 40 millones; para los católicos quedan cero menos 4 millones, dado que según vosotros no se puede ser católico y espírita. Si la Iglesia es tan fácilmente derribada por un individuo con la ayuda de una idea grotesca, ¿eso no implica reconocer que se apoya en una base muy frágil? Decir que la Iglesia puede ser puesta en peligro por un absurdo constituye un flaco elogio del poder de sus argumentos, e implica develar el secreto de su propia debilidad. ¿Dónde está, entonces, su base inquebrantable? Deseamos para la Iglesia un defensor

más fuerte y, sobre todo, más lógico que el autor de ese panfleto. No hay nada más peligroso que un amigo imprudente.

No se puede pensar en todo. Ese autor no imaginó que, en su intento de denigrarnos, destaca nuestra importancia, y que el medio empleado por él apunta justo contra su objetivo. Dado que el dinero es el dios de nuestra época, quien lo posee en mayor cantidad no carece de aduladores atraídos por la esperanza de recibir algo. Los miles de millones con que nos gratifica, lejos de apartarlos de nosotros, pondrían a nuestros pies incluso a los príncipes. ¿Qué diría ese autor si, puesto que no tengo hijos, lo convirtiera en heredero de algunas decenas de millones? ¿El origen de ese dinero le resultaría malo? Eso sería capaz de hacerle decir que el espiritismo es bueno para algo.

Según él, el origen de nuestra inmensa renta es la Sociedad de París, a la que atribuye no menos de 3000 miembros. En primer lugar, podríamos preguntarle con qué derecho se inmiscuye en los negocios privados; pero dejaremos eso de lado. Puesto que hace alarde de tanta exactitud —la cual es necesaria cuando se pretende probar algo mediante cifras—, si se tomara el trabajo de leer apenas el informe de la Sociedad, publicado en la *Revista* de junio de 1862²⁷, habría podido hacerse una idea más acertada de sus recursos, así como de eso que él denomina “presupuesto del espiritismo”.

Si hubiera extraído los datos de otro lugar que no fuera su imaginación, habría sabido que la Sociedad, incluida oficialmente entre las sociedades científicas, no es una cofradía

27. Véase el artículo “Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas – Discurso del Sr. Allan Kardec en la apertura del año social, el 1.º de abril de 1862”. (N. del T.)

ni una congregación, sino una simple reunión de personas que se ocupan del estudio de una ciencia nueva, que aquella profundiza; que lejos de proponerse incrementar la cantidad de miembros, lo cual sería más perjudicial que útil para sus trabajos, más bien la limita, debido a la dificultad de las admisiones; que en vez de 3000 miembros, nunca tuvo más de cien; que no remunera a ninguno de sus funcionarios, ni presidentes, vicepresidentes o secretarios; que no se vale de ningún médium pago, y siempre se levanta en contra de la explotación de la facultad mediúmnica; que nunca recibió un centavo de los visitantes, a quienes siempre admite en número muy reducido, y nunca abrió sus puertas al público; que aparte de los miembros *aceptados*, ningún espírita es su tributario; que los miembros honorarios no pagan ninguna cuota; que entre ella y el resto de las sociedades espíritas no existe ninguna afiliación, como tampoco ninguna solidaridad material; que el producto de las cuotas nunca pasa por las manos del presidente; que todo gasto, por mínimo que sea, no puede hacerse sin la aprobación del Comité; por último, que su presupuesto de 1862 cerró con un saldo en efectivo de 429 francos y 40 centavos.

Ese magro resultado, ¿invalida la importancia creciente del espiritismo? No, por el contrario, pues demuestra que la Sociedad de París no constituye una especulación para nadie. Y cuando ese autor intente excitar la animosidad contra nosotros, diciendo a los adeptos que ellos quedan en la ruina para nuestro provecho, los adeptos simplemente responderán que eso es una calumnia, porque nunca se les pide nada, y porque ellos nunca pagan nada. ¿Se podría decir eso mismo de todo el mundo? ¿No se podría devolver a otros el argumento de ese autor, pero con cifras más auténticas que

las de él? En cuanto a los treinta mil abonados a la *Revista*, quisiéramos tenerlos. “Calumniad, calumniad –ha dicho un autor–, que de la calumnia siempre algo queda”.

Sí, por cierto, de la calumnia siempre algo queda y, tarde o temprano, recae sobre el calumniador.

Injurias, calumnias, invenciones manifiestas, hasta la intromisión en la vida privada, con el fin de arrojar el descrédito sobre un individuo y sobre una clase numerosa de individuos: este panfleto, que ha superado considerablemente todas las diatribas publicadas hasta hoy, posee todas las condiciones requeridas para ser sometido a la justicia. No lo hemos hecho, a pesar de las solicitudes que nos han remitido con ese fin, porque dicho panfleto es una fortuna para el espiritismo, de modo que no quisiéramos, a costa de mayores injurias aún, que no sea publicado. Nuestros adversarios no podían hacer nada mejor para desacreditarse a sí mismos, al mostrar a qué lamentables artimañas se redujeron para atacarnos, y hasta qué punto el éxito de las ideas nuevas los horroriza y, podríamos decir, les hace perder la cabeza.

El efecto de ese panfleto ha sido provocar una enorme carcajada en todos aquellos que me conocen, los cuales son muchos. En cuanto a los que no me conocen, probablemente les haya inspirado un vivo deseo de conocer a ese Nabab improvisado que cosecha los millones más fácilmente que los que hacen grandes fortunas, y a quien le basta con lanzar una idea para congregar a la población de todo un imperio. Ahora bien, como, según ese autor, solamente congregar a los tontos, de ahí resulta que ese imperio apenas está compuesto por tontos, desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala. La historia de la humanidad no presenta ningún ejemplo de semejante fenómeno. Si ese autor hubiera sido remunerado

para llegar a este resultado, no le habría salido mejor. Así pues, no tenemos de qué quejarnos.²⁸

Un Espíritu premiado en los Juegos Florales

Reproducimos textualmente la siguiente carta, que nos fuera remitida desde Burdeos, el 7 de mayo de 1863.

“Querido maestro:

”El 22 de abril último, recibí de parte del señor T. Jaubert, vicepresidente del tribunal civil de Carcassonne, presidente honorario de la Sociedad Espírita de Burdeos, una carta en la que me informaba que la *Academia de los Juegos Florales* de Toulouse había emitido su dictamen acerca del mérito de las obras literarias admitidas en el concurso de 1863. Sesenta y ocho concursantes se presentaron en la categoría *fábula*. Se destacaron dos relatos: uno de ellos obtuvo el primer premio (la Prímula), y el otro fue mencionado con elogios en el acta. Ahora bien, el señor Jaubert me dice que *esas dos obras* pertenecen a su *Espíritu familiar*.

”Como este acontecimiento era importante para el espiritismo, quise ser testigo del mismo, por lo cual me dirigí a Toulouse con una delegación de la Sociedad Espírita de Burdeos, para asistir a la premiación de *El Espíritu golpeador de Carcas-*

28. Nos escriben desde Argelia –y lo informamos con reservas– que el autor del panfleto ha formado parte de un grupo espírita; que su celo por la causa había hecho que se lo nombrara presidente, pero que más tarde, por no haber querido renunciar a ciertos proyectos desaprobados por los demás miembros, había sido destituido. (N. de Allan Kardec.)

sonne. Asistimos, pues, al acto solemne de premiación, y tras la lectura de la fábula premiada, sumamos nuestros aplausos a los del público de Toulouse. Entonces vimos, por la cantidad de votos y de honores que el relato obtuvo de parte de los honorables miembros de la academia, que bajo esos aplausos se derrumbaba la hidra del materialismo y surgía en su lugar el dogma sagrado y consolador de la inmortalidad del alma.

”Ante vos, querido maestro, apenas somos los intérpretes de nuestro honorable presidente, el señor Jaubert, quien nos ha encargado comunicaros ese dichoso acontecimiento, pues sabe, tanto como nosotros, que nadie podrá deducir de él, con tanta sabiduría, las consecuencias que lo tornarán útil para la causa que nos enorgullece servir bajo vuestra paternal dirección.

”Nos complace aprovechar esta oportunidad para testimoniar nuestra gratitud al excelente y honorable señor Jaubert, por el cordial y afectuoso recibimiento que brindó a la delegación de la Sociedad de Burdeos. Esas demostraciones de amistad son valiosas para nosotros, y nos dan valor para avanzar con perseverancia en el penoso y esforzado camino del apostolado, sin detenernos ante los obstáculos que podríamos encontrar en él. El señor Jaubert es uno de esos hombres que sirven de ejemplo a los demás; es un verdadero espírita, simple, modesto y bueno, pleno de dignidad y abnegación; calmo y grave como todo lo que es grande; sin orgullo ni entusiasmo: cualidades esenciales en todo hombre que se convierte en apóstol de una doctrina, y que agrega su nombre a las valientes profesiones de fe que envía a los débiles y a los tímidos.

”Consideramos la victoria de ese Espíritu en el Capitolio de Toulouse como una victoria para nuestra sagrada y sublime doctrina. Dios quiere borrar las sonrisas de la ironía y la incredulidad, y no hay duda de que por eso permitió que el

jurado premiara el alma de un muerto. Así pues, que el 3 de mayo quede grabado con letras de oro en los fastos de la historia del espiritismo. Ese día consolida el primer eslabón de la solidaridad fraternal que une a los vivos con los muertos: espléndida y sublime revelación que alienta y vivifica las almas con el fulgor de la fe.

”Para todos los espíritas que asistieron a esa solemnidad, ¡cuán bella era la fiesta! Con el pensamiento alejado del mundo material, veían que en la sala de los Juegos Florales se desplazaban aquí y allá grupos de Espíritus buenos que celebraban esa victoria obtenida por uno de sus hermanos, y que sobre todos ellos irradiaba el Espíritu de Clémence Isaure, la fundadora de esos nuevos Juegos Olímpicos, quien llevaba en las manos una flexible corona para depositarla en el momento del triunfo sobre la frente del Espíritu laureado.

”Si bien en la vida existen momentos de amargura, también los hay de inefable dicha. Os aseguro que el 3 de mayo de 1863, en Toulouse, yo pude —o más bien, pudimos— experimentar uno de esos momentos que nos conducen al olvido de las tribulaciones de la vida terrenal.

”Recibid, querido maestro, etc.”

SABÔ

En efecto, un importante acontecimiento acaba de tener lugar en Toulouse, y todos comprenderán la emoción de los espíritas sinceros que asistieron a esa solemnidad, porque comprendieron sus consecuencias. Una emoción expresada en términos tan simples y conmovedores en la carta que acaba de leerse, es la expresión de la verdad sin engreimiento, sin jactancia ni vanas bravuconadas.

Algunas personas podrían asombrarse de que el señor Jaubert no hubiera confundido a los adversarios del espiritismo proclamando de inmediato, ante el conjunto de la asamblea, el verdadero origen de las fábulas premiadas. La razón de que no lo haya hecho es muy simple: el señor Jaubert es un hombre modesto que no busca el escándalo y que, sobre todas las cosas, tiene mundo. Ahora bien, es probable que entre los miembros del jurado hubiera algunos que no compartían su opinión acerca de los Espíritus. Por lo tanto, decir la verdad implicaba arrojarles públicamente en la cara una especie de desafío, un desmentido, lo cual habría sido una actitud indigna de un caballero, y decimos más: de un verdadero espírita, que respeta todas las opiniones, incluso las que no comparte. ¿Qué habría ocurrido si el señor Jaubert se manifestaba? Protestas de parte de algunos asistentes, y tal vez un escándalo. El espiritismo, ¿habría ganado algo con eso? No, habría comprometido su dignidad. Así pues, tanto el señor Jaubert como los numerosos espíritas que asistieron a la ceremonia, dieron muestras de una gran sabiduría al abstenerse de cualquier demostración pública, lo cual significa una señal de deferencia y respeto para la Academia y para esa asamblea. En tal circunstancia, demostraron una vez más que los espíritas saben mantener la calma tanto en el éxito como ante las injurias de sus adversarios, y que de ellos no debe esperarse la incitación al desorden. Este acontecimiento no pierde por eso nada de su importancia, porque muy pronto será conocido y aclamado en cien regiones diferentes.

Los negadores de buena o de mala fe —porque los hay de ambas— dirán sin duda que nada demuestra el origen de esas fábulas, y que el premiado —para servir a los intereses del espiritismo— habría podido atribuir a los Espíritus el producto de

su propio talento. Para esto hay una respuesta muy simple: la honorabilidad notoria del carácter del señor Jaubert, que desafia cualquier sospecha de una actuación indigna de su seriedad y su posición. Cuando los adversarios nos echan en cara esos charlatanes que simulan los fenómenos espíritas en los teatros, nosotros les respondemos que el verdadero espiritismo no tiene nada en común con ellos, así como la verdadera ciencia no se relaciona con los prestidigitadores que se denominan físicos. Quienes hagan el esfuerzo de estudiar, podrán establecer la diferencia. Tanto peor será para la reputación de los que hablan de aquello que no conocen.

Dado que la cuestión de la lealtad no puede ser puesta en duda, resta saber si el señor Jaubert es poeta, y si no habrá confundido de buena fe su propia obra con la de los Espíritus. Ignoramos si es poeta, pero aunque tuviera el talento de Racine, la manera como obtiene esas fábulas espíritas no puede dejar la menor sombra de duda al respecto, pues es notorio que siempre los recibe mediante la tiptología, es decir, con el lenguaje alfabético de los golpes, y que la mayoría de las veces cuenta con numerosos testigos no menos dignos de fe que él mismo. Ahora bien, para toda persona que conozca ese procedimiento, es evidente que la imaginación del señor Jaubert no habría ejercido la menor influencia. Así pues, la autenticidad del origen es incuestionable, y la Academia de Toulouse podría corroborarlo si presenciara una de esas experiencias.

A continuación, presentamos las dos fábulas premiadas.

El león y el cuervo

(Primer premio.)

Un león recorría sus dominios inmensos,
por un noble orgullo sometido.
Sin furia, devoraba súbditos de a cientos.
Buen príncipe, ¡después de haber comido!
No andaba solo; en torno a su melena
se reunían lobos, leopardos y tigres,
jabalíes y panteras; se dice que las liebres
iban por detrás con cautela.
Ocurrió que el monarca, cierta tarde,
sermonear quiso a la plebe y a su corte:
"Ilustres compañeros, sustento de mi gala,
"cuadrúpedos sumisos a mi noble quijada,
"para escucharme, a este lugar venid todos.
"Ya veis: ¡soy el rey por la gracia de Dios!
"Yo podría... pero en mi fuerza mejor no pensar".
Luego, el león, habilidoso al hablar,
mejor que un gran abogado,
como un ingenioso procurador,
mencionó sus deberes, las cargas del Estado,
la nueva Carta, los perros y su pastor,
y lo mal que hablan de él los tontos tan seguido.
Terminó con estas palabras, cada vez más conmovido:
"Dejé raudo mi palacio a fin de complaceros;
"Exponed vuestros reclamos, y veré de resolverlos.
"Toros, carneros, cabritos, contad con mi bondad.
"Os escucho; hablad con plena libertad.
"¿Cómo? ¿Acaso en este vasto recinto,
"no hay un solo infeliz, ni un solo lamento...?"

Entonces, un viejo cuervo lo interrumpió,
y libre desde el aire le respondió:
“Los consideraréis satisfechos; su silencio os toca,
¡Oh! ¡Gran rey... es el terror que les cierra la boca!”.

*

El hueso para roer

(Mención de honor)

Ornado con una cofia, y pleno de clemencia,
un discípulo del difunto cocinero Vatel,
en el patio de su amplio hotel,
a sus perros daba audiencia.
“En vosotros –les decía– no he dejado de pensar;
”os amo y mi amor os destina
”las sobras de mi cocina:
”¡este rico hueso, que de roer no podréis dejar!”
”Pero solo uno obtendrá este insigne favor;
”soy justo, y voy a dárselo al que sea mejor.
Abierto está el concurso; defended vuestro premio.”
Un perro de aguas, célebre por su ingenio,
de un grupo canino antaño protagonista
saltó de inmediato con una voltereta en la pista;
se paseó entre todos con aspecto triunfador;
ladró, se hizo el muerto, saludó al emperador.
Un dogo exclamó: “¡Qué importa tu agilidad!
”En esta casa, soy yo quien no para de vigilar.
”Mi amo, no olvidéis que un ladrón imprudente
el año pasado cayó entre mis dientes”.
Un caniche decía: “Valiente y sin pudor,

”hace diez años que giro vuestro asador;
”para vos, con un pequeño saco,
en la tienda del vecino compro tabaco”.
“Yo adoro –aulló Tayaut– la fanfarria sonora;
”en la caza, ¿me visteis entre los rezagados?
”Me debéis al menos cien liebres, veinte venados;
”soy sobrio, sumiso; el que nunca devora
”la perdiz que con esfuerzo atrapé.”
Al final, ¿quién royó el hueso? ¡Fue un viejo basset!
Como un diputado del centro antaño lo hizo,
como ya sin sonrojarse lo harán mañana,
ante el cocinero se arrastró por el piso,
le lamió los pies y... logró que abriera la mano.

Héroes de refectorio, bassets de grandes señores,
esta es vuestra historia: la de viles aduladores.

* * *

Consideraciones acerca del Espíritu golpeador de Carcassonne

Si se persistiera en afirmar la influencia de los conocimientos personales del médium en la producción de los versos premiados por la Academia de Toulouse, no podría afirmarse lo mismo respecto de las cosas que a dicho médium le resultaría materialmente imposible conocer. El siguiente hecho, entre miles, es una respuesta perentoria a esa objeción. Lo extraemos de una segunda carta del señor Sabô.

“El 4 de mayo –dice él–, tras el retorno de la delegación de Burdeos, permanecí un día más en Toulouse, y en una visita

que hice al señor Jaubert, él me propuso realizar una experimentación, que acepté con sumo placer, pues nunca lo había visto operar. En su cuarto había una mesa pesada, de cuatro patas. Ambos nos ubicamos frente a frente, con la mesa entre nosotros, y luego de que esta realizara diversos movimientos y volviera a su posición normal, según las órdenes que le había impartido el señor Jaubert, este me solicitó que evocara *mentalmente* a un Espíritu. Estas son las preguntas formuladas por él y las respuestas del Espíritu:

”*Pregunta.* ¿Tendríais a bien darnos a conocer vuestro sexo?

”*Respuesta.* Femenino. (Ese dato era correcto.)

”*P.* ¿A qué edad dejasteis la Tierra?

”*R.* A los veinte años. (También era correcto.)

”*P.* ¿Cuál es vuestro nombre?

”Cuando el Espíritu mostró seis letras formando la palabra *Félici*, el señor Jaubert creyó adivinar y completó: ‘Debe ser *Félicie* o *Félicité*’. Por mi parte, sin responder a su observación, le pedí que continuara. El Espíritu señaló la letra *a*. Yo me emocioné mucho, y el médium temió que se tratara de una mistificación. Lo tranquilicé afirmando que, en efecto, el nombre era *Félicia*, de modo que continuó.

”*P.* ¿Qué grado de parentesco os vinculaba al señor Sabô?

”*R.* Yo era su esposa.

”Ante la respuesta, el señor Jaubert consideró que, en efecto, estaba siendo engañado, pues él sabía que mi esposa aún permanecía en este mundo. Por mi parte, no voy a disimular ante vos mi inmensa alegría: acababa de *palpar*—si acaso puedo expresarme de este modo— el alma de mi querida Félicia. Entonces le expliqué al señor Jaubert algo que *él ignoraba*: yo era viudo y me había vuelto a casar hacía algunos meses con la

hermana del Espíritu que acababa de darnos una prueba tan irrefutable de la manifestación del alma. El señor Jaubert se puso tan feliz como yo por ese resultado, a pesar de que –según me dijo– siempre obtiene hechos de esa naturaleza, ante los cuales la incredulidad más absoluta deberá rendirse mal que le pese. Al que me diga: ‘Eso es imposible’, le responderé con el señor Jaubert: ‘Eso es. ¡Incrédulos! Buscad de buena fe, y encontraréis.’”

Por nuestra parte, diremos a estos señores que su opinión es demasiado buena respecto de los *incrédulos absolutos*, si creen que estos se rendirán ante la evidencia. Algunos de ellos nacieron incrédulos y morirán incrédulos, no por el hecho de que no puedan creer, sino porque no quieren hacerlo. Ahora bien, no hay peor ciego que el que no quiere ver. Un miembro de la ciencia oficial decía últimamente, a uno de nuestros amigos que le hablaba acerca de estos fenómenos: “Nunca creeré que una mesa pueda moverse y elevarse de otro modo que no sea por el impulso de los músculos del operador”. Nuestro amigo insistió: “Pero si vierais una mesa que se mantiene en el espacio sin contacto y sin punto de apoyo, ¿qué diríais al respecto?”. A lo que el científico respondió: “Tampoco lo creería, porque yo SÉ que es imposible”.

Por consiguiente, no os quepa duda de que ni los Espíritus golpeadores de Carcassonne ni los del mundo entero lograrán vencer alguna vez a esos incrédulos absolutos y prejuiciosos. Lo mejor que se puede hacer es dejarlos tranquilos. Cuando, entre mil personas, haya novecientas noventa que crean –lo cual no tardará en ocurrir–, ¿qué harán las diez restantes? Dirán –como ahora– que solo ellas gozan de sentido común, y que será necesario encerrar con los locos al noventa y nueve

por ciento de la población. Dejemos, pues, que se queden con esa inocente satisfacción, y prosigamos nuestro camino sin que nos inquieten los rezagados.

Esta frase: *yo sé que es imposible*, nos remite a la siguiente anécdota. Un embajador holandés conversaba con el rey de Siam acerca de las particularidades de Holanda, particularidades que interesaban a dicho príncipe. Entre otras cosas, le contó que en su país el agua se endurecía a veces a tal extremo que, durante la estación más fría del año, los hombres podían caminar sobre ella, y que el agua endurecida de tal modo podría soportar elefantes, en caso de que los hubiera en Holanda. A esto, el rey respondió: “Señor embajador, hasta aquí he creído las cosas extraordinarias que me habéis contado, porque os consideraba un hombre honorable y probo; pero ahora estoy seguro de que mentís”. ¿No es esto equivalente a *yo sé que es imposible*?

Algunos negadores dirán que el fenómeno relatado más arriba no demuestra nada, porque si bien el médium ignoraba el hecho de que el señor Sabô había enviudado, este lo conocía perfectamente, de modo que lo que se reprodujo fue su pensamiento. En tal caso, ¿será que el pensamiento de la persona que no era médium se habría reflejado en la mesa, y la habría agitado de una manera inteligente para que diera los golpes indicadores de las letras que formularon ese pensamiento, sin la participación de su voluntad ni de sus manos? ¡Singular propiedad del pensamiento! Este fenómeno —en caso de que admitamos vuestra teoría— ¿no sería prodigioso y digno de la más seria atención? Entonces, ¿por qué habría que desestimarlos? ¡Vosotros os concentráis en la composición de un grano de polvo, calculáis con cuidado las proporciones de sus elementos, pero no sentís más que desprecio hacia una manifestación

tan extraña del pensamiento! Toda vez que se logra separar un nuevo rayo del espectro solar, de inmediato estudiáis sus propiedades, su acción química, calculáis su ángulo de reflexión, su poder refractivo. Ahora bien, ¡un rayo del pensamiento se aísla, agita la materia, se refleja como la luz, pero eso no despierta vuestra atención! “¿Para qué vamos a ocuparnos de eso? —preguntáis—, si no es más que el pensamiento?”

Pero ¿cómo explicaréis, con esa teoría, los hechos tan numerosos de revelaciones, a través de la tiptología o de la escritura, de cosas completamente ignoradas por todos los asistentes, y cuya exactitud se constató, tales como el suicidio de Simon Louvet, referido en la *Revista* de marzo de 1863, página 87? ¿Del pensamiento de quién pudo ser reflejo esa comunicación, toda vez que hizo falta recurrir a un periódico publicado seis años antes para verificar el hecho? ¿Acaso es más simple admitir que intervino el pensamiento del periodista, que el del Espíritu del propio Simon Louvet? ¡Tenéis miedo de ser forzados a reconocer que el alma sobrevive al cuerpo! ¡La idea de ser aniquilado después de la muerte os satisface mucho más que la de seguir viviendo en condiciones más dichosas, así como la de reencontrar en el mundo de los Espíritus los afectos que habéis dejado en la Tierra! Si os complacéis en la grata quietud de acabar vuestros días en lo profundo de una fosa, y dormiros en el seno de la podredumbre de vuestro cuerpo, ¿qué daño os hacen los que piensan lo contrario? ¿Por qué los perseguís como si fueran enemigos del género humano? Debido a vuestra creencia, os proponéis dañarlos. Ellos, debido a su creencia, no se lo proponen, a pesar de que tal vez podrían vengarse de vuestras injurias. En esto radica la condena de las consecuencias sociales de vuestras doctrinas.

“No nos negamos a creer —dicen algunos de vosotros—, pero sucede que no observamos nada. Incluso no nos permiten ingresar a las reuniones en las que podríamos convencernos, pues en ellas solo se admite a las personas convencidas.” No se os permite ingresar a las reuniones por una razón muy simple: no queréis hacer lo necesario para esclareceros ni tomar el camino que se os señala; porque venís a las reuniones, no para estudiar con objetividad y seriamente, sino con un sentimiento hostil, con la idea de imponer vuestros prejuicios, y la mayoría de las veces para perturbar; porque sin respetar el carácter privado —aunque no secreto— de esas reuniones, tratáis de introducirlos con engaños, para satisfacer una curiosidad inútil, en busca de temas para vuestro sarcasmo, y a menudo para desvirtuar luego lo que habéis presenciado. Tales son los motivos de vuestra exclusión, que nunca será demasiado rigurosa, pues vuestra presencia sería nociva para unos e inútil para vosotros mismos. Si deseáis instruiros concienzudamente, tenéis que demostrarlo con buena voluntad, paciencia y perseverancia, y entonces los medios no os faltarán. Con todo, esa buena voluntad no podría radicar en el deseo de someter el asunto a vuestras exigencias, en vez de someteros vosotros mismos a las exigencias del asunto. Dicho esto, dejemos tranquilos a los negadores, a la espera de que llegue el momento en que podrán ver la luz.

La primera respuesta brindada por el Espíritu de Félicia podría —para algunas personas— parecer una contradicción: dice que es del sexo femenino, pero sabemos que los Espíritus no tienen sexo. No tienen sexo, es cierto, pero también sabemos que, para darse a conocer, se presentan con la forma con que los conocimos cuando vivían. Para su marido, Félicia no deja de ser una mujer, de modo que ella no podía presentarse

ante él con otro aspecto, pues eso habría perturbado su recuerdo. Además, cuando él regrese al mundo de los Espíritus, la encontrará tal como era en la Tierra, pues de lo contrario no la reconocería. Sin embargo, poco a poco, los caracteres puramente físicos se borran, hasta que subsisten tan solo los caracteres esencialmente morales. De igual modo, una madre se encontrará con su hijo pequeño, aunque en realidad este ya no sea un niño. Añadamos también que los caracteres materiales son tanto más persistentes cuanto menos desmaterializados se hallan los Espíritus, es decir, menos elevados en la jerarquía de los seres. Al purificarse, los rasgos materiales desaparecen a medida que el pensamiento se desprende de la materia. Por eso, los Espíritus inferiores, que siguen apegados a la Tierra, en el mundo invisible continúan siendo casi como eran en vida, con los mismos gustos y las mismas inclinaciones.

Sobre el tema de este artículo haremos una última observación, respecto de la calificación de *golpeador* que —erróneamente, según nosotros— se le asignó al Espíritu familiar que se comunicó con el señor Jaubert. Esa calificación solo es aplicable —tal como lo hemos dicho en otra parte— a los Espíritus a los que se puede definir como golpeadores de profesión, y que siempre pertenecen, debido a la poca elevación de sus ideas y de sus conocimientos, a las categorías inferiores. No es el caso de este Espíritu, que demuestra a la vez la superioridad de sus cualidades morales e intelectuales. La tiptología no es para él un entretenimiento, sino un medio de transmisión del pensamiento, del que se vale por no haber encontrado en su médium la facultad necesaria para hacerlo de otro modo. Su objetivo es serio, mientras que el de los Espíritus golpeadores propiamente dichos es casi siempre fútil, en caso de que no sea incluso malicioso. Dado que la calificación de Espíritu

golpeador se puede tomar en un sentido negativo, preferiremos la de *Espiritu tiptor* [*Esprit typteur*] un término que se relaciona con el lenguaje de la tiptología.

Meditaciones sobre el porvenir

Poesía de la señora Raoul de Navery

Leída en la Sociedad espírita de París,
el 27 de marzo de 1863.

Observación. Si bien no tenemos la costumbre de publicar poesías que no sean productos mediúmnicos constatados, no cabe duda de que nuestros lectores nos permitirán hacer una excepción con la siguiente obra, que es la inspiración espontánea –por decirlo de algún modo– de una persona que hasta hace poco tiempo relegaba las creencias espíritas al ámbito de las utopías.

Cuando la mano de la Muerte, multiplicando su dolor,
sembraba antaño el luto, el vacío a nuestro alrededor,
el único consuelo que nos llegaba al oído
era: “Si en la tumba duerme un ser querido,
”el alma, liberada de la prisión del cuerpo,
”ha roto los lazos de un envoltorio muerto.
”Y ahora, de regreso a su fuente primera,
”disfruta de Dios la fuerza, la luz verdadera.
”¡Volveréis a verla, y reuniréis algún día,
”con el amor terrestre, un amor que no termina!”
Hoy, en cambio, ya no es la lejana esperanza

que sobre nuestros males vuelca su dudosa confianza;
ya no depende del porvenir reencontrar a nuestros
muertos:
ellos están aquí, a nuestro lado, apoyando nuestros
esfuerzos,
atentos a nuestros votos, y nuestro dolor sufriendo.
Mensajeros que nos brindan sagrado aliento,
responden desde lo alto nuestros secretos pensares.
Sus manos estrechan las nuestras, sus besos resuenan
en el aire.
Más consoladores, más dulces, desde el seno de otro
mundo,
incorporan al amor la grandeza del misterio profundo.
Cuando los evocamos, como enjambres invisibles,
infunden claridad y calor en nuestros pechos sensibles.
¡Ahí vienen! Y para nosotros todo cambia, se colora.
De mundos desconocidos nos presentan la aurora.
Un reflejo sideral ilumina nuestras frentes,
e inclinados, en los mudos adoramos, reverentes,
la majestad de Dios que con ellos se revela.

¡Responded! ¿Te ofendemos —¡oh! ¡Sabiduría eterna!—
cuando santamente valerosos rasgamos con las manos
el velo que limita la mirada de los humanos?
¿Vamos acaso, de un espíritu indócil cual sectarios,
a lacerar del Evangelio sus divinos folios?
¡No! Hombres convencidos y de valiente corazón,
hacemos para con él lo que hizo el Señor:
creemos que es posible operar milagros,
hacer de nuestro hogares otros tantos cenáculos,
llamar a ese Espíritu cuyas lenguas de fuego

convirtieron oscuros pensadores en apóstoles del Cielo.

Desde los cuatro rincones, soplad, ¡oh! vientos
celestiales.

Apartad de nosotros las tinieblas infernales.

¡Difundid vuestras luces, ¡oh! candelabros de oro,
que del arca sagrada ilumináis el tesoro!

¡Rayos del Sinaí! ¡Zarzas del Horeb ardientes!

Espíritus de los profetas, de las mujeres y los valientes.

Espíritu, soplo furtivo que Job sintió pasar
sobre el bello de su carne hasta verlo erizar.

Todos vosotros los que, rescatando almas exaltadas,
hicisteis tantos mártires a partir de las multitudes
amotinadas,

cuando la Edad Media, con ayuda del torturador,
engendró sanguinario al monje inquisidor.

¡Venid! Tenemos sed de enseñanzas cual nuevas
señales,

pues de la infancia para siempre rechazamos los
pañales.

Necesitamos otras palabras, otras verdades al oído,
y ya no ese discurso que nos han repetido.

Avanzamos al frente de las multitudes indolentes,
y si la Verdad, con sus antorchas ardientes,
nos devora, y convertirnos en mártires se digna,
moriremos sonrientes y sin desmentirla.

Precedamos nuestro tiempo; busquemos como los
Magos

el Dios oculto que debe recibir nuestros halagos.

Lo sabemos, más de uno dirá de nosotros:

“Esos poetas soñadores se han vuelto locos”.

¡De acuerdo! Pues ese nombre del que nuestro
orgullo se burla,
a Jesús fue dado cuando lo recibió la turba,
cuando abofeteó su mejilla, y sobre sus ropas
arrojó –sublime emblema– un vestido de blancas
notas.

Pablo lo dijo: “¡La locura es la sabiduría!”
Sin descorazonarnos, busquemos, indaguemos a porfía;
arranquemos a la muerte sus grandes secretos
escondidos;
despojemos nuestro espíritu del obstáculo de
los sentidos,
del mundo cuyas reglas para nosotros Dios revela,
y así como remoja a las águilas, a todos nos modela.
Afirmados en su Derecho, fortalecidos por su poder,
abriremos a todos las fuentes del saber.

Llegará el día –creo que su aurora está cercana–
en que, cansada de llorar, la multitud humana,
al saber que tenemos para la sed de nuestros corazones
la ola que sacia en vez del ardor de los crespones,
nos repetirá con una quejosa añoranza:
“Dadme la luz y la santa esperanza;
”aplicadme con vuestras manos la virtud ungida
”que yergue la frente ante la tierra abatida.
”En nuestros ojos ciegos por el polvo inmundo,
”haced que luzca pronto un claro fecundo.
”¡Pronunciad la *Effatá* misteriosa del Cristo!
”¡Transfigura la carne al servicio del espíritu!
”¡Colocadnos, a los vivos, como miembros de
la cohorte

”de los aparecidos que vienen de la muerte!
”¡Los sepulcros! ¡Ah! En las tumbas no está el mal,
”sino en los malos corazones, blanqueados a la cal.
“¡Los muertos nos enseñarán cómo debemos vivir
”para obtener de Dios la certeza de sobrevivir!”

Y nosotros, que del Señor recibimos el beneficio
de habitar en la Tierra dedicados al servicio,
al adepto dócil abrazaremos con optimismo,
en nombre del Evangelio; en nombre del espiritismo!

RAOUL DE NAVERY

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Conocerse a uno mismo

(Sociedad espírita de Sens, 9 de marzo de 1863.)

Lo que a menudo se opone a que os corriáis de un defecto, de un vicio, es sin duda el hecho de que ni siquiera percibís que lo tenéis. Mientras veis hasta los menores defectos de vuestro vecino, de vuestro hermano, ni siquiera sospecháis que tenéis los mismos defectos, tal vez cien veces más grandes que los de él. Esto es el resultado del orgullo que os induce, como a todos los seres imperfectos, a encontrar el bien tan solo en vosotros mismos. Deberíais consideraros un poco como si no fuerais vosotros. Imaginad, por ejemplo, que, aquello que habéis hecho a vuestro hermano, este os lo hiciera a vosotros. Poneos en su lugar. En tal caso, ¿qué haríais? Responded sin segundas intenciones, porque yo supongo que

buscáis la verdad. Si hacéis eso, estoy seguro de que a menudo encontraréis en vosotros defectos que antes no percibíais. Sed francos con vosotros mismos; conoced un poco vuestro carácter, pero no lo consentáis, porque los niños consentidos a menudo se tornan muy malos, y quienes los han consentido son los primeros en sufrir sus efectos. Regresad un poco a la alforja en la que se encuentran vuestros defectos y los defectos de los demás: colocad la bolsa con vuestros defectos hacia adelante, y la que tiene los defectos de los demás colocadla hacia atrás. Entonces, al avanzar, observad si esa carga no os obliga a bajar la cabeza e inclinaros hacia adelante.

LA FONTAINE

* * *

La amistad y la plegaria

(Sociedad espírita de Viena – Austria.
Traducida del alemán.)

Dios, al crear las alma, no hizo diferencias entre ellas. Que esa igualdad de derechos entre las almas sirva como principio para la amistad, que no es otra cosa sino la unidad en las tendencias y en los sentimientos. La verdadera amistad solo existe en los hombres virtuosos que se reúnen bajo la protección del Todopoderoso para darse ánimo recíprocamente con miras al cumplimiento de sus deberes. Todo corazón verdaderamente cristiano posee el sentimiento de la amistad. Por el contrario, esa virtud encuentra en el egoísmo de las almas viciosas el principal escollo que, semejante a la semilla que cae en la roca árida, la torna infecunda para el bien.

Rodead vuestra alma con la muralla protectora de una plegaria llena de fe, para que el enemigo, tanto interior como exterior, no pueda invadirla.

La plegaria eleva el espíritu del hombre hacia Dios; lo aleja de todas las inquietudes terrenales; lo transporta a un estado de tranquilidad, de paz, que el mundo no podría ofrecerle. Cuanto más creyente y fervorosa es la plegaria, tanto más agradable es a Dios, que la escucha mejor. Cuando el alma del hombre, dominada completamente por un sagrado fervor, se eleva a los Cielos en la íntima y ardiente plegaria, entonces los enemigos interiores, es decir, las pasiones del hombre, así como los enemigos exteriores, es decir, los vicios del mundo, son impotentes para forzar las murallas que la protegen. ¡Hombres, orad a Dios con plena confianza, desde el fondo de vuestro corazón, con fe y verdad!

* * *

El porvenir del espiritismo

(Lyón, 21 de septiembre de 1862.

Médium: señora B...)

Me preguntas cuál será el porvenir del espiritismo, y qué lugar ocupará en el mundo. No ocupará tan solo un lugar, sino el mundo entero. El espiritismo está en el aire, en el espacio, en la naturaleza. Es la piedra angular del edificio social. Tú puedes presagiar su porvenir a través de su pasado y de su presente. El espiritismo es la obra de Dios. Vosotros, los hombres, le habéis puesto un nombre. Dios os ha brindado la idea de él cuando llegó el momento; porque el espiritismo es

la ley inmutable del Creador. A partir de que el hombre tuvo inteligencia, Dios le inspiró el espiritismo, y de tanto en tanto envió a la Tierra Espíritus adelantados que intentaron ejercer la influencia del espiritismo en las naturalezas corporales. Si esos hombres no tuvieron éxito, fue porque la inteligencia humana no se hallaba suficientemente perfeccionada. Con todo, esos hombres no dejaron de implantar la idea, y dejaron tras de sí sus nombres y sus actos del mismo modo que se coloca un poste indicador en una ruta, para que el viajero pueda retomar su camino. Mira hacia atrás, y verás cuántas veces Dios ya ha intentado ejercer la influencia espírita como mejoramiento moral.

Hace dieciocho siglos, ¿qué era el cristianismo, sino espiritismo? Solo el nombre es diferente, porque la idea es la misma. Solamente el hombre, con su libre albedrío, ha desvirtuado la obra de Dios. La naturaleza preponderó, y el error llegó a implantarse en esa preponderancia. Luego, el espiritismo hizo esfuerzos para germinar, pero el terreno era inculto y la simiente se quebró e hirió la frente de los sembradores a quienes Dios había encomendado esparcirlos. Con el tiempo, la inteligencia aumentó, y el terreno pudo ser desmalezado, porque se acerca la época en que ese terreno debe sembrarse nuevamente. El espiritismo se propaga; todos lo admiten. Hasta los más incrédulos lo comprenden, y si no lo confiesan, si cierran los ojos, es porque la luz resplandeciente del espiritismo los enceguece. No obstante, Dios protege su obra; la sostiene y la impulsa con su poderosa mirada, y pronto todos los pueblos serán espíritas, porque ahí radica la universalidad de todas las creencias.

El espiritismo es el gran nivelador que avanza para allanar todas las herejías. Es conducido por la simpatía, y lo siguen la

concordia, el amor y la fraternidad. Avanza sin conmociones, sin revolución. No viene a destruir ni a revertir nada en la organización social; viene a renovarlo todo. No veas en esto una contradicción: los hombres, que llegarán a ser mejores, pensarán en mejores leyes. El patrón, al comprender que él y el obrero tienen la misma esencia, introducirá en sus transacciones comerciales leyes más moderadas y sabias. Incluso las relaciones sociales se transformarán naturalmente entre la fortuna y la mediocridad. Dado que el Espíritu no puede constituir un mayorazgo, el espírita sentirá que hay algo más importante para él que la riqueza, de modo que se despojará de la idea de acumular, idea que engendra la codicia, y por cierto el pobre también se beneficiará con esa disminución del egoísmo. No te diré que no habrá rebeldes ante esas ideas, ni que todos crecerán universalmente fecundados por la corriente del espiritismo. Aún habrá refractarios, ángeles caídos, porque los hombres tienen su libre albedrío y, a pesar de que no les faltan los consejos, muchos observan tan solo desde su punto de vista, que se reduce al horizonte de la codicia, de modo que no querrán rendirse a la evidencia. ¡Desdichados! Compadeceos de ellos, porque no sois sus jueces, y solo Dios es dueño de reprendre su conducta.

Por el porvenir que te muestro respecto del espiritismo, puedes evaluar la influencia que este ejercerá en las masas. ¿Cómo estáis organizados, en términos morales? ¿Elaborasteis la estadística de vuestros defectos y de vuestras cualidades? Los hombres frívolos e indiferentes pueblan una buena parte de vuestra Tierra. ¿Acaso los bondadosos son mayoría? Lo dudo. No obstante, entre los indiferentes, es decir, entre los que tienen un pie en la balanza del bien, y el otro en la del mal, muchos pueden poner ambos en el platillo de la bondad, que

es el primer escalón que conduce rápidamente a las regiones más adelantadas. Todavía hay en el mundo una parte de seres malvados, pero tiende a disminuir a diario. Cuando los hombres se hallen imbuidos de esta idea: la pena del talión es la ley inmutable que Dios les inflige, ley más terrible que vuestras más terribles leyes terrestres, mucho más aterradora y lógica que las llamas eternas del Infierno, en las que ellos ya no creen, entonces tendrán miedo de esa reciprocidad de penas, y pensarán dos veces antes de cometer un acto reprehensible. Cuando, a través de la manifestación espírita, el criminal pueda pronosticar la suerte que le espera, retrocederá ante la idea del crimen, porque sabrá que Dios ve todo y que, si un crimen resultara impune en la Tierra, un día le hará pagar caro esa impunidad. Entonces, todas esas faltas atroces, que de vez en cuando dejan su marca indeleble en la frente de la humanidad, desaparecerán para dar lugar a una concordia, a una fraternidad que se os predica desde hace muchos siglos. Vuestra legislación se moderará en función del mejoramiento moral, y la esclavitud y la pena de muerte ya no se conservarán en vuestras leyes más que como un recuerdo de las torturas de la inquisición. El hombre, de tal modo regenerado, podrá ocuparse más de sus progresos intelectuales. Dado que el egoísmo no existirá más, los descubrimientos científicos, que a menudo requieren el concurso de muchas inteligencias, se desarrollarán rápidamente, pues todos dirán: “¿Qué importa quién produce el bien, puesto que el bien se produce!”. Porque, en efecto, ¿qué detiene con frecuencia a vuestros científicos en su marcha ascendente hacia el progreso, sino el personalismo, la ambición de vincular su nombre a su obra? Este es el porvenir y la influencia del espiritismo en los pueblos de la Tierra.

(Un filósofo del otro mundo.)

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

En nuestro último número, al referirnos al periódico *La Vérité*, de Lyon, dijimos que Burdeos pronto tendría también su *Revista Espírita*. Hemos visto una muestra de esa publicación, cuyo título será *La Ruche Spirite Bordelaise, Revue de l'enseignement des Esprits* [*La colmena espírita bordelesa, revista de la enseñanza de los Espíritus*] y que promete ser un nuevo órgano serio para la defensa y la propagación del espiritismo. Dado que los directores tuvieron a bien solicitarnos consejos, se los hemos brindado en una carta que ellos consideraron oportuno incluir en la portada del primer número, con la declaración de que pretenden seguir en todos sus puntos la bandera de la Sociedad de París. Nos complace esa adhesión, que no puede más que estrechar, mediante la comunión de ideas, los vínculos de unión entre todos los espíritas sinceramente dedicados a la causa común, sin segundas intenciones.

La Ruche Spirite Bordelaise aparece el 1.º y el 15 de cada mes, en cuadernos de 16 páginas, grande in-8º, desde el 1.º de junio de 1863. Precio: 6 francos anuales para Francia y Argelia. Oficina en Burdeos: 44, rue des Trois-Conils.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 7

Julio de 1863

Dualidad del hombre demostrada mediante el sonambulismo

Sin recordar aquí los innumerables fenómenos que resultan del espiritismo experimental, y que demuestran con absoluta certeza la independencia del Espíritu respecto de la materia, llamaremos la atención hacia un hecho común, respecto del cual, hasta donde sabemos, no se han extraído todas sus consecuencias, y que sin embargo es susceptible de impresionar a cualquier observador serio. Nos referimos a lo que ocurre en el sonambulismo, tanto natural como artificial, en las extrañas facultades que se desarrollan en los catalépticos, en el fenómeno no menos extraño de la doble vista, que actualmente se halla verificado por completo, incluso por los incrédulos, pero cuya causa estos no han buscado, a pesar de que valga la pena hacerlo. La siguiente carta, que nos ha remitido un honorable médico de Tarn, demuestra la concatenación de ideas con las que un hombre que reflexiona puede pasar de la incredulidad a la creencia tan solo con ayuda del razonamiento y de la observación realizados de buena fe.

“Señor:

“La lectura de *El libro de los Espíritus* produjo en mí, que me hallaba confundido entre la multitud de los desconfiados y los incrédulos, una intensa sensación. La grata satisfacción que me causó esa lectura, despertó en mí el natural deseo de creer sin restricción alguna en todas las enseñanzas que los Espíritus impartieron en dicho libro. Para alcanzar tal objetivo, en primer lugar, quise constatar yo mismo la realidad de las comunicaciones, de modo que me ocupé de convertirme en médium, aunque no lo logré, razón por la cual tuve que detener mis investigaciones. Cansado de vivir en la incertidumbre, tomé la decisión de conformarme con las observaciones de otros, pero como mi naturaleza no es fácil de persuadir, sentí la necesidad de conocerlos para evaluar su realidad. Después de haber recorrido los cuatro primeros años de la *Revista Espírita*, y tras notar especialmente las precauciones con que los diversos hechos son referidos en dicho periódico, y que las manifestaciones de los Espíritus y sus comunicaciones siempre son constatadas por personas honorables, desinteresadas y dignas de fe, ya no pude conservar la menor duda respecto de su autenticidad.

”No obstante, una vez que admití las comunicaciones, me restaba considerar el grado de confianza que debería otorgar a las revelaciones, y sobre todo a las que constituyen la base de la filosofía espírita. En esa apreciación, las llamas del Infierno solo podían detenerme si negaba la bondad infinita de Dios; y las diferencias entre las religiones tampoco presentaban un obstáculo para mi lógica, atento a que, si se siembra el bien, el más simple buen sentido afirma que no es posible cosechar el mal. Pero me restaba el punto fundamental de la reencarnación. En ese sentido, el sonambulismo me sirvió mucho, y

si bien no resolvió por completo la cuestión, considero que la tornó probable a tal punto que haría falta una importante dosis de mala voluntad para no admitirla. En primer lugar, si la existencia del alma no estuviera ya bastante demostrada por las manifestaciones y las comunicaciones de los Espíritus, quedaría probada claramente por la visión a distancia y a través de los cuerpos opacos, lo cual solo puede ser explicado de ese modo. Luego, después de haber hecho a un lado las facultades del alma desprendida de la materia, tales como la vista a distancia, la comunicación de los pensamientos, etc., el sonambulismo nos permite descubrir en el sujeto conocimientos mucho más amplios que los que él mismo posee en estado de vigilia. De ahí resulta que el alma debe ser más antigua que el cuerpo, dado que, si hubiera sido creada al mismo tiempo que este, no podría tener conocimientos que no fueran los adquiridos durante la existencia de ese cuerpo.

”Con todo, después de haber constatado que el alma es más antigua que el cuerpo, no causa el menor rechazo otorgarle otras encarnaciones, porque si la existencia actual no es el comienzo, nada indica que sea la última. Por el contrario, las reencarnaciones se tornan muy naturales e incluso indispensables. Hay más: el sonámbulo, en estado de vigilia, por lo general no tiene ningún recuerdo de lo que dijo o hizo durante el sueño; en cambio, durante el sueño, recuerda sin dificultad todo lo que hizo, no solo durante los sueños precedentes, sino también durante el estado de vigilia. ¿Acaso no es este el panorama exacto de la existencia del alma en sus numerosos estados errantes y encarnados, con sus recuerdos y sus olvidos?

”Hijo del pueblo, mi instrucción, extremadamente mediocre y adquirida por mí mismo, apenas se remonta a un tercio de mi edad, que es de cuarenta y dos años, de modo

que me parece que una pluma un poco más experimentada destacaría más claramente las verdades que he intentado descubrir en este asunto. No obstante, por más imperfectas que sean estas diversas aproximaciones, bastaron para determinar mi convicción, y me complacería mucho que las considerara dignas de ejercer la misma influencia en otras personas.

”Aun cuando mi convicción sea muy reciente, ya comenzó a dar frutos, e independientemente de las dichas modificaciones que ya introdujo en mi manera de ser, para mí es la fuente de agradables consuelos. Esos cambios dichos se deben tan solo al conocimiento de vuestras obras. De tal modo, os ruego, señor, que os dignéis recibir el eterno reconocimiento de quien desea ser considerado en el futuro uno de vuestros más fervientes adeptos.”

G...

La vista a distancia, las impresiones que siente el sonámbulo conforme al medio que va a visitar, demuestran que una parte de su ser se ha trasladado. Ahora bien, dado que su cuerpo material, visible, no ha cambiado de lugar, tuvo que hacerlo el cuerpo fluídico, invisible y sensitivo. ¿Acaso no es este el hecho más evidente de la doble existencia: la corporal y la espiritual? Con todo, sin referirnos a esta singular facultad, que no es general, basta con observar lo que ocurre en los sonámbulos más comunes. La dualidad se manifiesta en ellos de una manera no menos evidente –conforme lo señala nuestro corresponsal– en el fenómeno del olvido que se registra en el momento del despertar. No existe persona que, al observar los efectos magnéticos, no haya constatado la instantaneidad de ese olvido. Un sonámbulo habla, y su conversación es per-

fectamente ordenada y racional. Ahora bien, si en medio de una frase, o incluso de una palabra que no llega a concluir, se lo despierta súbitamente y se le pregunta qué es lo que acaba de decir —incluso si se le recuerda la parte de la palabra que había pronunciado—, responderá que no dijo nada. Si el pensamiento expresado era producto de la materia cerebral, ¿a qué se debe tal olvido, ya que la materia está siempre ahí y es siempre la misma? ¿Por qué basta con un instante para cambiar el curso de las ideas? Con todo, lo más característico es el recuerdo completo, durante un nuevo sueño, de lo que se dijo y se hizo durante el sueño precedente, a veces con un año de intervalo. Solo este hecho demostraría que junto con la vida del cuerpo existe la vida del alma, y que el alma puede obrar y pensar de manera independiente. Si el alma puede manifestar esa independencia durante la vida del cuerpo, cuyos obstáculos siempre experimenta en mayor o menor medida, con más razón puede hacerlo cuando goza de absoluta libertad.

Las consecuencias que nuestro corresponsal extrae de esos fenómenos, para demostrar la anterioridad del alma y la pluralidad de las existencias, son completamente lógicas. Los fenómenos sonambúlicos, como tantos otros, parecen ocasionados por la Providencia para orientarnos hacia el misterio del pensamiento. Sin embargo, la ciencia no se digna observarlos. Para verlos, no apartará la mirada de un pólipo, de un hongo o de una red nerviosa. Es cierto que el alma no se muestra en la punta de un escalpelo ni debajo de una lupa; no obstante, como toda causa se evalúa por sus efectos, los efectos del alma están a cada instante bajo vuestra mirada y vosotros no los veis. Recorreríais cien leguas para observar un fenómeno astronómico sin utilidad práctica, mientras que solo tenéis sarcasmo y desdén cuando se trata de los fenóme-

nos del alma que llaman a vuestra puerta y que son de interés para el presente y el porvenir de toda la humanidad.

Si bien la ciencia oficial renuncia difícilmente a sus prejuicios, sería injusto hacer responsables de eso a todos los científicos, pues entre ellos se manifiesta un movimiento favorable a las ideas nuevas: las adhesiones individuales y tácitas son numerosas; no obstante, tal vez más que otros, ellos temen ponerse en evidencia. Bastará con que algunas autoridades levanten la bandera, para que se callen los escrúpulos del resto, impongan silencio a los bromistas de mal gusto, y hagan que los agresores interesados reflexionen; todo lo cual no tardará en ocurrir.

Carácter filosófico de la Sociedad Espírita de París

En respuesta a determinadas calumnias que los adversarios del espiritismo se complacen en descargar contra la Sociedad Espírita de París, consideramos que era nuestro deber publicar las solicitudes de admisión contenidas en las dos cartas que siguen, junto con algunas observaciones de nuestra parte.

*Al señor presidente de la
Sociedad de Estudios Espíritas de París*

“Señor:

”¿Me permitiríais aspirar a ser admitido como miembro de la honorable Sociedad que presidís?

”Yo también he tenido la dicha de conocer el espiritismo, así como de experimentar en plenitud su benéfica influencia. Durante mucho tiempo fui víctima de dolores físicos, con el consecuente sufrimiento moral que deviene naturalmente cuando el pensamiento solo ve como compensación la duda y la incertidumbre. *El libro de los Espíritus* llegó a mí como el salvador cuya mano benefactora nos retira del abismo, como el médico que cura al instante.

”He leído, y comprendí. De inmediato, el sufrimiento moral cedió ante una inmensa dicha que alivió el dolor físico, porque a partir de entonces ese dolor se me presentó apenas como un efecto de la voluntad y la sabiduría divinas, que solo nos envían males con miras a nuestro mayor bien.

”Ya bajo la influencia de esta creencia benéfica, mi estado físico se mejoró sensiblemente, y confío en que Dios completará su obra, porque si bien ahora deseo recuperar la salud, ya no lo hago como antes, para disfrutar de la vida, sino para consagrarla tan solo al bien, es decir, para emplearla exclusivamente con miras a avanzar hacia el porvenir, trabajando con fervor y con todos los medios a mi alcance en bien de mis semejantes, y en particular dedicándome a la propagación de la sublime doctrina que Dios, en su infinita bondad, envía a la pobre humanidad para regenerarla.

”¡Gloria a Dios, pues, por la divina luz que, en su misericordia, se ha dignado enviar a sus ciegas criaturas! ¡Y gracias sean dadas a vos, señor, a quien Él ha elegido para llevarles la antorcha sagrada!

”Si os dignarais, señor, acceder a mi solicitud, os agradecería profundamente que la transmitierais a vuestros honorables colegas. No tengo el honor de conocerlos personalmente, porque mi estado de salud siempre me ha impedido visitarlos,

pero mi amigo el señor Canu es vuestro colega y tendrá a bien responder por mí.

”Recibid, señor y estimado maestro, la seguridad de mi consideración más distinguida y de mi sincera dedicación.”

HERMANN HOBACH

“Señor y venerado maestro:

”Con la certeza de vuestra benevolencia, acudo a vos para presentaros una solicitud que, en caso de que la aceptéis, me llenará de dicha. Ya he tenido el honor de escribiros, hace algún tiempo, con el doble objetivo de expresar los sentimientos nuevos –por decirlo de algún modo– que generó en mí la lectura seria de *El libro de los Espíritus*, así como de cumplir con el deber sagrado de agradecer al hombre venerado que tiende una mano protectora al coraje vacilante de los débiles de este mundo, entre los cuales yo también me encontraba hasta hace muy poco tiempo, debido a la ignorancia de esos principios sublimes que asignan al hombre una tarea conforme a sus fuerzas y sus facultades.

”En respuesta a esa carta, plena de amabilidad, me invitasteis a participar como oyente en las sesiones generales de la Sociedad. Esas sesiones y la lectura de *El libro de los médiums* no hicieron más que infundirme cada vez más fuerza y valor, y me inspiraron el deseo de formar parte de una Sociedad fundada en esos mismos principio que acababan de alejar la perturbación, la confusión, el caos, que presidían mis acciones. Yo había llegado a suponer que la clave del enigma de la existencia debía de ser muy insignificante, porque mi espíritu no me había permitido comprender que, fuera del mundo

material que me rodeaba, había un mundo espiritual que avanzaba junto con el nuestro hacia el perfeccionamiento.

”Así pues, os reitero, señor —dichoso en caso de que pueda hacerlo ante el mundo entero de los incrédulos y los escépticos—, que la doctrina espírita produjo un cambio tan radical en mi manera de ser, que sin duda ni exageración ese cambio podría calificarse de milagroso, dado que, al abrirme los ojos respecto de todo el bien que se puede hacer y que no se hace, en un primer momento percibí un objetivo para nuestra vida actual, y luego comprendí que, incluso agobiados por defectos de todo tipo, la Providencia no nos había dejado sin una tarea, y que el Espíritu no contaba con una sola existencia para perfeccionarse mediante el trabajo de dominar primero su cuerpo, para luego dominarse a sí mismo.

”Si os parece conveniente recibirme, señor, pese a mi juventud, como uno de los miembros de la Sociedad espírita, os ruego que tengáis a bien presentar mi solicitud en el consejo, y afirmarle de mi parte que el honor que la Sociedad me hará al recibirme en su seno será valorado por mí con inmensa gratitud.

”Tened a bien recibir, señor, la certeza de mi profunda veneración.”

PAUL ALBERT

Si bien estas cartas honran a sus autores, también honran a la Sociedad a la que van dirigidas, la cual se complace en ver animados de tales sentimientos a quienes le solicitan formar parte de ella. Esos sentimientos demuestran que ellos comprenden el objetivo exclusivamente moral que la Sociedad se propone, pues no los motiva una vana curiosidad, que por

otra parte no podríamos satisfacer. La Sociedad acoge tan solo a personas serias, y cartas como las aquí referidas indican su verdadero carácter, pues se complace en incorporar adeptos de esa categoría, lo cual constituye la mejor respuesta que puede dar a los detractores del espiritismo, quienes se esfuerzan en presentarla –al igual que a sus hermanas de las provincias y del extranjero que avanzan bajo la misma bandera– como focos peligrosos para la razón y el orden público, o como una vasta especulación. ¡Quiera Dios que el mundo no cuente con otras fuentes de perturbación!

El espiritismo moderno –como hemos dicho– tendrá su propia historia, que será la historia de las etapas que habrá recorrido, de sus luchas y sus éxitos, de sus defensores, sus mártires y sus adversarios, pues es necesario que la posteridad conozca las armas de que estos se han valido para atacarlo. Es necesario, sobre todo, que la posteridad conozca a los hombres de corazón que se dedicaron a la causa con absoluta abnegación, con total desinterés material y moral, a fin de que pueda rendirle un justo tributo de reconocimiento. Nosotros sentimos una inmensa alegría cada vez que se nos permite inscribir un nuevo nombre, glorioso por su modestia, por su valor y sus virtudes, en esos anales donde se confunden el príncipe y el artesano, el rico y el pobre, los hombres de todos los países y de todas las religiones, pues para el bien no hay más que una sola casta, una sola secta, una sola nacionalidad, así como una sola bandera: la de la fraternidad universal.

La Sociedad Espírita de París, la primera que se fundó y fue oficialmente reconocida, la que –podemos afirmarlo– dio impulso a tantos grupos y sociedades que se formaron bajo su égida, se ha convertido por la fuerza de los acontecimientos, y por muy reducida que sea la cantidad de sus miembros, en el

centro del movimiento espírita, dado que sus principios son compartidos por casi todos los espíritas. Esta Sociedad –decimos– también tendrá sus anales, para instruir a todos aquellos a quienes preparamos el camino, así como para confundir a sus calumniadores.

La calumnia no solo arroja su veneno a lo lejos, sino en nuestra propia puerta. Hace poco, una persona nos dijo que desde hacía tiempo deseaba muchísimo concurrir a algunas reuniones de la Sociedad, pero que se contuvo porque alguien le dijo que para hacerlo debía pagar diez francos. Su sorpresa fue grande, y podemos decir que también lo fue su alegría, cuando le dijimos que ese rumor era producto de la malevolencia; que desde que la Sociedad existe, nunca un oyente tuvo que pagar siquiera un centavo; nunca se impuso ninguna obligación pecuniaria, del modo que fuere ni a título de nada, como ser el abono de la *Revista Espírita* o la compra de libros; que ninguno de nuestros médiums es retribuido, y que todos ellos sin excepción colaboran por pura devoción a la causa; que solamente los miembros titulares y asociados corren con los gastos materiales, pero que los miembros corresponsales y honorarios no soportan ninguna carga, dado que la Sociedad se ocupa de cubrir sus gastos corrientes, tan limitados como sea posible, y sin acumular capital; que el espiritismo es algo completamente moral y que, como todas las cosas sagradas, no puede ser objeto de una explotación que nosotros siempre hemos repudiado verbalmente y por escrito; de modo que tan solo una insigne malevolencia podría ser capaz de atribuir tales ideas a la Sociedad.

Agregaremos que el autor de aquella información oficiosa afirmó también que él mismo había pagado sus diez francos, lo cual demuestra que no se había hecho eco de un falso

rumor inocentemente. La Sociedad Espírita de París, por su propia posición y por el rol que desempeña, no dejará de generar más adelante cierta repercusión. Por lo tanto, es necesario, para nuestros hermanos del porvenir, que su objetivo y sus tendencias no sean desvirtuadas por las artimañas de la malevolencia; y para eso no basta con algunas refutaciones individuales que solo producen efecto en el presente y se pierden entre la multitud. Las retractaciones que se obtienen son apenas una satisfacción momentánea cuyo recuerdo pasa pronto. Hace falta un monumento específico, auténtico y duradero, y ese monumento se realizará oportunamente. Entretanto, dejemos que nuestros adversarios se desacrediten a sí mismos mediante la mentira, pues la posteridad los juzgará.

Las apariciones simuladas en el teatro

“Señor:

”Para combatir al espiritismo, sus adversarios acaban de imaginar una nueva táctica, que consiste en presentar en el teatro apariciones de espectros y fantasmas impalpables, a los que se anuncia como propios del espiritismo. Esas apariciones ocurren todas las noches en la sala Robin, boulevard du Temple. Ayer asistí a la segunda representación, y no sin asombrarme escuché que el señor Robin decía a sus espectadores que mediante esas experiencias se proponía combatir la extraña creencia de algunas personas, que se imaginan que los Espíritus hacen que las manos se muevan o que las mesas giren.

”Por mi parte, señor, nunca comprendí la semejanza que puede haber entre esas imitaciones, creadas por la física recrea-

tiva, y las manifestaciones espíritas, que están en la naturaleza. De tal modo, aquellas maniobras no deben preocupar a los adeptos del espiritismo; aunque, como no hay que permitir que se abuse de la buena fe del público, cumpla en informaros de esos hechos, a fin de que le dediquéis un artículo especial en vuestra *Revista*, si lo juzgáis conveniente. Y como yo tengo la costumbre de proceder, no en la sombra, sino a plena luz, os autorizo para que empleéis mi carta como os plazca.

”Recibid, etc.”

SIMOND

Estudiante de Derecho en París.

Desde hace algún tiempo, se habla de una pieza fantástica que se representa en el teatro du Châtelet, y en la que, mediante un procedimiento nuevo y secreto, se logra que aparezcan en escena sombras-fantasmas impalpables. Al parecer, el secreto fue descubierto, dado que el señor Robin lo explota en este momento. Como nosotros no lo hemos visto, no podemos decir nada respecto del mérito de esa imitación. Deseamos para él que sea menos grosera que la imaginada por el señor y la señora Girroodd, americanos de Canadá (algunos lo traducen: Girod de Saint-Flour), para simular la transmisión del pensamiento a través de las paredes, y que debía aniquilar sin rodeos a los médiums y a los sonámbulos. Deseamos, sobre todo, que su invención no les juegue la misma mala pasada que a ellos. Comoquiera que sea, el señor Simond tiene razón al considerar que esas maniobras no deben preocuparnos en absoluto, porque, del hecho de que una cosa pueda ser imitada, no se sigue que esa cosa no exista.

Los falsos diamantes no afectan en nada el valor de los diamantes finos; las flores artificiales no impiden que haya flores naturales. Proponerse demostrar que algunos fenómenos no existen porque se los puede imitar, sería como si el fabricante de vino de Champagne con agua de Seltz pretendiera demostrar con eso que el champagne y el perezoso solo existen en la imaginación. Nunca una imitación fue tan ingeniosa, hábil e inteligente, como la de la doble vista de Robert Houdin, pese a lo cual no se logró desacreditar el sonambulismo, sino todo lo contrario, debido a que, después de haber visto la pintura, todos quisieron ver el original.

El señor y la señora Girroodd pretendían aniquilar a los médiums imitando los fenómenos espíritas con juegos malabares. Ahora bien, como esos fenómenos se han convertido en una pesadilla para algunas personas, el señor y la señora Girroodd recibieron la adhesión, *destacada en los programas*, de varios sacerdotes y obispos espiritófobos [spiritophobes], encantados de que se diera un golpe de gracia al espiritismo. No obstante, en medio de su regocijo, esos señores no reflexionaron acerca de que los fenómenos espíritas demuestran la posibilidad de los hechos milagrosos; no consideraron que probar –si acaso fuera posible– que esos fenómenos no son otra cosa más que trucos, implica probar que lo mismo se puede hacer respecto de los milagros; y que, por consiguiente, desacreditar los fenómenos espíritas implica desacreditar los milagros. Nunca se piensa en todo. Dado que los trucos del señor Girroodd se han desgastado un poco, ¿será que ahora esos señores harán causa común con el señor Robin y sus apariciones?

L'Indépendance Belge, al que no le agrada el espiritismo –no sabemos por qué, dado que el espiritismo nunca le hizo daño–, al referirse a este nuevo truco escénico en un núme-

ro de junio, exclamó: “Asistimos al naufragio de la religión del señor Allan Kardec. ¿Cómo saldrá de ahí el espiritismo?”. Notad que esta última pregunta ha sido formulada muchas veces por los que pretendieron aniquilar al espiritismo —sin exceptuar al señor abad Marouzeau—, a pesar de lo cual no le ha ido mal. Por nuestra parte, diremos a *L'Indépendance* que, considerar que el espiritismo se funda en apariciones, y que al negar las apariciones se le quita el alma al espiritismo, no es otra cosa más que demostrar una ignorancia completa respecto de la base misma de esta doctrina. Si el hecho de las apariciones fuera oficialmente refutado, la religión sufriría más que el espiritismo, porque las tres cuartas partes de los milagros más importantes no tienen otro fundamento más que ese. El arte escénico es el arte de la imitación por excelencia, desde los pollos de cartón hasta las virtudes más sublimes, y de ahí no se sigue que no se deba creer en los pollos verdaderos ni en las auténticas virtudes. Este nuevo género de espectáculo, por su rareza, despertará la curiosidad pública y se exhibirá en todos los teatros, porque con él se ganará dinero; logrará que se hable del espiritismo tal vez más que en los sermones, precisamente a causa de la analogía que los periódicos se esforzarán en establecer. Es necesario convencerse de que todo lo que tiende a preocupar a la opinión pública, impulsa forzosamente a que se lo investigue, aunque más no sea por curiosidad, y de esa investigación surgen los adeptos. Los sermones muestran al espiritismo con un aspecto serio y terrible, como un monstruo que invade el mundo y amenaza las bases mismas de la Iglesia. Por su parte, los teatros se dirigirán a la multitud de los curiosos, de tal modo que, quienes no frecuenten los sermones, escucharán hablar del espiritismo en los teatros; y los que no frecuenten los teatros, lo harán en los sermones.

Como vemos, hay espiritismo para todo el mundo. Es realmente admirable ver de qué modo las potencias ocultas, que dirigen este movimiento, logran penetrar en todas partes valiéndose de las mismas personas que pretenden arruinarlo. No cabe duda de que, sin los sermones por un lado, ni las burlas de los periódicos por el otro, la población espírita sería diez veces menos numerosa de lo que es actualmente.

Afirmamos, por lo tanto, que esas imitaciones, incluso en el supuesto de que sean perfectas, no pueden causar ningún perjuicio. Afirmamos, incluso, que son útiles. En efecto, consideremos al señor Robin, quien, con el auxilio de un determinado procedimiento, produce ante los espectadores fenómenos asombrosos, que según él son los mismos fenómenos del espiritismo, y que los médiums producen. Ahora bien, entre los asistentes, más de uno pensará: “Dado que con el espiritismo se puede hacer lo mismo que vemos aquí, estudiemos el espiritismo, aprendamos a ser médiums, para que veamos en nuestras propias casas todo cuanto queramos, y sin pagar”. Entre ellos, muchos reconocerán el lado serio de la cuestión, de modo que, sin proponérselo, el señor Robin beneficia a aquellos a quienes intenta perjudicar.

Lo que las personas serias temen, es que esos juegos malabares puedan engañar a algunos individuos respecto del verdadero carácter del espiritismo. Este es, sin duda, el lado perjudicial; pero se trata de un inconveniente sin importancia, porque la cantidad de individuos que se dejarían manipular sería muy reducida. Los mismos que se preguntarían: “¿Esto es todo?”, tarde o temprano tendrían la oportunidad de reconocer que existe otra cosa. Mientras tanto, la idea se expande, y todos se familiarizan con esa palabra que, bajo un manto burlesco, penetra en todas partes. Se la pronuncia

sin desconfianza, y cuando la palabra está en todas partes, el hecho la sigue de cerca.

Que esto sea una maniobra de los adversarios del espiritismo, o simplemente una combinación personal para reforzar la receta, debemos convenir en que se trata de una torpeza. El señor Robin y otros, habrían sido más hábiles al negar cualquier paridad entre sus trucos y el espiritismo o el magnetismo, porque proclamar esa paridad implica reconocer que tienen competencia –nos referimos al aspecto comercial–, provocar el deseo de conocer dicha competencia, y admitir que se puede prescindir de ellos.

Ya que abordamos el capítulo de las torpezas, consideremos una más entre tantas otras. Lamentamos equipararla a las de los señores Robin y Girroodd, pero la semejanza del resultado nos obliga a hacerlo. Por otra parte, dado que algunos dignatarios de la Iglesia consideraron que no se rebajaban al patrocinar a un prestidigitador que ataca al espiritismo, no podrán escandalizarse ante un sermón del mismo nivel.

Uno de nuestros correspondientes nos escribe desde Burdeos:

“Estimado maestro, acabo de recibir una carta de mi hermana, que reside en la pequeña ciudad de B... Ella se desesperaba por el hecho de no encontrar a nadie con quien hablar de espiritismo, toda vez que los adversarios de nuestra querida doctrina la ponían en aprietos. Pero ocurre que, como algunas personas escucharon hablar vagamente del tema, consideraron que debían dirigirse a los carmelitas para informarse al respecto. Estas son las principales conclusiones de lo que ellos dijeron:

“Los médiums son poseídos del demonio. Solo actúan por interés, pues usan su poder para descubrir tesoros ocultos

u objetos valiosos que estén perdidos. No obstante, cuando entran en contacto con alguna reliquia sagrada, veis que se ponen rígidos y se retuercen en horribles convulsiones.

” Los tiempos predichos por los Evangelistas han llegado. Los médiums son los falsos profetas anunciados por el Cristo, y pronto tendrán por jefe al Anticristo. Harán milagros y prodigios asombrosos, y de ese modo ganarán para su causa las tres cuartas partes de la población del globo, lo cual será la señal del fin de los tiempos, porque Jesús descenderá en una nube celestial y de un soplo los precipitará a las llamas eternas’.

”De esto resultó que toda la ciudad quedó conmocionada. En todas partes se habla de espiritismo; no se contentan con la explicación del sacerdote, y quieren saber más. Mi hermana, que no hablaba con nadie, hace días que recibe más de treinta visitas. Siempre les dice que lean *El libro de los Espíritus*, que dentro de poco estará en todas las manos, y muchos de los que ya lo han leído dicen que el espiritismo no se parece en nada a ese cuadro que les pintó el predicador, sino que afirma todo lo contrario. De tal modo, ahora cuentan con muchos adeptos serios gracias a esos sermones, sin los cuales el espiritismo habría tardado mucho en penetrar en esas regiones alejadas”.

¿Acaso no tenemos razón cuando hablamos de torpezas? ¿Tendríamos razón si despreciáramos a los adversarios que trabajan tan bien para nosotros? Pero esta no será la última torpeza, pues aguardamos la más grande de todas, que habrá de coronar la obra. Desde hace un año cometen una muy grave, que no hemos revelado, pues es necesario que se realice por completo, pero cuyas consecuencias se verán algún día. Hace aproximadamente dos años, preguntamos a uno de nuestros guías espirituales: ¿de qué modo el espiritismo po-

dría penetrar en las zonas rurales? Nos respondió: “A través de los curas”. *Pregunta:* ¿Lo harán voluntaria o involuntariamente? *Respuesta:* “Al principio, involuntariamente; más tarde, voluntariamente. Pronto harán una propaganda cuyo alcance no podéis imaginar. No os preocupéis por nada y dejad que hagan: los Espíritus velan y saben lo que hace falta”.

La primera parte de la predicción —como vemos— se cumple de la mejor manera. En cuanto al resto, todas las etapas por las que ha pasado el espiritismo nos fueron anunciadas, así como todas las que aún debe atravesar hasta su establecimiento definitivo, y cada día se verifica su realidad.

En vano se intenta que las personas desistan del espiritismo, presentándolo con colores estridentes. El efecto —como vemos— es contrario al que se espera. Cada diez personas que se alejan, otras cien se acercan. Eso demuestra que el espiritismo ejerce de por sí una atracción irresistible, sin considerar la del fruto prohibido, a la vez que nos recuerda la siguiente anécdota:

Cierto día, un propietario mandó que le llevaran una cuba de excelente vino, pero como temía que sus sirvientes lo engañaran, le colocó una etiqueta con grandes letras que decía: *Vinagre*. Ahora bien, como la cuba perdía algunas gotas del contenido, uno de los sirvientes tuvo curiosidad, lo probó con la punta del dedo, y descubrió que el vinagre sabía bien. La noticia pasó de boca en boca, de modo que todos comenzaron a probarlo, hasta que la cuba quedó vacía. Como el propietario daba de beber vino muy ordinario a sus sirvientes, ellos exclamaron: “¡Este vino es peor que el vinagre!”.

Por más que afirmen que el espiritismo es vinagre, no evitarán que quienes lo prueben descubran que sabe bien. En-

tonces, quienes lo hayan probado, se lo contarán a otros, y todos querrán beberlo.

Un cuadro mediúmnico en la exposición de Constantinopla

El presidente de la Sociedad Espírita de Constantinopla, miembro honorario de la Sociedad Espírita de París, nos escribe lo siguiente, fechado el 22 de mayo último:

“Estimado señor Allan Kardec, hermano espírita:

”Hace ya tiempo que me propongo daros noticias mías, pero no creáis por eso que se haya interrumpido la propaganda espírita. Por el contrario, hay más actividad que nunca. Creedme que, en este país fanatizado y dividido en sectas, el espiritismo se enfrenta con obstáculos que tal vez no existan en ninguna otra parte; pero sus raíces se mantienen tan vivas y productivas que, a pesar de todo, penetran poco a poco y llegarán a generar retoños vigorosos, que ningún poder humano podrá derribar. Constantinopla ya cuenta con numerosos adeptos del espiritismo, y puedo afirmar que pertenecen a las clases más altas de la sociedad. Apenas he notado que muchos se mantienen aislados, por miedo a comprometerse.

”Permitidme referiros un hecho ocurrido aquí, y que refleja hasta qué punto se inculca aquí el espiritismo: muchos librereros han adquirido obras espíritas, en especial *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*, y las han vendido de inmediato. ¿A quiénes? Nosotros, los espíritas conocidos y confesos, lo ignoramos. Tenemos la certeza de este hecho, ha-

cia el cual llamo vuestra atención, porque cuando alguno de nosotros desea comprar vuestras obras, el librero le responde: 'He recibido algunas, pero las vendí de inmediato'. Nos preguntamos quién acapara esas obras casi tan pronto como se las desembala, y a tal punto que ninguno de nosotros las encuentra cuando las busca. (...)

"Ahora os doy otra noticia, que sin duda también os interesará. Nuestro amigo y hermano espírita Paul Lambardo, médium dibujante, de quien os he enviado algunas flores, ha ejecutado una pintura a la acuarela que representa un bello ramo de flores, entre las cuales los aficionados han destacado especialmente una dalia punzó aterciopelada, cuyo efecto es magnífico. El resto de las flores: rosas, claveles, tulipanes, lirios, camelias, margaritas, amapolas, acianos, pensamientos, etc., son de una delicadeza y un realismo perfectos. Lo alenté para que presentara ese cuadro en la Exposición Nacional Otomana, abierta en este momento, y el cuadro fue aceptado con esta inscripción:

DIBUJO MEDIÚMNICO

*Ejecutado por el señor Paul Lambardo, de Constantinopla,
a quien las artes del dibujo y la pintura le resultan
completamente desconocidas.*

"El cuadro se exhibe en un lugar destacado del palacio de Exposiciones, a la derecha del espacio reservado para los cuadros y los grabados. Su precio es de 20 libras turcas o 460 francos. Notad que se trata de un hecho que miles de personas pueden constatar auténticamente.

”Yo recibo cartas de diferentes partes de Europa, Asia y África, pero respondo con sobriedad, salvo para fomentar el estudio serio y profundo de nuestra grande y bella ciencia, pues siempre recomiendo vuestras excelentes obras *El libro de los Espíritus* y *El libro de los médiums*.

”Siempre llevamos a cabo reuniones para las experiencias físicas y los estudios psicológicos, y si bien las primeras casi siempre son agotadoras, no podemos abandonarlas por completo, debido a que sirven para convencer a algunos incrédulos que desean ver y tocar.

”Os ruego que presentéis a la Sociedad Espírita de París el respetuoso y fraternal saludo de nuestros hermanos espíritas de Constantinopla, y en particular el de quien se considera vuestro solícito hermano espírita”.

REPOS hijo, *abogado*.

El significativo hecho de la exposición del cuadro del señor Lambardo, en Constantinopla, pese a que fue presentado ostensiblemente como un producto mediúmnic, equivale al de las fábulas espíritas premiadas en los Juegos Florales de Toulouse²⁹. En alguna parte se dijo que, si la Academia de Toulouse hubiera conocido el origen de esas fábulas, las habría rechazado, lo cual no es más que una grosera difamación. Además, se olvidan de que los trabajos enviados a ese tipo de concursos no deben llevar firma, como tampoco algún signo que identifique al autor, so pena de exclusión. De tal modo, el señor Jaubert no podía registrar la firma de un Espíritu,

29. Véase, en el número de junio, el artículo *Un Espíritu premiado en los Juegos Florales* (N. del T.)

como tampoco la suya; y ni siquiera podía decir que las fábulas provenían de un Espíritu, porque en tal caso habría incumplido las reglas del concurso, que exige el más absoluto secreto. Esta es la respuesta a los que acusan al señor Jaubert de haber cometido un engaño al guardar silencio respecto de la procedencia de tales fábulas. Comoquiera que sea, de un extremo al otro de Europa los productos de ultratumba son reconocidos oficialmente.

Estos hechos bastarían para demostrar el poder irresistible del espiritismo, en caso de que no se hubiera tornado evidente con todo lo que ocurre desde hace algunos años, y a pesar de los esfuerzos que se hacen para combatirlo. ¿Por qué son inútiles esos esfuerzos? Porque —como hemos dicho— el espiritismo tiene un carácter que lo distingue del resto de las doctrinas filosóficas: no surge en un solo lugar, ni depende de la vida de ninguna persona. Su origen está en todas partes, en la Tierra y en el espacio, de modo que si le ponen obstáculos en algún punto, surge en otro. Porque, como dicen en la Sociedad Espírita de Palermo, el espiritismo se afirma en hechos que todos pueden experimentar, así como en una teoría cuyas raíces están en el sentido íntimo de cada uno. Para acallarlo, no bastaría con oprimir un punto del globo, una aldea, una ciudad o un país, sino el mundo entero. Y aun así, no dejaría de ser un freno momentáneo, porque la generación que surge lleva consigo la intuición de las ideas nuevas, y tarde o temprano logrará que esas ideas prevalezcan. Ved lo que ocurre en un país vecino, en el que dichas ideas son cubiertas con una tapa de plomo, a pesar de lo cual se escapan por todas las fisuras.

Un nuevo periódico espírita en Sicilia

Tenemos el agrado de informar la aparición de un nuevo órgano del espiritismo en Palermo, Sicilia, publicado en lengua italiana con el título: *El espiritismo, periódico de psicología experimental*. La multiplicación de los periódicos especializados en esta materia, constituye una señal inequívoca del terreno que ganan las ideas nuevas, y esto a pesar de —o más bien debido a— los ataques de que esas ideas son objeto. En pocos años se han implantado en todo el mundo, y cuentan en Italia con numerosos y serios representantes. Ocurre que, en esa patria de la inteligencia, como en todas partes, cualquier persona que sondee su alcance, comprende que dichas ideas contienen los elementos del progreso, y que son la bandera con la que un día se cobijarán todos los pueblos, pues solo ellas resuelven los temibles problemas del porvenir de una manera que satisface a la razón. Nuestro afectuoso concurso se hace extensivo naturalmente a todas las publicaciones de ese tipo, aptas para contribuir a nuestros esfuerzos en la importante y laboriosa tarea que hemos emprendido.

La siguiente carta, que recibimos junto con el referido periódico, nos anuncia también la constitución de una sociedad espírita en Palermo, cuyo nombre es *Società spiritista di Palermo*.

“Señor:

”Una nueva sociedad espírita acaba de ser constituida aquí, en Palermo, bajo la presidencia del señor Joseph Vassallo Paleologo. Esta sociedad ya tiene un órgano de publicidad: *El espiritismo*, o *Periódico de psicología experimental*, cuyos dos primeros números acaban de aparecer. Tened a bien recibir un ejemplar, que me permito ofreceros, por ser vos quien se ha

hecho tan digno de la humanidad para el progreso de las ideas morales bajo el impulso providencial del espiritismo.

”Aceptad, etc.”

Firma: PAOLO MORELLO

Profesor de Historia y de Filosofía
en la Universidad de Palermo

Cada número del periódico comienza con la cita de algunos aforismos, a modo de epígrafe, extraídos de *El libro de los Espíritus* o de *El libro de los médiums*, como por ejemplo.

“Si el espiritismo es un error, caerá por sí mismo; si es una verdad, ni siquiera todas las diatribas del mundo lograrán que se convierta en una mentira.”

“Es un error suponer que a determinadas categorías de incrédulos les basta con ver fenómenos extraordinarios para convencerse. Los que no admiten el alma o Espíritu en el hombre, no pueden admitirlo fuera de él. Por esa razón, al negar la causa, niegan el efecto.”

“Las reuniones frívolas tienen un grave inconveniente para los principiantes que asisten a ellas: les presentan una idea falsa del espiritismo.”

A esta última cita, nosotros agregamos: ... y que, sin llegar a ser frívolas, no se realizan con el orden y la dignidad convenientes.

El primer número contiene una exposición de principios, a modo de manifiesto, del que extraemos los siguientes pasajes:

“Toda ciencia se apoya en dos puntos: los hechos y la teoría. Ahora bien, según lo que hemos visto y leído, estamos en condiciones de afirmar que el espiritismo posee los materiales

y las cualidades de una ciencia, dado que, por un lado, se afirma mediante hechos que le son propios y que resultan de la observación y la experimentación, del mismo modo que en cualquier otra ciencia experimental; y por otro lado, se afirma mediante su teoría deducida lógicamente de la observación de los hechos.

”El espiritismo, considerado desde el punto de vista de los hechos o de la teoría, no salió del cerebro humano, sino que deriva de la naturaleza misma de las cosas. Dada la creación de las inteligencias, así como la existencia espiritual, lo que ha recibido el nombre de espiritismo se presenta a modo de una necesidad de la que, en las condiciones actuales de la ciencia y de la humanidad, se puede ser testigo en vez de juez. De esa necesidad resulta un hecho complejo, que requiere ser estudiado seriamente antes de juzgarlo. Cada uno es libre de estudiarlo o no, pero eso no le da derecho a nadie para que se burle de quienes lo estudian.

”La sociedad fundadora de este periódico no pretende emitir una creencia ni una doctrina propias. Como está convencida de que nada pertenece menos a la invención humana que el espiritismo, se propone exponer la doctrina espírita, y no imponerla en absoluto. Además, se reserva la plena libertad de examen y la más completa independencia de conciencia en la apreciación de los hechos, sin dejarse influenciar por la opinión de ningún individuo o comunidad. De lo que se hace responsable, ante su propia conciencia, ante Dios y ante los hombres, es de la sinceridad de los hechos”.

La siguiente comunicación, firmada por el Dante, y extraída del segundo número, refleja la naturaleza de las enseñanzas que se imparten en esa Sociedad.

Los médiums y los Espíritus

Nadie puede llegar a ser un buen médium si no se despoja de los vicios que degradan a la humanidad. Todos esos vicios tienen origen en el egoísmo, y como la negación del egoísmo es el amor, toda virtud se resume en esta palabra: *Caridad*.

La caridad enseñada con este precepto: *Quod tibi non vis*, etc.³⁰ Dios no solo la ha grabado de manera indeleble en el corazón del hombre, sino que la ha sancionado al enviarnos a su Hijo como modelo de caridad y de abnegación. Si la caridad debe ser la guía de todos, más allá de la condición social en que cada uno se encuentre, constituye más que nada la condición *sine qua non* de todo buen médium.

Cualquier hombre puede llegar a ser médium, pero la cuestión no es esa, pues se trata de ser buen médium, lo cual depende de las cualidades morales. Es cierto que los Espíritus se comunican con los hombres más allá de la condición de estos, pero con la misión de perfeccionarlos, en caso de que sus cualidades sean buenas; y operan ese perfeccionamiento sometiénolos a las más duras pruebas para purificarlos, pruebas que el hombre de bien sufre sin desmentir el sentimiento moral de su conciencia y sin dejar que las tentaciones lo aparten del camino del bien. Con los hombres cuyas cualidades son malas, los Espíritus se comunican para llevarlos de la mano hacia una condición más acorde a la razón y en armonía con el objetivo al cual debe tender todo hombre persuadido de que su existencia en este mundo no es otra cosa más que una expiación. Cuando hay una combinación entre el bien y el mal, los Espíritus provocan el mejoramiento con recursos intermedios.

30. *Quod tibi fieri non vis, alteri ne feceris*: “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti” (N. del T.)

Muchos serán abandonados por los Espíritus, porque no querrán comprender que la caridad es el único medio para avanzar. Entonces, ¡ay del que no haya querido escuchar la voz de la verdad! Dios perdona la ignorancia, pero no al que hace el mal a sabiendas. El objetivo de nuestra misión es vuestro mejoramiento moral, y vuestro deber consiste en llegar a ser mejores, pero no esperéis ningún tipo de mejoramiento sin la caridad.

El poder de la voluntad sobre las pasiones

(Extraído de los trabajos de la Sociedad Espírita de París.)

Un joven de veintitrés años, el señor A..., de París, se inició en el espiritismo hace apenas dos meses, pero ha captado su alcance con tanta rapidez que, sin que haya visto nada, lo acepta con la totalidad de sus consecuencias morales. Nos dirán que eso no tiene nada de sorprendente en un hombre joven, y que solo prueba una cosa: su ligereza y su entusiasmo irreflexivo. De acuerdo, pero continuemos. Ese joven *irreflexivo* tenía —conforme él mismo lo reconoció— una gran cantidad de defectos, entre los cuales se destacaba desde la infancia una irresistible predisposición a la cólera. Ante la menor contrariedad, ante las causas más fútiles, cuando llegaba a su casa y no encontraba de inmediato lo que buscaba, porque se hallaba fuera del lugar habitual, o cuando lo que pedía no estaba listo de inmediato, era presa de una furia capaz de romper todo. Llegó a tal punto que, un día, en el paroxismo de la cólera, se dirigió a su madre y le dijo: “¡Vete de aquí, o te mataré!”. Luego, exhausto por la sobreexcitación, perdió el conocimien-

to. Añadamos que, ni los consejos de los padres, ni las exhortaciones de la religión, habían logrado vencer ese carácter indomable, que era compensado por una elevada inteligencia, una instrucción esmerada y los más nobles sentimientos.

Dirán que todo eso es un efecto del temperamento bilioso-sanguíneo-nervioso, un resultado del organismo y, por lo tanto, una incitación irresistible. De este sistema resulta que, si durante esos extravíos el joven hubiera cometido un crimen, habría sido exculpado por completo, pues sería víctima de un exceso de bilis. De ahí resulta también que, salvo que se modificara el temperamento, salvo que se cambiara el estado normal del hígado y de los nervios, ese joven quedaría predestinado a las funestas consecuencias de la cólera.

¿Conocéis un remedio para un estado patológico como ese? “No, ninguno. Tal vez con la edad, a la larga, pueda disminuir la abundancia de secreciones mórbidas.” ¡Pues bien! Lo que la ciencia no puede hacer, lo hace el espiritismo, no a la larga y como consecuencia de un esfuerzo continuo, sino de inmediato. Algunos días bastaron para que ese joven se convirtiera en un ser dócil y paciente. La certeza adquirida respecto de la vida futura, el conocimiento del objetivo de la vida terrenal, el sentimiento de la dignidad del hombre —revelada mediante el libre albedrío que lo ubica por encima de las bestias—, la responsabilidad que de ahí resulta, la idea de que la mayoría de los males terrenales son consecuencia de nuestros actos; todas estas ideas, adquiridas mediante un estudio serio del espiritismo, produjeron en su cerebro una súbita revolución. Le pareció que un velo se había levantado ante sus ojos; la vida se le presentó con un aspecto por completo diferente. Entonces, seguro de que en él había un ser inteligente independiente de la materia, pensó: “Este ser debe tener una

voluntad, mientras que la materia no la tiene. Por lo tanto, debe poder dominar la materia”. De ahí, surgió este otro razonamiento: “El resultado de mi cólera ha sido la enfermedad y la desdicha, y esta pasión me impide obtener lo que necesito. Por lo tanto, es inútil, porque he dejado de avanzar; me hace mal y no me brinda ningún bien en compensación; más aún, podría inducirme a cometer actos reprobables, e incluso criminales”. Este joven quiso vencer, y venció. Desde entonces, se le presentaron mil ocasiones, que en otro momento lo habrían enfurecido, y ante las cuales se mantuvo impassible e indiferente, para la inmensa satisfacción de su madre. Él sentía que su sangre bullía y se le iba al cerebro, pero mediante la voluntad la reprimía y la obligaba a descender.

Un milagro no lo habría hecho mejor. Con todo, el espiritismo ha hecho muchos otros, que nuestra *Revista* no daría abasto para registrar si nos propusiéramos difundir todos los que conocemos personalmente acerca de reformas morales de los hábitos más inveterados. Citamos este como un ejemplo notable del poder de la voluntad y, además, porque presenta un problema importante que solo el espiritismo puede resolver.

En tal sentido, el señor A... nos preguntaba si su Espíritu era responsable de sus arrebatos, o si apenas sufría la influencia de la materia. Esto le respondimos:

Vuestro Espíritu es tan responsable que, cuando lo decidisteis seriamente, detuvisteis el movimiento sanguíneo. Por lo tanto, si lo hubierais decidido antes, los accesos habrían cesado antes, en cuyo caso no habríais amenazado a vuestra madre. Por otra parte, ¿qué es lo que se encoleriza? ¿El cuerpo o el Espíritu? Si los accesos hubieran ocurrido sin un motivo, se habría podido creer que eran provocados por el aflujo sanguíneo; no obstante, fútil o no, su causa era una contrariedad. Ahora

bien, es evidente que lo que se hallaba contrariado no era el cuerpo, sino el Espíritu, demasiado susceptible. El Espíritu contrariado reaccionaba sobre el sistema orgánico irritable, que se habría mantenido en reposo si no hubiera sido provocado. Hagamos una comparación: montáis un caballo fogoso; si sabéis gobernarlo, se somete; si lo maltratáis, se desboca y os derriba. ¿De quién es la culpa? ¿Vuestra o del caballo?

Para mí, es evidente que vuestro Espíritu es naturalmente irascible. Con todo, como cada uno lleva consigo su pecado original, es decir, un resto de sus antiguas inclinaciones, no es menos evidente que en vuestra existencia anterior fuisteis un hombre de una violencia extrema, que probablemente pagasteis muy caro, tal vez con vuestra vida. En la erraticidad, vuestras buenas cualidades os ayudaron a comprender vuestros errores; tomasteis la decisión de vencerlos, luchando para eso en una nueva existencia. Pero si hubierais elegido un cuerpo lánguido y linfático, vuestro Espíritu, dado que no hubiese encontrado ninguna dificultad, no habría ganado nada y habríais tenido que volver a comenzar. Por eso elegisteis un cuerpo bilioso, para tener el mérito de la lucha. Ahora, la victoria es un hecho. Habéis derribado un enemigo de vuestra tranquilidad, y nada puede obstruir el libre ejercicio de vuestras buenas cualidades. En cuanto a la facilidad con la que habéis aceptado y comprendido el espiritismo, se explica por la misma causa: erais espírita desde hacía mucho tiempo; esa creencia era innata en vos, y el materialismo no fue más que el resultado de la dirección equivocada impresa a vuestras ideas. La idea espírita, sofocada al principio, se mantuvo en estado latente, y bastó con una chispa para despertarla. Bendecid, pues, a la Providencia, que ha permitido que esa chispa se encendiera pronto, para frenar una inclinación que habría

podido causaros amargos pesares, a la vez que os resta un largo camino por recorrer en el bien.

Todas las filosofías se han frustrado ante esos misterios de la vida humana, que parecían insondables, hasta que el espiritismo llegó para iluminarlos. En presencia de tales hechos, ¿es posible preguntarse aún para qué sirve? ¿No tenemos derecho a vaticinar el porvenir moral de la humanidad cuando sea comprendido y practicado por todo el mundo?

Primera carta al señor cura Marouzeau

Señor cura:

Os habéis extrañado de que pasaran dos años sin que yo respondiera vuestro opúsculo contra el espiritismo. Os equivocáis, pues desde su aparición he tratado en varios artículos de mi revista la mayoría de los asuntos que planteasteis en él. Sé que habríais preferido una respuesta personal, una réplica, en la que tomara uno por uno vuestros argumentos para daros el placer de una contrarréplica. Ahora, si bien he cometido el error irreparable de no mencionaros, estoy seguro de que vuestra modestia no lo consideró un crimen. En este momento reparo esa omisión, pero no supongáis que lo hago para entablar una polémica, pues me limitaré a realizar algunas simples reflexiones y a explicaros mis motivos.

En primer lugar, diré que no os respondí directamente por el hecho de que habíais anunciado que vuestro opúsculo nos enterraría vivos a todos. Así pues, quise esperar a que eso ocurriera, hasta que tuve el placer de comprobar que no

estábamos muertos. Incluso el espiritismo está más vivo que antes, y la cantidad de sociedades espíritas se multiplica por doquier. En todos los lugares donde se ha predicado en contra de la doctrina, la cantidad de adeptos se incrementó, y ese incremento es proporcional a la violencia de los ataques. Estas afirmaciones no son hipótesis, sino hechos auténticos que, debido a mi posición y a la amplitud de mis relaciones, puedo verificar mejor que nadie. Además, compruebo que los indigentes a quienes los celosos sacerdotes les prohibieron recibir los vales de pan donados por los espíritas caritativos, porque era el pan del diablo, no han muerto por haberlo comido. Los panaderos a quienes se les ordenó que no recibieran esos vales, porque el diablo se los quitaría, no perdieron ni uno solo. Los productores a quienes, siempre por celo evangélico, se pretendió cortar los víveres quitándoles la clientela habitual, fueron compensados con nuevos clientes, que les valieron un aumento de la cantidad de simpatizantes. No me cabe duda de que desaprobáis esta manera de atacar al espiritismo, pero los hechos no dejan de existir por eso. Habréis de convenir en que esos hechos no son muy apropiados para lograr que quienes se apartaron de la religión vuelvan a ella. El miedo puede retener momentáneamente, pero es un vínculo frágil que se deshace en la primera oportunidad. Los únicos vínculos sólidos son los del corazón, fundados mediante la convicción. Ahora bien, la convicción no se impone por fuerza.

Vos sabéis, señor cura, que vuestro opúsculo fue el primero de muchos otros, pero además tiene el mérito de ser absolutamente cortés. Pretendéis aniquilarnos con educación, y os lo agradezco. No obstante, los argumentos son los mismos en todas partes, enunciados cortésmente y en un francés más o menos correcto. Para refutarlos en su totalidad, artículo por

artículo, habría tenido que repetirme de continuo y, francamente, tengo cosas más importantes que hacer. Además, eso no habría servido de nada, y vos comprenderéis el porqué.

Soy un hombre positivo, sin arrebatos, y juzgo todo fríamente. Razono a partir de los hechos, y digo: puesto que los espíritas son más numerosos que nunca, a pesar del opúsculo del señor Marouzeau y de tantos otros, a pesar de los sermones y las pastorales, eso significa que los argumentos empleados no han persuadido a las masas, sino que produjeron un efecto contrario. Ahora bien, pienso que la lógica elemental consiste en juzgar el valor de la causa por sus efectos. Por lo tanto, ¿de qué sirve refutar esos argumentos? Dado que nos benefician en vez de perjudicarnos, evitemos convertirnos en un obstáculo. Considero las cosas desde otro punto de vista, distinto del vuestro, señor cura. Como un general que observa el movimiento de la batalla, evalúo la fuerza de los ataques, no por el ruido que hacen, sino por el efecto que producen. Veo el conjunto. Ahora bien, el conjunto es satisfactorio, y eso es todo lo que se necesita. Así pues, las respuestas individuales no servirían de nada. Cuando trato de una manera general los asuntos planteados por algún adversario, no lo hago para convencerlo, pues eso no me preocupa en absoluto, y mucho menos para que renuncie a su creencia, que respeto cuando es sincera; lo hago tan solo para instruir a los espíritas, y porque considero que se trata de un punto a desarrollar o esclarecer. Refuto los principios, pero no a los individuos, porque los principios quedan y los individuos desaparecen. Por eso no me preocupan demasiado las personalidades, que mañana tal vez ya no estén, o acerca de las cuales ya no se hablará, sea cual fuere la importancia que ellas mismas pretendan atribuirse. Veo el futuro más que el presente, el conjunto y las cosas

importantes más que los hechos aislados y secundarios. Para nosotros, la verdadera conversión radica en que los hombres retornen al bien. Un hombre que es alejado de sus malas inclinaciones, y que es devuelto a Dios y a la caridad *para con todos* a través del espiritismo, constituye para nosotros la victoria más útil, la victoria que nos brinda más alegría, y le agradecemos a Dios por brindárnosla con tanta frecuencia. Para nosotros, la victoria más honorable no consiste en alejar a un individuo de un culto o una creencia mediante la violencia o el miedo, sino en alejarlo del mal mediante la persuasión. Valoramos más que nada las convicciones sinceras, y no las que se obtienen a la fuerza o que son aparentes.

Así, por ejemplo, en vuestro opúsculo, preguntáis cuáles son los milagros que el espiritismo puede invocar a su favor, a lo cual respondí en el número de febrero de 1862, página 40, mediante el artículo titulado: *El espiritismo, ¿se demuestra con milagros?* De tal modo, respondí a la vez a cuantos hicieron la misma pregunta. ¿Pedís milagros al espiritismo? ¿Acaso habrá un milagro mayor que el de su inaudita propagación, contra viento y marea, a pesar de los ataques de que es objeto y, sobre todo, de los golpes tan terribles que vos le habéis propinado? ¿No es esa una prueba de la voluntad de Dios? “No —diréis vos—, pues es la voluntad del diablo.” Entonces, convendréis en que la voluntad del diablo prevalece sobre la de Dios, y que es más fuerte que la de la Iglesia, dado que la Iglesia no puede detenerlo. Con todo, ese no es el único milagro que hace el espiritismo, pues los produce a diario cuando logra que los incrédulos vuelvan a Dios, cuando convierte al bien a quienes se dedicaban al mal, y les infunde la fuerza para que venzan las malas pasiones. ¡Le pedís milagros! El hecho referido más arriba acerca del joven A... ¿no es acaso un milagro? ¿Por qué

la religión no lo hizo, y dejó en cambio que lo hiciera el espiritismo, es decir, el diablo? “A eso —diréis— no se lo denomina milagro”. Pero ¿acaso la Iglesia no considera milagrosas algunas conversiones? “Sí, pero esas son las conversiones a la fe católica por parte de algunos herejes.” Entonces, según vos, la conversión del mal al bien no es un milagro. Preferís un signo material: la licuefacción de la sangre de san Genaro, la cabeza de una estatua que se mueve en una iglesia, una aparición en el cielo, como la cruz de Migné. El espiritismo no hace ese tipo de milagros; los únicos que valora infinitamente y de los que se congratula, son las transformaciones morales que lleva a cabo.

Señor cura, me apremia el tiempo y no tengo espacio, de modo que en otra oportunidad os dirigiré también algunas palabras que podrán servir para la nueva obra que prepararéis y que habrá de aniquilar para siempre al espiritismo y a los espíritas. Algunos pasajes de este número tal vez os esclarezcan respecto de las dificultades que tendréis que vencer para triunfar.

Recibid, etc.

ALLAN KARDEC

Una expiación terrestre

Max, el mendigo.³¹

En una aldea de Baviera, allá por el año 1850, murió un anciano casi centenario, conocido con el nombre de padre

31. Véase este caso en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo VIII: “Expiaciones terrenales”. (N. del T.)

Max. Nadie sabía con certeza su origen, pues no tenía familia. Hacía casi medio siglo que, abrumado por enfermedades que le impedían ganarse la vida mediante el trabajo, no tenía otro recurso más que la caridad pública, lo que disimulaba con la venta de almanaques y baratijas en las fincas y los castillos. Le habían puesto el apodo de conde Max, y los niños sólo lo llamaban señor Conde, a lo que sonreía sin enojarse. ¿Por qué ese título? Nadie sabría decirlo: era una costumbre. Tal vez se debía a su fisonomía y sus modales, cuya distinción contrastaba con sus harapos. Algunos años después de su muerte, se le presentó en sueños a la hija del propietario de uno de los castillos donde se le había permitido hospedarse, en la caballeriza, pues no tenía domicilio. Le dijo: “Gracias por haberos acordado del pobre Max en vuestras plegarias, pues el Señor las ha escuchado. ¿Deseáis saber quién soy yo, alma caritativa que os interesáis por un desventurado mendigo? Voy a satisfaceros, pues eso será para todos una importante enseñanza”. Entonces le relató lo siguiente, con términos más o menos similares a estos:

“Hace aproximadamente un siglo y medio, yo era un rico y poderoso señor de esta comarca. Frívolo, orgulloso y envanecido de mi nobleza, sólo me servía de mi inmensa fortuna para satisfacer mis placeres, y con la que apenas alcanzaba a cubrir mis gastos, porque era jugador y libertino, y pasaba la vida en orgías. Mis vasallos, a quienes consideraba criados para mi uso personal, al igual que los animales de granja, padecían mi explotación y mis malos tratos para satisfacer mi prodigalidad. Me hacía sordo a sus quejas, como a las de todos los desdichados. Y según mi opinión, debían considerarse muy honrados de servir a mis caprichos. Morí a una mediana edad, aniquilado por los excesos, pero sin haber experimen-

tado ninguna verdadera desgracia. Por el contrario, todo parecía sonreírme, de manera que para los demás yo era uno de los dichosos del mundo. Mi posición me garantizó funerales suntuosos. Los amigos del vicio lamentaron la pérdida de un noble fastuoso, pero ni una sola lágrima se derramó sobre mi tumba, y ni una sola plegaria nacida del corazón se dirigió a Dios para mi beneficio: mi recuerdo fue maldecido por todos aquellos cuya miseria se había intensificado por mi culpa. ¡Ah, qué terrible es la maldición de aquellos a quienes hemos hecho desgraciados! ¡No cesó de resonar en mis oídos durante largos años, que me han parecido una eternidad! Además, cada vez que moría alguna de mis víctimas, se convertía en una nueva figura amenazadora e irónica que se presentaba delante de mí para perseguirme sin tregua, sin que me fuera posible hallar algún sombrío escondite donde ocultarme de su vista. ¡Ni una sola mirada amiga! Mis antiguos compañeros de libertinaje, tan desdichados como yo, me eludían y parecían decirme con desdén: ‘Ahora no puedes pagar nuestros placeres’. ¡Oh! ¡Hubiera pagado cualquier precio por un instante de reposo, o por un vaso de agua que apagara la sed ardiente que me devoraba! ¡Pero ya no poseía nada, y el oro que había sembrado a manos llenas en la Tierra, no me había rendido ni una sola bendición! Ni una sola, ¿comprendes, hija mía?

”Finalmente, agobiado por la fatiga, consumido como un viajero extenuado que no divisa el término de su camino, exclamé: ‘¡Dios mío, ten piedad de mí! ¿Cuándo terminará esta horrible situación?’ Entonces, una voz, la primera que oía desde que había dejado la Tierra, me dijo: ‘Cuando tú lo quieras’. ‘¿Qué debo hacer, poderoso Dios? –respondí– Dímelo, pues yo me someto a todo.’ ‘Es necesario que te arrepientas, que te humilles ante aquellos a los que tú has humillado; que les pi-

das que intercedan por ti, porque la plegaria de quien ha sido ofendido y perdona, siempre es grata al Señor'. Me humillé, rogué a mis vasallos, a mis servidores, que estaban frente a mí, y cuyos rostros cada vez más benevolentes terminaron por desaparecer. Entonces comenzó para mí algo así como una nueva vida. La esperanza reemplazó a la desesperación, y le di gracias a Dios con todas las fuerzas de mi alma. A continuación, esa voz me dijo: '¡Príncipe!' Y yo respondí: 'No hay aquí otro príncipe más que Dios Todopoderoso, que humilla a los soberbios. Perdonadme, Señor, porque he pecado; haced de mí el siervo de mis siervos, si esa es vuestra voluntad'.

"Algunos años más tarde, nací nuevamente, pero esta vez en una familia de pobres aldeanos. Mis padres murieron cuando yo aún era un niño, y me quedé solo en el mundo, sin ningún amparo. Me gané la vida como pude: a veces como artesano, otras como peón de una finca, pero siempre honradamente, pues esta vez creía en Dios. A la edad de cuarenta años, una enfermedad me paralizó todos los miembros, y me vi obligado a mendigar durante más de cincuenta años en las mismas tierras de las que fui dueño absoluto. Recibía un pedazo de pan en las fincas que antaño me habían pertenecido, y donde por una amarga ironía me apodaron señor Conde. Allí me alegraba encontrar a menudo el refugio que se me brindaba en el establo del castillo que había sido mío. Durante el sueño, me deleitaba en recorrer ese mismo castillo donde había reinado como un déspota. ¡Cuántas veces, en mis sueños, volví a verme allí, rodeado de mi antigua riqueza! Esas visiones me dejaban al despertar un indefinible sentimiento de amargura y pesar. Sin embargo, jamás una queja salió de mi boca. Y cuando Dios se dignó llamarme, elevé a Él mis alabanzas, porque me había infundido el valor de sufrir sin quejarme esa larga y

penosa prueba, de la cual hoy recibo la recompensa. Y a vos, hija mía, os bendigo, pues habéis rogado por mí.”

Observación: Recomendamos este caso a quienes alegan que los hombres carecerían de freno si no tuviesen delante el espantajo de las penas eternas. Les preguntamos si la perspectiva de un castigo como el del padre Max es menos eficaz para disuadir a quienes han preferido la senda del mal, que las interminables torturas a las que ya nadie da crédito.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados³²

(Sociedad Espírita de París, 19 de junio de 1863.

Médium: señor Vézy.)

Nota. Esta comunicación fue dada en relación con una señora ciega presente en la reunión.

Mis buenos amigos, ¿para qué me habéis llamado? ¿Ha sido para que imponga las manos sobre la pobre que aquí sufre, y la cure? ¡Ah! ¡Qué sufrimiento, buen Dios! Ha perdido la vista y se halla entre tinieblas. ¡Pobre hija! Que ruegue y aguarde. No sé hacer milagros sin la voluntad del buen Dios. Todas las curaciones que he podido obtener, y de las que habéis tenido noticia, sólo debéis atribuir las a Aquel que es el Padre de todos nosotros. En vuestras aflicciones, elevad siempre los ojos al

32. Véase este mensaje en *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo VIII, § 20. (N. del T.)

Cielo y decid desde el fondo de vuestro corazón: “Padre mío, cúrame, pero haz que mi alma enferma se cure antes que mi cuerpo. Que mi carne sea castigada, si es necesario, para que mi alma se eleve hacia ti con la blancura que poseía cuando la creaste”. Después de esa plegaria, mis buenos amigos, que el buen Dios escuchará siempre, recibiréis la fuerza y el valor, y quizá también la curación que vosotros habréis pedido temerosamente, en recompensa de vuestra abnegación.

Sin embargo, ya que estoy aquí, en una reunión que ante todo se propone realizar estudios, os diré que los que están privados de la vista deberían considerarse como los bienaventurados de la expiación. Acordaos que Cristo dijo que era preciso que arrancaseis vuestro ojo si era malo, y que valía más que lo echarais al fuego que permitir que se convirtiera en causa de vuestra condenación. ¡Ah! ¡Cuántos hay en vuestra Tierra que un día maldecirán, en las tinieblas, por haber visto la luz! ¡Oh, sí, qué felices son aquellos que, en su expiación, son afectados en la vista! Sus ojos no serán causa de escándalo o de pecado. Pueden vivir por completo la vida de las almas. Pueden ver más que vosotros, que veis claramente... Cuando Dios me permite abrir los párpados a alguno de esos pobres que sufren, y devolverles la luz, me digo: “Alma querida, ¿por qué no conoces todas las delicias del Espíritu que vive en la contemplación y el amor? Si lo hicieras, no solicitarías que te fuera concedido ver imágenes menos puras y delicadas que las que te es dado entrever en tu ceguera”.

¡Oh, sí, bienaventurado el ciego que quiere vivir con Dios! Más feliz que vosotros que estáis aquí, él siente la felicidad, la palpa, ve las almas y puede elevarse con ellas a las esferas espirituales, que ni siquiera los predestinados de la Tierra consiguen divisar. El ojo abierto siempre está listo para hacer

caer en falta al alma. El ojo cerrado, por el contrario, siempre está dispuesto a hacer que ascienda hacia Dios. Creedme, mis buenos y queridos amigos, la ceguera de los ojos suele ser la verdadera luz del corazón, mientras que la vista suele ser el ángel tenebroso que conduce a la muerte.

Ahora, algunas palabras para ti, mi pobre sufridora. ¡Aguarda y ten valor! Si yo te dijera: “Hija mía, tus ojos van a abrirse”, ¡cuánto te alegrarías! Pero ¿quién sabe si esa alegría no te ocasionaría un fracaso? ¡Confía en la bondad de Dios, que ha hecho la felicidad y también permite la tristeza! Haré por ti cuanto me esté permitido. No obstante, a tu vez, ruega y, sobre todo, reflexiona acerca de lo que acabo de decirte.

Antes de que me retire, todos los que estáis aquí reunidos, recibid mi bendición.

VIANNEY, *cura de Ars.*

Observación. Nos preguntamos si este es acaso el lenguaje del diablo, y si ofendemos al cura de Ars al atribuirle tales pensamientos. Una joven campesina, sin instrucción, sonámbula natural, y que ve muy bien a los Espíritus, concurrió a la sesión en estado sonambólico. No conocía al cura de Ars, ni siquiera de nombre, y sin embargo lo vio al lado del médium y lo describió a la perfección.

* * *

El arrepentimiento

(Sociedad Espírita de París. Médium: señora Costel.)

El arrepentimiento eleva hacia Dios. A Él le resulta más grato que el humo de los sacrificios, y más valioso que el incienso esparcido en los recintos sagrados. Semejante a las tempestades que atraviesan el aire y lo purifican, el arrepentimiento es un pesar fecundo, una fuerza reactiva y actuante. Jesús santificó esa virtud, y las lágrimas de la Magdalena cayeron como rocío sobre los corazones endurecidos que ignoraban la gracia del perdón. La soberana virtud ha proclamado el poder del arrepentimiento, y los siglos han transmitido, debilitándola, la palabra del Cristo.

Ha llegado la hora en que el espiritismo debe rejuvenecer y vivificar la esencia misma del cristianismo. Así pues, borrar de todas partes y para siempre la cruel sentencia que despoja de toda esperanza al alma culpable. El arrepentimiento es una virtud militante, una virtud viril que solo los Espíritus adelantados o los corazones tiernos pueden sentir. El pesar momentáneo y punzante de una falta, no lleva consigo la expiación que brinda el conocimiento de la justicia de Dios: justicia rigurosa en sus conclusiones, que aplica la ley del talión sobre la vida moral y física del hombre, y lo castiga mediante la lógica de los hechos que resultan del uso correcto o equivocado de su libre albedrío.

Amad a los que sufren, y amparad al arrepentimiento, que es la expresión y la señal que Dios ha impreso en su criatura inteligente para elevarla y acercarla a Él.

JUAN, *discípulo*.

* * *

Los hechos consumados

(Sociedad Espírita de París, 26 de diciembre de 1862.
Médium: señor D'Ambel.)

Nota. Esta comunicación ha sido transmitida con motivo de un informe presentado en la Sociedad de París, acerca de las nuevas sociedades espíritas que se forman en todas partes de Francia y el extranjero.

El progreso se manifiesta actualmente con mucha claridad a través de las creencias en las doctrinas regeneradoras que nosotros enseñamos a vuestro mundo, a tal punto que a partir de ahora no hace falta constatarlo. ¡Hay que ser ciego para no ver la marcha triunfante de nuestras ideas! Cuando hombres eminentes, que ejercen las funciones más liberales, científicos y estudiosos, médicos, filósofos, jurisconsultos, se abocan resueltos a la investigación de la verdad por los caminos nuevos que el espiritismo ha señalado; cuando la clase militante acude a él en busca de consuelo y nuevas fuerzas, ¿quién entre los humanos se considerará bastante fuerte para oponer una barrera al desarrollo de esta nueva ciencia filosófica? Hace poco, Lamennais decía, con ese estilo conciso y elocuente al que os ha habituado, ¡que el porvenir era del espiritismo! Ahora, yo tengo derecho a exclamar: ¿Acaso no se trata de un hecho consumado?

En efecto, el camino es largo. El arroyo de ayer se ha transformado en río y, mientras surca los valles, su curso majestuoso se ríe de las débiles esclusas y las tardías barricadas que algunos ribereños atrasados intentan oponerle para impedir su curso hacia el gran océano de lo infinito. ¡Pobre gente! La corriente pronto os arrastrará, y pronto también os escucharemos exclamar: “¡Era cierto! ¡La Tierra gira!”

Si el caudal de sangre derramada en las Américas no llamara la atención de los pensadores serios y de los amigos de la paz, cuyo corazón se desangra ante el relato de esas luchas sangrientas y fratricidas; si las naciones mal asentadas no intentarían recobrar en todas partes su base normal; si las aspiraciones de todos, en fin, no tendieran hacia una mejora material y moral, que se busca desde hace tanto tiempo; en tal caso, podríamos negar la utilidad de los cataclismos morales anunciados por algunos Espíritus iniciadores. Pero las señales características son demasiado evidentes para que no se reconozca la necesidad, la urgencia, de un faro nuevo que pueda salvar al mundo en peligro.

Otrora, cuando el mundo pagano, minado por la más completa desmoralización, tambaleaba en su base, en todas partes las voces proféticas anunciaron el advenimiento próximo de un redentor. ¡Oh! ¡Espíritas! ¿Acaso vosotros no escucháis desde hace algunos años esas mismas voces proféticas? ¡Ah! Sé que ninguno de vosotros las olvida. ¡Pues bien! No os quepa duda de que los tiempos han llegado, y exclamad juntos, como antaño en Judea: “¡Gloria a Dios en las Alturas!”

ERASTO

* * *

Las épocas de transición en la humanidad

(Sociedad Espírita de París, 19 de junio de 1863.

Médium: señor Alfred Didier.)

Los siglos de transición en la historia de la humanidad se parecen a vastas planicies repletas de monumentos sembrados

confusamente, sin armonía. Pero la armonía más pura, la más justa, existe en los detalles y no en el conjunto. Los siglos abandonados por la fe y la esperanza son páginas sombrías en las que la humanidad, horadada por la duda, se debilitaba sordamente en sus civilizaciones refinadas, hasta que una reacción frecuentemente las arrastraba, para reemplazarlas con otras civilizaciones. En nuestra época, los investigadores del pensamiento, más que los científicos, ahondan con un eclecticismo racional en esas misteriosas concatenaciones de la historia, esas tinieblas y esa uniformidad arrojadas como oscuras y espesas nubes sobre civilizaciones no hace mucho vivaces y fértiles. ¡Extraño destino de los pueblos! A poco del nacimiento del cristianismo, en las ciudades más opulentas, sede de los mayores obispados de Oriente y de Occidente, comenzaron los estragos de la decadencia. En el centro mismo de la civilización, del esplendor intelectual de las artes, las ciencias, la literatura y las enseñanzas sublimes de Cristo, comenzaron la confusión de las ideas, las disensiones religiosas. En la cuna misma de la Iglesia romana, orgullosa y envanecida por la sangre de los mártires, la herejía engendrada por los dogmas supersticiosos y las jerarquías eclesiásticas se deslizó como una serpiente inminente, para morder a la humanidad en el corazón e infiltrarle en sus venas, en medio de los desórdenes políticos y sociales, el más terrible y profundo de todos los flagelos: la duda. Esta vez la caída es inmensa. La indolencia religiosa de los sacerdotes, aliada con los fanáticos heresiarcas, le quita fuerza a la política, amor al país, y la Iglesia de Cristo se torna humana, pero ya no humanitaria. Creo que aquí es inútil insistir en los vínculos espantosos de aquella época con la nuestra. Viviendo a la vez con las tradiciones del cristianismo y con la esperanza del porvenir, las mismas conmociones

afectan nuestra vieja civilización, las mismas ideas se compar-
ten, la misma duda atormenta a la humanidad: señales pre-
cursoras de la renovación social y moral que se avecinan. ¡Ah!
¡Orad, espíritas! Vuestra época atormentada y blasfema es una
ruda época, y los Espíritus vienen a instruiros y alentaros.

LAMENNAIS

* * *

Acerca de las comunicaciones de los Espíritus

(Grupo espírita de Sétif, Argelia.)

A menudo os extraña ver facultades mediúmnicas, tan-
to físicas como morales —que según vosotros deberían ser la
prueba de un mérito personal—, en posesión de personas cuyo
carácter moral no merece tal favor. Esto se debe a la falsa idea
que os formáis acerca de las leyes que rigen esas cuestiones, y
que pretendéis considerar invariables. Lo invariable es el ob-
jetivo, porque los medios varían hasta lo infinito, para que
vuestra libertad sea respetada. Esta persona posee una facultad
específica, mientras que aquella posee otra. Esta persona es
impulsada por el orgullo, mientras que aquella se deja llevar
por la codicia, y una tercera por la fraternidad. Dios emplea
las facultades y las pasiones de cada uno, y las utiliza en el ám-
bito de cada uno, y del propio mal hace que surja el bien. Los
actos del hombre, que os parecen tan importantes, no signifi-
can nada para Dios, dado que el mérito o el demérito radican
para Él en la intención. Así pues, dichoso de aquel que se deja
guiar por el amor fraternal. La Providencia no creó el mal:
todo fue hecho con miras al bien. El mal solo existe debido
a la ignorancia del hombre, y porque este emplea de manera

incorrecta las pasiones, las tendencias, los instintos que adquirió mediante el contacto con la materia. ¡Gran Dios! Cuando le hayas inspirado la sabiduría de imprimir la dirección correcta a ese poderoso móvil que es la pasión, ¡cuántos males desaparecerán! ¡Cuánto bien resultará de esa fuerza de la que ahora solo conoce el lado malo, que es obra suya! ¡Oh! ¡Amigos míos, continuad ardientemente vuestra obra, para que la humanidad vislumbre por fin el camino que debe seguir para alcanzar la dicha que le espera en este mundo!

No os extrañéis si las comunicaciones que os transmiten los Espíritus elevados, sobre la base de la moral del Salvador —que ellos os confirman y desarrollan—, presentan tantos puntos de contacto y similitudes con los misterios de la Antigüedad. Ocurre que los antiguos intuían las cosas del mundo invisible, así como lo que habría de ocurrir, y la misión de muchos de ellos consistió en preparar los caminos. Observad y estudiad con cuidado las comunicaciones que recibís; aceptad lo que vuestra razón no rechaza; rechazad lo que le afecta; solicitad aclaraciones respecto de lo que os despierta dudas. En eso radica el camino a seguir para que transmitáis a las generaciones futuras, sin temor a que se desvirtúen, las verdades que separáis sin esfuerzo de su inevitable cortejo de errores.

Trabajad, sed útiles para vuestros hermanos y para vosotros mismos. Apenas podéis prever la dicha que el futuro os reserva mediante la contemplación de vuestra obra.

SAN AGUSTÍN

Observación. Este mensaje fue obtenido por un joven médium sonámbulo, analfabeto. Nos lo remitió el señor Dumas, comerciante de Sétif, miembro de la Sociedad Espírita

de París, quien nos informa que el sujeto no comprendía el significado de la mayoría de las palabras, y registra los nombres de diez personas notables que asistieron a la sesión. Los médiums analfabetos que reciben comunicaciones superiores a su alcance intelectual son muy numerosos. Acaban de mostrarnos una página realmente notable, obtenida en Lyon por una mujer que no sabe leer ni escribir, y que no entiende una sola palabra de lo que escribe. Su marido, que no sabe mucho más que ella, lo descifra de inmediato, por intuición, pero al día siguiente le resulta imposible. El resto de las personas puede leerlo sin mayor dificultad. ¿No es esta la aplicación de las palabras de Cristo: “Vuestras mujeres y vuestros hijos profetizarán y harán prodigios”? ¿No es un prodigio escribir, pintar, dibujar, hacer música y poesía sin saberlo? ¿Vosotros pedíais pruebas materiales? Aquí las tenéis. Los incrédulos dirán que se trata de un efecto de la imaginación. En tal caso, habría que convenir en que esas personas tienen la imaginación en la mano y no en el cerebro. Reiteramos que una teoría solo es buena con la condición de que explique todos los hechos. Si un solo hecho la contradice, es falsa o está incompleta.

ALLAN KARDEC

* * *

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 8

Agosto de 1863

Jean Reynaud y los precursores del espiritismo

Acabamos de dejar algunas flores sobre la tumba recientemente cerrada de un hombre recomendable tanto por su saber como por sus eminentes cualidades morales, y a quien –cosa rara– todos los partidos coinciden en hacerle justicia.

Jean Reynaud nació en Lyon, en febrero de 1808, y murió en París, el 28 de junio de 1863. No podríamos transmitir una idea más justa de su carácter de otro modo que no fuera reproduciendo la breve y conmovedora noticia necrológica que su amigo, el señor Ernest Legouvé, publicó en *Le Siècle* del 30 de junio de 1863.

“La democracia, la filosofía y –no temo decirlo– la religión, acaban de sufrir una pérdida inmensa: Jean Reynaud murió ayer como consecuencia de una breve enfermedad. Sea cual fuere el punto de vista desde el que se juzguen sus doctrinas, tanto su obra como su vida han sido eminentemente religiosas. Porque su vida, tanto como su obra, ha sido una

de las protestas más elocuentes contra el gran flagelo que nos amenaza: el escepticismo en todas sus formas. Nadie más que él creyó tan enérgicamente en la personalidad divina; nadie más que él creyó tan enérgicamente en la personalidad humana; nadie más que él amó tan ardientemente la libertad. El libro *Terre et Ciel* [*Tierra y Cielo*], que desde el principio abrió un surco tan profundo, y cuya huella habrá de grabarse cada vez más, respira un sentimiento tan intenso de lo infinito y de la presencia divina, que no se puede negar que Dios palpita en cada una de sus páginas. ¡Cómo podría ser de otro modo, toda vez que el autor de esas páginas vivía constantemente en presencia de Dios! Esto lo sabemos bien quienes lo hemos conocido y amado, y para quienes el más preciado honor consiste en haber sido amados por un hombre como él. Era una fuente de vida moral que brotaba sin cesar. Nadie podía acercarse a él sin afirmarse cada vez más en el bien. Su rostro era de por sí una lección de rectitud, de honor y devoción. Las almas caídas se perturbaban ante esa mirada clara, como si la propia justicia las observara. ¡Todo esto se ha ido! ¡Partió en la plenitud de su fuerza, cuando tan valiosas palabras, tan grandes ejemplos, no dejaban de salir de su boca, de su corazón...! ¡No lloramos a Reynaud por nosotros solamente, sino que lo lloramos por nuestro país entero!”

E. LEGOUVÉ

El señor Henri Martin, en el mismo periódico del 16 de julio, presentó elementos circunstanciados acerca de la vida y las obras de Jean Reynaud: “Criado en la libertad del campo por una madre de alma fuerte y tierna, adquirió respecto de la naturaleza esos hábitos de intimidad que nunca lo abando-

naron, y dio forma a esos órganos robustos con los que más tarde recorrería veinte leguas sin el menor esfuerzo, pasando de un glaciar a otro, de una cumbre a otra de los Alpes, por estrechas cornisas en las que ni siquiera se aventuran los cazadores de gamuzas. Sus estudios fueron rápidos y fecundos, y si bien desde muy joven manifestó el más intenso gusto por las letras y por todas las formas de la belleza, desde el principio se inclinó hacia las ciencias: dichosa dirección que habría de proporcionarle los alimentos y las herramientas de su pensamiento, para convertir al científico en un valioso servidor del filósofo. Egresado entre los mejores de la Escuela Politécnica, se desempeñaba como ingeniero de minas en Córcega cuando se produjo la revolución de julio. Regresó a París, donde el sansimonismo acababa de irrumpir, de modo que se involucró en ese importante y singular movimiento, cuyo dogma de la perfectibilidad del género humano atraía tantas jóvenes inteligencias. No obstante, esa escuela pretendía convertirse en una *iglesia*. Jean Reynaud no estuvo de acuerdo, y cambió el sansimonismo por la democracia. Trató de reconstruir un grupo y un centro de acción intelectual con los amigos que también se habían apartado. Pierre Leroux, Carnot y él, retomaron, de la mano de Julien (de París), la *Revista Enciclopédica* [*Revue Encyclopédique*]. Pierre Leroux publicó en esa revista su notable *Ensayo sobre la doctrina del progreso continuo* [*Essai sur la doctrine du progrès continu*]; y Jean Reynaud, el destacado fragmento *La infinidad de los cielos* [*L'infinité des cieux*], germen de su gran libro *Terre et Ciel* [*Tierra y Cielo*]. Luego, con Pierre Leroux, fundó la *Enciclopedia Nueva* [*Encyclopédie Nouvelle*], una obra inmensa que quedó inconclusa. El 24 de febrero, el filósofo abandonó sus apacibles trabajos para dedicarse a la política activa. Fue Presidente de la Comi-

sión de Altos Estudios Científicos y Literarios; luego, como Subsecretario de estado en el Ministerio de la Instrucción Pública, elaboró, con el ministro Carnot –uno de sus más viejos y constantes amigos– los planes destinados a poner la instrucción pública al nivel de las instituciones democráticas. De la instrucción pública, Jean Reynaud se transfirió al Consejo de Estado, donde rápidamente se granjeó una autoridad que procedía tanto de su carácter como de sus luces y, si bien su paso por ese Consejo fue breve, dejó en la memoria de los hombres más eminentes una impresión imborrable”.

De todos los escritos de Jean Reynaud, el que más contribuyó a su popularidad es sin duda su libro *Terre et Ciel* [*Tierra y Cielo*], a pesar de que la forma abstracta del lenguaje no lo pone al alcance de todo el mundo. Sin embargo, la profundidad de las ideas y la lógica de las deducciones permitieron que el autor se ganara el aprecio de los pensadores serios, además de ubicarlo en primer lugar entre los filósofos espiritualistas. La Iglesia consideró que esta obra era un peligro para la ortodoxia de la fe, de modo que el tribunal de Roma la condenó y la incluyó en el *Index*, con lo cual incrementó más aún su crédito y la avidez con que se la procuraba. En la época en que apareció esta obra, hacia 1840, todavía no se hacía referencia a los Espíritus, aunque Jean Reynaud parece haber tenido, como tantos otros escritores modernos, la intuición y el presentimiento del espiritismo, del que fue uno de sus más elocuentes precursores. Al igual que Charles Fourier, admite el progreso indefinido del alma y, como consecuencia de ese progreso, la necesidad de la pluralidad de las existencias, demostrada mediante los diversos estados del hombre en la Tierra.

Jean Reynaud no había visto nada; todo lo extrajo de su profunda intuición. El espiritismo vio lo que el filósofo ape-

nas había presentado, de modo que agregó la sanción de la experiencia a la teoría puramente especulativa, y la experiencia le permitió naturalmente descubrir detalles que la imaginación no podía entrever por sí misma, pero que completan y corroboran los puntos fundamentales. Al igual que todas las grandes ideas que han revolucionado el mundo, el espiritismo no apareció súbitamente; germinó en más de un cerebro; se mostró aquí y allá, poco a poco, como para que los hombres se habituaran a esa idea. Una aparición brusca y completa habría encontrado una resistencia demasiado fuerte: habría deslumbrado sin convencer. Además, cada cosa debe llegar en el momento oportuno, y cada planta debe germinar y crecer antes de que alcance su pleno desarrollo. Lo mismo ocurre en la política: no existe ninguna revolución que no se haya elaborado durante mucho tiempo, y es casi seguro que toda persona que, guiada por la experiencia y el estudio del pasado, siga atentamente esos preparativos, podrá prever su desenlace sin necesidad de ser profeta. De tal modo, los principios del espiritismo moderno se han mostrado parcialmente y con diversos aspectos en varias épocas: en el siglo pasado, a través de Swedenborg; a comienzos de este siglo, en la doctrina de los teósofos, quienes admitían claramente las comunicaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; en Charles Fourier, que admite el progreso del alma a través de la reencarnación; en Jean Reynaud, que admite el mismo principio y sondea lo infinito con la ciencia en la mano; también, hace unos doce años, en las manifestaciones americanas, que tuvieron una repercusión tan importante y llegaron para demostrar las relaciones materiales entre los muertos y los vivos; finalmente, en la filosofía espírita, que reunió esos diversos elementos en un cuerpo de doctrina y dedujo sus consecuen-

cias morales. ¿Quién hubiera dicho, cuando se ocupaban de las mesas giratorias, que de ese entretenimiento surgiría una filosofía? Cuando esa filosofía apareció, ¿quién hubiera dicho que en pocos años daría la vuelta al mundo y conquistaría millones de adherentes? En la actualidad, ¿quién podría afirmar que esa filosofía ha dicho su última palabra? No la ha dicho, por cierto. Si bien se han establecido sus bases fundamentales, todavía hay muchos detalles que dilucidar, y que llegarán en el momento oportuno. Además, cuanto más se avanza, más se observan los múltiples intereses a los que esa filosofía afecta, pues podemos decir sin exageración que se relaciona con todas las cuestiones del orden social. Por lo tanto, solo el futuro puede desarrollar todas sus consecuencias; o, mejor dicho, esas consecuencias se desplegarán por sí mismas inevitablemente, porque en el espiritismo se encuentra lo que inútilmente se ha buscado en otra parte. Por eso mismo, se llegará a reconocer que solo él puede llenar el vacío moral que a diario se genera en torno al hombre, vacío que amenaza la base misma de la sociedad, y que comienza a estremecerla. En el momento oportuno, el espiritismo será el áncora de salvación; pero no hacía falta que llegara ese momento para lanzar la cuerda, como tampoco se espera la época de la cosecha para sembrar. La Providencia, en su sabiduría, prepara las cosas durante mucho tiempo; por eso, como hemos dicho, la idea madre tiene varios precursores que abrieron el camino y prepararon el terreno para recibir la simiente, algunos en una dirección; otros, en otra; y un día se reconocerá a través de cuántos senderos esas ideas parciales se conectan con la idea fundamental. Ahora bien, dado que cada una de esas ideas tiene sus partidarios, de ahí resulta que en ellos hay una predisposición natural a aceptar el complemento de la idea, pues

cada una de esas teorías desbrozó una parte del terreno. No cabe duda de que ahí radica una de las causas de la propagación del espiritismo, que se asemeja a un prodigio, y de la que no se registra ningún ejemplo en la historia de las doctrinas filosóficas. Actualmente, sus adversarios se asombran ante la resistencia que ofrece a sus ataques; más adelante, deberán ceder ante el poder de la opinión pública.

Entre los precursores del espiritismo, también debemos incluir una infinidad de escritores contemporáneos, cuyas obras están repletas —tal vez sin que ellos lo sepan— de ideas espíritas. Tendríamos que reunir varios volúmenes si quisiéramos compilar los innumerables pasajes en los que se alude más o menos directamente a la preexistencia y la supervivencia del alma, a su presencia entre los vivos, a sus manifestaciones, a sus peregrinaciones a través de los mundos progresivos, a la pluralidad de sus existencias, etc. En caso de que, por parte de algunos autores, solo se trate del fruto de su imaginación, la idea no deja de infiltrarse en el espíritu de las masas, para mantenerse latente en él hasta que se demuestre su realidad. ¿Acaso existe una idea más espírita que la contenida en la carta del señor Victor Hugo acerca de la muerte de la señora de Lamartine, y que la mayoría de los periódicos han aclamado con entusiasmo, incluidos los que más critican la creencia en los Espíritus? Esta es la carta, que dice mucho en pocas líneas:

“Hauteville-House, 23 de mayo.

”Querido Lamartine:

”Un gran pesar os aflige. Necesito poner mi corazón cerca del vuestro. Yo veneraba a la que amasteis. Vuestro elevado espíritu ve más allá del horizonte; percibís claramente la vida futura.

”No hace falta decirlo que tenzáis esperanza. Sois de los que saben y esperan.

”Ella sigue siendo vuestra compañera, ahora invisible, *pero presente*. Habéis perdido a la mujer, pero no al alma. Querido amigo, vivamos en los muertos”.

VICTOR HUGO

No se trata solamente de escritores aislados, que siembran algunas ideas aquí y allá, pues la propia ciencia prepara el camino. El magnetismo ha sido el primer paso hacia el conocimiento de la acción periespiritual, que es la fuente de todos los fenómenos espíritas. El sonambulismo ha sido la primera manifestación del aislamiento del alma. La frenología demostró que el organismo cerebral es un teclado al servicio del principio inteligente, para que se expresen las diversas facultades. Contrariamente a la intención de Gall, su fundador, que era materialista, la frenología sirvió para demostrar la independencia del Espíritu respecto de la materia. La homeopatía, al demostrar el poder de acción de la materia espiritualizada, se suma al importante rol que juega el periespíritu en algunas afecciones; ataca el mal en su propio origen, que se encuentra más allá del organismo, cuya alteración no es sino consecutiva. Tal es la razón por la cual la homeopatía triunfa en una infinidad de casos en los que la medicina ordinaria fracasa: más que esta, toma en cuenta el elemento espiritualista, tan preponderante en la economía del organismo, lo que explica la facilidad con la cual los médicos homeópatas aceptan el espiritismo, y por qué la mayor parte de los médicos espíritas pertenecen a la escuela de Hahnemann. De tal modo, incluso con los recientes descubrimientos acerca de las propiedades

de la electricidad, no hay ciencia que no aporte su contingente a la cuestión que nos ocupa, y que no eche luz sobre eso que podríamos denominar la fisiología de los Espíritus.

No terminaríamos más si nos propusiéramos analizar todas las circunstancias, grandes o pequeñas, que desde hace medio siglo abren camino a la filosofía nueva. Veríamos que las doctrinas más contradictorias provocan el desarrollo de esta idea, y que incluso los acontecimientos políticos preparan su introducción en la vida práctica. No obstante, entre todas las causas, la más preponderante es la Iglesia, que parece fatalmente predestinada a darle impulso.

Todo acude en ayuda del espiritismo, y si se conociera la innumerable cantidad de documentos que nos llegan desde todas partes; si se pudiera seguir —como nosotros podemos hacerlo— su avance providencial a través del mundo, favorecido por los acontecimientos más inesperados, y que a primera vista parecen contradecirlo, se comprendería mejor aún cuán irresistible es, y a muchos les asombraría menos nuestra impasibilidad. Ocurre que nosotros vemos al mundo entero trabajando para él, de buen grado o por la fuerza, voluntaria o involuntariamente. Ocurre que nosotros vemos el objetivo, y que sabemos cuándo y cómo será alcanzado. Vemos el conjunto que avanza, y por eso nos preocupan poco algunas individualidades que van a contramano.

Jean Reynaud fue, pues, un precursor del espiritismo a través de sus escritos. Él también tenía una misión providencial y debía abrir un surco, que lo favorecerá también después de la muerte. Respecto de este suceso, un eminente Espíritu ha brindado la siguiente apreciación:

“Esta es una circunstancia más que habrá de resultar en provecho del espiritismo. Jean Reynaud cumplió con su de-

ber en esta última existencia. Se hablará de su muerte, de su vida y, más que nunca, de sus obras. Ahora bien, hablar de esas obras implica poner un pie en el camino del espiritismo. Muchas inteligencias aprenderán nuestra creencia estudiando a ese filósofo que es una autoridad. Se lo comparará, y se verá que no estáis tan locos como afirman los que se burlan de vosotros y de vuestra fe. Creedme que todo lo que Dios hace, está bien hecho. Lo alabarán vuestros propios detractores, y sabéis que ellos son los que, sin proponérselo, se esfuerzan más que nadie para que tengáis adeptos. Dejad que hagan, dejad que griten, pues todo ocurrirá conforme a la voluntad de Dios. Un poco más de paciencia, y la élite de los hombres inteligentes y sabios se unirá a vosotros, de modo que, ante algunas adhesiones ostensibles, la crítica deberá bajar la voz”.

SAN AGUSTÍN

Nota. Véanse, más adelante, en la sección *disertaciones es-
píritas*, algunas comunicaciones de Jean Reynaud.

Ideas espíritas en diferentes escritores

Extraído del *Voyage en Orient*,
por el señor DE LAMARTINE

“¡Oh! Ese es otro tema —le dije—. Nadie mejor que yo sufre y llora por el llanto universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades. Nadie confiesa más alto que yo los enormes abusos sociales, políticos y religiosos. Nadie desea ni espera más que yo una reparación por esos males intolerables de la

humanidad. Nadie más que yo está convencido de que ese reparador solo puede ser divino. Si a eso lo llamáis esperar a un mesías, yo lo espero como vos, y más que vos ansío su pronta aparición. Como vos, y más que vos, observo en las creencias socavadas del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazón, en la depravación de su estado social, en los temblores repetidos de sus instituciones políticas, los síntomas de una perturbación y, por consiguiente, de una próxima e inminente renovación. Creo que Dios se muestra siempre en el momento preciso en que todo lo humano resulta insuficiente, cuando el hombre confiesa que no puede hacer nada por sí mismo. El mundo está en eso. Creo, pues, en un mesías. No veo que el Cristo ya no tenga nada más para ofrecernos en sabiduría, en virtud y en verdad. Veo aquello que el Cristo anunció que habría de venir después de él: ese Espíritu Santo que permanece activo, que asiste al hombre y le revela, según los tiempos y las necesidades, lo que debe hacer y saber. Poco importa que ese Espíritu divino se encarne en un hombre o en una doctrina, en un hecho o en una idea, pues siempre será él, hombre o doctrina, hecho o idea. Creo en él, pongo mi esperanza en él, lo aguardo y, más que vos, señora mía, ¡lo invoco! Ya veis, pues, que podemos entendernos y que nuestras estrellas no son tan divergentes como podríais suponer a partir de esta conversación.” (Volumen I, página 176.)

“La imaginación del hombre es más real de lo que se piensa. No siempre construye con sueños, pues procede mediante asimilaciones instintivas de cosas y de imágenes que le brindan resultados más seguros y evidentes que la ciencia y la lógica. Excepto los valles del Líbano, las ruinas de Baalbek, las riberas del Bósforo en Constantinopla, y el primer aspecto de Damasco, desde lo alto del Antilíbano, nunca encontré un

lugar, una cosa, cuya primera imagen no fuera para mí como un recuerdo.

”¿Habremos vivido dos veces o mil veces? Nuestra memoria, ¿no será sino un espejo empañado, que Dios reaviva con su soplo? ¿O no será que tenemos en nuestra imaginación el poder de presentir y de ver antes de que veamos realmente? ¡Cuestiones insolubles!” (Volumen I, página 327.)

Observación. En nuestro artículo anterior sobre los precursores del espiritismo, dijimos que en muchos autores se encuentran esparcidos los elementos de dicha doctrina. Estos fragmentos son demasiado claros para que resulte necesario explicar su contenido.

Por el hecho de que hombres eminentes, como el señor Lamartine y otros, expongan ideas espíritas en sus escritos, ¿debe seguirse de ahí que adopten francamente el espiritismo? No; porque la mayoría no lo ha estudiado o, si algunos de ellos lo hicieron, no se atreven a relacionar con esta nueva bandera sus nombres conocidos. Por otra parte, su convicción es parcial, y a menudo la idea no es para ellos más que un resplandor que parte de una vaga intuición no formulada, no asentada en sus mentes. De tal modo, pueden retroceder ante el conjunto, algunas de cuyas partes podrían ofuscarlos o incluso asustarlos. Para nosotros, no deja de ser un indicio del presentimiento de la idea general, que germina parcialmente en los cerebros de élite, y eso basta para que algunos adversarios comprueben que esas ideas no se encuentran tan desprovistas de sentido como pretenden, pues son compartidas por los propios hombres cuya superioridad reconocen. Si se reunieran y coordinaran las ideas parciales de cada uno,

sin duda se llegaría a constituir la doctrina espírita completa, según los hombres más eminentes y acreditados.

Agradecemos a nuestro abonado de Joinville que tuvo la amabilidad de remitirnos los dos pasajes transcritos, y siempre estaremos muy reconocidos a las personas que, como él, compartan con nosotros el fruto de sus lecturas.

Nota. Aprovechamos esta oportunidad para agradecer a la persona que nos ha enviado el opúsculo titulado *Dissertation sur le déluge* [*Disertación sobre el diluvio*]. Dado que ese envío no vino acompañado de ninguna carta, no podemos agradecerle directamente. Una lectura superficial de ese opúsculo nos ha convencido de que el muy original sistema del autor se contradice con los datos más elementales y positivos de la ciencia geológica, que —más allá de lo que diga— tiene su valor. Así pues, sería fácil refutar su teoría con observaciones al menos tan rigurosas como las suyas.

Destino del hombre en los dos mundos

Por Hippolyte Renaud,
exalumno de la Escuela Politécnica³³.

La Presse, del 27 de julio de 1862, publicó respecto de esta obra una reseña en la que se alude de una manera tan directa a la doctrina espírita, que nuestros lectores nos agradecerán por reproducirla. Nosotros mismos habríamos podido hacer

33. Un volumen, in-18. Precio: 2 francos; Ledoyen, Palais Royal. No confundir con Jean Reynaud. (N. de Allan Kardec.)

un análisis de esta obra, pero preferimos el de una persona desinteresada en la cuestión, de modo que nos limitaremos a sumarle algunas consideraciones.

“¿Qué puede ser más atractivo para el espíritu —dice el redactor—, y más refrescante para el alma, que descubrir en la hora actual un hombre de fe sincera, ingenua y profunda, un hombre que cree, pero que también razona, y razona sin prejuicios para buscar la verdad en la luz de su conciencia? Ese hombre es el señor Renaud. En él, las matemáticas y la ciencia no han aniquilado el sentimiento ni perturbado las fuentes misteriosas que nos vinculan a lo infinito a través de la fe. El señor Renaud es un firme creyente, convencido, e incluso un excelente cristiano, aunque por otra parte sea un mal católico, acusación de la que no se defiende, sino todo lo contrario.

”Su razón, no menos esclarecida que su amoroso corazón, hace que arroje muy lejos la idea de un Dios vengador, celoso y enojado, de un Dios que habría elegido la cólera para reunir a la criatura con su creador, de un Dios que castiga al hijo por la falta de su padre, algo inicuo para la justicia humana.

”El Dios del señor Renaud es un Dios de luz y amor. La armonía de su obra infinita manifiesta su omnipotencia y su bondad. El hombre no es su víctima, sino su colaborador, aunque en una parte mínima, pero gloriosa y acorde a sus fuerzas. En tal caso, ¿a qué se debe el mal y cómo se lo explica? El mal no se debe a una caída primitiva que habría modificado las condiciones de la vida humana, sino que su causa radica en el incumplimiento de la ley de Dios y en la desobediencia del hombre que utiliza de manera incorrecta su libre albedrío. Nos habría resultado más claro que el señor Renaud nos dijera simplemente que el hombre comienza por el instinto, y que solo gradualmente puede desarrollar sus sentimientos

superiores y su inteligencia. El hombre especie, como todos los seres vivos, no puede alcanzar de inmediato la plenitud de su ser. Recorre evoluciones sucesivas y normales. Su infancia social se caracteriza por el predominio de los instintos, que son la causa de la ignorancia, la miseria y la brutalidad. A medida que se eleva en la vida, se desprende poco a poco del fango de las etapas primitivas. La inteligencia crece, los sentimientos toman fuerza, y comienza a humanizarse. Cuanto más comprende, más se vincula a la ley; se torna más religioso y participa en la armonía general. El sufrimiento es una advertencia, un estímulo para que se libere del mal, para que se aleje de la sombra y avance hacia la luz. Cuanto más avanza, más se horroriza ante el mundo de los instintos, de las luchas, de la violencia y la guerra. Cuanto más observa y comprende, mejor aspira al mundo de la paz y del orden, al imperio de la razón, al reino de los sentimientos elevados, que constituyen la dignidad y la señal sagrada de su especie.

”De ahí resulta que, gracias a la ciencia, a la industria, al progreso incesante de la sociabilidad, el género humano tiende a constituirse como el rey, o bien, si se prefiere un término menos ambicioso, como el gerente de su mundo. Pero después, y admitiendo por un momento esta hipótesis que, a decir verdad, parece ser cada día más cierta, ¿permanecerá siempre insatisfecho ese deseo del hombre, que no puede detenerse y limitarse al presente, por magnífico que sea?

”Al fin y al cabo, ¿de qué me sirve vuestra dicha material y terrestre, si me deja el alma vacía y alterada? Uno se siente presa de un supremo hastío y de un gran malestar en presencia de esa dicha que dura tan poco.

”Eso es cierto —responde el señor Renaud—, y aquí triunfa. Iluminado por la ciencia, su fe robusta en los destinos eternos

del hombre le muestra un porvenir infinito pleno de actividad consciente y de alegrías paradisíacas.

”Ante el despertar inicial de su pensamiento, ante las primeras emociones de su alma, el hombre eleva la mirada al cielo, interroga sus profundidades infinitas y busca cuál puede ser su relación con el universo que vislumbra. Esta existencia terrestre, tan breve y a menudo tan triste, no le basta. Siente que forma parte de lo infinito, y a toda costa quiere encontrar su lugar en él. El hombre siente horror a la nada, como la naturaleza siente horror al vacío. Antes que mantenerse sin un ideal, se abrazará ciegamente a las creencias más extrañas. A eso se deben tantas concepciones paradisíacas más o menos delirantes, pero que cubren esa necesidad absoluta y fundamental de sentirse vinculado a lo infinito, con la certeza de la inmortalidad.

”Conocemos el paraíso de los budistas, los Campos Elíseos de los griegos, el paraíso de los salvajes, con sus bosques y sus prados repletos de caza, el Paraíso de Mahoma, con sus delicias materiales y sus huríes inmaculadas. Por su parte, el Paraíso católico, que pone a la humanidad en un estado de beatitud contemplativa infinita, es una concepción acorde a las épocas crueles en las que el trabajo es una pena y un castigo, y en las que el sufrimiento general es tan intenso que la resignación en este mundo y el descanso en el otro parecen la soberana sabiduría y el ideal más elevado. Pero es evidente que esta hipótesis se contradice por completo con las nociones más simples y claras de la existencia. Vivir es ser; ser es obrar con todo el poder de las facultades y de la energía vital. Vivir es anhelar y transformarse continuamente.

”La metempsicosis de Pitágoras, aunque respete la idea de actividad, es incompleta en el sentido de que limita la trans-

formación a pasajes por organismos vivos en la superficie de la Tierra, y no toma en cuenta la ley del progreso ascendente que gobierna todas las cosas.

”Según el señor Renaud, solo hay una manera racional de considerar la cuestión de la inmortalidad. En primer lugar, el autor rechaza la idea de que, luego de una estancia en el mundo visible, como lugar de prueba, el hombre se mantendría en el mundo invisible, en el Paraíso, en un estado de beatitud contemplativa y más que desentendido de sus semejantes y de su obra terrestre. ¡Qué clase de elegidos y qué clase de vivos son esos seres despojados de todo deseo y de toda aspiración, de toda actividad fecunda, de todo interés por su pasado y sus semejantes, por el universo infinito en el que han trabajado, sentido y pensado...!

”El señor Renaud rechaza también la hipótesis de una serie indefinida de existencias, ya sea en la Tierra o bien en otros mundos. Ese tipo de inmortalidad ya cuenta con una gran ventaja sobre la primera idea, ya que abre un campo ilimitado para la actividad humana. Los señores Jean Reynaud, Pierre Leroux, Henri Martin, Lamennais, adhieren en mayor o menor medida a esa idea. No obstante, hay un punto fundamental que socaba sus bases: la ausencia de la memoria. ¿De qué me sirve una inmortalidad de la que no tengo conciencia y que solo Dios conoce? Para que mi inmortalidad sea real, es necesario que, en una vida diferente de mi vida actual, conserve el recuerdo de mis existencias anteriores, tenga conciencia de la continuidad y de la identidad de mi ser. Solo en esas condiciones soy verdaderamente inmortal, participo de lo infinito y soy consciente de mi función en el universo. Solo conocemos nuestro ser mediante sus manifestaciones, pues su esencia virtual se nos escapa. Por lo tanto, ¿en qué repugnaría

a nuestra razón el hecho de admitir que nuestro ser, cuya persistencia constatamos en este mundo mediante sus incesantes modificaciones, persistiera eternamente? Apenas cambia de forma y de órganos según el medio que atraviesa en sus encarnaciones sucesivas.

”De este modo, el señor Renaud llega a exponer su idea, que satisface esa condición esencial, conserva la memoria, y además se corresponde con la justicia y con la omnipotente bondad de Dios.

”En el universo no hay vacío, como tampoco existe la nada. Ahora bien, si el mundo visible está en todas partes, el mundo invisible no está en ninguna parte —dice lógicamente el señor Renaud—, salvo que también esté en todas partes.

”En esta Tierra, el hombre tiene dos estados diferentes. Durante la *vigilia*, por lo general recuerda todos sus actos y tiene conciencia de sí mismo; durante el *sueño*, pierde la memoria y la conciencia. Entonces, ¿por qué no tendría el hombre dos modos de existencia distintos, vinculados siempre entre ellos, siempre unidos a la vida de la especie y del planeta? En primer lugar, tendría la existencia que conocemos aquí; luego, otra existencia de un orden más elevado, en la que el individuo se organiza y encarna en medio de los fluidos imponderables, participa de una manera más amplia y extendida de la vida de nuestro torbellino, conserva entonces la memoria de sus existencias anteriores y posee plena conciencia de su rol y de su función en el universo. La existencia mundana o visible se relacionaría con el sueño, y la existencia transmundana o etérea sería análoga a la vigilia.

En esta hipótesis, la solidaridad del género humano, en sus generaciones presentes y futuras, se nos presenta completa y entera. Cada uno de nosotros ha vivido, vive y vivirá en di-

ferentes épocas de la vida de la especie en esta Tierra, y en su doble modo visible e invisible. Cada uno de nosotros nace en ella y de ella sale, según la ley de número, pesos y medidas que preside la armonía de los mundos. Nuestras diversas alternaciones se cuentan como los días y las estaciones. Cada uno de nosotros renace en la Tierra, ocupa su lugar en la especie y su función en el trabajo general, conforme a su valor y según la ley del orden universal. Tal vez cada uno de nosotros pase por los diversos estados y las diversas funciones que nos presenta el conjunto de la especie. No cabe duda de que la más absoluta justicia preside esas transformaciones, como el orden más armonioso brilla en la eterna creación, en las variadas combinaciones que caracterizan a todo organismo y a todo ser vivo. Renecemos a la vida etérea y de ella salimos con las mismas condiciones de orden y de armonía.

”Tal es la idea del señor Renaud, que no puedo exponer aquí con todo el desarrollo conveniente. Es necesario recurrir a su libro, claro, simple, rápido, en el que una fe profunda, unida a una razón no menos elevada e imparcial, mantiene al lector encantado por una teoría tan consoladora como religiosa e inmensa. La libre espontaneidad del hombre, su solidaridad íntima e incesante con sus semejantes, con el globo, con su torbellino, con el universo; su actividad cada vez más progresiva, eficaz, radiante, en armonía con las leyes divinas; una carrera infinita para su eterna aspiración; la omnipotencia y la bondad de Dios justificadas, explicadas y glorificadas; el amor como lazo entre Dios y el hombre, todo esto surge de ese pequeño libro, el más completo de todos los que han sido escritos bajo la inspiración de esta gran máxima: ‘Los deseos del hombre son las promesas de Dios’.”

E. DE POMPÉRY

Este artículo dio lugar a dos cartas, también publicadas en *La Presse*, los días 31 de julio y 5 de agosto de 1862:

“París, 29 de julio de 1862.

”Señor *Redactor*:

”Acabo de leer en *La Presse* de ayer el siguiente pasaje (artículo del señor de Pompéry acerca de la obra del señor Renaud):

” ‘El señor Renaud rechaza la hipótesis de una serie indefinida de existencias, ya sea en la Tierra o bien en otros mundos... Hipótesis a la que adhieren en mayor o menor medida los señores Jean Reynaud, Pierre Leroux, Henri Martin, Lamennais... Hay un punto fundamental que socaba sus bases: la ausencia de la memoria. ¿De qué me sirve una inmortalidad de la que no tengo conciencia y que solo Dios conoce? Para que mi inmortalidad sea real, es necesario que, en una vida diferente de mi vida actual, conserve el recuerdo de mis existencias anteriores, tenga conciencia de la continuidad y de la identidad de mi ser’.

”En mi opinión, el señor de Pompéry tiene razón: una metempsicosis indefinida y sin memoria no es la inmortalidad. No obstante, si bien tiene razón en cuanto a las ideas, se equivoca en cuanto a las personas. Entre los cuatro escritores que menciona, solo uno profesa la doctrina que combate: el señor Pierre Leroux, en su libro *L'Humanité* [*La humanidad*]. En cuanto a mí, dado que me incluye –aunque no tengo títulos para figurar junto a esos tres célebres filósofos–, debo decir que no tengo otra opinión más que la expuesta al final del párrafo por el señor de Pompéry.

”En cuanto al señor Jean Reynaud, de algún modo él hizo de esa opinión la coronación de su libro *Tierra y Cielo*, en el que presenta la ausencia de memoria como la condición de las

existencias inferiores, y la memoria recuperada y conservada para siempre como un atributo esencial de la vida superior.

”Tampoco creo que el señor Lamennais, en alguna época de su carrera, se haya inclinado de modo alguno hacia la idea de la transmigración inconsciente e indefinida, pues esa idea es muy contraria a todas sus tendencias.

”Os agradeceré, señor Redactor en jefe, que tengáis a bien aceptar esta reclamación, junto con mis saludos cordiales”.

HENRI MARTIN

“Señor *Redactor*:

”Al reseñar el libro del señor Renaud, dije que, según el autor, los señores Henri Martin, Jean Reynaud, Pierre Leroux y Lamennais, no podían —conforme a los sistemas adoptados por ellos— aceptar que el hombre conservara la memoria en sus existencias ulteriores. Eso no implica que esos filósofos no aceptaran la idea de que el hombre conserva, en sus existencias indefinidas, la identidad y la perpetuidad de su ser a través de la memoria.

”Así pues, la reclamación del señor Henri Martin sería muy justa, desde el punto de vista de su intención, y lo señalo con agrado. Resta saber ahora si el señor Renaud, al discutir los sistema de sus ilustres contradictores, no tiene razón al concluir que son inviables. Ahí radica la cuestión, de la que no puedo ocuparme. Hay que leer el debate en el libro del señor Renaud, quien, por otra parte, expresa su mayor simpatía para con esos hombres eminentes.

”Le ruego que acepte, etc.”

E. DE POMPÉRY

He aquí un debate seriamente entablado en un periódico, sin bromas ridículas y viles, sobre la cuestión de la pluralidad de las existencias: una de las bases fundamentales de la doctrina espírita, por parte de hombres cuyo valor intelectual no se podría refutar, lo cual demuestra que dicha cuestión no es tan descabellada como algunos afirman. Si se tiene a bien profundizar las ideas expuestas en el artículo del señor de Pompéry, en ellas se encontrarán las de la doctrina espírita acerca de ese punto. Para que sea completo, solo faltan las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, que no se mencionan. Tan solo mediante la fuerza del razonamiento y de la intuición, estos señores, a los que se habría podido sumar otros, como Charles Fourrier y Louis Jourdan, llegaron al punto culminante del espiritismo sin haber pasado por los grados intermedios. La única diferencia entre ellos y nosotros radica en que ellos descubrieron la cuestión por sí mismos, en tanto que a nosotros nos la revelaron los Espíritus, siendo que, para algunas personas, ahí radica su mayor equivocación.

Acción material de los Espíritus en el organismo

El siguiente hecho nos fue transmitido por el señor A. Supperchi, de Parma, miembro honorario de la Sociedad Espírita de París.

“En nuestra sesión del 23 de abril último, hice que el médium colocara su mano sobre el papel sin evocar a ningún Espíritu. Tan pronto como su mano comenzó a moverse, sintió una fuerza desconocida que lo obligó a mantener el dedo

índice levantado y rígido, en una posición del todo anormal. El dedo estaba singularmente frío. Como no pude dar cuenta de semejante rareza, pedí una explicación al Espíritu, que me respondió: ‘¡Qué desmemoriados sois! ¿No recordáis al que, en vida, escribía de ese modo? Endurecí ese dedo para daros una prueba de nuestra autenticidad y de nuestro poder’. Era el Espíritu de un hermano del médium, muerto hacía veinte años en Florencia. Se había lastimado el dedo al romper una botella mientras vertía el contenido, de tal modo que el dedo había quedado anquilosado. Adjunto un dibujo que representa la posición de la mano del médium.

”Otro médium, despechado por haber sido objeto de una merecida mistificación, se esforzaba en demostrar que los fenómenos procedían de nuestro propio espíritu, concentrado no sé de qué modo. Cierta día, en medio de una conversación, tomó maquinalmente un lápiz para trazar algunas líneas a modo de desafío; pero su mano se quedó inmóvil a pesar de todos los esfuerzos, hasta que finalmente se puso en movimiento y escribió estas palabras: ‘Nunca podrás escribir si yo no quiero’. Sorprendido, pero a la vez herido en su amor propio, volvió a tomar el lápiz, y esta vez dijo que no escribiría, para ver si ese supuesto Espíritu podría obligarlo. A pesar de tal decisión, su mano se movió rápidamente y escribió: ‘Si yo quiero, no podrás dejar de escribir’.”

En estos dos hechos, la acción del Espíritu sobre los órganos es, como vemos, por completo independiente de la voluntad. Se comprende que esa acción pueda ejercerse espontáneamente, al margen de cualquier noción de espiritismo, lo cual ha quedado demostrado a través de muchas observaciones. En el caso que nos ocupa, la acción se ejerció sobre un dedo; en otros, sobre otro órgano; y podrá manifes-

tarse con otros efectos. Asimismo, dicha acción, que en estas circunstancias fue temporaria, podría adquirir cierta duración y presentar una apariencia patológica que no existiría en la realidad, y contra la cual la terapéutica ordinaria sería ineficaz.

Ese fenómeno, considerado desde el punto de vista de las manifestaciones espíritas, ofrece una prueba notable de identidad. No cabe la menor duda de que el Espíritu, como Espíritu, no tiene el dedo anquilosado. Sin embargo, ante un médium vidente, se habría presentado con esa discapacidad, para que se lo reconociera. Al médium que no era vidente, le comunicó durante un tiempo su discapacidad. Esta también es una prueba evidente de que el Espíritu se identifica con el médium y se vale del cuerpo de este como se valdría del suyo. Cuando esa acción es provocada por un Espíritu malvado, con cierta duración, y adoptando formas más características y excéntricas, tenemos la explicación de la mayoría de los casos de subyugación corporal que se toman por locura.

El siguiente hecho, de naturaleza análoga a la del anterior, nos lo ha referido un miembro de la Sociedad de París, quien lo presencié en una ciudad de provincia.

“He visto –dice– un médium muy singular. Se trata de una mujer, joven aún, que le pide a su Espíritu familiar que le paralice la lengua, por ejemplo, y de inmediato no puede hablar de otro modo que como un mudo que se esfuerza para que lo comprendan. También le pide que junte sus manos una con otra, y el Espíritu lo hace con tanta fuerza que resulta imposible separarlas; o le pide que la mantenga pegada a su silla, hasta que le suplica que la deje en libertad. Por mi parte, le pedí al Espíritu que la duerma inmediatamente, y lo hizo: la primera vez, la médium se durmió casi de inmediato, sin el concurso de nadie. En ese estado, creí reconocer la naturaleza

de dicho Espiritu, que me pareció un obsesor, porque, cuando esta dama sufría, o al menos cuando se la veía muy agitada durante el sueño, si yo intentaba aplicarle algunos pases magnéticos para calmarla, el Espiritu la obligaba a rechazarme muy duramente. Le aconsejé a esta dama que no repitiera demasiado seguido esas experiencias.”

Por nuestra parte, le aconsejamos que se abstenga por completo, dado que tales experiencias podrían jugarle una mala pasada. Es evidente que un Espiritu bueno no se prestaría a ese tipo de cosas; convertirlas en un juego, implica someterse voluntariamente a una funesta dependencia, *moral y psíquica*, y solo Dios sabe cómo terminaría. De ahí podría resultar para la médium alguna terrible subyugación corporal, de la que le resultaría difícil —si no imposible— liberarse. Basta con que esos accidentes ocurran espontáneamente, sin que se los provoque a voluntad y con miras a satisfacer una vana curiosidad. Esas experiencias no contribuyen en absoluto al mejoramiento moral, y pueden generar graves inconvenientes. Además, se culparía por eso al espiritismo, mientras que solo habría que acusar a la imprevisión o al orgullo de los que se creen capaces de manejar a su antojo a los Espíritus malos. Quienes se jactan de desafiarlos, nunca lo hacen impunemente. No afirmamos que el Espiritu en cuestión sea intrínsecamente malo, pero lo cierto es que no puede ser elevado ni intrínsecamente bueno, y que siempre es peligroso someterse a semejante subordinación, cuyo menor inconveniente sería la neutralización del libre albedrío. Cuando el médium da acceso a los Espíritus de esa especie, es penetrado por sus fluidos, necesariamente refractarios a las influencias de los Espíritus buenos, que se apartan en caso de que el médium no se esfuerce en atraerlos buscando en el espiritismo los medios

para ser mejor. *El periespíritu, una vez penetrado por un fluido nocivo, es como un vestido impregnado con un olor acre que los más deliciosos perfumes no pueden eliminar.*

Algunas palabras más acerca de los espectros artificiales, y para el Sr. Oscar Comettant

La revista semanal de *Le Siècle*, del 12 de julio de 1863, contiene el siguiente párrafo:

“Aparte de estas importantes cuestiones, hay otras muy distintas que no debemos descuidar, como ser la tan vivificante cuestión de los espectros. ¿Habéis visto a los espectros? Desde hace unos ocho días el espectro es el único tema que anima un poco la conversación. No hay un solo teatro que no tenga sus espectros, espectros de honestos canallas que han robado, saqueado, asesinado, y que vuelven como sombras impalpables para pasearse a la medianoche en el quinto acto de un drama sólidamente armado. Ese secreto del espectro, o bien, como se dice entre bastidores, ese *truco*, que según parece se pagó tan caro a un inglés, es de una simplicidad tan elemental que todos los teatros han tenido sus espectros el mismo día, y uno más caro que el otro. Después, del teatro el espectro pasó al salón, donde entretuvo a damas y caballeros, picados como por una tarántula por esta amable espectromanía. Se trata de un divertimento que llega en el momento oportuno para explicar los prodigios, y quiero referirme sobre todo a los prodigios del espiritismo. Se habló mucho de esos

espíritas que evocan a los muertos y los muestran en privado a creyentes aterrorizados. Por nuestra parte, con la ayuda de un simple truco, podemos hacer lo mismo sin convertirnos en grandes hechiceros. Esa evocación general de los espectros asesta un golpe funesto a lo maravilloso, ahora que se ha demostrado que no es más difícil hacer que aparezcan fantasmas que personas de carne y hueso. Hasta el célebre señor Home ya debe de haber perdido el setenta y cinco por ciento de la estima de sus numerosos admiradores.

”Lo ideal se hace polvo al tocar lo real. Lo real es el truco”.

EDMOND TEXIER

Nosotros teníamos razón cuando afirmábamos, a propósito de este nuevo procedimiento fantasmagórico, que los periódicos no dejarían de hablar del espiritismo. *L'Indépendance belge* ya se había frotado las manos al exclamar: “¿Cómo saldrán de ahí los espíritas?”³⁴ Simplemente pediremos a esos señores que se informen acerca de cómo se conduce el espiritismo. Como siempre, de esos artículos surge claramente la prueba de su más absoluta ignorancia respecto del asunto que atacan. En efecto, hace falta ignorar el abecé del espiritismo para suponer que los espíritas se reúnen con el fin de hacer que aparezcan fantasmas. Ahora bien, lo más singular es que nosotros nunca hemos visto uno, ni siquiera en los teatros, a pesar de que, según estos señores, estamos sumamente interesados en la cuestión.

34. Véase, en el número de julio, el artículo “Las apariciones simuladas en el teatro”. (N. del T.)

El señor Robin, el prestidigitador citado en nuestro artículo del mes de julio, va más lejos: no solo pretende demoler el *espiritismo*, sino la propia Biblia. En su alocución cotidiana, afirma a sus espectadores que la aparición de Samuel a Saúl ocurrió mediante un procedimiento similar al suyo. No nos parece que la ciencia de la óptica estuviera tan avanzada en esa época entre los hebreos, que no se caracterizaban por ser muy científicos. En tal caso, no cabe duda de que Jesús se apareció a sus discípulos por medio de algún *truco*.

Dado que los falsos espectros no producen el resultado esperado, sin duda pronto veremos que surge alguna nueva estrategia. Durarán algún tiempo, como todo lo que apenas se propone satisfacer la curiosidad. Ese tiempo tal vez sea más corto de lo que se supone, porque las personas se cansan pronto de lo que no deja nada en el espíritu. Así pues, los teatros harán bien si los aprovechan mientras tienen el privilegio de atraer la multitud con el encanto de la novedad. Su aparición tendrá siempre la ventaja de hacer que se hable del espiritismo y se divulgue su idea. Se trata de un medio como cualquier otro para estimular a muchas personas a que conozcan la verdad.

¿Qué podríamos decir del folletín del señor Oscar Comettant, acerca del libro³⁵ del señor Home, publicado en *Le Siècle* del 15 de julio de 1863? Nada, excepto que se trata de la mejor propaganda para vender ese libro, de lo cual se beneficiará el espiritismo. Es útil que cada tanto se produzcan estos latigazos, para llamar la atención de los indiferentes. Si bien el

35. Véase la reseña que de ese libro escribe Allan Kardec en el número de septiembre. (N. del T.)

artículo no es espírita ni espiritualista, ¿será espiritoso, por lo menos? Dejamos que otros se pronuncien al respecto.

No obstante, en ese artículo hay algo bueno: el autor, como varios de sus colegas, ataca sin piedad a los que lucran con la facultad mediúmnica; condena con justa severidad los abusos que de ahí resultan, y de ese modo contribuye a desacreditarlos, ante lo cual el espiritismo serio no podría quejarse, dado que él mismo repudia cualquier explotación de ese tipo, por considerarla indigna del carácter exclusivamente moral del espiritismo, y una ofensa al respeto que se debe a los muertos. El señor Comettant se equivoca al generalizar algo que a lo sumo sería una muy rara excepción, y sobre todo al equiparar a los médiums con los prestidigitadores, con los que echan las cartas, con los que dicen la buena ventura y con los saltimbanquis, por el solo hecho de que ha visto saltimbanquis que se denominan médiums, así como hay charlatanes que se dicen médicos. Parece ignorar que hay médiums entre los miembros de familias de las clases más altas, y que incluso los hay entre algunos escritores de renombre, a quienes él y sus amigos tienen en gran estima: es de conocimiento público, por ejemplo, que la señora Émile de Girardin era una excelente médium. Nos gustaría saber si el señor Comettant se atrevería a decirles en la cara que son unos farsantes.

Si los que dicen eso se hubieran ocupado de estudiar antes de hablar, sabrían que el ejercicio de la mediumnidad exige un recogimiento profundo, incompatible con la ligereza del carácter y el amontonamiento de los curiosos, y que no se puede esperar nada serio de las reuniones públicas. El espiritismo desaprueba cualquier experiencia que se realice por mera curiosidad, con miras a divertirse, porque nadie debe divertirse con esas cosas. Los Espíritus, es decir, las almas de los que han

dejado la Tierra, de nuestros familiares y amigos —lo que no tiene nada de divertido—, vienen a instruirnos, a moralizarnos, y no a entretener a los ociosos. No vienen a predecir el futuro, ni a descubrir secretos y tesoros ocultos, sino a enseñarnos que existe otra vida, así como la manera en que debemos conducirnos para que en esa otra vida seamos felices, todo lo cual es poco recreativo para algunas personas. Aun cuando no se crea en el alma ni en la supervivencia de los seres queridos, nunca habrá que burlarse de dicha creencia, aunque más no sea por respeto a la memoria de esos seres. El espiritismo nos enseña también que los Espíritus no se someten a las órdenes de nadie; que vienen cuando quieren y para comunicarse con quienes ellos quieren; que toda persona que afirme disponer de ellos y dirigirlos a voluntad, con toda razón podrá ser considerada ignorante o embustera; que es tan ilógico como irreverente afirmar que los Espíritus serios se someten al capricho de la primera persona que se proponga evocarlos, en cualquier momento y a tanto por sesión, para que desempeñen el papel de comparsas; que incluso existe un sentimiento instintivo de repugnancia asociado a la idea de que el alma del ser al que lloramos pueda venir a cambio de dinero. Por otra parte, la experiencia ha consagrado el principio según el cual los Espíritus no se comunican fácilmente ni de buen grado a través de cualquier médium, y que entre estos últimos algunos son por completo repulsivos para algunos Espíritus, lo cual se comprende fácilmente cuando se conoce de qué manera se opera la comunicación: mediante la asimilación de los fluidos. Así pues, entre el Espíritu y el médium puede haber atracción o repulsión, conforme al grado de afinidad simpática. La simpatía se basa en las similitudes morales y el afecto. Ahora bien, ¿qué tipo de simpatía puede tener un Espíritu respecto de un

médium que solo lo llama por dinero? Tal vez nos dirán que el Espíritu acude por la persona que lo solicita y no por el médium, que es tan solo el instrumento. De acuerdo, pero aun así el médium debe reunir las condiciones fluídica necesarias, que son esencialmente modificadas por los sentimientos morales y por las relaciones personales que se establecen con los Espíritus. Por eso, no existe un médium que pueda alardear de comunicarse indistintamente con todos los Espíritus, lo cual es una dificultad fundamental para el que quisiera explotarlos. Esto es lo que le enseñamos al señor Comettant, dado que no lo sabe; y es también lo que destruye la equiparación que él pretende establecer. La mediumnidad real es una facultad valiosa, que adquiere aún más valor cuando se la emplea para el bien y se la ejerce religiosamente y con un completo desinterés moral y material. En cuanto a la mediumnidad *simulada, o abusiva del modo que fuere*, la dejamos a merced de la severidad de la crítica. Suponer que el espiritismo la defiende, y que la represión legal de un abuso —en caso de que haya ocurrido— es un fracaso para él, significa ignorar los principios más elementales de esa doctrina. Ninguna represión podría afectar a los médiums que no lucran con su facultad y que no se apartan del camino moral que el espiritismo les señala. Las armas que los abusos proporcionan a los detractores de la doctrina, siempre ávidos de oportunidades para condenarla —e incluso de inventar esas oportunidades cuando no existen—, hacen que los espíritas sinceros perciban mejor la necesidad de mostrar que la verdadera doctrina espírita no se solidariza en absoluto con quienes la parodian.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Mistificaciones

Una carta procedente de Locarno contiene el siguiente pasaje:

“(…) La duda sería imposible para mí, dado que tengo una hija que es muy buena médium, y que mi hijo también escribe. Lamentablemente, él sufrió crueles mistificaciones, a tal punto que su desánimo me afectó un poco, aunque sin dañar nuestra tan pura y consoladora creencia, y a pesar de la angustia que se experimenta cuando se es engañado con respuestas decepcionantes. Así pues, ¿por qué Dios permite que los que tienen buenas intenciones sean engañados de tal modo por quienes deberían esclarecerlos...?”

Respuesta. Dado que el mundo corporal se vierte en el mundo espírita a través de la muerte, y que el mundo espírita se vierte en el mundo corporal a través de la encarnación, de ahí resulta que la población normal del espacio que rodea a la Tierra está compuesta por Espíritus provenientes de la humanidad terrestre. Dicha humanidad es una de las más imperfectas, de modo que solo puede ofrecer productos imperfectos. Esta es la razón por la cual los Espíritus malos pululan alrededor nuestro. Por la misma razón, en los mundos más adelantados, en aquellos en los que el bien reina exclusivamente, solo hay Espíritus buenos. Admitido esto, se comprenderá que la tan frecuente injerencia de Espíritus malos en las relaciones mediúmnicas es inherente a la inferioridad de nuestro globo; corremos el riesgo de ser engañados por Espíritus tramposos, así como en una región de ladrones se corre el riesgo de ser robado. ¿No se podría preguntar también por qué Dios permite que las personas honestas sean despojadas

por bribones, víctimas de la maldad, sometidas a toda clase de miserias? Preguntad más bien por qué estáis en la Tierra, y se os responderá que eso se debe a que no merecéis un lugar mejor, salvo los Espíritus que se encuentran aquí en misión. Así pues, hay que sufrir las consecuencias y esforzarse para salir de la Tierra lo antes posible. Mientras tanto, es necesario trabajar para preservarse de la embestida de los Espíritus malos, algo que solo se logra cerrando las puertas que podrían darles acceso a nuestra alma, e imponiéndose a ellos mediante la superioridad moral, el valor, la perseverancia y una fe inquebrantable en la protección de Dios y de los Espíritus buenos, así como en el porvenir, que lo es todo, mientras que el presente no es nada. No obstante, como en la Tierra nadie es perfecto, de ahí resulta que nadie puede jactarse, sin orgullo, de verse absolutamente a salvo de sus malicias. No cabe duda de que la pureza de intenciones es importante, pues constituye el camino que lleva a la perfección, pero no es la perfección, e incluso en el fondo del alma puede haber algún viejo fermento. Por eso, no existe un solo médium que no haya sido engañado en mayor o menor medida.

La simple razón nos dice que los Espíritus buenos solo pueden hacer el bien, pues de lo contrario no serían buenos, y que el mal solo procede de los Espíritus imperfectos. Por lo tanto, las mistificaciones no pueden ser cometidas más que por Espíritus frívolos o mentirosos, que abusan de la credulidad, y que a menudo explotan el orgullo, la vanidad u otras pasiones. El objetivo de esas mistificaciones consiste en poner a prueba la perseverancia, la firmeza en la fe, y ejercitar el juicio. Si los Espíritus buenos las permiten en algunas ocasiones, no es por impotencia de su parte, sino para dejarnos el mérito de la lucha, dado que la experiencia que se adquiere a expensas

de uno mismo es la más provechosa. Si el valor disminuye, es una prueba de debilidad que nos deja a merced de los Espíritus malos. Los Espíritus buenos velan por nosotros, nos asisten y nos ayudan, pero con la condición de que nos ayudemos a nosotros mismos. El hombre está en la Tierra para luchar, y es necesario que venza para salir de ella; de lo contrario, se quedará.

* * *

Infinito e indefinido

Nos escriben desde San Petersburgo, el 1.º de julio de 1863:

“(...) En *El libro de los Espíritus* (libro I, capítulo 1.º, § 2), he reparado en esta proposición: *Todo lo que es desconocido es infinito*. Me parece que muchas cosas nos resultan desconocidas sin que por eso sean *infinitas*. Dado que esta palabra se encuentra en todas las ediciones, solicité una explicación a mi guía, quien me respondió: ‘La palabra *infinito* es un error; debe decir *indefinido*’. ¿Qué debo pensar al respecto...?’”

Respuesta. Estas dos palabras, si bien son sinónimos en su sentido general, tienen cada una de ellas una acepción específica. La Academia las define así:

Indefinido: aquello cuyo fin, cuyos márgenes no son o no pueden ser determinados. *Tiempo indefinido*. *Número indefinido*. *Línea indefinida*. *Espacio indefinido*.

Infinito: que no tiene comienzo ni fin, que no tiene márgenes ni límites. *El espacio es infinito*. *Dios es infinito*. *La misericordia de Dios es infinita*. Se dice, por extensión, de aquello a lo que no se le puede asignar un margen, un término y, por

exageración, tanto en sentido físico como en sentido moral, de todo lo que es muy considerable en su género. Se dice particularmente para innumerable. *Una duración infinita. La beatitud infinita de los elegidos. Astros ubicados a una distancia infinita. Os lo agradezco infinitamente. Una infinita variedad de objetos. Penas infinitas. Hay una cantidad infinita de autores que han escrito sobre ese tema.*

De ahí resulta: que la palabra *indefinido* tiene un sentido más particular; y la palabra *infinito*, un sentido más general. Que la primera se aplica preferentemente a las cosas materiales; y la segunda, a las cosas abstractas, de modo que es más imprecisa que la otra. El sentido más general de la palabra *infinito* permite aplicarla en algunos casos a lo que solo es *indefinido*, mientras que a la inversa no podría ocurrir. También se dice: una duración infinita y una duración indefinida; pero no se podría decir: Dios es indefinido, su misericordia es indefinida.

Desde este punto de vista, pues, el empleo de la palabra *infinito* en la frase referida no es abusivo, y no es un error. Además, la palabra *indefinido* no expresaría la misma idea. A partir de que algo es desconocido, tiene en el pensamiento la imprecisión de lo infinito, si no absoluto, al menos relativo. Por ejemplo, no sabéis lo que os ocurrirá mañana: vuestro pensamiento se pierde en lo infinito; los acontecimientos son indefinidos; no sabéis cuántas estrellas existen: su número es indefinido, pero también es infinito para la imaginación. Por lo tanto, en el caso que nos ocupa, convenía emplear la palabra que generaliza la idea, de preferencia a la que le otorga un sentido restrictivo.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRATUMBA

**El señor Cardon, médico, fallecido en
septiembre de 1862.**³⁶

(Sociedad de París. Médiun: señor Leymarie.)

El señor Cardon había pasado una gran parte de su vida en la marina mercante, como médico de un buque ballenero, y en ese ambiente había adquirido costumbres e ideas un tanto materialistas. Al retirarse se instaló en la aldea de J..., donde ejercía la modesta profesión de médico rural. Hacía algún tiempo que tenía la certeza de que padecía una hipertrofia del corazón y, como sabía que esa enfermedad era incurable, la idea de la muerte lo introducía en una oscura melancolía de la que nada podía distraerlo. Con aproximadamente dos meses de anticipación, predijo el día exacto de su muerte. Cuando se vio cerca del fin, reunió a su familia para darle el último adiós. Su esposa, su madre, sus tres hijos y otros parientes estaban alrededor de su lecho. En el momento en que su esposa trató de incorporarlo, cayó abatido, su rostro se cubrió de un color azul violáceo, sus ojos se cerraron, y lo consideraron muerto. Su mujer se puso delante de él para ocultar el espectáculo a los hijos. Al cabo de algunos minutos, volvió a abrir los ojos; su rostro, que parecía iluminado, adquirió una expresión de radiante beatitud, y entonces exclamó: “¡Oh, hijos míos, qué belleza! ¡Qué sublimidad! ¡Oh, la muerte! ¡Qué bendición, qué cosa tan delicada! Estuve muerto y he sentido que mi alma se elevaba muy alto, muy alto; pero Dios me ha permitido regresar para deciros que no temáis, que la muerte es la

36. Véase este caso en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo III: “Espíritus de condición intermedia”. (N. del T.)

liberación... ¡No os puedo describir la magnificencia de lo que he visto, ni las impresiones que he experimentado! No las comprenderíais... ¡Oh, hijos míos! Conducíos siempre de modo que merezcáis esta inefable felicidad, reservada a los hombres de bien. Vivid según la caridad, y si sois poseedores de alguna cosa, compartidla con aquellos que carecen de lo necesario... Querida esposa: os dejo en una posición nada feliz. Nos adeudan dinero, pero os suplico que no atormentéis a nuestros deudores; si estuvieran en dificultades, esperad hasta que puedan pagar, y en relación con los que no puedan hacerlo, sacrificad nuestros intereses: Dios os recompensará. A vos, hijo mío, trabajad para sostener a vuestra madre; sed siempre un hombre honesto, y cuidaos de hacer algo que pueda deshorrar a nuestra familia. Tomad esta cruz que me legó mi madre; conservadla, y que ella os recuerde en todo momento mis últimos consejos... Hijos míos: ayudaos y sostened mutuamente; que la sana armonía reine entre vosotros. No seáis vanos ni orgullosos; perdonad a vuestros enemigos, si queréis que Dios os perdone...”. Después, pidió a sus hijos que se acercaran a él, extendió sus manos hacia ellos y añadió: “Hijos míos, os bendigo”. Esta vez sus ojos se cerraron definitivamente, en tanto que su rostro conservaba una expresión tan imponente que, hasta el momento en que se realizó el entierro, una gran muchedumbre fue a contemplarlo admirada.

Esos interesantes detalles nos fueron transmitidos por un amigo de la familia, y nos indujo a pensar que una evocación podría resultar instructiva para todos, así como también sería de utilidad para ese Espíritu.

1. *Evocación.*

Respuesta: Estoy a vuestro lado.

2. Nos han hecho el relato de vuestros últimos instantes, lo que nos ha llenado de admiración. ¿Tendríais la bondad de describir, lo mejor posible, lo que visteis en el intervalo entre lo que se podría denominar vuestras dos muertes?

R. ¿Acaso podríais comprender lo que he visto? No lo sé, pues no encontraría expresiones capaces de hacer comprensible lo que he visto durante los escasos instantes en que me fue posible abandonar mis restos mortales.

3. ¿Sabéis en qué lugar habéis estado? ¿Es lejos de la Tierra, en otro planeta o en el espacio?

R. El Espíritu no sabe determinar las distancias, tal como vosotros las consideráis. Conducido por no sé qué agente maravilloso, he visto el esplendor de un cielo como sólo nuestros sueños podrían mostrárnoslo. Esa excursión a través de lo infinito se hizo tan rápidamente que me resulta imposible precisar los instantes empleados por mi Espíritu.

4. ¿Disfrutáis en la actualidad esa dicha que habéis vislumbrado?

R. No; mucho desearía poder disfrutarla, pero Dios no me puede recompensar de ese modo. Muy a menudo me he rebelado contra los benditos pensamientos que me dictaba el corazón, y la muerte me parecía una injusticia. Fui un médico incrédulo, y a través del arte de curar había tomado aversión hacia la segunda naturaleza, es decir, hacia nuestro impulso inteligente, divino. La inmortalidad del alma era para mí una ficción apta para seducir a las naturalezas poco elevadas. Con todo, el vacío me causaba terror, y muchas veces he maldecido a ese agente misterioso que hierre reiteradamente. La filosofía me había desviado sin ayudarme a comprender la magnificen-

cia del Eterno, que sabe administrar el dolor y la alegría para enseñanza de la humanidad.

5. En ocasión de vuestra verdadera muerte, ¿os reconocisteis de inmediato?

R. No; me reconocí durante la transición que hizo mi Espíritu para recorrer los lugares etéreos. Pero después de la muerte real, no; fueron necesarios algunos días para que pudiera despertar.

Dios me había concedido una gracia, cuya razón habré de explicaros:

Mi incredulidad inicial no existía más. Antes de mi muerte ya había llegado a creer, puesto que después de haber sondeado científicamente la materia pesada que me hacía padecer, sólo había encontrado en ello, a falta de razones terrenales, una razón divina. Esta me había inspirado y consolado, y mi coraje era más fuerte que el dolor. Bendecía lo que antes había maldecido; el final me parecía la liberación. ¡El pensamiento de Dios abarca todo el mundo! ¡Oh, qué supremo consuelo en la plegaria, que nos proporciona una inefable ternura! La oración es el elemento más seguro de nuestra naturaleza inmaterial: a través de ella pude comprender, llegué a creer firmemente, soberanamente, y a eso se debe que Dios escuchara mis acciones benditas y tuviera a bien recompensarme antes de que concluyera mi encarnación.

6. ¿Se podría decir que a partir de la primera vez ya estabais muerto?

R. Sí y no. Como el Espíritu abandonaba al cuerpo, naturalmente la carne se destruía; pero al tomar otra vez posesión de mi morada terrenal, la vida volvió al cuerpo, que había sufrido una transición, un sueño.

7. En ese momento, ¿sentíais los lazos que os retenían en el cuerpo?

R. Sin duda. El Espíritu está sujeto por un lazo difícil de desatar, y necesita un último estremecimiento de la carne para que pueda retornar a su vida natural.

8. ¿Cómo se explica que, durante vuestra muerte aparente y en el transcurso de algunos minutos, vuestro Espíritu haya podido desprenderse instantáneamente y sin turbación, mientras que a la muerte real le siguió una turbación de varios días? En el primer caso, como los lazos entre el alma y el cuerpo subsistían más que en el segundo, nos parece que el desprendimiento debería haber sido más lento, pero ocurrió todo lo contrario.

R. En más de una oportunidad habéis evocado a un Espíritu encarnado, y recibisteis respuestas auténticas. Yo me encontraba en la situación de esos Espíritus. Dios me llamaba, y sus servidores me habían dicho: “Ven...”. He obedecido, y le agradezco a Él la gracia especial que se ha dignado concederme. Pude vislumbrar la infinitud de su grandeza y comprenderla. También agradezco a vos, porque me habéis permitido, antes de la muerte real, enseñar a los míos para que tengan encarnaciones buenas y justas.

9. ¿De dónde provenían las hermosas y sensatas palabras que dirigisteis a vuestra familia, en ocasión de vuestro retorno a la vida?

R. Eran el reflejo de lo que había visto y oído. Los Espíritus buenos inspiraban mi voz y le daban vida a mi rostro.

10. ¿Qué impresión consideráis que ha producido vuestra revelación entre los presentes y, de modo especial, en vuestros hijos?

R. Extraordinaria, profunda. La muerte no engaña; y los hijos, por ingratos que puedan ser, se inclinan ante la encarnación que se extingue. Si fuera posible escrutar el corazón de esos hijos ante la tumba entreabierta, sólo se escucharía el latido de los sentimientos sinceros, profundamente tocados por la mano secreta de los Espíritus que a todos nos dictan estos pensamientos: “Si tenéis alguna duda, temblad”. La muerte es la reparación, la justicia de Dios; y os aseguro que, a pesar de los incrédulos, mis amigos y mi familia creerán en las palabras que mi boca pronunció antes de morir. Yo era el intérprete de otro mundo.

11. Habéis manifestado que no disfrutáis de la felicidad que habíais vislumbrado. ¿Acaso sois desdichado?

R. No, pues creía antes de morir, con el alma y la conciencia. El dolor agobia en ese mundo, pero fortalece para el porvenir espírita. Observad que Dios supo tomar en cuenta mis ruegos y mi confianza absoluta en Él. Estoy en el camino de la perfección, y llegaré hasta la meta que se me ha permitido entrever. Orad, amigos míos, por ese mundo invisible que preside vuestros destinos. Este intercambio fraternal constituye una caridad, una palanca poderosa que pone en comunicación a los Espíritus de todos los mundos.

12. ¿Os gustaría dirigir algunas palabras a vuestra esposa y a vuestros hijos?

R. Ruego a todos los míos que crean en Dios, poderoso, justo e inmutable; en la plegaria que consuela y alivia; en la caridad, que es el acto más puro de la encarnación humana; que tengan presente que incluso con poco se puede dar algo, pues el óbolo del pobre es el más meritorio ante Dios, que sabe que un pobre da mucho, aunque dé poco. Es preciso que el rico dé muchísimo y muchas veces para que merezca tanto como aquel.

El porvenir está en la caridad, en la benevolencia de todas las acciones, en creer que todos los Espíritus son hermanos, y que jamás debe uno preocuparse con las mil y una pueriles vanidades.

Familia muy amada: os esperan arduas pruebas, pero sabed soportarlas con valor, convencidos de que Dios os está viendo.

Decid siempre esta oración: “Dios de amor y bondad, que das todo y siempre, concédenos esa fuerza que no retrocede ante ningún sufrimiento; haznos buenos, mansos y caritativos; pequeños por la fortuna y grandes por el corazón. Que nuestro Espíritu sea espírita en la Tierra para que podamos comprenderos y amaros mejor”.

Que vuestro nombre, ¡oh, Dios mío!, emblema de libertad, sea el objetivo consolador de todos los oprimidos, de todos los que tienen necesidad de amar, de perdonar y de creer.

CARDON

DISERTACIONES ESPÍRITAS

El Espíritu de Jean Reynaud³⁷

(Sociedad Espírita de París.- Médium: señora Costel.)

Amigos míos: ¡esta nueva vida es magnífica! ¡Semejante a un torrente luminoso, arrastra en su curso inmenso a las

37. Véase este caso en *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo II: “Espíritus felices”. (N. del T.)

almas con sed de infinito! Después de la ruptura de los lazos carnales, mis ojos han abarcado los nuevos horizontes que me rodean, y pude gozar de las espléndidas maravillas del infinito. He pasado de las sombras de la materia a la aurora deslumbrante que anuncia al Todopoderoso. Estoy a salvo, no por el mérito de mis obras, sino por el conocimiento del principio eterno, que me hizo evitar las manchas que la ignorancia ha estampado en la pobre humanidad. Mi muerte ha sido bendecida; mis biógrafos la consideraron prematura. ¡Ah, qué ciegos! Han de lamentar algunos escritos nacidos de la corrupción moral, y no comprenderán cuán útil es a la sagrada causa del espiritismo el escaso ruido que se hace alrededor de mi tumba recién cerrada. Mi obra estaba concluida; mis antecesores me abrieron el camino. Yo había llegado a ese punto culminante en que el hombre ha dado lo mejor de sí, y a partir del cual no hace más que volver a empezar. Mi muerte despierta la atención de los literatos hacia mi obra capital, que trata acerca de la gran cuestión espírita que ellos fingen desconocer, pero que en breve los subyugará. ¡Gloria a Dios! Con la ayuda de los Espíritus superiores que protegen a la nueva doctrina, seré uno de los pioneros que jalonan vuestro trayecto.

(En una reunión familiar. Médium: señor Charles V...)

El Espíritu responde a esta reflexión: Vuestra muerte inesperada, a una edad tan poco avanzada, ha sorprendido a muchos.

“¿Quién negará que mi muerte no ha sido beneficiosa para el espiritismo, para su porvenir, para sus consecuencias? ¿Habéis observado, amigo, la marcha que sigue el progreso,

el camino que toma la fe espírita? Al principio Dios brindó las pruebas materiales: la danza de las mesas, los golpes y toda clase de fenómenos. Se trataba de llamar la atención; eran un preámbulo divertido. Para creer, los hombres requieren pruebas palpables. ¡Ahora la cuestión es absolutamente diferente! Después de los hechos materiales, Dios le habla a la inteligencia, al buen sentido, a la fría razón. Ya no son manifestaciones de fuerza, sino elementos racionales, los que deben convencer incluso a los incrédulos, a los más obstinados. Y esto es sólo el comienzo. Atended bien lo que os digo: una extensa serie de hechos inteligentes, irrefutables, vendrán a continuación, y la cantidad de adeptos de la fe espírita, ya tan grande, aumentará más aún. Dios va a conquistar a las inteligencias de elite, a las lumbreras del espíritu, del talento y del saber. Esos fenómenos serán un rayo luminoso que se extenderá sobre toda la Tierra como un fluido magnético irresistible, e impulsará a los más recalcitrantes a la búsqueda de lo infinito, al estudio de esa ciencia admirable que nos enseña máximas tan sublimes. Todos se agruparán en torno a vos y, dejando de lado el diploma de genios que se les había conferido, se tornarán humildes y pequeños a fin de que aprendan y se convenzan. Después, más tarde, cuando estén debidamente instruidos y convencidos, se valdrán de su autoridad y del prestigio de sus nombres para llevar más lejos todavía, hasta sus últimos límites, el objetivo que todos os habéis propuesto: la regeneración del género humano por medio del conocimiento racional y profundo de las existencias pasadas y futuras. Esa es mi sincera opinión sobre el estado actual del espiritismo.”

JEAN REYNAUD

(Burdeos. Médium: señora C...)

Acudo con placer a vuestra llamado, señora. Así es, tenéis razón. Por así decirlo, la turbación espírita no ha existido para mí (eso respondía al pensamiento del médium). Exiliado voluntariamente en vuestra Tierra, donde debía arrojar la primera simiente auténtica de las grandes verdades que en la actualidad conmueven al mundo, siempre tuve conciencia de la patria, y de inmediato me reconocí rodeado de mis hermanos.

P. Os agradezco que hayáis venido. No creía que mi deseo de conversar ejerciera alguna influencia sobre vos. Debe de haber forzosamente una diferencia tan grande entre nosotros, que pienso en ello con todo respeto.

R. Gracias, hija, por ese buen pensamiento. Con todo, también debéis saber, sea cual fuere la distancia que se pueda establecer entre nosotros mediante las pruebas acabadas con relativa celeridad, y con mayor o menor éxito, que siempre hay un lazo poderoso que nos une: el de la simpatía. Ese es el lazo que vos habéis estrechado con vuestro pensamiento constante.

P. Si bien muchos Espíritus explicaron sus primeras sensaciones al despertar, ¿tendríais la bondad de describir lo que habéis experimentado al reconocer, y cómo se produjo la separación entre el Espíritu y el cuerpo?

R. Del mismo modo que en todas las personas. Sentí que se aproximaba el momento de la liberación. No obstante, más feliz que muchos, no me causó angustia, puesto que conocía sus efectos, aunque fueron más importantes de lo que suponía. El cuerpo representa un obstáculo para las facultades espirituales, y sean cuales fueren las luces que se hayan conservado, estas son invariablemente atenuadas, en

mayor o menor medida, por el contacto con la materia. Me adormecí esperando un despertar feliz. ¡El sueño fue breve; la sorpresa, inmensa! Los esplendores celestiales se desplegaron ante mis ojos, brillando con toda su magnificencia. Mi vista maravillada se sumergía en la inmensidad de esos mundos, cuya existencia y habitabilidad yo había sostenido. Era un espejismo que me revelaba y me confirmaba la verdad de mis sentimientos. Cuando el hombre habla, por más seguro que se considere, por lo general guarda en el fondo de su corazón momentos de duda, de incertidumbre. Desconfía, si no de la verdad que proclama, al menos de los medios imperfectos que emplea para demostrarla. Convencido de la verdad que yo esperaba que fuese admitida, muchas veces he tenido que luchar contra mí mismo, contra el desaliento de ver, de tocar, por así decirlo, la verdad, y de no poder hacerla palpable a los que tendrían tanta necesidad de creer en ella para transitar con seguridad el camino que deben seguir.

P. En vida, ¿profesasteis el espiritismo?

R. Entre profesar y practicar existe una gran diferencia. Muchas personas profesan una doctrina que no practican: yo practicaba, pero no profesaba. Del mismo modo que el hombre que respeta las leyes de Cristo es cristiano, aunque las ignore, así también el hombre es espírita si cree en la inmortalidad del alma, en sus existencias previas, en su marcha progresiva incesante, en las pruebas terrenales, que son las abluciones necesarias para su purificación. Yo creía en todo eso. Por consiguiente, era espírita. Comprendí la erraticidad: ese vínculo intermediario entre las encarnaciones, ese purgatorio donde el Espíritu culpable se despoja de sus vestidos manchados para cubrirse con ropas nuevas, en que el Espíritu en estado de progreso *teje* con esmero la túnica que va a usar

de nuevo y a la que quiere conservar pura. Tal como os lo he manifestado, comprendí; y sin que hubiese profesado, pasé a la práctica.

NOTA. Estas tres comunicaciones se obtuvieron a través de tres médiums diferentes, que no se conocían entre sí. No tenemos ninguna prueba material de la identidad del Espíritu que se ha manifestado; no obstante, por la analogía de los pensamientos, así como por la forma del lenguaje, podemos inferir al menos la presunción de su identidad. La expresión: *teje con esmero la túnica que va a usar de nuevo*, es una figura encantadora que representa la dedicación con que el Espíritu en estado de progreso prepara la nueva existencia que habrá de hacerlo adelantar. Los Espíritus atrasados son menos cautelosos y algunas veces realizan elecciones equivocadas que los obligan a comenzar de nuevo.

* * *

La medicina homeopática

(Sociedad Espírita de París, 13 de marzo de 1863.

Médium: señora Costel.)

Hija mía, vengo a impartir una enseñanza médica a los espíritas. La astronomía, la filosofía, tienen aquí elocuentes intérpretes; la moral cuenta con tantos escritores como médiums. ¿Por qué la medicina, en su aspecto práctico y fisiológico, no se tomaría en cuenta? He sido el creador de la renovación médica que penetra actualmente incluso en las categorías de los sectarios de la antigua medicina. Unidos contra

la homeopatía, a pesar de los diques que le opusieron, a pesar de que le gritaron: “¡No pasarás!”, la joven medicina, triunfante, vence todos los obstáculos. El espiritismo será su poderoso auxiliar. Gracias a él, la homeopatía abandonará la tradición materialista que durante tanto tiempo retrasó su crecimiento. El estudio médico se encuentra vinculado por completo a la investigación de las causas y de los efectos espiritualistas; disecciona los cuerpos, pero también debe analizar el alma. Dejad, pues, que un viejo médico justifique los fines y el objetivo de la doctrina que él ha propagado, y que ve extrañamente desfigurada en la Tierra por los médicos; y en el más allá, por Espíritus ignorantes que usurpan su nombre. Desearía que mi palabra tuviera el poder de corregir los abusos que alteran la homeopatía y le impiden ser tan útil como debería.

Si yo hablara en un centro práctico, en el que los consejos pudieran ser escuchados con provecho, me manifestaría en contra de la negligencia de mis colegas terrestres que ignoran las leyes primordiales del *Organon*, que exageran las dosis, y sobre todo que no dedican a la tan importante trituración de los medicamentos el cuidado que expuse. Muchos olvidan que cien, y a menudo doscientos golpes, son absolutamente necesarios para la liberación del principio médico adecuado para cada una de las plantas o venenos que forman nuestro arsenal curativo. Ningún remedio es indiferente, ningún medicamento es inofensivo; cuando no causa efecto debido a un diagnóstico equivocado, desarrolla los gérmenes de la enfermedad que estaba llamado a combatir.

Pero me dejo llevar por mi tema, y corro el riesgo de dictar un curso de homeopatía ante un auditorio al que no le interesa esta cuestión. Con todo, no me parece que sea inútil iniciar a los espíritas en los principios fundamentales de esta ciencia,

a fin de protegerlos de las decepciones que sufren, ya sea de parte de los hombres, como de los Espíritus.

SAMUEL HAHNEMANN

Nota. El motivo de esta disertación fue la presencia de un médico homeópata extranjero en la sesión, quien deseaba conocer la opinión de Hahnemann respecto del estado actual de esa ciencia. Destacamos que dicha disertación fue impartida a través de una joven dama que no ha realizado estudios médicos, y a la que necesariamente se le escapan muchos términos específicos.

Correspondencia

Carta del señor T. Jaubert, de Carcassonne.

El señor T. Jaubert, vicepresidente del Tribunal Civil de Carcassonne, nos remite la siguiente carta, con motivo del título de miembro honorario que le ha conferido la Sociedad Espírita de París. La Sociedad ha tenido la dicha de otorgar al señor Jaubert ese testimonio de simpatía, a la vez que demostrarle cuánto aprecia su dedicación a la causa del espiritismo, su modestia y su firmeza de carácter. Hay posiciones que realzan aún más el mérito del valor de opinar, así como las cualidades que ubican al hombre más allá de la crítica (véase la *Revista* de junio de 1863: “Un Espiritu premiado por la Academia de los Juegos Florales”).

“Molítg-les-Bains, 21 de julio de 1863.

”Señor Presidente:

”Vuestra carta y el acta en la que consta mi admisión entre los miembros honorarios de la Sociedad espírita parisiense me encuentran en Molítg, donde, por motivos de salud, tomo una licencia de veintinueve días. Deseo expresaros *desde ya* toda mi gratitud.

”Creo en la inmortalidad del alma, en la comunicación de los muertos con los vivos, tanto como creo en el sol. Amo el espiritismo como la afirmación más legítima de la ley de Dios: la ley del progreso. Lo confieso abiertamente, porque confesarlo es hacer el bien. He aceptado la Prímula de la Academia de Toulouse a modo de una respuesta contundente a los que solo quieren ver, en los dictados reales de los Espíritus, percepciones erróneas o elucubraciones ridículas. Recibo el título de miembro honorario de la Sociedad de la que sois el jefe, como el más honorable entre los que he recibido por parte de los hombres. Una vez más, señor, recibid para vos y para todos los miembros de la Sociedad parisiense mi más sincero agradecimiento.

”Vuestra crónica de la sesión de los Juegos Florales ha reflejado fielmente mis sentimientos y mi conducta. Si declaraba que la fábula premiada era obra de mi Espíritu familiar, no podía arriesgarme a indisponer al público y al jurado. En vuestra *Revista*, habéis expresado perfectamente el respeto que debo a mí mismo y a la opinión de los otros. Ahora bien, si en todo este asunto no he tomado la iniciativa de escribiros, limitándome a responderos, es porque habría tenido que hablar de mí, y asociar mi nombre a un acontecimiento que me alegra sin dudar, pero que otros se han dignado considerar un éxito.

”En la actualidad, me siento más libre, y os ruego desde el fondo de mi corazón, señor y querido maestro, que aceptéis el homenaje de mi reconocimiento , de mi simpatía y mi consideración más distinguida.”

T. JAUBERT

Vicepresidente del Tribunal de Carcassonne

La abundancia de material nos obliga a posponer hasta el próximo número nuestra *segunda carta al señor cura Marrouzeau*, así como la respuesta a la pregunta que se nos ha remitido acerca de la distinción entre *expiación* y *prueba*.

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 9

Septiembre de 1863

Unión de la filosofía y el espiritismo

Nota. El siguiente artículo es la introducción de un trabajo completo, cuyo autor, el señor Herrensneider, se propone escribir respecto de la necesidad de una alianza entre la filosofía y el espiritismo.

Desde que el espiritismo se reveló en Francia, hace unos diez o doce años, las comunicaciones incesantes de los Espíritus han provocado en todos los ámbitos de la sociedad un movimiento religioso benéfico, que es importante estimular y desarrollar. En efecto, en este siglo, el espíritu religioso se había perdido, sobre todo entre las clases cultas e intelectuales. El sarcasmo volteriano había dañado el prestigio del cristianismo; el progreso de las ciencias logró que se reconocieran las contradicciones que existen entre los dogmas y las leyes naturales; y los descubrimientos astronómicos demostraron la puerilidad de la idea que acerca de Dios se formaron los hijos de Abraham, de Moisés y de Cristo. El incremento de las riquezas, las invenciones maravillosas de las artes y de la

industria: toda la civilización protestaba, ante la sociedad moderna, en contra del renunciamiento al mundo. A causa de esos numerosos motivos, la incredulidad y la indiferencia se habían infiltrado en las almas, la despreocupación respecto de los destinos eternos había entumecido nuestro amor al bien, deteniendo nuestro perfeccionamiento moral, y la pasión del confort, del placer, del lujo y de las vanidades terrenales, acabó por cautivar casi toda nuestra ambición. Entonces, de repente, los muertos vinieron a recordarnos que nuestra vida presente tiene un mañana, que nuestros actos generan consecuencias fatales, inevitables, y que, si bien esas consecuencias no siempre llegan en esta vida, lo harán infaliblemente en la venidera.

Esa aparición de los Espíritus fue como un rayo que estremeció a más de uno, ante esos muebles que una fuerza invisible pone en movimiento; ante la audición de esos pensamientos inteligentes dictados por medio de una telegrafía imperfecta; ante la lectura de esas páginas sublimes, escritas por nuestras manos distraídas bajo el impulso de una dirección misteriosa. ¡Cuántos corazones palpitaron dominados por un súbito temor! ¡Cuántas conciencias adormecidas se despertaron con merecidas angustias! ¡Cuántos intelectos quedaron estupefactos! La renovación de esas relaciones con las almas de los difuntos es y seguirá siendo un acontecimiento prodigioso, cuya consecuencia será la tan necesaria regeneración de la sociedad moderna.

Ocurre que, cuando la sociedad humana no se propone alcanzar otro objetivo más que la prosperidad material y el placer de los sentidos, se sumerge en el materialismo egoísta, valora las acciones según los bienes que obtiene a través de ellas, renuncia a toda clase de esfuerzo cuyo resultado no sea una ventaja palpable, solo estima a los ricos, y no respeta

otra cosa salvo el poder que se impone. Cuando los hombres apenas se preocupan por el éxito inmediato y lucrativo, pierden el sentido de la honestidad, renuncian a la elección de los medios, pisotean la dicha íntima, las virtudes privadas, y dejan de guiarse conforme a los principios de justicia y de equidad. ¡En una sociedad lanzada en esa dirección inmoral, el rico lleva una vida de indolencia abyecta, embrutecedora, y el desheredado arrastra una existencia dolorosa y monótona, en la que el suicidio parece ser el último consuelo!

Contra semejante disposición moral, pública y privada, la filosofía resulta impotente. No se trata de que le falten argumentos para demostrar la necesidad social de principios puros y generosos, como tampoco para justificar la inminencia de la responsabilidad final y establecer la perpetuidad de nuestra existencia, pero los hombres en general no cuentan con el tiempo ni con la afición, ni con el espíritu suficientemente reflexivo, para prestar atención a la voz de su conciencia y a las observaciones de la razón. Las vicisitudes de la vida, por otra parte, a menudo son demasiado imperiosas para que ellos se decidan a ejercitar la virtud mediante el simple amor al bien. Aun cuando la filosofía fuera realmente lo que debe ser —una doctrina completa y cierta—, nunca provocaría, tan solo con su enseñanza, la regeneración social de una manera eficaz, dado que hasta el presente no logró otorgar a la autoridad de su doctrina otra sanción que no sea el amor abstracto a lo ideal y a la perfección.

Ocurre que, para convencer a los hombres de la necesidad de que se consagren al bien, se requieren hechos que hablen a los sentidos. Hace falta que vean el panorama sobrecogedor de sus dolores futuros, para que se decidan a remontar la pendiente funesta en la que los vicios los retienen. Hace

falta que toquen con sus propios dedos las desgracias eternas que preparan para sí mismos con su indolencia moral, a fin de que comprendan que la vida actual no es el objetivo de su existencia, sino el medio que el Creador les ha brindado para trabajar personalmente en la realización de sus destinos finales. Así, por este motivo, todas las religiones han apoyado sus mandamientos en el terror al infierno y en la seducción de los goces celestiales. No obstante, desde que, bajo el imperio de la incredulidad y de la indiferencia religiosa, las poblaciones se tranquilizaron respecto de las consecuencias últimas de sus pecados, y con el auxilio de una filosofía fácil e inconsecuente, acabó por prevalecer el culto de los sentidos, de los intereses temporales y de las doctrinas egoístas. En la actualidad, los hombres esclarecidos, inteligentes y fuertes, siguen sus propias inspiraciones y se alejan de la Iglesia, que carece de la autoridad necesaria para reconquistar su influencia veinte veces secular. Se puede decir que la Iglesia es tan impotente como la filosofía, y que ni una ni otra ejercerán una influencia saludable hasta que hayan sufrido, cada cual en su género, una reforma radical.

Mientras la humanidad se agita, los acontecimientos se suceden y, entre estos, la aparición de las manifestaciones espíritas en este siglo científico, práctico, engreído y escéptico, es sin duda el más importante. Así pues, la tumba se abre ante nosotros, no como el fin de nuestras penas y de nuestras miserias terrenales, no como el profundo abismo que se devora nuestras pasiones, nuestros goces y nuestras ilusiones, sino como el pórtico majestuoso de un nuevo mundo, donde algunos cosecharán, a pesar de ellos mismos, los frutos amargos que sus debilidades hayan sembrado; y donde otros, por el contrario, merecerán dirigirse a esferas más puras y eleva-

das. El espiritismo, pues, nos revela nuestro destino futuro, y cuanto más se lo conozca, tanto más la regeneración moral y religiosa ganará en impulso y amplitud.

En efecto, nos parece que la unión del espiritismo con las ciencias filosóficas es sumamente necesaria para la dicha de la humanidad y para el progreso moral, intelectual y religioso de la sociedad moderna. Porque ya no estamos en la época en que se podía descartar la ciencia humana a favor de la fe ciega. La ciencia moderna es muy sabia, está muy segura de sí misma, y se encuentra muy avanzada en el conocimiento de las leyes que Dios impuso a la inteligencia y a la naturaleza, como para que la transformación religiosa pueda ocurrir sin su concurso. Se conoce perfectamente la exigüidad relativa de nuestro globo, como para otorgarle a la humanidad un lugar privilegiado en los designios providenciales. No somos más que una partícula de polvo en la inmensidad de los mundos, y sabemos que las leyes que rigen esa multitud indefinida de existencias son simples, inmutables y universales. Por último, la exigencia de certezas respecto de nuestros conocimientos se ha intensificado tan fuertemente, que una doctrina nueva puede elevarse y mantenerse apoyada en una base que no sea el misticismo conmovedor e inofensivo. Así pues, cuando el espiritismo se propone extender su imperio hacia todas las clases sociales, hacia los hombres superiores e intelectuales, tanto como hacia las almas delicadas y creyentes, es necesario que se sumerja sin reservas en la corriente del pensamiento humano, y que mediante su superioridad filosófica sepa imponer a la soberbia razón el respeto de su autoridad.

Esa es la acción independiente llevada a cabo por los adeptos del espiritismo que comprenden a la perfección a los Espíritus elevados que se manifiestan. El Espíritu que se identifica

con el nombre de san Agustín decía recientemente: “Observad y estudiad con cuidado las comunicaciones que recibís; aceptad lo que vuestra razón no rechace, y rechazad lo que se oponga a ella; solicitad aclaraciones respecto de las que os generen dudas. Ese es el camino que debéis seguir para transmitir a las generaciones futuras, sin miedo a que se desvirtúen, las verdades que sin esfuerzo distinguiréis en el cortejo inevitable de errores”.

Este es, en pocas palabras, el verdadero espíritu del espiritismo, el que la ciencia puede admitir sin llegar a derogarlo, y el que nos servirá para conquistar la humanidad. El espiritismo, por otra parte, no tiene nada que temer de su alianza con la filosofía, porque se apoya en hechos indiscutibles, cuya razón de ser se encuentra en las leyes de la Creación. Corresponde a la ciencia estudiar su alcance y coordinar los principios generales, de acuerdo con este nuevo orden de fenómenos. Porque es evidente que, dado que no había presentado la existencia necesaria, en el espacio que nos rodea, de las almas de los difuntos, o de las destinadas a renacer, la ciencia debe comprender que su filosofía primera era incompleta, y que se le habían escapado algunos principios primordiales.

La filosofía, por el contrario, tiene todo para ganar si considera seriamente los hechos del espiritismo. En primer lugar, porque esos hechos son la sanción solemne de su enseñanza moral, y porque a través de ellos demostrará a los más empedernidos el alcance fatal de su conducta indebida. No obstante, por más importante que sea esa justificación positiva de sus máximas, el estudio profundizado de las consecuencias —que se deducen de la comprobación de la existencia sensible del alma en el estado no encarnado— le servirá luego para determinar los elementos constitutivos del alma, su origen, sus destinos, así

como para establecer la ley moral y la del progreso anímico sobre bases seguras e inquebrantables. Además, el conocimiento de la esencia del alma conducirá a la filosofía hacia el conocimiento de la esencia de las cosas y de la esencia misma de Dios, y le permitirá unir, en un único sistema general verdaderamente completo, todas las doctrinas que la dividen. Por último, los variados desarrollos de la filosofía, provocados por esa valiosa determinación de la esencia anímica, harán que siga infaliblemente las huellas de los principios fundamentales de la antigua cábala, así como de la antigua ciencia oculta de los hierofantes, cuyo último rayo luminoso que ha llegado hasta nosotros es la Trinidad cristiana. Así, mediante la simple aparición de las almas errantes, se constituirá —y tenemos razones para que así sea— la cadena ininterrumpida de las tradiciones morales, religiosas y metafísicas de la humanidad antigua y moderna.

Ese porvenir significativo que concebimos para la filosofía aliada con el espiritismo, no resultará imposible para los que tienen alguna noción de esta ciencia, en caso de que consideren el vacío de principios en que se fundan las diversas escuelas, así como la consecuente impotencia de estas para explicar la realidad concreta y viviente del alma y de Dios.

De tal modo, el materialismo se figura que los seres son nada más que fenómenos materiales, semejantes a los que producen las combinaciones de las sustancias químicas, y que el principio que los anima forma parte de un supuesto principio vital universal. Según ese sistema, el alma individual no existiría, y Dios sería un ser completamente inútil.

Los discípulos de Hegel, por su parte, se imaginan que la idea —ese fenómeno indisciplinado de nuestra alma— es un elemento de por sí, independiente de nosotros; un principio universal que se manifiesta a través de la humanidad y su actividad

intelectual, como también a través de la naturaleza y sus maravillosas transformaciones. Esa escuela niega, por consiguiente, la individualidad eterna de nuestra alma, y la confunde en un todo con la naturaleza. Supone que existe una identidad perfecta entre el universo visible y el mundo moral e intelectual; que ambos mundos son el resultado de la evolución progresiva y fatal de la idea primitiva, universal, en una palabra: de lo absoluto. En ese sistema, Dios tampoco tiene individualidad ni libertad, y no se conoce personalmente; solo se percibió a sí mismo, por primera vez, en 1810, por intermedio de Hegel, cuando este lo reconoció en la idea absoluta y universal (Histórica).

Por último, nuestra escuela espiritualista, vulgarmente denominada eclecticismo, considera que el alma no es más que una fuerza sin extensión y sin solidez, una inteligencia inaprensible en el cuerpo humano, y que, una vez liberada de su envoltura, a la vez que conserva su individualidad y su inmortalidad, deja de existir en el tiempo y en el espacio. Nuestra alma sería, pues, un no sé qué, sin vínculo con lo que existe, y no ocuparía ningún lugar determinado. Dios, según ese mismo sistema, deja de ser aprensible. Es el pensamiento perfecto, y tampoco tiene solidez, ni estabilidad, ni forma, ni realidad sensible; es un ser vacío; sin nuestra razón, no podríamos intuirlo en absoluto. No obstante, ¿quiénes son los que han inventado el ateísmo, el escepticismo, el panteísmo, el idealismo, etc.? ¿Son los hombres de razón, los intelectuales, los sabios! Los pueblos ignorantes, cuyas principales guías son las sensaciones, nunca dudaron de Dios, ni del alma, ni de su inmortalidad. ¡De tal modo, parece que la razón, de por sí, es una mala consejera!

Estas doctrinas, conforme podemos ver, carecen de un principio real, estable, vivo, de la noción del Ser real. Se mueven en un mundo *inteligible* que no se conecta con la realidad

concreta. El vacío de sus principios se extiende al conjunto de sus sistemas, y los torna tan sutiles como imprecisos y ajenos a la realidad de las cosas. El propio sentido común se agravia con eso, a pesar del talento y la prodigiosa erudición de sus adherentes. Con todo, el espiritismo es más brutal aún, porque derriba todos esos sistemas abstractos oponiéndoles un hecho único: la realidad sustancial, viva y actual del alma no encarnada. La muestra como un ser personal, que existe en el tiempo y en el espacio, aunque invisible para nosotros; como un ser que posee un elemento sólido, sustancial, y una fuerza activa y pensante. ¡Incluso nos muestra que esas almas errantes se comunican con nosotros por su propia iniciativa! Es evidente que semejante acontecimiento debe hacer que se desplomen todos esos castillos de naipes, y se derrumben de un golpe esos soberbios andamiajes fantasiosos.

Sin embargo, para aumentar su confusión, se puede probar a los partidarios de esas doctrinas alambicadas, que todos los hombres llevan en su propia conciencia los elementos suficientes para demostrar la existencia del alma, tal como el espiritismo lo establece mediante hechos. De tal modo, esos sistemas no son solamente erróneos en el punto de llegada, sino también desde el punto de partida. Por lo tanto, la más prudente decisión que les resta tomar a esos honorables sabios, es la de reformular por completo su filosofía, y consagrar su profundo saber a la fundación de una ciencia primera, más precisa y acorde con la realidad.

En efecto, cada uno de nosotros lleva consigo cuatro nociones irreductibles, que nos autorizan a afirmar la existencia de nuestra alma, tal como nos la presenta el espiritismo. En primer lugar, tenemos en nosotros el sentimiento de nuestra existencia. Ese sentimiento no puede revelarse sino mediante

la impresión que recibimos de nosotros mismos. Ahora bien, ninguna impresión se produce sobre un objeto privado de solidez y extensión; de tal modo, por el solo hecho de nuestras sensaciones, debemos inducir que en nosotros hay un elemento sensible, sutil, extenso y resistente, es decir, una *sustancia*. En segundo lugar, tenemos en nosotros la conciencia de un elemento activo, causador, que se manifiesta en nuestra voluntad, en nuestro pensamiento y en nuestros actos. Por consiguiente, también es evidente que poseemos un segundo elemento: una *fuerza*. Luego, por el solo hecho de que nos sentimos y nos sabemos a nosotros mismos, debemos concluir que contenemos dos elementos constitutivos: fuerza y sustancia, es decir, una dualidad esencial, anímica.

No obstante, esas dos nociones primitivas no son las únicas que llevamos con nosotros. También concebimos, en tercer lugar, una *unidad* personal, original, que siempre se mantiene idéntica a sí misma. Y en cuarto lugar, un *destino*, también personal, porque todos buscamos nuestra felicidad y nuestras propias conveniencias en todas las circunstancias de la vida. De manera que, al unir estas dos nuevas nociones, que constituyen nuestro doble aspecto, a las dos precedentes, reconocemos que nuestro ser contiene *cuatro principios* distintos: su *dualidad de esencia* y su *dualidad de aspecto*.

Ahora bien, como esos cuatro elementos del conocimiento de nuestro *yo*, que nos llevan a afirmarnos personalmente, constituyen nociones independientes del cuerpo, y no tienen relación alguna con nuestra envoltura material, resulta perentorio y evidente, para todo espíritu justo y carente de prejuicios, que nuestro ser depende de un principio invisible, denominado *Alma*; y que esa alma existe como tal, porque tiene una sustancia y una fuerza, una unidad y un destino propios y personales.

Tales son los cuatro elementos primordiales de nuestra individualidad anímica, cuya noción cada uno de nosotros lleva en su seno, y que ningún hombre podría rechazar. Por consiguiente, como hemos dicho, la filosofía siempre poseyó los elementos suficientes para el conocimiento del alma, tal como el espiritismo nos permite conocerla. De modo que, si hasta el presente la razón humana no ha logrado construir una metafísica verdadera y útil, que le permita comprender que el alma debe ser considerada un ser real, independiente del cuerpo, y capaz de existir de por sí, de manera sustancial y virtual, en el tiempo y en el espacio, eso se debe a que ha depreciado la observación directa de los hechos de conciencia, y a que, en su orgullo y su suficiencia, la razón se ha puesto en el lugar de la realidad.

Conforme a estas observaciones, se puede comprender cuán importante es que la filosofía se una al espiritismo, pues de este obtendrá la ventaja de convertirse en una ciencia primera seria y completa, fundada en el conocimiento de la esencia del alma y de las cuatro condiciones de su realidad. Con todo, no es menos necesario que el espiritismo se alíe a la filosofía, pues solo a través de esta podrá establecer la certeza científica de los hechos espíritas que son la base fundamental de su creencia, así como extraer de ellos las consecuencias importantes que contienen. No cabe duda de que al buen sentido le basta con ver un fenómeno para creer en su realidad, y muchos se conforman con eso. Pero muy a menudo la ciencia ha tenido motivos para dudar de las manifestaciones del sentido común, para desconfiar de las impresiones de nuestros sentidos y de las ilusiones de nuestra imaginación. Así pues, el buen sentido no basta para establecer científicamente la realidad de la presencia de los Espíritus alrededor nuestro. Para tener una

certeza irrefutable, hace falta establecer racionalmente, conforme a las leyes generales de la creación, que la existencia de los Espíritus es necesaria para ella misma, y que su presencia invisible no es más que la confirmación de los datos racionales y científicos, algunos de los cuales acabamos de indicar de un modo sumario. Así pues, solo con el método filosófico se puede obtener dicho resultado. Se trata de un trabajo necesario para la autoridad del espiritismo, y solo la filosofía puede prestarle ese servicio.

En general, para el éxito de cualquier empresa, es necesario aliar el conocimiento de los principios con la observación de los hechos. En las circunstancias particulares del espiritismo, es más necesario aún proceder de ese modo riguroso para llegar a la verdad, porque nuestra nueva doctrina afecta nuestros más caros y elevados intereses, que constituyen nuestra felicidad presente y eterna. Por consiguiente, la unión del espiritismo y la filosofía es de máxima importancia para el éxito de nuestros esfuerzos y para el porvenir de la humanidad.

F. HERRENSCHNEIDER

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

La expiación y la prueba

Moulins, 8 de julio de 1863.

Señor y venerado maestro:

Remito para vuestra consideración un asunto que ha sido discutido en nuestro pequeño grupo, y que no pudimos re-

solver con nuestras propias luces. Los Espíritus a los que consultamos tampoco han respondido tan categóricamente como para sacarnos de la duda. Por mi parte, redacté una breve nota que me tomo la libertad de enviaros, y en la que he reunido los motivos de mi opinión, que difiere de la de varios de mis colegas. Según la de estos últimos, la expiación tiene lugar ya durante la encarnación, y para eso se basan en el hecho de que esa expresión ha sido empleada en numerosas comunicaciones, especialmente en *El libro de los Espíritus*.

Por consiguiente, os ruego la amabilidad de que nos brindéis vuestra opinión al respecto. Esa decisión se convertirá en ley para nosotros, y cada uno sacrificará de buen grado su punto de vista para abrazar la bandera que habéis enarbolado y que sostenéis con tanta firmeza y sabiduría.

Recibid, señor y querido maestro, etc.

T. T.

“Varias comunicaciones, procedentes de diversos Espíritus, califican indistintamente como *expiaciones* o como *pruebas* los males y las tribulaciones que constituyen el patrimonio de cada uno durante nuestra encarnación en la Tierra. De la aplicación de estas dos palabras –cuyos significados son muy diferentes– a una misma idea, resulta cierta confusión, sin duda poco importante para los Espíritus desmaterializados, pero que entre los encarnados da lugar a discusiones a las que sería bueno poner término mediante una definición clara y precisa, con explicaciones impartidas por los Espíritus superiores, quienes fijarían ese punto de la doctrina de una manera irrevocable.

”En primer lugar, si se toman esas dos palabras en su sentido absoluto, resulta que la *expiación* sería el castigo, la pena

impuesta para el rescate de una falta, con pleno conocimiento —por parte del culpable castigado— de la causa de ese castigo, es decir, de la falta a expiar. Se comprende que la expiación en ese sentido siempre es impuesta por Dios.

”La *prueba* no implica ninguna idea de reparación. Puede ser voluntaria o impuesta, pero no es la consecuencia rigurosa e inmediata de las faltas cometidas.

”La prueba es un medio que permite constatar el estado de algo, para reconocer si es de buena calidad. De tal modo, ponemos a prueba una cuerda, un puente, una pieza de artillería, no a causa de su estado anterior, sino para asegurarnos de que son adecuados para cumplir su función.

”También, por extensión, denominamos *pruebas de la vida* al conjunto de los medios físicos o morales que revelan la existencia o la ausencia de las cualidades del alma, y que establecen su grado de perfección o los progresos que ha realizado con miras a esa perfección final.

”De tal modo, parecería lógico admitir que la *expiación* propiamente dicha, en el sentido absoluto de esa palabra, tiene lugar en la vida espiritual, después de la desencarnación o muerte corporal, y que puede ser más o menos prolongada y penosa, según la gravedad de las faltas; pero que es completa en el otro mundo, y concluye siempre con un ardiente deseo de recibir una nueva encarnación, durante la cual las pruebas elegidas o impuestas deberán hacer que el alma progrese hacia la perfección que sus faltas anteriores le impidieron alcanzar.

”Así pues, no convendría admitir que haya *expiación* en la Tierra, y ni siquiera que pueda existir excepcionalmente, pues habría que admitir también el conocimiento de las faltas castigadas. Ahora bien, ese conocimiento solo existe en la vida

de ultratumba. La *expiación* sin ese conocimiento sería una barbarie sin utilidad, y no se correspondería con la justicia ni con la bondad de Dios.

”Solo podemos concebir que durante la encarnación haya *pruebas*, porque, sean cuales fueren los males y las tribulaciones de esta Tierra, es imposible considerar que puedan constituir una *expiación* suficiente para faltas de determinada gravedad. ¿Acaso un culpable sometido a la justicia de los hombres estaría bien castigado si se lo condenara a vivir como el más desdichado de nosotros? No exageremos, pues, la importancia de los males de la Tierra a tal punto de considerar que sea un mérito el hecho de haberlos soportado. La *prueba* consiste en la manera como los males han sido soportados, más que en su intensidad, que, como la dicha terrenal, siempre es relativa para cada individuo.

”Los caracteres distintivos de la *expiación* y de la *prueba* radican en que la primera siempre es impuesta, y su causa debe ser conocida por quien la sufre, en tanto que la segunda puede ser voluntaria, es decir, elegida por el Espíritu, o bien impuesta por Dios, a falta de elección. Además, la prueba se concibe muy bien sin una causa conocida, porque no es necesariamente la consecuencia de faltas pasadas.

”En una palabra, la *expiación* abarca el pasado; la prueba abre el porvenir.

”El número de julio de la *Revista Espírita* contiene un artículo titulado *Expiación terrestre*, que parecería contrariar esta opinión. No obstante, si se lee atentamente, se verá que la verdadera *expiación* tiene lugar durante la vida espírita, y que la posición que Max ha ocupado durante su última encarnación no es realmente otra cosa más que la clase de *pruebas* que él eligió o que se le impusieron, y de las que salió victorioso;

pero que, durante toda esa encarnación, como ignoraba su posición anterior, no podía aprovechar en nada una expiación sin objeto.

”Este asunto tal vez sea más una cuestión de palabras que de principios. En efecto, muy a menudo se ha dicho: ‘No os apeguéis a las palabras; ved el fondo del pensamiento’. En todo caso, para nosotros, que nos entendemos a través de palabras, conviene asegurarnos del sentido que les otorgamos.”

Respuesta. La distinción que el autor de esta noticia establece entre el carácter de la expiación y el de las pruebas es absolutamente correcta; con todo, nosotros no podríamos compartir su opinión en lo relacionado con la aplicación de esa teoría a la situación del hombre en la Tierra.

La expiación implica necesariamente la idea de un castigo más o menos penoso, que es el resultado de una falta cometida. La prueba implica siempre la idea de una inferioridad real o presunta, porque quien ha llegado al punto culminante al que aspira, ya no tiene necesidad de pruebas. En algunos casos, la prueba se confunde con la expiación, es decir, que la expiación puede servir de prueba, y viceversa. El candidato que se presenta para obtener un cargo, experimenta una prueba. Si fracasa, deberá reanudar el trabajo penoso. Ese nuevo trabajo es el castigo por la negligencia cometida en el primero. De tal modo, la segunda prueba se convierte en una expiación. Para el condenado al que se le promete un alivio o una conmutación de la pena si se comporta bien, esa pena es a la vez una expiación por su falta, y una prueba para su suerte futura. En caso de que al salir de la prisión no se haya enmendado, la prueba resultará nula, y un nuevo castigo dará lugar a una nueva prueba.

Si ahora consideramos al hombre en la Tierra, vemos que padece males de todo tipo, y a menudo crueles. Esos males tienen una causa. Ahora bien, a menos que se los atribuya al capricho del Creador, nos vemos forzados a admitir que esa causa se encuentra en nosotros mismos, y que las miserias que experimentamos no pueden ser el resultado de nuestras virtudes. Por lo tanto, su origen radica en nuestras imperfecciones. Si un Espíritu encarna en la Tierra en medio de la riqueza, de los honores y de toda clase de goces materiales, se podrá decir que sufre la prueba de la incitación. Respecto del que cae en desgracia por su inconducta o su imprevisión, se trata de la expiación de sus faltas actuales, y podemos decir que es castigado por donde pecó. No obstante, ¿qué se dirá de aquel que, ya desde su nacimiento, sufre necesidades y privaciones, arrastra una existencia miserable y sin esperanzas de alivio, y sucumbe bajo el peso de las enfermedades congénitas, sin haber hecho *ostensiblemente* nada para merecer esa suerte? Ya sea que se trate de una prueba o de una expiación, esa situación no resulta menos penosa, y no sería más equitativa desde el punto de vista de nuestro corresponsal, puesto que si el hombre no recuerda la falta, tampoco recuerda haber elegido la prueba. Por lo tanto, se requiere buscar en otra parte la solución de este problema.

Dado que todo efecto tiene una causa, las miserias humanas son efectos que deben tener una causa. Si esa causa no se encuentra en la vida actual, debe estar en la vida anterior. Además, al admitir la justicia de Dios, esos efectos deben mantener una relación más o menos íntima con los actos precedentes, respecto de los cuales son a la vez un castigo por el pasado, y una prueba para el porvenir. Se trata de expiaciones en el sentido de que son la consecuencia de una falta; y se

trata de pruebas debido al provecho que se puede extraer de ellos. La razón nos dice que Dios no puede dañar a un inocente; de modo que, si somos dañados, es porque no somos inocentes: el mal que sufrimos es el castigo, y la manera como lo soportamos es la prueba.

No obstante, muchas veces ocurre que, como la falta no se encuentra en esta vida, se cuestiona la justicia de Dios, se niega su bondad, e incluso se duda de su existencia. Ahí radica, precisamente, la prueba más escabrosa: la duda respecto de la Divinidad. Toda persona que admita la existencia de un Dios soberanamente justo y bueno, debe considerar que ese Dios solo puede obrar con sabiduría, incluso en aquello que no comprendemos; y que si sufrimos una pena, es porque la hemos merecido; por lo tanto, se trata de una expiación. El espiritismo, mediante la revelación de la gran ley de la pluralidad de las existencias, descubre por completo el velo debajo del cual una parte de este asunto se mantenía en la oscuridad. Nos enseña que, si la falta no fue cometida en esta vida, lo fue en otra, de modo que la justicia de Dios sigue su curso castigándonos por donde hemos pecado.

A continuación, surge el grave problema del olvido, que según nuestro corresponsal le quita a los males de la vida el carácter de expiación. Se trata de un error. Dadles el nombre que queráis, pero no lograréis que esos males dejen de ser la consecuencia de una falta. Si no lo sabéis, el espiritismo os lo enseña. En cuanto al olvido de las faltas, no produce de por sí las consecuencias que le atribuí. Hemos demostrado en otra parte que el recuerdo preciso de esas faltas daría lugar a inconvenientes extremadamente graves, toda vez que nos inquietaría, nos humillaría ante nosotros mismos y ante quienes nos rodean; causaría una perturbación en las relaciones socia-

les y, por eso mismo, obstaculizaría nuestro libre albedrío. Por otra parte, el olvido no es tan absoluto como se supone, pues solo ocurre durante la vida exterior de relación, en interés de la propia humanidad. La vida espiritual no tiene solución de continuidad: el Espíritu, tanto en la erraticidad como en los momentos de emancipación, recuerda perfectamente, y ese recuerdo le brinda una intuición que se expresa mediante la voz de la conciencia, la cual le advierte acerca de lo que debe o no debe hacer; de modo que, si no la escucha, es culpable. El espiritismo, además, le ofrece al hombre un medio de remontarse a su pasado, si bien no a los actos precisos, al menos a los caracteres generales de esos actos, que en mayor o menor medida han dejado un rastro en su vida actual. A partir de las tribulaciones que sufre, sean expiaciones o pruebas, el hombre debe concluir que ha sido culpable. A partir de la naturaleza de esas tribulaciones, con la ayuda del estudio de sus tendencias instintivas, y sobre la base del principio según el cual el castigo más justo es el que resulta de una falta, el hombre puede deducir su pasado moral. Sus malas tendencias le muestran las imperfecciones que quedan en él, y que debe corregir. La vida actual le resulta un nuevo punto de partida; llega a ese punto rico o pobre de buenas cualidades, de modo que le basta con estudiarse a sí mismo para ver lo que le falta, y afirmar: “Si soy castigado, es porque pequé”, y el propio castigo le mostrará lo que ha hecho. Hagamos una comparación:

Supongamos que un hombre es condenado a trabajos forzados durante cierta cantidad de años, y que sufre un castigo especial más o menos riguroso según la falta que haya cometido. Supongamos además que, al entrar en la cárcel, pierde el recuerdo de los actos que lo condujeron allí. ¿Acaso no podrá pensar: “Si estoy en la cárcel, es porque soy culpable, pues a la

gente virtuosa no se la encierra. Por lo tanto, tratemos de ser buenos, para que no tengamos que volver aquí cuando hayamos salido”? ¿Acaso no podría saber lo que hizo? Al estudiar la ley penal, sabrá cuáles son los crímenes que lo llevaron a la cárcel, pues nadie es puesto tras las rejas por una tontería. De la duración y la severidad de la pena, podrá deducir el tipo de crímenes que debió de haber cometido. Para hacerse una idea más exacta, solo tendrá que estudiar aquellos hacia los cuales se siente instintivamente atraído. Sabrá, pues, lo que deberá evitar a partir de entonces para conservar la libertad, y además será persuadido por las exhortaciones de los hombres de bien, que se encargan de instruirlo y dirigirlo por el camino recto. En caso de que no saque provecho de todo eso, sufrirá las consecuencias. Esa es la situación del hombre en la Tierra, pues, al igual que el condenado en la cárcel, no se encuentra en ella debido a sus perfecciones, toda vez que es desdichado y se lo obliga a trabajar. Dios multiplica para él las enseñanzas acordes a su grado de adelanto; le llama la atención constantemente, e incluso lo sacude para despertarlo de su letargo. De tal modo, quien persiste en su obstinación no puede excusarse alegando ignorancia.

En resumen, si bien algunas situaciones de la vida humana tienen más particularmente el carácter de pruebas, es indudable que otras son castigos, y todo castigo puede servir de prueba.

Es un error considerar que el carácter esencial de la expiación sea el hecho de que es impuesta, pues todos los días vemos en la vida expiaciones voluntarias, sin hablar de los monjes que se mortifican y flagelan con la disciplina y el cilicio. Así pues, no tiene nada de irracional admitir que un Espíritu, en la erradicidad, elija o solicite una existencia terrenal

que le sirva para reparar sus errores del pasado. En caso de que esa existencia se le hubiera impuesto, no sería menos justa, a pesar de la ausencia momentánea del recuerdo, por los motivos expuestos más arriba. Las miserias de este mundo son, por lo tanto, expiaciones por su aspecto efectivo y material, y pruebas por sus consecuencias morales. Sea cual fuere el nombre que les asignemos, el resultado es el mismo: el mejoramiento. En presencia de un objetivo tan importante, sería pueril convertir una cuestión de principios en una cuestión de palabras. Esto demostraría que se atribuye más importancia a las palabras que al hecho en sí.

Para nosotros es una satisfacción responder preguntas serias, así como resolverlas en la medida de lo posible. La discusión es tanto más útil para las personas de buena fe que han estudiado y desean profundizar los temas, porque eso significa trabajar para el progreso de la ciencia, en tanto que resulta infructuosa con los que abren juicio sin conocimiento y pretenden saber sin esforzarse en aprender.

Segunda carta al señor cura Marouzeau

(Véase el número de julio de 1863.)

Señor cura:

En mi anterior carta expuse los motivos que me llevaron a no responder punto por punto vuestro opúsculo. No volveré a mencionarlos, y me limitaré a considerar algunos de vuestros párrafos.

Decís: “De todo esto concluimos que el espiritismo debe limitarse a combatir el materialismo, a brindarle al hombre pruebas palpables de su inmortalidad a través de manifestaciones de ultratumba bien constatadas. Fuera de eso, todo en él no es más que incertidumbre, tinieblas espesas, ilusiones, un verdadero caos. Como doctrina filosófico-religiosa, es una verdadera utopía, como tantas otras consignadas en la historia, a la que el tiempo condenará debidamente, a pesar del ejército espiritual del que os habéis constituido en general en jefe”.

En primer lugar, señor abad, convengamos en que vuestras previsiones prácticamente no se han cumplido, y en que el tiempo no tiene mucha prisa en condenar al espiritismo. Si este no sucumbió, no es por culpa de la indiferencia y la negligencia del clero y sus partidarios, pues los ataques no han faltado: opúsculos, periódicos, sermones, excomuniones, han abierto fuego en todos los frentes. No faltó nada, ni siquiera el talento y el mérito indiscutibles de algunos de vuestros paladines. Por lo tanto, si a pesar de esa formidable artillería, las filas del espiritismo se han incrementado en vez de disminuir, es porque el fuego se convirtió en humo. Otra vez, una regla de la lógica elemental señala que toda fuerza se juzga por sus efectos. Vosotros no pudisteis detener al espiritismo, porque este va más rápido que vosotros, y eso se debe a que el espiritismo va hacia adelante, mientras que vosotros tiráis hacia atrás, y el siglo avanza.

Al examinar los diversos ataques dirigidos contra el espiritismo, de ahí resulta una enseñanza profunda y triste a la vez: los ataques que proceden del partido escéptico y materialista se caracterizan por la negación, la burla más o menos ingeniosa, con bromas a menudo tontas y vulgares; mientras que —es lamentable decirlo— los que proceden del partido religioso consisten en las más groseras injurias, los ultrajes personales,

las calumnias. Las palabras más ofensivas son las que se arrojan desde el púlpito. El engañoso y vil panfleto acerca del hipotético presupuesto del espiritismo fue publicado en nombre de la Iglesia. Al respecto, he dado algunos ejemplos en la *Revista*, y no lo he dicho todo, por deferencia, y porque sé que no todos los miembros del clero aprueban semejantes cosas. No obstante, es útil que más adelante se sepa cuáles son las armas de que se han valido para combatir al espiritismo. Lamentablemente, los artículos de periódicos son tan efímeros como las hojas que los contienen; hasta los opúsculos tiene una existencia efímera, y es probable que en algunos años el nombre de los más ardientes y biliosos antagonistas se haya olvidado. Hay una sola manera de prevenir ese efecto del tiempo: reunir todas esas diatribas, sea cual fuere su procedencia, y publicar una compilación, que no dejará de ser una de las páginas más instructivas de la historia del espiritismo. Para realizar ese trabajo no me faltan documentos, y lamento decir que los publicados en nombre de la religión, hasta el día de hoy, son la mayoría. Observo con satisfacción que vuestro opúsculo constituye al menos una excepción en cuanto a su urbanidad, si bien no lo es en cuanto a la fuerza de sus argumentos.

Según vos, señor abad, todo en el espiritismo no es más que incertidumbre, tinieblas espesas, ilusiones, caos, utopías. En tal caso, deberíais reconocer que no es tan peligroso, dado que nadie lo entiende. ¿Por qué la Iglesia habría de temerle a algo tan absurdo? De ser así, ¿a qué se debe ese despliegue de fuerzas? En vista de semejante reacción, se diría que tiene miedo. Por lo general, no se disparan cañones contra una mosca. ¿No resulta contradictorio decir, por un lado, que el espiritismo es temible y amenaza a la religión, y por otro lado decir que no significa nada?

En el párrafo referido, he detectado un error, sin duda involuntario, porque no creo que, conforme al ejemplo de algunos de vuestros colegas, hayáis alterado deliberadamente la verdad para alcanzar vuestros fines. Vos decís: “A pesar del ejército espiritual del que os habéis *constituido* en general en jefe”. En primer lugar, os preguntaría qué entendéis por *ejército espiritual*. ¿Os referís al ejército de los Espíritus o al de los espíritas? La primera interpretación sería absurda; la segunda, una falsedad, pues es notorio que nunca me he *constituido* en jefe de nadie. Si los espíritas me asignan ese título, lo hacen por un sentimiento espontáneo de su parte, debido a la confianza que tienen a bien otorgarme, mientras que vos dais a entender que yo me impuse y que tomé esa iniciativa, cosa que niego formalmente. Por otra parte, si bien el éxito de la doctrina que profeso me concede alguna autoridad sobre los adeptos, se trata de una autoridad puramente moral, que solo ejerzo para recomendarles calma, moderación, y para que se abstengan de tomar represalias contra las personas que los tratan tan indignamente; en una palabra, para llamarlos a la práctica de la caridad incluso respecto de los enemigos.

La parte más importante de ese párrafo es aquella en la que afirmáis que “el espiritismo debe limitarse a combatir el materialismo, y a demostrar la inmortalidad del alma a través de las manifestaciones de ultratumba”. De eso resulta que el espiritismo es bueno en algo. Si las manifestaciones de ultratumba son útiles para destruir el materialismo y demostrar la inmortalidad del alma, entonces no es el diablo quien se manifiesta. Para obtener esa prueba, que según vos resulta de tales manifestaciones, es necesario que en ellas se reconozca a los familiares y los amigos. Por consiguiente, los Espíritus que se comunican son las almas de las personas que han vivido.

De tal modo, señor abad, disentís respecto de la doctrina que varios de vuestros ilustres colegas profesan, a saber: que *solo el diablo puede comunicarse*. ¿Es este un punto doctrinario o una opinión personal? En el segundo caso, una opinión no tiene más autoridad que otra; en el primero, rozáis la herejía.

Hay más: dado que las comunicaciones de ultratumba son útiles para combatir la incredulidad sobre la base fundamental de la religión, es decir, sobre la existencia y la inmortalidad del alma; y dado que el espiritismo *debe* valerse de esas comunicaciones para lograr aquel fin, de ahí se sigue que todos podemos valernos de la evocación como remedio para la duda que la religión no ha logrado vencer por sí misma. Por lo tanto, cualquier creyente, cualquier buen católico, incluso si es sacerdote, puede practicar la evocación para que las ovejas perdidas vuelvan al redil. Si el espiritismo cuenta con los medios para disipar las dudas que la religión no pudo destruir, entonces ofrece recursos que la religión no posee, puesto que, de lo contrario, con la religión católica no habría un solo incrédulo. ¿A qué se debe, entonces, que esta rechace un medio eficaz para salvar almas? Por otro lado, ¿cómo es posible conciliar la utilidad que vos reconocéis en las comunicaciones de ultratumba, con la prohibición formal de la Iglesia respecto de evocar a los muertos? Dado el principio riguroso según el cual no se puede ser católico sin cumplir escrupulosamente los preceptos de la Iglesia, y que la más mínima desviación de esos mandamientos constituye una herejía, de ahí se sigue que vos, señor abad, sois estrictamente herético, porque afirmáis que es bueno lo que la Iglesia condena. Pera a la vez decís que el espiritismo no es más que caos e incertidumbre. ¿Será entonces que vosotros sois mucho más claros? ¿De qué lado está la ortodoxia en este punto, ya que algunos piensan de

una forma y otros de otra? ¿Cómo pretendéis que se os apoye si vuestras propias palabras resultan contradictorias? Vuestro opúsculo se titula: *Refutación COMPLETA de la doctrina espírita desde el punto de vista religioso*. Quien dice *completa*, dice absoluta. Si la refutación es completa, no debe permitir que nada subsista. Sin embargo, desde el propio punto de vista religioso, ¿reconocéis la inmensa utilidad de algo que la Iglesia prohíbe! ¿Habría una utilidad más grande que la de lograr que los incrédulos vuelvan a Dios? Hubiera sido mejor que vuestro opúsculo se titulara: *Refutación de la doctrina demoníaca de la Iglesia*. Además, no es la única contradicción que yo podría señalar. No obstante, tranquilizaos, porque no sois el único disidente. Por mi parte, conozco una buena cantidad de eclesiásticos que no creen más que vos en la comunicación exclusiva del diablo; que se dedican a las evocaciones con la conciencia tranquila; y que tampoco creen más que yo en las penas irremisibles y en la condena eterna absoluta, de acuerdo en esto con más de un Padre de la Iglesia, como se os demostrará más adelante. Así es, muchos más eclesiásticos de lo que se supone consideran el espiritismo desde un punto más elevado. Conmovidos por la universalidad de las manifestaciones y por el espectáculo imponente de ese avance irresistible, ven en eso la aurora de una era nueva, así como un signo de la voluntad de Dios, ante la cual se inclinan en silencio.

Vos decís, señor abad, que el espiritismo debía detenerse en ese punto y no ir más allá. En todo, hay que ser consecuente con uno mismo. Para que esas almas puedan convencer a los incrédulos respecto de su existencia, es necesario que hablen. Ahora bien, ¿podemos impedir que digan lo que quieran? ¿Es culpa mía que se comuniquen para describir su situación, feliz o desdichada, de una manera diferente a la que enseña la Iglesia?

¿Es culpa mía que digan que ya vivieron y que volverán a vivir corporalmente, y que Dios no es cruel, ni vengativo, ni inflexible —conforme se lo representa—, sino bueno y misericordioso? ¿Es culpa mía que, en todos los puntos del globo donde se les llama para convencerse de la vida futura, ellas digan lo mismo, y que el panorama que nos presentan acerca del porvenir que se le reserva al hombre, sea más seductor que el que vosotros le ofrecéis? Por último, ¿es culpa mía que los hombres prefieran la misericordia en vez de la condenación? ¿Quién elaboró la doctrina espírita? Han sido sus palabras, y no mi imaginación. Los propios actores del mundo invisible, los testigos oculares de las cosas de ultratumba son quienes han dictado el espiritismo, que solo se fundó en la concordancia de la inmensa mayoría de las revelaciones que fueron recibidas en todas partes por personas que nunca he visto. Por consiguiente, en todo esto no hice más que reunir y coordinar metódicamente la enseñanza impartida por los Espíritus. Sin tomar en cuenta en modo alguno las opiniones aisladas, adopté las de la mayoría, y descarté todas las ideas sistemáticas, individuales, excéntricas o contradictorias respecto de los datos positivos de la ciencia.

De esas enseñanzas y de su concordancia, así como de la observación atenta de los hechos, se sigue que las manifestaciones espíritas no tienen nada de sobrenatural, sino que, por el contrario, son el resultado de una ley de la naturaleza, desconocida hasta ahora, como lo han sido durante mucho tiempo las leyes de la gravitación, del movimiento de los astros, de la formación de la Tierra, de la electricidad, etc. Dado que esa ley está en la naturaleza, es obra de Dios, a menos que se diga que la naturaleza es obra del diablo. Esa ley, al explicar una infinidad de cosas que sin ella resultan inexplicables, ha convertido a tantos incrédulos en la existencia del alma como el propio fenómeno

de las manifestaciones, y la prueba de esto radica en la gran cantidad de materialistas que volvieron a Dios tan solo mediante la lectura de las obras espíritas, sin que hayan visto nada. ¿Hubiera sido mejor que permanecieran en la incredulidad, aun con el riesgo de no adherir por completo a la ortodoxia católica?

Por consiguiente, la doctrina espírita no es obra mía, sino de los Espíritus. Ahora bien, si esos Espíritus son las almas de los hombres, esa doctrina no puede ser obra del demonio. Si fuera mi concepción personal, en vista de su éxito prodigioso, podría congratularme; pero no debo atribuirme lo que no es mío. No, la doctrina espírita no es la obra de uno solo, ya sea hombre o Espíritu, pues ninguno —sea el que fuere— habría podido otorgarle una aprobación suficiente. Es la obra de una multitud de Espíritus, y en esto radica su fuerza, pues todo el mundo puede recibir de ellos su confirmación. ¿Será que, como vos decís, el tiempo la condenará? Para que eso ocurra sería preciso que no se la enseñe más, es decir, que los Espíritus dejaran de existir y de comunicarse por toda la Tierra. Además, sería preciso que la doctrina perdiera su lógica y dejara de satisfacer las aspiraciones de los hombres. También decís que esperáis que yo reconozca mi error. No lo creo y, francamente, no serán los argumentos de vuestro opúsculo los que me harán cambiar de opinión, como tampoco abandonar el puesto en el que la Providencia me ha colocado, y en el que obtengo todas las alegrías morales a los que el hombre puede aspirar en la Tierra, viendo que fructifica lo que ha sembrado. Os aseguro que es una inmensa y grata dicha contemplar a todos aquellos a quienes la doctrina espírita tornó felices, a tantos hombres a los que salvó de la desesperación, del suicidio, de la brutalidad y de las pasiones, para conducirlos al bien. Una sola de sus bendiciones compensa sobradamente

mi agotamiento y los insultos que recibo. Ninguna persona está en condiciones de quitarme semejante dicha, pero como vos no lo sabéis, desearíais hacerlo. Por mi parte, os deseo esa dicha con toda mi alma. Experimentadla, y veréis.

Señor abad, os concedo diez años de plazo para ver lo que pensaréis entonces acerca de la doctrina espírita.

Recibid, etc.

ALLAN KARDEC

El Eco de Sétif al señor Leblanc de Prébois

Hemos extraído el siguiente pasaje de un artículo publicado en *L'Écho de Sétif*, del 23 de julio de 1863, en respuesta al opúsculo titulado: *El presupuesto del espiritismo*, al que nos hemos referido en el número de la *Revista Espírita* del mes de junio último:

“(…) No extendamos tanto el asunto y, para comprendernos mejor, procedamos por orden:

”1.º Vos creéis en la inmortalidad del alma, y yo también. En este punto estamos de acuerdo.

”2.º Después de mi muerte, vos enviáis mi alma a Dios, y yo hago lo mismo con la vuestra. Segundo punto en el que estamos de acuerdo.

”3.º Una vez que mi alma ha llegado a Dios, vos pretendéis que se mantenga en presencia de Dios o que vaya al Infierno, o bien que vaya al Purgatorio. Estos son los únicos tres lugares en los que le permitís desplazarse.

”En este punto, ya no estamos de acuerdo. Yo creo que Dios puede permitirle a un alma que viaje por todas partes. Vos circunscribís su espacio, pero yo lo expando.

”Decidme, leal y francamente, si pensáis que vuestra opinión está mejor fundada que la mía. Decidme por qué razón Dios impediría que mi alma viajara tras la muerte de mi cuerpo. ¿Habéis recibido al respecto alguna revelación? ¿Tenéis alguna prueba obtenida solamente a partir de un razonamiento? No lo creo.

”Yo sí tengo una: el razonamiento que hago partiendo de lo conocido a lo desconocido. Dios ha creado leyes inmutables que nunca se contradicen. Ahora bien, yo veo que todo se mueve en la naturaleza que me rodea, veo que todo se agita, y que nada se mantiene en reposo. Dios así lo quiere.

”Esta verdad que toco, que siento, me alcanza para demostrarme que lo mismo ocurre en los mundos que me resultan desconocidos. Por vuestra parte, decidme por qué pretendéis que sea de otro modo.

”Si vos no refutáis que mi alma pueda moverse después de la muerte de mi cuerpo, y si ella vive, si ella siente, si ella puede comunicarse con algo, con alguien, decidme por qué no podría comunicarse con vuestra alma, aunque esta siga unida a vuestro cuerpo. Dadme una razón; una razón que tenga razón, pues de lo contrario la rechazaré.

”Si me decís que vuestra inteligencia se niega a creer en eso, esa es una razón que yo no admito, porque hay millones de cosas que vuestra inteligencia se negaría a creer, pero en las que creerías después de haberlas visto, como ha hecho santo Tomás.

”Tengo apenas un pedido que haceros, pues no me preocupa vuestra creencia; no me interesa en absoluto. Tan solo os suplico que no insultéis a nadie sin necesidad.

”Sea cual fuere vuestro mérito, en el espiritismo hay hombres que merecen vuestro respeto. Los hay que desean observar, estudiar, instruirse. Los hay que han visto cosas sorprendentes, cuyas causas desean conocer antes de pronunciarse. ¡Haced como ellos! Estudiad, haced el intento de investigar. Luego, cuando lo hayáis hecho, presentad la explicación clara y precisa del fenómeno. Eso valdrá más que vuestras expresiones disonantes. Habréis contribuido a que la ciencia dé un paso adelante, a la vez que aliviado las conciencias alarmadas como la vuestra. ¡Ahí tenéis un buen papel para representar!

”Antes de finalizar, hagámosle una última pregunta al señor Leblanc de Prébois:

”¿Puso a la venta su opúsculo, o solamente lo publicó por amor a la humanidad?”

C***.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Revelaciones sobre mi vida sobrenatural

por Daniel Dunglas Home³⁸

Esta obra es un relato puro y simple, sin comentarios ni explicaciones, acerca de los fenómenos mediúmnicos producidos por el señor Home. Esos fenómenos son muy interesantes para toda persona que conozca el espiritismo y pueda

38. Un volumen in-12; traducido del inglés. Precio: 3,50 francos, y no 2 francos, como se anunció por error tipográfico en el precedente número de la *Revista*. Por correo: 3,90 francos.

explicarlos, pero por sí solos resultan poco convincentes para los incrédulos, pues estos, dado que ni siquiera creen en lo que ven, mucho menos creerán en lo que se narra. Se trata de una recopilación de hechos más adecuada para los que saben que para los que ignoran, instructiva para los primeros, pero una simple curiosidad para los segundos. Nuestra intención no es examinar ni discutir aquí esos hechos, pues de lo contrario repetiríamos los artículos publicados acerca del señor Home en la *Revista Espírita* (febrero, marzo, abril y mayo de 1858, páginas 58, 88, 117, 120 y 145). Apenas diremos que la simplicidad del relato posee una impronta de verdad que no se podría ignorar, y que no tenemos motivo alguno para sospechar de su autenticidad. Lo que se le puede reprochar es la monotonía, la ausencia de conclusiones, de deducciones filosóficas o morales. También hay muy frecuentes incorrecciones de estilo. La traducción, sobre todo en algunas partes, se aleja demasiado del espíritu de la lengua francesa. Si bien la duda es la primera impresión que recibe quien no puede ahondar en esos hechos, toda persona que haya leído atentamente y comprendido nuestras obras, principalmente *El libro de los médiums*, reconocerá al menos que son posibles, porque dispone de su explicación.

El señor Home, como sabemos, es un médium de efectos físicos muy poderoso. Cuenta con la notable particularidad de que reúne en su persona la aptitud necesaria para obtener la mayoría de los fenómenos de ese tipo, y en un grado de algún modo excepcional. A pesar de que la malicia se haya complacido en atribuirle una infinidad de hechos apócrifos, ridiculizándolos mediante la exageración, quedan suficientes para justificar su reputación. Su obra tendrá, sobre todo, la gran ventaja de separar lo verdadero de lo falso.

Los fenómenos que el señor Home produce nos remiten al período inicial del espiritismo: el de las mesas giratorias, también denominado período de la *curiosidad*; es decir, el de los efectos preliminares cuyo objetivo era llamar la atención hacia este nuevo orden de cosas, así como abrir el camino del período filosófico. Ese avance era racional, porque toda filosofía debe ser la deducción de hechos concienzudamente estudiados y observados, y la que solo se apoye en ideas puramente especulativas carecerá de base. Así pues, la teoría debía resultar de los hechos, y las consecuencias filosóficas debían resultar de la teoría. Si el espiritismo se hubiera limitado a los fenómenos materiales, una vez satisfecha la curiosidad, no habría sido más que una moda efímera. La prueba de esto se encuentra en las mesas giratorias, que tuvieron el privilegio llevar diversión a los salones apenas durante algunos inviernos. Su vitalidad radicaba apenas en esa utilidad. Además, la expansión prodigiosa que adquirió, data de la época en que ingresó en el camino filosófico. Solo a partir de esa época ocupó un lugar entre las doctrinas.

La observación y la concordancia de los hechos condujeron a la investigación de las causas; la investigación de las causas condujo a reconocer que las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible existen en virtud de una ley. Esa ley, una vez conocida, explicó una infinidad de fenómenos espontáneos que hasta entonces no se comprendían debidamente, y a los que se consideraba sobrenaturales antes de que su causa se conociera. Una vez establecida la causa, esos mismos fenómenos integraron el orden de los hechos naturales, y lo maravilloso desapareció. En tal sentido, y con razón, podemos criticar la calificación de *sobrenatural* que, en su obra, el señor Home aplica a su vida. Antiguamente, no cabe duda de que habría

pasado por un taumaturgo. En la Edad Media, si hubiera sido monje, lo habrían convertido en un santo con el don de hacer milagros; y como un simple particular, habría pasado por brujo y lo habrían quemado en la hoguera. Entre los paganos, lo habrían convertido en un dios y lo habrían puesto en los altares. Con todo, “año nuevo, vida nueva”: en la actualidad, es un simple médium, predestinado por el poder de su facultad a restringir el círculo de los prodigios, para demostrar, mediante la experiencia, que algunos efectos denominados maravillosos no se apartan de las leyes de la naturaleza.

Algunas personas comenzaron a temer que se cuestionara la autenticidad de algunos milagros, al ver que estos pasaban a ser de dominio público. En efecto, dado que el señor Home compartía ese don con una infinidad de otros médiums, quienes producían esos fenómenos en presencia de todo el mundo, resultaba imposible considerar que tales fenómenos fueran derogaciones de las leyes de la naturaleza, lo cual constituye el carácter esencial de los hechos milagrosos, a menos que se admitiera que cualquiera podía revocar esas leyes. Pero ¿qué hacer entonces? No se puede impedir que lo que es, sea. No se puede esconder debajo del celemín lo que no es privilegio de ningún individuo. Por lo tanto, hay que resignarse a aceptar la realidad de esos hechos, así como se aceptó el movimiento de la Tierra y la ley que rige su formación. Si el señor Home fuera el único en su género, tras su muerte se podría negar lo que él hizo. Pero ¿cómo se puede negar la existencia de fenómenos que se han vuelto comunes debido a la multiplicidad y la perpetuidad de los médiums, que se forman a diario en miles de familias y en todos los puntos del globo? Una vez más señalamos que es necesario aceptar, de buen grado o por la fuerza, aquello que es y que no se puede impedir.

No obstante, lo que algunos fenómenos pierden en prestigio desde el punto de vista milagroso, lo ganan en autenticidad. Debemos convenir en que la incredulidad respecto de los milagros está a la orden del día, y en que la fe en ellos se encontraba realmente debilitada. En la actualidad, en presencia de los efectos mediúmnicos, y gracias a la teoría espírita que prueba que tales efectos están en la naturaleza, la posibilidad de esos fenómenos queda demostrada, de modo que la incredulidad deberá callarse. La negación de un hecho implica la negación de sus consecuencias. ¿Acaso será mejor negar el hecho considerado milagroso, antes que admitirlo como una simple ley de la naturaleza? ¿Acaso las leyes de la naturaleza no son obra de Dios? ¿Será que la revelación de una nueva ley no es una prueba de su poder? ¿Será que Dios es menos grandioso por actuar en virtud de sus leyes que por derogarlas? Los milagros, por otra parte, ¿son un atributo exclusivo del poder divino? ¿No nos enseña la propia Iglesia que “los falsos profetas, motivados por el demonio, pueden hacer milagros y prodigios para seducir incluso a los elegidos”? Si el demonio puede hacer milagros, entonces puede derogar las leyes de Dios, es decir, deshacer lo que Dios ha hecho. Con todo, la Iglesia no dice en ninguna parte que el demonio puede hacer leyes para regir el universo. Ahora bien, dado que los milagros pueden ser hechos por Dios y por el demonio, pero que las leyes son obra de Dios solamente, de ahí se sigue que el espiritismo, al demostrar que algunos hechos considerados excepcionales constituyen aplicaciones de las leyes de la naturaleza, certifica el poder de Dios mucho más que los milagros, porque solo le atribuye a Dios lo que, según la otra hipótesis, podría ser obra del demonio.

Los fenómenos producidos por el señor Home ponen de relieve otra enseñanza, y su libro acude en apoyo de lo que hemos dicho tantas veces acerca de que las manifestaciones físicas por sí solas resultan insuficientes para convencer a determinadas personas. Es muy conocido el hecho de que numerosas personas han sido testigo de las más extraordinarias manifestaciones, pero sin convencerse, y eso debido a que, como no las comprendían ni contaban con una base de apoyo para razonar, solo creyeron ver malabarismos. No cabe duda de que, si alguien fuera capaz de vencer la incredulidad mediante efectos materiales, ese sería el señor Home. Ningún médium ha producido un conjunto de fenómenos tan sorprendentes, ni en mejores condiciones de honorabilidad; sin embargo, una gran cantidad de quienes lo han visto en acción todavía lo consideran un hábil prestidigitador. Para muchos, hace cosas muy curiosas, más curiosas que las de Robert Houdin, y eso es todo. No obstante, parecía que en presencia de hechos tan asombrosos, y que se volvieron notorios por la cantidad y la calidad de los testigos, ninguna negación sería posible, y que Francia se convertiría totalmente. Cuando esos fenómenos se producían tan solo en América, aquí se los rechazaba debido a la imposibilidad de verlos. El señor Home vino a mostrárselos a la élite de la sociedad, pero incluso en esa sociedad encontró más curiosos que creyentes, a pesar de que esos fenómenos desafiaban cualquier sospecha fundada de charlatanismo. Así pues, ¿qué les faltaba a esas manifestaciones para convencer? Les faltaba la clave para que se las comprendiera. En la actualidad, no hay un solo espírita, que haya estudiado un poco seriamente esta ciencia, que no admita los hechos relatados en el libro del señor Home, a pesar de no haberlos visto; mientras que, entre quienes sí los vieron, hay más de un incrédulo, pues lo que habla al espíritu

y se apoya en el razonamiento, tiene un poder de convicción que no está presente en lo que solo habla a los ojos.

¿Significa esto que la venida del señor Home ha sido inútil? Por cierto que no. Ya lo hemos dicho y lo repetimos: él apresuró la eclosión del espiritismo en Francia, por la luz que echó sobre los fenómenos —incluso entre los incrédulos—, demostrando que no los envuelve ningún misterio, ni ninguna de las fórmulas ridículas de la magia, y que se puede ser médium sin parecer un hechicero. Además, por la repercusión que su nombre y el mundo que él frecuenta han dado al asunto. Así pues, su venida ha sido muy útil, aunque más no fuera para brindarle al señor Oscar Comettant la oportunidad de referirse al tema y escribir el *ingenioso* artículo que conocemos, para lo cual a este autor solo le faltó conocer lo que pretendió criticar, del mismo modo que un hombre que no sabe una palabra de música pretendiera criticar a Mozart o a Beethoven. (Véase la reseña que, acerca del libro del señor Home, el señor Comettant escribió en *Le Siècle* del 15 de julio de 1863, así como algunas palabras de nuestra parte en el artículo publicado al respecto en la *Revista Espírita* de agosto de este año.)

* * *

Sermones sobre el espiritismo

Predicados en la catedral de Metz, los días 27, 28 y 29 de mayo de 1863, por el reverendo padre Letierce, de la Compañía de Jesús; refutados por un espírita de Metz, y precedidos de consideraciones acerca de la locura espírita³⁹.

39. Opúsculo in-12. Precio: 1 franco. Por correo: 1 franco más 10 centavos.

Si bien no conocemos personalmente al autor de este opúsculo, podemos decir que se trata de la obra de un espírita esclarecido y sincero. Nos complace ver que la defensa del espiritismo es asumida por manos hábiles, que saben aliar el poder del razonamiento con la moderación: atributo de la verdadera fuerza. Los argumentos de los adversarios son combatidos aquí con una lógica a la que no sabemos cuál otra podría oponérsele, porque solo hay una lógica seria: aquella cuyas deducciones no dejan lugar alguno a la réplica, y nosotros consideramos que tal es el caso del autor. No cabe duda de que siempre se puede replicar, con razón o sin ella, porque hay personas con las cuales nunca se tiene la última palabra, incluso si se les demuestra que hay sol al mediodía. Pero no se trata de tener razón frente estas personas; poco importa que se convenzan o no de su error. No nos dirigimos a ellas, sino al público, que en última instancia es el juez de las buenas causas y de las malas. En el espíritu de las masas hay un buen sentido que puede fallar en los individuos aislados, pero cuyo conjunto es como la resultante de las fuerzas intelectuales y del sentido común.

En nuestra opinión, el opúsculo de que se trata reúne las ventajas del fondo y de la forma; es decir que, a la precisión del razonamiento, agrega la corrección y la elegancia del estilo, que nunca son perjudiciales y logran que la lectura de un escrito resulte más atractiva y fácil. No nos cabe duda de que los espíritas recibirán este escrito con la simpatía y el mérito que se merece. Nosotros lo recomendamos con toda confian-

París: en la librería de los Sres. Didier, 35 quai des Augustins; y en Ledoyen, Palais-Royal. Metz: en Linden, 1 rue Pierre-Hardie. (N. de Allan Kardec.) Véase, más adelante, el número de octubre (N. del T.)

za y sin restricciones. Quienes contribuyan a su difusión prestarán un servicio a la causa.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Una muerte prematura

(Sociedad espírita de París, 31 de julio de 1863.

Médium: señora Costel.)

Aquí estoy, una vez más en el teatro del mundo, yo que me consideraba sepultada para siempre con mi mortaja de inocencia y juventud. El fuego de la Tierra me salvó del fuego del Infierno: eso pensaba en mi fe católica; y si bien no me atrevía a vislumbrar los esplendores del Paraíso, mi alma temblorosa se refugiaba en la expiación del Purgatorio. Y yo suplicaba, sufría, lloraba. Sin embargo, ¿quién le otorgaba a mi debilidad la fuerza para soportar mis angustias? ¿Quién, en las largas noches de insomnio y de fiebre dolorosa, se inclinaba sobre mi lecho de mártir? ¿Quién refrescaba mis labios resecos? Erais vos, mi ángel de la guarda, cuya blanca aureola me envolvía. También erais vosotros, queridos Espíritus amigos, que veníais a susurrarme palabras de esperanza y amor.

La llama que consumió mi débil cuerpo, me despojó del apego a lo que transcurre. Entonces, morí, pero ya con la vida propia de la verdadera vida. No conocí la turbación e ingresé, serena y ensimismada, en el día radiante que envuelve a los que, después de haber sufrido mucho, conservan un poco de esperanza. Mi madre, mi querida madre, fue la última vibra-

ción terrenal que resonó en mi alma. ¡Cómo me gustaría que se tornara espírita!

Me desprendí del árbol terrenal como un fruto maduro, pero antes de tiempo. Apenas me había rozado el demonio del orgullo, que incita a las almas de las infelices arrastradas por el éxito rutilante y la embriaguez de la juventud. Bendije esa llama; bendije los sufrimientos; bendije la prueba que era una expiación. A semejanza de esos leves hilos blancos del otoño, floto conducida por la corriente luminosa. Las estrellas de diamantes ya no brillan en mi frente, sino las estrellas de oro del buen Dios.

* * *

Nota. Nuestra intención en esa sesión había sido evocar a este Espíritu, pues sabíamos que muchos de los presentes simpatizaban con él. Razones particulares nos habían obligado a postergar la evocación, de la que no habíamos hablado con nadie. Pero el Espíritu, sin duda atraído por nuestro pensamiento y el de varios miembros, se presentó espontáneamente y, sin que lo invitáramos, dictó esa encantadora comunicación.

* * *

El Purgatorio

(Sociedad espírita de París, 31 de julio de 1863.

Médium: señor Alfred Didier.)

La religión católica nos muestra el Purgatorio como un lugar en el que el alma, sufriendo terribles expiaciones, alivia

sus faltas y reivindica poco a poco, mediante el dolor, sus derechos al sol de la vida eterna. ¡Espléndida imagen! La imagen más auténtica y perfecta de la gran trinidad dogmática del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. A pesar de sus desesperantes severidades, la Iglesia comprendió que hacía falta un punto intermedio entre la condena eterna y la dicha eterna. No obstante, en ese ensamblaje extraño, confundió el tiempo infinito y progresivo, que es uno solo, con tres situaciones limitadas e incomprensibles. A la religión, o mejor dicho, a la enseñanza por completo humanitaria y progresiva del Cristo, el espiritismo le agrega los medios de realizar esa humanidad ideal. Entre los espacios filosóficos de nuestra época, hay más de un germen espírita; y hasta el filósofo escéptico, que solo aconseja para la felicidad definitiva de la humanidad el alejamiento y la destrucción de toda creencia humana y divina, trabaja más de lo que se supone a favor de la tendencia universal del espiritismo. Solo se trata de un camino en el que el Cielo figura poco, en el que la existencia futura casi no aparece, pero en el que al menos la tranquilidad material y, para decirlo de algún modo, egoísta de esta vida, es considerada con la nitidez del legislador, y también, si no del santo, al menos de un filántropo humanitario.

Ahora bien, se trata de saber si, en el estado latente, por decirlo de algún modo, de la vida extracorporal, a la que se podría denominar intravital, se trata de saber si, con la medida de conocimientos y de sagacidad clarividente que poseen los Espíritus superiores, el progreso universal es tan eficaz como el progreso terrestre. Esta pregunta fundamental para el espiritismo, hasta ahora se ha respondido con abundantes detalles. Ya no es solamente, como dice la Iglesia, un lugar de expiaciones, sino un foco universal en el que justamente las

almas que circulan por él temen con angustias, o aceptan con esperanza, las existencias que se revelan ante ellos. Ahí radica, desde nuestro punto de vista, tan solo el comienzo de lo que se denomina Purgatorio; y nos parece que la erraticidad, esa etapa importante de la vida del alma, no es explicada en modo alguno, ni mencionada siquiera, por los dogmas católicos.

LAMENNAIS

* * *

La castidad

(Grupo de Orleans. Médium: señor de Monvel.)

Entre todas las virtudes cuyo adorable ejemplo nos ha legado el Cristo, ninguna más que la castidad ha sido tan indignamente olvidada por la triste humanidad. Y no me refiero tan solo a la castidad del cuerpo, de la que sin duda todavía encontraríamos numerosos ejemplos en la Tierra, sino de la castidad del alma que nunca concibió un pensamiento ni dejó escapar una palabra que pudiera marchitar la pureza de la virgen o del niño que la escucha.

El mal es tan universal, las ocasiones de peligro se multiplican tanto, que los padres, incluso los más auténticamente castos tanto en sus actos como en sus dichos, no logran rehuir la dolorosa certeza de que, hagan lo que hagan, sus hijos no podrán sustraerse al funesto contagio. Por más repugnancia que experimenten, deberán resignarse a abrir los ojos de esas inocentes criaturas, a fin de preservarlas al menos del peligro físico, pues es absolutamente imposible preservarlas del peligro moral. E incluso, muy a menudo, cuando creen que detuvie-

ron el peligro, encuentran algún obstáculo cuya existencia no habían previsto, y en el que tropieza el pobre e inocente niño a quien el amor no pudo resguardar de la mácula del vicio.

¡Cuántas palabras imprudentes, incluso en la sociedad más selecta! ¡Cuántas imágenes y descripciones, incluso en los libros más serios, acuden —sin que los padres lo sepan— a despertar, excitar o satisfacer por completo esa curiosidad ávida, tan temible, del niño que no tiene conciencia alguna del peligro! Si el mal es difícil de evitar hasta en las clases más ilustradas de la sociedad, ¿cuánto más lo será en las clases inferiores? En caso de que un niño haya tenido la dicha de resguardarse de ese mal bajo el techo paterno, ¿cómo se logrará protegerlo del inevitable contacto con los vicios que lo rodean a diario?

Se trata de una llaga muy profunda y peligrosa, y todo hombre que haya conservado el sentido moral en el corazón, debe sentir la necesidad de extirparla de la sociedad. El mal está enraizado en nuestros corazones, y transcurrirá mucho tiempo aún antes de que cada uno de nosotros se torne bastante puro para sospechar siquiera su gravedad. Alguien puede considerar que cometería una falta grave si se permitiera decir siquiera una palabra con doble sentido delante de un niño; pero que, si estuviera rodeado de personas adultas, se complacería en hacer bromas obscenas o triviales, porque —según él— no le hacen mal a nadie. No se da cuenta de que la obscenidad es un mal tan inmoral que mancilla todo lo que toca, incluso el aire, cuyas vibraciones llevarán lejos el contagio. Se dice que “las paredes oyen”, y este proverbio nunca fue tan cierto como en el presente caso. La pura y santa castidad solo establecerá definitivamente su reino en la Tierra cuando todas las criaturas que piensan y que hablan hayan comprendido que nunca deben, sea cual fuere la circunstancia, escribir

ni pronunciar una sola palabra que pueda sonrojar a la virgen más pura.

Vosotros diréis que no tenéis hijos, y que en vuestra casa no hay ni un solo niño, de modo que, según vuestro parecer, no existe motivo alguno para que os reprimáis. No obstante, si fuerais puros, no tendrías necesidad de hacerlo. Además, ¿no tenéis amigos que os escuchan y a quienes vuestro ejemplo estimula, y que tal vez en otro lugar, ante niños a los que vosotros no conocéis, perderían la reserva que un resto de pudor los había obligado a observar hasta ese momento? También, casi siempre durante vuestros banquetes, vuestro espíritu se deja llevar por ocurrencias que hacen reír a vuestros invitados, ¿pero no veis que los sirvientes que os rodean y vuestro vecino tienen hijos! No conocéis a ese vecino ni a sus hijos, y nunca sabréis cuánto mal les habréis infligido. No obstante, no os quepa duda de que el mal, sea cual fuere su procedencia, siempre será castigado. No solo las paredes tienen oídos, pues en el aire que respiráis hay cosas que no conocéis aún, o que no queréis conocer.

Nadie tiene derecho a exigir de sus subalternos una virtud que no practica ni le es propia.

Una sola palabra impura basta para alterar la pureza de un niño. Un solo niño impuro, introducido en una casa de educación pública, basta para corroer una generación completa de niños, que más tarde se convertirán en hombres. ¿Habría algún hombre sensato que ponga en duda la verdad ostensible y dolorosa de este hecho? Nadie duda, nadie ignora la amplitud del mal que una sola palabra puede hacer, y sin embargo nadie se considera obligado a esa castidad del alma que subleva todo pensamiento obsceno, por más encubierto que sea; e incluso, en algunas circunstancias, nadie piensa que sea

una estricta obligación moral abstenerse de hacer bromas que deberían avergonzarlo, si no se vanagloriara de lo contrario. ¡Triste y vergonzosa vanagloria!

La castidad no es lo único que deberíamos respetar en los niños, sino también ese delicado candor al que cualquier idea de falsedad ruboriza; y esa virtud también es muy rara. No obstante, al observar de qué modo es educada la inmensa mayoría de nuestros niños, no debemos asombrarnos demasiado por eso. Para la mayoría de los padres, los niños, sobre todo los de corta edad, no son más que pequeñas muñecas con las que se divierten como si fueran un encantador juguete. Y lo que los torna tan divertidos es que su ingenua credulidad permite engañarlos todo el día con esas mentiritas que se consideran inocentes, porque se dicen sin maldad alguna y solamente —como se dice— para reír. Ahora bien, en su verdadera acepción, la palabra *inocente* significa: *que no hace daño*. Pero ¿puede haber algo más dañino, para el candor de un niño, que esos pequeños abusos de confianza permanentes con los que se lo engaña un instante, pero solo un instante, y con los que él se ríe y se divierte, para luego complacerse en imitarlos lo mejor que puede?

De ahí resulta con frecuencia que hasta el niño más cándido aprende a engañar tan rápido como aprende a hablar, y que al cabo de muy poco tiempo es capaz de dar lecciones a sus maestros.

Casi nadie se imagina cuán a menudo, sobre todo a esa edad, una causa insignificante puede producir más tarde los más deplorables resultados. Los órganos de la inteligencia, en los niños muy pequeños, son como una cera blanda, apta para recibir la impresión del más débil objeto que la toque; y solo bastará con un instante para que se deforme. Y cuando

esa cera, tan fluida al principio, se endurezca, aquella impresión será imborrable. Puede suponerse que la huella primitiva quedará cubierta por otras, pero es un error, porque seguirá siendo indeleble, y las impresiones posteriores, por el contrario, dejarán apenas un rastro fugitivo debajo del cual siempre aparecerá la primera.

Esto es lo que muy pocos padres jóvenes son capaces de sentir con suficiente fuerza para convertirlo en una regla de conducta para con sus hijos, de modo que hace falta repetirlo hasta el cansancio.

CÉCILE MONVEL

* * *

El dedo de Dios

(Thionville, 25 de diciembre de 1862.

Médium: señor doctor R...)

Nosotros os hemos hecho vislumbrar la aurora de la regeneración humana; vosotros debéis ver en ella, como en toda la marcha de la humanidad a través de las edades, el dedo de Dios.

Muy a menudo os hemos dicho que todo lo que ocurre en la Tierra, así como en el universo entero, se encuentra sometido a una ley general: la ley del *progreso*.

¡Inclinaos ante ella, vosotros, los orgullos y soberbios que pretendéis ubicaros por encima de los decretos del Altísimo! Buscad en todas partes la causa de vuestros males y de vuestras alegrías, pues en ella reconoceréis siempre el dedo de Dios.

¡Pero entonces –diréis– el dedo de Dios es el fatalismo! ¡Ah! No confundáis esa palabra impía con las leyes que la Providencia os ha impuesto; esa Providencia que debió otorgaros el *libre albedrío* para que conservéis al mismo tiempo el mérito de vuestras acciones, pero cuyo rigor atenúa mediante esa voz, tantas veces desconocida, que os advierte del peligro al que os exponéis.

El fatalismo es la negación del deber, porque, como nuestra suerte está fijada de antemano, no depende de nosotros cambiarla.

¿En qué se convertiría el mundo con esa espantosa teoría que abandona a los hombres a las pérfidas sugerencias de las peores pasiones? ¿Dónde quedaría el objetivo de la creación? ¿Dónde quedaría la razón de ser del orden admirable que reina en el universo?

El dedo de Dios, por el contrario, constituye el castigo que siempre pende sobre la cabeza del culpable; es el remordimiento que corroe su corazón, y que le reprocha sus crímenes a cada instante del día; es la horrible pesadilla que lo tortura durante las largas noches de insomnio; es ese rastro de sangre que lo sigue a todas partes, para reproducir ante sus ojos la imagen de sus crímenes; es la fiebre que atormenta al egoísta; son las angustias perpetuas del rico malvado, que a cuantos se le acercan los considera expoliadores dispuestos a robarle un bien mal habido; es el dolor que experimenta en la hora suprema al no poder llevarse sus inútiles tesoros.

El dedo de Dios es la paz del corazón reservada para el hombre justo; es ese delicado perfume que llena vuestra alma después de una buena acción; es esa suave alegría que se experimenta toda vez que se hace el bien; es la bendición del pobre al que se asiste; es la tierna mirada de un niño cuyas lágrimas

se han enjugado; es la plegaria fervorosa de una pobre madre a la que se le brindó un trabajo que habrá de librarla de la miseria; en una palabra, es la satisfacción respecto de uno mismo.

El dedo de Dios es, por último, la justicia seria y austera, ¡atenuada por la misericordia! El dedo de Dios es la esperanza que no abandona al hombre en medio de sus más crueles padecimientos, que lo consuela siempre; y que, al peor criminal, a aquel a quien el arrepentimiento lo ha tocado, le permite entrever un rincón de la morada celestial de la que se consideraba rechazado para siempre.

ESPÍRITU FAMILIAR

* * *

Lo verdadero

(Thionville. Médium: señor doctor R...)

Un poeta ha dicho: “Nada es bello excepto lo verdadero; solo lo verdadero es adorable”. Reconoced en este verso una de las más bellas inspiraciones que el hombre ha recibido. Lo verdadero es la línea recta; lo verdadero es la luz, cuyo esplendor no requiere ser velado por los hombres justos que se encuentran maravillosamente dispuestos a comprender sus inmensos beneficios. ¿Por qué, en vuestra sociedad actual, cuesta tanto que la mayoría de los hombres perciba la luz? ¿Por qué la enseñanza de la verdad está rodeada de tantos obstáculos? Ocurre que, desde el origen del cristianismo hasta el presente, la humanidad no ha hecho un progreso significativo. Desde Cristo, quien debió velar sus admirables enseñanzas con las formas de la alegoría y la parábola, todos los que

intentaron propagar la verdad no han sido mejor escuchados que el divino Maestro. Ocurre que la humanidad debía progresar con una prudente lentitud, para que sus pasos fueran más seguros; ocurre que necesitaba un largo noviciado, a fin de tornarse apta para conducirse a sí misma.

Con todo, ¡tranquilizaos! El sol de la regeneración, desde hace mucho tiempo en su aurora, no tardará en irradiar sobre vosotros su imponente claridad. La verdadera luz aparecerá, y su influencia benéfica llegará a todas las clases sociales. Entonces, ¡cuánto se sorprenderán por no haber acogido más temprano esa verdad que procede de la más remota antigüedad, y que un sentimiento de orgullo siempre ha hecho que traten con ella, pero sin verla!

Esta vez, al menos, no tendréis que sufrir ninguno de esos pavorosos cataclismos que parecen otros tantos hitos destinados a señalar, a través de los siglos, el camino de la verdadera luz. Los hombres, mejor instruidos, comprenderán que las perturbaciones que dejan un rastro de fuego y de sangre, en la actualidad no pueden corresponderse con nuestras costumbres mitigadas por la práctica de la caridad. También comprenderán el alcance de esta frase sublime que el Cristo les hizo escuchar antaño: “¡Paz a los hombres de buena voluntad!”

Ya no habrá otra guerra salvo la declarada contra las malas pasiones. Todos reunirán sus fuerzas para expulsar al espíritu del mal, cuyo reino desastroso no ha hecho más que impedir durante mucho tiempo el auge de la civilización. Todos se detendrán ante la idea de que la verdadera luz es la única conquista legítima, la única que deberán ambicionar a partir de ese momento, la única que podrá conducirlos a la felicidad.

Así pues, ¡poned manos a la obra, vosotros los que tenéis la bandera del progreso! No temáis enarbolarla con firmeza,

para que en todas partes del globo los hombres puedan colocarse bajo su égida. Rogad a nuestro Padre celestial la fuerza y la energía que os resultan indispensables para esa gran obra; y si bien, aquí en la Tierra, no habréis de gozar de la dicha de ver su realización, que al menos al morir os llevéis la certeza de que vuestra existencia ha sido útil para todos, y que la más grata recompensa os espera entre nosotros: la alegría de haber cumplido vuestra misión para la inmensa gloria de Dios.

ESPÍRITU FAMILIAR

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 10

Octubre de 1863

Reacción de las ideas espiritualistas

Desde hacía un siglo la sociedad era influenciada por las ideas materialistas, reproducidas en todas sus formas, y reflejadas en la mayoría de las obras literarias y artísticas. La incredulidad estaba de moda, y quedaba muy bien pregonar la negación de todo, hasta del propio Dios. “La vida presente es lo positivo. Fuera de ella, todo es fantasía o incertidumbre. Por lo tanto, vivamos lo mejor posible, porque después no sabemos lo que nos espera.” Este era el razonamiento de los que afirmaban encontrarse más allá de los prejuicios, y que por esa razón se denominaban *espíritus fuertes*⁴⁰. Debemos convenir en que ese era el razonamiento de la mayoría, incluso de aquellos que movilizaban a la sociedad y se encargaban de conducirla, y cuyo ejemplo debía necesariamente ejercer una gran influencia. Hasta el propio clero sufría esa influencia, pues la conducta privada o pública de muchos de sus miembros, en completo

40. *Esprit fort*: Incrédulo. Persona que se jacta de no adherir a las ideas aceptadas por la mayoría, especialmente en materia de religión. (N. del T.)

desacuerdo con sus propias enseñanzas y las de Cristo, demostraba que no creían en lo que predicaban, puesto que, si hubieran creído firmemente en la vida futura y sus castigos, habrían cuidado los intereses del Cielo más que los de la Tierra.

Así pues, buscaron las bases de las instituciones humanas en el orden de las cosas materiales, hasta que finalmente hubo que reconocer que a esas instituciones les faltaba un punto de apoyo sólido, por cuanto las que parecían mejor fundadas se derrumbaban en un día de tormenta; y que las leyes represivas encubrían los vicios, pero no lograban que los hombres fueran mejores. ¿Cuál era ese punto de apoyo? Ahí radicaba la cuestión. Buscaron, y algunos acabaron por creer que Dios bien podría estar para algo en el universo. Luego, algunos incrédulos comenzaron a tener miedo, de modo que, para no reírse del porvenir más que de dientes afuera, pensaron: “Algunos pretenden que todo concluye con la muerte, pero ¿qué saben, en definitiva, los que afirman eso? Al fin y al cabo, es tan solo su opinión. Antes de Cristóbal Colón se creía también que no había nada del otro lado del océano. Así pues, ¿no habrá algo más allá de la tumba? ¿No sería interesante saberlo? Porque, si hay algo, es necesario que todos pasemos por ahí, dado que todos moriremos. ¿Cómo se estará ahí? ¿Se estará bien o mal? El asunto es importante, y debe ser considerado. Ahora bien, lo que sobrevive no es nuestro cuerpo, por cierto. Por lo tanto, ¿tenemos un alma? El alma, pues, ¿ya no sería una quimera? Entonces, ¿Cómo es esa alma? ¿De dónde viene? ¿Adónde va?”

A partir de ahí, una vaga inquietud se apoderó de los más fanfarrones de cara a la muerte. Comenzaron a buscar, a discutir. Luego, al reconocer que –más allá de lo que se hiciera– nunca se estaba completamente bien en la Tierra, y que a veces se estaba muy mal, pusieron su mirada y sus es-

peranzas en el porvenir. Todas las cosas extremas provocan una reacción, cuando no están en lo cierto. Solo la verdad es inmutable. Las ideas materialistas habían llegado a su apogeo, y entonces se constató que no brindaban lo que se esperaba de ellas; que dejaban un vacío en el corazón; que abrían un abismo insondable del que se escapa con horror, como de un precipicio. De ahí surgió una aspiración a lo desconocido, y, por consiguiente, una reacción inevitable en el sentido de las ideas espiritualistas, como única salida posible.

Esta reacción se manifiesta desde hace algunos años. Pero el hombre ha llegado a uno de los puntos culminantes de la inteligencia. Ahora bien, a esa edad, en la que la facultad de comprender es adulta, el hombre ya no puede ser conducido como en la infancia o en la adolescencia. El positivismo de la vida le enseñó a buscar; es más, hizo que le resultaran necesarios el porqué y el cómo de cada cosa, porque, en nuestro siglo de matemática, debemos explicarlo todo, calcularlo y medirlo todo, para saber bien dónde pisamos. Se busca la certeza, si no material, al menos moral, incluso en la abstracción. No basta con decir que algo es bueno o malo, sino saber por qué lo es, y si hay o no motivos para recomendarlo o prohibirlo. Por eso la fe ciega pasó de moda en nuestro siglo razonador. Ya no basta con pedir que se tenga fe, pues actualmente se la desea, se tiene sed de ella, porque es una necesidad; pero lo que se quiere es una fe razonada. Discutir su creencia es una necesidad de la época, a la que bien o mal hay que resignarse.

Las ideas espiritualistas responden bien a las aspiraciones generales, y se las prefiere en lugar del escepticismo y de la idea de la nada, porque instintivamente se sabe que son verdaderas. Con todo, solo satisfacen de manera imperfecta, pues todavía dejan el alma en la incertidumbre, y de por sí son impotentes

para solucionar una infinidad de problemas. El simple espiritualismo se encuentra en la posición de un hombre que divisa la meta, pero que todavía no sabe cuál es el camino para llegar a ella, y que enfrenta obstáculos a su paso. Por eso, en los últimos tiempos, una gran cantidad de escritores y filósofos han intentado sondear esos misteriosos arcanos, a la vez que se crearon tantos sistemas para resolver las innumerables cuestiones que se mantenían insolubles. Esos sistemas pueden ser racionales o absurdos, pero no dejan de expresar las tendencias espiritualistas de la época, tendencias a las que ya no convierten en un misterio, ni intentan ocultarlas; por el contrario, se congratulan de ellas, como antaño se congratulaban de su incredulidad. Si bien ninguno de esos sistemas ha llegado a la verdad completa, es indudable que varios se aproximaron a ella o la tocaron, y que la discusión posterior preparó el camino y predispuso los ánimos para ese tipo de estudio.

En esas circunstancias, eminentemente favorables, llegó el espiritismo. Si lo hubiera hecho un poco antes, habría tropezado con el materialismo todopoderoso. Y en caso de que hubiera llegado en una época más remota, habría sido sofocado por el fanatismo ciego. El espiritismo se presenta en el momento en que el fanatismo, arruinado por la incredulidad que él mismo provocó, ya no puede oponerle una barrera seria, y en que se registra un cansancio respecto del vacío que deja el materialismo; en el momento en que la reacción espiritualista, provocada por los propios excesos del materialismo, se apodera de todos los ánimos, y en que se buscan grandes soluciones, importantes para el porvenir de la humanidad. En este momento, pues, el espiritismo viene a resolver tales problemas, no mediante hipótesis, sino con pruebas efectivas, para otorgar al espiritualismo el carácter positivo que es el único acorde a

nuestra época. En él se encuentra lo que se busca, y que no se encontró en otra parte. Por eso se lo acepta tan fácilmente. Miles de publicaciones le han franqueado el paso, y aún lo hacen, sembrando una a una las ideas que profesa. Pero no vaya a creerse que esto ocurre solamente en el caso de las obras serias, leídas por unos pocos eruditos. Nótese que en este momento las ideas espíritas abundan en los géneros ligeros, como la novela y el folletín, a través de los cuales penetran en todas partes, incluso entre quienes menos se lo imaginan. Son otros tantos gérmenes latentes que harán eclosión cuando los alcance la gran luz, porque estarán familiarizados con las ideas nuevas.

Uno de los principios más importantes del espiritismo es, sin duda, el de la pluralidad de las existencias corporales, es decir, el de la reencarnación, que los escépticos confunden, deliberadamente o por ignorancia, con el dogma de la metempsicosis. Sin ese principio, se tropieza con tantas dificultades insolubles en el orden moral y fisiológico, que muchos filósofos modernos, conducidos a ella por la fuerza del razonamiento, la consideran una ley necesaria de la naturaleza. Ellos son Charles Fourier, Jean Reynaud y muchos otros. Ese principio, que en la actualidad es discutido abiertamente por hombres de gran valor —sin que para eso se requiera ser espírita—, lleva consigo una tendencia manifiesta a introducirse en la filosofía moderna, la cual, una vez en posesión de esa llave, verá que ante ella se abren nuevos horizontes, y que las más arduas dificultades desaparecen como por arte de magia. No podrá evitar que eso ocurra; llegará a ese principio conducida por la fuerza de las circunstancias, porque la pluralidad de las existencias no es un sistema, sino una ley de la naturaleza que resulta de la evidencia de los hechos.

A pesar de que no está tan claramente formulado como en Fourier y en Reynaud, y de que no se lo ha convertido en una doctrina, el principio de la pluralidad de existencias se encuentra actualmente en una infinidad de escritores y, a partir de ahí, en todas las bocas. De tal modo, podemos decir que figura a la orden del día y que tiende a ocupar un lugar entre las creencias comunes, a pesar de que en muchas personas sea anterior al conocimiento del espiritismo. Se trata de una consecuencia natural de la reacción espiritualista que ocurre en este momento, y a la que el espiritismo le imprime un fuerte impulso. Nos costaría elegir las citas, de modo que nos limitaremos a transcribir el siguiente pasaje de una de las novelas de la señora George Sand: *Mademoiselle de La Quintinie*. Se trata de una obra filosófica notable, que el tribunal de Roma incluyó en el *Index*, y publicada por la *Revue des Deux Mondes* [*Revista de dos mundos*] en sus números del 1.º y el 15 de marzo, abril y mayo de 1863. Ese pasaje refiere a un sacerdote muy culpable, que es inducido al arrepentimiento, a la reparación y la expiación terrenales, gracias a los serios consejos de un laico que, entre otras cosas, le dice:

“¡Decís que ya pasasteis la edad de las pasiones...! ¡No, porque habéis entrado en la de la venganza y la persecución! ¡Cuidado! No obstante, sea cual fuere vuestra suerte aquí entre nosotros, un día veréis claro más allá de la tumba, y puesto que yo no creo en los castigos interminables, como tampoco en las pruebas sin fruto, os anuncio que volveremos a encontrarnos en otro lugar: un lugar en el que nos entenderemos mejor y nos amaremos en vez de combatirnos. Con todo, al igual que vos, yo no creo en la impunidad del mal ni en la eficacia del error. *Creo que expiaréis la dureza voluntaria de vuestro corazón mediante grandes desgarros, que vuestro propio corazón*

sufrirá en otra existencia. No obstante, solo de vos dependerá avanzar por el camino recto de la dicha progresiva, pues estoy seguro de que todo se puede rescatar ya en esta vida. El alma humana está dotada de magníficas fuerzas de arrepentimiento y de rehabilitación. Esto no es contrario a vuestros dogmas, y vuestras palabras de *contrición* dicen mucho”.

En un próximo artículo, examinaremos la obra del señor Renan sobre la vida de Jesús, y mostraremos que, a pesar de las apariencias y sin que el propio autor lo sepa, también es el producto de la reacción espiritualista. Aunque el materialismo proclame la nada, en vano sacude el cerco de la lógica y de la conciencia universal que lo encierra, y sus últimos gritos se ven sofocados por la voz que le anuncia desde los cuatro rincones del mundo: “¡Tenemos un alma inmortal!” Con todo, ¿a quién beneficiará esa reacción? Lo sabremos en un futuro no muy lejano.

A la espera de nuestra reseña sobre la obra del señor Renan, recomendamos a los lectores un pequeño opúsculo en el que la cuestión es abordada desde un punto de vista muy racional, y que contiene observaciones muy juiciosas respecto de esta delicada cuestión. Se titula: *Reflexiones de un ortodoxo de la Iglesia griega acerca de la Vida de Jesús, del señor Renan* (Didier y Cía. Precio: 50 centavos).

Funeral de un espírita ante la fosa común

Uno de nuestros hermanos en el espiritismo, el señor Costeau, miembro de la Sociedad de París, murió recientemente. Fue inhumado el 12 de septiembre de 1863, en el cementerio

de Montmartre. Era un hombre de buen corazón, a quien el espiritismo había reconducido a Dios. Su fe en el porvenir era completa, sincera y profunda. Humilde obrero empedrador, practicaba la caridad con el pensamiento, las palabras y las acciones, de acuerdo con sus escasos recursos, porque siempre encontraba la manera de asistir a los que tenían menos que él.

Sería un error pensar que la Sociedad de París constituye un ámbito exclusivamente aristocrático, pues cuenta con más de un proletario, y acoge en su seno a todos los que se consagran a la causa que sustenta, más allá del lugar que ocupen en la escala social. En la Sociedad, el gran señor y el artesano se dan la mano fraternalmente. Hace algún tiempo, en el casamiento de uno de nuestros colegas, que también es un modesto trabajador, participaron un alto dignatario extranjero y su mujer, la princesa, ambos miembros de la Sociedad, quienes no creyeron que se rebajaban por el hecho de sentarse junto al resto de los asistentes, a pesar de que el lujo de la ceremonia, celebrada en una oscura capilla de una parroquia opulenta, quedara reducido a su más simple expresión. Ocurre que el espiritismo, sin soñar con una igualdad quimérica, sin confundir las categorías, sin pretender que todos los hombres ocupen el mismo nivel social imposible, hace que estos aprecien desde otro punto de vista el prisma fascinante del mundo. El espiritismo enseña que el pequeño puede haber sido grande en la Tierra, que el grande podrá llegar a ser pequeño, y que en el reino celestial las categorías terrenales no se toman en cuenta para nada. De ese modo, al destruir lógicamente los prejuicios sociales de castas y de color, conduce a la verdadera fraternidad.

Nuestro hermano Costeau era pobre. Dejó una viuda en la necesidad, de modo que fue sepultado en la fosa común: una puerta que conduce al Cielo tanto como el suntuoso mauso-

leo. El señor d'Ambel, vicepresidente, y el señor Canu, secretario de la Sociedad, presidieron el funeral. Ante la tumba, ambos pronunciaron palabras que causaron una viva impresión en el auditorio, e incluso en los sepultureros, que quedaron visiblemente emocionados a pesar de su hastío respecto de ese tipo de ceremonias. Este es el discurso del señor Canu:

“Querido hermano Costeau, hace apenas algunos años, muchos de nosotros –y debo confesar que yo entre los primeros– solo habríamos visto, delante de esta tumba abierta, el fin de las miserias humanas; y luego, la nada, ¡la horrorosa nada! Es decir, ningún alma para que sea premiada o para expiar; y por lo tanto, ningún Dios para que recompense, castigue o perdone. En la actualidad, gracias a nuestra divina doctrina, vemos aquí el término de las pruebas; y para vos, querido hermano cuyos restos mortales devolvemos a la tierra, el triunfo de vuestras labores y el comienzo de las recompensas que han merecido vuestro coraje, vuestra resignación, vuestra caridad; en una palabra, vuestras virtudes. Además, sobre todo, la glorificación de un Dios sabio, todopoderoso, justo y bueno. Así pues, querido hermano, llevad con vos nuestra acción de gracias a los pies del Eterno, que tuvo a bien disipar de nuestro entorno las tinieblas del error y de la incredulidad, porque hace muy poco tiempo, en caso de encontrarnos en estas mismas circunstancias, os habríamos dicho, con la frente sombría y el corazón oprimido: ‘Adiós, amigo, para siempre’. Pero ahora os decimos, con la frente serena e irradiando esperanza, y con el corazón pleno de coraje y de amor: ‘Querido hermano, hasta pronto, y orad por nosotros’.”

Discurso del señor d'Ambel:

“Señoras, señores, y vosotros, queridos colegas de la Sociedad de París: es la segunda vez que acompañamos a uno de

nuestros colegas hasta su última morada. Aquel a quien venimos a decir adiós fue uno de esos desconocidos luchadores que se han mantenido de pie frente a los reveses de la vida. La certeza absoluta le faltó durante mucho tiempo. No obstante, desde que conoció el espiritismo, no dudó en abrazar una doctrina que le transmitía la verdad, y cuyas enseñanzas son tan adecuadas para consolar en sus pruebas a los afligidos de este mundo. Modesto trabajador, siempre cumplió su tarea con la serenidad del justo, y no os quepa duda –vosotros los que me escucháis– de que la adversidad que lo hirió tan cruelmente, y sin que nosotros lo supiéramos, durante los últimos días de su vida, le abrió el camino de la prosperidad y la dicha que lo aguardan.

”¡Ah! ¡Cuánto lamento que nuestro venerado maestro no esté en París, pues su voz autorizada habría sido mucho más agradable que la mía para el hermano que hemos perdido, y le habría rendido un homenaje más considerable, que mi oscuridad no puede rendirle! Yo hubiera deseado que el funeral de nuestro colega fuera aún más solemne, pero me enteré demasiado tarde para comunicarlo a todos los miembros de la Sociedad presentes en París. No obstante, por más que seamos pocos aquí, representamos a la gran familia espírita, unida de un extremo al otro del mundo por una fe común en el porvenir. Somos los delegados de varios millones de adeptos, en cuyo nombre venimos a rogaros, querido y lamentado colega, que tengáis a bien contribuir, a partir de ahora y en la medida de vuestras nuevas facultades, a la propagación de nuestra gran doctrina, doctrina que, en medio de vuestras últimas y crueles pruebas, os ha sostenido con tanta energía. ¡Ah! Conforme ha señalado con tanta elocuencia nuestro querido presidente, Allan Kardec, en el funeral de nuestro hermano Sanson,

ocurre que, en estos momentos supremos, la fe espírita brinda una fuerza que solo puede ser registrada por quien la posee, y el señor Costeau poseía esa fe en el más alto grado.

”Querido señor Costeau, sabéis cuánto os valoraba la Sociedad espírita de París, que no dejará de extrañar en vos a uno de sus miembros más asiduos. Así pues, en su nombre, en nombre de su Presidente, en nombre de vuestra esposa y de vuestra hermana desconsoladas, os digo, al igual que nuestro amigo el señor Canu, no adiós, sino hasta pronto en un mundo más dichoso. Que en ese mundo, en el que estáis ahora, podáis disfrutar la felicidad que os merecáis, así como acudir a tendernos la mano cuando sea nuestro turno de ingresar a él.

”Queridos Espíritus de los señores Jobard y Sanson, os ruego que recibáis a nuestro colega Costeau, y que le facilitéis el acceso a vuestras serenas regiones. Queridos Espíritus, orad por él y por nosotros. Así sea”.

Luego de este discurso, el señor d’Ambel pronunció de manera textual la oración para los que acaban de morir, y que había sido dicha ante la tumba del señor Sanson (véase la *Revista Espírita*, mayo de 1862, página 137).

A continuación, el señor Vézy, uno de los médiums de la Sociedad –cuyo nombre nuestros lectores conocen por las bellas comunicaciones de san Agustín–, descendió a la fosa, y el señor d’Ambel pronunció en voz alta la evocación del señor Costeau. Así, su Espíritu brindó la siguiente comunicación, cuya lectura fue escuchada por todos los presentes, incluso los sepultureros, con la cabeza descubierta y una profunda emoción.

“Gracias, amigos. Gracias. Mi tumba aún no se ha cerrado, pero un segundo más y la tierra cubrirá mis restos. ¡No

obstante, sabéis que mi alma no se sofocará aquí abajo, pues se mantendrá en el espacio para elevarse a Dios!

”De tal modo, a pesar de que la envoltura se ha roto, cuán consolador es poder exclamar: ¡Oh! ¡No estoy muerto! ¡Vivo la vida verdadera, la vida eterna!

”El funeral del pobre no cuenta con un gran cortejo. Ante su tumba no tienen lugar orgullosas manifestaciones. Sin embargo, amigos, creedme que *aquí no falta una inmensa multitud*. Los Espíritus buenos han acompañado, junto a vosotros y a estas piadosas mujeres, el cuerpo del que está ahí recostado. ¡Al menos todos vosotros creéis en Dios y lo amáis!

”¡Oh! ¡Amada esposa! ¡Por cierto que no! No morimos por el hecho de que nuestro cuerpo se haya destruido. A partir de ahora siempre estaré junto a ti, para consolarte y ayudarte a soportar esta prueba. La vida será dura para ti. No obstante, con la idea de la eternidad y del amor de Dios en tu corazón, ¡cuán leves serán tus padecimientos!

”Familiares que amparáis a mi amada compañera, amadla, respetadla. Sed para ella como hermanos y hermanas. No olvidéis que en la Tierra os debéis asistencia mutua, si queréis ingresar en la morada del Señor.

”¡Y vosotros, espíritas! Hermanos, amigos, gracias por haber venido a decirme adiós en este aposento de tierra y lodo. Con todo, vosotros sabéis muy bien que mi alma vive inmortal, y que de vez en cuando acudirá a pedir las oraciones que no le negaréis, para ayudarme a seguir adelante en este camino magnífico que me abristeis durante la vida.

”Adiós a todos los que estáis aquí. Podremos volver a vernos en otra parte, lejos de esta tumba. Las almas me llaman

para que vaya a su encuentro. ¡Adiós! Orad por las almas que sufren. Hasta pronto.”

COSTEAU

Tras cumplir con las últimas formalidades fúnebres, los señores mencionados realizaron, dentro del mismo cementerio, una visita espírita a la tumba de GEORGES, el eminente espírita que ha transmitido, a través de la señora Costel, las bellas comunicaciones que nuestros lectores suelen admirar. En vida, el señor Georges era el cuñado del señor d'Ambel. Ante su tumba, por intermedio del señor Vézy, obtuvieron las siguientes palabras:

“Aunque ya no vivamos aquí (en el lugar de la inhumación), nos complace venir a agradeceros vuestras plegarias, así como las flores que dejáis en nuestras tumbas.

”¡Cuánto bien se ha hecho al crear estos lugares de descanso y de oración! ¡Las almas pueden conversar más a gusto y transmitirse mejor, en esos impulsos íntimos, los sentimientos que las animan: una junto a la tumba, la otra cerniéndose sobre ella!

”Acabáis de decir adiós a uno de vuestros amigos. Os agradezco que no me hayáis olvidado. Yo estaba junto a vosotros en medio de esa multitud de Espíritus que se presentó ante esa tumba abierta, y me regocijé al leer en vuestros corazones vuestra convicción y vuestra fe. ¡Uní mis plegarias a las vuestras, y los Espíritus benefactores las condujeron a Dios!

”La fe espírita, queridos amigos, recorrerá el mundo y hará que los locos se conviertan en sabios. Penetrará incluso en el corazón de esos sacerdotes a los que recién habéis visto sonrientes, y que os causaron un auténtico dolor... (alude a la

manera como se realizó la ceremonia religiosa). El escándalo de ellos hizo sangrar vuestros corazones, pero superaréis esa indignación al pensar en el bien que vosotros mismos vais a depositar en el alma de vuestro amigo. Ella está aquí, junto a mí, y me pide que os agradezca en su nombre.

”Ya se os ha dicho que la tumba es la vida. Venid de vez en cuando, a la sombra del sauce, al pie de la cruz mortuoria. En medio del silencio, de la calma, escucharéis una armonía divina; escucharéis, en medio de la brisa, el concierto de vuestras almas cantándole a Dios... la eternidad... Luego, algunos de nosotros se apartarán del coro sagrado para venir a instruiros acerca de vuestro destino. Lo que hasta ahora ha sido un misterio para vosotros, se revelará poco a poco ante vuestra mirada, y podréis comprender vuestro origen y vuestra grandeza futura.

”Así pues, encontraos aquí, vosotros, los que deseáis convertirlos en sabios. Aquí leeréis las páginas de la eternidad, y el libro de la vida siempre estará abierto para vosotros. En este lugar de calma y de paz, la voz del Espíritu se hace escuchar mejor ante aquel a quien se propone instruir. Esa voz adopta proporciones mágicas y sonoras, y sus acentos penetran mejor en aquel sobre el que desea obrar.

”Trabajad con celo y fervor en la propagación de la idea nueva. Yo os ayudaré sin pausa; y los que se asustan ante la tranquilidad de la tumba, sepan que los Espíritus buenos se complacen en instruir en todas partes.

”¡Adiós, y gracias! ¡Cuánto me gustaría comunicar al mundo entero la fe que os inunda! ¡Con todo, en verdad os digo, el espiritismo es la palanca con la que Arquímedes levantará el mundo!

”Algunas palabras para vos, hermano mío, particularmente, ya que se presenta la ocasión. Decidle a mi hermana que acepte siempre con amor los deberes que Dios le impone, por más pesados que sean. Decidle que ame a nuestra madre y que me reemplace junto a ella. Decidle que cuide a mi hija, y que le sonría al Cielo y encuentre perfumes en cada flor de la Tierra... A vos, hermano mío, os estrecho ambas manos”.

GEORGE

De aquí resulta una doble enseñanza. Podría llamar la atención que un Espíritu desencarnado tan recientemente haya podido expresarse con tanta lucidez, pero no debemos olvidar que el señor Sanson fue evocado en la cámara mortuoria antes de que se llevaran el cuerpo, y que en ese momento brindó la bella comunicación que publicamos en esta *Revista*. Su turbación duró tan solo algunas horas, y además sabemos que el desprendimiento es rápido en los Espíritus moralmente adelantados.

Por otro lado, ¿a qué se debe que el señor Vézy descendiera a la fosa? ¿Había alguna utilidad o se trató de una simple puesta en escena? En primer lugar, descartemos este último motivo, porque los espíritas serios se comportan con seriedad y religiosamente, y no se exhiben. En un momento como ese, lo contrario habría sido una profanación. También es cierto que la utilidad no era absoluta, y habría que considerarla más bien un testimonio de afecto, incluso porque el difunto se encontraba en la fosa común. Además, sabemos que el acceso a esas fosas es más fácil que el de las fosas particulares, cuya entrada es estrecha, de modo que el señor Vézy tenía más comodidad para escribir.

Con todo, esto podía tener su razón de ser desde otro punto de vista, que probablemente el señor Vézy no tuvo en mente. Sabemos que la evocación facilita el desprendimiento del Espíritu, y que puede abreviar el tiempo que dura la turbación. También sabemos que los lazos que unen el Espíritu al cuerpo no siempre están completamente sueltos después de la muerte. Veamos un ejemplo notable:

Un hombre joven había muerto accidentalmente, de una manera muy desgraciada. Su vida había sido como la de tantos jóvenes ricos y holgazanes, es decir, muy material. Se comunicó espontáneamente con un médium de nuestro conocimiento, al que había conocido en vida, y le rogó que lo evocara y orara por él *ante su tumba*, para ayudarlo a soltar los lazos que lo retenían en el cuerpo, del que no lograba liberarse. Es evidente que en este caso debió existir una acción magnética facilitada por la proximidad del cuerpo, y tal vez esa sea una de las causas que impulsan instintivamente a los amigos de los difuntos a orar en el lugar donde descansan sus cuerpos.

Inauguración de la residencia de ancianos de Cempuis

Ya nos hemos referido a la residencia de ancianos que el señor Prévost, miembro de la Sociedad espírita de París, fundó en Cempuis, cerca de Grandvilliers, en el departamento de l'Oise. Actualmente, la construcción está terminada, al igual que las instalaciones interiores. Contiguo al establecimiento, si bien se trata de un edificio aislado, hay una capilla de estilo gótico, cuyo aspecto es monumental. La inauguración de esa

capilla tuvo lugar el domingo 19 de julio último —día de san Vicente de Paúl, a quien está dedicada—, mediante una ceremonia consagrada a la caridad, es decir, con la distribución de pan, vino y carne a los pobres de la parroquia. El señor Prévost pronunció al respecto el siguiente discurso, que nos complacemos en transcribir:

“Señores:

“Conocéis el motivo de esta reunión, de modo que no abundaré en detalles inútiles, que no agregarían nada que ya no sepáis. La obra material está hoy casi terminada, gracias a la protección evidente del Todopoderoso, que se ha dignado secundar mis esfuerzos. No tengo duda de que aquí nos encontramos en familia, animados de los mismos sentimientos por su divina bondad. Unámonos, pues, en un impulso común de gratitud, y roguémosle que continúe asistiéndonos con las luces que nos faltan:

”Dios del Cielo y de la Tierra, soberano señor de todas las cosas, ten piedad de nuestra flaqueza; eleva hacia ti nuestros corazones, a fin de que aprendamos a cumplir nuestros deberes según tu voluntad, y para que todas nuestras acciones se correspondan con tu ley universal. Señor, haz que nuestra alma se llene de tu amor; que se entusiasme con el fuego sagrado de la convicción, y que demuestre su fe mediante actos de verdadera caridad. Las palabras, por más buenas que sean, si no producen efectos de benevolencia para con tus criaturas, se asemejan a un bello árbol que no da frutos.

”Ayúdanos, pues, Poder infinito, a superar los obstáculos que podrían interponerse en nuestro camino y afectar nuestro deseo de ser útiles en la misión para la cual nos has elegido. Danos la fuerza necesaria para cumplir esa misión con amor y sinceridad.

”El auxilio que se brinda a la vejez es de tu agrado, Dios mío, porque constituye un acto de justicia. La vejez nos ha precedido en la vida; regó con sudor el surco que ha trazado, y nosotros cosechamos sus frutos. Actualmente, su experiencia ya es un campo segado, pero en el que nosotros aún nos encontramos para cosechar. Así pues, es justo que recompensemos sus sacrificios asegurándole el descanso después del trabajo. Ese es nuestro deber, pues queríamos que se hiciera lo mismo para con nosotros. No obstante, a fin de cumplirlo dignamente, nos hace falta tu asistencia, porque somos conscientes de nuestra debilidad.

”Así también, en tu nombre, Señor, el huérfano encontrará aquí una nueva familia. El niño abandonado crecerá entre nosotros al calor suave del fuego divino con el que tú has favorecido a san Vicente de Paúl, a quien rogamos que nos asista, para que podamos cumplir este acto según su ejemplo.

”Espíritu infinito, todo está en ti, todo es por ti, nada está fuera de ti. Los castigos, al igual que las recompensas, llegan a nosotros a través de tu mano bendita. Tú conoces nuestras necesidades, pues somos tus hijos, y nos remitimos a tu divina Providencia.

”Los Espíritus buenos, que bajo tu mirada paternal presiden los destinos de la Tierra, los ángeles de la guarda de los hombres, han merecido tu confianza, Señor. Esperamos que, a través de ti, ellos nos ayuden a conservar intacto el sublime código moral promulgado por el Cristo, tu hijo bienamado. Desde hace dieciocho siglos, él nos dice, desde lo alto de la cruz: “Amad a Dios. Amaos los unos a los otros. Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Practicad la caridad para con todos y en todas las cosas”. Esa es su ley, Señor, y esa ley es tuya. Que ella pueda grabarse en nuestros corazones, y

nos permita tratar como hermanos a todos nuestros semejantes, que son tus hijos tanto como nosotros. Así sea”.

”Amigos míos, hermanos míos, sigamos ese gran ejemplo, y tengamos una fe sincera en Dios. Él nos ayudará a soportar las consecuencias de la mala dirección que el olvido de esos deberes imprimió en la sociedad, en tiempos ya distantes de nosotros. En la actualidad, muchas cosas integran el orden prescrito por el Creador. A pesar del egoísmo que aún impera en muchos, el amor fraternal se comprende mejor. Los prejuicios de castas, de sectas y de nacionalidades se diluyen poco a poco. La tolerancia, una de las hijas de la caridad evangélica, lentamente hace que desaparezcan esos antagonismos que durante tanto tiempo han dividido a los hijos de un mismo Dios. Los sentimientos humanitarios se infiltran en el corazón de las masas, y ya han realizado grandes cosas en diversos puntos de la Tierra. En Francia, hace poco, muchos obreros desocupados han experimentado los gratos efectos de ese amor al prójimo. Ese interés por el sufrimiento habla muy bien de nuestro país, y es preciso ver en ello la mano de Dios. Nos alegra que la primera nación del mundo civilizado lleve hasta las playas más lejanas el fruto de ese amor a la humanidad que solo se obtiene con la verdadera grandeza, tomada del centro radiante de la Cruz, con el auxilio de la luz del progreso que obliga al hombre a ser mejor para con su semejante y consigo mismo.

”Amigos míos, con el concurso de los hombres instruidos y benévolos, espero formar más tarde una biblioteca moral e instructiva contigua a este establecimiento, en la que todos puedan obtener los recursos para mejorar, tanto en lo relativo al espíritu como al corazón.

”Agradezco muy sinceramente a cuantos habéis acudido a mi llamado, para que ofrezcamos a la Divinidad una acción

de gracias en común, en reconocimiento a su inspiración para que fundáramos este establecimiento.

”A partir del día de hoy, 19 de julio de 1863, el fundador de esta capilla la dedica y la consagra públicamente a san Vicente de Paúl, cuya tierna e inmortal imagen ha quedado retratada en los vitrales, y desea que a partir de ahora se la considere un lugar sagrado, un lugar de oración. Aquí se debe adorar a Dios, y ante el símbolo de su amor a los hombres, ante esa venerable y grandiosa figura del apóstol de la caridad cristiana, se comprenderá que el amor al prójimo debe practicarse con los actos, y que debe estar en el corazón y no en los labios.

”Antes de retirarnos, vamos a repetir la Oración dominical.

”Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido. No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal. Así sea”.

El señor Prévost ha tenido a bien, en esta ocasión, remitirnos personalmente la suma de 200 francos para obras de beneficencia, y a la que lamentablemente no fue difícil encontrarle un empleo.

La Sociedad espírita de París, con motivo de este discurso, ha votado por unanimidad y aclamación la siguiente carta, que le hemos remitido:

“Señor y muy estimado colega:

”La Sociedad espírita de París, de la que formáis parte, ha escuchado con el más vivo interés la lectura del discurso que pronunciasteis con motivo de la inauguración de la capilla de

la residencia de ancianos que habéis fundado en vuestra propiedad de Cempuis. Ese discurso es la expresión de los nobles sentimientos que os animan. Es un discurso digno de quien ha hecho tan buen uso de la fortuna que adquirió mediante su trabajo, sin esperar a que la muerte impidiera que los desdichados la disfruten, pues en vida os impusisteis privaciones para que la parte de ellos fuera mayor. La Sociedad tiene el honor de contar entre sus miembros con un adepto que aplica de manera tan cristiana los principios de la doctrina espírita, de modo que ha decidido por unanimidad transmitir oficialmente la expresión de su viva y fraternal simpatía por la obra humanitaria que habéis emprendido, así como por vuestra persona en particular.

”Recibid, etc.”

La fortuna del señor Prévost es en su totalidad el fruto de sus obras, lo cual incrementa su mérito. Tras perderla debido al impacto de las revoluciones, la ha recuperado con valor y perseverancia. Ahora, llegada la etapa del descanso, podría dedicarse por entero al lujo y a los placeres de la vida, pero se conforma con lo estrictamente necesario y, a diferencia de muchos otros, no espera a tenerlo todo para luego compartir lo que le sobra con sus hermanos en Jesucristo. Así, su recompensa será excelente, y ya disfruta sus primicias en el placer que obtiene por el bien que hace.

No obstante, algunas personas creen que el señor Prévost comete un gran error: es espírita, de modo que profesa la doctrina del demonio. Con todo, su discurso dista mucho de ser el de un ateo, y ni siquiera el de un deísta, pues es propio de un cristiano. Su moderación, incluso, constituye una muestra de caridad, ya que se abstuvo de criticar a su prójimo; y ni siquiera aludió a los que, para brindarle su colaboración,

le impusieron condiciones que su conciencia no le permitió aceptar.

Los benefactores anónimos

El siguiente hecho es referido en *La Patrie* del mes de abril último:

“Antes de ayer, el propietario de una pensión de la calle de Cherche-Midi le permitió a uno de sus huéspedes que se mudara sin saldar la cuenta, aunque firmando un pagaré. No obstante, mientras cargaban los muebles, el propietario se arrepintió y quiso cobrar antes de que se llevaran los enseres. El inquilino se desesperó, su mujer lloraba, y dos niños pequeños imitaban a la madre. Un señor, condecorado con la Legión de Honor, pasaba por la calle en ese momento. Se detuvo. Conmovido por el desolador espectáculo, se aproximó al desdichado deudor, le preguntó a cuánto ascendía la deuda por el alquiler, le entregó dos billetes de banco, y siguió camino con las bendiciones de esa familia a la que había salvado de la desesperación”.

L'Opinion du Midi, un periódico de Nimes, relató en el mes de julio otro caso semejante:

“Acaba de ocurrir un hecho muy extraño, tanto por el misterio con que tuvo lugar, como respecto del motivo de su autor y la delicadeza de su proceder.

”Hace tres días, reportamos que un violento incendio había consumido casi por completo la tienda y los talleres del señor Marteau, un carpintero de Nimes. Mencionamos el dolor

de ese desdichado hombre ante un siniestro que ejecutaba su ruina, porque el monto del seguro era infinitamente menor al valor de las mercaderías destruidas.

”Hoy nos enteramos de que tres carretas, con maderas de diversa calidad y herramientas de trabajo, se detuvieron ante la casa del señor Marteau, y fueron descargadas en sus talleres semidestruidos por las llamas.

”El sujeto encargado de conducir esas carretas respondió a las preguntas de que fue objeto, alegando su ignorancia respecto del nombre del donador cuya voluntad cumplía. Afirmó que no conocía a la persona que lo había contratado para transportar las maderas y las herramientas a la casa del señor Marteau, y que no sabía nada más al respecto. Se retiró después de haber descargado por completo los tres carruajes.

”La alegría y la dicha reemplazaron en el señor Marteau el abatimiento en que se había sumido desde el día del incendio.

”Que ese generoso desconocido, que tan noblemente acudió en auxilio de un infortunio que, sin él, habría podido ser irreparable, reciba aquí el reconocimiento y las bendiciones de una familia que desde ayer le debe el más dulce de los consuelos, y que pronto tal vez le deba su prosperidad”.

El corazón se tranquiliza al leer noticias como estas, que de vez en cuando contrastan con las crónicas de crímenes y vilezas que llenan las columnas de los periódicos. Gestos como los aquí relatados demuestran que la virtud no ha sido completamente expulsada de la Tierra, conforme suponen algunos pesimistas. No cabe duda de que el mal aún impera; no obstante, cuando se busca entre las sombras, es posible descubrir que debajo de la mala hierba hay más violetas —es decir, más almas buenas— de lo que se cree. Si esas almas pare-

cen tan dispersas, es porque la auténtica virtud no se pone en evidencia, en vista de su humildad. La virtud se conforma con los goces del corazón y con la aprobación de la conciencia, mientras que el vicio se expone descaradamente a la luz del día; hace ruido, porque es orgulloso. El orgullo y la humildad son los dos polos del corazón humano: uno atrae todo el bien; el otro, todo el mal. Uno atrae la calma; el otro, la tempestad. La conciencia es la brújula que indica el rumbo que conduce a cada uno de los dos.

El benefactor anónimo, así como el que no espera a que le llegue la muerte para auxiliar a los que carecen de lo necesario, constituye sin duda el modelo del hombre de bien por excelencia. Es la personificación de la virtud modesta, la que no busca el aplauso de los hombres. Hacer el bien sin ostentación es la señal indiscutible de una importante superioridad moral, porque requiere una fe viva en Dios y en el porvenir, así como hacer abstracción de la vida presente e identificarse con la vida futura para mantenerse en espera de la aprobación de Dios, renunciando a la satisfacción que deriva del testimonio actual de los hombres. Por su parte, el favorecido bendice en su corazón la mano generosa y desconocida que lo auxilió, y esa bendición se eleva al Cielo mucho más que los aplausos de la multitud. Aquel que prefiere la adhesión de los hombres antes que la adhesión divina, demuestra que tiene más fe en aquellos que en Dios, y que atribuye más valor a la vida presente que a la vida futura. Aunque manifieste lo contrario, procede como si no estuviera convencido de lo que dice. ¡Cuántos hay que sólo dan con la expectativa de que quien recibe proclame por todas partes el beneficio que ha recibido! ¡Cuántos hay que públicamente donarían grandes sumas, pero que a escondidas no darían ni una sola moneda! Por ese

motivo Jesús expresó: “Quienes hacen el bien con ostentación ya han recibido su recompensa”. En efecto, a aquel que busca ser alabado en la Tierra, Dios no le debe nada; solo le queda recibir el precio de su orgullo.⁴¹

Tal vez algunos críticos nos pregunten qué relación existe entre todo esto y el espiritismo, pues según ellos ya hemos relatado hechos más divertidos que los de esta moral *tediosa* (Véase *Jugement de la moral spirite* [Juicio de la moral espírita], por el señor Figuiet, Vol. IVº, página 369). La relación consiste en que, como el espiritismo otorga una fe inquebrantable en la bondad de Dios y en la vida futura, llegará el día en que, gracias a él, los hombres que hacen el bien por el bien mismo se hallarán menos dispersos que en la actualidad, y en que los periódicos registrarán menos crímenes y suicidios, y más gestos como los que han dado lugar a estas reflexiones.

Espíritus visitantes

François Franckowski

Algunas personas suponen que los Espíritus solo responden al llamado que se les hace. Se trata de un error que no es compartido por quienes conocen el espiritismo, pues estos saben que los Espíritus se presentan espontáneamente una y otra vez sin que se los llame, lo cual nos ha permitido afirmar que, aunque se prohíba llamar a los Espíritus, no se podrá evitar que ellos se comuniquen. “No obstante —nos dirán—,

41. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XIII, § 3. (N. del T.)

se comunican porque vosotros practicáis la mediumnidad, y porque llamáis a otros. Si os abstuvierais de hacer eso, ellos no se comunicarían.” Se trata de otro grave error, y los hechos están ahí para demostrar cuántas veces los Espíritus se han manifestado a través de la vista, la audición, o de alguna otra manera, a personas que nunca habían escuchado hablar de espiritismo. Por lo tanto, no habría que emitir un edicto de prohibición contra los médiums, sino contra los Espíritus, a fin de impedir que estos se comuniquen, y a pesar de que Dios lo permite.

Esas comunicaciones espontáneas tienen un interés aún más sorprendente cuando proceden de Espíritus a los que no se conoce ni se los espera, y cuya identidad se puede verificar luego. Al respecto, hemos citado un ejemplo notable en la historia de Simon Louvet, referida en la *Revista* de marzo de 1863, página 87. Veamos otro hecho no menos instructivo, que se obtuvo a través de un médium de nuestro conocimiento.

Un Espíritu se presenta con el nombre de *François Franc-kowski*, y dicta lo siguiente:

“El amor a Dios es el sentimiento que resume todos los amores, todas las abnegaciones. El amor a la Patria es un rayo de ese sublime sentimiento. ¡Oh! ¡Mi pobre país! ¡Oh! ¡Desdichada Polonia! ¡Cuántas desgracias cayeron sobre ti! ¡Cuán horriblos son los crímenes cometidos por los que se consideran civilizados, y cuán castigados serán los infelices que pretendan obstaculizar la libertad! ¡Oh! ¡Dios! Contempla a este desdichado país, y sé clemente para con los que, entregados por completo a la venganza, no consideran que tú los castigarás después de esta vida. Polonia es una tierra bendita, porque genera grandes devociones, y ninguno de sus hijos es cobarde. Dios ama a los que se olvidan de sí mismos para el bien de

todos. En recompensa por la devoción de los polacos, Dios será clemente, y los librára del yugo que padecen. He muerto víctima de nuestros opresores, a quienes todos los nuestros han execrado por eso. Yo era joven: tenía veinticuatro años. Mi pobre madre agoniza por el dolor de haber perdido todo lo que amaba en este mundo: su hijo. Os ruego que recéis por ella, para que olvide y perdone a mi verdugo, pues sin ese perdón sería separada de mí para siempre... ¡Pobre madre! Solo pude verla la mañana de mi muerte, ¡y fue tan horrible sentir que nos separaríamos...! Dios se apiadó de mí, de modo que estoy junto a ella desde que pude liberarme del resto de vitalidad que mantenía mi Espíritu apegado a mi cuerpo... Acudo a vosotros porque sé que rezaréis por *ella*; es tan buena, por lo general tan resignada, pero se rebela tanto contra Dios desde que ya no estoy ahí... Es necesario que ella perdone. Reza para que ese sublime perdón de una madre hacia el verdugo de su hijo sea el corolario de una vida iniciada tan gloriosamente. ¡Adiós! Vais a rezar, ¿verdad?”

FRANÇOIS FRANCKOWSKI

El médium nunca había escuchado hablar de esta persona, y pensaba que podía ser juguete de una mistificación, hasta que algunos días después compró varias prendas que recibió envueltas en un pliego de *Le Petit Journal* del 7 de julio último. Lo recorrió maquinalmente hasta que se detuvo ante un artículo titulado *Ejecuciones capitales*, que decía:

“Hemos encontrado curiosos detalles acerca de la ejecución de un joven polaco, prisionero de los rusos. Franckowski era un muchacho de veinticuatro años. Todavía tenía a sus padres, que habían recibido el permiso para visitarlo en la

prisión. Aunque lo apresaron sin portar armas, el consejo de guerra lo condenó a la horca. Yo asistí a la ejecución, y no puedo dejar de emocionarme al recordar ese terrible acontecimiento...”

El artículo describe con detalle la ejecución y los últimos momentos de la víctima, muerta con el valor del heroísmo.

A las personas que niegan las manifestaciones de los Espíritus –cuya cantidad disminuye a diario–, a las que atribuyen las comunicaciones mediúmnicas a la imaginación, al reflejo del pensamiento, incluso inconsciente, les preguntamos: ¿de dónde habría podido extraer el médium la intuición del nombre de Franckowski, de la edad de veinticuatro años, de la madre que visitó a su hijo en la prisión; en una palabra, de ese hecho, que él no conocía en absoluto y que incluso ponía en duda, y cuya confirmación encontró en el pliego de un periódico que era el envoltorio de un paquete. E hizo falta que ese pliego fuera precisamente el que contenía la crónica. “Así es –diréis vosotros–, fue obra del azar.” Lo fue para vosotros, que solo veis el azar en todas las cosas. Pero ¿y el resto?

A las personas que pretenden prohibir las comunicaciones con el pretexto de que proceden del diablo, o con cualquier otro, les preguntamos si existe algo más bello, noble y evangélico que el alma de ese hijo que perdona a su verdugo, y que suplica a su madre que lo perdone también, pues considera ese perdón como requisito para la salvación. Además, ¿por qué se comunica con un médium que no lo conoce, pero al que más tarde le brinda una prueba de su identidad? Lo hace para pedirle que rece por su madre, para que ella perdone. ¿Y vosotros decís que ese es el lenguaje del demonio? En tal caso, ¿sería una bendición que todos los que hablan en nombre de

Dios lo hicieran de ese modo! Tocarían más corazones que con el anatema y la maldición.

Acerca de la prohibición de evocar a los muertos⁴²

Algunos miembros de la Iglesia se apoyan en la prohibición de Moisés para proscribir la comunicación con los Espíritus. No obstante, si la ley de Moisés debe ser rigurosamente observada en este punto, debe serlo también en todos los otros. Pues, ¿por qué habría de ser buena en lo atinente a las evocaciones, y mala en otras de sus partes? Es necesario ser consecuente. Si se reconoce que ciertos aspectos de la ley mosaica ya no están de acuerdo con nuestras costumbres y con nuestra época, no hay razón para que entre ellos no se incluya la prohibición de las evocaciones. Por otra parte, es necesario tomar en cuenta los motivos que dieron lugar a esa prohibición, motivos que en esa época tuvieron su razón de ser, pero que ya no existen en la actualidad. En cuanto a la pena de muerte —que debía aplicarse a quien infringiera esa prohibición—, es necesario considerar que Moisés era muy pródigo, pues en su legislación draconiana la severidad del castigo no siempre era un indicio de la gravedad de la falta. El pueblo hebreo era turbulento, difícil de conducir, y solo podía ser refrenado con el terror. Moisés, por otra parte, no tenía mucho para elegir en cuanto a los métodos de represión; no contaba con prisiones ni

42. Véase, de Allan Kardec: *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Capítulo XII. (N. del T.)

reformatorios, y su pueblo no se habría atemorizado ante penas puramente morales; no podía graduar las sanciones como se hace en la actualidad. Ahora bien, ¿sería conveniente, por respeto a su la ley, que Moisés mantuviera la pena de muerte en todos los casos en que la aplicaba? ¿Por qué se recurre, pues, con tanta insistencia a este artículo de la ley, mientras que se guarda silencio acerca del que figura al principio del capítulo, que prohíbe a los sacerdotes la posesión de bienes terrenales, así como participar de alguna herencia, porque el Señor es su propia herencia? (*Deuteronomio*, capítulo 18.)

En la ley de Moisés existen dos partes distintas: la ley de Dios propiamente dicha, promulgada en el monte Sinaí, y la ley civil o disciplinaria, apropiada a los hábitos y al carácter del pueblo. La primera es invariable. La segunda, en cambio, se modifica con el tiempo, y no pasa por la cabeza de nadie que hoy podamos ser gobernados con los mismos métodos que se aplicaban a los hebreos en el desierto, del mismo modo que la legislación de la Edad Media no puede aplicarse a la Francia del siglo XIX. ¿Quién pensaría hoy, por ejemplo, en revivir este artículo de la ley mosaica: “Si un buey acornea a un hombre o una mujer, y le causa la muerte, el buey será apedreado, y nadie comerá su carne; pero el dueño del buey será absuelto”? Ahora bien, ¿qué dice Dios en sus mandamientos? “No tendrás más que un Dios; no tomarás el nombre de Dios en vano; honrarás a tu padre y a tu madre; no matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no darás falso testimonio; no codiciarás los bienes de tu prójimo.” Esta es una ley de todos los tiempos y de todas las naciones, y por eso mismo posee un carácter divino; pero en esa ley no se contempla la prohibición de evocar a los muertos; razón por la cual debemos concluir que esa prohibición era una simple medida disciplinaria y circunstancial.

¿Acaso no vino Jesús a modificar la ley mosaica, haciendo de su propia ley el código de los cristianos? ¿No dijo Él: “Habéis aprendido que se dijo a los antiguos tal y tal cosa, pero yo os digo tal otra?” Ahora bien, en ninguna parte del Evangelio se alude a la prohibición de evocar a los muertos, a pesar de que era un punto muy importante como para que el Cristo lo omitiera en sus prédicas, principalmente si tenemos en cuenta que trató otros temas secundarios; ¿o acaso debemos suponer, como un eclesiástico al que se le planteó esta objeción, que “Jesús se olvidó de mencionarlo”?

Dado que el pretexto de la prohibición de Moisés es admisible, se alega que la evocación es una falta de respeto hacia los muertos, cuyas cenizas no deben ser perturbadas. Cuando esa evocación se hace religiosamente y con recogimiento, no nos parece que contenga algo irrespetuoso. No obstante, existe otra respuesta categórica a esa objeción: los Espíritus se presentan de buen grado cuando se los llama, e incluso de manera espontánea, sin que se los haya llamado. Además, dan testimonio de la satisfacción que experimentan al comunicarse con los hombres, y suelen quejarse del olvido al que se los ha relegado. Si los Espíritus sintieran que se perturba su quietud, o si les disgustara nuestro llamado, por cierto lo dirían, o directamente no acudirían. Por lo tanto, si se comunican, es porque eso les place, pues no sabemos de nadie que pueda obligar a los Espíritus, seres intangibles, a que se molesten en hacerlo si no quieren, ya que no podemos atrapar sus cuerpos.

Se alega esta otra razón: “Las almas están en el Infierno o en el Paraíso. Las que están en el Infierno no pueden salir de allí; y las que están en el Paraíso, absolutamente entregadas a la beatitud y muy por encima de los mortales, no pueden fijarse en ellos. Quedan aún las almas que están en el Purgatorio;

pero estas sufren, de modo que antes que nada deben cuidar de su propia salvación. Por consiguiente, dado que ni unas ni otras pueden acudir a nuestro llamado, solamente el diablo se presenta en lugar de ellas”. En el primer caso, sería bastante racional suponer que el diablo, el autor e instigador de la primera revuelta contra Dios, en rebelión perpetua, y que no experimenta remordimiento ni arrepentimiento por lo que hace, sea más rigurosamente castigado que las pobres almas a las que él arrastra hacia el mal, y que a menudo son culpables tan solo de una falta temporaria que les causa amargos remordimientos. Lejos de eso, ocurre todo lo contrario: esas almas infelices son condenadas a sufrimientos atroces, sin tregua ni cuartel durante la eternidad, sin un solo instante de alivio; mientras que, durante ese tiempo, el diablo, autor de todo ese mal, goza de absoluta libertad, recorre el mundo reclutando víctimas, adopta todas las formas, se entrega a todas las placeres, hace travesuras, e incluso se divierte interrumpiendo el curso de las leyes de Dios, dado que puede hacer milagros. A decir verdad, las almas culpables deberían envidiar la suerte del diablo. ¿Y Dios lo deja que haga, sin decir nada, sin ponerle freno alguno, ni permitir al menos que los Espíritus buenos acudan para contrarrestar esas tentativas criminales! De buena fe, ¿tiene eso alguna lógica? Los que profesan semejante doctrina, ¿pueden jurar con la mano en la conciencia que se arrojarían al fuego para sostener que es verdad?

El segundo caso da lugar a una dificultad que también es muy importante. Si las almas bienaventuradas no pueden abandonar la mansión gloriosa para socorrer a los mortales —lo cual, dicho sea de paso, sería una felicidad muy egoísta—, ¿por qué la Iglesia invoca la asistencia de los santos, que deben gozar de una beatitud aún mayor? ¿Por qué aconseja a los

fieles que los invoquen en caso de enfermedad, en las aflicciones y para preservarse de las calamidades? ¿Por qué, según esa misma Iglesia, los santos y hasta la propia Virgen se aparecen a los hombres y hacen milagros? ¿Será entonces que pueden dejar el Cielo para venir a la Tierra? Si ellos pueden dejarlo, ¿por qué razón otros no podrían hacerlo?

Dado que los motivos que se alegan para justificar la prohibición de comunicarse con los Espíritus no pueden resistir un análisis serio, debe haber otro, no confesado. Ese motivo bien podría ser el temor de que los Espíritus, demasiado ilustrados, vinieran a instruir a los hombres sobre determinados asuntos, y que les dieran a conocer con precisión lo que sucede en el otro mundo, así como las verdaderas condiciones para ser felices o desdichados en él. Por la misma razón que se dice a un niño: “No vayáis allá, porque está el cuco”, se dice a los hombres: “No llaméis a los Espíritus, porque son el diablo”. Con todo, por más que prohíban a los hombres la evocación de los Espíritus, no impedirán que estos acudan a los hombres para sacar la lámpara de debajo del celemín.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Dado que Moisés prohibió la evocación de los muertos, ¿está permitido hacerlo?

(Burdeos. Médium: señora Collignon.)

Nota. Esta comunicación fue recibida en un grupo espírita de Burdeos, en respuesta a la pregunta formulada aquí arriba. Antes de conocerla, habíamos escrito el artículo precedente

acerca del mismo tema. Con todo, la publicamos precisamente debido a la concordancia de las ideas. Muchas otras comunicaciones fueron recibidas en diversos lugares y en el mismo sentido, lo cual demuestra el acuerdo de los Espíritus al respecto. Dado que esa objeción no tiene más sustento que el resto de las que se oponen a las relaciones con los Espíritus, también desaparecerá.

¿Acaso el hombre es tan perfecto para suponer que no necesita medir sus fuerzas? ¿Acaso su inteligencia se encuentra tan desarrollada para que pueda soportar toda la luz?

Cuando Moisés entregó a los hebreos una ley que los sacó del estado de servidumbre en el que vivían, y reavivó en ellos el recuerdo de su Dios, al que habían olvidado, se vio en la obligación de graduar la luz conforme a la fuerza de la vista de ese pueblo; y la ciencia, conforme a la fuerza de su entendimiento.

¿Por qué no preguntáis también a qué se debe que Jesús se permitiera rehacer la ley? ¿Por qué afirmó: “Moisés os ha dicho: *diente por diente, ojo por ojo*; pero yo os digo: haced el bien a los que os quieren mal; bendecid a los que os maldicen; perdonad a los que os persiguen”?

¿Por qué Jesús afirmó: “Moisés ha dicho: *el que quiera dejar a su mujer dele carta de divorcio*; pero yo os digo: no separéis lo que Dios ha unido”?

¿Por qué? Porque Jesús se dirigía a Espíritus que se hallaban más adelantados que durante su encarnación en la época de Moisés. Porque es necesario adecuar la lección a la inteligencia del alumno. Porque vosotros, que cuestionáis, que dudáis, todavía no llegasteis al punto en que debéis estar, y aún no sabéis lo que llegaréis a ser un día.

¿Por qué? Pero entonces, preguntad a Dios por qué ha creado la hierba de los campos, que el hombre civilizado convirtió en su alimento. Por qué hizo árboles que solo deberían crecer en ciertos climas, en determinadas latitudes, y que el hombre aclimató a todas partes.

Moisés dijo a los hebreos: *¡No evocéis a los muertos!* Lo dijo del mismo modo que se dice a los niños: *¡No toquéis el fuego!*

¿Acaso la evocación no se había degenerado poco a poco entre los egipcios, los caldeos, los moabitas y todos los pueblos de la antigüedad, para convertirse en idolatría? No tuvieron la fuerza necesaria para soportar la ciencia; se quemaron. Y el Señor quiso preservar algunos hombres para que pudieran servir y perpetuar su nombre y su fe.

Los hombres eran perversos y estaban predispuestos a las evocaciones peligrosas. Moisés previno el mal. El progreso debía ocurrir entre los Espíritus tanto como entre los hombres, pero la evocación se redujo a ser conocida y practicada por los príncipes de la Iglesia. La vanidad, el orgullo, son tan viejos como la humanidad. Así, los jefes de la sinagoga usaban la evocación, y muy a menudo la usaban mal, de modo que la cólera del Señor a menudo caía sobre ellos.

Por eso, Moisés dijo. “No evocéis a los muertos”. Pero esa prohibición demuestra incluso que la evocación era usual entre el pueblo, y el destinatario de esa prohibición era el pueblo.

Así pues, dejad que hablen los que preguntan por qué. Abridles la historia del globo que ellos cubren con sus pequeñeces, y preguntadles por qué, desde hace tantos siglos acumulados, pisotean tanto para avanzar tan poco. Ocurre que su inteligencia no se desarrolló suficientemente; la rutina

los oprime; quieren cerrar los ojos a pesar del esfuerzo que se hace para abrírseles.

Preguntadles por qué Dios es Dios. Por qué el sol los ilumina.

Que estudien, que investiguen, y en la historia de la antigüedad verán por qué Dios quiso que ese conocimiento desapareciera en parte, para que reviviera con más brillo, cuando los Espíritus encargados de enseñarlo tuvieran más fuerza y no fracasaran bajo su peso.

No os inquietéis, amigos míos, con las preguntas ociosas, con las objeciones sin sentido que se os formulan. Haced siempre lo que acabáis de hacer: preguntad, y nosotros os responderemos de buen grado. La ciencia es para quien la busca, y entonces surge y se muestra ante él. La luz ilumina a los que abren sus ojos, pero las tinieblas se condensan para los que quieren cerrarlos. No hay que negarle la luz a los que preguntan, sino a los que plantean objeciones con el único fin de apagarla, o a los que no se atreven a mirarla. Valor, amigos míos, estamos dispuestos a responderos todas las veces que sea necesario.

SIMEÓN *por* MATEO

* * *

Los falsos devotos

(Reunión particular, 10 de marzo de 1863.

Médium: señora Costel.)

Mi retrato y mis versos acaban de evocar mi recuerdo. Dos veces tocada en mi vanidad femenina y en mi amor propio de

poeta, acudo a reconocer vuestra benevolencia esbozando a grandes rasgos la silueta de los falsos devotos, que son respecto de la religión lo que la mujer falsamente honesta es para la sociedad. Este asunto se inscribe en el marco de mis estudios literarios, del que *Lady Tartuffe* expresaba un matiz.

Los falsos devotos sacrifican las apariencias y traicionan lo verdadero. Tienen el corazón seco y los ojos húmedos, el bolsillo cerrado y la mano abierta. Se dan el gusto de criticar las acciones del prójimo, y lo hacen en un tono meloso que exagera el mal y desacredita el mérito. Muy fervientes para la conquista de los bienes materiales o mundanos, se aferran a los tesoros imaginarios que la muerte dispersa, pero descuidan los bienes auténticos que sirven al objetivo del hombre y constituyen la riqueza de la eternidad. Los hipócritas de la devoción son los reptiles de la naturaleza moral. Viles, bajos, evitan las faltas que la vindicta pública castiga, pero cometen actos siniestros en las sombras. ¡Cuántas familias destruidas y expoliadas! ¡Cuánta confianza traicionada! ¡Cuántas lágrimas, e incluso cuánta sangre...!

La comedia es la contracara de la tragedia. Detrás del bribón anda el bufón. Y los acólitos de los falsos devotos son seres ineptos que solo obran por imitación. Al igual que espejos, reflejan la fisonomía de sus vecinos. Se toman en serio; se engañan a sí mismos; se burlan por timidez de aquello en lo que creen; exaltan aquello de lo que dudan; comulgan con ostentación, y encienden a escondidas pequeñas velas a las que atribuyen mucho más virtud que a la sagrada hostia.

Los falsos devotos son los auténticos ateos de la virtud, de la esperanza, de la naturaleza y de Dios. Niegan lo verdadero y afirman lo falso. Con todo, la muerte se los llevará, emba-

durnados de maquillaje y envueltos en su disfraz de oropeles, para lanzarlos jadeantes en la plenitud de la luz.

DELPHINE DE GIRARDIN

* * *

Longevidad de los patriarcas

(Sociedad Espírita de París, 11 de julio de 1862.

Médium: señor A. Didier.)

¡Qué os importa la edad de los patriarcas en general, y la de Matusalén en particular! Debéis saber que la naturaleza nunca ha tenido contrasentidos e irregularidades, y que si bien la máquina humana ha variado algunas veces, nunca rechazó durante mucho tiempo la destrucción material: la muerte. La Biblia, como ya os he dicho, es un magnífico poema oriental en el que las pasiones humanas son divinizadas, como las pasiones que idealizaban los griegos, las grandes colonias del Asia Menor. Es un error unir la concisión con el énfasis, la nitidez con la difusión, la frialdad del razonamiento y de la lógica moderna con la exaltación oriental. Los querubines de la Biblia tenían seis alas, como sabéis; ¡casi monstruos! El Dios de los judíos se bañaba en sangre, como sabéis; pero ¿acaso vosotros pretendéis que vuestros ángeles sean esos mismos ángeles, y que vuestro Dios, soberanamente bueno y justo, sea ese mismo Dios? Así pues, no relacionéis vuestro análisis poético moderno con la poesía engañosa de los antiguos judíos o paganos. La edad de los patriarcas es un símbolo moral, y no una realidad. La autoridad, el recuerdo de esos grandes nombres, de esos verdaderos pastores de pueblos, enriquecidos con misterios y leyendas que

otros hicieron brillar alrededor de ellos, existían entre esos nómades supersticiosos e idólatras del recuerdo. Es probable que Matusalén haya vivido mucho tiempo en el corazón de sus descendientes. Notad que en la poesía oriental las ideas morales están incorporadas, encarnadas, revestidas con una forma luminosa, radiante, espléndida, contrariamente a la poesía moderna, que desencarna, que rompe el envoltorio para dejar que la idea se escape hasta el cielo. La poesía moderna no solo se expresa con el brillo y el color de la imagen, sino también con el diseño firme y correcto de la lógica, con la idea, en una palabra. ¿Cómo pretendéis relacionar esos dos grandes principios, tan contrarios? Cuando leéis la Biblia a la luz del Oriente, en medio de imágenes doradas, ante los horizontes interminables y difusos de los desiertos, de las estepas, haced correr la electricidad que atraviesa todos los abismos, todas las tinieblas. Es decir, servíos de vuestra razón, y juzgad siempre la diferencia de los tiempos, de las formas y de las comprensiones.

LAMENNAIS

* * *

La voz de Dios

(Sociedad Espírita de París, 11 de julio de 1862.

Médium: señor Flammarion.)

¿Habéis escuchado el ruido confuso del mar estrepitoso cuando el aquilón eleva las olas y rompe sus láminas plateadas en la costa? ¿Habéis escuchado el estruendo sonoro del rayo en las nubes sombrías, o el murmullo del bosque ante el soplo del viento al atardecer? ¿Habéis escuchado en el fondo del alma esa múltiple armonía que no habla a los sentidos más

que para atravesarlos y llegar hasta el ser pensante y amante? Si no habéis escuchado ni comprendido esas palabras mudas, no sois hijos de la revelación, y todavía no creéis. A estos les diré: “Salid de la ciudad a esa hora silenciosa en que los rayos estelares descienden del cielo; recoged en vosotros mismos vuestros íntimos pensamientos, y contemplad el espectáculo que os rodea. Entonces, antes de la aurora, llegaréis a compartir la fe de vuestros hermanos”. A los que ya creen en la grandiosa voz de la naturaleza, les diré: “Hijos de la nueva alianza, la voz del Creador y conservador de los seres os habla en el tumulto de las olas, en el estrépito del rayo. La voz de Dios habla en el soplo de los vientos. Amigos, seguid escuchando, escuchad a menudo, escuchad durante mucho tiempo, escuchad siempre, y el Señor os recibirá con los brazos abiertos”. ¡Oh! Vosotros, los que ya habéis escuchado su poderosa voz en la Tierra, la comprenderéis mejor en el otro mundo.

GALILEO

* * *

El libre albedrío y la presciencia divina

(Thionville, 5 de enero de 1863.

Médium: señor doctor R...)

Hay una gran ley que domina todo el universo: la ley del progreso. En virtud de esta ley, el hombre –criatura esencialmente imperfecta– debe, como la totalidad de lo que existe en nuestro globo, recorrer todas las etapas que lo separan de la perfección. No cabe duda de que Dios sabe cuánto tiempo demorará cada uno en llegar a la meta; pero como todo progreso debe resultar de un esfuerzo realizado para lograrlo, no

habría ningún mérito si el hombre no tuviera la libertad de elegir tal o cual camino. El verdadero mérito, en efecto, no puede resultar sino de un trabajo operado por el Espíritu para vencer una resistencia más o menos considerable.

Como cada uno ignora la cantidad de existencias que ha consagrado a su adelanto moral, nadie puede prejuizar nada acerca de esta gran cuestión, y en eso sobre todo brilla de una manera admirable la infinita bondad de nuestro Padre celestial, que, junto con el libre albedrío que nos ha otorgado, también sembró nuestro camino con postes indicadores que iluminan los desvíos. Así pues, debido a un resto de predominio de la materia, muchos hombres se obstinan en permanecer sordos a las advertencias que reciben de todas partes, y prefieren consumir en placeres engañosos y efímeros una vida que se les había concedido para el adelanto de su espíritu.

No sería posible afirmar, sin cometer una blasfemia, que Dios quiso la desdicha de sus criaturas, dado que los desdichados expían siempre, ya sea por una vida anterior mal empleada, o bien por haberse negado a seguir el camino del bien, toda vez que ese camino se encontraba claramente señalado.

Por lo tanto, de cada uno depende abreviar la prueba que debe sufrir, y para eso se le conceden guías seguros y bastante numerosos, a fin de que sea absolutamente responsable si se niega a seguir sus consejos. También, en ese caso, existe un medio infalible para reducir un castigo merecido: dar muestras de un arrepentimiento sincero, y recurrir a la plegaria, que nunca deja de ser respondida cuando se la realiza con fervor. El libre albedrío existe realmente en el hombre, pero con un guía: la conciencia.

Vosotros, que habéis accedido al gran foco de la nueva ciencia, no descuidéis el hecho de compenetraros de las elo-

cuentas verdades que ella os revela, así como de los admirables principios que son su consecuencia. Seguidlos, fielmente, pues ahí brilla sobre todo vuestro libre albedrío.

Pensad, por un lado, en los fatales efectos que para vosotros resultan de negaros a seguir el camino del bien, así como en las magníficas recompensas que os esperan en caso de que obedezcáis las instrucciones de los Espíritus buenos. En ese momento, brillará la presciencia divina.

En vano los hombres se esfuerzan en buscar la verdad por todos los medios que suponen obtener de la ciencia. Esa verdad que parece huidiza los rodea siempre, ¡pero los ciegos no la ven!

¡Hombres sabios de todos los países, a quienes se les ha permitido levantar una punta del velo, no despreciéis los medios que la Providencia os ofrece! Provocad nuestras manifestaciones, haced que las aprovechen sobre todo vuestros hermanos menos favorecidos que vosotros. Inculcad en todos los preceptos que recibís desde el mundo espírita, y tendréis mucho mérito, porque habréis contribuido en gran medida al cumplimiento de los designios de la Providencia.

ESPÍRITU FAMILIAR

* * *

El panteísmo

(Sociedad Espírita de París. Médiúm: señora Costel.)

El panteísmo, o la encarnación del Espíritu en la materia, de la idea en la forma, es el primer paso del paganismo hacia la ley de amor que Jesús reveló y predicó. La Antigüedad, ávida

de goces, cautivada por la belleza exterior, casi no miraba más allá de lo que veía. Sensual, ardiente, ignoraba las melancolías que nacen de la duda inquieta y de las caricias reprimidas. Temía a los dioses, cuya imagen suavizada colocaba en el interior de sus viviendas. La esclavitud y la guerra la corroían por dentro, la agotaban por fuera. En vano la naturaleza sonora y magnífica invitaba a los hombres a comprender su esplendor. Le temían o la adoraban, como a los dioses. Los bosques sagrados participaban del terror de los oráculos, y ningún mortal separaba el beneficio de su soledad, de las ideas religiosas que hacían palpitar el árbol y estremecer la piedra.

El panteísmo tiene dos caras, bajo las cuales conviene estudiarlo. En primer lugar, la separación infinita de la naturaleza divina, fragmentada en todas las partes de la Creación y presente en los más ínfimos detalles tanto como en su magnificencia, es decir, una confusión flagrante entre la obra y el obrero. En segundo lugar, la asimilación de la humanidad o, mejor dicho, su absorción en la materia. El panteísmo antiguo encarnaba las divinidades; el moderno panteísmo asimila al hombre al reino animal, y hace que las moléculas creadoras surjan del horno ardiente en el que se elabora la vegetación, confundiendo de ese modo los resultados con el principio.

Dios es el orden que la confusión humana no podría perturbar. Todo tiene un sentido: la savia para los árboles, y el pensamiento para el cerebro. Ninguna idea, hija del tiempo, es abandonada al acaso: tiene sus ramificaciones, un estrecho parentesco que le otorga su razón de ser, la conecta al pasado y la compromete con el futuro. La historia de las creencias religiosas es la prueba de esta verdad absoluta. No existe una idolatría, un sistema, un fanatismo, que no haya tenido su poderosa e imperiosa razón de ser. Todos avanzaban hacia la luz,

todos convergían hacia el mismo objetivo, y todos llegarán a confundirse, como las aguas de los ríos lejanos, en el vasto y profundo mar de la unidad espírita.

De tal modo, el panteísmo, precursor del catolicismo, llevaba en sí el germen de la universalidad de Dios. Inspiraba a los hombres la fraternidad para con la naturaleza, esa fraternidad que Jesús debía enseñarles a practicar entre ellos. Fraternidad sagrada, actualmente robustecida por el espiritismo, que conecta victoriosamente a los seres terrestres con el mundo espiritual.

En verdad os digo, que la ley de amor despliega lentamente y de manera continua sus espirales infinitas. Esa ley es la que, en los ritos misteriosos de las religiones de la India, diviniza al animal, lo consagra por su debilidad y sus humildes servicios. Esa ley es la que poblaba de dioses familiares los hogares purificados. Esa ley es la que, en cada una de las diversas creencias, hace que las generaciones deletreen una palabra del alfabeto divino. No obstante, a Jesús se le había reservado la proclamación de la idea universal que las resume a todas. El Salvador anunció el amor y lo tornó más fuerte que la muerte. Dijo a los hombres: “Amaos los unos a los otros; amaos en el dolor, en la alegría, en el oprobio; amad a la naturaleza, vuestra primera iniciadora; amad a los animales, vuestros humildes compañeros; amad lo que comienza, amad lo que termina”.

El Verbo del Eterno se llama amor, y abraza con una inextinguible ternura la Tierra en la que transitáis y los Cielos en los que entraréis, purificados y triunfantes.

LÁZARO

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El espiritualismo racional

Por el señor G. H. LOVE, ingeniero⁴³

Esta obra notable y concienzuda pertenece a un científico distinguido que se ha propuesto extraer de la propia ciencia y de la observación de los hechos la demostración de la realidad de las ideas espiritualistas. Se trata de un aporte más que se presenta en apoyo de la tesis que hemos sostenido anteriormente. Más aún, porque se trata de un primer paso casi oficial de la ciencia en el camino espírita. Por otra parte, estamos seguros de que pronto recibirá otras adhesiones aún más rotundas, que inducirán a los negadores y a los adversarios de todas las escuelas a que reflexionen seriamente. Nos bastará con citar el fragmento que sigue para mostrar el espíritu con que esta obra ha sido concebida. Se encuentra en la página 331.

“Como vemos —y esto es sin duda una señal de los tiempos—, la secta espiritista, que ya tuve oportunidad de mencionar (§ 15), se extiende rápidamente entre las personas de todas las clases y entre las más ilustradas, sin contar al lamentable y lamentado Jobard, de Bruselas, que se había convertido en uno de los paladines más alertas de la nueva doctrina.

”El hecho es que si se examina esta doctrina, aunque más no sea —como hice al comienzo— en el pequeño opúsculo del señor Allan Kardec, *¿Qué es el espiritismo?*, resulta imposible no destacar cuán clara, homogénea y consecuente consigo misma es su moral, y cuánto satisface al espíritu y al corazón. Incluso si se le quitara la realidad de las comunicaciones con

43. Un volumen in-12. Precio: 3 francos, 50 centavos. Librería de los Sres. Didier. (N. de Allan Kardec.)

el mundo invisible, esa moral permanecería siempre, lo cual es mucho y suficiente para generar numerosas adhesiones y explicar su éxito siempre creciente. En cuanto a las comunicaciones con el mundo invisible, considero haber demostrado científicamente, no solo que son posibles, sino también que ocurren a diario durante el sueño. La inspiración durante la vigilia, cuya autenticidad o naturaleza es imposible revocar —conforme a lo que he dicho al respecto—, también es una comunicación de ese tipo, aunque haya casos en los que solo sea el resultado de un grado más importante de actividad del espíritu. En la actualidad, cuando se observa que esa comunicación contiene nociones extrañas al médium que las recibe, no veo en eso nada que no sea eminentemente probable, y en todos los casos es una cuestión que se puede resolver en ausencia de los científicos, pues cada médium, que conoce el nivel de sus propios conocimientos en estado normal, así como las personas de su familia y de su entorno, pueden evaluar la comunicación mejor que cualquiera, de modo que si el espiritismo gana partidarios a diario más allá de la cuestión moral, es porque aparentemente produce bastantes médiums para ofrecer la prueba de su estado particular a todo aquel que desee examinarlos sin prejuicios.

”La moral, conforme la comprendo y según la he deducido de las nociones científicas —no me atemoriza reconocerlo—, tiene numerosos puntos de contacto con la que transmiten los médiums del señor Allan Kardec. Tampoco estoy lejos de admitir que, si bien entre las páginas que ellos escriben hay muchas que no superan al alcance ordinario del espíritu humano, e incluso del de esos propios médiums, debe haber y las hay cuyo alcance demuestra que ellos no habrían podido escribir algo semejante en sus momentos de normalidad. Todo esto

me lleva a desear que una doctrina, que no presenta el menor peligro y que, por el contrario, eleva el espíritu y el corazón tanto como sea posible en interés de la sociedad, se expanda todos los días cada vez más. Porque, según lo que he leído, estimo que resulta imposible ser un buen espírita sin ser un hombre honesto y *un buen ciudadano*. No conozco muchas religiones de las que se pueda decir lo mismo”.

* * *

Sermones sobre el espiritismo

Predicados en la catedral de Metz,
los días 27, 28 y 29 de mayo de 1863,
por el reverendo padre Letierce, de la Compañía de Jesús,
refutados por un espírita de Metz.
Precedidos de consideraciones acerca de la locura espírita.⁴⁴

Siempre nos complace ver adeptos serios que entran en la lid cuando a la lógica de la argumentación le suman la calma y la moderación de las que nunca debemos apartarnos, incluso ante los que no utilizan los mismos procedimientos respecto de nosotros. Felicitamos al autor de ese opúsculo, porque ha sabido reunir esas dos cualidades en su muy interesante y concienzudo trabajo, que sin duda será acogido con el favor que se merece. La carta que encabeza su opúsculo es un testimonio de simpatía que le agradecemos transcribiéndola textualmente, porque constituye una prueba del modo como

44. Opúsculo in-18. Precio: 1 franco; por correo: 1 franco, 10 centavos. En París: Didier y Compañía, Ledoyen. En Metz: Linden, Verronnais, librereros. (N. de Allan Kardec.)

se comprende la doctrina, así como las siguientes citas que coloca en el epígrafe:

“Creemos que existen hechos que no son visibles para los ojos ni tangibles para las manos; que el microscopio ni el escalpelo pueden alcanzar por más perfectos que sean; que también escapan al gusto, al olfato y al oído, y que sin embargo son susceptibles de ser constatados con una certeza absoluta.” (Ch. Jouffroy, prefacio de los *Esquisses de philosophie morale* [*Esbozos de filosofía moral*], p. 5.)

“No creáis a todo Espíritu, sino ponédlos a prueba para ver si proceden de Dios.” (*Evangelio*.)

“Señor y querido maestro:

”¿Os dignaríais aceptar la dedicatoria de este modesto alegato a favor del espiritismo, de este grito de indignación contra los ataques dirigidos a nuestra sublime moral? Para mí sería el testimonio más certero de que estas páginas han sido dictadas por ese espíritu de moderación que admiramos a diario en vuestros escritos, y que debería guiarnos en todas nuestras luchas. Aceptadlo como el ensayo experimental de uno de vuestros recientes adeptos, como la profesión de fe de un verdadero creyente. Si mis esfuerzos dan fruto, atribuiré ese éxito a vuestro elevado patrocinio. Si acaso mi voz inexperta no repercute, el espiritismo no carecerá de otros defensores, pero yo conservaré junto con la satisfacción de mi conciencia la dicha de haber recibido la aprobación del apóstol inmortal de nuestra filosofía.”

Extrajimos de este opúsculo el siguiente pasaje de uno de los sermones del reverendo padre Letierce, a fin de que se tenga una idea de la fuerza de su lógica.

“No resulta para nada chocante a la razón el hecho de admitir, con cierto límite, la comunicación de los Espíritus de los muertos con los vivos. Esa comunicación es absolutamente compatible con la naturaleza del alma humana, y se encontrarían numerosos ejemplos de ella en el Evangelio y en la *Vida de los santos*. Pero se trataba de santos, de apóstoles. En cambio, para nosotros, pobres pecadores que, en la pendiente resbaladiza de la corrupción, solo necesitamos una mano auxiliadora que nos reconduzca al bien, ¿no resulta un sacrilegio, un insulto a la justicia divina, solicitar a los Espíritus buenos que Dios ha extendido alrededor nuestro, consejos y preceptos para nuestra instrucción moral y filosófica? ¿No es una audacia impía rogar al Creador que nos envíe ángeles de la guarda para recordarnos sin cesar la observancia de sus leyes, la caridad, el amor a nuestros semejantes, así como para enseñarnos lo que debemos hacer, en la medida de nuestras fuerzas, para llegar lo más rápidamente posible a ese grado de perfección que ellos ya alcanzaron?

”Ese llamado que hacemos a las almas de los justos, en nombre de la bondad de Dios, solo es escuchado por las almas de los malvados, en nombre de las potencias infernales. Así es, los Espíritus se comunican con nosotros, pero son los Espíritus de los réprobos. Es cierto que sus comunicaciones y sus preceptos son coincidentes con los que podrían dictarnos los ángeles más puros; todos sus discursos exhalan las virtudes más sublimes, las menores de las cuales deben ser para nosotros un ideal de perfección que difícilmente podemos alcanzar en esta vida. Pero no son más que una trampa para atraernos mejor, una miel que envuelve el veneno con que el demonio quiere aniquilar nuestra alma.

”En efecto, las almas de los muertos, con Allan Kardec, son de tres clases: las que llegaron al estado de Espíritus puros, las que se encuentran en el camino de la perfección, y las almas de los malos. Las primeras, por su propia naturaleza, no pueden responder nuestro llamado, pues su estado de pureza torna imposible cualquier comunicación de su parte con el alma del hombre, encerrada en una envoltura tan grosera. Además, ¿para qué vendrían a la Tierra? ¿Para predicarnos exhortaciones que no podríamos comprender? Las segundas deben trabajar mucho en su perfeccionamiento moral, de modo que no pueden perder el tiempo en conversar con nosotros; esas almas tampoco son las que nos asisten en las reuniones. Así pues, ¿qué queda para nosotros? Ya lo he dicho: las almas de los réprobos, y al menos estas no se hacen rogar para venir. Siempre dispuestas a sacar provecho de nuestro error y de nuestra necesidad de instrucción, se vuelcan en masa sobre nosotros para hundirnos con ellas en el abismo donde las ha sumergido el justo castigo de Dios.”

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 11

Noviembre de 1863

Unión de la filosofía y el espiritismo

por el señor Herrensneider

(Segundo artículo)⁴⁵

El principio de la dualidad de la esencia del alma y el sistema espiritual del señor Cousin y su escuela.

Hemos intentado demostrar, en nuestro artículo anterior, que si en general los señores librepensadores quisieran tomarse el trabajo de examinar los motivos que les permiten afirmarse y decir “yo”, llegarían al conocimiento de su doble esencia. Se convencerían de que su alma está constituida de modo tal que existe aparte de su cuerpo, así como en su envoltura, y comprenderían su estado errante, cuando después de la muerte haya dejado la materia terrestre. De tal modo, si su ciencia estuviera fundada en el verdadero principio de la constitución del alma, confirmarían los hechos espíritas en vez de contradecirlos con

45. Véase la *Revista* de septiembre de 1863. (N. de Allan Kardec.)

tanta persistencia. En efecto, nuestra noción del *yo* se compone principalmente del sentimiento y el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, y esos dos fenómenos íntimos, evidentes para todo el mundo, implican perentoriamente dos elementos distintos en el alma: uno pasivo, sensible, extenso y sólido, que recibe las impresiones; el otro activo, inextenso y pensante, que las percibe. Por consiguiente, si poseemos, junto a un elemento virtual, un elemento resistente y permanente, diferente de nuestro cuerpo, no podemos disolvernó con la muerte. Nuestra inmortalidad queda probada, y nuestra preexistencia es una consecuencia natural de aquella. Por lo tanto, nuestro destino es independiente de nuestra estadía terrestre, y esta no es más que un episodio más o menos interesante para nosotros, según los acontecimientos que la integran.

La dualidad de la esencia de nuestra alma es, conforme a estas observaciones, un principio importante, pues nos instruye acerca de nuestra existencia real e inmortal. No obstante, es un principio aún más importante porque constituye la fuente única de la que extraemos la conciencia segura de nuestra individualidad, y porque de tal modo es el origen de nuestra ciencia, de la que no podemos dudar, y en la que se apoya el resto de nuestros conocimientos. En efecto, todos comenzamos por conocernos en primer lugar, antes de observar lo que nos rodea; y medimos con nuestra medida todo lo que examinamos, y lo que juzgamos. Así pues, es indispensable señalar, para el estudio de la verdad, que nuestro saber parte de nosotros para volver a nosotros; que se trata de un círculo que nosotros mismos formamos y que nos rodea y nos enlaza fatalmente aunque no queramos. Los filósofos actuales ignoran esto, pero lo sufren sin darse cuenta. Ese círculo los deslumbra, los enceguece y les impide mirar más allá y por encima de ellos mismos. De tal

modo, muy a menudo tenemos la oportunidad de constatar su ceguera. Los antiguos, por el contrario, conocían ese círculo y su influencia misteriosa, porque simbolizaban la ciencia con la imagen de una serpiente que se muerde la cola tras volverse sobre sí misma. Para ellos, eso significaba que nuestro saber parte de un punto determinado, recorre nuestro horizonte intelectual y vuelve al punto de partida. Ahora bien, si ese punto de partida es elevado, y la mirada es penetrante, el horizonte se extiende y la ciencia es vasta. En cambio, si ese punto roza el suelo y la vista se nubla, el horizonte queda reducido y la comprensión de las cosas es limitada. Así, el conjunto y el alcance de nuestros conocimientos depende de lo que somos personalmente. Por ese motivo, resulta evidente que la primera condición de la ciencia individual es examinarse a uno mismo, no solo para distinguir las propias cualidades, los defecto y los vicios, sino para conocer en primer lugar la constitución íntima de nuestro ser, y luego para elevar nuestro espíritu y formar nuestro carácter.

Por lo tanto, la verdadera ciencia no es hecha para cada uno. Quien aspira a ella no solo debe ser inteligente e instruido, sino sobre todo serio, sobrio, prudente, y no dejarse llevar por los caprichos de su imaginación, por su vanidad, sus intereses y su suficiencia. Lo que debe guiar al verdadero amante de la verdad es un amor desinteresado a ese venerable objetivo; es la voluntad enérgica y constante para no detenerse jamás, y separar rigurosamente la cizaña del buen grano. Cuanto más se domine a sí mismo, cuanto más calmo y noble sea, mejor sabrá el hombre distinguir los senderos que lo conducirán a la verdad. Cuanto más frívolo, presuntuoso o apasionado sea, más corromperá con su aliento impuro los frutos que habrá de cosechar en el árbol de la vida.

La primera condición para alcanzar el conocimiento de las cosas es, pues, el carácter individual. Por esa razón, en la antigüedad, toda iniciación era precedida por pruebas solemnes. En la actualidad, el saber se divulga sin discernimiento, y cualquiera considera que puede obtenerlo; pero también la verdad es mejor acogida que nunca, mientras que las doctrinas más extrañas encuentran numerosos adherentes. Así pues, habría que convencerse de que los espíritus indiferentes, restringidos por las ciencias exactas y naturales, llevados por la imaginación, o engreídos por la impertinencia, no son aptos para la búsqueda de la verdad, y que sería más prudente reservar esa noble labor para algunos elegidos. No obstante, ahora se manifiestan intenciones más sensatas *con el advenimiento del espiritismo*. En efecto, los espíritas son hombres bien dispuestos para la búsqueda de la verdad, porque, al alejarse del torbellino general que arrastra a la sociedad, han renunciado a las vanidades mundanas, a los principios superficiales de los librepensadores, y a la superstición oficial de los cultos reconocidos. Dan muestras de una sana independencia, de un amor sincero a la verdad, así como de un conmovedor afán por los intereses eternos. Estas son las mejores disposiciones morales para abordar los graves problemas del alma, del mundo y de la Divinidad. Así pues, para nuestro bien eterno, tratemos de ponernos de acuerdo y de seguir juntos las señales que nos conducirán al camino sagrado. Porque necesitamos ayudarnos recíprocamente para alcanzar el objetivo que todos buscamos: esclarecernos respecto de lo único que es real y duradero.

Además de las disposiciones morales que acabamos de señalar, lo más indispensable para empeñarse en la obra delicada de la iniciación es el conocimiento del principio de la

dualidad de la esencia del alma, porque constituye una parte del secreto misterioso de la Esfinge⁴⁶. Se trata de una de las llaves de la ciencia; y en caso de que no se la posea, resultarán inútiles los esfuerzos por alcanzarla. Ese principio de la esencia del alma contiene de por sí, como consecuencia, las nociones considerables que deseamos adquirir, mientras que los principios secundarios que se han descubierto hasta hoy no se elevan bastante alto para dominar el vasto horizonte de los conocimientos humanos, así como para abarcar todos los detalles. Los principios inferiores confunden a los que se valen de ellos en el dédalo de los numerosos hechos que no esclarecen. Y debido a la insuficiencia de los primeros principios, los filósofos se extraviaron y se perdieron en las sutilezas arbitrarias de sus doctrinas incompletas. Llevaron fatalmente la confusión al lugar donde creyeron tocar la verdad. En esas materias, aún más delicadas que difíciles, solo el principio verdadero esparce la luz, resuelve fácilmente todos los problemas, y abre las puertas secretas que conducen al santuario más distante. Ahora bien, ya sabemos que ese principio está en nosotros, y que para descubrirlo solo debemos estudiarnos, pero con calma e imparcialidad. Sabemos que ese principio es la dualidad de nuestra esencia anímica, de modo que no tenemos más que desenrollar con precaución el hilo del que poseemos el nudo más importante. No obstante, a medida que avancemos en nuestro estudio psicológico, consultaremos los trabajos de nuestros más ilustres filósofos, a fin de reconocer en qué han fallado, y en qué puntos sus doctrinas confirman nuestras propias investigaciones.

46. El otro primer principio es la dualidad del aspecto de las cosas, que encontraremos más tarde.

Así pues, conforme lo hemos señalado más arriba, nos resulta evidente que todo lo que en nosotros se relaciona con el orden sensible depende de la sustancia de nuestra alma; porque su elemento extenso y sólido recibe las impresiones del exterior, a la vez que registra nuestra actividad íntima. En efecto, nuestra alma no podría ser tocada de algún modo sin que, en primer lugar, presentara un obstáculo a las oscilaciones del medio ambiente y, luego, a las vibraciones de las emociones que nos afectan íntimamente. Por lo tanto, esta manera de ser por completo natural nos explica nuestras relaciones con todo lo que existe, con lo que no forma parte de nosotros, con nuestro no-*yo* moral, intelectual y físico, visible o invisible. La solidez y la extensión de nuestra sustancia evidentemente no deben ser rechazadas en principio. Con todo, esta opinión no impera en la Universidad ni en el Instituto. El espiritualismo la niega como absurda, con el pretexto engañoso de que la divisibilidad, que sería su consecuencia, implicaría la corruptibilidad de la sustancia. Pero eso no es más que un malentendido, porque lo que importa respecto de la incorruptibilidad de la naturaleza anímica es la simplicidad química de su fluidez corporal, y no su indivisibilidad mecánica, cuya falta hay mil maneras de remediar. Mientras que, para mantenerse en la verdad científica, se requiere evitar el reconocimiento de un efecto sin causa, de una impresión posible sin resistencia. De ese modo, la sensibilidad de nuestra alma no le enseña nada a nuestra escuela espiritualista; esta vincula gratuitamente los sentimientos con la razón, atribuye las sensaciones al organismo material, y no se explica la conexión de esas facultades diversas. *Ahí radica una de las causas de su impotencia filosófica.*

Para nosotros, la sensibilidad de nuestra alma es la prueba irrecusable de la solidez y la extensión de su sustancia; y la

noción de esas propiedades nos abre un vasto campo de observación. De tal modo, en primer lugar, la extensión y la solidez sustancial de nuestra alma permiten que esta adopte diversas formas y contenga el modelo de los órganos que componen nuestro organismo corporal. Así, el alma sirve de origen y de sostén para los nervios, los sentidos, el cerebro, las vísceras, los músculos y los huesos de nuestro cuerpo, y nos permite encarnar por medio de esa ley de la mutabilidad de las moléculas corporales, que nuestros modernos fisiólogos conocen tanto. Nuestros científicos suponen —erróneamente, según nosotros— que esa ley es apenas el efecto de una fuerza misteriosa de la materia, que se renueva, se absorbe, se diluye y se forma por sí misma, porque la materia es inerte y no forma nada por su propia iniciativa. Esta mutabilidad es evidentemente el efecto de la actividad instintiva de nuestra doble esencia anímica, que se encuentra bajo nuestra envoltura, y la existencia de esta ley prueba que nuestra encarnación forma parte del orden de la naturaleza, dado que es continua, y que al cabo de una serie de años nuestro cuerpo se renueva regularmente. Así, la formación de nuestro revestimiento material y nuestra encarnación sucesiva se explican de manera completamente natural. Pero, además, esa sustancialidad extensa de nuestra alma también nos permite comprender el vínculo que existe entre ella y nuestro cuerpo, porque, dado que nuestro organismo visible no es más que la cobertura de nuestro organismo sustancial, todo lo que uno siente debe repercutir necesariamente en el otro. Las emociones de la sustancia del alma deben estremecer el cuerpo, y el estado de este debe afectar inevitablemente las disposiciones morales e intelectuales propias del alma. *Esta es la primera enseñanza que resulta de la naturaleza concreta de nuestra sustancia.*

La segunda enseñanza que extraemos de aquí consiste en que la parte de la sustancia de nuestra alma que no sirve de modelo para nuestro organismo material, debe ser la base de nuestro sentido íntimo, de ese que recibe las impresiones morales e intelectuales, y que nos pone en contacto con la propia sustancia divina; de modo que nuestra sustancia recibe las impresiones de la irradiación de todas las existencias y de todas las actividades posibles, y resulta ser el origen primero de todas nuestras nociones. De igual manera, recibimos el conocimiento de nosotros mismos. Porque si se le pregunta a un escéptico de qué modo puede él afirmarse a sí mismo, sin la menor reserva responderá: “Yo me siento”. Ni el propio escéptico puede dudar de sus sensaciones. No obstante, sentirse no constituye todo nuestro conocimiento: el escéptico tampoco puede negar que él sabe que se siente a sí mismo. Ahora bien, la percepción de nuestro sentimiento es la consecuencia de nuestra actividad intelectual, lo que prueba que nuestra alma no solo es pasiva, sino también activa, que quiere, percibe, piensa, que es causadora y libre por iniciativa propia. Nuestros propios órganos funcionan sin que tengamos conciencia de ello, de modo que nos vemos forzados a atribuir a nuestra alma un segundo elemento, un elemento activo, virtual, es decir, una fuerza esencial, que se mantiene atenta cuando nuestra sensibilidad está despierta, que quiere por efecto de su propio movimiento, que percibe, piensa y reflexiona a través de nuestro órgano cerebral, que obra con la ayuda de nuestros miembros, y que anima nuestro organismo con un movimiento involuntario. Mediante la presencia en nuestra alma de ese doble orden esencial: el orden sustancial pasivo y sensible, y el orden virtual activo y pensante, nos sentimos a nosotros mismos, nos sabemos, y tenemos la con-

ciencia de nuestra propia personalidad, sin ningún auxilio del mundo exterior.

Nuestra fuerza anímica es nuestro elemento espiritual por excelencia, porque de por sí carece de extensión y solidez. Solo la conocemos por su actividad. Dado que no quiere, ni piensa, ni obra, es como si no existiera; y si nuestra alma no fuera sustancialmente concreta por virtud de otro elemento, nuestro cuerpo no tendría consistencia y no sería más que un montón de polvo. Nuestra alma ni siquiera podría existir en la erraticidad, se perdería en la nada, a menos que se suponga, con el espiritualismo, un misterio impenetrable que le permita existir sin tener extensión ni solidez, suposición que el espiritismo y las leyes naturales tornan completamente inadmisibles. No obstante, es nuestra fuerza esencial, que Leibnitz considera nuestra sustancia, sin tomar en cuenta su naturaleza fugitiva; y la escuela espiritualista francesa repite esto conforme a su ejemplo, sin detenerse ante esa confusión ilógica. Sin embargo, para salir del vacío de las abstracciones, no basta con denominar fuerza a una sustancia para que esta lo sea realmente, ni considerar que esa sustancia imaginaria sea el fondo de nuestro ser. Una sustancia no es tal excepto por su estado concreto, por su extensión y solidez, por más sutil que se pretenda concebirla, y eso es lo que nuestra escuela espiritualista se complace en pasar por alto. *Esta también es otra causa de su impotencia moral y filosófica.*

Nuestra fuerza esencial no es más que el principio de nuestra actividad. Esa fuerza nos anima, pero no nos constituye. Es el principio de nuestra vida, pero no el de nuestra existencia. Se encuentra en todas partes en nuestra sustancia, se expande con ella en todo nuestro ser, y recibe directamente las impresiones sin nuestro concurso voluntario. Mediante esa

unión estrecha de nuestros dos elementos esenciales, nuestro organismo funciona espontáneamente, nuestras sensaciones despiertan de inmediato nuestra atención y nos inducen sin ningún otro intermediario a percibir la causa de nuestras impresiones, nuestra conciencia es un conjunto de sentimientos y de reflexiones; y toda noción, sea cual fuere su objeto, exige que nosotros lo sintamos y lo sepamos. Por lo tanto, solamente nosotros estamos seguros de su existencia. Mediante ese mismo proceso, tenemos el conocimiento del Ser supremo. Tenemos la sensación de su presencia a través de nuestro sentido íntimo, y explicamos esa sensación sublime con nuestra razón. Porque el ideal de lo verdadero, del bien y de lo bello, se encuentra primero en nuestro corazón, antes de que entre en nuestra cabeza. Los pueblos salvajes no se engañan respecto de eso, no dudan de Dios; simplemente se lo figuran conforme al nivel de su grosera inteligencia, mientras nuestros eruditos discuten acerca de su personalidad, porque afirman que no admiten nada que no sea mediante la fuerza de su razonamiento, y porque se debaten en medio de abstracciones sin un punto de apoyo en el orden sensible.

Tal es la constitución de nuestra alma. Se halla compuesta por dos elementos muy distintos uno del otro, y que sin embargo están indisolublemente unidos. Porque nunca y en ninguna parte esos elementos estuvieron separados: toda sustancia tiene su fuerza, y toda fuerza tiene su sustancia. De tal modo, esta dualidad se encuentra reunida en la esencia de todo lo que existe: está en la materia, en el alma, en Dios. Reiteramos que esta distinción en la unidad debe admitirse necesariamente, porque cada uno de esos elementos está bien caracterizado; porque ambos tienen sus respectivas propiedades y su modalidad categórica, y porque hay una ley univer-

sal según la cual un mismo principio no puede tener efectos contrario, y las cualidades que se excluyen revelan otros tantos principios particulares. Con todo, su unidad no es menos perentoria, porque ninguna función, ninguna facultad, ningún fenómeno se produce en nosotros y en otras partes sin el concurso simultáneo de esos dos elementos irreductibles.

Esta unidad en la dualidad constante de nuestra alma nos explica también un fenómeno psicológico importante, a saber: la espontaneidad instintiva de nuestras facultades y de nuestras funciones, así como la formación de nuestro carácter y de nuestra naturaleza moral íntima. En efecto, nuestras impresiones se conservan en nosotros y se reproducen involuntariamente; de modo que, como la sustancia es el elemento pasivo y permanente de nuestra alma, es necesario atribuirle la propiedad de conservar nuestras sensaciones, de concretarlas en ella, y de transmitir las, llegado el caso, para la atención de nuestra fuerza esencial. Dado que esas impresiones son de todo tipo, en nosotros se forma —por esta propiedad conservadora— un orden moral, intelectual y práctico permanente, que se manifiesta a través de nuestra actividad instintiva y espontánea, que nos inspira nuestros sentimientos y nuestras ideas, y que guía nuestros actos sin nuestro concurso voluntario, y a menudo a pesar de nosotros mismos. Además, esos sentimientos y esas ideas adquiridas se agrupan en nuestra alma, y nos producen nuevas ideas e imágenes, que a veces estamos lejos de esperar. Así pues, las funciones psicológicas de nuestra sustancia unida a nuestra fuerza esencial se multiplican y forman en nosotros una naturaleza moral, intelectual y práctica espontánea, que constituye el fondo de nuestro carácter, el origen de nuestras disposiciones naturales. Nuestra sustancia contiene, pues, en estado latente —o en potencia, conforme se

expresa la escuela— la totalidad de nuestras cualidades y nuestros conocimientos, de nuestros hábitos pasados en nosotros al estado permanente. Por consiguiente, a esa sustancia y a su actividad instintiva hay que atribuirle la memoria, la imaginación, el ingenio y el sentido naturales, así como el origen de nuestras ideas y el de nuestros sentimientos.

Ese orden sustancial instintivo existe indiscutiblemente en nuestra alma. Cada uno reconoce en sí una naturaleza moral permanente, disposiciones intelectuales y costumbres propias, que le facilitan su carrera y su conducta, en caso de que sean buenas; o bien que impiden su éxito y lo arrastran hacia desvíos deplorables, en caso de que sean malas. Solo nuestros filósofos no registran esto, porque como no admiten —según ya lo hemos señalado— un orden psicológico sustancial, se ven obligados a atribuir a la influencia de la materia todo lo que es resistente en nuestra alma, y a confundir con nuestra inteligencia todo lo que es sensible y viviente. Es cierto que Aristóteles reconoce en el hombre un orden potencial, en el que todas nuestras cualidades se encuentran en potencia; pero lo define mal, y también lo confunde con la materia. Desde entonces, nadie más que el señor Cousin se ha ocupado de ese orden especial. Pero este filósofo contemporáneo apenas reconoce en nuestra alma la inteligencia, de modo que solo ha considerado en ella la actividad espontánea, sin buscar su origen en el elemento permanente de nuestra naturaleza anímica. La designa como la razón espontánea e instintiva, en oposición a la razón reflexiva, sin destacar la contradicción que existe entre el instinto y la reflexión: cualidades que se excluyen y que evidentemente no pueden pertenecer al mismo principio. De tal modo, el señor Cousin solo extrae de ese descubrimiento consecuencias limitadas, y por esa razón su

psicología, al igual que la de su escuela, se mantuvo como una ciencia estéril, ilógica y sin gran alcance.

Detengamos ahora nuestro pensamiento en el conjunto de las observaciones que preceden, porque nos han permitido conocer fenómenos psicológicos desconocidos hasta hoy. Nos han permitido constatar en nuestra alma la existencia de dos órdenes morales, intelectuales y prácticos muy distintos y fuertemente caracterizados: uno de ellos, referido perfectamente a las propiedades particulares de nuestra sustancia, que son la permanencia, la extensión y la solidez; el otro, referido a las de nuestra fuerza esencial, que son su causalidad, su carencia de extensión y su intermitencia. El primero es pasivo, sensible, conservador; el segundo es activo, voluntario y reflexivo. La unión íntima de nuestros dos elementos esenciales produce en nosotros, además, nuestra triple actividad instintiva, que es el reflejo directo del estado verdadero de nuestras cualidades y de nuestros defectos naturales.

En efecto, por un lado, cuanto más sensible, delicada y conservadora sea nuestra naturaleza sustancial, y cuanto más viviente y enérgica sea nuestra actividad instintiva, más puros y elevados serán también nuestras ideas y nuestros sentimientos, así como más justo será nuestro buen sentido, y más fáciles y seguras serán nuestra memoria y nuestra imaginación. Por el contrario, cuanto menos perfeccionado sea nuestro estado sustancial, más lentas y limitadas serán nuestra memoria y nuestra imaginación, más groseras nuestras ideas, más viles nuestros sentimientos y más obtuso nuestro sentido común. Sin embargo, por otra parte, cuanto más enérgica, constante y flexible sea nuestra fuerza causadora, más fuertes serán nuestra atención, nuestra voluntad, nuestra virtud y nuestro dominio, más alcance tendrán nuestra percepción, nuestro

pensamiento, nuestro juicio y nuestra razón, y más grandes serán nuestra habilidad y nuestra conducta honorable, porque todas esas cualidades y facultades derivan de nuestro elemento virtual. Por el contrario, cuanto más blanda, embotada o rígida sea nuestra fuerza esencial, más se manifestarán a plena luz nuestra brutalidad y nuestra cobardía moral e intelectual. De tal modo, nuestro valor depende tanto del estado de las cualidades y de las propiedades de uno como de otro elemento de nuestra alma.

Este es el resumen que presenta la constitución íntima de nuestra esencia anímica, y que nos revela nuestra doble facultad de sentirnos y sabernos a nosotros mismos. Primero, nos la muestra en su unidad viviente, pues descubrimos el doble principio de su actividad y de su pasividad, de su permanencia y de su causalidad, de su existencia en el tiempo y en el espacio, así como de su independencia propia y distinta de Dios, del mundo y de su envoltura material. Luego, nos la muestra en su diversidad maravillosa, pues reconocemos el origen de sus cualidades y de sus facultades, de sus funciones y de su organismo, en las propiedades respectivas de nuestros elementos esenciales, y en su concurso recíproco. Este resumen, sin embargo, es apenas un esbozo, pero en él resulta fácil reconocer el método de observación riguroso que hemos seguido, y que es el que Bacon descubrió, el que Descartes introdujo en la psicología, el que la escuela escocesa aplicó, y el que la escuela espiritualista y ecléctica observó en toda su doctrina. Así pues, nos encontramos en el mismo terreno de toda filosofía seria, y si a menudo no estamos de acuerdo con nuestras celebridades académicas, es porque no podemos dejar de creer que la mayoría de los hechos de conciencia han sido, por parte de ellas, mal observados y explicados.

En efecto, el eclecticismo espiritualista reconoce en nosotros tres facultades principales: la voluntad, la sensación y la razón. Estas facultades se distinguen de nuestro cuerpo, que es sólido y extenso. De tal modo, poseemos necesariamente un alma inextensa y espiritual. A partir de esta confirmación, el eclecticismo no se pregunta de qué modo debe hallarse constituida nuestra alma para que sea sensible, ni si la voluntad y la razón —que son activas— no son dos manifestaciones de un mismo principio virtual. Estas cuestiones no lo inquietan. Apenas sostiene que, de esas tres facultades, solo la voluntad nos pertenece, porque solo ella es el resultado de una fuerza sustancial inextensa, que es el principio primordial de nuestro *yo*. La sensibilidad no es para ellos más que el efecto del choque que resulta de la acción que la fuerza del mundo exterior ejerce sobre la nuestra por intermedio de nuestro organismo. Pero el eclecticismo tampoco investiga de qué modo nuestra fuerza inextensa se vincula con nuestro organismo, ni de qué modo, en ese aislamiento inextenso, puede recibir un choque, como tampoco explica de qué modo podemos ser sensibles. Se trata de pequeños misterios que no podrían detenerlo. Según él, la razón es la facultad soberana del conocimiento, pero es impersonal, es decir que no nos pertenece, aunque nos valemos de ella. Así pues, decir *mi* razón, según el señor Cousin, es un sinsentido, por el mismo motivo que no se dice *mi* verdad. Ese motivo no nos parece demasiado concluyente, pero es probable que sea por culpa nuestra. Efectivamente, en su sistema, la razón es el conjunto de las verdades necesarias y universales; verdades tales como: los principios de la causalidad, de la sustancia, de la unidad, de la verdad, etc. La colección de esos principios forma —según él— la razón divina, de la que participamos por la voluntad inefable del Todopoderoso. Pero esto

es lo que debemos creerle bajo su palabra, porque no vemos precisamente de qué modo una colección de verdades, por más universales que sean, podría constituir la razón divina y humana. Vulgarmente, las verdades son leyes, pero la razón es una facultad. Ahora bien, yo veo el sol, pero nunca la facultad de verlo ha sido tomada por el sol mismo ni por el menor de sus rayos. Se trata, pues, de un nuevo misterio que se agrega a los precedentes. De tal modo, en esta doctrina, nada se explica de por sí, nada se vincula, y nuestra alma solo es representada como un ensamble heterogéneo de facultades, de cualidades, de funciones distintas, conectadas al azar como hojas dispersas que se reunieron en un volumen con este pomposo título: *Doctrina filosófica del siglo XIX*. El segundo prefacio de la tercera edición de los *Fragmentos filosóficos* contiene un resumen de esa doctrina, interesante en más de un aspecto.

De acuerdo con estas consideraciones, podemos evaluar las causas que han convertido a la filosofía espiritualista oficial, a pesar de sus buenas intenciones, en una doctrina rara e indigesta. Incluso estaríamos autorizados a tratarla más duramente, si perdiéramos de vista los eminentes servicios que ha prestado al espíritu francés, pues lo alejó de un sensualismo inmoral y de un escepticismo desesperante. Es evidente que ahí se encontraban las principales preocupaciones del ilustre filósofo al comienzo de su brillante carrera. Al estudiar sus notables obras, vemos que Condillac y Kant fueron sus principales adversarios. Esta lucha constituye la parte importante de sus trabajos. En cambio, su propio sistema nos parece muy defectuoso, y su moral, su teodicea y su ontología contienen numerosos puntos muy controvertidos. ¡La verdad es una flor tan delicada! El más leve soplo del error la marchita en nuestras manos, y la reduce a un polvo pernicioso y enceguedor.

En el ardor del combate o en la emoción de la codicia, sobre todo, es difícil conservar la calma del espíritu y la delicadeza del sentimiento de la evidencia. De tal modo, el hombre preocupado es fácilmente inducido a traspasar los límites de la verdadera sabiduría. Por fortuna, el Creador nos ha proporcionado hechos, circunstancias, acontecimientos providenciales, que son bastante llamativos para que retomemos el camino del bien. No cabe duda de que *las doctrinas y los hechos en los que se funda el espiritismo son de ese tipo*. Que nuestros grandes y sabios filósofos no los rechacen con el fútil pretexto de la superstición. ¡Que los estudien sin prejuicios! Reconocerán en ellos la naturaleza extensa y sólida de nuestra alma, su preexistencia y su perpetuidad. Encontrarán en ellos una moral tierna y saludable, adecuada para conducir a todo el mundo hacia al bien. Entonces, si su espíritu requiere comprenderlos, que se pongan manos a la obra con sinceridad, que examinen científicamente sus principios y sus consecuencias; y entonces tal vez *el principio de la dualidad de la esencia del alma* se les presente con todo su esplendor y su poder; pues consideramos que arroja una viva luz sobre los secretos íntimos de nuestro ser. Esto es lo que continuaremos analizando próximamente.

F. HERRENSCHNEIDER

Edicto de monseñor el obispo de Argel contra el espiritismo

Monseñor el obispo de Argel ha publicado, con fecha del 18 de agosto último, un opúsculo dirigido a los señores cu-

ras de su diócesis, con este título: *Carta pastoral acerca de la superstición denominada espiritismo*. Citaremos los siguientes pasajes, seguidos cada uno de ellos por algunas observaciones de nuestra parte.

“(...) Habíamos pensado en agregar una modesta página a esos luminosos anales, para condenar al *espiritismo* desde las alturas del buen sentido y de la fe, conforme se lo merece. Renovación de la más vieja y grosera idolatría, el espiritismo se abatió sobre Argelia. ¡Pobre colonia! ¡Después de tan crueles pruebas, le faltaba una de este tipo!”

¡Pobre colonia! En efecto, ¿acaso no sería mucho más próspera si, en vez de tolerar y proteger la religión de los indígenas, hubiéramos transformado sus mezquitas y sus sinagogas en iglesias, y si no hubiéramos puesto un freno al celo del proselitismo? Es cierto que la guerra santa, guerra de exterminio como la de las Cruzadas, aún perduraría; que cientos de miles de soldados habrían muerto, y que tal vez habríamos sido forzados a abandonarla. Pero ¿qué importa todo eso cuando se trata del triunfo de la fe? Ahora la colonia sufre otro *flagelo*: el espiritismo que llega, en nombre del Evangelio, a fin de proclamar la fraternidad entre los diferentes cultos, y fundar la unión inscribiendo en su bandera: *Fuera de la caridad no hay salvación*.⁴⁷

“No obstante, señores curas, diversas consideraciones nos han retenido hasta ahora. En primer lugar, dudábamos de revelar esta nueva vergüenza, que se suma a tantas miserias explotadas con amarga ironía por los enemigos de nuestra querida y noble Argelia. Por otra parte, sabemos que el *espi-*

47. Repárese en el carácter irónico de este párrafo de Allan Kardec. (N. del T.)

ritismo apenas ha penetrado aquí en algunas ciudades, en las que los desocupados se cuenta en una gran cantidad; en las que la curiosidad, excitada sin cesar, se alimenta ávidamente con todo lo que se presenta con carácter de novedad; en las que la necesidad de brillar y distinguirse de la multitud no resulta extraña, ni siquiera para inteligencias de cierto alcance, mientras que la mayoría de nuestras aldeas y zonas rurales ignoran —y no pierden nada por eso— incluso el extraño y pretencioso nombre de *espiritismo*. Por último, pensamos que esas prácticas nunca están destinadas a vivir una larga vida, pues rápidamente la desilusión llega para dar lugar a los escándalos de la imaginación, que casi siempre mueren por su propia vergüenza. Así ocurrió con los trucos de Cagliostro y de Mesmer. Así también se calmó el furor de las mesas gatorias, sin dejar tras él nada más que el ridículo de sus entrenamientos y recuerdos.”

Si bien el nombre del espiritismo resulta desconocido en la mayoría de las aldeas y zonas rurales de Argelia, la carta pastoral de monseñor el obispo de Argel, profusamente distribuida, es un excelente medio para darlo a conocer, pues despierta la curiosidad, a la que sin duda el miedo al diablo no podrá detener. Tal ha sido el efecto, debidamente comprobado, de todos los sermones predicados contra el espiritismo, pues la notoriedad pública de esos sermones contribuyó poderosamente a multiplicar los adeptos espíritas. ¿Será que la circular del obispo de Argel producirá un efecto contrario? Eso es más que dudoso. Siempre recordamos las palabras proféticas —que se cumplieron— de un Espíritu al que hace dos años preguntamos de qué manera el espiritismo penetraría en las zonas rurales: “A través de los sacerdotes”. ¿Voluntariamente o no? “Al principio, involuntariamente; más tarde, voluntariamente”.

También recordamos que durante nuestro primer viaje a Lyon, en 1860, los espíritas eran tan solo algunos cientos. Ese mismo año, se predicó un virulento sermón en contra de ellos, quienes nos escribieron: “Dos o tres sermones más como este, y pronto seremos el doble”. Ahora bien, los sermones no han hecho falta en esa ciudad, como todos saben. También se sabe que al año siguiente había cinco o seis mil espíritas en Lyon, y que al tercer año se contaban más de treinta mil. ¡Pobre ciudad lionesa! Incluso se sabe que la mayoría de los adeptos son obreros, quienes han encontrado en esta doctrina la fuerza necesaria para soportar pacientemente las duras pruebas que sufrieron, sin buscar en la violencia y en la expoliación lo necesario que les faltaba. En la actualidad, oran y creen en la justicia de Dios, toda vez que no creen en la de los hombres, porque comprenden las palabras de Jesús. “Mi reino no es de este mundo”. ¡Explicad por qué, con vuestra doctrina de las penas eternas, que predicáis como un freno indispensable, nunca reprimisteis un solo exceso, mientras que la máxima “Fuera de la caridad no hay salvación” resulta omnipotente! Quiera Dios que nunca necesitéis colocaros bajo su égida. Pero si Él os reservara días nefastos, recordad que esos mismos a los que habéis negado la limosna por el hecho de que eran espíritas, serán los primeros en compartir con vosotros su trozo de pan. Porque ellos comprenden estas palabras. “Perdonad a vuestros enemigos, y haced el bien a los que os persiguen”.

Pero entonces, ¿qué es lo que el espiritismo tiene de tan temible, si apenas atrae a los desocupados de algunas ciudades, si esas prácticas nunca están destinadas a vivir una larga vida, y si debe correr la misma suerte que los trucos de Cagliostro, de Mesmer y de las mesas giratorias? En lo que

respecta a Cagliostro, hay que dejarlo a un lado, toda vez que el espiritismo nunca se solidarizó con él, pese a que algunos adversarios persisten en vincular su nombre al del espiritismo, como lo han hecho con todos los prestidigitadores y charlatanes. En cuanto a Mesmer, hay que estar muy poco al corriente de lo que ocurre, para ignorar que el magnetismo se halla más difundido que nunca, y que en la actualidad es profesado por eminencias científicas. Es cierto que ahora son pocos los que se ocupan de las mesas giratorias, pero debemos convenir en que estas han recorrido un camino muy importante, pues fueron el punto de partida de la terrible doctrina que causa tanto insomnio a estos señores. Esas mesas fueron el abecé del espiritismo, y si ya no se ocupan de ellas, es porque nadie se dedica a deletrear cuando ya sabe leer. Han crecido tanto que ya no las reconocéis.

Tras referirse a su exitoso viaje a Francia, el obispo de Argel agrega:

“Al regresar, nuestra primera e incesante ocupación consistía en publicar una instrucción pastoral contra la superstición en general, y en particular contra la del *espiritismo*, pues *El Evangelio según Renan* no nos distrajo más que ocho días”.

Convengamos en que se trata de una singular confesión. La obra del señor Renan, que socava el edificio desde la base, y que tuvo una gran repercusión, apenas preocupó a Su Emi-nencia durante ocho días, mientras que el espiritismo absorbió toda su atención. “Llego a toda prisa —dice el Obispo— y, aunque agobiado por el cansancio de un largo viaje, sin tomarme un descanso, bato en brecha. Tenemos un nuevo y rudo adversario en el señor Renan, pero este nos inquieta poco. Avanzamos directo contra el espiritismo, porque es el más acuciante.”

Esta frase constituye un gran honor para el espiritismo, pues implica el reconocimiento de que es mucho más temible, y solo puede ser temible con la condición de que sea lógico. Si el espiritismo no tiene una base seria –como afirma Monseñor–, ¿a qué se debe semejante despliegue de fuerzas? ¿Alguna vez se disparó un cañón contra una mosca? Cuanto más violentos son los medios de ataque, más se exalta su importancia. A esto se debe que no nos lamentemos por eso.

“Hemos observado, sin duda, que verdaderos cristianos, sinceros católicos, imaginaron la posibilidad de asociar a Jesucristo con Belial, y los mandamientos de la Iglesia con los procedimientos del espiritismo”.

Es un poco tarde para que os deis cuenta de eso, pues hace tres años que el espiritismo fue implantado y prospera en Argelia. Además, el opúsculo del señor Leblanc de Prébois, publicado en nombre de la Iglesia y para defenderla, debió enseñaros que en Francia y en este momento, según sus cálculos, hay veinte millones de espíritas, es decir, la mitad de la población, y que dentro de poco la otra mitad también lo será. Ahora bien, Argelia forma parte de Francia.

“Si en vuestras parroquias –afirma la circular dirigida a los curas de la diócesis– hay *espíritas*, sea cual fuere su condición, por lo general incrédulos, mujeres vanidosas, cabezas huecas, siempre forman el grueso de los cortejos supersticiosos, a quienes el sacerdote no debe dudar en señalarles que no existe ninguna transacción posible entre el catolicismo y el espiritismo, dado que en sus experiencias solo puede haber *una de estas tres cosas*: malabarismo de parte de algunos,

alucinación de parte de otros, o –en el peor de los casos– una intervención diabólica”.

Si no hay transacción posible, eso es más perjudicial para el catolicismo que para el espiritismo, porque, dado que este gana terreno a diario, a pesar de todo lo que se hace para detenerlo, ¿qué hará el catolicismo cuando se cumpla la previsión del señor Leblanc? Si se deja a todos los espíritas puertas afuera de la Iglesia, ¿cuántos quedarán adentro? Pero ahora este no es el problema, que llegará en su debido tiempo. El último tramo de la frase tiene un amplio alcance, toda vez que procede de un hombre como monseñor el obispo de Argel, quien sin duda debe de medir el alcance de sus palabras. Según él, en el espiritismo solo puede haber una de estas tres cosas: malabarismo, alucinación o –en el peor de los casos– una intervención diabólica. Notad bien que no son las tres cosas juntas, sino que tan solo una es posible. Monseñor no parece estar muy seguro respecto de cuál, dado que la intervención diabólica no es más que la peor de todas. Ahora bien, si se trata de malabarismo o de alucinación, no es nada serio, y no hay intervención diabólica. Si es obra del diablo, es algo positivo, y entonces no hay malabarismo ni alucinación. En la primera hipótesis, debemos convenir en que, hacer tanto ruido por un simple truco o una ilusión, implica luchar contra molinos de viento: un rol poco digno de la gravedad de la Iglesia. En la segunda, se le reconoce al diablo un poder más grande que el de la Iglesia, o bien a la Iglesia una inmensa debilidad, pues no puede impedir que el diablo intervenga, e incluso ni siquiera pudo –a pesar de todos los exorcismos– liberar a los posesos de Morzine.

“Nos encontrábamos allá, señores curas, en nuestra labor apostólica, cuando recibimos varios artículos de periódicos, opúsculos, libros, y en particular un discurso (el del padre Nampon), en el cual, salvo las ideas generales, encontramos muy claramente expuesto todo lo que íbamos a decirnos a continuación a propósito del espiritismo. Como no nos gusta repetir sin necesidad lo que nos parece bien hecho, os invitamos a buscar algunas de esas obras, y al menos un ejemplar de ese discurso, que os esclarecerá bastante respecto de los procedimientos, la doctrina y las consecuencias del espiritismo.”

Nos complace saber que la obra del padre Nampon sea considerada, por parte de los príncipes de los sacerdotes, una obra bien hecha, y a continuación de la cual no haya nada mejor que hacer. Es una tranquilidad para los espíritas saber que el Reverendo Padre agotó todos los argumentos y no puede agregar nada más. Ahora bien, como esos argumentos, lejos de frenar el impulso del espiritismo, le han reclutado partidarios, sus antagonistas deben mostrarse satisfechos por tan poco. En cuanto a que *esclarece suficientemente* a los señores curas respecto del espiritismo, no nos parece que unos textos adulterados y truncados, de los cuales el padre Nampon hizo uso y abuso, conforme lo hemos demostrado (véase la *Revista* de junio de 1863), sean adecuados para darles una justa idea de la doctrina. Hay que carecer de buenas razones para valerse de semejantes medios, que desacreditan la causa de quien se vale de ellos.

“Ante todo, ¿no sería deplorable encontrar en Argelia cristianos serios que dudaran de pronunciarse enérgicamente en contra del espiritismo, algunos con el pretexto de que puede

contener algo de verdad, y otros porque vieron materialistas acérrimos que gracias al espiritismo volvieron a creer en la otra vida? *¡Ilógica ingenuidad de ambas partes!*"

Por lo visto, no significa nada haber logrado que *materialistas acérrimos* volvieran a creer en Dios y en la vida futura. A pesar de eso, el espiritismo no deja de ser algo malo. Sin embargo, Jesús dijo que un árbol malo no puede dar buenos frutos. ¿Acaso será un fruto malo devolverle la fe al que la había perdido? Dado que vos no podéis convencer a esos incrédulos acérrimos, y que el espiritismo sí puede hacerlo, ¿cuál de los dos árboles es mejor? Es evidente que, sin el espiritismo, esos materialistas acérrimos seguirían siendo materialistas. Si Monseñor pretende a toda costa destruir al espiritismo, que le devuelve almas a Dios, entonces prefiere que esas almas, a las que la Iglesia no ha podido rescatar, mueran en la incredulidad. Esto nos recuerda las palabras pronunciadas desde el púlpito de una pequeña ciudad: "Prefiero que los incrédulos queden fuera de la Iglesia, antes que los haga entrar el espiritismo". Esas no son en absoluto las palabras de Cristo, que dijo: "Prefiero la misericordia antes que el sacrificio". Y recordamos estas otras, pronunciadas en otra parte. "Prefiero ver a los obreros saliendo borrachos (*sic*) del cabaré, antes que sean espíritas". Esto es demencial. No nos sorprendería que algunos accesos de rabia contra el espiritismo produjeran una auténtica locura.

"El hecho de que, pese a la voz de su conciencia, hombres educados en los principios del cristianismo —que lamentablemente han olvidado, negado en su corazón y combatido en sus libros—, intenten pactar con esos principios, admitiendo una inmortalidad del alma, un Purgatorio y un In-

fierno por completo diferentes de la inmortalidad del alma, del Purgatorio y del Infierno de los Evangelios, y ganen de ese modo, mediante el espiritismo, algo para la fe y para su salvación, ¿qué cristiano podrá imaginarse semejante hecho, dado que tales hombres solo han reemplazado esos principio por las más sacrílegas blasfemias de creencia?”

¿En qué sentido el Purgatorio de los espíritas difiere del de los Evangelios, toda vez que los Evangelios no dicen nada al respecto? Se lo menciona tan poco, que los protestantes –que siguen la letra del Evangelio– no lo admiten. En cuanto al Infierno, el Evangelio está lejos de haber puesto en él los calderos hirvientes que le introduce el catolicismo, así como de haber dicho –conforme nos lo enseñaron en la infancia, y conforme fue predicado hace tres o cuatro años en Montpellier– que “los ángeles levantan las tapas de esos calderos para que los elegidos se regodeen viendo el sufrimiento de los condenados”. ¡Singular aspecto de la beatitud de los bienaventurados! No sabíamos que Jesús había dicho algo al respecto. No cabe duda de que el espiritismo no admite semejantes cosas, y si esto es un motivo para reprobalo, ¡que lo reprobemos entonces!

“También se les hará comprender que el espiritismo constituye la renovación de las teorías paganas, caídas en el desprecio de los sabios incluso antes de la aparición del Evangelio; que al introducir la *metempsychosis* o transmigración de las almas, el espiritismo aniquila la individualidad personal y reduce a la nada la responsabilidad moral; que al destruir la idea del Purgatorio y del Infierno eternamente personal, el espiritismo abre camino a todos los desórdenes y a todas las inmoralidades.”

Si hay algo que se copió de las teorías paganas, sin duda es el panorama de las torturas del Infierno. Luego, no vemos claramente de qué modo, tras haber admitido algún tipo de Purgatorio, podríamos negar la idea del Purgatorio. En cuanto a la metempsicosis de los antiguos, lejos de introducirla, el espiritismo la ha combatido desde siempre, y demuestra su imposibilidad. Así pues, ¿cuándo dejarán de hacerle decir al espiritismo lo contrario de lo que dice? La pluralidad de las existencias, que este admite ya no como un sistema, sino como una ley de la naturaleza demostrada con hechos, difiere esencialmente de la metempsicosis. Ahora bien, contra una ley de la naturaleza, que es necesariamente la obra de Dios, no hay sistema que pueda prevalecer, ni anatema que pueda anularla, como tampoco han podido anular el movimiento de la Tierra y los períodos de la Creación. La pluralidad de las existencias —el renacimiento, si se prefiere— es una condición inherente a la naturaleza humana, como la de dormir, y necesaria para el progreso del alma. Siempre resulta lamentable para una religión, cuando esta se obstina en quedarse atrás respecto de los conocimientos adquiridos, porque llega un momento en que, desbordada por el flujo irresistible de las ideas, pierde su credibilidad y su influencia sobre los hombres instruidos. Si cree que las ideas nuevas la comprometen, en tal caso confiesa la fragilidad de su punto de apoyo; y es peor aún cuando se alarma ante lo que denomina una utopía. En efecto, es curioso notar que los adversarios se empeñan en decir que el espiritismo es una fantasía sin alcance ni vitalidad, a la vez que no paran de gritar: “¡Disparen!”

Conforme a la máxima según la cual “la calidad del árbol se reconoce por su fruto”, la mejor manera de juzgar las cosas consiste en estudiar sus efectos. Por lo tanto, si —conforme se

pretende— la negación del Infierno eternamente personal abre camino a todos los desórdenes y a todas las inmoralidades, de ahí se sigue: 1.º que la creencia en ese Infierno abre camino a todas las virtudes; 2.º que cualquiera que cometa actos inmorales no teme a las penas eternas; y si no les teme, es porque no cree en ellas. Ahora bien, ¿quién debe creer en ellas mejor que quienes las enseñan? ¿quién debe hallarse impregnado de ese temor, impresionado por el panorama de las torturas interminables, mejor que quienes día y noche son acunados en esa creencia? ¿En qué lugar esa creencia y ese temor deberían encontrarse con toda su fuerza? ¿Dónde debería haber más moderación y moralidad, sino en el centro mismo de la catolicidad? Si todos los que profesan ese dogma y lo convierten en una condición de salvación estuvieran libres de reproches, sin duda sus palabras tendrían más peso. No obstante, cuando vemos tantos escandalosos desórdenes en medio de aquellos mismos que predicán el temor al Infierno, debemos concluir que no creen en lo que predicán. ¿Cómo pretenden persuadir a los que son propensos a la duda? Aniquilan el dogma con su propia exageración y con su ejemplo. Al juzgarlo por sus frutos, el dogma de las penas eternas no los da buenos, lo cual constituye una prueba de que el árbol es malo. Entre esos malos frutos debemos incluir la inmensa cantidad de incrédulos que produce a diario. La Iglesia se aferra a ese dogma como si fuera una cuerda de salvación, pero esa cuerda se encuentra tan desgastada, que pronto dejará el navío a la deriva. Si la Iglesia fuera a naufragar alguna vez, lo haría debido al absolutismo de sus dogmas acerca del Infierno, de las penas eternas y de la supremacía que otorga al diablo en el mundo. Si no se puede ser católico sin creer en ese Infierno y en la condenación eterna, es necesario convenir en que la cantidad

de auténticos católicos ha quedado en la actualidad singularmente reducida, y en que más de un Padre de la Iglesia puede ser acusado de herejía.

“No resultará inútil agregar, señores curas, que la paz de las familias se ve gravemente perturbada por la práctica del espiritismo; que una gran cantidad de personas ya ha perdido la cabeza por su culpa, y que en la actualidad los manicomios de América, de Inglaterra y de Francia están repletos de numerosas víctimas. De tal modo, si el espiritismo expandiera sus conquistas, las casas de alienados deberían cambiar el nombre de *Petites-Maisons* por el de *Grandes-Maisons*.”

Si el obispo de Argel hubiera obtenido su información de fuentes serias y no interesadas, habría sabido la verdad acerca de esos supuestos locos, y no se habría hecho eco de un cuento inventado por la mala fe, cuyo ridículo resulta de la propia exageración. Un primer periódico se refirió a cuatro casos, que habrían sido constatados en un hospicio; otro periódico, citando al primero, elevó el número a cuarenta; un tercero, citando al segundo, mencionó cuatrocientos, y agregó que iban a tener que agrandar el hospicio, y entonces los periódicos hostiles repitieron a cuál más dicha historia. Después, el obispo de Argel, llevado por su celo, la retomó y la exageró diciendo que los manicomios de Francia, de Inglaterra y de América estaban *repletos* de víctimas de la nueva doctrina. ¡Qué curioso! Menciona a Inglaterra, que es uno de los países donde el espiritismo se halla menos difundido, y en el que sin duda hay menos adeptos que en Italia, España y Rusia.

El hecho de que un opúsculo efímero y sin alcance, más un periódico poco exigente respecto de las fuentes de las no-

ticias que maneja, publiquen un hecho azaroso para beneficio de la causa, no es para nada asombroso, aunque ya no sea moral. Pero un documento episcopal, que es de carácter oficial, solo debería contener información de una autenticidad tan probada, que debería escapar a toda sospecha de inexactitud, incluso involuntaria.

En cuanto a las familias cuya paz se vio perturbada por la práctica del espiritismo, solo conocemos los casos de mujeres que, engañadas por sus confesores, fueron obligadas a abandonar el hogar conyugal para sustraerse a las influencias demoníacas de sus maridos espíritas. En cambio, son numerosos los ejemplos de familias deshechas, cuyos miembros se reconciliaron después de haber recibido los consejos de sus Espíritus protectores, bajo la influencia de la doctrina que, a ejemplo de Jesús, predica la unión, la concordia, la ternura, la tolerancia, el olvido de las injurias, la indulgencia para con las imperfecciones del prójimo, y restablece la paz allí donde reinaba la cizaña. También en estos casos debemos decir que la calidad del árbol se juzga por su fruto. Está comprobado que, cuando hay discordia en las familias, la ruptura siempre parte del lado de la intolerancia religiosa.

La carta pastoral concluye con el siguiente edicto:

“Por estas causas, e invocando al Espíritu Santo, hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

”Art. 1.º La práctica del espiritismo, o invocación de los muertos, está prohibida para todos y cada uno en la diócesis de Argel.

”Art. 2.º Los confesores negarán la absolución a todo aquel que no renuncie a su participación, ya sea como médium,

como adepto o como simple testigo, en las sesiones privadas o públicas, o en cualquier operación del espiritismo.

”Art. 3.º En todas las ciudades de Argelia y en las parroquias rurales donde el espiritismo se introdujo con alguna repercusión, los señores curas leerán públicamente esta carta, desde el púlpito, el primer domingo después de haberla recibido. En cualquier otra parte se la comunicará de manera particular, conforme a las necesidades.

”Dictada en Argel, el 18 de agosto de 1863.”

Este es el primer edicto impartido a los fines de prohibir oficialmente el espiritismo en una localidad. El día 18 de agosto de 1863 quedará registrado en los anales del espiritismo, como el 9 de octubre de 1860⁴⁸, el por siempre memorable día del auto de fe de Barcelona, ordenado por el obispo de esa ciudad. Los ataques, las críticas, los sermones, no dieron ningún resultado satisfactorio, de modo que decidieron golpear con la excomunión oficial. Veremos si alcanzan mejor su objetivo.

En el artículo 1.º, el edicto va dirigido *a todos y a cada uno* en la diócesis de Argel, es decir, que la prohibición de ocuparse del espiritismo recae en la totalidad de los individuos, sin excepción. Pero la población no está compuesta tan solo por católicos fervientes, pues, sin mencionar a los judíos, a los protestantes y a los musulmanes, abarca a los materialistas, los panteístas, los incrédulos, los librepensadores, los que dudan y los indiferentes, cuya cantidad es incalculable. Todos estos figuran en el contingente nominal del catolicismo, porque nacieron y fueron bautizados en esa religión, pero en realidad ellos mismos se retiraron de la Iglesia. Es el caso del

48. El referido auto de fe ocurrió en 1861. (N. del T.)

señor Renan y tantos otros, que figuran como parte de la población católica. De tal modo, sobre todos los individuos que no adhieren a la estricta ortodoxia, el edicto no tiene alcance; y lo mismo ocurrirá en todas partes donde se imparta una prohibición semejante. Así pues, dado que resulta materialmente imposible que una prohibición de esa naturaleza, sea cual fuere su procedencia, alcance a todo el mundo, por cada persona que por tal motivo se aleje del espiritismo, habrá cien que continuarán ocupándose de él.

Por otra parte, no se toma en cuenta a los Espíritus que se comunican sin que se los llame, e incluso con personas a las que se ha prohibido recibirlos; Espíritus que hablan a los que no quieren escucharlos, y que atraviesan los muros cuando les cierran la puerta. Esa es la mayor dificultad, para la cual falta un artículo en el edicto referido. Ese edicto, por lo tanto, solo afecta a los católicos fervientes. Ahora bien, a menudo hemos señalado que el espiritismo vino para que tengan fe los que no creen en nada o que dudan. A los que poseen una fe sólida y que les es suficiente, el espiritismo les dice: “conservadla”, y no procura alejarlos de ella. No le dice a nadie: “Abandonad vuestra creencia para venir a mí”, pues tiene bastante que cosechar en el campo de los incrédulos. De tal modo, la prohibición no puede alcanzar a aquellos a los que el espiritismo se dirige, y solo alcanza a aquellos a los que este no se dirige. ¿Acaso Jesús no dijo que “los sanos no tienen necesidad de médico”? Si estos últimos acuden al espiritismo sin que este los busque, es porque en él encuentran consuelos y certezas que no encuentran en otra parte, y en tal caso no respetarán la prohibición.

Ese edicto se impartió hace tres meses, y ya podemos evaluar sus efectos. Desde entonces, nos han escrito más de vein-

te cartas desde Argelia, y en todas nos confirman el resultado previsto. En el próximo número veremos de qué se trata.

Ejemplos de la acción moralizadora del espiritismo

En referencia a las siguientes cartas, llamamos la atención de quienes afirman que, sin el miedo a las penas eternas, la humanidad ya no tendría freno, y que la negación del Infierno, eternamente *personal*, da lugar a todo tipo de desórdenes e inmoralidades:

“Montreuil, 23 de agosto de 1863.

”Hasta el mes de marzo último, yo era uno de esos a los que se puede considerar, con toda la fuerza del término, impregnados de ateísmo y materialismo. No me ahorraba bromas y sarcasmos dirigidos al jefe del grupo espírita de nuestra pequeña ciudad, uno de mis parientes, a quien llegué a decirle que se interne en Charenton. Con todo, él respondía a mis burlas con una paciencia estoica.

”En la misma época, durante la Cuaresma, un predicador habló desde el púlpito en contra del espiritismo. Esa circunstancia despertó mi curiosidad, porque no entendía demasiado qué relación podía existir entre la Iglesia y el espiritismo. Entonces, comencé a leer el opúsculo *¿Qué es el espiritismo?*, con el compromiso de no ceder tan fácilmente como lo habían hecho algunos materialistas conversos, y me armé de todos los recursos, persuadido de que nada podía destruir la fuerza de

mis argumentos, sin la menor duda respecto de una victoria completa.

”Sin embargo, ¡oh prodigio! No había llegado aún a la página cincuenta, y ya debía reconocer la nimiedad de mi pobre artillería argumental. Durante unos minutos me sentí como iluminado: una revolución súbita se operó en mí, y de tal modo escribí a mi hermano, el 18 de junio:

” ‘En efecto, como tú dices, mi conversión es providencial. Le debo a Dios esta señal de gran benevolencia. Así es, creo en Dios, en mi alma y en su inmortalidad después de la muerte. Antes, mi filosofía era una cierta firmeza de ánimo, con la cual superaba las tribulaciones y los accidentes de la vida, pero sucumbía ante las diversas torturas morales que me habían infligido mis supuestos amigos. La amargura de esos recuerdos envenenaba mi corazón. Rumiaba mil proyectos de venganza y, si no hubiera temido que la maldición pública recayera sobre mí y los míos, tal vez habría impreso a esos proyectos una funesta ejecución. Con todo, Dios me ha salvado. El espiritismo me indujo rápidamente a creer en las verdades fundamentales de la religión, de las que la Iglesia me había alejado con el horrible espectáculo de sus llamas eternas, al igual que con su intento de imponerme como artículos de fe unos dogmas que se hallan en manifiesta contradicción con los atributos infinitos de Dios. Todavía recuerdo el terror que experimenté en 1814, a la edad de siete años, durante la lectura de ese bonito pasaje de los *Pensamientos Cristianos*: ‘¡Cuando un condenado haya sufrido tantos años como el número de átomos que hay en el aire, de hojas que hay en los bosques, de granos de arena al borde del mar, todo ese tiempo será igual que nada!’. ¡Y ha sido la Iglesia la que se atrevió a proferir semejante blasfemia! ¡Que Dios la perdone!

” ‘Continúo mi carta, querido Eugenio, dejando a la Iglesia la propiedad del imperio infernal respecto del cual no tengo nada que reivindicar.

” ‘La idea que me había formado acerca de mi propia alma, ha dado lugar a la impartida por los Espíritus. La pluralidad de los mundos, al igual que la pluralidad de las existencias, puesto que ahora ya no las pongo en duda, constituyen para mí una satisfacción moral indescriptible. Antes, la perspectiva de la nada fría y lúgubre me congelaba la sangre en las venas. Ahora, me veo por anticipado como habitante de uno de esos mundos más adelantados que nuestro planeta, moral, intelectual y físicamente, mientras espero alcanzar el estado de Espíritu puro.

” ‘Con miras a gozar de los beneficios de Dios, y tornarme por completo digno de ellos, he perdonado rápidamente a mis enemigos, a los que me han hecho soportar intensas torturas morales; en fin, a todos los que me han ofendido, y he abjurado de cualquier idea de venganza. Todos los días agradezco a Dios la inmensa benevolencia que me demostró al permitirme salir rápidamente del camino del mal en el que me habían introducido el ateísmo y el materialismo, y le ruego que otorgue el mismo favor a todos los que, como yo, dudaron de Él y lo negaron. También le ruego que permita a mi esposa, mis hijos, mi prójimo, familiares, amigos y enemigos, disfrutar las bondades del espiritismo. Por último, ruego por todos, por todas las almas que sufren, para que Dios les deje entrever que su amor infinito no les ha cerrado la puerta del arrepentimiento. También ruego a Dios el perdón de mis faltas, y la gracia de practicar la caridad en toda su amplitud.

” ‘Así pues, ahora me encuentro en un perfecto estado de calma y tranquilidad respecto de mi porvenir. La idea de la

muerte ya no me espanta para nada, porque tengo la convicción inquebrantable de que mi alma sobrevivirá a mi cuerpo, y una fe absoluta en la vida futura. No obstante, una sola idea me hace mal: la de abandonar en la Tierra a mis seres queridos, con el temor de verlos desdichados. ¡Ah! Ese temor es muy natural, debido al egoísmo que impregna la mayor parte de nuestro pobre mundo. Pero Dios me comprende; sabe que toda mi confianza está puesta solo en Él. Ya experimenté la dicha de reencontrarme con nuestra querida Laura, el pasado diciembre, algunos días después de su muerte. No cabe duda de que se trata de un efecto anticipado de su bondad para conmigo’.

”A partir de la fecha de esta carta, querido señor, mi bienestar fue en aumento. En el pasado, la menor contrariedad me irritaba. Ahora, mi paciencia es realmente notable y sustituyó a la violencia y el furor. La victoria que esa paciencia obtuvo estos días, en los que sufrí una dura prueba, viene en apoyo de mi aserción. En efecto, las cosas no habrían sido de ese modo en el mes de marzo último. En tales circunstancias la doctrina espírita ejerce su saludable influencia. Sus críticos la consideran repleta de seducciones, y yo no creo que pueda atenuar ese bello elogio si afirmo que está repleta de deleites.

”Mi retorno a la religión produjo aquí una sorpresa tanto mayor cuanto que hasta entonces yo había promovido el más desenfrenado materialismo. Por lógica consecuencia, ahora me toca ser víctima de bromas y sarcasmos, pero me mantengo imperturbable y, como vos decís muy juiciosamente, todo eso resbala sobre el verdadero espírita como el agua sobre el mármol.

”Querido señor, concluiré esta carta, cuya extensión podría haceros perder un tiempo precioso. Tened a bien aceptar mi

inmensa gratitud por la satisfacción moral, la esperanza consoladora y el bienestar que me habéis brindado. ¡Continuad vuestra sagrada misión, señor, pues Dios os ha bendecido!

ROUSSEL (ADOLFO)

Pasante de notario, ex subastador.

“*Posdata*: En interés del espiritismo, podéis hacer uso de esta carta como os plazca, en todo o en parte.”

Observación. Ya hemos publicado varias cartas de este tipo, pero harían falta numerosos volúmenes para divulgar todas las que recibimos en el mismo sentido, y no es menos notable que la mayoría provenga de personas a las que no conocemos en absoluto, y que no fueran escritas debido a ningún otro ascendiente salvo el de la doctrina.

Este es uno de esos hombres que fueron alcanzados por el anatema de monseñor el obispo de Argel; un hombre que sin la doctrina espírita habría muerto en el ateísmo y el materialismo, y que en caso de presentarse para recibir los sacramentos de la Iglesia, habría sido rechazado despiadadamente. Entonces, ¿quién lo condujo de vuelta a Dios? ¿Acaso fue el miedo a las penas eternas? No, porque la teoría de esas penas lo apartó de Él. ¿Quién, pues, tuvo el poder de calmar su furor y convertirlo en un hombre amable e inofensivo? ¿Quién lo indujo a abjurar de sus ideas de venganza para perdonar a sus enemigos? Tan solo el espiritismo, porque de él extrajo una fe inquebrantable en el porvenir. Esa es la doctrina que quisierais extirpar de vuestra diócesis, en la cual sin duda hay otros individuos que atraviesan la misma situación de este hombre; una doctrina que según vos constituye una plaga vergonzosa-

sa para la colonia. ¿A quién convenceréis de que habría sido mejor que este hombre fuera como antes? Si objetarais que se trata de una excepción, os responderíamos con miles de ejemplos semejantes. E incluso si lo fuera, os responderíamos con la parábola de las cien ovejas, una de las cuales se perdió y fue rescatada por el pastor. Si a ese hombre le negáis el espiritismo, ¿qué le daréis en su lugar, para que llegue a operarse en él semejante transformación? Siempre la perspectiva de la condenación eterna, la única que según vos es capaz de frenar el desorden y la inmoralidad. Por último, ¿quién lo indujo a estudiar el espiritismo? ¿Acaso fue una camarilla de espíritas? No, dado que él los rechazaba. Fue un sermón predicado en contra del espiritismo. Entonces, ¿por qué lo convirtió el espiritismo, y no el sermón? Porque aparentemente los argumentos del espiritismo fueron más convincentes que los del sermón. Lo mismo ocurrió con todas las predicaciones análogas, y así ocurrirá con el sermón episcopal de Argel, cuyo resultado será —lo auguramos— totalmente contrario al esperado.

Al autor de esta carta le diremos: “Hermano, esta especie de confesión que hacéis ante los hombres constituye un gran acto de humanidad. Nunca hay vergüenza, sino grandeza, en reconocer que se estaba equivocado y en confesar los propios errores. Dios ama a los humildes, pues a ellos pertenece el reino de los Cielos”.

La siguiente carta es un ejemplo no menos sorprendente de los milagros que el espiritismo puede operar en las conciencias. En este caso, el resultado es aún más notable, porque no se trata de un hombre de mundo, que vive en un medio ilustrado y cuyas malas inclinaciones pueden ser contenidas —por el miedo a la vida futura, o al menos por el miedo a la

opinión pública—, sino de un hombre alcanzado por la justicia, un condenado a reclusión en un centro penitenciario.

“20 de septiembre de 1863.

”Señor:

”He tenido el gusto de leer y estudiar algunas de vuestras excelentes obras acerca del espiritismo, y el efecto que dicha lectura causó en todo mi ser ha sido tan importante que me siento en el deber de comunicároslo. Con todo, a fin de que podáis comprenderme, considero necesario daros a conocer las circunstancias en que me encuentro.

”Sufro la desgracia de haber sido condenado a seis años de reclusión, como justa consecuencia de mi conducta pasada. Como no tengo motivo para quejarme, solo lo relato para bien del orden.

”Hace tan solo un mes, me consideraba perdido para siempre. ¿A qué se debe que ahora piense de otro modo, y que la esperanza haya iluminado mi corazón? ¿Acaso no será porque el espiritismo, al revelarme la sublimidad de sus máximas, me permitió comprender que los bienes terrenales no valen nada; que la dicha solo existe realmente para los que practican las virtudes que Jesucristo enseñó, virtudes que nos acercan a Dios, nuestro padre común? ¿No será también porque, a pesar de haber caído en un estado de abyección y de ser condenado por la sociedad, confié en renacer de algún modo, y en tal sentido preparar mi alma para una vida mejor, a través de la práctica de las virtudes y el amor a Dios y a mi prójimo?

”No sé si estas son las verdaderas causas del cambio que se opera en mí. Pero sí sé que en todo mi ser ocurre algo que no puedo definir. Me siento mejor dispuesto ante los desdichados que, como yo, se encuentran bajo la férula de la

sociedad. Ejercí cierta autoridad sobre un centenar de ellos, y estoy decidido usarla tan solo para el bien. Mi posición moral me resulta menos penosa. Considero que mis padecimientos son una justa expiación, y esta idea me ayuda a soportarlos. Por último, ya no considero a la sociedad con sentimientos de odio: me someto a su justicia.

”Estoy seguro de que estas son las causas que obraron sobre mi espíritu, y que en el futuro harán de mí —tengo esa dulce esperanza— un hombre amante y servidor de Dios y del prójimo, mediante la práctica de la caridad y sus deberes. ¿Y a quién deberé dar gracias por esa dichosa metamorfosis que habrá de convertir a un hombre malvado en uno amante de la virtud? En primer lugar, a Dios, a quien debemos referirlo todo, y luego a vuestros excelentes escritos. Así, señor, permíteme deciros que esta carta se propone expresaros toda mi gratitud.

”No obstante, ¿por qué es necesario que mi educación espírita permanezca inconclusa? No cabe duda de que Dios así lo quiere. ¡Hágase su voluntad! No os dejaría sin daros a conocer, señor, el nombre de la excelente persona a la que debo lo que ahora sé. Me refiero al señor Benoît, quien al notar en mí el deseo de reparar mi pasado, tuvo a bien iniciarme en la doctrina espírita. Lamentablemente, voy a perderlo, pues su nueva posición ya no le permite visitarme. No voy a ocultaros que para mí es una inmensa pena, porque a sus consejos sumaba el ejemplo. También él debe su mejora a la doctrina. Me decía: ‘Antes de que el Espíritu espírita me esclareciera, tan pronto como terminaba mi comida, me dirigía al café, y una vez allí me olvidaba, no solo de mis deberes para con la familia, sino también para con mi patrón. El tiempo que perdí de ese modo, ahora lo dedico a la lectura de los libros espíritas,

lectura que hago en voz alta, para que mi familia la aproveche. Y creedme que esto es mejor —agregaba el señor Benoît—, pues es el comienzo de la verdadera y única felicidad’.

”Os ruego que perdonéis mi audacia, y sobre todo la extensión de esta carta. Creedme, etc.”

D...

El referido señor Benoît es un simple obrero. Había sido instruido en el espiritismo por una señora de la ciudad, de quien le había hablado al prisionero. Este último, antes de que su instructor se retirara, escribió a dicha señora la siguiente carta:

“Señora:

”No cabe duda de que soy muy imprudente al escribiros estas líneas, pero confío en que vuestra bondad me perdonará, sobre todo en razón de las causas que me inducen a hacerlo. En primer lugar, os agradezco, señora, pero os agradezco desde lo más profundo del alma, por el bien que me habéis hecho al permitir que el señor Benoît me instruyera respecto del espiritismo, de esa sublime doctrina llamada a regenerar el mundo, y que tan bien le demuestra al hombre sus deberes para con Dios, su familia, la sociedad, y para consigo mismo. Doctrina que, al demostrarle que todo no se acaba con esta vida, lo estimula y le brinda los medios para que se prepare con miras a otra vida. Considero que pude aprovechar las útiles enseñanzas que recibí, porque tengo un sentimiento que me predispone mejor respecto de mis semejantes, y me hace dirigir siempre el pensamiento al Cielo. ¿Será un principio de fe? Eso espero. Lamentablemente, el señor Benoît no podrá volver, y con él se aleja mi esperanza de instruirme.

”Sé que sois buena, y que habéis pensado en continuar brindándome los medios para esclarecerme. Os suplico de rodillas que continuéis la obra que tan bien habéis comenzado. Dios os la tomará en cuenta, porque tenéis la esperanza de convertir a un desdichado, que se había perdido en los vicios del mundo, en un hombre virtuoso, un hombre digno de esa palabra, de su familia y de la sociedad. Aguardo el día en que, libre, podré demostraros mi transformación, y os bendeciré como a mi Espíritu en esta Tierra. Os incluiré en mis plegarias, y llegará el día en que también podré enseñarle a la familia a bendeciros, a veneraros, porque vos le habréis devuelto un hijo, un hermano honesto. Es imposible ser de otro modo, cuando se sirve a Dios sinceramente. Finalizo, señora, rogándoos que en esta Tierra seáis mi Espíritu bueno, que tengáis a bien dirigirme por el camino recto. Lo que hagáis será considerado una obra de bien. En cuanto a mí, os prometo que seré dócil a vuestras enseñanzas.

”Termino, etc.”

Observación. De este modo, el referido señor Benoît, un simple obrero, era de por sí un ejemplo reciente del efecto moralizador del espiritismo, y a su vez condujo hacia el camino del bien a un alma extraviada. Les devuelve, a una familia y a la sociedad, un hombre honesto en vez de un criminal, una obra de bien a la que contribuyó una señora caritativa, desconocida de ambos, pero animada tan solo por el deseo de hacer el bien. Y todo eso llevado a cabo en la sombra, sin fausto, sin ostentación, apenas con el testimonio de la conciencia.

Espíritas, este es uno de esos milagros que debe enorgulleceros, y que todos podéis realizar, dado que no os hace falta ninguna facultad excepcional, pues basta con el deseo de ha-

cer el bien. Si el espiritismo tiene semejante poder sobre las almas reprobadas, ¡qué no habremos de esperar de él para la regeneración de la humanidad, cuando se haya convertido en la creencia común, que cada uno empleará en su ámbito de acción! Vosotros, los que arrojáis piedras al espiritismo y decís que los manicomios están llenos por culpa de él, poned en su lugar algo que de mejores resultados. Por el fruto se reconoce la calidad del árbol. Juzgad, pues, al espiritismo por sus frutos, y haced el intento de que los vuestros sean más sabrosos. En tal caso, os seguirán. En pocos años más veréis otros prodigios, pero no se tratará de señales en el cielo, para impresionar los ojos, como exigían los fariseos, sino prodigios en el corazón de los hombres. El más grande de ellos consistirá en cerrar la boca de los detractores y abrir los ojos de los ciegos, pues es menester que las predicciones de Jesús se cumplan, y lo harán en su totalidad.

Nuevo éxito del Espíritu de Carcassonne

El Espíritu golpeador de Carcassonne mantiene su reputación, y demuestra, mediante el éxito que obtiene en los diversos concursos en los que se presenta como candidato, el mérito incuestionable de sus excelentes fábulas y poesías. Tras obtener el primer premio —el Escaramujo de oro— en la academia de los Juegos florales de Toulouse, acaba de recibir una medalla de bronce en el concurso de Nimes. *Le Courrier de l'Aude* dice al respecto: “Esta distinción es aún más halagadora por el hecho de que el concurso no se limitaba solamente a las fábulas y las poesías, sino que abarcaba todos los géneros literarios”.

No cabe duda de que este nuevo triunfo es el presagio de otros más, pues es probable que el Espíritu no se dé por satisfecho. Decididamente se ha convertido en un temible competidor. ¿Qué dirán los incrédulos? Lo mismo que dijeron con motivo de su éxito en Toulouse: que el señor Joubert es un poeta que fantasea con ocultarse bajo el manto de un Espíritu. No obstante, quienes conocen al señor Joubert saben que él no es poeta. Además, aunque lo fuera, el modo como obtiene los escritos, a través de la tiplogía y en presencia de testigos, elimina cualquier sospecha, a menos que se suponga que él se oculta, ya no debajo de la mesa, sino *en* la mesa. Sea como fuere, los hechos de esta naturaleza no pueden dejar de llamar la atención de las personas serias, así como de apresurar el momento en que las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible serán admitidas como una de las leyes de la naturaleza. Una vez que esta ley sea reconocida, la filosofía y la ciencia tomarán necesariamente un nuevo camino. La Providencia, que desea el triunfo del espiritismo —porque el espiritismo constituye una de las grandes etapas del progreso humano—, emplea diversos medios para lograr que penetre en el espíritu de las masas: medios apropiados para los gustos y las aptitudes de cada uno, en vista de que lo que convence a unos no convence a otros. Aquí son los éxitos académicos de un Espíritu poeta; allá son los fenómenos tangibles provocados, o las manifestaciones espontáneas; en otra parte son los efectos puramente morales; o las curas que antaño se habrían considerado milagrosas, y que confunden a la ciencia común; o las producciones artísticas de personas ajenas a las artes. Hasta los casos de obsesión y de subyugación, que demuestran la impotencia de la ciencia respecto de ese tipo de afecciones, inducirán a los científicos a reconocer una acción extramaterial.

Por último, ¿tenemos necesidad de agregar que los adversarios de la idea espírita constituyen, en manos de la Providencia, uno de los más poderosos medios de divulgación? Porque es evidente que, sin la repercusión de sus ataques, el espiritismo no se habría expandido tanto. Dios, al convencerlos de su impotencia, ha querido que ellos mismos contribuyeran a su triunfo. (Véase la *Revista* de junio de 1863.)

Pluralidad de las existencias y de los mundos habitados

por el doctor GELPKE

Debemos a la gentileza de uno de nuestros corresponsales de Burdeos el interesante pasaje que sigue, extraído de una obra titulada: *Exposición de la grandeza de la creación universal* [*Exposé de la grandeur de la création universelle*], del doctor GELPKE, publicada en Leipzig, en 1817.

“(…) Si la construcción de los mundos que brillan sobre nosotros pudiera someterse a nuestro examen, ¡cuán inmensa sería nuestra admiración al ver la diversidad de esos globos, cada uno de los cuales se halla organizado de un modo distinto al de su vecino más cercano en el orden de la creación! Conforme ya lo he señalado, dado que la cantidad de mundos es incalculable, su construcción también debe ser diferente hasta lo infinito.

”Además, como la organización de cada mundo depende de la organización de los seres que habitan en ellos, estos deben, tanto en su interior como en su exterior, diferir esencial-

mente en cada globo. Si ahora consideramos la multiplicidad y la inmensa variedad de las criaturas de nuestra Tierra, en la que ni siquiera una hoja se parece a otra, y si admitimos una variedad tan grande de criaturas en cada mundo, ¡cuán prodigiosa nos resulta su multitud en el inconmensurable reino de Dios!

”¡Cuán inmensa será un día la plenitud de nuestra felicidad, cuando, *con envolturas siempre más perfectas*, penetremos sucesivamente los misterios de la creación, y descubramos mundos sin fin poblando un espacio sin fin! ¡Cuánto más adorable nos parecerá Dios, que extrae todo ese conjunto de la nada, y cuya bondad ilimitada ha creado todas las cosas tan solo para que los seres vivos las disfruten, y cuya sabiduría ordenó ese todo de una manera tan admirable!

”Pero nuestra residencia y nuestra conformación actuales, ¿pueden brindarnos esa felicidad? ¿Acaso no necesitamos una morada por completo diferente, que nos posicione mejor en el dominio de la creación, y una envoltura mucho más sutil y perfecta, que no obstaculice a nuestro espíritu en sus progresos hacia la perfección, y a través de la cual él pueda ver, sin ayuda, en el todo universal, mucho más allá de lo que podemos ver aquí con nuestros mejores instrumentos?

”No obstante, ¿por qué el Creador no nos otorgaría, *después de varios grados de existencia*, una envoltura que, semejante al rayo, pudiera elevarse de un mundo a otro, para que a la vez pudiéramos observar todo más a fondo, y abrazar mejor el conjunto con el pensamiento? ¿Quién se atrevería a poner esto en duda, cuando vemos a la brillante mariposa que sale de una oruga, y al árbol radiante de flores que sale de un hueso? Si Dios desarrolla poco a poco la oruga, y nos la muestra espléndidamente transformada, si desarrolla el germen por

grados, ¡cuánto más nos hará progresar a nosotros, los hombres, reyes de la Tierra, y avanzar en la Creación!”

Pluralidad de los mundos habitados, pluralidad de las existencias, periespíritu, progreso sucesivo e indefinido del alma: todo se encuentra aquí.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

La nueva Torre de Babel

(Sociedad de París, 6 de febrero de 1863.

Médium: señora Costel.)

El espiritismo es el cristianismo de la Edad Moderna, y debe restituir a las tradiciones su sentido espiritualista. Antaño, el Espíritu se hacía carne. Hoy, la carne se hace Espíritu para desarrollar la idea gigantesca que debe renovar la faz del mundo. Con todo, a la fiesta de la creación espírita le sucederán la perturbación y el orgullo de los variados sistemas que, en detrimento de las sabias enseñanzas, levantarán una nueva Torre de Babel: obra de la confusión, que pronto quedará reducida a la nada, porque las obras del pasado son la garantía del futuro, y nada se disipa del tesoro de experiencia que los siglos han acumulado. Espíritas, formad una tribu intelectual; seguid a vuestros guías más dócilmente que los hebreos; nosotros también vinimos para libraros del yugo de los filisteos, y conduciros a la Tierra prometida. A las tinieblas de las primeras edades les sucederá la aurora, y vosotros quedaréis maravillados al comprender la lenta reflexión de las edades

anteriores sobre el presente. Las leyendas revivirán enérgicas como la realidad, y vosotros adquiriréis la prueba de la admirable unidad, garantía de la alianza contraída por Dios con sus criaturas.

SAN LUIS

* * *

El verdadero espíritu de las tradiciones

(Sétif, Argelia. 15 de octubre de 1863.)

Abrid las Sagradas Escrituras, y en cada una de sus páginas encontraréis predicciones o alegorías incomprensibles para quienes no se hallan al corriente de las nuevas revelaciones, y que en su mayoría han sido interpretadas por los comentadores de un modo acorde a su opinión y, con mucha frecuencia, a su interés. Pero al adoptar como guía la ciencia que habéis comenzado a adquirir, fácilmente podréis develar el sentido oculto que contienen.

Los antiguos profetas recibían la inspiración de Espíritus elevados, pero que en sus revelaciones les brindaban enseñanzas que solo eran comprendidas por las inteligencias de élite, y cuyo sentido no se oponía con demasiada evidencia al estado de los conocimientos y los prejuicios de esos tiempos. Hacía falta que se las pudiera interpretar de una manera adecuada a la inteligencia de las masas, para que estas no las rechazaran, como no habrían dejado de hacerlo en caso de que esas predicciones se opusieran demasiado formalmente a las ideas generales.

En la actualidad, nuestro cuidado debe consistir en esclareceros por completo, a la vez que llevaros a comprender los vínculos que existen entre nuestras revelaciones y las de los antiguos. Tenemos que desempeñar otra tarea: combatir la mentira, la hipocresía y el error. Se trata de una tarea muy ardua y difícil, pero alcanzaremos el objetivo, porque esa es la voluntad de Dios. Tened fe y valor. Dios nunca se encuentra con un obstáculo que se resista a su voluntad. Por orden suya, se emplearán medios imprevistos para vencer al genio del mal, ahora personificado por los que deberían avanzar delante del progreso, y propagar la verdad en vez de poner trabas por orgullo o interés.

Así pues, se requiere anunciar en todas partes, con confianza y seguridad, el fin cercano de la esclavitud, la injusticia y la mentira. Digo “el fin cercano” porque los acontecimientos, a pesar de que deben cumplirse con la prudente lentitud que la Providencia incluye en sus reformas para evitar las desgracias inseparables de una gran precipitación, ocurrirán en un espacio de tiempo más breve de lo que suponen los que se asustan con los obstáculos que prevén, así como los que, por orgullo o por egoísmo, están interesados en la preservación indefinida de esta situación.

Por lo tanto, sed ardorosos propagadores, pero prudentes ante vuestro auditorio, para que las conciencias timoratas e ignorantes no se asusten. Tan solo los egoístas no requieren la menor consideración, y no deben inspiraros ningún temor. Contáis con la ayuda de Dios, de modo que la resistencia de todos ellos será impotente contra vosotros. Es necesario mostrarles sin equívocos el terrible porvenir que les espera a causa de sí mismos y de los que se dejaron pervertir con su ejemplo,

ALLAN KARDEC

porque cada cual es responsable del mal que hace, así como del mal que causa.

SAN AGUSTÍN

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año VI

Número 12

Diciembre de 1863

Utilidad de la enseñanza de los Espíritus

Un distinguido periodista, por cuyo carácter profesamos la más profunda estima, y que simpatiza con la filosofía espírita, pero a quien la utilidad de la enseñanza de los Espíritus no le consta todavía, nos escribe lo siguiente:

“(...) Creo que desde hace mucho tiempo la humanidad se halla en posesión de los principios que habéis expuesto, principios que me agradan y que defiendo sin necesidad de las comunicaciones espíritas, lo que no quiere decir –notadlo bien– que niegue el auxilio de las luces divinas. Cada uno de nosotros recibe ese auxilio dentro de un cierto límite, conforme al grado de su buena voluntad y de su amor al prójimo, y también de acuerdo con la misión que tiene que cumplir durante su paso por la Tierra. No sé si vuestras comunicaciones os han puesto en posesión de una sola idea, de un único principio que no haya sido anteriormente expuesto por la serie de filósofos y pensadores que, desde Confucio, pasando por Platón, Moisés, Jesucristo, san Agustín, Lutero, Diderot, Voltaire, Condorcet, Saint-Simon, etc., han hecho progresar

nuestro humilde planeta. No lo creo y, si me equivoco, os estaría muy agradecido por el esfuerzo que pudierais hacer para demostrarme mi error. Notad bien que no condeno vuestros procedimientos espíritas: los considero inútiles para mí, etc.”

Estimado señor, responderé en pocas palabras vuestra consulta. No tengo ni vuestro talento ni vuestra elocuencia, pero trataré de ser claro, no solamente para vos, sino también para mis lectores, a quienes mi respuesta les podrá servir de enseñanza. Por eso os la brindo por medio de mi periódico.

En primer lugar, diré que hay dos posibilidades: las comunicaciones con los Espíritus existen o no existen. Si no existen, *millones* de personas que se comunican a diario con ellos son víctimas de una extraña ilusión, y yo mismo habría tenido una singular idea al atribuir a los Espíritus aquello cuyo mérito habría podido ser mío. Pero no tiene mucho sentido discutir este punto, ya que vos no lo ponéis en duda. Si esas comunicaciones existen, deben tener su utilidad, porque Dios no hace nada inútil. Ahora bien, esa utilidad resulta no solamente de la enseñanza, sino también y sobre todo de las consecuencias de esa enseñanza, conforme lo veremos pronto.

Decís que esas comunicaciones no enseñan nada nuevo aparte de lo que ya enseñaron los filósofos desde Confucio, de donde concluís que son inútiles. El proverbio según el cual “No hay nada nuevo bajo el Sol” es perfectamente verdadero, y Edouard Fournier lo ha demostrado con claridad en su interesante obra *Viejo nuevo* [*Vieux neuf*]. Lo que él ha dicho sobre las obras de la industria también es verdadero en materia filosófica, y eso por una razón muy simple: las grandes verdades son de todos los tiempos, y en todos los tiempos se han revelado a los hombres de genio. No obstante, por el hecho de que un hombre haya formulado una idea, ¿se sigue

de ahí que resulte inútil que otro hombre la formule después? ¿Acaso Jesús no enunció principios de moral idénticos a los de Sócrates y Platón? ¿Debemos concluir de ahí que la doctrina de Jesús sea superflua? Según este razonamiento, muy pocos trabajos serían realmente útiles, pues en la mayoría de los casos se puede decir que otro tuvo la misma idea y que basta con recurrir a él. Vos mismo, mi estimado señor, que consagrais vuestro talento al triunfo de las ideas de progreso y de libertad, ¿qué cosas decís que otros cien no hayan dicho antes que vos? ¿Se debe concluir de ahí que deberíais callaros? Vos no creéis eso. Confucio, por ejemplo, proclama una verdad, y después de él vienen uno, dos, tres, cien hombres, que la desarrollan, la completan y la presentan con otra forma, y lo hacen tan correctamente que esa verdad, que había quedado guardada en los archivos de la historia y como privilegio de algunos eruditos, se populariza, se infiltra en las masas y acaba por convertirse en una creencia común. ¿Qué habría ocurrido con las ideas de los filósofos antiguos si no hubieran sido retomadas desde los cimientos por escritores modernos? ¿Cuántos las conocerían actualmente? De tal modo, cada uno llega a su turno para dar su golpe de martillo.

Supongamos, pues, que los Espíritus no hayan enseñado nada nuevo; que no hayan revelado la más mínima verdad nueva; en una palabra, que no hayan hecho otra cosa más que repetir las verdades que profesaron por los apóstoles del progreso. En tal caso, ¿no significa nada que esos principios sean enseñados actualmente por las voces del mundo invisible en todas partes del mundo, en el seno de las familias, desde el palacio hasta la cabaña? ¿No significan nada esos millones de golpes de martillo dados a diario, a toda hora y en cualquier lugar? ¿Acaso creéis que las masas son menos tocadas e im-

presionadas por esas verdades, procedentes de sus familiares o amigos, que por las máximas de Sócrates y de Platón, a quienes nunca han leído o que solo conocen de nombre? ¿Cómo es posible que vos, estimado señor, que combatís los abusos de todo tipo, desdeñéis un auxiliar semejante? ¿Un auxiliar que llama a todas las puertas, desafiando todas las consignas y todas las medidas inquisitorias? Un día tendréis la prueba de que ese auxiliar vencerá por sí solo todas las resistencias, porque ataca los abusos desde la base, apoyado en la fe que se apaga y que él viene a consolidar.

Predicáis la fraternidad en términos elocuentes, lo cual está muy bien, y os admiro por eso. No obstante, ¿puede haber fraternidad con egoísmo? El egoísmo siempre será el principal escollo para la realización de las ideas más generosas. No faltarán ejemplos antiguos y recientes que vengan en apoyo de esta proposición. Por lo tanto, hay que arrancar el mal de raíz y, para lograrlo, se debe combatir el egoísmo y el orgullo, que han hecho y harán abortar los proyectos mejor concebidos. Ahora bien, ¿cómo se puede destruir el egoísmo bajo el imperio de las ideas materialistas, que concentran la acción del hombre en la vida presente? Para aquel que nada espera después de esta vida, la abnegación no tiene ninguna razón de ser; el sacrificio es un engaño, pues se debería sacar provecho de los efímeros goces de este mundo. Ahora bien, ¿quién mejor que el espiritismo puede brindar esa fe inalterable en el porvenir?

¿De qué modo el espiritismo logra triunfar sobre la incredulidad de tantos hombres, a la vez que doma tantas pasiones malas, si no lo hace mediante las pruebas materiales que ofrece? ¿Cómo puede ofrecer tales pruebas si prescinde de las relaciones que se establecen con aquellos que ya no están en

la Tierra? ¿Acaso no significa nada enseñar a los hombres de dónde vienen, adónde van, así como el porvenir que les está reservado? La solidaridad que el espiritismo enseña ya no es una simple teoría, sino una consecuencia forzosa de las relaciones que existen entre los muertos y los vivos; relaciones que hacen de la fraternidad entre los vivos no solamente un deber moral, sino también una necesidad, porque resulta de interés para la vida futura.

La idea de castas, los prejuicios aristocráticos, producto del orgullo y del egoísmo, ¿no han sido en todos los tiempos un obstáculo para la emancipación de las masas? ¿Basta con decir en teoría, a los privilegiados por su nacimiento y su fortuna, que todos los hombres son iguales? ¿Acaso el Evangelio fue suficiente para persuadir a los cristianos poseedores de esclavos, de que esos esclavos son sus hermanos? Ahora bien, para destruir esos prejuicios y nivelar a todos, ¿qué puede ser mejor que la *certeza* de que en las categorías más bajas de la sociedad se encuentran seres que ocuparon⁴⁹ la cima de la escala social; de que, entre nuestros sirvientes, entre aquellos a los que damos limosna, puede haber familiares, amigos, hombres que nos han dado órdenes; de que, por último, los que ahora se encuentran en lo alto pueden llegar a descender hasta el último escalón? ¿Se trata, pues, de una enseñanza estéril para la humanidad? ¿Es nueva esa idea? No; más de un filósofo presintió y dio a conocer esa gran ley de la justicia divina. Sin embargo, ¿no significa nada ofrecer la prueba palpable, la prueba evidente de esa ley? Muchos siglos antes de Copérnico, de Galileo y de Newton, la redondez y el movimiento de la Tierra habían sido establecidos como principios. Esos científicos vinieron a

49. En encarnaciones anteriores. (N. del T.)

demostrar lo que otros apenas habían sospechado. De igual modo, los Espíritus vienen a probar las grandes verdades —que se habían mantenido en estado de letra muerta para la gran mayoría—, fundándolas en una ley de la naturaleza.

¡Ah, estimado señor! Si supierais —como yo lo sé— cuántos hombres que hubieran sido un obstáculo para la realización de las ideas humanitarias, han cambiado su manera de ver y ahora se convierten en paladines de esas ideas gracias al espiritismo, no diríais que la enseñanza de los Espíritus es inútil. Por el contrario, la bendeciríais como la tabla de salvación de la sociedad, y os empeñaríais en su propagación. Por consiguiente, ¿era la enseñanza de los filósofos lo que les había faltado a esos hombres? No, porque la mayoría de ellos son hombres esclarecidos, pero consideraban que los filósofos eran soñadores, utopistas, picos de oro; revolucionarios, yo diría. De modo que hacía falta tocarles el corazón, y lo que los ha tocado son las voces de ultratumba que se hicieron oír en su propio hogar.

Permitidme, estimado señor, que hoy llegue hasta aquí. La abundancia de temas me obliga a dejar para el próximo número el tratamiento de este asunto desde otro punto de vista.

El espiritismo en Argelia

Respecto de nuestro artículo del mes último, acerca del edicto de monseñor el obispo de Argel, varias personas nos han preguntado si se lo habíamos remitido. Desconocemos si alguien se encargó de hacérselo llegar. En cuanto a nosotros, no lo hicimos por esta razón:

No tenemos la más mínima intención de que el obispo de Argel se convierta a nuestras opiniones. Él habría podido considerar que el envío directo de ese artículo era una especie de bravata, lo cual no forma parte de nuestro carácter. El espiritismo –reitero– debe ser aceptado libremente, y no violentar conciencia alguna. Debe atraer hacia sí mediante el poder de su razonamiento, que es accesible para todos, y gracias a los frutos buenos que brinda. Debe realizar estas palabras de Jesús: “Antaño el Cielo se ganaba con violencia; pero ahora, con ternura”. Hay dos posibilidades: el obispo de Argel habla tan solo de lo que conoce, o no lo hace. En el primer caso, él mismo debe ponerse al tanto de la cuestión, y no limitarse a los escritos que abundan al respecto, salvo que pretenda exponerse a cometer lamentables errores. En el segundo caso, sería un esfuerzo inútil hacer el intento de abrir los ojos de quien insiste en mantenerlos cerrados.

Es un grave error suponer que la suerte del espiritismo dependa de la adhesión de tal o cual individualidad, pues esa doctrina se apoya en una base más sólida: el asentimiento de las masas, en las cuales la opinión de los más humildes tiene tanto peso como la de los más poderosos. La solidez de un edificio no se asienta en una sola piedra, porque una piedra se puede remover, sino en el conjunto de piedras que conforman los cimientos. En un asunto de tan vasto interés, la importancia de las individualidades, consideradas de por sí, se diluye de algún modo: cada una aporta su contingente de acción, pero si alguna falta al llamado, el conjunto no sufre por eso.

En su opinión, el obispo de Argel consideró que su deber era hacer lo que hizo, y estaba en su derecho. Decimos más: hizo bien, porque obró en conciencia. Si el resultado no se corresponde con sus expectativas, es porque tomó el camino

equivocado, eso es todo. No nos compete hacer el intento de modificar sus ideas, y por ese motivo no le remitimos nuestra refutación. No la escribimos para él, sino para instruir a los espíritas de todos los países, a fin de llevarles tranquilidad respecto de las consecuencias de una actitud que probablemente tenga imitadores. Así pues, poco importa la medida que ha tomado; lo esencial era demostrar que ni esa medida ni otras podrán alcanzar el objetivo que se proponen: la aniquilación del espiritismo.

Por lo general, en todas nuestras refutaciones, nunca hemos considerado a los individuos, porque las cuestiones personales mueren con las personas. El espiritismo ve las cosas desde un punto más elevado. Se dedica a las cuestiones de principios, que sobreviven a los individuos. Dentro de un tiempo, los actuales detractores del espiritismo estarán muertos. Dado que en vida no lograron reprimir su impulso, mucho menos podrán hacerlo cuando ya no estén aquí. En cambio, si reconocen su error, más de uno apoyará como Espíritu lo que había combatido como hombre, tal como hizo el obispo de Barcelona, para quien solicitamos las plegarias de todos los espíritas, conforme al deseo que él mismo ha expresado.⁵⁰ ¡Observad desde ahora si, antes de partir, más de un antagonista no ha muerto moralmente! Entre todos los escritos que pretendían pulverizar la doctrina espírita, ¿cuántos sobrevivieron? Bastaron uno o dos años para que la mayoría cayera en el olvido, y los que han generado mayor repercusión apenas arrojaron algunas llamaradas que ya se apagaron o que se apagan a diario. Algunos años más y solo se los buscará como rarezas. ¿Ocurre lo mismo con las ideas espíritas? Los

50. Véase la *Revista Espírita* de agosto de 1862. (N. del T.)

hechos responden. ¿Se podrá suponer que a continuación de aquellos autores vendrán otros adversarios más temibles que den cuenta del espiritismo? Es poco probable, porque a los actuales no les falta talento, ni buena voluntad, ni poder. Son puro fuego y ardor. Lo que les falta son argumentos que prevalezcan sobre los del espiritismo, y sin duda no es porque no los hayan buscado. Ahora bien, dado que la idea espírita gana partidarios sin cesar, la cantidad de adversarios disminuirá de manera proporcional, de modo que estos se verán obligados a aceptar un hecho consumado.

Por otra parte, ya hemos dicho que el clero no es unánime en su rechazo al espiritismo. Conocemos personalmente varios eclesiásticos que simpatizan mucho con esta idea, y que aceptan todas sus consecuencias, lo cual constituye una prueba muy característica. El siguiente hecho, cuya autenticidad garantizamos, es más reciente.

En un tren viajaban dos señores: uno de ellos era científico, materialista y ateo en grado superlativo. Su amigo, por el contrario, era muy espiritualista. Discutían acaloradamente para defender sus respectivas opiniones. En una de las estaciones se subió un joven sacerdote, quien de inmediato participó de la conversación. Dijo al incrédulo:

—A lo que parece, señor, no creéis en nada, ni siquiera en Dios.

—Debo confesaros que eso es cierto, señor cura. Y hasta ahora nadie pudo demostrarme que estoy equivocado.

—En tal caso, señor, os recomiendo que consultéis a los espíritas, y entonces creeréis.

—¿Cómo es posible, señor cura, que me digáis semejante cosa?

—Así es, señor, y os lo digo porque estoy convencido. Sé por experiencia que, cuando la religión es impotente para vencer la incredulidad, el espiritismo triunfa.

—Pero ¿qué pensará vuestro obispo si se entera de lo que acabáis de decirme?

—Que piense lo que quiera. Yo mismo se lo contaré, pues tengo el hábito de no esconder mi manera de pensar.

El propio científico es quien ha referido el hecho a uno de sus amigos, de quien lo hemos obtenido.

Veamos otro hecho, no menos significativo. Uno de nuestros fervientes adeptos, de visita en casa de uno de sus tíos, que es cura párroco, lo encontró leyendo *El libro de los Espíritus*. Transcribimos textualmente el relato de su conversación:

—¡Tío! ¿Qué haces leyendo ese libro? ¿No tienes miedo de ser condenado? Seguramente lo lees para refutarlo en tus sermones.

—¡Todo lo contrario! Esta doctrina me tranquiliza respecto del porvenir, pues ahora comprendo muchos misterios que no había podido resolver, incluso en el Evangelio. ¿Tú la conoces?

—¡Por supuesto que la conozco! Soy espírita de corazón y de alma, y además soy médium.

—Entonces, querido sobrino, ¡coincidimos! Nunca nos habíamos puesto de acuerdo en materia de religión, pero ahora lo logramos. ¿Por qué no me hablaste al respecto?

—Tenía miedo de que te escandalizaras.

—Me escandalizabas mucho con tu incredulidad.

—Yo era incrédulo por tu culpa.

—¿Qué dices!

—¿Acaso no fuiste tú quien me educó? ¿Qué fue lo que me enseñaste en materia de religión? Siempre quisiste explicarme lo que ni tú mismo comprendías. Entonces, cuando te hacía preguntas y no sabías qué responderme, me decías: “¡Cállate, desgraciado! Hay que creer sin comprender. Siempre serás un *ateo*”. Ahora, tal vez sería yo quien pudiera enseñarte. Además, me ocupo de instruir a mi hijo, que tiene diez años, y te aseguro que es más creyente que yo a su edad, cuando me tenías a cargo. Y no temo que alguna vez vaya a perder la fe, porque comprende todo tan bien como yo. Te edificaría ver cómo ora con fervor, y cuán dócil es, así como laborioso y atento a sus deberes. Pero dime, tío, ¿acaso predicas el espiritismo a tus parroquianos?

—Ganas no me faltan, pero tú sabes que no es posible.

—¿Entonces les sigues hablando de la caldera del diablo, como en mi época? Ahora puedo decírtelo sin que te ofendas. Pero, realmente, eso nos hacía reír mucho. Te aseguro que entre tus oyentes solo había tres o cuatro beatas que creían en tus palabras. Las jovencitas, que por lo común son bastante temerosas, “jugaban al diablo” a la salida del sermón. Si ese temor ejerce tan poco dominio sobre los campesinos, que son naturalmente supersticiosos, imagínate cómo debe ser entre las personas instruidas. ¡Ah, querido tío! Ya es hora de cambiar de batería, porque al diablo se le acabó el tiempo.

—Lo sé, y lo peor de todo es que si bien la mayoría no cree en el diablo, tampoco cree en Dios, porque a menudo se la pasan en el cabaré más que en la iglesia. Te aseguro que a veces me encuentro en dificultades para conciliar mi deber con mi conciencia. Trato de encontrar un término medio: hablo con más frecuencia de la moral, de los deberes para con la

familia y la sociedad, apoyado en el Evangelio, y noto que me comprenden mejor y me escuchan más.

—¿Qué resultado supones que se obtendría si se predicara la religión desde el punto de vista del espiritismo?

—Tú te has confesado conmigo, de modo que yo haré lo mismo y te hablaré con el corazón abierto. Estoy convencido de que en diez años no habrá un solo incrédulo en la parroquia, y que todos serán personas honestas. Lo que les falta es fe; la han perdido. Y su escepticismo, dado que no halla contrapeso en el respeto humano que resulta de la educación, contiene algo de bestial. Les hablo de la moral, pero la moral sin fe carece de fundamento, y el espiritismo les brinda esa fe; porque esas personas, a pesar de su falta de instrucción, tienen mucho sentido común: razonan más de lo que se supone, pero son extremadamente desconfiadas, y esa desconfianza hace que quieran comprender antes de creer. Ahora bien, para eso no hay nada mejor que el espiritismo.

—Tío, la consecuencia de lo que dices es que, si ese resultado es posible en una parroquia, también lo es en las otras. Por lo tanto, si todos los curas de Francia predicaran apoyados en el espiritismo, la sociedad se transformaría en pocos años.

—Opino lo mismo.

—¿Piensas que eso ocurrirá algún día?

—No pierdo la esperanza.

—Yo tampoco, y tengo la certeza de que antes de que este siglo finalice se verá ese cambio. Dime, tío, ¿eres médium?

—¡Chito! (*en voz baja*) ¡Sí!

—¿Y qué te dicen los Espíritus?

—Me dicen que... (aquí el cura habla tan bajo, que su sobrino no puede entenderlo.)

Habíamos dicho que el edicto del obispo de Argel no detuvo el impulso del espiritismo en ese país. Los siguientes fragmentos de dos cartas, entre muchas otras semejantes, nos ofrecen una idea al respecto.

“Querido y venerado maestro:

”Hoy vengo a confirmaros mi carta precedente y, con motivo de la circular del obispo de Argel, renuevo ante vos la certeza de la adhesión inviolable de todos los espíritas de nuestro grupo a la sagrada y sublime doctrina del espiritismo. Nunca lograrán persuadirnos de que el espiritismo es obra del diablo, porque esa doctrina nos ha salvado de la duda y del culto de la materia, y nos ha hecho mejores los unos para con los otros, e incluso respecto de nuestros enemigos, para quienes a diario elevamos una plegaria. Continuamos reuniéndonos, como en el pasado, para recibir las instrucciones de nuestros Espíritus protectores, quienes nos aseguran que todo lo que ocurre es para bien y conforme a las miras de la Providencia. Ellos nos dicen que han llegado los tiempos en que habrán de operarse grandes cambios en las creencias, y que el espiritismo las unirá para conducir a todos los hombres a la fraternidad...”

Otra carta dice: “El edicto del obispo de Argel ha servido para que nuestro cura pronunciara un sermón fulminante contra el espiritismo, sobre todo por su elocuencia. Pero me equivoco, porque ha causado una impresión tan fuerte en varios burlones, que estos, al ver que el espiritismo era tomado en serio por la autoridad eclesiástica, consideraron que en esa doctrina debía haber algo sensato; de modo que se pusieron a estudiarla, y ahora ya no se ríen más y son de los nuestros. Por

otra parte, la cantidad de espíritas continúa en aumento y se están formando varios grupos nuevos”.

Toda la correspondencia nos llega en el mismo sentido, y no nos refiere ni una sola defección, sino apenas algunos individuos cuya dependencia respecto de la autoridad eclesiástica los obligó a no ponerse en evidencia, pero sin dejar de ocuparse del espiritismo en la intimidad o en el silencio de sus gabinetes. Podrán imponer los actos exteriores, pero no dominar la conciencia. La siguiente comunicación demuestra que, tanto en los Espíritus como en los hombres, el impulso no disminuye.

“Sétif, 17 de septiembre de 1863.

”Amigos míos, acudo a vosotros pleno de gozo, al ver que el espiritismo hace rápidos progresos y adquiere nuevas fuerzas cada día, a pesar de los obstáculos que se le imponen. Esas fuerzas no son apenas las del número, sino también las de la unión, la fraternidad, la caridad. Así pues, tened confianza, optimismo y valor, para avanzar en este sagrado camino del progreso espírita, del que ningún poder humano os desviará.

”No obstante, aguardad la lucha, y preparaos para sostenerla. Ahí están vuestros enemigos, que forjan para vosotros pesadas cadenas, con las cuales pretenden dominaros. ¿Qué podrán hacer en contra de la voluntad de Dios, que os protege? Los fundamentos de su ley se elevarán a pesar de cualquier impedimento. Los servidores del Todopoderoso rebosan de entusiasmo y esmero. No se dejarán abatir; resistirán los ataques; avanzarán siempre y a pesar de todo. Las barreras, las cadenas, se romperán como si fueran de cristal.

”Os pido que veléis, que oréis, que tendáis la mano al desdichado, que abráis los ojos cerrados; que vuestros corazones

y vuestros brazos se abran a todos sin excepción. ¡Espíritas, vuestra tarea es bella! ¡Qué puede ser más bello y consolador que ese pacto de unión entre los vivos y los muertos! ¡Cuán inmensos servicios podremos brindarnos mutuamente! Con vuestras plegarias a Dios, toda vez que partan desde el fondo del corazón, podéis hacer mucho para aliviar las almas que sufren, ¡y cuán deleitoso es ese beneficio para el corazón de quien lo practica! ¡Cuán conmovedora es la armonía de las bendiciones que habréis de merecer! Os reitero que oréis elevando vuestra alma al Cielo, y no os quepa duda de que cada una de vuestras plegarias será escuchada y aliviará un dolor.

”Comprended que cuantos más hombres se acerquen para imitaros, más poder tendrá el conjunto de vuestras plegarias. Tomad a los hombres de la mano, y conducidlos por el verdadero camino, en el que engrosarán vuestra falange. Predicad la buena doctrina, la doctrina de Jesús, la que el propio Maestro divino enseña en sus comunicaciones, que no hacen más que reiterar y confirmar la doctrina de los Evangelios. Os digo que, quienes vivan, verán cosas admirables.

”*Pregunta.* ¿Debemos responder ese edicto a través de la prensa?

”*Respuesta:* ¡Dios mío! Permitidme que os diga lo que pienso. Ellos abrieron un camino, y lo barren para que el pueblo lo recorra con más comodidad y en mayor cantidad. De tal modo, la multitud se amontona en él. Debéis comprender mi lenguaje, un tanto enigmático. Vuestro deber de espíritas consiste en mostrarle a esa multitud que ellos le han abierto la puerta en vez de cerrarla.”

SAN JOSÉ

Observación. Esta comunicación se obtuvo a través de un obrero, médium completamente analfabeto, y que apenas sabía firmar. Desde que es médium, escribe un poco, aunque con mucha dificultad. De tal modo, no podemos suponer que esta disertación sea el producto de su imaginación.

Elías y Juan Bautista

Refutación

Hemos recibido una carta que contiene el siguiente párrafo: “Acabo de discutir con el cura de aquí respecto de la doctrina espírita. Sobre el tema de la reencarnación, me desafió a que le diga cuál de los dos cuerpos tomará el Espíritu de Elías para presentarse ante Jesucristo, con motivo del juicio final anunciado por la Iglesia. ¿Será el primer cuerpo o el segundo? No supe qué responderle. Él se rio y me dijo que nosotros, los espíritas, no éramos consistentes”.

Por nuestra parte, no sabemos cuál de los dos comenzó la discusión. En todo caso, siempre es imprudente enredarse en una controversia cuando uno no se siente fuerte para sostenerla. Si la iniciativa fue de nuestro corresponsal, le recordaremos algo que nunca dejamos de repetir: “el espiritismo se dirige a los que creen o dudan, y no a los que tienen alguna clase de fe y se sienten satisfechos con ella. No obliga a nadie a que renuncie a sus creencias para adoptar las nuestras”. En esto, el espiritismo es consecuente con los principios de tolerancia y de libertad de conciencia que profesa. Por ese motivo, no aprobamos las tentativas de algunas personas para que el

clero, de la comunión que fuere, se convierta a nuestras ideas. Así pues, reiteramos a todos los espíritas: acoged sin demora a los hombres de buena voluntad; brindad la luz a quienes la buscan, pues con los que suponen que ya la tienen no tendréis éxito. No violentéis la fe de nadie, ni del clero ni de los laicos, pues vinisteis a sembrar los campos áridos. Poned la luz en evidencia, para que la vean los que así lo deseen. Mostrad los frutos del árbol, y dad de comer a los que tienen hambre, pero no a los que se consideran saciados. Si algunos miembros del clero acuden a vosotros con sinceridad y sin segundas intenciones, haced por ellos lo mismo que hacéis por el resto de vuestros hermanos: instruid a quienes os lo soliciten, pero no intentéis forzar a quienes consideran que su conciencia los compromete a pensar distinto que vosotros. Respetad su fe, del mismo modo que vosotros les pedís que respeten la vuestra. Mostradles, en fin, que sabéis practicar la caridad de acuerdo con Jesús. Si ellos atacan primero, entonces tendréis derecho a responder y refutarlos. Si os desafían, podéis aceptar, pero sin apartaros de la moderación, cuyo ejemplo Jesús ha dado a sus discípulos. Si nuestros adversarios deciden retirarse, hay que dejarles ese triste privilegio, que nunca es una demostración de la verdadera fuerza. Si bien desde hace algún tiempo nosotros mismos ingresamos en el terreno de la controversia, y hemos recogido el guante que nos arrojaron algunos miembros del clero, es justo decir que nuestra polémica nunca ha sido agresiva. Si ellos no hubieran atacado primero, jamás habríamos pronunciado sus nombres. Siempre hemos ignorado las injurias y las alusiones personales de que fuimos objeto, pero era nuestro deber asumir la defensa de nuestros hermanos atacados, así como la de nuestra doctrina indignamente desfigurada, pues desde el propio púlpito han llegado

a decir que esa doctrina predicaba el adulterio y el suicidio. Ya hemos dicho –y lo reiteramos– que esa provocación fue torpe, pues indujo forzosamente al análisis de algunas cuestiones que habría sido mejor omitir, ya que una vez abierto el campo no sabemos hasta dónde se puede llegar. Sin embargo, el miedo es un mal consejero.

Dicho esto, haremos el intento de brindar al referido señor cura la respuesta a la pregunta que ha formulado. Con todo, no podemos dejar de señalar que, si bien su interlocutor no ha sido más consistente que él en materia de teología, nos parece que él mismo tampoco ha sido muy consistente en lo que respecta al Evangelio. Su pregunta remite a la que los saduceos le formularon a Jesús, de modo que apenas le bastaba con observar su respuesta. Aquí nos tomamos la libertad de recordársela, ya que no la conoce:

“Aquel día vinieron a él los saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron, diciendo: ‘Maestro, Moisés ordenó que si alguien muere sin hijos, su hermano se casará con su mujer, y le dará descendencia a su hermano muerto. Ahora bien, entre nosotros hubo siete hermanos; el primero se casó y murió, pero como no tenía hijos, dejó su mujer a su hermano. Lo mismo ocurrió con el segundo, con el tercer y con el resto, hasta el séptimo. Y después de todos, la mujer también murió. Así pues, en la resurrección, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?’

”Jesús les respondió: ‘Os equivocáis, pues no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios. Porque *en la resurrección los hombres no tendrán mujer, ni las mujeres tendrán marido, sino que serán como LOS ÁNGELES DE DIOS EN EL CIELO*. Y respecto de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído las palabras que Dios os ha dicho: ‘Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de

Isaac, y el Dios de Jacob'? Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos' ". (*San Mateo*, capítulo XXII, versículos 23 a 32.)

Dado que en la resurrección los hombres serán *como los ángeles del Cielo*, y que los ángeles no tienen cuerpos carnales, sino un cuerpo etéreo y fluídico, entonces los hombres ya no resucitarán en carne y hueso. Si Juan Bautista fue Elías, de ahí resulta que son una misma alma que en la Tierra tuvo dos vestimentas, desechadas en épocas diferentes, y que esa alma no se presentará con una ni con otra vestimenta, sino con la envoltura etérea que es propia del mundo invisible. Si las palabras de Jesús no os resultan suficientemente claras, leed las de san Pablo (que citamos más adelante, en la página 372⁵¹), pues son aún más explícitas. ¿Acaso dudáis de que Juan Bautista haya sido Elías? Leed a san Mateo (capítulo XI, versículos 13 a 15): "Porque hasta Juan, todos los profetas y la ley profetizaron. Y si queréis comprender lo que os digo, *él es aquel Elías que debía venir*. El que tenga oídos para oír, que oiga". Aquí no hay equívoco. Los términos son claros y categóricos, de modo que para no oír hace falta no tener oídos, o querer cerrarlos. Dado que esas palabras constituyen una afirmación positiva, hay dos posibilidades: Jesús dijo la verdad, o se equivocó. En la primera hipótesis, demuestra la reencarnación. En la segunda, todas sus enseñanzas son puestas en duda, porque si se equivocó en un punto, pudo haberlo hecho en los otros. Elegid.

Ahora, señor cura, permitidme que sea yo quien os haga una pregunta, que sin duda responderéis fácilmente.

Sabéis que el *Génesis*, al asignar seis días para la creación, no solo de la Tierra sino también del universo entero: sol,

51. Véase el artículo que sigue a este. (N. del T.)

estrellas, luna, etc., no contó con la geología ni con la astronomía. Por su parte, Josué no contó con la ley de la gravitación universal. Así pues, considero que el dogma de la resurrección de la carne no contó con la química. Es cierto que la química es una ciencia diabólica, como todas las que permiten ver claro lo que algunos quisieran que se vea turbio. No obstante, sea cual fuere su origen, la química nos enseña algo positivo: el cuerpo del hombre, así como todas las sustancias orgánicas animales y vegetales, está compuesto por elementos diversos cuyos principios son el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono. También nos enseña –y notad que es un resultado de la experiencia– que con la muerte esos elementos se dispersan e integran la composición de otros cuerpos, a tal punto que al cabo de un tiempo queda absorbido el cuerpo entero. También se ha constatado que los terrenos en los que abundan las materias animales en descomposición son los más fértiles, y por eso los infieles atribuyen la fecundidad proverbial de los jardines de los señores curas rurales al hecho de que se encuentran en los alrededores de los cementerios. Por lo tanto, señor cura, supongamos que se planten papas alrededor de una tumba. Esas papas van a alimentarse de los gases y las sales provenientes de la descomposición del cuerpo muerto. Esas papas servirán para engordar gallinas, y vos saborearéis y comeréis esas gallinas, de modo que vuestro propio cuerpo estará formado por moléculas del cuerpo del individuo muerto, y que no dejarán de ser de él, aunque hayan pasado por intermediarios. Así pues, en vos habrá partes que pertenecieron a otro. Ahora bien, cuando vos y el otro individuo resucitéis el día del juicio, cada uno con su cuerpo, ¿cómo haréis? ¿Vos os quedaréis con lo que era del otro, o el otro os quitará lo que le perteneció? ¿O también os quedará algo de las papas o las

gallinas? Esta pregunta es al menos tan importante como la de saber si Juan Bautista resucitará con el cuerpo de Juan o con el de Elías. La formulo con la mayor simplicidad, pero imaginaos la dificultad que implica —lo cual es cierto— el hecho de que en vuestro cuerpo haya porciones de cien individuos. En esto último consiste, propiamente, la resurrección de la carne. Pero la resurrección del Espíritu es muy distinta, pues este no lleva consigo sus despojos. Ved más adelante lo que dice san Pablo.

Ya que nos ocupamos de preguntas, aquí hay otra, señor cura, que hemos escuchado formular a los incrédulos. Si bien es cierto que no se corresponde con el tema que nos ocupa, surge de uno de los hechos antes referidos. Según el *Génesis*, Dios creó el mundo en seis días, y descansó el séptimo. Ese reposo del séptimo día se ha consagrado cada domingo, y su observancia estricta es una ley canónica. Por lo tanto, si esos seis días, conforme lo demuestra la geología, en vez de ser de veinticuatro horas, son de algunos millones de años, ¿cuánto tiempo durará el día de reposo? Esta pregunta es tan importante como las otras.

No supongáis, señor cura, que estas observaciones sean producto de un desprecio de las sagradas Escrituras. Todo lo contrario, pues el homenaje que nosotros les rendimos tal vez sea mayor que el vuestro. Al tomar en cuenta la forma alegórica, buscamos en ellas el espíritu que vivifica, y descubrimos grandes verdades. De ese modo, inducimos a los incrédulos a creer en ellas y respetarlas. En cambio, los que se apegan a la letra que mata, les hacen decir cosas absurdas y aumentan la cantidad de escépticos.

San Pablo: precursor del espiritismo

La siguiente comunicación se obtuvo en la sesión de la Sociedad de París, del 9 de octubre de 1863:

“¡Cuántos días han transcurrido desde que tuve la dicha de conversar con vosotros, mis queridos hijos! Por eso, es una grata satisfacción para mí encontrarme en mi querida Sociedad de París.

”¿De qué os hablaré hoy? La mayoría de las cuestiones morales han sido tratadas por hábiles plumas. Con todo, esas cuestiones me competen tanto y su campo es tan vasto, que todavía encontraréis algunos granos de verdad para espigar. Por lo demás, aunque me limitara a repetir lo que otros ya os han dicho, tal vez surjan algunas enseñanzas nuevas, porque las buenas palabras, al igual que las buenas semillas, siempre dan fruto.

”Los libros sagrados son para nosotros graneros inagotables, y el gran apóstol Pablo, que antaño contribuyó tanto al establecimiento del cristianismo con su poderosa prédica, os ha dejado monumentos escritos que también servirán enérgicamente para la expansión del espiritismo. No ignoro que vuestros adversarios religiosos invocan su testimonio en contra de vosotros; pero no os quepa duda de que eso no impide que el ilustre iluminado de Damasco esté con vosotros y para vosotros. El soplo que recorre sus epístolas, la sagrada inspiración que anima sus enseñanzas, lejos de ser hostil a vuestra doctrina, está repleta de singulares previsiones con miras a lo que ocurre actualmente. De tal modo, en su primera carta a los Corintios, enseña que, sin caridad, no existe un solo hombre —por más santo o profeta que sea, o aunque transporte montañas— que pueda jactarse de ser un verdadero discípulo

de nuestro señor Jesucristo. Como los espíritas, y antes que los espíritas, fue Pablo quien proclamó por primera vez esa máxima que constituye vuestra gloria: *¡Fuera de la caridad no hay salvación!* Pero no solo por ese lado se vincula con la doctrina que nosotros os enseñamos, y que vosotros propagáis actualmente. Con la inteligencia superior que lo caracterizaba, había previsto lo que Dios reservaba para el porvenir, y especialmente esa transformación, esa regeneración de la fe cristiana, que vosotros sois llamados a afirmar profundamente en el espíritu moderno, pues él describe, en la carta ya citada, y de una manera indiscutible, las principales facultades mediúmnicas, a las que denomina dones benditos del Espíritu Santo.

”¡Ah, hijos míos! Ese santo Doctor contempla, con una amargura que no puede disimular, el nivel de envilecimiento en que cayó la mayoría de los que hablan en su nombre, y que proclaman, *urbi et orbi*, que antaño Dios brindó a la Tierra la suma de las verdades que esta era capaz de recibir. No obstante, el Apóstol exclamó que en su tiempo no había más que una ciencia y profecías imperfectas. Ahora bien, el que se lamentaba de esa situación sabía, por eso mismo, que dicha ciencia y tales profecías llegarían a perfeccionarse algún día. ¿Acaso no se trata de la condenación absoluta de todos los que condenan el progreso? ¿Acaso no se trata del más duro golpe para los que afirman que el Cristo y los apóstoles, junto con los Padres de la Iglesia, y sobre todo con los reverendos casuistas de la Compañía de Jesús, brindaron a la Tierra toda la ciencia religiosa y filosófica a la que esta tenía derecho? Afortunadamente, el propio Apóstol se ocupó de desmentirlos de antemano.

”Queridos hijos, para apreciar en su justo valor a los hombres que os combaten, solo tenéis que estudiar los argumentos de su polémica, las palabras acerbas y los pesares que mani-

fiestan, como en el caso del reverendo padre Pailloux, quien se lamenta de que las hogueras estén apagadas, y de que la Santa Inquisición ya no funcione *ad majorem Dei gloriam*. Hermanos míos, vosotros tenéis la caridad; ellos tienen la intolerancia, de modo que merecen compasión. Por eso, os invito a orar por esos pobres extraviados, para que el Espíritu Santo —al que ellos invocan tan a menudo— se digne esclarecer su conciencia y su corazón”.

FRANÇOIS-NICOLAS MADELEINE

A esta notable comunicación, agregamos las siguientes palabras de san Pablo, extraídas de la primera epístola a los Corintios:

“Pero alguno me dirá: ‘¿De qué manera resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo volverán a la vida?’ ¡Qué necios sois! ¿No veis que lo que sembráis no revive si antes no muere? Y cuando sembráis, no sembráis el cuerpo de la planta que va a brotar, sino tan solo el grano, como el del trigo o de alguna otra planta. Y después, Dios le da un cuerpo que le agrade: a cada semilla el cuerpo adecuado para cada planta. No toda carne es la misma carne, sino que una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de las aves, otra la de los peces.

”También hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero el resplandor de los cuerpos celestes difiere del de los cuerpos terrestres. Uno es el resplandor del sol, que difiere del de la luna, como el resplandor de la luna difiere del de las estrellas; y entre las estrella, una es más resplandeciente que la otra.

”Así también ocurrirá en la resurrección de los muertos. El cuerpo, como una semilla, ahora se entierra lleno de corrupción, pero resucitará incorruptible. Se entierra todo de-

forme, pero resucitará lleno de gloria. Se entierra privado de movimiento, pero resucitará lleno de vigor. *Se entierra como un cuerpo animal, pero resucitará como un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual.*

”Os digo, hermanos, que *la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios*, y que la corrupción no poseerá esa herencia incorruptible”. (San Pablo, *Primera epístola a los Corintios*, capítulo XV, versículos 35 a 44 y 50.)

¿Qué puede ser ese cuerpo *espiritual*—que no es el cuerpo animal—, sino el cuerpo fluídico cuya existencia el espiritismo demuestra, el periespíritu con que el alma se halla revestida después de la muerte? Cuando el cuerpo muere, el Espíritu experimenta la turbación: pierde por un instante la conciencia de sí mismo. Luego, recobra el empleo de sus facultades, renace a la vida inteligente, en una palabra, *resucita con su cuerpo espiritual*.

El último párrafo, relativo al juicio final, contradice positivamente la doctrina de la resurrección de la carne, pues dice: “La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios”. Así pues, los muertos no resucitarán con su carne y su sangre, y no tendrán necesidad de reunir sus huesos dispersos, sino que tendrán su cuerpo celestial, que no es el cuerpo animal. Si el autor del *Catecismo filosófico* hubiera meditado acerca del sentido de esas palabras, habría evitado el cálculo matemático al que se entregó para demostrar que todos los hombres muertos desde Adán, al resucitar en carne y en huesos con sus propios cuerpos, podrían caber perfectamente en el valle de Josafat, y sin sufrir demasiadas molestias.⁵²

52. Véase el *Catechisme philosophique*, por el abad de Feller, tomo III, pág. 83. (N. de Allan Kardec.)

San Pablo, por lo tanto, postuló en principio y en teoría lo que actualmente el espiritismo enseña acerca del estado del hombre después de la muerte.

Pero san Pablo no es el único que presintió las verdades que el espiritismo enseña. La Biblia, los Evangelios, los Apóstoles y los Padres de la Iglesia están repletos de ellas, de modo que condenar al espiritismo implica desaprobación a las propias autoridades en que se apoya la religión. Atribuir todas esas enseñanzas al demonio, significa imponer el mismo anatema a la mayoría de los autores sagrados. Por consiguiente, el espiritismo no viene a destruir, sino por el contrario, a restablecer todas las cosas, es decir, a restituir a cada cosa su verdadero sentido.

Un caso de posesión

La señorita Julia

Hemos dicho que no hay posesos en el sentido vulgar de la palabra, sino subyugados. Retomamos esta afirmación, demasiado absoluta, porque recientemente se nos ha demostrado que puede existir una verdadera posesión, es decir, una sustitución, aunque parcial, del Espíritu encarnado por parte de un Espíritu errante. Veamos un primer hecho que es la prueba de este fenómeno, y que lo presenta en toda su simplicidad.

Varias personas se encontraban cierto día en casa de una señora sonámbula-médium. De repente, esta adoptó actitudes por completo masculinas. Con la voz cambiada, se dirigió a uno de los asistentes, exclamando: “¡Ah! ¡Mi querido amigo!

¡Cuánto me alegra verte!” Sorprendido, el interlocutor preguntó qué significaba eso. La señora respondió: “¡Cómo! ¿No me reconoces? ¡Ah! ¡Es cierto! ¡Estoy cubierto de lodo! Soy Carlos Z...” Al escuchar ese nombre, los asistentes recordaron a un señor que había muerto algunos meses antes, víctima de un ataque de apoplejía al borde del camino. Había caído en una zanja, de la que retiraron su cuerpo cubierto de lodo. El Espíritu de Carlos Z... dijo que deseaba conversar con su viejo amigo, de modo que aprovechó un momento en que el Espíritu de la señora A... —la sonámbula— se hallaba alejada de su cuerpo, para ocupar su lugar. En efecto, esta escena se repitió durante varios días. La señora A... adoptaba cada vez la postura y los gestos habituales del señor Carlos: se respaldaba en el sillón, se cruzaba de piernas, se rizaba el bigote, se acomodaba el cabello. De tal modo, salvo por la vestimenta, se habría podido asegurar que el señor Carlos estaba presente. Sin embargo, no había transfiguración, conforme la hemos visto en otras circunstancias. Estas son algunas de sus respuestas:

Pregunta. Dado que habéis tomado posesión del cuerpo de la señora A..., ¿podrías quedaros en él?

Respuesta. No; pero no me faltan ganas.

P. ¿Por qué no podéis quedaros?

R. Porque su Espíritu siempre está ligado a su cuerpo. ¡Ah! Si yo pudiera romper ese lazo, *le jugaría una mala pasada.*

P. ¿Qué hace mientras tanto el Espíritu de la señora A...?

R. Está ahí, a un costado. Me mira y se ríe de verme con este vestido.

Estas conversaciones eran muy entretenidas. Al señor Carlos le gustaba la buena vida y no ocultaba su carácter. Dedic-

do a la vida material, era poco avanzado como Espíritu, pero naturalmente bueno y amable. Al apoderarse del cuerpo de la señora A..., no tenía ninguna mala intención. Ella no padecía en absoluto esa situación, a la que se prestaba de buen grado. Es importante decir que la señora A... no conoció a ese señor, de modo que no podía estar al tanto de sus modales. También vale señalar que los asistentes no pensaban en él, por lo que la escena no podía ser provocada. El Espíritu se presentaba de manera espontánea.

La posesión es evidente en este caso, y se ve acentuada por los detalles, cuya mención sería demasiado extensa. Pero se trata de una posesión inocente y sin dificultades. No ocurre lo mismo cuando el Espíritu es malo y mal intencionado, pues en tal caso la posesión puede arrojar consecuencias graves, conforme a la tenacidad de esos Espíritus; y a menudo resulta muy difícil liberar de ellos al paciente que han convertido en su víctima. Veamos un ejemplo reciente, que nosotros mismos hemos podido observar, y que ha sido objeto de un estudio serio en la Sociedad de París.

La señorita Julia, doméstica, nacida en Saboya, tiene veintitrés años y un carácter muy ameno, sin ninguna clase de instrucción. Desde hacía algún tiempo sufría accesos de sonambulismo natural, que duraban semanas enteras. En ese estado, desarrollaba sus actividades habituales sin que las personas extrañas notaran su situación. Incluso en su trabajo era mucho más cuidadosa. Su lucidez era notable: describía los lugares y los acontecimientos a distancia con total exactitud.

Hace unos seis meses, cayó presa de crisis de un carácter extraño, que siempre tenían lugar durante el estado sonambólico, convertido, por decirlo de algún modo, en el estado normal. Se retorció y rodaba por el suelo como si se debatiera

contra la opresión de alguien que pretendía estrangularla, y, en efecto, tenía todos los síntomas del estrangulamiento. Al final, acababa por derrotar a ese ser fantástico, lo agarraba de los pelos, lo molía a golpes, lo colmaba de insultos e imprecações, y lo apostrofaba todo el tiempo con el nombre de *Fredegunda*, infame regente, reina impúdica, vil criatura mancillada con todos los crímenes, etc. Saltaba como si pisoteara al Espíritu con furia, y le arrancaba la ropa y los adornos. Lo extraño era que por momentos se trataba a sí misma como Fredegunda, y se golpeaba violentamente los brazos, el pecho y el rostro, exclamando: “¡Toma! ¡Toma! ¿No tienes bastante, infame Fredegunda? Quieres sofocarme, pero no lo lograrás. Quieres meterte en *mi caja*, pero yo te expulsaré”. *Mi caja* era el término que empleaba para referirse a su cuerpo. Nadie podría imitar el acento frenético con que ella pronunciaba el nombre de Fredegunda, chirriando los dientes, como tampoco las torturas que sufría en esos momentos.

Cierto día, para liberarse de su adversario, la señorita Julia tomó un cuchillo y trató de herirse, aunque lograron detenerla a tiempo para impedir un accidente. No es menos notable el hecho de que nunca confundió con Fredegunda a ninguno de los presentes; la dualidad ocurría siempre en sí misma; y contra sí misma dirigía su furia cuando el Espíritu estaba en ella, o contra un ser invisible cuando se había liberado de él. En relación con los demás, era amable y bondadosa, incluso en los momentos de mayor exasperación.

Esas crisis, realmente horrorosas, a menudo duraban varias horas, y se repetían unas cuantas veces al día. Tras derrotar a Fredegunda, la joven Julia caía en un estado de postración y agobio del que le costaba recuperarse, y permanecía muy débil y con dificultades para hablar. Su salud estaba profun-

damente alterada. No podía alimentarse y a veces pasaba ocho días sin comer nada. Los mejores platos tenían para ella un gusto horribles, y los rechazaba. Todo eso –según Julia– era culpa de Fredegunda, que le impedía comer.

Dijimos más arriba que esta joven no recibió instrucción alguna. En estado de vigilia, nunca había escuchado hablar de Fredegunda, ni de su carácter, ni de lo que había hecho en vida. En cambio, en estado de sonambulismo, lo sabía perfectamente, y decía que había vivido en la misma época que la reina. No fue Brunegilda, como se había supuesto al principio, sino otra persona vinculada a su corte.

Otra observación, no menos esencial, consiste en que, cuando comenzaron las crisis, la señorita Julia nunca se había ocupado del espiritismo, cuyo nombre también desconocía. Incluso actualmente, en estado de vigilia, le resulta extraño y no lo acepta. Solo lo conoce en estado de sonambulismo, y desde que comenzó a ser tratada. Por consiguiente, todo lo que dijo fue espontáneo.

En presencia de una situación tan extraña, algunos atribuyeron el estado de esa joven a una afección nerviosa. Otros, a una locura de carácter especial, y debemos convenir en que a primera vista esta última opinión tenía una apariencia de realidad. Un médico declaró que, en el estado actual de la ciencia, nadie podía explicar ese tipo de fenómenos, y que no veía ningún remedio. No obstante, personas experimentadas en espiritismo reconocieron sin dificultad que la señorita Julia se hallaba bajo los efectos de una subyugación de las más graves, y que podía resultarle fatal. Quien solo la hubiera visto en los momentos de crisis, considerando apenas la rareza de sus actos y sus palabras, sin duda habría dicho que la joven estaba loca, y le habría aplicado el tratamiento de

los alienados, lo cual con toda seguridad habría determinado una verdadera locura. No obstante, esta opinión debía ceder ante los hechos. En el estado de vigilia, su conversación es la de una persona de su clase, y acorde a su falta de instrucción. Incluso su inteligencia es vulgar. Pero ocurre todo lo contrario en el estado de sonambulismo: en los momentos de calma, ella razona con mucho sentido, precisión y verdadera profundidad. Ahora bien, una locura que aumentara la dosis de inteligencia y de juicio sería extraordinaria. Tan solo el espiritismo puede explicar esa anomalía aparente. En el estado de vigilia, su alma o Espíritu se halla comprimida por órganos que solo le permiten un desarrollo incompleto. En cambio, en el estado de sonambulismo, el alma, emancipada, se encuentra parcialmente libre de sus lazos, y goza de la plenitud de sus facultades. En los momentos de crisis, sus actos y sus palabras solo resultan excéntricos para quienes no creen en la acción de los seres del mundo invisible. Si solo se ve el efecto, sin remontarse a la causa, de ahí resulta que los obsesos, los subyugados y los posesos pasan por locos. En los manicomios siempre hubo supuestos locos de esa naturaleza, pero que se curarían fácilmente si nadie se obstinara en ver en ellos tan solo una enfermedad orgánica.

A todo esto, como la señorita Julia no disponía de recursos, una familia de auténticos y sinceros espíritas accedió a emplearla en su hogar, pero en esa situación ella era una dificultad más que una ventaja, de modo que se requirió una verdadera dedicación para encargarse de ella. No obstante, esas personas fueron bien recompensadas, primero por el placer de realizar una obra de bien, y luego por la satisfacción de haber contribuido poderosamente a su curación, que actualmente es completa. Doble curación, porque no solo la señorita Julia

se liberó, sino que también su enemiga se convirtió a mejores sentimientos.

En este caso, hemos sido testigos de una de esas luchas horrosas, que no duró menos de dos horas, y pudimos observar el fenómeno hasta en sus más mínimos detalles, un fenómeno en el que de inmediato reconocimos una completa analogía con el de los posesos de Morzine⁵³. La única diferencia es que en Morzine los posesos cometían actos contra los individuos que los contrariaban, y hablaban del diablo que tenían dentro, porque se los había convencido de que se trataba del diablo. La señorita Julia, en Morzine, habría denominado *Diablo* a Fredegunda.

En un próximo artículo, expondremos en detalle las diferentes etapas de esa curación, así como los medios empleados para tal fin. Además, nos referiremos a las notables instrucciones que los Espíritus impartieron al respecto, así como a las importantes observaciones a las que ha dado lugar acerca del magnetismo.

El período de lucha

El primer período del espiritismo, caracterizado por las mesas giratorias, ha sido el de la *curiosidad*. El segundo fue el *período filosófico*, señalado con la aparición de *El libro de los Espíritus*. A partir de ese momento, el espiritismo adoptó un

53. Véase la *Instrucción sobre los posesos de Morzine*, en la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, enero, febrero, abril y mayo de 1863. (N. de Allan Kardec.)

carácter por completo diferente: se distinguió su objetivo y su alcance, se extrajo de él la fe y la consolación, y la rapidez de sus progresos fue tanta, que ninguna doctrina filosófica o religiosa ha podido servirle de ejemplo. Sin embargo, al igual que todas las ideas nuevas, el espiritismo tuvo adversarios tanto más encarnizados cuanto mayor era la idea, porque ninguna idea importante puede establecerse sin que dañe intereses. Es necesario que ocupe un lugar, y las personas desplazadas no pueden verla con buenos ojos. Además, aparte de las personas interesadas, están las que, por sistema y sin motivos precisos, son adversarias natas de todo lo que sea nuevo.

Durante los primeros años, muchos dudaron de la vitalidad del espiritismo, razón por la cual le prestaron poca atención. Pero cuando notaron que, a pesar de todo, crecía y se propagaba en todas las categorías de la sociedad y en el mundo entero, ocupando su lugar entre las creencias, para llegar a ser una potencia debido a la cantidad de sus adherentes, los interesados en mantener las ideas antiguas se alarmaron seriamente. Entonces, una verdadera cruzada se declaró en su contra, y comenzó el *período de lucha*, cuya señal fue de algún modo el auto de fe de Barcelona, ocurrido el 9 de octubre de 1860. Hasta ese momento, el espiritismo había sido objeto de los sarcasmos de la incredulidad, que se burla de todo, en especial de lo que no comprende, e incluso de las cosas más sagradas. Ninguna idea nueva puede escaparse de esos sarcasmos, que son su bautismo de fuego. Pero aquellos otros no se burlaron, sino que se pusieron furiosos: señal evidente y característica de la importancia del espiritismo. Desde ese momento, los ataques asumieron un carácter de violencia inaudita. Se impartió la consigna: sermones furibundos, pastorales, anatemas, excomuniones, persecuciones individuales,

libros, opúsculos, artículos en periódicos... No se ahorraron nada, ni siquiera la calumnia.

Por lo tanto, ahora nos encontramos en pleno período de lucha, y no ha terminado. Al reconocer la inutilidad de los ataques a cielo abierto, intentarán una guerra subterránea, que ya se organiza y comienza. Se sentirá una calma aparente, pero será la calma que precede a la tormenta. Con todo, después de la tormenta llega el buen tiempo. Así pues, no os inquietéis, espíritas, porque el resultado no es incierto. La lucha es necesaria, y el triunfo será brillante. Lo he dicho, y lo repito: veo el objetivo, y sé cuándo y cómo se alcanzará. Si os hablo con esta seguridad, es porque tengo razones, respecto de las cuales la prudencia me llama a silencio, pero vosotros las conoceréis un día. Todo lo que puedo deciros es que llegarán poderosos auxiliares, que cerrarán la boca a más de un detractor. No obstante, la lucha será intensa, y si durante el conflicto hubiera algunas víctimas de su fe, que se regocijen, como hicieron los primeros mártires cristianos, muchos de los cuales están entre vosotros para infundiros valor y daros el ejemplo. Que esas víctimas recuerden estas palabras de Cristo:

“Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos. Dichosos seréis cuando por mi causa los hombres os llenen de maldiciones y os persigan, y mientan y digan toda clase de mal contra vosotros. Regocijaos y alegraos entonces, porque grande es la recompensa que os está reservada en los Cielos; porque así persiguieron a los profetas que han sido antes de vosotros”. (*San Mateo*, capítulo V, versículos 10 a 12.)

¿Acaso no parece que estas palabras fueron dichas para los espíritas de la actualidad, tanto como para los apóstoles de antaño? Ocurre que las palabras de Cristo tienen la particula-

ridad de que son de todos los tiempos, porque su misión era para el futuro tanto como para el presente.

La lucha determinará una nueva etapa del espiritismo y dará lugar al cuarto período, que será el *período religioso*. A este le seguirá el quinto, el *período intermedio*, consecuencia natural del precedente, y que más tarde recibirá su denominación característica. El sexto y último período será el de la *renovación social*, que abrirá la era del siglo XX. En esa época, habrán desaparecido todos los obstáculos del nuevo orden que Dios estableció para la transformación de la Tierra. La generación que surge, imbuida de ideas nuevas, estará en la plenitud de su fuerza, y preparará el camino de la que inaugurará el triunfo definitivo de la unión, la paz y la fraternidad entre los hombres, que habrán convergido en una misma creencia mediante la práctica de la ley evangélica. De tal modo, se comprobarán las palabras de Cristo, dado que todas ellas deben cumplirse, y que la mayoría lo hace en este momento, porque los tiempos predichos han llegado. No obstante, es en vano que, confundiendo la alegoría con la realidad, os ocupéis de buscar señales en el cielo, porque esas señales están a vuestro lado y surgen en todas partes.

Es notable el hecho de que las comunicaciones de los Espíritus hayan tenido un carácter especial en cada período. En el primero, eran frívolas y ligeras. En el segundo, graves e instructivas. A partir del tercero, advirtieron respecto de la lucha y sus diferentes peripecias. En cuanto a la mayoría de las que se obtienen actualmente en los diversos centros, su objetivo consiste en prevenir a los adeptos contra las intrigas de sus adversarios. Así pues, en todas partes se imparten instrucciones sobre este tema, y en todas partes se anuncia un resultado idéntico. Esta coincidencia, respecto de este punto como de

muchos otros, no es uno de los hechos menos significativos. La situación ha quedado resumida por completo en las dos comunicaciones siguientes, cuya verdad más de un espírita ya pudo reconocer.

INSTRUCCIÓN DE LOS ESPÍRITUS

La guerra sorda

(París, 14 de agosto de 1863.)

“La lucha os espera, amigos míos. Por eso os invito a imitar a los luchadores antiguos, es decir, a que os preparéis para el combate. Los próximos años están repletos de promesas, pero también de ansiedades. No he venido a deciros que mañana será el día de la batalla. No, porque la hora del combate aún no está fijada, pero vengo a advertiros, a fin de que estéis preparados para todas las eventualidades. El espiritismo, hasta el presente, apenas recorrió un camino fácil y casi florido, porque las injurias y las burlas que se os han dirigido no tienen ningún alcance serio y han quedado sin efecto. En cambio, a partir de ahora, los ataques en vuestra contra tendrán un carácter por completo diferente. Mirad que ha llegado la hora en que Dios reclamará todos los sacrificios, en que juzgará a sus servidores fieles para entregar a cada uno la parte que haya merecido. No seréis martirizados corporalmente como en los primeros tiempos de la Iglesia, no se levantarán hogueras homicidas como en la Edad Media, pero se os torturará moralmente. Pondrán obstáculos; os tenderán trampas tanto más peligrosas cuanto que para eso se valdrán de manos amigas.

Actuarán en las sombras, y recibiréis golpes sin conocer su procedencia. Seréis heridos en el pecho con dardos envenenados de calumnia. Nada les faltará a vuestros dolores. Provocarán defecciones en vuestras filas, y habrá supuestos espíritas que, perdidos en su orgullo y su vanidad, se plantarán en su independencia y exclamarán: “¡Somos nosotros los que vamos por el camino recto!” Todo eso, para que vuestros adversarios natos puedan decir: “¡Ya veis cuán unidos están!”. Intentarán sembrar cizaña entre los grupos, para promover la formación de grupos disidentes. Captarán a vuestros médiums, para que avancen por un camino equivocado, o para alejarlos de los grupos serios. Emplearán la intimidación con algunos, y la seducción con otros. Explotarán todas vuestras debilidades. Además, no olvidéis que algunos han visto que el espiritismo tiene un papel que desempeñar, un papel importante, pero ahora sufren más de una decepción en sus ambiciones. En un lado les prometerán lo que no pueden encontrar en otro. Por último, con el dinero, tan poderoso en vuestro siglo atrasado, ¿no pueden encontrar compinches para representar indignas comedias con el fin de desacreditar y ridiculizar a la doctrina?

”Estas son las pruebas que os esperan, hijos míos, pero de las que saldréis victoriosos, en caso de que imploréis desde el fondo de vuestro corazón el auxilio del Todopoderoso. Por eso, hijos míos, os reitero con toda mi alma: cerrad filas, permaneced alertas, porque se está construyendo vuestro Gólgota. Y si bien no habréis de ser crucificados en carne y hueso, ¡lo seréis en vuestros intereses, vuestros afectos y vuestro honor! La hora es grave y solemne. Así pues, haced a un lado las mezquinas discusiones, las preocupaciones pueriles, las preguntas ociosas, así como las vanas pretensiones de primacía y de amor propio. Ocupaos de los grandes intereses

que están en vuestras manos, respecto de los cuales el Señor os pedirá cuentas. Uníos para que el enemigo encuentre vuestras filas compactas. Tenéis un santo y seña inequívoco, piedra de toque con cuyo auxilio podéis reconocer a vuestros verdaderos hermanos, porque esa palabra implica la abnegación y el sacrificio, y resume todos los deberes del verdadero espírita.

”¡Valor, pues, y perseverancia, hijos míos! Pensad que Dios os observa y os juzga. Recordad también que vuestros guías espirituales no os abandonarán mientras os encuentren en el camino del bien. Además, toda esta guerra durará poco y se volverá en contra de los que pretendían fabricar armas para atacar a la doctrina. El triunfo, y ya no el sangriento holocausto, resplandecerá en el Gólgota espírita.

”Hasta pronto, hijos míos. Salud para todos.”

ERASTO, *discípulo de san Pablo apóstol.*

Una de las artimañas previstas en esta comunicación acaba de realizarse. Nos escriben para informarnos que una joven, que concurrió una sola vez a una reunión, abandonó a su familia sin motivo alguno, para quedarse en casa de una persona extraña, desde donde la condujeron a un manicomio, aquejada de locura espírita. Esto ocurrió sin que los padres lo supieran, pues se enteraron después del hecho. Al cabo de veinte días, los padres obtuvieron la autorización para visitarla, y le reprocharon que los hubiera dejado. Entonces, la joven les confesó que le habían prometido dinero para que simulara estar loca. Hasta el momento, las diligencias para sacarla del manicomio han sido infructuosas.

Si así es como reclutan a los espíritas locos, el método resulta más peligroso para quienes lo emplean que para el es-

piritismo. Cuando se rebajan con semejantes ardidés para defender su propia causa, nos encontramos ante la prueba más evidente de que carecen de buenas razones. Diremos, pues, a los espíritas: cuando veáis ese tipo de cosas, alegraos en vez de inquietaros, porque son la señal de un triunfo inminente. Además, hay una circunstancia que para vosotros debe ser motivo de estímulo: nuestras filas van en aumento, no solo en cantidad, sino también en fuerza moral. Ya veis que más de un hombre talentoso asume resueltamente la defensa del espiritismo, y que con mano firme arroja el guante a nuestros adversarios. Escritos de una lógica irresistible les demuestran a diario que los espíritas no están locos. Nuestros lectores conocen la excelente refutación de los sermones del reverendo padre Letierce, por parte de un espírita de Metz. Ahora vemos la no menos interesante de los espíritas de *Villeneuve de Rions* (Gironde), a los sermones del padre *Nicomède*. El periódico *La Vérité*, de Lyon, es conocido por sus profundos artículos; el número del 22 de noviembre merece especial atención. *La Ruche*, de Burdeos, se beneficia con nuevos colaboradores, tan capaces como cuidadosos. Por último, si bien los agresores son numerosos, los defensores no lo son menos. Así pues, espíritas, tened valor, confianza y perseverancia, porque todo va bien y conforme a lo previsto.

La siguiente comunicación desarrolla uno de los aspectos del grave asunto que acabamos de tratar, y no deja de advertir a los espíritas respecto de las dificultades que habrán de acumularse en este periodo.

* * *

Los conflictos

(Reunión particular, 25 de febrero de 1863.
Médium: señora d'Ambel.)

En el momento actual se observa un recrudescimiento de la obsesión, que resulta de la lucha que las ideas nuevas deben mantener inevitablemente en contra de sus adversarios encarnados y desencarnados. La obsesión, hábilmente explotada por los enemigos del espiritismo, es una de las pruebas más peligrosas que este habrá de sufrir antes se afianzarse de una manera estable en el espíritu de las poblaciones. Por eso, debe ser combatida por todos los medios posibles, y en especial con la prudencia y la energía de vuestros guías espirituales y terrenales.

En todas partes surgen médiums con supuestas misiones, convocados –según ellos– para enarbolar la bandera del espiritismo y plantarla sobre las ruinas del mundo viejo, como si nosotros viniéramos a destruir; nosotros, que solo vinimos a edificar. No hay individuo, por mediocre que sea, que no haya encontrado –como Macbeth– un Espíritu para que le dijera: “Tú también serás rey”; y que no se considere elegido para un apostolado especial. Hay pocas reuniones íntimas, e incluso pocos grupos familiares, que no hayan contado entre sus médiums o entre sus simples creyentes con un alma presumida hasta el punto de creerse indispensable para el éxito de la gran causa, y demasiado presuntuosa para conformarse con el modesto papel del obrero que añade su piedra al edificio. ¡Ah! ¡Amigos míos! ¡Cuántas moscas hay en el coche!⁵⁴

54. El concepto sería: *¡Cuánta vanidad inepta!* Véase la fábula de La Fontaine: “La mosca y el carruaje”. (N. del T.)

Casi todos los nuevos médiums están sujetos, en sus comienzos, a esa tentación peligrosa. Algunos se resisten, pero muchos sucumben a ella, al menos por un tiempo, hasta que una sucesión de fracasos los desengaña. ¿Por qué Dios permite una prueba tan difícil, si no lo hace para demostrar que el bien y el progreso nunca se realizan en vosotros sin esfuerzo ni lucha, y para que el triunfo de la verdad sea más resplandeciente tras las dificultades del combate? ¿Qué pretenden algunos Espíritus de la erraticidad al fomentar entre las mediocridades de la encarnación esa exaltación del amor propio y del orgullo, si no lo hacen para obstaculizar el progreso? Sin proponérselo, son los instrumentos de la prueba que pondrá en evidencia a los buenos y a los malos servidores de Dios. A este individuo, determinado Espíritu le promete el secreto de la transmutación de los metales, como ocurrió en el caso de un médium de R...; a aquel, como en el caso de M..., un Espíritu le revela supuestos acontecimientos que habrán de cumplirse, y precisa el lugar y la fecha, el nombre de los protagonistas que deberán coincidir en el drama anunciado; a otro, un Espíritu mistificador le enseña la incubación de los diamantes; a otros, se les revela un tesoro oculto, se les promete una fortuna fácil, descubrimientos maravillosos, la gloria, los honores, etc., etc. En una palabra, la ambición y la codicia de los hombres son hábilmente explotadas por los Espíritus perversos. Por eso veis en todas partes a esos pobres obsesos dispuestos a subir al Capitolio con una gravedad y una importancia que entristecen al observador imparcial. ¿Cuál es el resultado de todas esas promesas falaces? Las decepciones, los disgustos, el ridículo, a veces la ruina: justo castigo del orgullo presuntuoso que se considera llamado a hacer las cosas mejor

que los demás, y que desprecia los consejos e ignora los verdaderos principios del espiritismo.

La modestia es el privilegio de los médiums elegidos por los Espíritus buenos; en tanto que el orgullo, el amor propio y –digámoslo también– la mediocridad, son los aspectos distintivos de los médiums inspirados por Espíritus inferiores. Los primeros descartan las comunicaciones que reciben, cuando estas se apartan de la verdad; en tanto que los segundos defienden ante todo el mundo la superioridad de lo que se les dicta, aunque sea absurdo. De ahí resulta que, según las palabras pronunciadas en la Sociedad de París por su presidente espiritual, san Luis, una verdadera *Torre de Babel* se está edificando entre vosotros⁵⁵. Por otra parte, habría que estar ciego o fascinado para no reconocer que a la cruzada dirigida en contra del espiritismo por los adversarios natos de cualquier doctrina progresiva y emancipatoria, se suma una cruzada espiritual, dirigida por los Espíritus pseudocientíficos, falsos grandes hombres, pseudorreliгиозos y hermanos falsos de la erraticidad, que hacen causa común con los enemigos terrenales en medio de esa multitud de médiums a los que han fanatizado, y a los que dictan tantas elucubraciones mentirosas. Con todo, ved lo que queda de todos esos andamiajes erigidos por la ambición, el amor propio o la envidia. ¡A cuántos habéis visto derrumbarse, y a cuántos más veréis todavía! Os aseguro que cualquier edificio que no se apoye en la única base sólida: la verdad, caerá; porque solo la verdad desafía al tiempo y vence todas las utopías. Así pues, espíritas sinceros, no os asustéis por este caos momentáneo. No está lejos el tiempo en que la verdad, libre de los velos con que la

55. Véase el mensaje “La nueva Torre de Babel”, publicado en el número de noviembre. (N. del T.)

han encubierto, surgirá más radiante que nunca, y en que su claridad inundará el mundo y sumergirá en las sombras a sus oscuros detractores, que serán puestos en evidencia un instante para su propia confusión.

Por lo tanto, amigos míos, tendréis que defenderos no solo de los ataques y las calumnias de vuestros adversarios vivos, sino también de las maniobras aún más peligrosas de vuestros adversarios de la erraticidad. Fortaleceos, pues, mediante estudios adecuados y, sobre todo, con la práctica del amor y la caridad, renovándoos en la oración. Dios ilumina a los que se consagran a la propagación de la verdad, toda vez que lo hagan de buena fe y estén desprovistos de ambiciones personales.

Además, espíritas, ¿qué os importan los médiums, si al fin y al cabo no son más que instrumentos! Lo que debéis considerar es el valor y el alcance de las enseñanzas que se os imparten; es la claridad y la precisión de las verdades que se os revelan; es observar si las instrucciones que recibís responden a las legítimas aspiraciones de las almas de élite, y si esas instrucciones coinciden con las leyes generales e inmutables de la lógica y de la armonía universales.

Los Espíritus imperfectos que desempeñan el papel de apóstol ante sus obsesos, no tienen –vosotros lo sabéis– ningún escrúpulo a la hora de ataviarse con los nombres más venerados. De tal modo, sería absurdo que yo, que no fui más que uno de los últimos y más oscuros discípulos del *Espíritu de verdad*, me quejara de los abusos que algunos han hecho de mi modesto nombre. Por eso, os reiteraría sin cesar lo que dije a mi médium hace dos años: “Nunca juzguéis una comunicación mediúmnica a partir del nombre con que está firmada, sino tan solo por su valor intrínseco”.

Es urgente que estéis prevenidos respecto de las publicaciones de origen sospecho que aparecen o que van a aparecer, y que no tengan un aspecto franco y claro. No os quepa duda de que más de una es elaborada en los campos enemigos del mundo visible o del mundo invisible, con miras a arrojar entre vosotros la manzana de la discordia. De vosotros depende no dejaros engañar, pues tenéis los elementos necesarios para evaluarlas. Con todo, tampoco os quepa duda de que cualquier Espíritu que se anuncia a sí mismo como un ser superior, y sobre todo como dueño de una infalibilidad a toda prueba, no es sino lo opuesto de aquello que anuncia tan pomposamente. Desde que el piadoso Espíritu de François-Nicolas Madeleine tuvo a bien liberarme de una parte de mi carga espiritual, pude considerar el conjunto de la obra espírita, y elaborar la estadística moral de los obreros que trabajan en la viña del Señor. ¡Ah! Si bien muchos Espíritus imperfectos se entrometen en la obra que pretendemos, tengo la inmensa tristeza de constatar que, entre nuestros mejores asistentes de la Tierra, muchos han cedido bajo el peso de su tarea, y poco a poco retomaron el camino de sus antiguas debilidades, de tal modo que las grandes almas etéreas que los aconsejaban fueron sustituidas por Espíritus menos puros y perfectos. ¡Ah! Sé que la virtud es difícil; pero nosotros no pretendemos ni exigimos lo imposible. Nos basta con la buena voluntad, toda vez que la acompañe el deseo de hacer lo mejor. En todo, amigos míos, el relajamiento es pernicioso; porque mucho se pedirá a los que, después de haberse elevado mediante el renunciamiento generoso de su propia individualidad, recaigan en el culto de la materia y se dejen invadir una vez más por el egoísmo y el amor a sí mismos. No obstante, oremos por ellos y no condenemos a nadie, porque siempre debemos tener presente en

la memoria esa magnífica enseñanza del Cristo: “¡El que esté libre de pecado, que le tire la primera piedra!”.

En la actualidad, vuestras filas aumentan a ojos vista, y vuestros partidarios se cuentan por millones. Ahora bien, debido a la cantidad de adeptos, se deslizan con falsas máscaras los falsos hermanos, de quienes vuestro presidente temporario os habló recientemente. Con todo, no vengo a recomendaros que solo abráis vuestras filas a las ovejas inmaculadas; no, porque los pecadores tienen más derecho que los demás a encontrar entre vosotros un refugio en contra de sus propias imperfecciones. Pero sí os insto a que desconfiéis de esos hipócritas peligrosos, ante los cuales, a simple vista, resulta tentador brindarles confianza. Con el auxilio de un porte rígido, sujetos a la mirada observadora de las multitudes, guardan ese aire serio y digno que induce a que se diga de ellos: “¡Qué gente respetable!”; mientras que con esa respetabilidad aparente a veces se disimulan la perfidia y la inmoralidad. Son amables, obsequiosos, muy complacientes; se infiltran en los hogares, y hurgan de buen grado en la vida privada; escuchan detrás de las puertas, y se hacen los sordos para escuchar mejor; presienten las enemistades, y las atizan y alimentan; se dirigen a los campos opuestos, para preguntar e interrogar sobre cada uno de ellos: “¿qué hace este? ¿de qué vive aquel? ¿quién es esa persona? ¿conocéis a su familia?” Y luego los veis destilando sordamente en las sombras las pequeñas maledicencias que pudieron recoger, interesados en envenenarlas con untuosas calumnias. “Son habladurías –dicen– en las que no hay que creer”; pero luego agregan: “Aunque no hay humo sin fuego, etc., etc.”

A esos tartufos de la encarnación sumadles los tartufos de la erraticidad, y entonces veréis, amigos míos, cuánta razón

tengo al aconsejaros que a partir de ahora obréis con extrema reserva, y que evitéis toda clase de imprudencia y de entusiasmo irreflexivo. Os he dicho que atravesáis un momento de crisis, que se ha vuelto más difícil a causa de la malevolencia, pero del que saldréis más fuertes con la firmeza y la perseverancia.

En la actualidad, la cantidad de médiums es incalculable, pero da pena ver que algunos se creen los únicos llamados a distribuir la verdad en el mundo, a la vez que se extasían con banalidades a las que consideran como monumentos. ¡Pobres ilusos, que se agachan al pasar debajo del Arco del Triunfo! Como si la verdad hubiera esperado a que ellos arriben para anunciarla. Ni el fuerte, ni el débil, ni el instruido, ni el ignorante, han tenido ese privilegio exclusivo. La verdad se ha propagado a través de mil voces desconocidas, y justamente mediante esa unanimidad supo hacerse reconocer. Contad esas voces, contad a quienes las escuchan, y sobre todo a aquellos cuyos corazones se enternecen con ellas, si queréis saber de qué lado está la verdad. ¡Ah! Si todos los médiums tuvieran fe, yo sería el primero en inclinarme ante ellos; pero la mayoría de las veces solo tienen fe en sí mismos, ¡tan grande es el orgullo en la Tierra! ¡No, su fe no es la que transporta montañas y hace caminar sobre las aguas! Es oportuno repetir aquí la máxima evangélica que me sirvió de tema cuando me dirigí a vosotros por primera vez: *muchos son los llamados y pocos los elegidos*.

En suma, publicaciones a diestra y siniestra, publicaciones en todas partes, a favor o en contra del espiritismo, en todos los sentidos y con todas las formas; críticas exageradas por parte de personas que ignoran hasta el abecé de esa doctrina; sermones furiosos de sujetos que le temen. En suma —he dicho—, el espiritismo está a la orden del día. Conmueve los

cerebros, agita las conciencias, lo cual es un privilegio exclusivo de las grandes cosas. Todos presienten que lleva consigo el principio de una renovación que algunos desean intensamente, pero a la que otros le temen. Ahora bien, ¿qué quedará de todo eso? ¿Qué surgirá de esa Torre de Babel? Algo inmenso: la divulgación de la idea espírita, ¡y como doctrina, pues será realmente doctrinal! Ese conflicto es inevitable, porque el hombre tiene demasiado orgullo y egoísmo como para aceptar sin oposición una verdad nueva. También digo que ese conflicto es necesario, porque las fricciones desgastan las ideas falsas y destacan el poder de las que resisten. En medio de esta avalancha de mediocridades, de imposibilidades y de utopías irrealizables, la verdad espléndida prosperará con toda su grandeza y majestad.

ERASTO

* * *

El deber⁵⁶

(Sociedad espírita de París, 20 de noviembre de 1863.

Médium: señora Costel.)

El deber es la obligación moral del hombre, en primer lugar para consigo mismo, y a continuación para con los otros. El deber es la ley de la vida. Se encuentra en los más ínfimos detalles, así como en los actos más elevados. Me propongo hablar aquí exclusivamente del deber moral, y no del deber que imponen las creencias.

56. Véase este mensaje en el Capítulo XVII, § 7, de *El Evangelio según el espiritismo*, de Allan Kardec. (N. del T.)

En el orden de los sentimientos, es muy difícil que el deber se cumpla, porque se halla en antagonismo con las seducciones del instinto y del corazón. Sus victorias no tienen testigos, y sus derrotas no están sometidas a la represión. El deber íntimo del hombre está confiado a su libre albedrío. El aguijón de la conciencia, ese guardián de la probidad interior, le advierte y lo sostiene, pero a menudo se muestra impotente ante los sofismas de la pasión. El deber del corazón, fielmente observado, eleva al hombre. Pero ¿cómo especificarlo con exactitud? ¿Dónde comienza? ¿Dónde termina? El deber comienza exactamente en el punto en que amenazáis la felicidad o la tranquilidad de vuestro prójimo, y termina en el límite que no deseáis que nadie trasponga en relación con vosotros.

Dios ha creado a todos los hombres iguales en cuanto al dolor. Pequeños o grandes, ignorantes o instruidos, todos sufren por las mismas causas, para que cada uno juzgue en su sana conciencia el mal que ha podido hacer. No existe el mismo criterio para el bien, que es infinitamente más variado en sus manifestaciones. La igualdad ante el dolor es una sublime previsión de Dios, que quiere que sus hijos, instruidos por la experiencia en común, no cometan el mal alegando que ignoran sus efectos.

El deber es el resumen práctico de todas las reflexiones morales. Es la valentía del alma que afronta las angustias de la lucha. El deber es austero y dócil. Dispuesto a ceder ante las más diversas complicaciones, permanece inflexible ante las tentaciones. El hombre que cumple su deber ama a Dios más que a las criaturas, y a las criaturas más que a sí mismo. Es, al mismo tiempo, juez y prisionero en su propia causa. El deber es el más hermoso galardón de la razón. Depende de ella, como el hijo depende de su madre. El hombre debe

amar el deber, no porque este preserve de los males de la vida, males de los que la humanidad no puede ser sustraída, sino porque confiere al alma el vigor necesario para su desarrollo. El hombre no puede apartar el cáliz de sus pruebas. El deber es penoso en sus sacrificios, y el mal es amargo en sus resultados. Pero de ambos dolores, casi iguales, resultan conclusiones muy diferentes: una es saludable como el veneno que cura; la otra es nociva como los festines que dañan el cuerpo.

El deber crece y se propaga con un aspecto más elevado en cada una de las etapas superiores de la humanidad. La obligación moral de la criatura para con Dios no cesa nunca; debe reflejar las virtudes del Eterno, que no admite bosquejos imperfectos, porque quiere que la belleza de su obra resplandezca ante Él.

LÁZARO

* * *

Acerca de la alimentación del hombre

(Sociedad de París, 4 de julio de 1862.

Médium: señor A. Didier.)

El sacrificio de la carne fue severamente condenado por los grandes filósofos de la antigüedad. El Espíritu elevado se revela ante la idea de la sangre, y en especial ante la idea de que la sangre le resulta agradable a la Divinidad. Y notad bien que aquí no se trata en absoluto de la cuestión de los sacrificios humanos, sino tan solo de la de los animales ofrecidos en holocausto. Cuando Cristo anunció la Buena Nueva, no ordenó el sacrificio de la sangre: se ocupó solamente del Espí-

ritu. A los grandes sabios de la antigüedad también les horro-
riza ese tipo de sacrificios, y solo se alimentaban con frutas
y raíces. En la Tierra, los encarnados tienen que cumplir una
misión; tienen el Espíritu, que es necesario alimentar con el
Espíritu; y el cuerpo, que debe alimentarse con la materia.
Pero se comprende fácilmente que la naturaleza de la materia
influye en la densidad del cuerpo y, por consiguiente, en las
manifestaciones del Espíritu. Hacen bien los temperamentos
suficientemente fuertes para vivir como los anacoretas, por-
que el olvido de la carne induce con mayor facilidad a la me-
ditación y a la plegaria. No obstante, para vivir así, por lo
general haría falta una naturaleza más espiritualizada que la
vuestra, lo cual es imposible en las condiciones terrestres. Y
como ante todo la naturaleza nunca obra sin sentido, también
resulta imposible que el hombre se someta impunemente a
esas privaciones. Se puede ser buen cristiano y buen espírita,
y comer lo que se desee, toda vez que sea razonable. Esta es
una cuestión un tanto ligera para nuestros estudios, pero que
no deja de ser útil y provechosa.

LAMENNAIS

* * *

ALLAN KARDEC



REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

VOLUMEN 6 - AÑO 1863

Índice general

ENERO

Estudio sobre los posesos de Morzine (2.º artículo)	7
Los sirvientes. Historia de un criado	20
Boïeldieu en la milésima representación de <i>La dama blanca</i>	23
Carta sobre el espiritismo, por Tibulle Lang	29
“Algunas palabras acerca del espiritismo”, extraído de <i>L'Écho de Sétif</i>	31
Respuesta a una pregunta sobre el espiritismo desde el punto de vista religioso	34
Identidad de un Espíritu encarnado	39
La barbarie en la civilización. Horrible suplicio de un joven negro	43
Disertaciones espíritas <i>La proximidad del invierno</i>	47
<i>La ley del progreso</i>	48

Bibliografía

<i>La pluralidad de mundos habitados,</i> por Camille Flammarion	51
Suscripción a favor de los obreros de Ruan	57

FEBRERO

Estudio sobre los posesos de Morzine (3.º artículo)	59
Sermones contra el espiritismo	71
Acerca de la locura espírita. Respuesta al Sr. Burlet	86
Círculo espírita de Tours. Discurso de apertura	98
Variedades	
Curación a través de un Espíritu	105
Disertaciones espíritas	
<i>Paz a los hombres de buena voluntad</i>	107
Poesía espírita	
<i>El enfermo y su médico</i>	110
Suscripción ruanesa	112

MARZO

La lucha entre el pasado y el futuro	115
Los traidores y los amigos torpes	122
Muerte del señor Guillaume Renaud, de Lyon	134
Respuesta de la Sociedad espírita de París	
acerca de las cuestiones religiosas	139
François-Simon Louvet, de El Havre	143
Conversaciones de ultratumba	
Clara Rivier	146
Fotografía de los Espíritus	153

Variedades. El periódico <i>Akhbar</i> . El Sr. Home.	
La Sra. Girroodd	157
Poesías espíritas	
<i>¿Por qué te quejas?</i>	160
<i>La madre y el hijo</i>	162
Suscripción ruanesa	165

ABRIL

Estudio sobre los posesos de Morzine (4.º artículo)	169
Resultado de la lectura de las obras espíritas.....	187
Los sermones continúan, pero no se asemejan	197
Suicidio falsamente atribuido al espiritismo	199
Variedades. Padres bárbaros	205
“Los Espíritus y el espiritismo”, por Flammarion	207
Disertaciones espíritas	
<i>Tarjeta de visita del señor Jobard</i>	209
<i>Sed severos para con vosotros mismos e indulgentes</i> <i>para con vuestros hermanos</i>	212
<i>Fiesta navideña</i>	215
Cierre de la suscripción ruanesa	216
A los lectores de la <i>Revista</i>	216

MAYO

Estudio sobre los posesos de Morzine (5.º artículo)	219
Algunas refutaciones	234
Conversaciones familiares de ultratumba	
El señor Philibert Viennois	243
Un argumento terrible en contra del espiritismo	248

Algunas palabras serias a propósito de garrotazos	250
Examen de las comunicaciones mediúmnicas que se nos remiten	255
Preguntas y problemas Los Espíritus incrédulos y materialistas	261
Noticia bibliográfica	266

JUNIO

Acerca del principio de no retroceso de los Espíritus	271
Algunas refutaciones (segundo artículo)	277
Presupuesto del espiritismo	287
Un Espíritu premiado en los Juegos Florales	298
Consideraciones acerca del Espíritu golpeador de Carcassonne	305
Meditaciones sobre el porvenir	312
Disertaciones espíritas <i>Conocerse a uno mismo</i>	316
<i>La amistad y la plegaria</i>	317
<i>El porvenir del espiritismo</i>	318
Noticia bibliográfica	322

JULIO

Dualidad del hombre demostrada mediante el sonambulismo	323
Carácter filosófico de la Sociedad Espírita de París	328
Las apariciones simuladas en el teatro	334

Un cuadro mediúmnico en la exposición de Constantinopla	342
Un nuevo periódico espírita en Sicilia	346
El poder de la voluntad sobre las pasiones	350
Primera carta al señor cura Marouzeau	354
Una expiación terrestre	358
Disertaciones espíritas	
<i>Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados</i>	362
<i>El arrepentimiento</i>	365
<i>Los hechos consumados</i>	366
<i>Las épocas de transición en la humanidad</i>	367
<i>Acerca de las comunicaciones de los Espíritus</i>	369

AGOSTO

Jean Reynaud y los precursores del espiritismo	373
Ideas espíritas en diferentes escritores. Lamartine	382
<i>Destino del hombre en los dos mundos</i> , por H. Renaud	385
Acción material de los Espíritus en el organismo	394
Algunas palabras más acerca de los espectros artificiales, y para el Sr. Oscar Comettant	398
Preguntas y problemas	
Mistificaciones	404
Infinito e indefinido	406
Conversaciones familiares de ultratumba	
El Sr. Cardon, médico	408
Disertaciones espíritas	
<i>El Espiritu de Jean Reynaud</i>	414
<i>La medicina homeopática</i>	419
Correspondencia. Carta del Sr. Jaubert	421

SEPTIEMBRE

Unión de la filosofía y el espiritismo, por el Sr. Herrensneider	425
La expiación y la prueba	436
Segunda carta al señor cura Marouzeau	445
<i>El Eco de Sétif</i> al señor Leblanc de Prébois	453
Noticias bibliográficas	
<i>Revelaciones sobre mi vida sobrenatural</i>	455
<i>Sermones sobre el espiritismo</i>	461
Disertaciones espíritas	
<i>Una muerte prematura</i>	463
<i>El Purgatorio</i>	464
<i>La castidad</i>	466
<i>El dedo de Dios</i>	470
<i>Lo verdadero</i>	472

OCTUBRE

Reacción de las ideas espiritualistas	475
Funeral de un espírita ante la fosa común	481
Inauguración de la residencia de ancianos de Cempuis	490
Los benefactores anónimos	496
Espíritus visitantes. François Franckowski	499
Acerca de la prohibición de evocar a los muertos	503
Disertaciones espíritas	
<i>Dado que Moisés prohibió la evocación de los muertos, ¿está permitido hacerlo?</i>	507
<i>Los falsos devotos</i>	510
<i>Longevidad de los patriarcas</i>	512

<i>La voz de Dios</i>	513
<i>El libre albedrío y la presciencia divina</i>	514
<i>El panteísmo</i>	516
Noticias bibliográficas	
<i>El espiritualismo racional</i>	519
<i>Sermones sobre el espiritismo</i>	521

NOVIEMBRE

Unión de la filosofía y el espiritismo (segundo artículo)	525
Edicto de monseñor el obispo de Argel contra el espiritismo	541
Ejemplos de la acción moralizadora del espiritismo	557
Nuevo éxito del Espíritu de Carcassonne	567
Pluralidad de las existencias y de los mundos habitados, por el Dr. Gelpke	569
Disertaciones espíritas	
<i>La nueva Torre de Babel</i>	571
<i>El verdadero espíritu de las tradiciones</i>	572

DICIEMBRE

Utilidad de la enseñanza de los Espíritus	575
El espiritismo en Argelia	580
Elías y Juan Bautista. Refutación	590
San Pablo: precursor del espiritismo	596
Un caso de posesión. La Srta. Julia	600
El período de lucha	606

Instrucciones de los Espíritus

<i>La guerra sorda</i>	610
<i>Los conflictos</i>	614
<i>El deber</i>	621
<i>Acerca de la alimentación del hombre</i>	623

